

ANTONIO L. TURNES



Joaquín de Salterain



Atilio Narancio



José María Delgado



Héctor Homero Muñíos



Emilio Oribe



Isidro Más de Ayala



Esther Correch de Cáceres



Eliseo Salvador Porta

MÉDICOS Y LITERATURA

OCHO ESCRITORES MÉDICOS URUGUAYOS

EG

Ediciones Granada



ANTONIO L. TURNES nació en Montevideo (Uruguay) en 1943. Médico egresado de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República (1975). Miembro Titular de la Academia Nacional de Medicina (2010). Fue Secretario Ejecutivo de la Confederación Médica Panamericana (1964-1971). Secretario del Coordinador Técnico del Ministerio de Salud Pública (1966-1967). Vinculado al Sindicato Médico del Uruguay desde 1964 hasta 1976. Administrador General de dicha institución desde 1985 a 2005. Miembro de la Sociedad de Especialistas en Salud Pública (actualmente de Salud Colectiva, SUSAC) y del Colegio Uruguayo de Administradores de Servicios de Salud (CUDASS). Miembro y actual Presidente de la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina. Autor y coautor de más de veinte libros sobre temas de Historia de la Medicina. Recibió premios de la World Sephardi Federation (2005) y el Jerusalem (2011).

Antonio L. Turnes

MÉDICOS Y LITERATURA

OCHO ESCRITORES MÉDICOS URUGUAYOS



Ediciones Granada



Ediciones Granada

ISBN: 978-9974-8710-8-3

Primera edición – febrero de 2020

MÉDICOS Y LITERATURA, Ocho escritores médicos uruguayos

© **Antonio L. Turnes**

Contacto: Antonio L. Turnes

alturnes@adinet.com.uy

José Ellauri 868. Apto. 202

C.P: 11.300

Montevideo - Uruguay

Queda hecho el depósito que ordena la ley

Impreso en Uruguay - 2020

XXXXXX.

XXXXXX - Montevideo.

Descripción de contratapa: Frontispicio del Hospital Maciel. Portada de la Facultad de Medicina de Montevideo.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro, por medio de cualquier proceso reprográfico o fónico, especialmente por fotocopia, microfilme, offset o mimeógrafo o cualquier otro medio mecánico o electrónico, total o parcial del presente ejemplar, con o sin finalidad de lucro, sin la autorización de los autores.

Diseño gráfico del libro y la tapa:  Augusto Giusti

Prólogo	7
Introducción.	17
Joaquín De Salterain (1856-1926).	23
Atilio Narancio (1883-1952).	85
José María Delgado (1884-1956).	149
Héctor Homero Muiños (1888-1971).	209
Emilio Oribe (1893- 1975)	265
Isidro Más De Ayala (1899-1960).	323
Esther de Cáceres [Esther Correch de Cáceres] (1903-1971)	367
Eliseo Salvador Porta (1912-1972).	417

PRÓLOGO

Que el Ac. Dr. Antonio Turnes me haya propuesto escribir el prólogo de este libro constituye para mí no sólo una distinción sino además un honor.

Nos conocemos desde la lejana época del 60 en la que él fue Leuco destacado de nuestra Guardia en el Clínicas. Desde entonces la vida consolidó una amistad que los renovados encuentros en ámbitos diversos se encargaron de consolidar. Me acostumbré a llamarlo Antoñito, con ese sesgo que permite el cariño cuando se usa el diminutivo para referirse a un amigo muy querido.

Antonio, actualmente, desde la Presidencia de la Sociedad de Historia de la Medicina, continúa la obra señera de, entre otros, Washington Buño y Fernando Mañé Garzón pioneros de la disciplina.

Realizó a lo largo de los años una tarea importantísima dándonos a conocer personalidades, instituciones y temas vinculados a la Salud Pública y al ejercicio de la Medicina que como colectivo tenemos tendencia en general a desconocer, olvidar o dejar de lado.

Pero ahí está él con su tenaz voluntad de rescate salvándonos de la desmemoria o de la indiferencia, con textos documentales de rigurosidad implacable, información fidedigna de hechos trascendentes y acopio fenomenal de datos que nos permite contextualizar la época en que sucedieron los acontecimientos que describe. Como discípulo del gran Maestro Fernando Mañé Garzón enriqueció el acervo de la Historia de la Medicina con libros de verdadera enjundia que acercan

la peripecia vital de colegas valiosos cuyas trayectorias y labor merecen conocerse o describen el desempeño de instituciones o la implementación de campañas sanitarias de referencia en el país.

El desarrollo de Médicos y literatura, cuyo subtítulo es Ocho escritores médicos uruguayos, abarca un período de casi ciento veinte años que va desde el nacimiento de Joaquín de Salterain en 1856 hasta el fallecimiento de Emilio Oribe en 1975. En ese lapso nacieron, vivieron, ejercieron la Medicina, escribieron y murieron los ocho colegas que Antonio glosa en su obra. En algún momento de ese largo período los ocho fueron contemporáneos.

Prefiero como prologuista no retacear el placer del suspenso que seguramente conllevará la lectura, por lo cual me limitaré a realizar modestos y breves comentarios sobre las opiniones y/o actitudes de los ocho autores tan bien glosados por Antonio.

Doy fe que gracias a este trabajo descubrí que hubieron antes que nosotros colegas que sintieron el mismo tironeo entre Medicina y Literatura, que padecieron idénticos desvelos humanísticos, que sufrieron o se alegraron con el rechazo o el apoyo generado por alguno de sus proyectos, que acompañaron su quehacer de un riguroso sentido ético y que en su totalidad dieron pruebas de un acendrado humanismo.

Comienza Antonio por afirmar que La Medicina y la Literatura han estado vigorosamente vinculadas a lo largo de la historia y cita sólo como ejemplos a Anton Chejov, Santiago Ramón y Cajal y Gregorio Marañón y Posadillo cuyos periplos, si comparamos con el de 120 años que comprende el de los ocho médicos uruguayos que glosa su obra, es de 108 años y va de 1852 a 1960, es decir desde el nacimiento de Ramón y Cajal a la muerte de Marañón. Por lo tanto todos, los citados y los glosados, vivieron en épocas más o menos comparables.

Nos advierte Antonio que su selección es caprichosa. Los elegidos proceden del interior o de la capital. Si bien de los ocho siete son varones y por tanto hay sólo una mujer, nos recuerda que hubo tiempos en que era difícil encontrar una mujer en Medicina. Agrego, con cierta suspicacia y que encima escribiera poesía, era como conseguir la sellada en el álbum de los chocolatines Águila.

En los ocho encontramos diversidad de enfoques: poéticos, narrativos, dramáticos, periodísticos, didácticos, humanistas, políticos, culturales, pero en todos se manifiesta la sensibilidad humana frente al dolor acompañada de una profunda vocación por lo social traducida en su compromiso y participación en organizaciones colectivas. Se percibe

en todos una postura medular que los engloba y es, más allá del medio expresivo al que adhieran, su espíritu integrador y humanista del punto de vista personal, profesional, cultural y artístico que tanto Antonio como yo reconocemos, por ejemplo, en los objetivos de la Sociedad Uruguaya de Médicos Escritores (SUMES) que ambos integramos

Define Antonio su trabajo como “arqueología documental” que se propone rescatar ejemplos de médicos desaparecidos hace décadas, que en nuestro país compartieron el desvelo por Medicina, Literatura y Humanidades.

En los documentos que presenta Antonio se puede apreciar, como no podía ser de otro modo, las diferencias de estilos y conceptos que marcan las épocas

Ahora voy a referirme a cada uno de los ocho médicos escritores por tanto en la descripción de todos ellos omitiré la referencia profesional hayan o no ejercido, de modo parcial o integral la Medicina.

Joaquín de Salterain (1856-1926): político y poeta. Constituyeron motivo de sus preocupaciones la mujer y el niño de quienes le importó cuidar tanto lo físico como lo psíquico.

Cita Antonio la semblanza que Panizza Blanco realizó de Joaquín de Salterain en 1957. Allí se menciona a José Enrique Rodó que al describir a de Salterain como poeta dice que “ha abierto el alma al motivo que la solicitaba”, lo que a mi entender es un elogio que habla de la capacidad artística de poner en consonancia forma y contenido en armonía con el diapasón de la vivencia. A juicio de Rodó esa espontaneidad que cultivaba lo llevó a desdeñar enrolarse en tendencias y lo considera un hombre superior “a quién podemos llamar triplemente poeta, ya que ha sido favorecido con el triple don de sentir delicadamente la poesía en las obras de la naturaleza y del arte; de realizar en su propia existencia aquel otro género de poesía en que consiste la estética de la conducta y finalmente de dominar por sí mismo la forma poética de la expresión, en versos sentidos, fáciles y bellos”.

Atilio Narancio (1883-1952): político, periodista y uno de los fundadores del Sindicato Médico del Uruguay (SMU) en 1920. Escribió en el Diario El Día y en el Boletín del SMU con el seudónimo Juan Jacobo. Fue dirigente del Club Nacional y de la Asociación Uruguaya de Football (AUF). Se lo recuerda como “el padre de la victoria” por

haber sido el gestor de la hazaña olímpica uruguaya de 1924. La pasión que puso en ese compromiso fue tal que llegó a hipotecar su casa para financiar el viaje de la delegación.

En 1927 escribió una comedia en tres actos titulada Sin amor el hombre tiene piel de sapo.

Dirigió diversas instituciones, se interesó por una amplia gama de temas: sociales, culturales, laborales, de puericultura y hasta de prevención del alcoholismo.

Alguien consignó en su obituario en el diario El Día, aparte su destacada trayectoria, que tenía “una sonrisa abierta y aniñada”

Agrega Antonio transcripciones de palabras pronunciadas por el Ing. J.L. Buzzetti en representación de la AUF, del Dr Estapé en el acto organizado por el Comité de Homenaje Nacional y un artículo de “Juan Jacobo” de 1927, publicado en el Boletín del SMU, Propagandas nefastas, cuyo texto conviene cotejar con realidades actuales.

José María Delgado (1884-1956): escritor, poeta, político, dirigente deportivo y académico. Nació en Salto, Uruguay. Perteneció a la misma generación que Paulina Luisi.

Formó, junto con su hermano Asdrúbal, sus coterráneos amigos Horacio Quiroga y Alberto Brignole y otros jóvenes, el grupo denominado “Consistorio del Gay Saber”.

Como escritor obtuvo premios y colaboró con revistas nacionales y del extranjero. En 1919 publicó El Relicario, un libro de poesías y en 1921 la comedia en verso de tres actos La Princesa Perla Clara. Otra obra poética fue Las viñas de San Antonio

En 1930 disertó sobre Juan Zorrilla de San Martín. Co-dirigió la revista Pegaso en la cual colaboraban los escritores más renombrados de aquella época.

En 1941 con la novela Juan María ganó el Primer Premio Nacional de Literatura. Cita Antonio la opinión de Isabel Sesto sobre esta novela: “admirable conocedor del alma humana, tiene José María Delgado, un estilo tan rico, una originalidad tan llena de colorido y de gracia unas veces, y tan dolorosamente cruda, otras, que el lector está en continua tensión emotiva, porque vive y sufre las vicisitudes del personaje central”. Confieso que la elegancia y precisión de la prosa de Delgado,

en las transcripciones que brinda Antonio, me entusiasmaron a leer esta obra que anticipo disfrutaré.

Otra narrativa de él es Doce años juntos. En 1939, en colaboración con Alberto Brignole, publicó Vida y obra de Horacio Quiroga

Fue alumno de Francisco Soca a quién admiró y reverenció. A los 30 años de la muerte del Maestro pronunció una entrañable conferencia de la cual destaco dos pasajes de elogio que me resultan hermosos: “el que estemos o no en primavera es cuestión a resolverse, no por cantidad de años, sino por número de portales abiertos a la esperanza” y en otro momento “mantiene el arco frontal en estado de tensión constante”.

Fue Presidente del Club Nacional varias veces y escribió el himno que lo representa. Nacional era su gran pasión, más aún que la política, la medicina y la literatura. Años antes de fallecer manifestó que de poder pedir algo en el cielo sería “una ventana para poder ver todos los fines de semana a Nacional”.

Héctor Homero Muñós (1888-1971): su postura humanista, aderezada por una vasta cultura general, lo llevó a lamentar la desaparición del viejo médico familiar desplazado por una medicina más colectivizada y sostuvo denodadamente que el vínculo con el enfermo “crea ternuras que compensan muchos sinsabores”.

Medicina, una noble profesión, es su libro de 1958 que tuvo gran éxito editorial e impactó en el ámbito médico.

También incursionó en literatura con la novela Las imágenes (1969), que permanece inédita.

A su juicio la política y la Medicina estaban reñidas. Denostó la irrupción intempestiva de los medicamentos con la promesa, en su opinión errónea, de sustituir a los conocidos digital y piramidón en base a una nueva compleja estructura química. Le resultaba prioritaria la relación médico paciente, que siempre priorizó y jerarquizaba, en el proceso de enfermar, la causa psíquica.

Emilio Oribe (1893-1975): poeta, ensayista, esteta, docente, filósofo, humanista. Fundador de la Facultad de Humanidades y Ciencias, de la cual fue Decano y en la que se lo designó Doctor Honoris Causa. Se recibió de médico sin pensar ejercer Medicina. Sólo atendió algunos casos psiquiátricos. Emociona saber que como estudiante fue

designado por sus compañeros para escribir el discurso de homenaje a Francisco Soca cuando este fue designado para integrar la Academia de Medicina de París.

Con 11 años conoció a Aparicio Saravia en su casa de Melo. Los relatos sobre la última Guerra Civil, narrados por los paisanos que frecuentó, le permitieron reconstruir las circunstancias en que murió el caudillo en Masoller, en 1904

Al leer en el texto una frase suya “el aroma de una de esas ordinarias flores silvestres” lo imaginé estrujando entre sus dedos una flor recogida al caminar por el campo. Al hacerlo recordé algo así como una relación para pericón que leí de él siendo yo un mozo joven y que me causó mucha gracia: “en la puerta de tu casa un tejo de oro perdí, nadie con el tejo daba y yo con el tejo di”. Frecuentaba su lectura probablemente con una edad impropia para tal fin. Leí, a mis quince años, Teoría del Nous que no sé cómo cayó en mis manos

Reconoce como influencias formadoras a Carlos Vaz Ferreira, José Enrique Rodó y Juan Zorrilla de San Martín. Contactó con reconocidas figuras internacionales a través de sus reiterados viajes y pasantías. Obtuvo en dos oportunidades el Premio Nacional de Literatura y Presidió la Academia de Letras. Realizó múltiples publicaciones de las que mencionaré sólo La transfiguración del cuerpo (1930), Poética y Plástica (1930), Teoría del Nous (1934) y Ars Magna (1961). También escribió Rapsodia bárbara, a propósito del asesinato de Justo José de Urquiza y La tierra es alma, que se inscribe en la categoría drama.

En la 2ª Guerra Mundial abogó por los Aliados y en 1953 defendió a Unamuno destituido.

Algunos lo catalogaron de poeta cerebral. Él escribió al respecto: “toda la dificultad consiste en que la poesía, que prescinde de la razón para ser creada, necesita de la razón para subsistir”. Evoqué, al leer esta aseveración, a José Bergamín que sentenciaba: “Pegaso tiene herraduras de plomo”.

En suma, un pensador y un humanista de tremendo fuste, aunque estas brillantes cualidades *per se* no aseguren matrimonios armónicos.

Isidro Más de Ayala (1899-1960): escritor, docente, ensayista y publicista. Columnista en diarios como El Día (suplemento dominical) y El Plata (La Torre del Vigía).

Publicó Américo Ricaldoni: sueño y realidad, Cuadros del Hospital (1926), siendo estudiante, *El loco que yo maté, Montevideo y su cerro, seguidos de Y por el sur el Río de la Plata*. Escribió textos didácticos de Química para Enseñanza Secundaria y libros sobre temas médicos. Colaboró además en El Estudiante Libre.

Nos comenta Antonio que “como ensayista incursionó en el campo de la Sociología y en todas sus publicaciones hizo derroche de ironía y humor”. En el homenaje que en 1966 le realizó la Revista de la Sociedad de Psiquiatría, José Pedro Cardoso, compañero y amigo, trazó el siguiente perfil de Más de Ayala: “con temprana madurez escribió entonces sobre la función social del médico, sobre la cultura universitaria como formadora de hombres y no solamente de técnicos, sobre la reorganización de la docencia, sobre la intervención de los estudiantes en el gobierno de las Casas de Estudios, y allí, en El Estudiante Libre, aparecieron por aquella época algunas de sus producciones poéticas”.

En la Revista Cruz del Sur (1926), un crítico que firma J.C.W. culmina la reseña del libro Cuadros del Hospital con la frase “a los escritores como Isidro Más de Ayala, les exigimos, a la brevedad posible, un nuevo libro”. Wilfredo Penco, por su parte, lo describió como “hábil y sagaz escritor polifacético”.

Esther Correch de Cáceres (1903-1971): poetisa, ensayista, crítica literaria, conferencista y profesora de literatura. Reconoció la influencia, en su formación, de María Eugenia Vaz Ferreira. Gabriela Mistral, ganadora del Premio Nobel, prologó su libro *Concierto de amor y otros poemas* (1945). Consigna en ese prólogo “las mujeres que escribimos en toda esa América Española nos sentimos dueñas de cierta carta de ciudadanía uruguaya,... en cuanto a Esther de Cáceres, yo tengo con ella más que la conciudadanía la consanguineidad, cierto primo-hermanazgo, parentesco, que me pareció siempre la más linda de las ataduras humanas, salvo la de madre e hijo, porque es el idilio de unas almas que no habiendo alcanzado la hermandad física, toman la revancha creando la otra”. Agrega más adelante “Esther marcha cogida de la intuición con la diestra, pero llevando siempre unos dedos de la mano izquierda sujetos de la Razón”, algo que rememora la opinión vista de Emilio Oribe al respecto.

Esther de Cáceres estudió en la Sorbona, fue Agregada Cultural en EEUU, integró la Academia Nacional de Letras y favoreció el intercambio con destacados intelectuales de la época.

Su obra poética es extensa va desde *Las ínsulas extrañas*, 1929, hasta *Canto desierto*, 1969. Esta rica producción se acompaña de una frondosa escritura de artículos y ensayos, así como prólogos a numerosos libros.

Carlos Real de Azúa dice de Esther de Cáceres: “ha sido una presencia casi ubicua de nuestra vida cultural, una agitadora de ideas y de fervores, vertidos reiterada, innumerablemente, en cursos, conferencias, prólogos, artículos, ensayos”.

En una entrevista que le realizara Domingo Bordoli en la emisora del SODRE le preguntó si mantuvo o modificó los ideales, temas o planes con que inició su vida literaria y Esther de Cáceres le respondió: “no me he propuesto más fin que expresar la verdad de mi ser, según medios estilísticos elaborados para dar esa expresión, testimonio, acción de gracias, signo cantado de la adoración”.

Eliseo Salvador Porta, (1912 – 1972): profesor, periodista y escritor, oriundo de Tomás Gomensoro, ejerció como médico en Bella Unión toda su vida. El liceo de Tomás Gomensoro lleva su nombre.

Es descripto como “un hombre con un profundo sentido de la solidaridad y una clara conciencia social”. Amigo, entre otros de los hermanos Eladio y Ariel Dieste. Apasionado hurgador histórico del período artiguista. En alguna medida es continuador del relato histórico novelado de Eduardo Acevedo Díaz.

Fue colaborador de *Época*, *Marcha*, *Guión* y la revista *Asir*, en la cual publicó cuentos y fragmentos de sus novelas. Mantuvo estrecho vínculo con Arturo Sergio Visca que reseñó muchos de sus trabajos. Escribió, además de novelas, teatro, poesía y ensayos de enfoque político-social ya que fue activo militante político.

Casado tres veces tuvo tres hijas la menor de las cuáles, Mariana, le obsequió a Antonio, gracias a un fortuito encuentro, un hermoso libro de su padre con dos novelas que tuvieron varias ediciones previas “*Intemperie*” (1963) y “*Sabina*” (1968) y unos “*Apuntes para una novela inédita*” que se titularía 1815. Bien dicen que sólo encuentra aquel que sabe lo que busca.

Algunas de sus otras obras son: *Con la raíz al sol* (1953), comentada por Domingo Bordoli, *Ruta 3* (1956), novela y *Una versión del infierno* (1968), su último libro de cuentos.

Antonio se basa en cuatro vertientes para reconstruir el perfil de médico escritor, de ellas tomaré sólo la de la periodista Gloria Galván, madre de Mariana y esposa de Porta, que fuera antigua alumna, quién lo describe como carismático y elegante Profesor que ante el ofrecimiento de enseñar Literatura prefirió dar clases de Geografía porque no sabía nada y tenía interés en estudiarla. Hace un interesante relato de las penurias que sufrió en Montevideo como estudiante del interior y de las escaramuzas que atravesó hasta instalarse en Bella Unión.

MIGUEL A. CHERRO AGUERRE

Febrero 2020.

INTRODUCCIÓN

La Medicina y la Literatura han estado vigorosamente enlazadas a lo largo de los siglos. Baste citar a algunos ilustres exponentes: Antón Chéjov (1860-1904), Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), o Gregorio Marañón y Posadillo (1887-1960).

En Uruguay diversas figuras de nuestra Medicina se han destacado por sus aportes a la Literatura, desde su profesión de médicos, en diversos géneros.

En el siglo XIX surgieron varios de ellos, muchos de los cuales produjeron importante obra en el correr del siglo siguiente. Otros, nacidos en los inicios del siglo XX son recordados por muchas realizaciones médicas, pedagógicas, asistenciales, y menos frecuentemente, por sus creaciones literarias. Hemos procurado reunir aquí una selección arbitraria de ocho de estos escritores médicos.

Joaquín de Salterain (1856 – 1926), médico que se destacó como el primer Secretario de nuestra Facultad de Medicina, especializado en oftalmología en Francia, con una importante actividad en el plano de la medicina social, preocupado por prevenir y atender a los pacientes con tuberculosis o a los padecimientos sociales del alcoholismo, sus inquietudes por fundar el Ministerio de Salud, entre muchas iniciativas. Unido a lo anterior, su condición de legislador le hizo partícipe de múltiples iniciativas y discusiones donde realizó significativos aportes.

Fue el fundador del Museo Histórico Nacional y un filántropo, que donó su biblioteca a la ciudad de Montevideo. Su obra poética, editada en París, fue prologada por José Enrique Rodó.

Atilio Narancio (1883 – 1952), médico, periodista, pediatra, autor de diversas publicaciones y gran animador deportivo, conocido como “el Padre de la Victoria” por haber contribuido con su entusiasmo y peculio a la gesta de los ganadores de la Olimpiada de 1924 que traería el primer logro en el fútbol mundial para Uruguay. También tuvo fecunda labor como legislador, donde evidenció, como en sus obras, una honda preocupación por importantes cuestiones sociales que afectaban a la salud de la población, particularmente de los más humildes.

José María Delgado (1884 – 1956), médico, escritor y poeta salteño, amigo y biógrafo de Horacio Quiroga; deportista y Presidente en varios períodos del Club Nacional de Football, que dejó importante obra literaria y poética, poco conocida y menos recordada. Fue multipremiado por su obra escrita. Miembro de la Academia Nacional de Letras y en tal función recordó a su maestro Francisco Soca, en memorable discurso.

Héctor Homero Muñoz (1888 – 1971), médico y docente de Enseñanza Secundaria y Preparatoria, que siendo discípulo de Francisco Soca, trazó de él una magnífica semblanza, y escribió el libro “*Medicina, una noble profesión*”, que guió por muchos años el ejercicio ético de la profesión.

Emilio Oribe (1893 – 1975), médico psiquiatra, docente, escritor y poeta melense, filósofo y literato, dirigente universitario y Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias, que cultivó los vínculos con las más notorias figuras de la literatura hispanoamericana contemporánea y cimentó las bases para que los niños escolares del interior profundo conocieran el mar. Integró la Academia Nacional de Letras y mereció múltiples premios por su obra.

Isidro Más de Ayala (1899 – 1960), médico psiquiatra, docente de Enseñanza Secundaria y Universitaria, discípulo de Américo Ricaldoni, periodista y escritor destacado, que fue conocido por muchas generaciones de estudiantes por sus textos de enseñanza secundaria, dejando una importante obra literaria, poco difundida, pero ejemplar por su temprana sensibilidad frente al dolor humano.

Esther Correch de Cáceres (1903 – 1971) médica también discípula de Américo Ricaldoni, más conocida como Esther de Cáceres, oriunda de Pando, que se destacó por su fina sensibilidad poética que trascendió fronteras, y fue además una eficaz ayuda para apoyar a muchos artistas nacionales. Multipremiada por su obra, fue miembro de la Academia Nacional de Letras. Mereció un prólogo escrito por Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura 1945.

Eliseo Salvador Porta (1912 – 1972), médico oriundo de Artigas, docente y fundador del Liceo de Tomás Gomensoro, su pueblo natal, que dejó importante obra narrativa, retratando la realidad de su época en el interior profundo, que aún hoy continúa siendo estudiada en ámbitos académicos. Su producción de novela histórica se la considera la continuación de la tradición iniciada por Eduardo Acevedo Díaz.

* * *

El trabajo que se recoge en las páginas siguientes es fundamentalmente de arqueología documental, para rescatar algunos ejemplos de médicos desaparecidos hace muchas décadas, que unieron en nuestro suelo Medicina y Literatura. Las semblanzas de estos médicos escritores han sido elaboradas en distintos momentos, algunas ya difundidas, otras inéditas.

Hay reunidos caprichosamente aquí exponentes del Interior y de Montevideo, incluyendo a una mujer destacada, en tiempos que eran escasas quienes se incorporaban a la profesión médica.

Todos ellos exhiben interesantes facetas biográficas. Algunos dejaron obra como poetas, ensayistas o periodistas; otros como novelistas, otros recorriendo varias de esas rutas. Obtuvieron en su tiempo amplio reconocimiento nacional e internacional, incluyendo en uno de los casos los comentarios de una mujer latinoamericana Premio Nobel de Literatura. Varios fueron laureados en diversos certámenes por su producción. Tres de ellos fueron miembros de la Academia Nacional de Letras.

Pero en todos los aquí presentados, como en la mayoría de los que transitan ambas ramas del arte literario y médico, se manifiesta su sen-

sibilidad humana frente al dolor unida a una profunda vocación por lo social, traducida en su compromiso y participación en organizaciones colectivas.

Los artículos aquí presentados hilvanan una sucesión de informes, críticas, análisis y comentarios de la más diversa extracción, lo que permitirá al lector valorar la jerarquía de estos médicos escritores.

Como bien dijo nuestro recordado compañero y amigo Dr. Juan Carlos Macedo Orcasberro (1943 – 2002) también él destacado médico y poeta, abordamos el examen de estos médicos escritores, a través de distintas miradas que vinculan el arte de la Literatura con el de la Medicina.

Aunque algunos tienen calles del nomenclator o instituciones que rescatan su memoria, hay un común denominador: son poco reconocidos por sus colegas contemporáneos. Lo que nos ha parecido razón suficiente para reunirlos aquí.

Con motivo del Encuentro Internacional de Médicos Escritores que se reunirá en Montevideo, Uruguay en abril de 2020, hemos creído oportuno colaborar en la difusión de estos autores que han dejado una marca indeleble en la interacción de la Medicina y la Literatura, y que merecen ser mejor recordados.

JOAQUÍN DE SALTERAIN
(1856-1926)



Joaquín de Salterain (Fuente: anaforas.fic.edu.uy)

15 DE NOVIEMBRE DE 2019

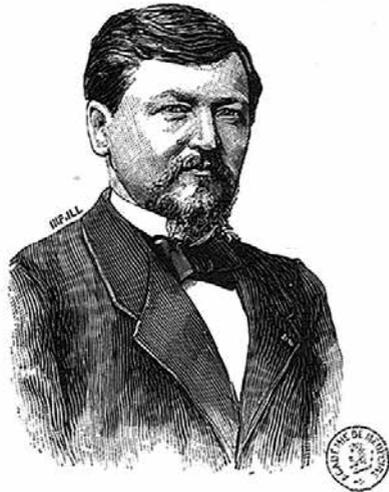
JOAQUÍN DE SALTERAIN (1856-1926)

José Miguel Joaquín de Salterain Rambaud, nació en Montevideo el 30 de noviembre de 1856 y falleció en la misma ciudad el 25 de junio de 1926. Fue poeta, periodista, político, universitario y médico uruguayo.

Hijo de Patricio de Salterain Bengoa y de Elisa Rambaud y Moyano, hizo sus primeros estudios en el Colegio Santa Rosa. Luego en la Escuela de la Purísima Concepción, y más tarde en el Colegio de los Padres Escolapios en Barcelona. Luego de enfermarse en España de fiebre amarilla, y tras reponerse, regresa a Montevideo, donde continúa sus estudios en la Facultad de Medicina, donde se gradúa en 1883. Allí recibe una beca del gobierno del Gral. Máximo Santos, para continuar sus estudios de perfeccionamiento en Europa, viaje en que le acompañan Francisco Soca y Enrique Pouey, que harán en París nuevamente los cursos enteros de Medicina, retornando como figuras señeras de Clínica de Niños, Clínica Médica el primero, y Ginecología y Cirugía el segundo.

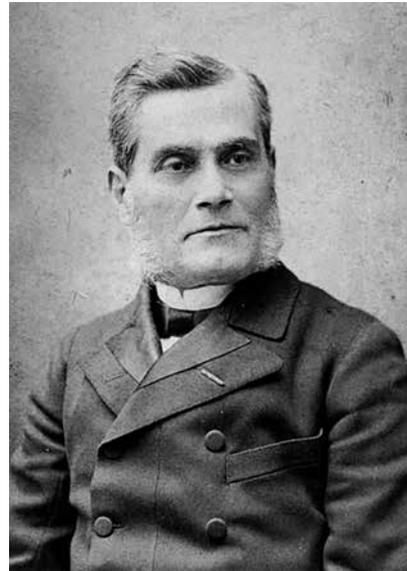
Joaquín de Salterain, mientras tanto, hará en París su especialización en Oftalmología, acudiendo a las Clínicas de los afamados Galezowski, Panas y Wecker.

Xavier Galezowski (1832-1907) fue un oftalmólogo franco-polaco, uno de los primeros en practicar la especialidad y que ganó una medalla de oro por su tesis sobre el oftalmoscopio. Fundó en 1872 el *Journal d'Ophthalmologie*, más tarde denominado *Recueil d'Ophthalmologie*, publicación aquella que sería la primera revista francesa de la especialidad.



Xavier Galezowski (1833 – 1907)
(Fuente: biusante.parisdescartes.fr)

Photinos Panas (1832-1903) fue un oftalmólogo y cirujano francés de origen griego, que realizó una tesis sobre anatomía de las fosas nasales y los canales lacrimales, y trabajó en diversos hospitales de París, entre ellos el Bicêtre, Lourcine, Saint-Antoine y Hôtel-Dieu. Se especializó en estrabismo y parálisis ocular y es autor de numerosos trabajos. Fue Miembro de la Academia Francesa de Medicina, de la que fue presidente en 1899. Fundó en 1881 con otros autores *Les Archives d'ophtalmologie*.



Photinos Panas (1832 – 1903)
(Fuente: biusante.parisdescartes.fr)

Louis de Wecker (1832-1906) fue un oftalmólogo alemán, ciudadano austríaco luego, y más tarde ciudadano francés, considerado en su época el “padre de la oftalmología moderna”. Había estudiado en Viena y Montpellier, doctorándose en París. Fue el primer francés en dominar y enseñar la operación de cataratas y realizó con éxito en 1886 el primer injerto de córnea tomada de cadáver. Popularizó la esclerotomía, la iridectomía e imaginó el proceso de avance capsular para curar el estrabismo. Inventó diversos instru-



Louis de Wecker (1832 – 1906)
(Fuente: Wikipedia)

mentos quirúrgicos que se conocieron con su nombre. Autor de diversos e importantes trabajos, incluyendo su Tratado Teórico y Práctico de Enfermedades Oculares publicado en 1863. Tuvo numerosos discípulos franceses y extranjeros, entre ellos Joaquín de Salterain.

En 1886, de regreso Salterain al Uruguay, abre su propio consultorio, simultáneamente con una clínica para personas de bajos recursos, que solventará con recursos propios. Fue designado oculista del Asilo de Huérfanos y Expósitos, para tratar a los enfermos de tracoma.

En 1889 contrajo enlace con Manuela de Herrera, con quien tuvo 8 hijos.

Fue un apasionado por la estadística, a la que consagró buena parte de sus energías. En el mismo sentido fue fundador y director de la Oficina de Censo y Estadística Municipal de la ciudad de Montevideo, cargo que ejerció de manera honoraria. Fundó la biblioteca que hoy lleva su nombre, en el ámbito municipal montevideano, a la que contribuyó con 3.000 volúmenes propios. Fue designado miembro de la Sociedad Internacional de Estadística de Londres y fue responsable de publicar en Uruguay un boletín con datos demográficos y estadísticos durante el período 1894 a 1903, que se publicara en la *Revista Médica del Uruguay*.

En 1900 funda el Museo Histórico Nacional, un hito fundamental de la cultura uruguaya, poco recordado por esta tarea.

En 1902 funda la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, habiendo sido un paladín de la difusión de ideas de prevención y protección de los pacientes y sus familias, que muchas décadas después se consagraría en la Cruzada Anti-tuberculosa y más tarde en la Comisión Honoraria para

la Lucha Antituberculosa, por ley de 1946. El edificio sede de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, sito en la calle Magallanes 1320, entre Guayabo y José Enrique Rodó, erigido en 1907 por el Arq. Leopoldo Tosi, lleva el nombre de Joaquín de Salterain en su frontispicio.

Promovió la lucha contra el alcoholismo y fundó la Liga para combatir esa enfermedad social, realizando diversas publicaciones relativas al tema.

Fue un excelente orador y parlamentario por el Partido Colorado, integrando la Cámara de Diputados por varios períodos, y alguno como suplente en la Cámara de Senadores. En el Parlamento cultivó la amistad con José Enrique Rodó, que mantuvo con él correspondencia cuando se encontraban separados por el Océano Atlántico, hasta los últimos días del pensador uruguayo. Rodó hizo un prólogo a un libro de poesías que de Salterain publicó en París, titulado *Intimidades*. Pero varios años antes él había escrito y editado un folleto con comentarios sobre *Motivos de Proteo* de José Enrique Rodó.

Como periodista, tuvo destacada actuación en diarios de la capital, colaborando en *El Siglo*, *El Herald*, fue redactor de *La Revista Uruguaya* y publicó varios volúmenes de crítica literaria, poesía e historia.

Fue Ministro de Relaciones Exteriores entre el 1º de diciembre de 1897 y el 21 de julio de 1898, durante la presidencia de Juan Lindolfo Cuestas.

En 1915 reorganizó el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay fundado en 1843, participando en esa tarea junto a Pablo Blanco Acevedo y Setembrino Pereda. El Instituto había sido iniciativa de los Dres. Andrés Lamas y Teodoro Miguel Vilardebó.¹

En el comienzo del mismo año 1915 participó con entusiasmo de la fundación de la Sociedad Uruguaya de Pediatría, colaborando con Luis Morquio (1867-1935), junto a quien había trabajado muchos años en el Asilo de Huérfanos y Expósitos.²

1 GORLERO BACIGALUPI, Rubén: Joaquín de Salterain (1856-1926) en *Médicos Uruguayos Ejemplares*, editor Horacio Gutiérrez Blanco, 1988, Tomo I, pp. 83-84.

2 TURNES, Antonio L.: La Sociedad Uruguaya de Pediatría en su Centenario 1915-2015. En: smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/sup100.pdf

En 1920 participó de la fundación del Sindicato Médico del Uruguay (SMU), y en 1921 presidió el primer Consejo Arbitral, primer Tribunal de Ética Médica constituido en el país. Ese mismo año dictó en el SMU una conferencia, proponiendo la creación de un Ministerio de Salud Pública, que en los hechos se concretaría recién en enero de 1934 (Decreto-Ley No. 9.202 del 12 de enero de 1934).

Gustavo Gallinal rescató en un trabajo titulado “*Cómo nació La Leyenda Patria*”, un relato de las circunstancias en que Joaquín de Salterain compitió con Aurelio Berro (1834-1911) y Juan Zorrilla de San Martín (1855-1931), al inaugurarse en 1879 el monumento a la Independencia, en la ciudad de Florida. He aquí parte de su evocación:³

“Sonó la hora de recitar las composiciones premiadas; correspondía el primer premio a Aurelio Berro, ministro de Hacienda y poeta, quien asistía al acto en representación del Gobierno. Su composición, fluida y correcta, con aquella inicial reminiscencia esproncediana, “¡Para cálido sol, tu raudo vuelo!”, fue leída con extranjero acento, y perjudicada ante el público oyente, por el señor Bernat. El doctor Ángel Floro Costa dirigió la palabra al poeta laureado, en un discurso empedrado de palabras geológicas y frases pedantes, en el que había de bincar más tarde Gil Blas el diente de su sátira. Leyóse luego la composición del doctor Joaquín de Salterain, que había ganado la medalla de plata, “La lira rota”, elogiada a continuación por el señor Albistur. Y se adelantó, por fin, en el tablado, Juan Zorrilla de San Martín; su poesía “La Leyenda Patria” había sido declarada fuera de concurso por exceder la medida máxima de doscientos versos, fijada en las bases del certamen, pero recomendada para la lectura por sus claras bellezas. La voz del poeta, una voz cálida y juvenil, llena de vibraciones musicales y profundas, echó a volar la primera estrofa...”

La convocatoria del concurso se dio a publicidad el 26 de marzo de 1879, dirigida “a los poetas y escritores nacionales” para presentar una *Memoria en prosa o una poesía cuyo tema había de ser “el hecho y la idea que simboliza el monumento”*. El premio consistía en una medalla de oro para cada uno de los mejores trabajos, y una de plata para la segunda poesía; el autor de la *memoria en prosa sería, además, gratificado con la suma de doscientos pesos*. Formaban el jurado, bajo la presidencia de don Alejandro Magariños Cervantes, Jacinto Albistur, José Pedro Ramírez, Enrique Arrascaeta y Ángel Floro Costa; todos más o menos escritores y poetas, al uso del tiempo.

3 GALLINAL, Gustavo: *Cómo nació La Leyenda Patria*. Revista *Comentario*, agosto 1962, pp. 3-5.

Finalmente, escribió poesía que fue incluida en un volumen titulado *Intimidades*, que publicó en París en 1911, con prólogo de José Enrique Rodó.

Seguidamente transcribimos la semblanza que de Joaquín de Salterain trazó el Dr. Ángel Panizza Blanco⁴ y el prólogo y correspondencia de José Enrique Rodó.

JOAQUÍN de SALTERAIN

ÁNGEL PANIZZA BLANCO⁵

I. ÉPOCA Y AMBIENTES

A mediados del siglo pasado, en 1856, nació en Montevideo, el 30 de noviembre, de padres hispanos, herencia latina que había de dar energías fecundas, en realizaciones, e idealístico espíritu, al joven que andando el tiempo llegó a ser, culminando honrosas metas en todos los campos de actividad en que intervino, el Dr. Dn. Joaquín de Salterain.

Su niñez se desarrolló pues en aquellas épocas de La tierra purpúrea dentro del clima heroico y apasionado en que los hombres en defensa de sus más queridos ideales, dejaban de sí todo lo que poseían, incluso la vida, para ofrendarlo a aquellos.

Dentro de un hogar austero y cariñoso, hubieron seguramente de chocar en su mente infantil las acechanzas de lo externo con la tibieza y bondad de lo filial y fraterno de su casa y es posible que, en su espíritu, repercutieron dejando honda huella que inclinó su natural predisposición, aún más, hacia lo bello, lo bueno y lo humilde.

Si la crudeza de las luchas políticas conocidas en las charlas del hogar hicieron al niño hombre, antes que las edades biológicas, también en su aprendizaje, que lo llevó a otras tierras en busca de las sabias enseñanzas que los elevados centros de cultura europea podían ofrecer

4 Ángel Panizza Blanco, médico uruguayo, nacido el 3 de julio de 1911; graduado como médico cirujano el 27 de diciembre de 1940; fallecido el 1 de enero de 1980.

5 PANIZZA BLANCO, Ángel: Personalidad del doctor Joaquín de Salterain por el Profesor Dr. Ángel Panizza Blanco. Concejo Departamental de Montevideo, Montevideo, Uruguay. (8 de noviembre de 1957).

así lo realizó. España y Barcelona lo vieron aún en su niñez y adolescencia, nutriéndose con dedicación virtuosa, en las delicadas sendas de la ciencia, las artes, las lenguas vivas y muertas.

Recordemos por un momento en qué período médico se desarrolla esa etapa de su vida, ya inclinada seguramente al conocimiento de las ciencias médicas. De la enorme nebulosa de las teorías miasmáticas y telúricas propaladas para explicar el origen de las infecciones, se empezaba a salir, sin tener todavía una conciencia clara del nuevo camino, más que por algunos clarividentes, mentes seleccionadas, capaces de comprender el enorme campo nuevo y fecundo en que se entraba.

Hasta entonces sólo se había conocido la macrobiología; la vida de los seres visibles dominó el saber humano por miles y miles de años; el hombre sólo debía temer de emanaciones que proviniendo del aire o de la tierra iban a lesionar su organismo. La microbiología, el estudio de la vida de los microbios, era el nuevo mundo, que en sus primeros desparejos, se mostraba a los buscadores de fenómenos vitales aún incomprendidos o no satisfactoriamente explicados.

Aunque ya en el Oriente, en la India, se había efectuado la desinfección mínima en procedimientos quirúrgicos por medios químicos, desde mucho antes de Cristo, en las heridas, en los instrumentos y en los vendajes, en Occidente poco se había adelantado. Mientras Súsruta en aquella época y país, indicaba la necesaria higiene de las manos, del campo operatorio y hacía fumigaciones con vapor antes y después de la operación, Hipócrates empleaba el vino para aquellos fines y aún miles de años después, en 1266, Teodorico en su tratado de Cirugía, lo recomendaba para la limpieza de las heridas.

Los hospitales, eran antes de la era antiséptica y del conocimiento microbiano, bacteriano, pues el virósico es muy posterior, verdaderos depósitos de infectados y creadores de infecciones, con la consiguiente elevada proporción de muertes. Se hablaba de supuraciones favorables o desfavorables y morían entre los amputados por ejemplo, en los hospitales civiles, del 26 al 60% de los intervenidos y en la guerra de Crimea del 65 al 90%.

Hacia 1845 al 1850 aparecen los trabajos de Holmes Oliver Wendel, Semmelweiss y Joseph Lister.

En 1845 Oliver Wendel señalaba las necesidades de higienizarse con cal clorada en solución, después de atender una parturienta con fiebre y en 1843 publicó su trabajo sobre “La contagiosidad de la Fiebre Puerperal”. En 1846 Semmelweiss comenzó a entrever que la sepsis puerperal y su elevada mortalidad eran debidas a faltas de elementales principios de higiene y en tres años entre 1846 y 1848 bajó diez veces la tasa de muertes entre las madres atendidas en su servicio del Hospital de Viena; de 459 muertes en 1846 a 45 en 1848. Pero igual que otros innovadores fue atacado, cayó en el ridículo y murió más tarde en un asilo, en 1865.

Es en este año que Lister, profesor de cirugía en la Universidad de Glasgow, llama la atención de su colega Profesor de Química, Anderson, sobre un concepto de Pasteur: “El aire se halla lleno de gérmenes transportados en partículas de polvo flotando en la atmósfera que pueden ser destruidos por el calor o filtrados por algodón”. Había ya Pasteur señalado que la fermentación era dada por microbios y que la putrefacción era una forma de fermentación. Otros contemporáneos señalaban también los buenos efectos de los antisépticos, por ejemplo William Savory en la piemia, tratándola con ácido fénico, con cloro, etc.

Sus hallazgos no fueron aceptados por todos; usaban el ácido fénico 1 en 20 para los instrumentos y, 1 en 40 para las heridas, con óptimos resultados.

En 1870 Lister inició el uso de la vaporización de ácido fénico, para destruir los microbios antes de que tomaran contacto con la herida. Aún la cara de la reina Victoria la mayor potencia de la época, sufrió por ser mal dirigido el vaporizador.

Fue la época de Pasteur: nació en Dole en 1822. En 1856 en Lille determinó que la fermentación es producida por vegetales microscópicos, las bacterias. Desde 1863 a 1865 dio igual causa a la enfermedad del gusano de seda y luego a las contagiosas del hombre y de los animales. En 1877 hizo la vacuna contra el carbunco y en 1880 contra la rabia. En julio de 1885 vacunó a dos jóvenes paisanos mordidos por perros rabiosos y considerados como perdidos, salvándolos.

Conoció a los 70 años, 1892, su glorificación por los sabios del mundo entero.

Es pues en medio de este despertar de las ciencias biológicas, en un ámbito nuevo, que el adolescente Joaquín de Salterain desarrolla sus primeros pasos en el aprendizaje de las ciencias médicas, nuevas en lo químico, en lo biológico, en lo terapéutico. Cerca de él las noticias, en la península Ibérica, por lo tanto claras, atrasadas, discutidas, brumosas, en su país natal, aquí en Montevideo, donde fácil es comprender, con cuantas dificultades habían de tropezar los aconteceres de importancia fundamental, que revolucionaban conocimientos y creencias seculares o milenarias, para ser aceptados y aplicados.

Pero si las convulsiones políticas eran intensas y debían repercutir naturalmente en la sensibilidad de esa juventud, si los conceptos científicos eran revolucionados por los descubrimientos más insospechados, también existían otros motivos sociales e higiénicos que dieron características especiales al ambiente y dejaron huellas perdurables en los seres pensantes.

Pocas veces se ha dicho que al proseguir sus estudios en Montevideo, el Bachiller de Salterain fue uno de los que debieron sufrir la triste epidemia de fiebre amarilla de 1873, que lo contó entre sus enfermos y lo llevó a pasar su convalecencia en la hoy ciudad de Santa Lucía. Ese aprendizaje que la muerte de más de 300 vecinos y la enfermedad de miles, le mostró, haciendo además en él una presa de ese mal, de causa desconocida entonces, ese ejemplo abnegado de la colectividad médica, por el bien del prójimo, esa conmoción general de los pueblos de ambas márgenes del Plata, dando lo que era necesario para el amparo, de enfermos, de viudas y de huérfanos, hubo de hacer en su natural sensible, la fuerte estructura moral que lo impulsó a ser luego, el prodigador de todas esas nobles virtudes humanas, expuestas en esos momentos de terror colectivo, en el mejor y más alto grado de pureza.

Pero no sólo vio esa epidemia virósica sufrida y vencida por su joven organismo, para bien de la sociedad, que pudo luego recibir los frutos, que su mente y sus manos repartieron sin pausas, sino las otras que en esos años asolaron la República. El cólera, la viruela, la difteria llevaban con su aparición, familias enteras, multitud de víctimas, que dejaron tras su dolorosa partida, motivos para que los artistas se sintieran obligados a pulir prosas, versos, esculturas, perpetuando esos episodios funestos, que ahora nos parecen imposible y que eran la diaria

y dolorosa realidad, doblegante de las más fuertes voluntades, frente a la inutilidad de luchar contra lo desconocido.

Todas ellas fueron abatiéndose, ante el progreso de los medios descubiertos en avance vertiginoso y aunque la difteria quedó casi hasta el presente, junto con la tuberculosis, fue la que más honda preocupación dejó en Joaquín de Salterain.

II. EL MÉDICO

Es así que ganador por concurso de una beca para perfeccionar sus estudios en Europa, que le permitía disponer de medios, generosos para la época, llevó la recomendación de estudiar los más modernos procedimientos para abatir la peste blanca. Los aprendió y trajo.

Vuelve a la patria luego de cuatro años de ejercer la Jefatura de Clínica Oftalmológica en París, donde junto a los maestros de la medicina europea, con su mente siempre dispuesta a apreciar no sólo lo que en su especialidad era necesario, sino también aquellas iniciativas que habían de ser útiles a su patria, vigoriza su personalidad hasta las más altas posibilidades.

Trae consigo no sólo una preparación científica altamente valiosa, sino también, una preparación en lo humano, en lo social, en lo cultural general, que bien pronto han de rendir óptimos frutos.

Ocupa el secretariado de la Facultad de Medicina, hace docencia en una disciplina nueva en la enseñanza, como especialidad, está pues allí junto a los grandes maestros. Pero al mismo tiempo está con los más humildes: dedica su tiempo a los pobres, todo el tiempo que éstos necesitan, en su casa y en el asilo de Huérfanos. Y en el intervalo, atiende



una numerosa clientela que pudo hacerle un potentado si lo hubiera querido, más no lo quiso.

Cumplió los supremos mandatos de la profesión médica, la más alta de las profesiones, con seguridad de apóstol. No descuidó lo psíquico ni lo físico, no rehuyó el contacto con lo bello ni con lo heroico. Pasó de las páginas de la prensa, política u otra a la tribuna parlamentaria y aquí también pulió todos los temas y quiso hacer ley con los humanos y justos principios.

Amó al niño y por él luchó en esos lugares; sintió respeto y admiración por la mujer, madre y trabajadora y por ella avanzó en las ideas, para que la ley la protegiese. Mujer y niño, fueron motivos de sus altas preocupaciones, lo hemos de ver en toda su fecunda trayectoria, queriendo para ellos lo más justo y avanzado de la época.

Como amaba a ambos y ejemplarizaba con su vida, formó un hogar modelo que fue mirado con veneración, por quienes lo conocieron.

III. EL POETA

Y ese amor a la patria, al hogar, al niño, a las madres, a la medicina individual y social, nos hace bien fácil comprender por qué fue poeta.

Rodó lo señala con certeza: “Jamás se ha preguntado el autor a qué escuela pertenecen sus versos ni qué tendencias manifiestan por su espíritu y estructura, ni en qué relación están con tales o cuales propensiones del gusto. Ha abierto el alma al motivo que la solicitaba; ha dejado que la naturaleza de la emoción de la idea brote la forma connatural y propia, al modo que la vena de agua labra por sí misma su cauce, y ha respetado, en la obra en esa manera concebida, la frescura y la gracia de espontaneidad. Por eso, aunque la mirada experta perciba, en más de una composición y en más de un rasgo, que quien poetiza es un espíritu de cultura refinada y extensa, lo que en su poesía aparece reflejado es aquel fondo de humanidad que está más en lo íntimo que las adquisiciones de la cultura y el saber. Vario es el asunto de sus cantos, y entre todos componen como la glosa lírica de la historia espiritual del autor; sueños de la edad juvenil; emociones de amor, de belleza, de cívico entusiasmo; afectos de calidad, de admiración por lo heroico, de dolor ante las impiedades de la muerte”...

CARAS Y CAJETAS

SEMANARIO FESTIVO
Dirección EUSTAQUIO BELLIGER

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

DOCTOR JOAQUIN D. SALTERAIN

AÑO II
Nº 43
10 de Mayo de 1891
PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Ses meses	5.00
Un año	30.00

EXTERIOR
Los mismos precios en moneda aquí, pero con el aumento del franqueo.
Número corriente 30 centesimos - Suceso al año 60 centesimos

SEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
OFICINA: Calle Rio Negro 260
MONTEVIDEO

IMP. LIT. LA RAZON, CALLE CERRO N.º 93 A 97

Un enfermo de la vista me dijo dias atrás:
«En manos de este oculista no hay ojo que se resista á ver lo que los demás.»

Tal me llegó á convencer, que aunque con vista me creo, la voy en cura á poner, para ver si puedo ver mas plata que la que veo.

Al dejar cantar su sentir, no pudo separarse de las grandes tragedias que azotaban al país; las guerras civiles, las enfermedades entonces casi incurables que cobraban sus víctimas en la juventud de la patria. Las guerras civiles, los motines, las dictaduras que vivió su niñez y juventud le hacen decir:

En el tétrico fulgor
De las noches de agonía,
Se agiganta, patria mía,
la imagen de tu dolor...
Llena el espacio el clamor
De la lucha fratricida...
¡Cuánta conciencia que olvida
Su consigna, desbordada!
¡Cuánta esperanza perdida!
¡Cuánta sangre derramada!

Es la tragedia del médico que lucha por salvar una vida y ve que una medida política destruye cientos o miles.

Donde vuelca el amargo sabor que la vida le muestra, pero sin caer en un renuncio total a sus esperanzas, ha de decir al final:

Palpitarán los vallados,
Con las mieses por alfombra,
Disipará los nublados,
El arrebol de la aurora,
Y otra vez, reina y señora,
En la paz, bendita seas!
La leyenda redentora,
Cantarán tus chimeneas.

Aparece el médico que encara el problema social en su pensamiento y canta al trabajo, a la industria.

Cantó a las madres en “Notas”:

Porque tengo tres ángeles,
Que mi lecho rodean y acarician
Yo, comprendo a las madres
A las madres benditas!

Porque a veces he visto
Sus mejillas rosadas marchitarse,
He derramado lágrimas,
Lágrimas a raudales...

Y en las noches eternas
De lucha y de combate,
He soñado en los mártires del mundo,
He soñado en las madres!...

Porque tengo la dicha
De vivir con tres ángeles,
Jamás cierro mis ojos,
Sin pensar en las madres.

En aquella época, en su juventud médica, la tuberculosis era, se puede decir, una enfermedad pestilencial: no existían medios eficaces para contenerla y llevaba en su haber vidas jóvenes, que sumaban cifras alarmantes, en todos los lugares de la Tierra. Bien se sabe que hasta hace muy pocos años, siguió ocurriendo así.

Joaquín de Salterain, Profesor, Ministro, Parlamentario, Periodista, Fundador, no tuvo reparo en exaltar el sentimiento público, dejando que vuelen sus pensamientos en versos, que tituló sin eufemismo con mano de cirujano social.

En ellos crudamente mostró el panorama real de la enfermedad, la pobreza y la maternidad unidas en el trágico desenlace, en el instante supremo de la muerte:

Así en “Tísica”:

Noche oscura, clara y fría...
Un cuarto lóbrego, helado,
Un lecho desvencijado,
Y un ambiente de agonía...

Ha señalado la miseria que casi siempre acompaña a la tuberculosis:

Mujer... todavía hermosa!...
Flota suelto, desceñido
El mazo de sus cabellos...

Pinta con hábil trazo, ese aspecto de belleza, que ustedes conocen, de la infección bacilar, del semblante y la mirada de la enferma, para terminar con la unidad materna inseparable.

Mientras jugando con ellos
Como el pájaro en el nido,
Cierra los ojos, dormido
Un ángel, humana hechura
Del calor de la ternura...

Estaba pues su misión completada como la sentía: curar el enfermo, crear los medios de cuidar de su familia, proteger al sano y agitar con el discurso y con el escrito, a la sociedad, para que así se pudiera reunir en un solo haz, el conjunto de voluntades, que permitiría hacer la lucha con relativo éxito.

Y aquel, que fue uno de los Trovadores de los héroes de la patria en la Justa de la Florida, en 1879, con “La Lira Rota”, no vaciló una tarde, en volcar su dolorido sentimiento, para excitar a sus conciudadanos ante los problemas más fuertes y menos poéticos que asolaban a la patria. Para las generaciones que habían sido y para los hombres que era preciso conservar, decía igual, su espíritu de patriota.

IV. EL FUNDADOR

Pero si en esas facetas de su vida se distingue ya, como realizador, existen otras, dentro de las múltiples que tuvo su personalidad, donde se le puede señalar como el Fundador. Amó al libro y fue rodeándose de selectas producciones; amó la docencia como queda dicho y al amarla pensó un día, que su saber pudiera ser egoísta, si retenía para sí, las fuentes del mismo. Quiso poner todo lo que conocía al servicio de la colectividad que quería y donó parte de ese tesoro acumulado que era su biblioteca, fundando esta Biblioteca Municipal. Con tres mil volúmenes. Anótese bien, para un hombre y para aquella época, la magnitud que esa cifra representa; fundó para el pueblo que siempre le admiró esta magnífica realización; fundar y proveer una biblioteca es en verdad una magna empresa. A través de los siglos las Bibliotecas han señalado, al fundarse, al acrecentarse, o al destruirse, etapas de la cultura de los pueblos. Así Joaquín de Salterain, a la sociedad que lo veía prodigarse, por su físico y por su sentido visual, para darle no sólo la perspectiva de la luz y los colores, las formas y los volúmenes sino también el saber, quiso darle una fuente de permanentes influjos que la nutriera de lo que él recibió, le fue útil y amó por útil y por bello.

Como a través de su permanente afán de salvar la misión del hombre, para que cada vez fuera más culto, más bueno y más productivo, y llevado por su afán de proteger las mentes, prosiguió su ruta, donde brilló a ese aspecto de Fundador: el alcoholismo, vicio en el que caen las sociedades y los hombres poco fuertes moralmente, que destruye la célula nerviosa sin posibilidad de recuperación, que deja taras en la descendencia, que crea enfermos inocentes, cargas sociales que llenan luego hospitales y asilos, colonias de alienados o cárceles, tuvo en Joaquín de Salterain, uno de sus más firmes ponentes.

Luchó en los escaños parlamentarios, en los ateneos técnicos o populares, en la prensa, en las conferencias, y en las realizaciones poéticas. Fundó la Liga Nacional contra el Alcoholismo y dio a ella, el encendido celo de todas sus preocupaciones, poniendo allí fundamentos sólidos en doctrina y hechos, que proyectándose hasta nuestros días, señalando rumbos, hacia los que debe dirigirse a la juventud, para construir una nación sana y venturosa.

Su verbo enérgico y lleno de experiencia y saber, se hizo oír en sueños extraños, dejando clara conciencia de la firmeza de sus convicciones y de lo justificado de su línea de acción en el problema.

Enseñó allí y acá, que la aplicación de la medicina social y la medicina del trabajo deben ser un deber de las sociedades avanzadas y que si curar a uno o a cien enfermos, es una obra humana enaltecida, para quien la realiza y para el conjunto social que la impulsa, tomar medidas de seguridad colectiva en el campo de la salud, es pues por encima de todos los deseos de brillo o lucimiento personal, la esencia misma del amor hacia los semejantes.

La medicina social, la lucha por la higiene, que crean enormes riquezas en los pueblos, son realizaciones, sin resonancias muchas veces, hechas por apóstoles semi ignorados, que velan en su vida por las generaciones presentes y futuras, con normas y consejos, que a veces llegan a convertirse en leyes, trayendo bajo su letra, salud, y bienestar.

Esos conceptos de Salterain sobre el alcoholismo como enfermedad social, han de persistir inmutables y hacia ellos, habrán de volver los ojos quienes no quieran perder los pueblos en la sombra y volverlos hacia la luz de una salud física y mental cada vez más firme.

Pero su afán de Fundador no se detuvo allí: como la lluvia benéfica que no repara en el lugar que nutre, sean ricas tierras o áridos pedregales, así también el hombre que se siente sembrador, toma todos los días caminos nuevos para que sus impulsos tengan mayor campo de acción.

Siguiendo en el terreno médico y muy vecino del alcoholismo, otra plaga social de agente conocido entonces, la tuberculosis, fue enfrentada por este luchador con otra Fundación.

Si el alcoholismo estaba en la génesis de muchas diseminaciones tuberculosas, si la miseria y el dolor por aquel creadas, se veían repercutir en las policlínicas para pobres, de de Salterain, era lógico que el espíritu clarividente y valeroso del médico, llevara la acción a la raíz del mal en todos los sentidos.

Vio que la tuberculosis no era sólo, el producto del ataque del bacilo que Koch había descubierto en 1882, sino el resultado de condiciones higiénico sociales desfavorables para el organismo humano, pobreza,



Liga Uruguaya contra la Tuberculosis (Foto del autor)

promiscuidad, trabajos excesivos, vicios sociales, y participó del convencimiento, general ya en el mundo, de que era preciso combatirlas y reducir las, a la más ínfima expresión posible.

La revolución industrial había traído condiciones nuevas para los que antes vivieron casi exclusivamente de la tierra, de sus productos y derivados, y aún en nuestro medio, no había surgido la nueva etapa, con caracteres definidos. Pero en esas décadas del fin del siglo XIX y comienzos del XX, comenzó la aglomeración humana que la era



Liga Uruguaya contra la Tuberculosis (Foto del autor)



Liga Uruguay contra la Tuberculosis (Foto del autor)

industrial produjo y las condiciones antihigiénicas del trabajo y de la vivienda, dieron base a una expansión cada vez más notoria de la tuberculosis humana.

Los medios para combatirla eran muy precarios, casi nulos. Ni los productos biológicos, ni los químicos producían lo que de ellos se esperaba y largas listas de medicamentos llamados específicos, señalaban la ineficacia de su acción.

De Salterain vio que en otros países la regulación de las condiciones de trabajo, de vivienda y de alimento, entre otras, había probado una cierta eficacia, en la prevención de la tisis.

Su ánimo constructivo, su elocuencia convincente, su afán ejemplar, que ya había dado ejemplos en otros campos de la salud, congregaron junto a él destacadas figuras de filántropos que hicieron posible la Fundación de la Liga Uruguay contra la Tuberculosis que enseguida pudo hacer singulares realizaciones.

Dispensarios, preventorios, alimentos y otros medios, llegaron al alcance de numerosas familias, que habían sido atacadas por el mal. Tan fecunda idea dinamizó la sociedad, como la lucha contra otras pestes lo habían hecho antaño y mano anónima hizo posible la construcción

inmediata, del magnífico edificio que es aún sede de la Liga, en la calle Magallanes, teniendo todavía el señorío y la entidad que quisieron darle aquellos iniciadores. No parecería esa obra tan grande como los requerimientos del problema lo hacían necesario, pero no olvidemos que recién cuarenta años después el Estado crea la ley que permite llevar a una extensión nacional, las ideas y propósitos que la animaron y que proyectada por un reducido núcleo de ciudadanos en Montevideo, hizo camino en casi todas las capitales de los Departamentos del Interior.

Se preveían en ello y se cumplieron, todas las etapas de la lucha antituberculosa: higiene social, del trabajo, de la vivienda, acción de las visitadoras, prevención, aislamiento, tratamiento de los enfermos, y su readaptación para el trabajo. Sembraron desde allí un germen fecundo que luego hizo posible la culminación de la lucha, por medio del Estado, siguiendo esas directrices, modificadas por los avances de la investigación en lo profiláctico y en lo terapéutico. Al recordar estas realizaciones sentimos la satisfacción de cumplir con un eterno deber hacia esos patriotas que señalaron rumbos: hacia los médicos que los guiaron y para los ciudadanos que los acompañaron, sacrificando descanso y recursos. Nuestra sociedad ha sido siempre fructífera en grandes realizaciones sociales y esta es sin duda alguna, de las más ejemplarizantes, por lo realizado directamente y por la conciencia creada alrededor del problema.

El Doctor de Salterain como espíritu culto no olvidó la historia. Buscó en ella inspiraciones y enseñanzas que transmitió con fervor de maestro. Defendió en las tribunas la necesidad de conservar, nuestros elementos con valor en la historia, grávidos de recuerdos y de lecciones. No comprendía como podíamos hablar de patria y dejar la herencia de los que la formaron irse hacia otros lugares, para ser allí objeto de recordación, pero no de veneración y ejemplo. Inclinado hacia esa idea supo movilizar a la nación. Desde todos los lugares del país y desde el extranjero donde se hallaban orientales, que podían aportar su contribución con sabor histórico, le llegaron los más diversos motivos, que le permitieron fundar el Museo Histórico Nacional, del que hoy nos enorgullecemos.

Su génesis pues le pertenece, así como a la Sociedad de 1900, que aportó a la llamada Exposición Histórica, el valioso material que fue la base del Museo: en un admirable ejemplo para las juventudes médicas

de todas las épocas, que no pierde actualidad ahora, no sólo tuvo tiempo para su profesión, para la docencia, para la lucha contra los males sociales, sino que todavía lo dispuso para conservar el representativo histórico que diera por siempre enseñanzas a los que vinieran.

Si bien en las anteriores realizaciones, pudo contar con el apoyo de todos los sectores de la sociedad, en esta iniciativa los poderes públicos, que no le comprendieron, o no quisieron por motivos ajenos a la obra prestarle el apoyo debido, dejaron que por su solo esfuerzo se desarrollara y no pudo por muchos años tomar el vuelo que el motivo patriótico y educador merecía.

V. OTRAS REALIZACIONES

Hemos recordado los principales puntos en que la vasta trayectoria y fructífera acción del Dr. de Salterain, hicieron sentir el poder de su ejemplo, de su ímpetu formativo y de su genio realizador, sin detenernos en los detalles de las obras, que no sean aquellas, que merecen sin lugar a dudas, el calificativo merecido de Fundaciones, en uno o más sentidos.

Nos queda aún otra, a la que el Municipio de Montevideo debe recordación especial: de Salterain quiso bien a los números y creyó en la eficacia de las estadísticas.

Desde su temprana edad de médico gustó hacer el estudio de las variantes de ciertas enfermedades, por intermedio de las cifras que daba su incidencia en la población y extraer así conclusiones orientadoras, respecto a aquellas.

Así lo vemos que estudia la “Mortalidad en la ciudad de Montevideo, de 1894 a 1903”, “El desarrollo y profilaxis epidémicas de Montevideo”, en 1884, la Mortalidad general y la “Mortalidad por tuberculosis pulmonar de 1890 a 1899, comparadas entre Montevideo y Buenos Aires”. Y luego de décadas, aún mantiene el calor de sus primeros impulsos en este campo y sigue extrayendo proficuas deducciones como en 1923 con su “Contribución a la Epidemiología del Uruguay”.

Y fuera de ese terreno, en el demográfico puro, tiene también publicaciones, no extrañando que en un día sea el Fundador y Director de

la Oficina de Censo y Estadística Municipal que prestó de inmediato valiosos servicios informativos al pueblo en general y a los estudiosos.

El Oftalmólogo, aquél, que al iniciarse buscó bajo su responsabilidad la enseñanza de la especialidad y la protección del aparato visual de pobres y ricos, que luchó con todas sus energías por la luz de los primeros, antes el 1900, en una acción a fondo contra el tracoma, esta plaga que recién ahora ha sido regulada y conocida en su génesis, quiso en toda su ejemplar vida dar cada vez mayores posibilidades de nutrir por la visión a las multitudes ciudadanas. Hubo en todos sus pasos como un derrotero incambiado en pro de la luz, del saber, de la elevación intelectual de quienes lo rodeaban; salvó los cuerpos, pero pensando siempre en fortificar los cerebros, en sus células y en la mente.

Si en 1878 ya ocupaba cuando era Secretario de la Facultad de Medicina, el primer Secretario que ésta tuvo, los cargos de miembro de la Comisión Departamental de Instrucción Primaria y luego en 1880 de la Dirección General de Instrucción Primaria, si vivió en la Docencia y en la Higiene, en la nutrición del intelecto y en la preservación de la salud, no sorprendió su designación como Miembro del Consejo de Higiene.

Si hasta 1924 prodigó sus dotes físicas y de saber en las Direcciones de la Oficina de Censo y Estadística Municipal y de esta Biblioteca Municipal que hoy nos reúne, no dejando de hacerlo, sino para dedicarse a otro gran amor de su vida, la Higiene Pública, en ese mismo año, desde la Dirección de Salubridad de Montevideo, cargo en el que lo sorprendió el mal de su apasionada, fructífera y humanística vida, nada queda mejor que decir del Dr. Dn. Joaquín de Salterain que fue un Precursor, un Fundador y un Bienhechor.

De su esfuerzo extra humano recibimos la lección límpida del trabajo por el bien de los semejantes, del peregrinaje por todos los continentes ilustrados, para volver con su cantimplora llena del líquido precioso de la verdad, en todos los campos del saber humano, que derramó sin límites, y de la prodigación de energías hasta llegar al supremo fin, sin desfallecer mientras pudiera dar la luz a quienes a él acudieran o le rodeaban, con su ciencia, con su palabra, o con su ejemplo.

Su magnífica lección no debe ser olvidada.

Montevideo, 8 de noviembre de 1957.-

Obras Impresas del Dr. Joaquín de Salterain

LITERARIAS:

1. "Artigas". Ensayo acerca del alegato "Artigas" del doctor Eduardo Acevedo. (Montevideo).
2. "La Lira Rota". Poesía recitada en el Monumento de la Florida. (1879).
3. "María". Poema lírico. (Montevideo, 1883).
4. "Discurso en ocasión de recibir sus diplomas las maestras del Instituto Crandon". (Montevideo, 1907).
5. "Intimidades". Recopilación de poesías, con un prólogo de José Enrique Rodó. (París, 1912).
6. "Sobre Motivos de Proteo". Juicio del libro de José Enrique Rodó. (Montevideo, 1909).

POLÍTICAS:

7. "La elección de representantes". (Montevideo, 1901).

CIENTÍFICAS, ETC.:

8. "Contribución al estudio del desarrollo y profilaxis epidémicas en Montevideo" (1884).
9. Estudios médicos sobre la rabia por el método de Pasteur (en colaboración con el doctor Pouey). (Montevideo, 1889).
10. "La mortalidad de la ciudad de Montevideo", durante los años 1894-1903.
11. La cuestión de los alcoholes. (Montevideo, 1900).
12. Mortalidad infantil en Montevideo (1900-10), (1905-08), (1920).
13. Mortalidad general y mortalidad por tuberculosis pulmonar de 1890 a 1899, comparadas entre B. Aires y el Uruguay. (Montevideo, 1901).
14. El sanatorio de tuberculosos pobres. (Montevideo, 1902).
15. "La Liga contra la Tuberculosis". (Montevideo, 1902).

16. Memorias de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis (1902-03 y 1904-05).
17. Apuntes sobre demografía uruguaya. (Montevideo, 1903).
18. Conversación amistosa sobre tuberculosis. (Montevideo, 1903).
19. Demografía del Departamento de Salto. (Montevideo, 1904).
20. Apuntes de demografía uruguaya. (Montevideo, 1913).
21. El alcoholismo en el Uruguay. ¿Qué es lo que puede y debe hacerse en contra? (Montevideo, 1916).
22. La tuberculosis en el Uruguay. (Washington, 1916).
23. A propósito de un caso de oxicefalia. (Buenos Aires, 1917).
24. Contribución al estudio del alcoholismo en el Uruguay. (Montevideo, 1917-18).
25. Sarcoma corioideo en el niño. (Montevideo, 1918).
26. Sobre alcoholismo. (Montevideo, 1918).
27. Encefalocelos de la órbita. (Buenos Aires, 1919).
28. Ciegos de nacimiento curados. (Montevideo, 1919).
29. Complicaciones oculares en el sarampión. (Montevideo, 1920).
30. Amaurosis histérica. (Buenos Aires, 1920).
31. Cuerpo extraño del párpado tolerado durante seis años. B. As., 1920).
32. Zona oftálmica en una niña. (Buenos Aires, 1920).
33. El Ministerio de Salud Pública. (Montevideo, 1921).
34. Las inyecciones de leche en las queratitis de los niños. (Mont. 1922).
35. Breves anotaciones sobre el alcoholismo en el Uruguay. (Mont, 1923).
36. Contribución al estudio de la epidemiología en el Uruguay. (Montevideo, 1923).
37. Conjuntivitis flegmonosa unilateral, de evolución benigna (en colaboración con el doctor Bonaba). (Buenos Aires, 1923).
38. Resúmenes anuales de estadística municipal de Montevideo. (Dirección).

INTIMIDADES

Joaquín de Salterain fue miembro del Poder Legislativo en varios períodos: Diputado titular por Montevideo del 15 de febrero de 1899 al 14 de febrero de 1902; Senador suplente por Tacuarembó del 13 de julio de 1906 al 6 de febrero de 1907; Diputado titular nuevamente por Montevideo del 15 de febrero de 1908 al 14 de febrero de 1911 y por último diputado titular por Treinta y Tres del 15 de febrero de 1911 al 14 de febrero de 1914. Siempre representó al Partido Colorado.

José Enrique Rodó fue Diputado titular en los mismos períodos, siempre por Montevideo, del 18 de marzo de 1902 al 14 de febrero de 1905; del 15 de febrero de 1908 al 14 de febrero de 1911 y del 15 de febrero de 1911 al 14 de febrero de 1914.⁶ También representó al Partido Colorado y coincidió con Joaquín de Salterain en los dos últimos períodos legislativos.

Sobre
“Motivos de Proteo”
de
Dn. José Enrique Rodó

JOAQUÍN DE SALTERAIN⁷

Dentro de las capacidades mentales más insignificantes, la observación de la naturaleza, repetida, desarrolla inconscientemente una serie de nociones de los movimientos y de las substancias, merced a las cuales deducimos correspondencias de hechos lejanos y concomitancias de fenómenos, cuya representación existe en la memoria del pasado. Hemos visto, una, dos y cien veces, anublarse el horizonte y cubrirse con cenadales de brumas los ámbitos del cielo, mucho antes que el relámpago deslumbre y que el rayo ensordezca, y de acuerdo con tales revelaciones de los movimientos atmosféricos, predecimos el estallido de la tormenta, como anunciamos, con el automatismo de un instrumento de precisión, el retorno de los días serenos. El pensamiento que anida en las

⁶ Presidencia de la Asamblea General y del Senado. Presidencia de la Cámara de Representantes. Diciembre 2006. Parlamentarios Uruguayos 1830-2005.

⁷ Joaquín de Salterain: Sobre “Motivos de Proteo” de Dn. José Enrique Rodó, Montevideo; Taller Gráfico “El Arte”, de O. M. Bertani; Reconquista, 195, 1909. 30 páginas.

cumbres del humano saber, donde la inteligencia percibe los horizontes ilimitados y abarca, de conjunto, la magnitud del espacio, acaso elabora el concepto que la eleva sobre las multitudes, apelando al mismo procedimiento de percepción empírica. Idéntico en el fondo, al del común de las almas, experimenta sensaciones y traduce enseñanzas. Pero, en tanto las vulgaridades permanecen indiferentes a numerosos motivos, que nada dicen a su sensibilidad apagada, el exquisito desenvolvimiento de la inteligencia, discierne gradaciones de tonos y acentos que se reflejan, intensificándose, en las creaciones de la mente: allí donde nada descubre la dinámica del común entendimiento.

Ni la época, ni el ambiente, propicios siempre para el desarrollo de las especies vulgares, que se adaptan a todos los climas y se satisfacen absorbiendo la humedad de la atmósfera, cuando el suelo es ingrato, favorecen y desenvuelven las actividades vitales de los organismos superiores. Nada, empero, aminora su potencialidad intrínseca, que es capaz de producir, donde todo resulta infecundo y que acierta a iluminar donde reinan las tinieblas.

Semejantes facultades de observación exterior e íntima, allí donde la generalidad no acierta a descubrir el más mínimo signo revelador, caracterizan al talento que traduce sus actividades prolíficas, hijas legítimas del ingenio. Sin que las injurias del tiempo, ni las conjeturas del probable desastre, disminuyan, en lo más mínimo, la extensión de sus alas abiertas al ensueño y en columpio tranquilo sobre los más profundos abismos.

¿Desconoce, acaso, el hombre superior, que pasea la mirada por encima, muy por encima de las multitudes, el positivo valor de la propia potencialidad?

Es posible que la trascendencia entera de la obra, no sea siquiera vislumbrada completamente por su artífice. Es probable que muchos de los detalles escapen al inventor, más preocupado del derrotero del cauce, que de los accidentes de las márgenes. El examen minucioso de los auxiliares, como el de los instrumentos empleados, no le detienen. La conciencia íntima del propio valimiento, le acompaña, le estimula y le impele y aunque se sienta contrariado por las pasiones humanas, y proscripto por el silencio de la envidia, que es el ostracismo de las almas sin luz propia, sabe, instintivamente, que ha de triunfar, si no

hoy, mañana, en lo porvenir; tiene la evidencia de la victoria final y sigue su norte, contra borrascas y tempestades; abre los ojos a la luz de las visiones proféticas y crea, de la nada incomprensible para el vulgo, los coloridos de la imagen, las formas de la belleza y los contornos de la doctrina.

Tal vez, el artista incomparable que, reflejando impresiones diversas del alma, escribió los “Motivos de Proteo”, ha traducido numerosos estados de conciencia y ha producido, en el espíritu del lector, la simpatía de las sensaciones idénticas y la atracción de las perspectivas corroborantes, sin darse cuenta exacta de todas las sugerencias movidas por la magia del ingenio. No por eso, la estela de su ruta, hacia las cumbres del pensamiento, resulta menos luminosa que la cima a donde llega.

Rauda es la frase que del labio surge, cuando el motivo que la provoca hiere las fibras del sentimiento, con honda violencia; lento y profundo, el raciocinio se manifiesta, si la meditación serena y tranquila elabora en la trama del pensamiento, el enjambre de la idea; apocado y mustio, el espíritu se encoge con las tormentas del dolor, en tanto se dilata, se ensancha y resplandece al calor del susurro que dialoga en el alma, el concierto de la esperanza. Múltiple, de apariencia contradictorio e ilógico, el estado de ánimo se manifiesta como el del cielo, cubierto o sereno, según los desequilibrios de la atmósfera. Y así “Proteo”, como en la vida cambia de aspecto de un momento a otro, sin abandonar, por eso, su investidura humana, mucho menos su esencia íntima, en perpetua renovación hacia el perfeccionamiento. Tal es la síntesis de su sed inextinguible de saber, de su anhelo perpetuo de sentir, de su afán de olvidar las espinas del sendero y los precipicios de la montaña. En su marcha ascendente hacia la cumbre, donde se respira el aire oxigenado de la altura y se descubren las perspectivas dilatadas del espacio, nada le arredra: ni las tonalidades múltiples del paisaje, ni los apocamientos de la fatiga, ni los nublados del ambiente, brumoso y denso en los días de la congoja, que su constancia y su fe son inagotables, como los veneros de la conciencia y sus desalientos momentáneos, fecundos estímulos y vigoroso acicate para subir mejor... Y así demuestra, que el derrotero de la inteligencia es renovación incesante que agrega átomos de recuerdos infinitos a la nebulosa viajera, que rejuvenece al desgaste del organismo, trabajado y viejo, con los incentivos del afán y las metamorfosis de la verdadera sabiduría;

que aspira, con la simbólica y atrayente Leuconoe a la conquista del espacio, donde la luz irradia esplendores de pureza y cambia de rumbo, momentáneamente, aunque no de objetivo, cuando el mecanismo de determinada función enmudece, reemplazando un designio por la fecundidad latente, que se transforma en reacción pujante y creadora.

Poseedores, inconscientes, de aptitudes y tendencias, esbozadas en los linderos del pensamiento por el influjo de múltiples atavismos, derrochamos el patrimonio adquirido virtualmente, o aprovechamos las congénitas energías, según las antipatías de circunstancias que anublan, o, en mérito a las afinidades que las exaltan, hasta el punto de destacarse en el cielo de la inteligencia, como los astros de primera magnitud en el espacio etéreo. Unas veces, revelándose en Pascal y en Mozart, desde los arreboles de la infancia: otras, desenvolviéndose, desde las alturas del poder, las más raras, en la omnisciente y augusta majestad de Marco Aurelio y en las inimitables y candorosas querellas del Rey Sabio: a menudo, irradiando luz, del abismo de las tinieblas, en la lira única del divino ciego y en el arpa eólica que aquel otro, proscrito de Bretaña, templó un día, arrullado su espíritu con las visiones del perdido Paraíso: otrora, rasgando el velo de las concupiscencias del arte y descubriendo veneros de ciencia, en el vigoroso aliento de Leonardo... ¡Cuántas ocasiones, anublando los estados latentes de la inteligencia, que pudieran ser claridad redentora y creación gigantesca, y oscureciéndolos más que en el ambiente inadecuado, en el apocamiento de las energías!

Predispone la vocación, que es la brújula de la intelectualidad, hacia determinados destinos, jamás defraudados en el camino de la vida, si las voliciones perseveran en dirección constante al polo magnético de los horizontes sensibles. Impelido por ese estímulo, que nace con nosotros, y que es el plasma de cada individualidad, el sabio medita, el luchador combate y el artista crea. Contrariado, uno u otro a menudo, por las vicisitudes del tiempo, por los desastres de una derrota prematura o el desencanto de un dolor intenso, desconoce el rumbo, vacila antes de decidirse y acaso marcha en sentido contrario, para seguir, bien luego, irresistible, casi fatalmente, aquellos primeros ensueños y aquellas primeras divagaciones, que arrullaron, en el regazo de sus anhelos, con el atractivo de una promesa y con la música de una caricia.

El amor, ¡abramos los ojos a las maravillas de la vida para pronunciar ese nombre!, le acompaña y le guía con la mágica de sus innúmeros e inefables encantos. Le sugiere el concepto de la ternura: en el susurro de las frondas y en los ósculos de los céfiros, en el vaivén de las ondas y en la solemnidad de sus acentos, en la mirada vagarosa del niño y en el seno turgente que calientan las palpitations maternas: en la lira del bardo y en el raciocinio del filósofo: en la ascensión del calvario y al pie de la cruz... Como signo de perennes halagos, de estímulos intensos, de supremas resignaciones y de inagotable perdón, siempre de perdón. Si su esencia se desvanece, si su encanto se disipa y su claridad se apaga ¿qué queda en el mar sin orillas del alma?

* * *

Para el lector que no se conforma con la armonía del conjunto y con la sugestión general de la obra, sino que paciente escudriñador, descubre lo que intencionalmente ha dejado de decirse, y a través de la trama del lenguaje, penetra, o supone penetrar, en el pensamiento dominante, la fisonomía íntima de los “Motivos de Proteo” se destaca, enumerando las vocaciones diversas, con perfiles acentuados, más que en la forma, en la intención. Profunda y verídica, esta última, refleja pacientes y reales observaciones, esbozadas con las galanuras de un estilo profusamente cincelado con artístico buril, admirablemente fácil y elegante, como el que enriquece toda la obra; pero más ceñido y concreto, como absorbido en el desenvolvimiento de una sola idea. En esa idea, en ese motivo, la vocación es la circunstancia propicia, la causa, predisponente que da margen al espíritu para bosquejar sentimientos de mayor significación, como si el pensador sagaz, pero benévolo, se propusiera atemperar la crudeza de las realidades humanas, clasificando tendencias y suavizando los acentuados matices de algunas. Y es que en el fondo de su alma, genuinamente altruista, no existe sitio para la amargura del despecho, ni cabida para los rasguños del sarcasmo.

Con motivo del tema desenvuelto, señala, de mano maestra, aunque como por incidencia, el estado precario de las sociedades incipientes, la falta de estímulo cuando el ambiente no corresponde al esfuerzo desarrollado, y la situación de los fracasados, que no creen en el éxito

ajeno por experiencia propia. Explica, justificándolos ante los dictados de la experiencia, tamaños desvaríos y lo hace con la sencillez y elocuencia naturales: con las que las brisas del Otoño justifican la caída de las hojas. Y aún para los infecundos, a muchos de los cuales supone poseedores de una modestia única y regocijados con el aplauso a la ajena gloria, aún para éstos, tiene palabras de consuelo y conceptos respetuosos. ¡Generosa y noble actitud del que arriba de muchos, por el vigor de su intelectualidad, quiere que lleguen hasta el nivel de la propia grandeza, los neófitos, los apóstatas y los infortunados! Pocas o raras veces, la literatura contemporánea ha aplicado mejor al documento humano de las realidades vivientes, la inolvidable y fecunda enseñanza del pescador de Galilea. Y es que, repetimos, la paleta del autor, rica en coloridos suaves y amables tonalidades, carece de los matices nimios y pueriles del divino Rafael, burlescos de Rabelais e irónicos de Voltaire. Apenas, si derrochando gracia y donaire, engalana el estilo verboso y el concepto severo, con la ática y deliciosa sonrisa, repleta de natural benevolencia de Alfonso Daudet.

Larva enjambrada en las colmenas del pensamiento, la molécula orgánica desniveladora, por su desarrollo, del equilibrio armónico del cerebro, romperá, con el andar del tiempo, la crisálida de la corteza: insecto alado, más tarde, volará por los mundos ignotos, derramando en el transcurso de la órbita recorrida el polvo luminoso de sus élitros: las creaciones del espíritu. Y el libro, que es el panal elaborado en las frondas del entendimiento, endulzará las amarguras del triste, despertará el apocamiento del débil y salvando las distancias inconmensurables, rasgando el velo de las noches eternas y viajando al través de los tiempos remotos, se impondrá a las multitudes, con el prestigio de su inmenso poderío. Porque libro abierto, y señor de todas las inteligencias, es el marmóreo fragmento, dócil y blando, como la cera, ante los designios del genio: libro, es el lienzo burdo, transformado en portentosa tela, vestida con los atavíos de la forma y los tonos del colorido, por el aliento del arte; libro, la oda heroica y la elegía lírica, entonadas por el bardo: libro, la meditación del filósofo, el logaritmo del matemático, la línea del geómetra y el cálculo difícil, cuando exacto, del observador de los espacios etéreos. Al encanto producido por la influencia de la labor mental, el alma se extasía, se ensancha y se expande, movida por el resorte que mejor responde a las propias tendencias y simpatías íntimas; ansía volar, al unísono, con la sugestión experimentada y atraída,

como el insecto, por la fascinación de la luz, se exalta y exclama: “An-ch’io sono pittore!”.

Ante la claridad prístina que irradia el maravilloso palacio de la intelectualidad, las tinieblas del pasado y las del presente, se desvanecen; las tradiciones, se documentan; los jeroglíficos, se descifran; los enigmas, se aciertan y los problemas, se resuelven: el olvido del esfuerzo, se repara con el lenitivo de la justicia y el desvío de la ingratitud, con el recuerdo de la historia. El libro, nuevo, repara los vacíos e incoherencias de los que le precedieron, escudriñando el más insignificante móvil de las acciones humanas, desenterrando restos dispersos entre el polvo de los siglos y constituyendo con los escombros de otros más viejos, fechas, edades y naciones. ¡Cuántos tesoros perdidos, sin embargo, que la sabiduría no alcanzará jamás a descubrir; cuánto sacrificio y heroísmo anónimo, sepultados para siempre, en la huella que ayer rotuló el arado y borró más tarde con garra de acero, la rauda locomotora: cuántos naufragios del alma y vendavales tempestuosos, enmudecidos en el flujo perenne del éter y en el vaivén eterno de las olas! “Viven y han muerto” dice Proteo, en el paroxismo de su nobilísima caridad intelectual. Pero, acaso, agrega, más digno de lástima son aquellos a quienes no les es dado, siquiera, ser escuchados, porque como Fígaro, el inimitable crítico, hablan en un lenguaje incomprensible para el medio en que actúan: el lenguaje de la verdad, que no conmueve a los sordos del entendimiento y obliga a los entes privilegiados a libar en las amarguras de su destino el acíbar del inconsciente desvío.

Por el poder de la voluntad, pulidora de las asperezas más rudas, la vocación robusta, suprime obstáculos, vence resistencias de tiempo y de circunstancias y triunfa. Empero, si como a menudo acontece, y entre los intelectuales de nuestra América el caso no es raro, el esfuerzo se paraliza, inteligencias precoces que hacían concebir esperanzas risueñas, llegan a la edad madura, sin el lastre del entusiasmo y sin los afanes de la fecundidad. Y es que la vocación, como fuerza almacenada y latente, no existía en esos organismos, sino en el estado rudimentario de larva, incapaz de rastrear y romper a la luz del sol la corteza de su estructura a fin de extender las alas sobre las ondas del espacio. Se pretende tener vocación, con el propósito de sobresalir, un momento, arriba de la superficie, sin base de sustentación y sin el equilibrio estable de la verdadera fuerza; se aspira al dictado de maestro, sin haber

sido discípulo, ni poseer, siquiera, esa curiosa tenacidad que no se sacia nunca y sin la cual a nada se llega sino a la inmutable idolatría del culto de sí mismo. El fracaso tiene que ser forzoso y el despecho, la fórmula de raciocinio y el dogma de una doctrina, que hiere en vez de consolar.

* * *

“Reformarse es vivir”: atemperar las sombras del pasado, con los resplandores del futuro: aprender a olvidar la ofensa, con el convencimiento de la gratitud; arribar, por la enseñanza del dolor, a la sabiduría de la benevolencia, al respeto de todas las sinceridades y a las sinceridades de las inconsecuencias que significan un error corregido, un torrente encauzado y una herida restañada con las experiencias del tiempo. “Reformarse es vivir”: mirando siempre al mañana que alborea perpetuamente en el alma, como la luz del sol en las alturas de las montañas. Y así como es menester la diafanidad de los espacios, para que las ondas vibratorias no sufran interferencias en su marcha y se reflejen con regularidad, por los dominios del pensamiento, es necesario que la idea, recorra el ciclo de desenvolvimiento, sin que las opacidades de las flaquezas humanas intercepten la ruta. Esta condición, es freno que modera los ímpetus de la mediocridades, subyugadas por el pánico que las produce el vértigo de la altura, mientras que muchas veces, para la ascensión de la inteligencia que aspira al dominio de las cimas, es acicate que estimula a la energía del afán y al esfuerzo del obstáculo. El instrumento del método, que es vigor en reserva, economiza el derroche del tiempo, acorta las distancias, aligera la densidad del ambiente, con claridades de aurora y enseña a subir, si no con rapidez suma, con las seguridades posibles y con probabilidades de éxito futuro. El genio, solo, rebelde a las disciplinas comunes, se reforma, se desenvuelve y se agiganta, allí donde el cálculo y la previsión señalan escollos y abismos insalvables. Relampagueando fulgores, en la obscuridad de las tinieblas, arrancando acentos al silencio de los espacios y arpegios solemnes a las soledades del pensamiento.

“Reformarse es vivir”, como Alcibíades, amoldando las ductilidades del alma griega a la tesis y a las antítesis, a la inflexibilidad de la lógica y a la sonrisa irónica del sofisma, o bien, vigorizando médula y corteza,

en la variabilidad de los acontecimientos y en el paroxismo del dolor, como los estoicos y los mártires. Unos y otros, desde las lejanías del terruño y desde el ostracismo de los días tranquilos, admiran el cosmorama de la vida, viajando, vale decir, experimentando emociones diversas y rápidas, deslumbradoras y demostrativas, que recapitulan en un minuto el índice de los siglos. Raros, muy raros, los que con Montaigne, no vislumbraron otros cielos, sino los del materno regazo, tan inmensos y dilatados en el universo de su inteligencia, como los de los espacios celestes.

Todo varía, con nosotros y en nosotros: desde la intensidad de la sensación, hasta el reflejo del raciocinio: desde el blastema primitivo, hasta la “neurona” compleja que almacena en los átomos de su estructura, la fotografía del recuerdo. Ansiosos de la metamorfosis, nos lanzamos en pos de lo desconocido que atrae y seduce, según las tendencias atávicas y según también, el impulso de las primeras impresiones, de las que muchas veces depende el grado de las energías desarrolladas. Y, como en determinados casos las inclinaciones se multiplican, múltiples, asimismo, resultan los anhelos de la carrera. Por eso, Miguel Ángel, pinta, esculpe y construye; Shakespeare, es actor y filósofo; Garcilaso, soldado y poeta, y Bolívar, guerrero, político y escritor: acentuando la vocación fundamental con el auxilio de otras vocaciones complementarias. Y así como los peregrinos de la leyenda, atravesamos los linderos de la existencia; descansando los unos a la sombra del olvido, aspirando, los menos a las voluptuosidades de la gloria, llegando un número ínfimo, el de los elegidos, a pisar la tierra de promisión en el dominio de las cumbres.

¿Y acaso, entre los mismos predestinados, alcanzan todos a conquistar el vellocino de oro? En el torbellino de los anhelos, de los sentimientos y de las voliciones, arrastrados como las hojas por las brisas del alma, entre ese mismo número de elegidos, alguno o algunos interrumpen su viaje, para desaparecer en la espesura de las selvas o en las lejanías del remanso. Ni comparten, por lo tanto, con los demás compañeros, las emociones y peripecias del viaje, ni se sientan a nuestro lado para deleitarnos con el triunfo de sus éxitos y aunque, momentáneamente, sugieran con su silencio, las tristezas de la ausencia, y “aunque no vuelvan”, dice Proteo, “es ya el halago de la vida el buscarlos”. En esa busca paciente, así de lo que hemos perdido en las tortuosidades del

camino, como de lo que nos prometemos obtener en su término, los medios que contamos deben aquilatarse con la exactitud de la línea y con las tonalidades del colorido; con la tolerancia, “cumbre donde se aclara y engrandece el sentido de la vida”; con los entusiasmos de la fe, que son las alas del alma que la impelen hacia regiones ignotas: con el “valor de la inconsecuencia”, que es el dictado de la sinceridad y con los ósculos de la gracia que son los incentivos más preciados del arte, merced a cuyos alientos, se incorpora a la inteligencia, se ensancha y se intensifica el concepto de la belleza.

* * *

La parábola de Gorgias, el filósofo griego, que delatado por la inflexibilidad del dogma y condenado a morir, dedica la última libación, al que después de él, amplifique la doctrina y descubra una verdad nueva, no es fábula caprichosa, ni producto de la fantasía exaltada, sino himno al progreso de las ideas, inspirado en la sabiduría de la experiencia y alusión finísima a las injurias humanas. Ya no se delata al doctrinario, ante el tribunal de la fe, ni se le condena a morir por el solo delito de pensar. Los triunfos de la razón y las conquistas del libre albedrío, han hecho imposible la aplicación de semejantes anacrónicos procedimientos. La extorsión de la tortura, no obstante, se produce, allí donde la autoridad omnipotente y tiránica y el ambiente inadecuado contrarían el desenvolvimiento de los organismos superiores. En vez de la delación, ante el tribunal de la fe, el silencio deliberado ante el fallo de la opinión y en lugar del destierro y la muerte, el olvido absoluto decretado por los atavismos de las vulgaridades y la insinceridad de los infecundos. Así se explican, en los tiempos que corremos, las congojas de los sembradores de verdades, que no halagan a los necios y a los dispensadores de beneficios, con el elogio inmerecido y frívolo. Y era necesario transportar el cuadro, perpetuamente reproducido, hasta los tiempos del helenismo, para que el apólogo resultara tan persuasivo, como deliciosamente irónico: atemperado con los atavíos de la escena, en cuyo desenvolvimiento se destaca la tranquila sublimidad del heroísmo intelectual.

Lampo radiante, la despedida del vidente Gorgias, ilumina el fondo de la conciencia, con la claridad de la esperanza que nunca muere: enseñando horizontes desconocidos y descubriendo nuevos senderos. Una fruición íntima de deliciosa satisfacción, embarga el espíritu, de suyo inclinado a la tristeza, con los prolegómenos del destierro eterno. Parece, al escuchar al maestro, que la muerte próxima y fatal perdiera una parte de su solemne amargura para transformarse, más que en miserere prolongado en himno de gratitud a la finalidad del drama.

El alma de Lucrecia, en cambio, revelada a las ansias escrutadoras del neófito Artemio, por el horóscopo, enseña los diversos matices de la conciencia, al través de la máscara humana de perfiles correctos y de líneas puras. Demostrando que en las claridades más prístinas, como en los lagos más transparentes, existen nubes oscuras y opacidades intensas. La lubricidad de la cortesana, dormida en el mismo regazo donde el pudor, más que guardián, es compañero de la inocencia: Margarita, cerca de Mefistófeles y las sinceridades del genio, junto a las traicioneras sugerencias del despecho. De tan distinta manera el concepto de la vida y los sentimientos se manifiestan, llámense Gorgias o Lucrecia el motivo que representan.

Cumbre o abismo el término de la carrera, se esboza su principio, en el escenario de los primeros aleteos, como una inmensa sábana, como una “pampa de granito”, donde las huellas, necesitan el acerao empuje de la voluntad, para que las impresiones persistan y sirvan de derrotero a los que vengan detrás. Si pretendes abrir surco en la roca, esgrime los músculos con vigor; golpea, golpea incesantemente el sordo y rígido suelo donde te agitas; muerde la piedra, fragmento por fragmento, y en el leve rasguño que a fuerza de energía, a veces de rabia, consigas diseñar, filtra y destila el sudor de tu frente marchita y exhausta. Cava más hondo, siempre más hondo, con garras de acero y con nervios de bronce y aunque tu dorso se incline y tus pupilas se velen con el cansancio, cava de nuevo: yérguete altivo y abre tus párpados, para mirar hacia arriba, de donde viene la luz que ilumina tu ruta. Sólo así, y nada más que así, conseguirás lo único que es posible conseguir: si no ser dueño de ti mismo, por completo, haberlo intentado al menos. Con la plenitud de las ansias y con la satisfacción del esfuerzo. Sin que el éxito baladí, que es corsario del desinterés, interponga su sombra enervadora, entre lo que eres y lo que debes ser...

El Otoño alborea. Sus arreboles tibios, sus acuarelas suaves y sus crepúsculos quejumbrosos con el susurro de las hojas marchitas, hablan al alma de las ternuras de la ausencia, de las intimidades de la soledad y de las alegrías de la esperanza... El autor de "Proteo", ama el Otoño, como Víctor Hugo amaba el estío hiperbólico y grandioso y como Alfredo de Musset, adoraba la soledad tristísima de los días grises: en razón de su propio temperamento y congénita idiosincrasia. A través de las hojas secas, de los árboles desnudos, como quien se prepara al descanso del sueño, adivina y columbra las yemas retozonas de verdura, que han de poblar las selvas, al despertar de la naturaleza. Y al entregarse al silencio, interrumpiendo, momentáneamente, las cadenciosas trovas de su musa, nos promete, nuevas ternezas, nuevas escenas, nuevas canciones. Como en la vida, donde todo cambia, los nidos y las florestas, los panoramas y las nieblas: todo, menos la substancia íntima de las cosas y la esencia del alma humana.

* * *

"...Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que este libro", bautizado con el nombre de "Motivos de Proteo", "como hijo del entendimiento", es uno de los "más hermosos, más gallardos y más discretos que pudieran imaginarse" en los tiempos que corremos y en el lenguaje que escribimos. Háse dicho de él, antes de ahora, que, así como la legendaria enseña de la revolución, está destinado a dar la vuelta al mundo y a buen seguro que no ha de ser sino para prestarle más brillo, si fuera posible, al oriflama color de cielo que arrulló los sueños del autor de estas historias. Profundo, sin insípidas disquisiciones, robusto, sin vocinglerías; tierno, sin rebuscamientos, pródigo, sin derroches; nuevo, sin impacencias mórbidas; humano, sin crudezas y generoso siempre, sin tacha, es estrella que ilumina, es esperanza que luce y es fe que estimula. Y ahora, para entre nosotros, he de decirte, que, si reflexionas que el peregrino ingenio que lo ideara, apenas frisa los dinteles de la edad madura, sin haber cursado profundas filosofías y luengas humanidades en Alcalá, ni en Salamanca, y sin más títulos académicos, ni diplomas que los de su gaya ciencia, has de confesar conmigo que, quien con semejantes indumentarias, ha dado tales reveses,

no desdice de la estirpe de los que ganan en las lides del pensamiento, para honra de las letras y para gloria del saber.

También debo anticiparte que este primoroso invento, sin pretensiones de resolver ninguno de esos arduos y difícilísimos problemas que en muchos otros libros se plantean, y que nadie ha resuelto, acierta a menudo a convencer, enseña a pensar y cautiva, porque suscita en el espíritu consuelos inefables y pensamientos gratos. Cuéntale, pues, tus cuitas, sin reticencias, consúltale, sin desconfianzas, hazle tu amigo y en los tiempos de congoja, como en los momentos alegres, joven o viejo, núbil o doncella, hallarás en sus primorosas historias y mágicas imaginaciones, madura savia, frondosas ramas y óptimo fruto.

Joaquín de Salterain.

Tísica.

Noche oscura, larga y fría...
Un cuarto lóbrego, helado,
Un lecho desvencijado,
Y un ambiente de agonía...
Pálida, mustia bujía
Mas que ilumina, parece
Fulgor que se desvanece,
Y estertor que se propaga,
Que tiembla, que languidece,
Vuelve á brillar... y se apaga.

Espantosa y honda pena...
El anhelo del gemido,

Con agorero chirrido,
Por intervalos resuena...
En el fondo de la escena,
Enclavado y solitario
En la cruz de su calvario,
Yace un cuerpo, que se mueve,
Con caricias de sudario
Y con hálitos de nieve.

Mujer... ¡ todavía hermosa !
Que si su acento vacila
Y su rostro se perfila
Con expresion dolorosa,
Tiene perfumes de rosa,
Y matices de verbena
Y en la pupila serena,
Y en la frente despejada,
Languideces de azucena
Y chispazos de alborada...

Flota suelto, desceñido
El mazo de sus cabellos...

Mientras jugando con ellos,
Como el pájaro en el nido,
Cierra los ojos, dormido
Un angel, humana hechura
Del calor de la ternura :
Los de la joven, abiertos
Semejan, en noche oscura,
Celajes lívidos, yertos.

Suspirado lontananza,
Y arrobador embeleso,
Cariño, supremo beso
De la luz de la esperanza,
Tú que anuncias la bonanza
En los mares de la vida,
Y curas el alma herida,
Con soñadas ilusiones,
¡ Cobijad la despedida
De las últimas canciones !

¡ Ya se van !... En la morada
De la enferma no se siente,

El rumor de la corriente,
Ni el calor de la enramada...
¡ Ya se van !... apresurada
Traidora como la cima,
La tragedia se aproxima,
Con solemnidad intensa...
El silencio se sublima...
La oscuridad es mas densa.

... Ni un suspiro de consuelo
Ni una frase alentadora...
Noche sin luz ; es la hora
En que se piensa en el cielo...
Ni un gemido, ni un anhelo
Que acompañe su agonía,
Que murmure, que sonría
En ese tétrico ambiente...
¡ Pobre madre !... ¡ noche fría !
¡ Pobre niño !... ¿ Quien lo siente ?

Niveo el seno descubierto
Y la cabeza inclinada,

La vista, como extraviada,
 El hálito, casi yerto :
 El perfil como de muerto
 Y la color, desteñida :
 En las ansias de la vida
 Y en los brazos del ensueño
 Acaricia, distraida,
 El porvenir, halagüeño.

¡ El porvenir !... sonrosada
 Se coloreó la pupila,
 Y como luz que vacila,
 Se iluminó la mirada...
 La cara desencajada
 Se crispó — ¡ sonó la hora !
 Con la mueca torcedora
 Del anhelo interrumpido...
 Y al niño besó la aurora,
 Sobre la muerta dormido.

.

Pensador que resucitas
Los recuerdos del pasado,
Filósofo consumado
Que solitario meditas,
Bardo gentil que recitas
La leyenda de la gloria...
¿ Qué poema sin historia,
Y qué tradicion más triste ?...
De la muerta nada existe...
Ni siquiera, la memoria

Montevideo, 17 de Julio 1909.

La Lira Rota

Espléndida, feraz, omnipotente,
Fecunda sávia por doquier derrama
La magestuosa escena de la vida ;
La tórtola en la rama,
Tiernas endechas gárrula murmura,
 Los élitros dorados
Del jugueton insecto, en la espesura,
 Chispas son que fulgura
La ley del universo, el movimiento :
Montes y rios, luz y pensamiento,
Proclaman tu esplendor y tu grandeza
 Madre naturaleza ;
 ¡ Fuente de inspiracion y poesia !

Surja para mis versos vuestro aliento
¡ Madre naturaleza, madre mía !
Brilla para el poeta,
Brilla un instante, bulliciosa, inquieta ;
Bulle como en la mente
Del bardo ciego, mísero y proscrito
Las notas inspiradas ;
Ruje como las olas encrespadas,
Como el salvaje aliento del pampero ;
Canta como el canario prisionero
Acentos doloridos ;
Llora, como los pueblos oprimidos.

Llanuras de la Pampa,
Cumbres del Antisana y Chimborazo,
¡ Gloria ! para vosotros
¡ Gloria ! para los hijos de Atahualpa,
Y tú, casta visión de mis ensueños,
Dormida en el regazo
Del Plata bullicioso,

Fenicia del mañana, dulce Arcadia,
 Y mas que mis querellas, dulce patria ;
 Con eco doloroso,
 El arpa de oro entre mis manos gime,
 Lloro como los álamos al viento
 Susurros melancólicos,
 Notas de libertad y sentimiento.

Columna de granito
 Elevan en tu honor ; así elevaron
 Altares de verdad en su memoria
 Las huestes inmortales que llevaron
 Del Orinoco al Plata, la victoria ;
 Y así tambien la póstuma justicia,
 Del polvo de los siglos, amontona
 Historias y leyendas :
 Nacen, la libertad en las contiendas,
 La inspiracion, su hermana, en los dolores :
 Se cumplen los ensueños, adelanta
 El porvenir sus tibios resplandores,

Y el alma de los pueblos se levanta,
Y pulsán el laúd los trovadores.

Libre flotara un día
Bebiéndose los aires altanera,
La enseña del valor y la hidalguía.
La tricolor y clásica bandera,
Y á la vívida luz de sus fulgores
Y al eco del clarín y la metralla
El canto de los héroes sucedía
El canto de victoria en la batalla ;
Sahumada en los combates,
¡ Atrás ! Dijo al coloso y al tirano,
Patria quieren los libres,
Patria, como el Condor americano ;
¡ Miradla ! en sus dominios
Pequeña, pero libre independiente,
Grande por sus dolores y su gloria,
Mañana poderosa y floreciente.

Para escalar el Chimborazo, erguido
Sobran en América soldados,

Para nacer el Uruguay sobraron
Esfuerzos inmortales.
Asaz desfallecido
Y á mísero puñado reducido
El número de bravos
Peléa entre la selva enmarañada,
Tórtola por milanos acosada ;
Flamea el pabellon de la victoria
En mano de aquel pueblo de gigantes,
Cuyo valor al heroismo toca,
Y audaz, á las Américas enseña,
Fundada la nacion en una roca,
Flotando su oriflama en una peña.

¡ Fantasmas gigantescos
Dormidos en la historia,
Las Piedras, Ayacucho, Carabobo
Publican nuestra gloria ;
Peñascos de los Andes arrancados
Por manos de ciclópeos artilleros

Que nunca ocultarán los apiñados
Celajes, de los tiempos venideros !

Mas ¡ ay ! por mi pupila
Corren lagrimas tristes, silenciosas...

.....

Cuando la luz de la razon vacila
La religion del sentimiento crece,
La música del bardo languidece
La iniciativa popular se agota ...
¡ Cantar la libertad el arpa rota !
¡ Cantar cuando gimiendo,
Los pueblos domeñados
Están cansados de sufrir, cansados !

Mengua fuera y desdoro
Mengua para el cantor si bosquejara
Feliz el almo suelo,
Presa de llanto, de dolor y duelo.

¡ Feliz, cuando arrollado
El patrio pabellon en las almenas,
Parece como el Fenix destinado
A vivir y morir cantando penas !

En el dulce concento
Que las olas del mar sobre la playa,
Murmuran con el viento
Risueñas conversando, en el acento
Sin ritmo ni cadencia, pero hermoso
Con cuyo imán la posesión reclama
De su loca y esquiva compañera
El pájaro en la rama,
En la nota postrera
Del mundo de los sueños arrancada
Llora la madre patria lacerada
Llora la madre patria entristecida
Parece que sin vida
La voluntad del pueblo se doblara,
Dócil á los caprichos de la suerte,
¡ La que gigante ayer, robusta y fuerte

Del seno de los mares arrancara
Ese trozo de tierra, ese Pireo,
Cual blanca gaviota sumergido
Del Plata en las orillas,
Envidia del extraño, y del coloso
Perpétuo devaneo !
Dulce vision de un cielo mas hermoso
Que toda la mundana poesía,
El porvenir se acerca, patria mía,
Risueño y silencioso ;
El te cobijará, como al proscrito
Consuela el suspirado lontananza,
Realizará los sueños de la mente
Los sueños del cantor de la esperanza ;
El te verá tranquila, floreciente,
Espléndida, feraz, omnipotente.

Arad hondo, muy hondo
Hijos del Sol, de Manco y Atahualpa,
Libres por el esfuerzo de los bravos,
Libres como el enhiesto Chímborazo...

Y tú, casta vision de mis ensueños,
Mecida en el regazo
Del Plata bullicioso,
Fenicia del mañana, dulce Arcadia,
Y mas que las querellas, dulce patria,
Duerme como mis penas,
Duerme como la ola en las arenas.

Montevideo, Mayo de 1879.

CORRESPONDENCIA DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ CON JOAQUÍN DE SALTERAIN⁸

De la correspondencia de Rodó con Joaquín de Salterain (nacido en 1856) me han sido comunicadas dos piezas. Ellas revelan un trato personal continuado entre el crítico y el ilustre médico uruguayo, que sabía alternar el activo ejercicio de su profesión con el cultivo del verso. La primera carta es de gran interés, ya que en ella muestra Rodó una reacción irónica, tan excepcional en él, ante el panorama de la situación política del país y de las agitaciones sociales y religiosas que estaban entonces conmoviéndolo.

1. A Joaquín de Salterain

Montevideo, 12 de junio de 1911

Sr. Dr. Joaquín de Salterain.

París.

Mi distinguido amigo: Bienvenida, muy bienvenida su carta, que me proporciona el placer de reanudar, aunque de lejos, aquellos nuestros coloquios parlamentarios (o antiparlamentarios) en que nos aislábamos del ambiente para hacer alguna *escapada* ideal a la Atenas antigua o a esa Atenas moderna donde vive usted ahora, hasta que nos devolvía el sentimiento de la realidad la campanilla del Presidente, o la necesidad de votar algún artículo de esa clase de leyes que tanto entretienen a los abogados...

Ante todo, mis plácemes muy sentidos por la buena marcha de su salud. Lo que hagan las medicinas y el régimen, ha de completarlo – como poderoso recurso de psicoterapia –, la sensación de ese ambiente espiritual, en el que ha de zambullirse usted. ¡Cuánto le envidio!

Comprendo bien, a pesar de todo, que cierta suave nostalgia, muy llevadera, sirva de fondo a tan luminosas impresiones. La patria es la patria; y la distancia idealiza todas las cosas, lo mismo en el espacio que en el tiempo.

⁸ RODÓ, José Enrique: *Obras completas*. Editadas, con introducción, prólogos y notas por Emir Rodríguez Monegal. Aguilar, Madrid, 1957, 1481 páginas; pp. 1266-1268.

De lo que aquí pasa, de lo que aquí se hace y se piensa, sabrá usted por cien conductos distintos; y aunque quizá no le fuera a usted indiferente saberlo al través de mi impresión personal, el papel es breve para extenderme en ello como quisiera. Por una de esas contradicciones que en todas partes serían raras, menos en nuestro país, donde la lógica no ha tomado carta de naturaleza, todos aquellos presagios de terribles convulsiones con que se amagara cuando se iniciara esta situación, se habían desvanecido en absoluto y el país había recobrado la tranquilidad política. Pero esta calma no podía prolongarse: hubiera sido una vergüenza para nuestra bien ganada reputación de pueblo de rompe y rasga. Entonces, visto que la política ya no daba juego para el barullo, surgieron dos agitaciones de otra clase a cual más necesaria y más fecunda...: la agitación antirreligiosa – oportunísima en un pueblo tan teocrático y tan influido por los frailes como el nuestro...- y la agitación anárquico-socialista, no menos oportuna, aquí donde, mientras los obreros viven en círculos del infierno dantesco, los que no somos obreros vivimos todos en el Paraíso... Y en estas agitaciones nos entretenemos ahora, con su variado programa de huelgas, paros generales, leyes trascendentes, suprimiendo los honores militares a la Iglesia y los capellanes del Ejército, manifestaciones populares en pro de la separación de la Iglesia y el Estado (sin que se sepa aún cuándo se va a reformar la Constitución), etc., etc.

Los que tenemos la desdicha de no ser clericales, ni jacobinos, ni proletarios, ni patronos, sino francotiradores de una causa que tiene pocos adeptos en nuestro país... y en el mundo: la causa de pensar por sí mismo, sin odios, ni prejuicios, ni abdicaciones del criterio personal en aras de una pasión sectaria, - ¿dónde hemos de clasificarnos? ¿Dónde está nuestro puesto, nuestra butaca en estas fiestas? – Viendo pasar, con igual indiferencia, las puebladas de media calle, donde tirios y troyanos revelan que se diferencian mucho menos de lo que ellos creen, tenemos que elegir nuestro puesto en el rincón donde nos rodeamos de nuestros más fieles correligionarios: ilos libros!...

Disculpe usted, querido amigo, estas expansiones confidenciales: yo no puedo hablarle de la Sorbona, ni del Louvre, y cada cual habla de lo que le rodea, como cada cual no puede dar más de lo que tiene.

Acercándose el fin del pliego, ahorro palabras para decirle que, como en casa de Ollendorff ⁹ no habrá encontrado usted los *Proteos*, que buscaba, se los envió con la presente, ya que es usted tan bondadoso que quiere ponerlos en buenas manos.

Espero, con el interés de siempre, la orden para ponerme a escribir las páginas con que tendré la honra de preceder su libro.

Consérvese usted bien; presente a la familia mis respetuosos saludos, y reciba un abrazo de su affmo.

José Enrique Rodó.

El libro al que se refiere Rodó en el penúltimo párrafo de la carta es un volumen de versos, titulado Intimidades, y que se publicó en París, 1912. Para él redactó el crítico un largo prólogo en que trazaba la figura del autor y presentaba su poesía. (Puede verse reproducido en Crítica y Cortesía literarias, de este mismo volumen, núm. XII, pp. 982/984.)

Ya en Italia, y a pocos meses de su muerte, escribe Rodó a su corresponsal una carta en que se refleja, como en las tarjetas postales a su amigo Juan María Lago, la preocupación indeclinable por la actualidad política uruguaya. La distancia no había adormecido su esperanzada conciencia cívica.

2. A Joaquín de Salterain

Roma, 16 de febrero de 1917.

Sr. Dr. D. Joaquín de Salterain.

Montevideo

Mi siempre recordado amigo: Recibí sus gratas líneas del 26 de noviembre, con gran retardo: ¡Cuán agradable es oír, a través de la distancia, la voz de la amistad, demostrándonos que se nos recuerda y se nos quiere!

⁹ (N. del E.) Paul Ollendorff (1851-1920), era un editor y librero francés, creador de una firma editora, muy activa a finales del siglo XIX en París.

Sigo desde aquí, con el interés que usted se figurará, el desenvolvimiento de las cosas del terruño. La reacción producida con el cambio ministerial y confirmada por las elecciones de enero no modifica mi impresión de que el régimen vencido en las de julio marcha a su liquidación.

El año en transcurso, que tanto interesante promete en nuestro país, será también, según todas las probabilidades, el de la solución de esta terrible crisis europea. Cada día que pasa, aparece más claro el horizonte para la causa que conceptuamos la de la humanidad y la del derecho. Ha sido inmenso, en Europa, el efecto moral de la adhesión americana, y nadie duda del ya visible fracaso del bloqueo germánico.

Si le hablara de impresiones de viaje, correría el riesgo de hacer esta carta interminable. Quede, pues, para cuando tenga la dicha de renovar personalmente nuestros viejos coloquios.

Presente usted a los suyos mis más atentos saludos, y reciba un estrecho abrazo de su amigo que no le olvida.

José Enrique Rodó.

INTIMIDADES

JOAQUÍN DE SALTERAIN
PARÍS,
BERNARD GRASSET, ÉDITEUR
61, RUE DES SAINTS-PÈRES, 61, 1912

PRÓLOGO¹⁰

José Enrique Rodó

Hombres hay que toman por oficio el ser poetas, y no quieren aparecer ante la sociedad con otro carácter, ni en otra actitud, ni en diferente obra. Pero los hay también que, participando del divino don, y por lo mismo que tienen de él idea demasiado alta para convertirlo en condición profesional y título público, son ordinariamente *hombres*, obreros, ciudadanos; honran su parte de labor y de lucha en el esfuerzo

10 Rodó, José Enrique: Obras completas, op. cit. p. 982-984.

común, y en excepcionales horas de intimidad y recogimiento abren su alma a aquel amor ideal, del que suelen nacer cosas tanto más delicadas y bellas cuanto que no contribuyó a engendrarlas la simoníaca codicia del aplauso de los otros.

El autor de este libro no tiene el *oficio* de poeta. Es, por su espíritu y su vida, uno de los ejemplos de más varia, perseverante y desinteresada actividad, que pueda ofrecer, entre los modelos que la honran, una democracia que se forma y educa. Con frecuencia nos dolemos de que la escasa complejidad de cultura de estos pueblos nuevos obligue a sus hombres superiores a repartir



José Enrique Camilo Rodó Piñeyro (1871 – 1917)
(Fuente: cervantesvirtual.com)

en diferentes sentidos su atención, en vez de concentrarla y mantenerla en uno; pero, si esto es un mal, tiene la compensación de que sirve para poner de manifiesto la múltiple virtualidad de ciertos espíritus. Así, el que refleja su más íntimo fondo en las páginas que van a leerse. Con las inclinaciones literarias de su juventud compartió su vocación el amor de una carrera científica, que terminó en las aulas de París, después de brillantísimas pruebas, cuya resonancia devolvió, como preciada promesa, a la patria lejana, el nombre del estudiante ausente. En el ejercicio de esta carrera, no sólo confirmó desde el primer momento la superioridad de su ciencia, sino que la realzó con los atributos de una superioridad moral todavía más digna de encarecimientos. Dos caminos se ofrecían, para optar, a quien, como él, había ganado puesto eminente en un género de estudios que es a la vez medio lucrativo de vida: la persecución, muy legítima, del bienestar y la fortuna, o la ambición de hacer todo el bien concedido a los recursos de su sabiduría con despreocupación de cualquiera otra recompensa que el goce íntimo de ambas idealidades. Optó por este último camino, y puso en la

aplicación generosa de su ciencia todo ese apasionado aprovechamiento del tiempo, que mueve en otros la codicia; y su tiempo fue oro... para los demás.- Pero la benéfica influencia social de este hombre abnegado no se contiene en los límites de una actividad profesional. Apenas ha habido iniciativa fecunda, obra merecedora de estímulos, en cualquiera manifestación de beneficencia, de mejoramiento, de cultura, que no le hayan contado entre los obreros de primera hora, aportando siempre, junto con las luces de su entendimiento rápido y flexible y las energías de su laboriosidad entusiástica, este elemento fundamental de su carácter: el desinterés.

Pertenece a un ambiente en que la política es preocupación universal, sugestión de que nadie se exime; y él se ha rendido, sin mayor resistencia, a esa sugestión del ambiente, porque el sentimiento cívico es espontánea vibración de su alma, y no ha pensado nunca que el saber, ni el poetizar, ni el practicar el bien en cualquiera forma, sean condiciones que justifiquen la anestesia de la fibra moral del ciudadano. Se ha confundido, pues, en las borrascas de la vida pública; ha sido de las cabezas dirigentes en famosas campañas políticas; en el Parlamento su palabra fácil y vehemente ha lidiado buenos combates, y hubo una vez en que, por obligación de solidaridad con una situación que había contribuido a crear, llegó a ocupar un ministerio. Y pasando todo esto en pueblo de pasiones bravías y poco educado en el respeto de las legítimas superioridades, su entidad moral resalta de modo que, pronunciado su nombre, no hay temor a que de parte de los que sean o hayan sido alguna vez sus adversarios salga una voz que ponga en duda la sinceridad de sus propósitos y la elevación de su carácter.

Con estos rasgos se bosquejaría lo que podríamos llamar la parte pública y notoria de la personalidad de don Joaquín de Salterain, y los que nos honramos con su amistad sabemos que no valen menos en él los rasgos más íntimos. Lo mismo se trate de lo grande que de lo pequeño, es el suyo un espíritu naturalmente aristocrático, en la mejor acepción de la palabra: en aquella que significa aversión a todo lo que sea vulgaridad moral o intelectual, e instintiva simpatía por cuanto, en modos de pensar, de expresarse o de conducirse, tiende a realzar y ennoblecer este mísero barro de que estamos hechos. Une a la sensibilidad benevolente y delicada, el refinamiento intelectual. Hombre de inmensa lectura, de fino gusto, de calurosa y afluyente capacidad de

admirar, su conversación es vasto repertorio de las más variadas impresiones de arte, que su palabra amena refleja con comunicativa animación y colorido. Como norma y centro de todo, prevalece, en ese tesoro de su memoria, la flor del espíritu francés, y a su alrededor se ordena lo selecto de las distintas literaturas, comenzando por la de nuestra lengua, simbolizada para él en la predilección que consagra al genio poético de Calderón. Es un apasionado de la historia, en cuyas formas superiores



Jacques Nicolas Agustin Thierry (1795-1856)
(Fuente: Wikipedia)

ve la más perfecta fusión de ciencia y arte que sea posible realizar al pensamiento humano, y tiene levantado en su espíritu un altar al gran Thierry. Su formación intelectual se hizo en tiempos de positivismo filosófico y naturalismo literario, y como vestigio de ello conserva una fervorosa devoción por el maestro y caudillo de los naturalistas franceses; pero, por su temperamento y la posterior evolución de sus ideas, es un idealista, y nada puede patentizarlo mejor que este libro de intimidad, donde se refleja, con la transparencia confidencial del verbo lírico, el fondo de su alma.

La seguridad de su sentido crítico, la amplitud con que la naturaleza le ha dotado para gustar, en la obra ajena, las más diversas manifestaciones de poesía, se concilian con la facultad de manejar él mismo aquella forma de expresión en que el sentimiento poético tiene, sino la única, la más apropiada vestidura.- La colección de versos que ahora aparece en libro se ha acumulado, paralelamente a la vida del autor, sin afán ni esfuerzo de su parte, desde los días de la primera juventud, en que el poetizar brota del alma, bullente y abundoso, hasta aquellos de la razón madura, en que ya no es sino la tregua infrecuente, aunque por eso mismo apetecida, de menos gratas disposiciones del ánimo. La diferencia de matices refleja bien esa interposición de tiempo entre

unos y otros; pero a todos los une un carácter del que adquieren acaso su más subido valor: su condición de poesía natural y espontánea, que lleva en el fondo la verdad del sentimiento, y en la forma la melodiosa afluencia de un instinto musical extraño a todo procedimiento laborioso. Jamás se ha preguntado el autor a qué escuela pertenecen sus versos, ni qué tendencias manifiestan por su espíritu y estructura, ni en qué relación están con tales o cuales propensiones del gusto. Ha abierto el alma al motivo que la solicitaba; ha dejado que de la naturaleza de la emoción o de la idea brote la forma connatural y propia, al modo que la vena de agua labra por sí misma su cauce, y ha respetado, en la obra de esa manera concebida, la frescura y la gracia de la espontaneidad. Por eso, aunque la mirada experta perciba, en más de una composición y en más de un rasgo, que quien poetiza es un espíritu de cultura refinada y extensa, lo que en su poesía aparece reflejado es aquel fondo de humanidad que está más en lo íntimo que las adquisiciones de la cultura y el saber. Vario es el asunto de sus cantos, y entre todos componen como la glosa lírica de la historia espiritual del autor: sueños de la edad juvenil; emociones de amor, de belleza, de cívico entusiasmo; afectos de caridad, de admiración por lo heroico, de dolor ante las impiedades de la muerte... De estos y semejantes temas ha obtenido inspiraciones tan delicadas como la del breve poema titulado "María"; tan valientes y generosas como la de los "Yambos"; tan límpidas y graves, en su serenidad de contemplación, como la de "Helénica" y "El Ritmo eterno". Recogerán las memorias escogidas esas y otras cosas de este libro de sinceridad sentimental. Y él quedará como adecuado complemento de otros títulos de un hombre superior, a quien podemos llamar triplemente poeta, ya que ha sido favorecido con el triple don de sentir delicadamente la poesía en las obras de la naturaleza y del arte; de realizar en su propia existencia aquel otro género de poesía en que consiste la estética de la conducta, y finalmente de dominar por sí mismo la forma poética de la expresión, en versos sentidos, fáciles y bellos.

José Enrique Rodó.

Montevideo, 1912.

ATILIO NARANCIO

(1883-1952)



Atilio Narancio (1883 – 1952)
(Fuente: Boletín del SMU No. 31, diciembre 1924, Carbonilla de Marcelino Buscasso)

24 DE FEBRERO DE 2013

ATILIO NARANCIO (1883-1952)

Atilio Narancio fue uno de los fundadores del Sindicato Médico del Uruguay, en agosto de 1920; pero también fue periodista, y aportó sus páginas al Boletín institucional con diferentes seudónimos; se destacó como deportista y principal promotor del triunfo uruguayo en Colombres (1924); también como diputado, senador e integrante del Consejo Nacional de Administración, entre otras múltiples actividades.

Nació en Montevideo el 3 de julio de 1883, siendo sus padres don Manuel Narancio y doña María Bozzano. Se graduó en 1906 como médico-cirujano en la Facultad de Medicina de Montevideo, aunque en la relación de Washington Buño¹ aparece como su fecha de graduación el 17 de diciembre de 1907.

Entre los numerosos cargos de distinto carácter que detalla Arturo Scarone² cabe mencionar: “Practicante interno por concurso, de la Asistencia Pública Nacional; Jefe de Clínica Quirúrgica; Médico

1 BUÑO, Washington: Egresados de la Facultad de Medicina (1875- abril de 1965).

2 SCARONE, Arturo: Uruguayos Contemporáneos. Nuevo Diccionario de Datos Biográficos y Bibliográficos. A. Barreiro y Ramos SA, Montevideo, 1937.

del Servicio de Urgencia de la APN; Jefe de la Policlínica Quirúrgica del Hospital de Niños "Pereira Rossell"; miembro del Consejo Penitenciario; Delegado a la XII Conferencia Internacional de la Cruz Roja, realizada en La Haya, designado por decreto del 9 de marzo de 1928; miembro de la Comisión Nacional de Educación Física, mayo 21 de 1931; Presidente de la misma institución, cargo que renunció el 9 de marzo de 1932; Asistente Honorario del Instituto de Pediatría y Puericultura de la Facultad de Medicina; Médico del Dispensario de Protección a la Infancia, designado el 19 de diciembre de 1931; diputado por Montevideo durante tres legislaturas; Senador por la Colonia durante seis años; Presidente del Consejo de la Facultad de Veterinaria. Como representante y como senador integró y presidió varias de sus comisiones informantes; por seis años integró el Consejo Nacional de Administración, sistema pluripersonal del Poder Ejecutivo, que estuvo en vigencia desde el 1° de marzo de 1919 al 31 de marzo de 1933. Fue Socio Honorario de la Sociedad de Medicina Veterinaria de Montevideo y autor de numerosos trabajos de carácter científico inserto en revistas nacionales y extranjeras. Como político fue afiliado al Partido Colorado Batllista, habiendo integrado sus autoridades dirigentes (como Secretario General). En el orden deportivo ha sido Presidente, en varios períodos, del Club Nacional de Football. Ha realizado una intensa campaña anti-alcoholista en nuestro país."



Fotografía de Atilio Narancio que encabezó el obituario publicado por *El Día* en su edición del 23 de febrero de 1952. (Fuente: Biblioteca Nacional, *El Día*, 23.02.1952).

En el Club Nacional de Football, fundado el 14 de mayo de 1899, fue socio fundador con 16 años, miembro honorario y presidente del Club en los años 1934, 1935 y 1939. Actuó como Vocal en los años 1936, 1938 y 1940 y Secretario General en los años 1948 y 1949. Delegado en diversas oportunidades ante la Asociación Uruguaya de Fútbol, la que presidió en los años 1924 y 1925, miembro neutral en 1908, factor preponderante para que Uruguay estuviera representado en los Juegos Olímpicos de Colombes.

En 1930 fue miembro de la Comisión de Selección de Uruguay, que terminó con el combinado celeste ganando por primera vez el Campeonato Mundial de Fútbol.

Presidente de los clubes Reformes Football Club en el año 1917, Club Atlético Atenas, Montevideo Rowing Club y de la Federación Uruguaya de Remo.³

Se le ha denominado “El padre de la victoria” por su intervención determinante en la concurrencia del equipo de fútbol uruguayo a la VIII Olimpiada, realizada en Colombes (Francia) en 1924. La Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF), en 1923 y bajo la presidencia de Atilio Narancio, afiliada a la FIFA (Federación Internacional del Fútbol Amateur), organizó la VII Copa América, que se jugó íntegramente en el Parque Central.

En el Congreso de la Confederación Sudamericana realizado el 17 de octubre de 1923, previo al inicio del campeonato, el Dr. Narancio reveló la afiliación de la AUF a la FIFA y el intento de concurrir a los Juegos Olímpicos de 1924 en París. Antes del comienzo del torneo sudamericano, el 25 de octubre, el Dr. Atilio Narancio les formuló una promesa a los jugadores que aún hoy suena como una profecía: *“Si salen campeones, los llevo a los Juegos Olímpicos de París”*. Ante las dificultades económicas, no dudó él en hipotecar su propia casa para financiar el viaje de los que serían campeones olímpicos, haciendo conocer a Uruguay en el mundo.

3 <http://www.nacionaldigital.com/historia/b13.htm> (Consultada el 19.11.2012).

Entre otras realizaciones, la Historia de la Odontología en Uruguay le reconoce haber sido el miembro informante en la Cámara de Senadores, en ocasión de la aprobación de la ley del 23 de enero de 1920, por la que se creaba la Escuela de Odontología. De acuerdo a un proyecto elaborado por el odontólogo Tristán Morales y presentado por el diputado Sr. Pedro Albuquerque.⁴

En la Biblioteca Nacional de Montevideo, existen registradas al menos seis fichas:

- El bebé... higiene del embarazo y de la primera infancia, Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1917, 156 páginas.
- Las leyes obreras y el “Partido Colorado”; proyecto de enmiendas del trabajo y de la previsión social, presentado a la H. Asamblea Constituyente por el Dr. Atilio Narancio. Montevideo/ s.o./ 1917, 63 páginas.
- Pacto constitucional y candidatura presidencial del Dr. Baltasar Brum. Montevideo /s.o., s.f./ 31 p.
- Represión del alcoholismo; proyecto presentado a la H. Cámara de Representantes... Montevideo, Imprenta El Siglo Ilustrado, 1914, 24 páginas.
- Sobre mutualismo: sociedades de socorros mutuos para asistencia de enfermos: seguro de empleados públicos: proyecto de ley... Montevideo: /s.n./, 1918, 36 páginas.
- Una obra de teatro: Sin amor el hombre tiene piel de sapo; comedia en tres actos. Montevideo, Imprenta Nacional Colorada, 1927, 27 hojas.

Cuando el 22 de febrero de 1952, Narancio falleció en Montevideo, a los 68 años, el diario *El Día*, en su edición del sábado 23 de febrero, página 6, hace una reseña a tres columnas, con una foto de gran tamaño, y destaca su actuación política, deportiva, periodística y médica.

4 ESCUDERO MORÈRE, Pablo: Evolución histórica de los estudios de Odontología en el Uruguay, 1ª. parte – Desde la época Colonial hasta la creación de la Escuela de Odontología: *Odontostomatología* vol. 12 no. 15 – Montevideo, setiembre 2010.

Lo identifica allí como colaborador cercano y amigo de José Batlle y Ordóñez. Señala que escribía en *El Ideal* bajo el seudónimo *Juan Jacobo* (el mismo que empleaba en sus colaboraciones al *Boletín del Sindicato Médico del Uruguay*). En lo deportivo, además de lo ya reseñado, indica que fue un animador del Ciclismo.

Dicho obituario marca que Narancio murió, en su domicilio en Montevideo, a consecuencia de una enfermedad contra la que la ciencia ya no tenía recursos. Dice de él que era tenaz y ardoroso propugrador de la lucha contra el alcoholismo. La reseña incluye casi todas las referencias que había consignado Arturo Scarone. Pero destaca su personalidad y “*su sonrisa abierta y aniñada*”, que ilustra con la magnífica foto que publica.



Atilio Narancio (Fuente: nacional.uy)

El Comité Ejecutivo Nacional del Batllismo, como consigna *El Día*, rindió homenaje al extinto, en sesión extraordinaria, designando al senador Dr. Francisco S. Forteza para despedir sus restos mortales.

La misma crónica señala que el Club Nacional de Football le rindió homenaje deteniendo el cortejo y poniendo su bandera a media asta, entre otras disposiciones.

Se da cuenta que el velatorio tenía lugar en su residencia de Avda. Larrañaga 2783.

La Junta Dirigente de la AUF, bajo la presidencia de César Batlle Pacheco también le rindió hondo tributo, sesión en la que se manifestaron los representantes de diversos Clubes. Se acuerda velar sus restos en la AUF y designar al Ing. José Luis Buzzetti como orador en el sepelio. También izar a media asta en el Estadio, las banderas de la

AUF y de todos los clubes. El Sr. Lombardo señaló que Narancio era un modelo de deportista.

La página de avisos fúnebres da cuenta de numerosas esquelas mortuorias, que revelan los amplios lazos afectivos de Narancio.

En la edición de *El Día* del domingo 24 de febrero, página 7, se describe el acto del sepelio, acompañado de nota gráfica, reseñando los asistentes y el discurso del Ing. Buzzetti:

En la mañana de ayer se efectuó la inhumación de los restos mortales del Dr. Atilio Narancio, descollante figura de nuestro medio cuya desaparición causó dolorosa sorpresa en todos los círculos. El acto del sepelio fue un reflejo elocuente del pesar colectivo ante la muerte del destacado ciudadano y apreciado correligionario. Un numeroso cortejo integrado por amigos y personalidades representativas de las esferas políticas, científicas y deportivas acompañó el féretro hasta el túmulo funerario, en el Cementerio Central.

Tanto la carroza fúnebre como la tumba estaban completamente cubiertas de ofrendas florales que traducían el sentimiento de dolor que el fallecimiento del doctor Narancio produjo en distintos ámbitos de nuestra sociedad.

Al transportarse el féretro desde el portalón de la necrópolis hasta la tumba, llevaban los cordones del mismo varios de los futbolistas olímpicos que contribuyeron a las victorias uruguayas en Colombes y Amsterdam, entre los que vimos a José Nasazzi, Alfredo Zibechi, Pedro Casella, Pedro Arispe, José Urdinarán, el referee olímpico Sr. Ángel Minoli, así como dirigentes de la Asociación y de los clubes de fútbol de la capital.

Junto a la tumba del Dr. Narancio hicieron uso de la palabra el Dr. Francisco Forteza, en representación del Comité Ejecutivo Nacional del Batllismo; el Ing. José L. Buzzetti, por la Asociación Uruguaya de Football; el Sr. Carlos F. Kelli en nombre de la Federación U. de Remo; el Dr. Miguel A. Jaureguy, en representación del Montevideo Rowing Club; el Dr. Alfonso M. Mosera, designado por las autoridades del ciclismo; el Cont. Antonio G. Baldizán, en nombre del Club Nacional de Football; y el Sr. Nobel Valentini por los viejos referees de nuestro fútbol.

EL DOCTOR ATILIO NARANCO
Falleció ayer este distinguido ciudadano



PARTIDO COLORADO

Administración

UN MENOR DE EDAD FUE GUINEN MAYO, SIN QUE MEDIASE
MOTIVO ALGUNO, AL TAMBERO RICARDO BODE WEY



El menor de edad fue guinen mayo, sin que mediase motivo alguno, al tambero Ricardo Bode Wey...

El menor de edad fue guinen mayo, sin que mediase motivo alguno, al tambero Ricardo Bode Wey...

El menor de edad fue guinen mayo, sin que mediase motivo alguno, al tambero Ricardo Bode Wey...

El menor de edad fue guinen mayo, sin que mediase motivo alguno, al tambero Ricardo Bode Wey...

El menor de edad fue guinen mayo, sin que mediase motivo alguno, al tambero Ricardo Bode Wey...

El menor de edad fue guinen mayo, sin que mediase motivo alguno, al tambero Ricardo Bode Wey...

El menor de edad fue guinen mayo, sin que mediase motivo alguno, al tambero Ricardo Bode Wey...

El menor de edad fue guinen mayo, sin que mediase motivo alguno, al tambero Ricardo Bode Wey...

FARMACIA GARATE advertisement

Montevideo, Domingo 24 de Febrero de 1952

Inhumación de los restos del doctor Atilio Narancio

UNA ELÓCUENTE MANIFESTACIÓN DE PESAR CONSTITUYÓ EL ACTO DEL SEPELO DEL DISTINGUIDO CIUDADANO



Una vista del numeroso público que acompañó los restos del Dr. Atilio Narancio hasta su última morada en el Cementerio Central.

En la mañana de ayer se efectuó la inhumación de los restos mortales del Dr. Atilio Narancio, destacada figura de nuestro país, cuyos restos fueron trasladados a un nicho colectivo del cementerio central. El acto del sepelio fue un relevante momento del destacado ciudadano y apasionado futbolista. Un numeroso público integrado por amigos y personalidades representativas de las esferas política, científica y deportiva acompañó al féretro hasta el túmulo final, en el Cementerio Central.

También se destacó como la función se cumplió completamente de acuerdo a las ideas que el fallecido tenía sobre el fallecimiento del doctor Narancio produjo en distintos ámbitos de nuestra sociedad. Al transportarse el féretro desde el portón de la necrópolis hasta la tumba, llevaban sus odores del mismo varón de los futbolistas siempre que contribuyeron a las victorias uruguayas en Colombia y Amsterdam, entre los que están José Nasazzi, Alfredo Zucchi, Pedro Casella, Pedro Arroyo, José Urquiza, el Futbolista olímpico Sr. Ángel Mignone y de un diestro de fútbol de la época.

Entre los nombres del Dr. Narancio sobresalen los de los señores Dr. Francisco Fortes, en re-

presentación del Comité Ejecutivo Nacional del Fútbol, el Sr. José L. Buzzetti, por la Asociación Uruguaya de Fútbol, el Sr. Carlos J. Kelli en nombre de la Federación U. de Roma; el Dr. Miguel A. Jauray, en representación del Ministerio de Justicia; el Dr. Alfonso M. Mosera, en representación de la Asociación de Fútbol; y el Sr. Néstor Valentini por los viejos referentes de nuestro fútbol.

Discurso del Ing. Buzzetti. — Transcribimos a continuación las palabras pronunciadas por el Ing. José L. Buzzetti, en representación de la Asociación U. de Fútbol. — La armonía de un espíritu bondadoso y soñador, exaltado en los ideales de solidaridad humana, y de un corazón templado en la lucha hacia los más altos destinos del deporte, integraban y diseñaban la personalidad deportiva del Dr. Atilio Narancio. Fue el mismo — desde su juventud — actor emocionado en las justas del fútbol, de tal suerte, que cuando fue ungido dirigente en el fútbol nacional había forjado ya una recia personalidad, asumida en la fe del visionario, para trazar con mano firme el surco fecundo que jalonaran para gloria del deporte uruguayo, los nombres que recuerdan las gestas de Colombes, Amsterdam, Montevideo y Maracaná. Y la Asociación Uruguaya de Fútbol captó el vibrar del generoso espíritu, y la luminosidad de su pensamiento, y fue

capaz de vibrar el espíritu del generoso espíritu y la luminosidad de su pensamiento, y fue desde el inicio de su presidencia de la máxima autoridad del fútbol, como un maestro y sembrador de una luz, a la vida del país, vibrando los ideales de libertad y democracia, tan caros al Dr. Narancio, como a los más caros ideales del deporte, que forjó también con sentido idealista el alma de los jóvenes.

Fue, por lo tanto, una magnífica lección de voluntad, de afirmación de los valores humanos, orientada en el campo de una creíble valoración del hombre, que llegó de una manera sutil al corazón mismo de nuestro pueblo, resurgiendo el indomable valor que animó los brazos y lanzas de nuestra independencia, puesto ahora al servicio de las justas deportivas, donde afirmó con igual fuerza el espíritu nativo, justificando en cada triunfo patriótico la fe de un pueblo en su propio destino, que se sabe animado por ideales generosos y fecundos.

Fue maestro de juventud y sembrador de ideas, labró honores en el corazón del pueblo y en el alma popular, y cada vez que la mano humana a sus pies alzó el mismo corazón de un pueblo que latió rítmicamente con su

corazón. La Asociación Uruguaya de Fútbol, cuya representación lo visitó, ha colocado bajo en las insignias deportivas de todas las instituciones que lo integran, y recibió con emoción la permanente sección de fe, de esperanza, de generosidad que nos lega el doctor Narancio, como afirmación constitutiva en el tránsito de un hombre por los senderos fundados de la vida.

Comentario de "La Nación". — BUENOS AIRES, 23 de febrero. — El diario "La Nación", se refiere al fallecimiento del Dr. Atilio Narancio, destacada personalidad política, médica y deportiva del Uruguay expresando que fue una muerte. "El periódico del Uruguay a un hombre de fe y de acción, tal como el mundo supo sentirlo. Era el trabajo y la acción, desinteresados en el campo de las convenciones y el balón de los vencedores". Tras de mencionar una biografía de su vida recordando que en 1922 trató el fútbol del Uruguay al presidente Alfaro, que sucedió a la primera magistratura. Termina diciendo "que en el Uruguay dejó un recuerdo que si pudo, lo incluyó en días de momentos hombres de acción que han multiplicado el tanto recordado en la memoria occidental".

(Fuente: Biblioteca Nacional, El Día, 24.02.1952).

Discurso del Ing. Buzzetti.- Transcribimos a continuación las palabras pronunciadas por el Ing. José L. Buzzetti, en representación de la Asociación U. de Fútbol:

“La armonía de un espíritu bondadoso y soñador, exaltado en los ideales de solidaridad humana, y de un corazón templado en la lucha hacia los más altos destinos del deporte, integraban y diseñaban la personalidad deportiva del Dr. Atilio Narancio. Fue el mismo — desde su juventud — actor emocionado en las justas del músculo, de tal suerte, que cuando fue ungido dirigente en el fútbol nacional había forjado ya una recia personalidad, asumida en la fe del visionario, para trazar con mano firme el surco fecundo que jalonaran para gloria del deporte uruguayo, los nombres que recuerdan las gestas de Colombes, Amsterdam, Montevideo y Maracaná. Y la Asociación Uruguaya de Fútbol captó el vibrar del generoso espíritu, y la luminosidad de su pensamiento, y fue

desde el sitio de presidente de la máxima autoridad del fútbol, como un maestro y sembrador de una juventud deportiva que se asomaba a la vida del país, vibrando con los ideales de libertad y democracia, tan caros al Dr. Narancio, junto a los más caros ideales del deporte, que forjan también con sentido idealista el alma de los pueblos.

Fue la suya una magnífica lección de voluntad, de afirmación de los valores humanos, orientados en el cauce de una creciente valoración del hombre, que llegó de una manera sutil al corazón mismo de nuestro pueblo, resurgiendo el indomable valor que armó los brazos y lanzas de nuestra independencia, puesto ahora al servicio de las justas deportivas, donde afloró con igual pujanza el espíritu nativo, que fue tonificando en cada triunfo futbolístico la fe de un pueblo en su propio destino, que se sabe animado por ideales generosos y fecundos.

Fue maestro de juventud y sembrador de ideales, labró hondo en el corazón del pueblo y en el afecto popular, y cada vez que el lauro coronó a nuestros atletas fue el mismo corazón de ese pueblo que latió rítmicamente con su corazón.

La Asociación Uruguaya de Football, cuya representación invisto, ha colocado luto en las insignias deportivas de todas las instituciones que la integran, y recoge con emoción la permanente lección de fe, de esperanza, de generosidad que nos lega el doctor Narancio, como afirmación constructiva en el tránsito de un hombre por los senderos fecundos de la vida.”

También da cuenta de un cable informando que el diario *La Nación* de Buenos Aires se refirió a la muerte de Narancio, destacando su calidad de hombre de trabajo y de acción, como él mismo se había definido. Hace un resumen de su vida, marcando que era “*desenvuelto con el calor de los convencidos y el tesón de los vencedores*”. El diario argentino recuerda que en 1922 fue Narancio quien llevó el saludo del Uruguay a la asunción del presidente Marcelo Torcuato de Alvear.

Remata el artículo afirmando: “*No todos los días se encuentran hombres de actuación tan múltiple ni de tanta generosidad en la siembra cotidiana*”.

Al sepelio asistió numeroso público, destacándose la presencia de los campeones de Amsterdam y Colombes: José Nasazzi, Alfredo Zibechi, Pedro Casella, Pedro Arispe, José Urdinarán y el referee Ángel Minoli.

Entre los oradores además del ya señalado Ing. Buzzetti, lo hicieron entre otros el Dr. Francisco Forteza y el periodista Nobel Valentini.

A 75 años Uruguay Medalla de Oro en Fútbol; VII Juegos Olímpicos; París, Francia; 1924.

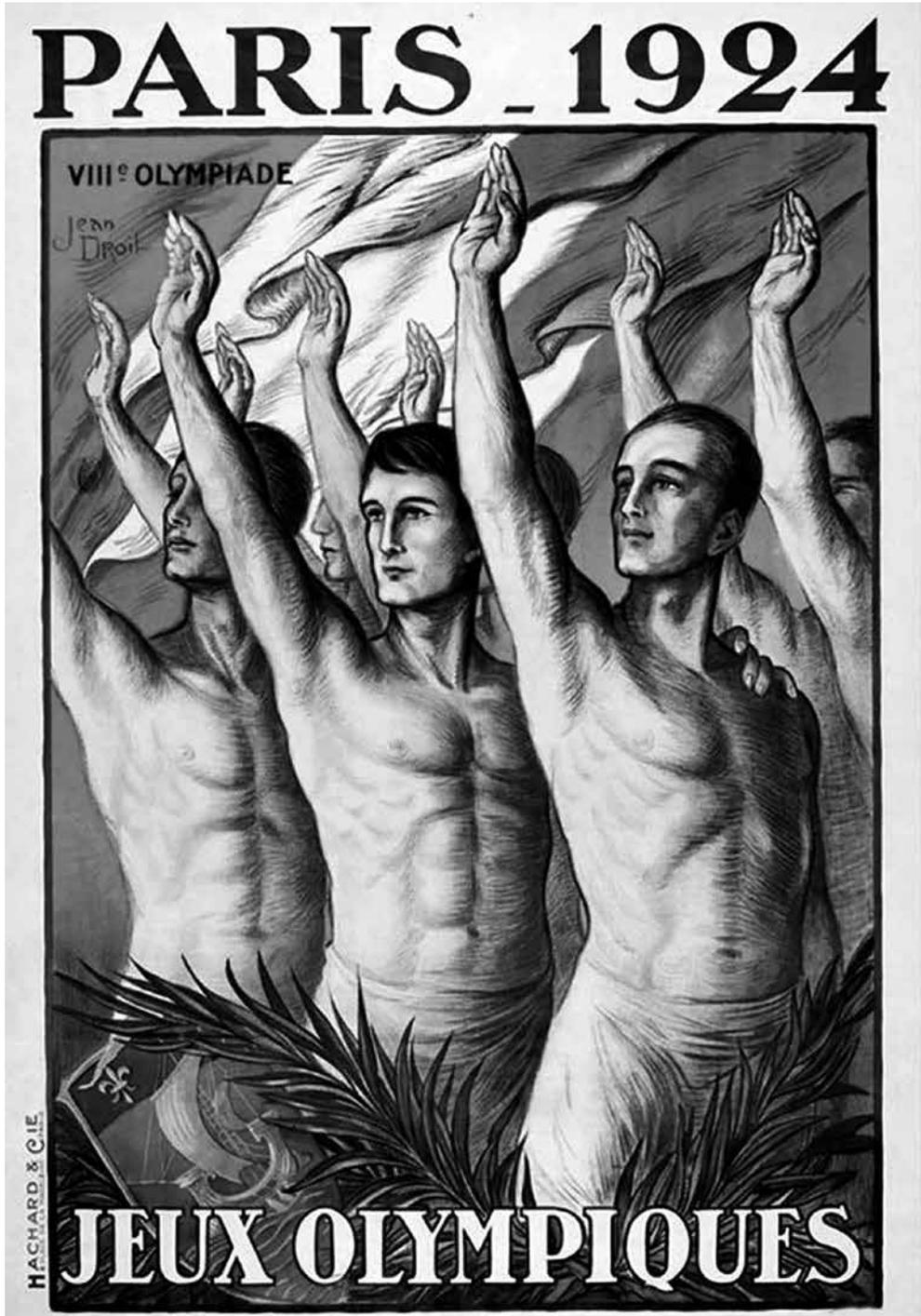
La Administración Nacional de Correos, ante propuesta del Comité Olímpico Uruguayo, emite una serie de dos sellos cuyas imágenes se complementan, con motivo del 75° Aniversario de la Primera Participación Olímpica del Fútbol Uruguayo.

El Football en las olimpiadas...

...La F.I.F.A. asumió por primera vez en 1924 la tarea de organizar el torneo de fútbol dentro del marco de los Juegos Olímpicos. Con 22 participantes, ..., se había alcanzado un récord de inscripción. De ultramar se presentaron los equipos de E.E.U.U. y Uruguay...

Fútbol en el intervalo entre las dos guerras. Eran años dichosos, una fase de gran prosperidad, los días de las primeras grandes estrellas de este deporte. Los espectadores conocieron por primera vez el fenómeno del deporte de masas y acudieron en número inesperado a los estadios. En París, en 1924, miles de ellos no pudieron entrar y tuvieron que dar mediavuelta ante las taquillas del estadio. Europa no sólo vivía un incremento del fútbol, sino que era también testigo de una rivalidad que aún hoy enriquece a nuestro deporte: Uruguay trajo el fútbol Sudamericano al Viejo Mundo, fútbol del virtuosismo y de nueva inspiración. Los ases uruguayos del balón abrieron nuevas perspectivas en Europa: había comenzado la fructuosa competencia entre Europa y Sudamérica...

Con el alto nivel de ese torneo, el fútbol obtuvo fama mundial. La forma de jugar de los uruguayos entusiasmó a los espectadores. Los jugadores Scarone, Nazzasi y, particularmente, el morocho Andrade, quienes estuvieron también presentes cuatro años más tarde y luego en 1930 durante el primer Campeonato Mundial en Montevideo, fascinaron al público. Por primera vez se registraron altas cifras de asistencia. 30.000 espectadores vieron cuartos de final entre Uruguay y Francia (5:1). Los sudamericanos derrotaron a Holanda en las semifinales, clasificándose, como esperado, para la final. Los suizos llegaron sorpren-



(Fuente: Carte postale Affiche des JO de Paris 1924 illustrée par Jean Droit, cctbelfort.canalblog.com)



(Fuente: uruguayeduca.anep.edu.uy/efemerides)

dentamente también a la final. Habían derrotado a Checoslovaquia, Italia y Suecia. 60.000 espectadores habían concurrido al "Stade de Colombes" para ver ganar a Uruguay 3 a 0 contra Suiza y obtener el título Olímpico.

Con el triunfo, en Montevideo se emitió una serie de estampillas, pero el verdadero triunfador fue el fútbol, pues alcanzó popularidad internacional...

DELEGACIÓN a la OLIMPÍADA de 1924 - PARIS

DELEGADOS

Sr. Castro Martínez Laguarda

Sr. Asdrúbal Casas

Dr. Enrique Buero (Embajador uruguayo)

QUINESIÓLOGO

Sr. Ernesto Fígoli

JUGADORES

José L. Andrade (Bella Vista)

Pedro Arispe (Rampla Juniors)



Atilio Narancio (de pie a la izquierda) con los campeones de la Olimpiada de 1924.
(Fuente: Asociación Uruguaya de Fútbol)

Pedro Q. Casella (Belgrano)
J. Pedro Cea (Lito)
Pedro D. Etchegoyhen (Liverpool)
Alfredo Ghierra (Universal)
Andrés Mazali (Nacional)
José Nasazzi (Bella Vista)
José Naya (Liverpool)
Pedro Petrone (Charley)
Angel Romano (Nacional)
Zoilo Saldombide (Wanderers)
Héctor Scarone (Nacional)
Humberto Tomassina (Liverpool)
Santos Urdinaran (Nacional)
Fermín Uriarte (Lito)
José Vidal (Belgrano)
Alfredo J. Zibechi (Nacional)
Pedro Zingone (Lito)

* * *

Una página en Internet de simpatizantes del Club Nacional de Football, hace una reseña interesante, evocando palabras dichas por el Dr. Carlos Estapé en un homenaje.

Una mente prodigiosa por la que fue condecorado en Francia con la Cruz de Caballero de la Legión de Honor. En la prensa escrita fue desde sus columnas una pluma lúcida y consejera; en la política, fue miembro integrante de ambas cámaras legislativas, electo para la Asamblea General Constituyente en 1916, y miembro del Consejo Nacional de Administración. Pero fue su preocupación y su dedicación a la niñez, desde su profesión de médico pediatra la que le permitió brindarse en cuerpo y alma y recibir el mayor reconocimiento al que pudo aspirar: el agradecimiento y el amor de los niños y sus familias.

Luego de los grandes triunfos deportivos y de su actuación en la vida pública que a muchos hubiese representado la cúspide a alcanzar, Narancio viaja a Francia para seguir estudiando, sirviendo y perfeccionándose, para volver luego a Uruguay a brindar sus conocimientos con dedicación, compromiso y humildad, como señaló el Dr. Carlos Estapé: *“No se reincorporó a la carrera con aires de triunfador. No. Por el contrario, retomó el camino andado serena y modestamente. Volvió para extender su mano protectora sobre las frentes pálidas de los enfermitos y de las madres pobres. Recorrió ranchos y tugurios en los barrios alejados. Derramó consuelo y confianza. Puso luz donde reinaban sombras y dejó mil veces dineros para que pudieran comprar la medicina salvadora o el alimento bienhechor. Así ejerció para el pueblo. Así su alma recibió el solo halago del deber cumplido a favor del que sufre. Narancio nunca deseó otra cosa que la satisfacción de curar; hizo verdadero apostolado, única recompensa que lo hacía feliz.”*

En febrero de 1954, a dos años de su fallecimiento, la Comisión de Honor del Gran Homenaje Nacional al Dr. Atilio Narancio, presidida por José María Delgado⁵ y contando con la vicepresidencia de Roberto Espil y Numa Pesquera, e integrada por más de un centenar de personalidades de la sociedad uruguaya, obtuvieron la autorización de la Intendencia Municipal de Montevideo, luego de la resolución favorable de la Junta Departamental, para erigir un monumento destinado a honrar la memoria de tan notable ser.

5 JOSÉ MARÍA DELGADO (1884-1956) médico y poeta, graduado en diciembre de 1908, nacido en Salto, amigo de Horacio Quiroga. Fue Presidente del Club Nacional de Football entre 1911 y 1921, y entre 1929 y 1932.

Del discurso que el Dr. Estapé con motivo del acto organizado por el Comité de Homenaje Nacional, extraemos otro fragmento, que si bien extenso, nos sirve para pintarnos de manera cabal, la personalidad de este gran prócer:

“EL HOMBRE:

Grande, de figura casi imponente, portador de una sonrisa que traducía un optimismo excepcional como permanente mensaje de paz y de confianza para todo aquél que se acercaba.

Aquel hombre pesado, encerraba una inteligencia, una inquietud, un romanticismo, una originalidad en el pensar y en el decir, muy poco común.

Era hombre-dínamo, hombre acción. Una voluntad al servicio de toda causa útil, de todo gesto noble. Nobleza y bondad como plataforma de un espíritu superior.

Llenaba todas las funciones capaces de cuajar en obra generosa y pasaba de un capítulo a otro sin sobresaltos como si imitara a la naturaleza, que realiza sin chocar, el poema de la luz y de la sombra.

Estaba presente por no conocer la pereza, por no saber decir no, por no dejar de ser útil a los demás. Su mano abierta para dar, no supo si existía el verbo, a veces amargo, de recibir.

Era así por constitucional arcilla. Así se modeló; así practicó el bien, sin mirar, sin medir consecuencias, sin exigir. Su brazo no supo de otro movimiento que el de entregar buena semilla al surco humano que la necesitaba...

Pensaba libremente. Sin someterse a doctrinas estrictas ni filosóficas ni a pragmáticas rígidas; en realidad entraba en todas ellas, por esa misma libertad de sentir y comunicar.

Vibraba con las artes. Valoraba las sublimes expresiones que el genio arrancaba al mármol, al bronce o a la mano que la trasmitía al lienzo sus colores. Se emocionaba en el conocimiento de las letras reveladoras de supremas o proféticas verdades para el porvenir de la humanidad.

Por ser analítico, no dejaba de ser apasionado.

Nunca se encerraba en su Yo, sino en aquellas oportunidades en que decir su opinión podía provocar inquietud o amargura en el alma de los escuchas. Esa sola virtud revelaba una generosidad infinita.

Íntimamente era un extrovertido, un expansivo, un verdadero idealista. Transmitía su pensamiento con elocuencia y entusiasmo.

Su buena fe oficiaba de escudo donde se pulverizaban los abúlicos y timoratos, y a su lado se renovaban y tonificaban las fuerzas claudicantes.

Una curiosidad innata y bien orientada lo llevaban a querer saberlo todo, y así, su acervo cultural no tenía límites.

Discurría sobre cualquier tema; penetraba en el terreno histórico, político o literario, y sus consideraciones eran solas de quienes tenían el privilegio de oírlo.

Por ello merece la clasificación de Humanista.

Universitario; inquieto como estudiante, activo como profesional, estudioso como intelectual, responsable y sacrificado como médico.

Gobernante. Su capacidad lo llevó a los más altos escaños en la vida pública que prestó el más amplio concurso con patriótico afán.

Vivió intensamente. No supo de sosiego. Se dio por entero a los demás y llevó siempre encendida en su alma, la llama sagrada que lo inspiró y guió por las rutas de su existencia.

El HOMBRE en Narancio, fue fondo y forma de su misión por el mundo.”

Un monumento que perpetua su memoria fue inaugurado el 14 de junio de 1959, en las proximidades de la Tribuna Amsterdam del Estadio Centenario, en el Parque Batlle y Ordóñez. Se trata de una escultura en bronce con basamento de granito gris, realizada por Stelio Belloni (1920-1989). Atilio Narancio se encuentra de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. El basamento sobrepasa en altura ampliamente su figura y representa dos alas. En ambos costados bajorrelieves que simbolizan a un jugador de fútbol, de un lado, y a una madre con su hijo, en el otro. Al frente un grabado con los cinco círculos olímpicos y una leyenda:

“Atilio Narancio, Padre de la Victoria – el pueblo al insigne médico de la infancia, al ciudadano sin tacha, filántropo, espíritu inmortal, al patriarca del Deporte, génesis, impulso y forjador de la gesta olímpica uruguaya. 3-VII-1882 – 22-II-1952”.

De su actuación en cargos políticos, debe señalarse que fue Diputado primero suplente, en la 24^a. Legislatura, entre el 29 de marzo de 1913 y el 14 de febrero de 1914; Diputado titular en las Legislaturas 25^a y 26^a, entre el 15 de febrero de 1914 y el 3 de abril de 1918, y Senador Titular por Colonia en las Legislaturas 26^a y 27^a, entre el 3 de abril de 1918 y el 14 de febrero de 1923.

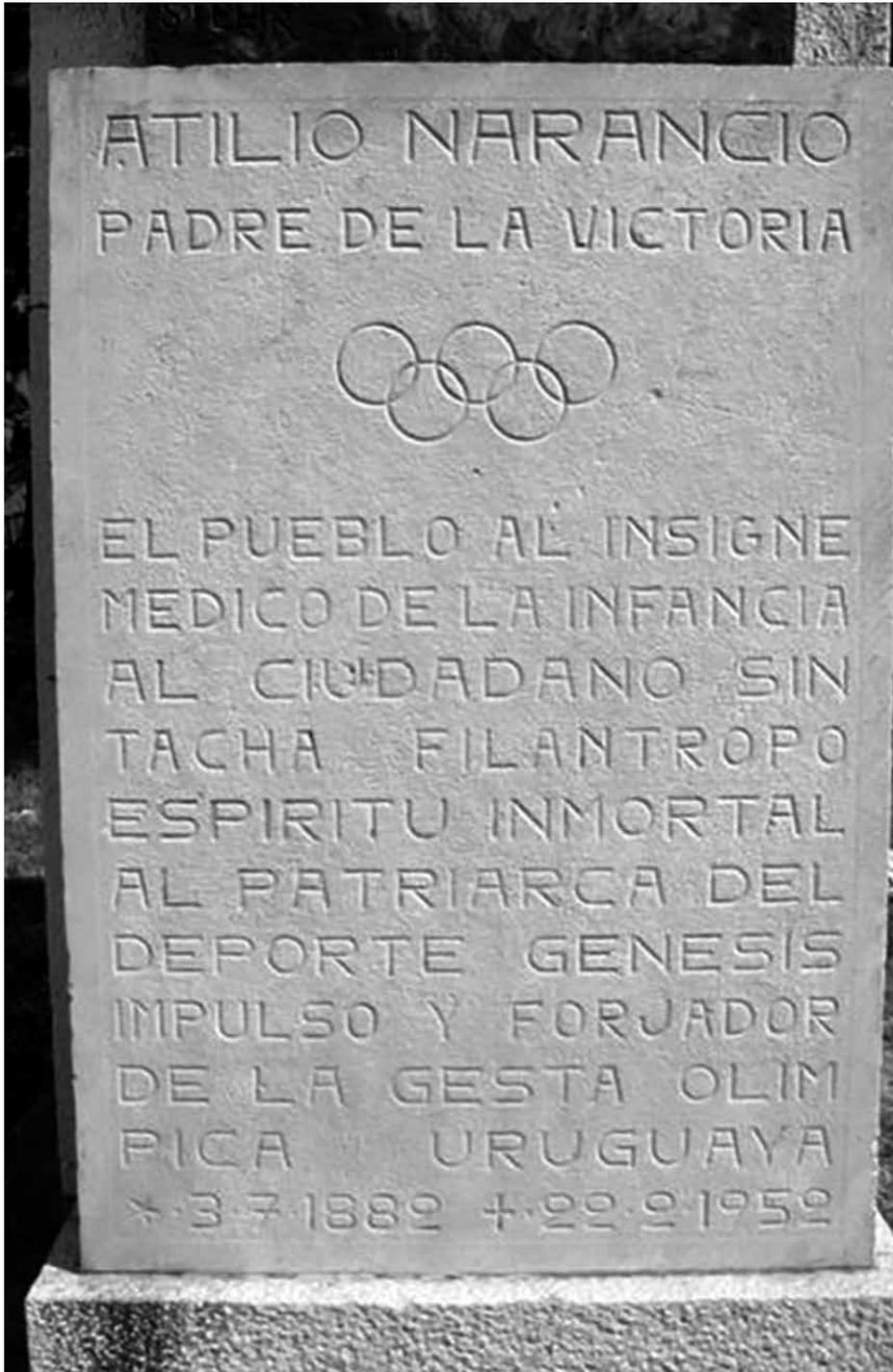
La Constitución de 1918 modificó la integración del Poder Ejecutivo, haciendo que coexistiera un Presidente y un Consejo Nacional de Administración. En 1919 fue Presidente de la República el Dr. Baltasar Brum, que tenía a su cargo los Ministerios de Relaciones Exteriores,



Monumento a Atilio Narancio, por Stelio Belloni, Parque José Batlle y Ordóñez (Foto del autor)



Monumento a Atilio Narancio, por Stelio Belloni, Parque José Batlle y Ordóñez (Foto del autor)



Monumento a Atilio Narancio, por Stelio Belloni, Parque José Batlle y Ordóñez (Foto del autor)



Monumento a Atilio Narancio, por Stelio Belloni, Parque José Batlle y Ordóñez (Foto del autor)



Monumento a Atilio Narancio, por Stelio Belloni, Parque José Batlle y Ordóñez (Foto del autor)

de Guerra y Marina, y del Interior; en tanto el Consejo Nal. de Administración tenía bajo su dependencia los Ministerios de Hacienda, Instrucción Pública, Industrias y Obras Públicas. El Consejo Nacional de Administración en su primera integración tuvo ese año la presidencia de Feliciano Viera, siendo sus integrantes Ricardo Areco, Pedro Cosio, Domingo Arena, Francisco Soca, Santiago Rivas, por el Partido Colorado y Alfredo Vásquez Acevedo, Martín C. Martínez y Carlos A. Berro, por el Partido Nacional.

Entre 1923 y 1927 el Presidente de la República fue el Ing. José Serrato y el Consejo Nacional de Administración, bajo la presidencia de Julio María Sosa, estuvo integrado por los Dres. Atilio Narancio, Juan Campisteguy, Feliciano Viera, Federico Fleurquin, Ricardo Areco por el Partido Colorado, y Carlos M. Morales y los Dres. Alfonso Lamas y Alfredo Vásquez Acevedo por el Partido Nacional.

Numerosas fueron las contribuciones entregadas por Atilio Narancio para el Boletín del Sindicato Médico del Uruguay, en la primera década. Como lo había hecho en la prensa, bajo el seudónimo *Juan Jacobo* escribía sus artículos, incisivos y enfocando temas de actualidad e interés para los colegas. Algunos pintan la realidad del relacionamiento de los médicos con los pacientes, o con la publicidad de determinados productos. Transcribimos aquí una de esas páginas, donde se vincula claramente el seudónimo con su identidad, tomado del número 52, de julio-agosto de 1927, bajo la dirección del Dr. Mario C. Simeto. Cabe consignar que las líneas generales de la preocupación de Narancio en esta materia, tratadas en este artículo, ¡¡¡son totalmente de actualidad, 93 años después!!!

“PROPAGANDAS NEFASTAS

Bello Artículo de Juan Jacobo

Nota de la R.- Hoy publicamos complacidos esta Nota de nuestro amigo Narancio cuyas ideas coinciden en absoluto con las ideas del Sindicato Médico respecto al mal que hacen esos anuncios de medicaciones en la gran prensa. A este respecto deseáramos se sancionara cuanto antes el proyecto que reglamenta

*esa clase de publicidad y que dormita en el Cuerpo Legislativo...
Entre tanto lean nuestros lectores las atinadas consideraciones de
Juan Jacobo.*

No hay día que leyendo las secciones de avisos de la prensa no encuentre anunciada alguna panacea. Y sin ser tal y sin pretensión de llegar a ser una medicina universal, a cada momento aparecen reclames de buenos medicamentos para la cura de tal o cual mal – cura que si ellos no hacen efectivamente contribuyen al menos a su realización por medios más o menos directos.

Pero ¿por qué aparecen en la prensa diaria estos anuncios?

Estos periódicos leídos por el público permiten que los enfermos caigan en el error. No basta saberse que tal remedio cura el asma, la bronquitis o el resfrío, es necesario en primer término averiguar si el paciente se halla efectivamente enfermo de asma, bronquitis o resfrío. En algunos casos se podrá argüir: “el médico lo ha dicho”. Tampoco eso basta, porque el facultativo no dice frecuentemente todo lo que piensa y a menudo desea que se ignore la verdad de su diagnóstico.

Frente a una tuberculosis, habla de congestión, de bronquitis mal curada. Ante una sífilis dice infección a la sangre, enfermedad específica, etc.

No es bastante, pues, lo que ha dicho el galeno; es necesario además seguir el tratamiento que él determine.

El profano lee que el remedio ese cura instantáneamente la enfermedad y lo ingiere con toda fe.

El medicamento puede ser malo, inocuo o nocivo, caso común, o puede ser útil, pero no para el mal que padece el cliente. Mientras, éste pierde su tiempo que gana la enfermedad y su dinero que aprovecha el fabricante y el expendedor. Y la prueba es que una columna o dos después o en la otra plana del mismo diario aparece otro medicamento con virtudes únicas que también liquida en instantes el mismo mal que el anterior curaba radicalmente.

La prensa diaria, que puede anunciar casas para alquilar, servicios que se ofrecen o se solicitan, e instrumentos y útiles de labranza beneficiando así a la población, le produce a la misma un mal inesperado y grande cuando hace la reclame de drogas.

Los medicamentos deben ser conocidos por los médicos, quienes son los únicos indicados para decir cuándo su administración producirá bien al enfermo.

En efecto, hay que ser profesional y muy a menudo ni eso es suficiente para poder juzgar del valor o de la oportunidad de un tratamiento, de la conveniencia de un remedio en una enfermedad o en un enfermo.

Además, piénsese en lo fácil que fuera poner chapa de médico y ejercer el llamado apostolado si se dijera: “Para este mal, esta droga; para éste, esta otra, etc.”

Hay enfermos y enfermos y diferentes grados del mal. Para cada caso la ciencia médica, previo estudio detenido del caso, administra la terapéutica racional que llevará muy probablemente a la curación. Pero si es así, ¿qué le importa al público que exista tal o cual medicamento? Nada, seguramente, y entendiéndolo así el diputado francés Conteaux (que no es médico) ha presentado al Parlamento el siguiente artículo único:

“A partir de la promulgación de esta ley, queda prohibida toda publicidad por medio de la prensa (con excepción de las revistas científicas dirigidas exclusivamente a los médicos), de carteles o de cualquier otro sistema, a favor de tratamientos médicos o de preparados farmacéuticos, bajo pena de cinco días a un mes de cárcel y de 500 a 5000 francos de multa, o de una sola de estas dos penalidades. En el caso de recidiva, las penalidades serán dobladas.”

Una iniciativa semejante podría ser tomada en el Uruguay, vigilándose además la introducción de revistas y diarios extranjeros que traen la misma propaganda.

Es evidente que todo esto que pregonó lo hago sin la anuencia del administrador, quien con toda razón podría decirme: “Vd. bien sabe, socio redactor, que los diarios no viven de la venta, sino de los avisos y que la publicidad médica es una gran fuente de recursos”. Pero, como es además de un excelente administrador, un hombre consciente, no pondría un mayor obstáculo a la consecución de mi iniciativa, siempre que ella sea igualitaria.

Juan Jacobo

De entre las publicaciones médicas realizadas por Atilio Narancio, destacamos por su importancia social y la demostración de su compromiso profesional, la conferencia dictada en el Curso realizado en el

Instituto de Pediatría y Puericultura que dirigía el Prof. Dr. Luis Morquio, en julio de 1930. La transcribimos íntegramente.

ROL DE LAS VISITADORAS SOCIALES EN LA LUCHA CONTRA LA MORTALIDAD INFANTIL

POR EL DR. ATILIO NARANCIO⁶

El 1º de setiembre de 1930, Luis Morquio presentó una Introducción a un libro de 300 páginas que recogía las conferencias dictadas en el Instituto de Pediatría y Puericultura a su cargo, durante las vacaciones de julio de ese año. Decía en dichos párrafos el Maestro:

“Entre las finalidades del Instituto de Clínica Pediátrica y Puericultura, está la enseñanza complementaria destinada a estudiantes que tienen que rendir examen y a médicos que quieren renovar o perfeccionar sus conocimientos de esta especialidad.

Con ese objeto, he organizado con mis colaboradores un curso teórico-práctico durante las vacaciones de Julio del presente año, consignando en esta publicación las conferencias que se han dictado.

Se ha buscado llenar un programa que comprenda en su conjunto cuestiones diversas relacionadas: con la herencia patológica, con la alimentación, con las enfermedades de la primera infancia, con la higiene escolar, con los niños abandonados, con la mortalidad infantil, etc., dentro de un criterio práctico y tomando como base, en cuanto es posible, la observación y experiencia adquirida en nuestro medio.

Estos cursos deben repetirse periódicamente, variando los temas, de manera que servirán para formar todos los años un volumen, que exprese el estado de nuestros conocimientos, los caracteres de nuestra patología, los fundamentos de nuestra enseñanza; y que sirvan, además, de estudio para los que se interesen por la Medicina e Higiene infantil.

L. Morquio”

⁶ NARANCIO, Atilio: Conferencia dictada en julio de 1930 en el Instituto de Clínica Pediátrica y Puericultura. Director: Profesor Dr. Luis Morquio. Montevideo, 1930, pp.: 211-231.

Estas conferencias tuvieron los siguientes temas y relatores:

1. Dr. MORQUIO: Rol médico-social del Instituto de Clínica Pediátrica y Puericultura.
2. Dr. BONABA: Fisiopatología de la nutrición en el lactante.
3. Dr. PONCE DE LEÓN: Profilaxis de las enfermedades infecto-contagiosas.
4. Dr. CARRAU: Alimentación en la primera infancia.
5. Dr. CONRADO PELFORT: Meningitis aguda en el lactante.
6. Dr. A. VOLPE: El aparato retículo-endotelial en la patología infantil.
7. Dr. ESTAPÉ: Psicopatología infantil.
8. Dr. MUNYO: Vegetaciones adenoideas. Criterio terapéutico.
9. Dr. LEONE BLOISE: Herencia mórbida.
10. Dr. NARANCIO: Rol de las visitadoras sociales en la lucha contra la mortalidad infantil.
11. Dr. ROBERTO BERRO: Sobre niños abandonados.
12. Dr. LEUNDA: Dilataciones bronquiales.
13. Dr. CARLOS BERRO: El examen del fondo del ojo en los niños.
14. Dr. ESCARDÓ ANAYA: Radiología del tórax. Consideraciones generales.

De allí reproducimos la conferencia de Atilio Narancio con el tema del título. Luego de una sólida formación como médico y pediatra, Narancio tuvo dilatada actuación política, en diversos cargos de representación: diputado, senador, miembro del Consejo Nacional de Administración. Cerrado ese ciclo y fallecido el octubre de 1929 su amigo José Batlle y Ordóñez, a quien acompañó en un largo período desde el diario *El Día*, o desde la actuación en cargos públicos, volvió a la Clínica Pediátrica, al recién creado Instituto de Clínica Pediátrica y Puericultura, para volcar su experiencia a los jóvenes graduados y a los estudiantes, en las vacaciones de julio de 1930.

En esa disertación, que tomó la precaución de escribir, vuelca sus vivencias como médico del barrio de La Unión, en contacto con las miserias humanas que puede presenciar un médico y particularmente un pediatra, con la mirada del que busca las raíces sociales de los males que afectan a sus pequeños pacientes. Los años de actuación política, no habían atenuado en nada los conceptos que con fuerza quedaron grabados en su formación junto al maestro Morquio, manejando muchos de sus mismos conceptos.

Hubiera querido que mi disertación no necesitara ser escrita. Pasaría como una charla más o menos pesada para mis oyentes, y de ella no quedaría más que el vago recuerdo. Pero, el novel y ya vigoroso Instituto de Pediatría y Puericultura que el Dr. Morquio, nuestro siempre Profesor, dirige, no admite la labor efímera, transitoria, de pasaje, sino exige ideas que queden profundamente enclavadas y que sean algo así como el basamento de su mañana promisor.

He pasado veinticinco años de mi vida escalando posiciones; he llegado a las situaciones más honrosas entre mis conciudadanos y no he tenido en esos cinco lustros una emoción más efectiva que la que me embarga al ocupar esta tribuna de ciencia. Vuelto al ajetreo diario profesional, al ejercicio fatigante e ímprobo, he comprendido que la gran misión que es necesario desempeñar no es la de salvar al pequeño cuando se halla entregado a los estragos de la enfermedad, sino antes bien, el prevenir sus males. He ahí una verdad que por demasiado conocida ha pasado a ser catalogada como una estupidez. Y, sin embargo!... Sin embargo, la vida diaria nos prueba que la verdad está en las mentes y no en la realidad. Las madres, en caravanas interminables, concurren a las policlínicas, no para ofrendarnos carne de salud en la que incrustemos la ciencia de la previsión, sino pequeños enfermos, tarados, hijos de un ayer sombrío, de un connubio fatal, hecho entre hijos de alcohol, en una ebriedad sistemática del sábado, o engendros de una sífilis mal tratada, o productos fenomenales de una consanguinidad perniciosa, y cuando no son la secuencia de sus males heredados, son el producto de un contagio entregado junto al seno materno, de una tuberculosis que hierve en los pulmones paternos, o, y es peor aún, de un error en la alimentación, de una demostración supina de ignorancia o maldad, de prejuicio y carencia de voluntad, acercándose más al empirismo de charlatanes curanderos o comadres ignorantes, que al sabio alentar del médico puericultor.

Pero, para qué repetir cosas que he escrito cien veces, voces caídas en el desierto, tañir de campanas en la soledad de una pampa infinita. Mis palabras serían pálidas, inexpresivas y sin valor alguno puestas al lado de las del maestro Morquio.

Su voz debe tener resonancia en los corazones de muchos que pueden y deben contribuir a su obra de salvación del porvenir. Hay cien-

tos de hombres de gobierno cuya vida o la de sus hijos se mantiene gracias a la acción científica del ilustre Pediatra.

Pues bien, glosemos las palabras por él empleadas al comprobar las causas de la mortalidad infantil, al enunciar los factores nefastos que acaban con la vida de tantos niños; transformando en un suicidio de la raza lo que debía ser un paso acompasado y fisiológico de su vida.

En primer término, dice el Dr. Morquio al estudiar las causas de la naturaleza infantil en nuestro medio, el trabajo de la mujer.

“Cuando en un hogar hace falta que la madre trabaje, los niños se mueren. El taller es un medio pobre, miserable de vida para las madres; es un agente de exterminio de los niños”.

La mejor tarea de una madre es ser tal, y su trabajo debe ser concebir y criar el niño hasta que pueda luchar solo por la vida.

La naturaleza no ha hecho baches en la marcha de la existencia, son los factores humanos, es el egoísmo el que ha sembrado con pozos la ruta del porvenir.

Una madre concibe, y en sus órganos forma y nutre al niño con su sangre. Si vive plácida, sin sinsabores, sin preocupaciones; si sabe que la soldada que trae su compañero es suficiente para el mantenimiento del hogar, si no tiene por qué preocuparse por el techo y la comida, si sabe que los otros pequeños tendrán pan y no migas, y la comida, si sabe que los otros pequeños tendrán pan y no migas, alimentos y no sobras; si ella misma puede nutrirse doblemente para vivir y para ir criando al ser que se forma en sus entrañas, éste recibirá una sangre rica que constituirá sus órganos ampliamente. El reposo de la madre hará que el ser que va a nacer llegue a la vida con fuerzas suficientes para no temer las asechanzas que lo circundan.

Una madre, en vías de serlo, no debe trabajar, pues. El taller debe vedarse a la mujer encinta, y para conseguir esto hace falta solucionar el problema pagando al hombre lo suficiente a fin de que la mujer no trabaje en otra cosa que en la sacrosanta misión de madre que cumple.

Pero, ¿basta eso? ¿Basta que la madre no trabaje mientras concibe? No, es necesario extender ese plazo. *La concepción y el amamantamiento son, por así decir, dos tiempos del mismo proceso.* Lo que antes era sangre y

se daba en la vida interna, es ahora leche y mantiene el lazo de unión entre la madre y su pequeño. Mientras la madre trabaja, la leche se carga de venenos, es la transformación de una sangre que acaba de nutrir órganos fatigados, intoxicados, es la famosa leche cansada que provoca vómitos, gastro enteritis.

El taller debe, pues, estar vedado a la madre que cría.

He prohijado las salas-cunas en las fábricas y lo he hecho como una medida de circunstancias. Pero, bien pensado, no es esa la panacea. Sí, en Europa donde la vida es difícil, miserable, aquello es una piedra salvadora en medio del abismo.

Pero, en nuestro país, joven y fuerte, con vigor de atleta y que requiere ciudadanos para poblarse, la solución está en la paga del hombre.

Si un obrero gana 70 pesos y tiene asegurada su vejez, no hace falta que su señora trabaje mientras concibe y amamanta”.

Un día, ya lejano escribía como introducción al estudio de un libro de consejos a las madres, de que era autora nuestra eminente colega la Dra. Elisa Barros Daguerre, algo que el ejercicio profesional en el medio pobre de La Unión puso mil veces ante mis ojos. Decía refiriéndome a las madres:

Las veo en estas pequeñas pocilgas de lata; sí, de lata sin forrar, que trasudan gotas frías que entran en las carnes como estiletos; las veo entre la mugre de estas casas improvisadas hechas en el solar que se paga, cuando se ha podido ahorrar los cuatro o cinco pesos de la mensualidad, acreciendo el hambre de los pequeños, eternamente sucios y llorosos; levantando tinas, con los pies en el barro, acarreando agua de la toma cuya cercanía excede a quinientos metros, las veo con su inmenso vientre todo lleno de manchas, ya que es quien sufre el primero todos los embates, ya que es él, el paragolpes de cada momento; las veo ojerosas e hinchadas, con las piernas como masas, en que al través de las medias de algodón se dibujan las gruesas várices prontas a reventar en un “geiser” de roja sangre, trabajando como bestias en el yugo, hasta el último momento, hasta que los dolores las voltean entre los harapos del lecho, donde van a dar vida en presencia de los otros pequeños que agrandan los ojos mientras la vecina compasiva los aleja...

Vienen a mi mente como fantasmas de una noche de insomnio, la visión de estas pobres que más parecen personajes de la caravana dan-tesca del dolor y de la pena.

Ante ese espectáculo de tragedia nada se me ocurría más que exten-derles una tabla de salvación. Una ley que del substractum propiciara lo siguiente:

“La asignación de veinte pesos mensuales durante diez y ocho meses a contar desde la iniciación del embarazo a las mujeres que no trabajen fuera de los menesteres domésticos durante la gravidez y la lactancia de su pequeño, asignación que se proveerá de los fondos de las pensiones a la vejez, acrecidos con un impuesto a los grandes terratenientes que arrienden sus tierras para vivir en la ciudad”.

El Maestro dice en seguida: “*b*) las malas condiciones del parto. Se ha prohijado con verdadero calor la creación de asilos y maternidades, que cobijen a la mujer en los últimos treinta días del embarazo y en las primeras semanas después del parto”.

Este postulado no puede ser, para mí, más que un desiderátum ocasional. Mientras el hogar del pobre sea un lugar infecto en el que haya carencia absoluta de lo necesario, en el que sea peligroso el cumplimiento de funciones fisiológicas como son el alumbramiento y el puerperio, debe sostenerse su conveniencia y aspirar a transformar el postulado en ley. Sin embargo, la moderna higiene aconseja no separar, o hacerlo lo menos posible, al enfermo no contagioso de su hogar.

Una vida más holgada, obtenida gracias a la percepción del salario mínimo del marido con más la subvención del Estado a la madre, permitiría que el hogar del que trabaja se transformase en un foco conveniente para el cumplimiento de esas funciones fisiológicas, sin necesidad de sacar de la casa a la madre, cuya misión doméstica es irremplazable. Además, es una medida igualitaria que hace olvidar diferencias que impone la riqueza.

A este respecto me hace hablar mi experiencia diaria como médico de barrio. Anoto la gravedad que implica en el hogar del obrero la falta por dos meses de la madre que vigila, máxime cuando la prole, cosa normal y laudable, es numerosa y de pequeña edad.

Más de una vez he oído con entusiasmo la prédica del Profesor para que el enfermo no se separe del hogar.

Suprimida la miseria que lo ensombrece y abierto al sol por la entrada de la enfermera visitadora que aclare el pensar de la madre, la ilustre, la guíe y la ponga en contacto con el médico, no hay peligro que las funciones fisiológicas del alumbramiento y del puerperio se cumplan dentro del hogar, aunque fuera el hogar de un pobre.

El Dr. Morquio agrega: *c)* la falta del cuidado del recién nacido. El problema de esta falta de cuidado está vinculado estrechamente al de la miseria y la ignorancia. La existencia de enfermeras prenatales acabará seguramente con esa falta de cuidado, especialmente si se llega a la comprensión exacta de la misión de estas visitadoras sociales, cuya acción doble no sólo previene los males del cuerpo, sino cura las llagas del alma.

d) La ilegitimidad es otra causa determinante de mortalidad infantil. Los prejuicios mezquinos son causa de abandono del pequeño. Hasta en eso, la ignorancia es señora y dueña. Los pueblos más primitivos, en el que el cura y el dómine de palmeta son orientadores, sufren el flagelo del prejuicio con inaudita violencia. Cada día en nuestro medio vemos avanzar, libre de ridículos temores, la igualdad sexual, y la mujer deja de ser el ente débil, pusilánime, para ser la madre-guía que concibe y forja el porvenir. Una ley, la de jubilación de nuestras madres, no hace distingos entre hijos legítimos o ilegítimos; una ley más sabia, la de la costumbre, no exige ya certificado de matrimonio paterno a los hijos, para ser considerados tales, y la realidad, que permite investigar la paternidad, hace del ilegítimo, dueño de su parte heredada al igual que “el hijo de matrimonio”.

Ese factor de abandono que es la ilegitimidad, hace sus víctimas, en la campaña, en el medio rural, o en el menos capacitado de pueblos y ciudades, pero su maldad se aminorará seguramente por la acción inteligente de las enfermeras visitadoras que, compenetradas del ambiente, hallarán el medio de proteger a la madre contra el titulado yerro.

Y agrega el Dr. Morquio: *e)* La promiscuidad y los matrimonios consanguíneos. La primera es una consecuencia de la miseria. Esos ranchos, esas casillas monocelulares ponen en contacto los sexos y de-

jan que los instintos se solacen sin ningún tiempo de reflexión, sin ninguna valla defensiva.

El hijo es el producto de la unión de dos seres. Cualquiera falla en uno de ellos se amplifica en el pequeño, se acrece y se agrava como si hallara una tierra fecunda.

El casamiento entre consanguíneos, entre primos, entre tíos y sobrinos, etc., es fuente de males inesperados y terribles. Yo sé que hay casos en que la maldad de la herencia no aparece, pero son de excepción, y se explican porque los cónyuges no tienen condiciones físicas y morales semejantes, heredando sus facultades de las ramas diferentes y no de la consanguínea. Pero normalmente una boda entre primos es fatal: hijos idiotas, enanos, monstruos, con un sistema óseo rudimentario, contrahechos, inacabados, - sujetos reproduciendo los engendros de Goya – no capacitados para la vida: he ahí el producto de ese grave error, por suerte cada día menos común, gracias al conocimiento que se tiene de la maldad del factor.

El profesor Morquio publicó en los “Archives de Médecine des Enfants” que se edita en París, un trabajo sobre “distrofias óseas familiares”.

En él se relata la historia de una familia cuyo padre y madre eran primos hermanos.

Digamos rápidamente cómo eran los pequeños, que no llamo monstruos por un sentimiento de respeto hacia esos abortos de la naturaleza.

Niños de 14 y 8 años los estudiados, la mujer de 106 centímetros de alto y el pequeño de 96 centímetros, con unas grandes jorobas anteriores y posteriores, con las piernas en arco tocándose las rodillas y separados los pies, con casi inmovilidad de los miembros superiores, en los que radiográficamente se notan toda clase de deformaciones óseas y la desaparición de los huesos del carpo. Las mismas deformaciones en las piernas y en los huesos de la columna vertebral.

En fin, pequeños contrahechos, malformados, y sin embargo, los dos mayores y otros dos que tienen iguales manifestaciones presentan una inteligencia normal.

Los pobres se dan cuenta de su terrible situación en la vida.

Un quinto, feliz de él, es idiota.

No hay herencia alcohólica, ni sífilis, ni tuberculosis, no hay ni siquiera miseria, bien común en la etiología de los males del niño. No hay más que consanguinidad.

Y para ratificar la sabia lección del maestro se hospitalizó en este hospital una pequeña de once años que no simulaba más de tres y que tenía deformaciones tan marcadas como las descriptas.

Vino porque sí, y los padres confiesan que por vergüenza no habían querido decir que eran primos hermanos. Se sentían algo culpables del mal que habían hecho a su pequeña.

¿Es que conocían el peligro y lo habían hecho a sabiendas? Las enfermeras visitadoras, instruyendo a las futuras madres, pondrían un freno a todas esas aberraciones.

b) La alimentación desorientada. Dice el Profesor Morquio: Por suerte las campañas violentas en que hemos contribuido todos los que ejercemos este altruista ministerio han llevado al convencimiento de las madres que la alimentación natural es la vida del pequeño. Pero, no debemos detenernos: hay que hacer llegar a las mentalidades más dormidas las ventajas del régimen, los cuidados inherentes al destete y a la ablactación, hay que enseñar a hacer las papillas, las sopas, las primeras alimentaciones; hay que saber cuidar las leches, etc., etc.

¿Quién debe hacer esta divulgación?

Es evidente que debe ser, en primer lugar, el médico y sus ayudantes las enfermeras visitadoras. Ya hablaremos nuevamente con respecto a la ignorancia como factor de despoblación. Recordemos, sólo al pasar, algo que se refiere a nuestra misión en los hogares.

El hogar del pobre es como un árbol en la sierra: sufre todos los vientos. Por su puerta entran las influencias más variadas: la vieja abuela que nunca supo u olvidó cómo se criaban los pequeños, pero que recuerda un arsenal de oraciones para cada caso de apremio: que corta un empacho, mide una paletilla caída o señala una erisipela: la vecina comadre de la que las “mentas” dicen que cura mejor que el “dotor” y que no hay como ella para un hueso “quebrao” o arreglar una “sacadura” y el curandero, perseguido *porque sabe más que el médico*, pero que

entiende de “mal de ojo”, de maleficios y el uso de las hierbas medicinales y yuyos salvajes.

He ahí las mentalidades más cercanas a las de los habitantes del rancho.

El médico, así lo ven y así es a menudo, es un ser que viene, rezonga, se lava las manos, receta y se va. A veces saluda y alguna vez sonríe, pero siempre está apurado, como si detrás de él las furias montadas en escobas persiguieran su auto veloz.

Estoy seguro que si un médico dispusiera de diez minutos para cada enfermo que ve, además del tiempo para revisarlo y hacer el diagnóstico, qué digo diez, cinco solamente, *se acabarían los curanderos y las comadres*. Me fundo en la vida diaria, en la observación de todos los momentos. ¡Con qué avidez oyen estas madres cuando el médico se franquea! ¡Cómo agradecen ese instante de intercambio de ideas! ¡Pero si las pobres no sabían que el médico era capaz de hablar!

Hay que matar con iguales armas. Y si como se ha dicho, el arma del médico es la receta, hay que abolirla para usar un procedimiento semejante al del curandero, que mata con consejos.

Y en la vida del médico de niños, siguiendo la enseñanza de los maestros, que son guías en la marcha de la ciencia, la menor cantidad posible de remedios es el ideal.

El curandero da emplastos, demos nosotros cataplasmas, baños, compresas que dominen la fiebre sin recurrir a los tóxicos antitérmicos; el curandero da lavativas de tal o cual yuyo; enseñemos nosotros a dar enemas de agua fresca; y mientras el curandero dice palabras mágicas, ocupémonos nosotros de explicar a las madres las causas del mal, a fin de defenderlo contra su repetición y aleccionarlas para que puedan salvar a los otros de los males que abundan.

Interrogemos, inquiramos. La averiguación de cualquier detalle importante, que hecha aisladamente es incómoda, no se nota a lo largo de una conversación confidencial. El tono de ésta no debe ser el de un dómine severo, sino el de un hombre que necesita saber, para orientarse y proceder después.

Así estamos seguros que la ciencia se abrirá paso en la mente popular. Pero, ¿es eso fácil? Veremos una vía que lo es más.

Hacer que el médico confraternice con el habitante de la casilla y el rancho es difícil; más que eso, imposible.

Médico del servicio público, la paga es irrisoria y le impide disponer de un tiempo que necesita para cubrir su presupuesto; médico de sociedad, todavía peor, pues se siente agobiado por el mismo trabajo no remunerado que se le exige; médico de barrio no va a perder el tiempo que es corto para la clientela que paga. Irá, sí, si es humanitario, pero a regañadientes, contando los segundos, sin ganas de extenderse en disquisiciones y consejos.

En las Gotas de Leche y Policlínicas el problema de la gran clientela obliga al mutismo del médico. Apenas si hay tiempo para ver unos oídos, mirar una garganta, auscultar pulmones y corazón y palpar un vientre; hacer un diagnóstico y recetar. Y eso, con premura, en tal forma que obliga a pensar en la necesidad de hacerlas permanentes o por lo menos abiertas durante seis u ocho horas por día.

Pero, ¿basta eso?

No y mil veces no. La instrucción no puede darse entre enfermos. Es necesaria una clínica de salud, en donde vaya la madre a oír consejos del médico y de donde partan las enfermeras visitadoras que deban completar prácticamente las enseñanzas del facultativo.

Una cuidadosa división de la ciudad y sus contornos permitirá hacer para cada zona una división sanitaria con enfermeras rentadas y honorarias que obedezcan las instrucciones del médico.

No hará falta hacer una verdadera especialización de estas enfermeras. Bastará dejarlas de acuerdo con sus tendencias y situación; señoras que vigilaran las mujeres embarazadas, de puericultura, que se ocuparan de los pequeños; contra la tuberculosis, que despistaran esta clase de enfermos y los orientaran hacia sanatorios y hospitales por un constante trabajo de persuasión; escolares que se ocuparan de los niños que asisten a los cursos, etc.

Habrás así para cada zona diez o doce enfermeras dirigidas por una superiora, que contraloreará sus acciones y que informará al médico en cada caso.

Hoy hay, más o menos, todo eso que yo planeo. Pero está todo diversificado, desorientado. Actividades que se pierden, que se esfuman, que no son eficientes. Falta la dirección, centralización que será la base de un servicio ideal.

Y si eso pasa en la capital, ¿qué se puede decir de la campaña?

Allí no hay nada, absolutamente nada. No son sólo las madres de los rancheríos las que nada saben, son casi todas las habitantes de los pueblos y villas las que todo ignoran.

Las caravanas de salud deben partir de los centros hasta las fronteras del país, predicando la verdad y poniéndola en práctica ante los ojos ávidos de quienes desean aprender.

El día en que la instrucción se abra camino y llegue hasta el rancho más escondido, la mortalidad se abatirá y las cifras pavorosas del momento actual serán sustituidas por otras que hablarán al mundo de nuestro grado de civilización y adelanto.

Abro una revista de actualidades médicas de América del Norte y me encuentro con que iniciativas mías han llegado hasta allá, o, mejor, que mis iniciativas no cristalizadas todavía en el Uruguay, habían coincidido con las del Director de Salubridad de Nueva York y fueron llevadas a feliz realización en aquella ciudad.

Pero no quitemos el valor de la descripción que fue hecha por el doctor Schuly W. Wynne, Director de Salubridad de la inmensa urbe del Norte. Dice:

“¿No es nada más que eso?,” dijo el niño encogiendo los hombros con desdén. ¡Vaya! “¿No es menester ser valiente para tan poco”. Su madre sonreía. Con aire de conquistador bajaba del “Camión de Salud” el niño que acababa de recibir el primer tratamiento de anatoxinas contra la difteria. Esta actitud tranquilizó a las madres y a los niños que rodeaban la escalera del auto-camión de la “Clínica rodante”.

Ocurría esto a las diez de la mañana de un día de Julio, poco después de que los “Camiones de Salud” hubieran aparecido por primera

vez por las calles de Nueva York. Hacia el medio día en este vehículo doscientos cuarenta niños habían recibido la primera inyección inmunizante.

Cuando, el 9 de Septiembre, los seis “Camiones de Salud” habían declarado cumplida la misión que les encomendara, de proteger contra la difteria a los pobres de la ciudad de Nueva York y adyacencias durante el verano, “diez y siete mil niños” quedaban definitivamente inmunizados contra el terrible mal.

He ahí la obra admirable de esa cruzada a favor de la salud del pueblo. No basta crear el Dispensario fijo, hay que ir a buscar al pueblo en sus barrios y convencerlo. He ahí mis ideas que pasan...”

Dice, a ese respecto el director de Salubridad de Nueva York:

“Estamos muy complacidos de los espléndidos resultados obtenidos por este nuevo método de aumentar el número de inmunizaciones diftericas en nuestra ciudad. Estas clínicas ambulantes, las primeras empleadas por la ciudad de Nueva York, llevaron la protección difterica a los niños cuyos padres no tenían medios con que pagar un médico particular o una vacación veraniega”.

He ahí el resultado de las campañas profilácticas, de divulgación y de realización en la gran República del Norte.

Una vez que las madres se aleccionaran junto a las empresas visitadoras, una gran confianza les haría entregar sus pequeños a los manejos de la ciencia y no habría que enloquecerse para detener la marcha de las epidemias, porque el uso de los sueros preventivos y la aplicación de las medidas profilácticas servirían de barrera a los terribles males.

Agrega el Dr. Morquio: g) La falta de asistencia médica. Es ésta una cuestión que no comprendo cómo no se ha corregido todavía. El médico del servicio de la Asistencia Pública de las Gotas de Leche debe ser doblado de otros especialistas que puedan concurrir a los domicilios. Cada día aparecen en mi policlínica sarampionosos en plena erupción, bronco-pneumonias en el período inicial, y cuando se interroga a las madres por qué han llegado con el enfermo en tal estado afirman: “el médico no hubiera ido a mi casa”. Aquí también, y como una colaboración activa a la labor del médico, se hace necesario el cuerpo de enfermeras visitadoras. Ellas despistarían los pequeños males y advertirían de los verdaderos

peligros en los primeros casos, ahorrando al facultativo visitas inútiles; en el segundo reclamándolo con la urgencia necesaria.

h) La heredo-sífilis es una causa de mortalidad, dice el Dr. Morquio. Es verdad, aunque por suerte muy atenuada.

Cada día que pasa, el mal específico es menos grave en nuestro medio. Ya no se ven en las policlínicas de niños, o sólo rara vez, esos pobres chicos que traen la herencia florida del mal. Ya no se ven niños llenos de pápulas, de grietas, de costras que venían en un estado tal que era imposible sacarlos a flote ni aún empleando los más enérgicos tratamientos.

Hoy, ligeros corrimientos nasales, alguna pápula en la planta de los pies y bazo grande no bastan para hacer pensar en la herencia, y el Wassermann nos da la confirmación o rectifica nuestro diagnóstico. Y ni aún siquiera eso. A menudo, el solo estado de enflaquecimiento permanente y cuyas causas no hallamos en exámenes repetidos nos obliga a buscar “a la gran simuladora” que está en juego, falsificando una nueva dolencia.

Es claro que estos casos de herencia sifilítica no podemos atribuirlos a la miseria, ya que una sabia ley permite al pobre ser tratado con igual diligencia y eficacia que un poderoso si concurre a un dispensario.

¿Por qué razón existen? Por ignorancia, por pereza, por espíritu criminal.

La nurse prevendría el mal instruyendo a los padres y enseñándoles la ruta de las policlínicas y dispensarios.

i) El alcoholismo de los padres es también causa de muerte de los niños.

La tara brutal que revela hasta dónde llega la estupidez humana y que se transmite a los hijos, a los nietos y hasta la quinta generación, es la del alcoholismo. Vicio suicida, no se conforma con acabar con quien lo goza – sino que deja el relicario de sus males en esos seres de miseria – que vienen a sufrir una vida que no han gozado, que vienen a pagar culpas ajenas, que vienen a ser sujetos de escarnio, de bochorno, pobladores de hospicio, carne de estudio en las blancas mesas de disección.

Por eso es que no podemos dejar pasar con indiferencia tan grave problema; un caso de cólera, fiebre amarilla o peste bubónica, nos haría reclamar severas medidas represivas, una epizootia en nuestros ganados, una peste en nuestros frutales obligaría a nuestro Parlamento a sancionar leyes de urgencia, y un mal de la gravedad del que tratamos no nos puede dejar inmutables, conocidos como son sus estragos presentes y futuros.

Veo, en cambio, con dolor, que un gran grupo de leyes de represión que me son queridas, porque en muchas de ellas he tenido intervención de padre, van abandonándose hasta hacer peligrar su estabilidad. Falta el contralor, la legislación se burla y ya hay quien cree que debe abolirse lo hecho en un paso atrás hacia lo increíble. ¡Como si no fuera posible perfeccionar lo existente, defectuoso como todo comienzo, sin abandonar la idea genitora, que era la de proteger el porvenir contra el vicio alcohólico!

j) La tuberculosis es otra causa de mortalidad infantil. Antes, yo afirmé a menudo que ese flagelo no era frecuente en nuestro medio. Entonces ejercía la profesión en una esfera social superior en que la vida no tenía las dificultades de la gente de trabajo, de los sujetos que viven al día. Hoy, las cosas han cambiado para mí, bruscamente.

Día a día, en aquella policlínica de la Cruz Roja que atiendo en La Unión, a seis kilómetros del macizo de la gran ciudad, veo pasar la caravana de los enfermos. Pobres pequeños que no llegan ni al año de vida y ya tienen en sus minúsculos pulmones cavernas llenas de bacilos de Koch. Y no son hechos aislados. Días hay que uno tras otro, hasta siete enfermos, he hallado contaminados.

Es cierto que desde que poseemos los dos grandes recursos de la cutireacción con la tuberculina y los rayos X, el diagnóstico de la tuberculosis se ha facilitado extraordinariamente y descubrimos enfermos donde antes creíamos fueran sujetos sanos.

Ahora comprendemos esos enflaquecimientos rápidos de los pequeños, esas anemias incurables, esas toses pertinaces, esas tristezas desoladoras, esos caracteres irritables o esquivos, que antes no sabíamos explicarnos.

El mal enclaustrado en un ganglio o en un paquete ganglionar envía a todo el organismo sus toxinas que van consumiendo las fuerzas vitales, minando las fuentes del vigor. Cierto es que muchos resisten al primer ataque y en su ser se van constituyendo defensas que pueden ser capaces de detener el avance del mal; cierto es que no van a morir de la terrible peste blanca el 97 por 100 de los adolescentes, que tal es el número de los contaminados juzgando por los datos de las autopsias de los que fallecen por cualquier causa antes de los quince años, pero no es menos verdad que en treinta años que se ha entablado la lucha anti-tuberculosa poco o nada se ha ganado todavía. Por todos lados hay focos de infección, la vieja tosedora, que ha dado en decirse asmática y que expectora en las cuatro direcciones sobre el piso de tierra desmenuzable del rancho, puede ser una tísica que va sembrando bacilus; el viejo que tiene un *resfriado pasmado* y que no sabe cuándo se va a morir porque así va tirando hace muchos años, es un tísico sembrador de microbios; el joven paliducho, que tose y tiene fiebre de tarde, y suda de noche, que le dijeron que no podía trabajar porque estaba demasiado débil, es un tísico sembrador de bacilus.

Por todas partes, en las calles, en los caminos, en las salas de teatro y cine, millones de bacilus se pasean en ancas de los polvos que se sostienen en el aire o en las partículas de saliva expectoradas y van entrando al interior de los pulmones para ir a crear el foco inicial del mal, el chancro tuberculoso en el alvéolo pulmonar, y el niño, que es, en realidad, una esponja, acapara todos esos bacilos y les hace cómodo asilo en su organismo que pronto siente los efectos del fúnebre huésped. Los pequeños que se enferman antes del año, no se salvan; los de más edad, algunos se defienden y otros fenecen; algunos llegan hasta la pubertad para, aprovechando de la menor resistencia del organismo que crece, ser fácil presa del terrible mal.

Hacer conocer estas verdades, llegar con ellas hasta los lugares más recónditos es otra misión de la enfermera visitadora, que en su recorrida por los hogares sabrá despistar los focos del contagio para denunciarlos y tomar en ellos providencia a fin de no permitir su diseminación.

k) Las condiciones sanitarias locales son causa de la muerte de niños, dice el Dr. Morquio. Es tan verdad, que para mí es un factor decisivo; la vivienda de campaña, el rancho, la vivienda suburbana, la casilla, adolecen de defectos capitalísimos.

- a) Piso de tierra.
- b) Falta de agua.
- c) Falta de luz (natural y artificial).
- d) Falta de gabinetes higiénicos.
- e) Falta de espacio.
- f) Falta de aislación con el medio ambiente (defensa del frío y del calor).

Con la carencia de todos estos medios higiénicos primordiales, básicos, es imposible la vida, y si es así para los seres que tienen condiciones de resistencia, lo es con mayor razón para el niño, el pequeño animal peor dotado en la resistencia frente a la muerte.

l) Por fin, llega el maestro Morquio a las dos causas preponderantes de la mortalidad infantil: la ignorancia y la miseria, y dice a su respecto:

Por encima de las causas enunciadas y condicionando los estados patológicos particularmente adquiridos, dominan estas dos causas de orden social, que vamos a analizar rápidamente.

La ignorancia

Siempre se ha reconocido que la ignorancia es un gran factor de mortalidad infantil; la ignorancia desde el punto de vista general, y la ignorancia desde el punto de vista especial, es decir, de los cuidados referentes al niño.

Desde luego, hay que decir que en nuestra campaña, no obstante los progresos alcanzados materialmente – lo que se nota de una manera progresiva, - no obstante el desarrollo de nuestra enseñanza primaria, cuya difusión se intensifica diariamente bajo el régimen de la ley que la declara obligatoria y gratuita, el número de analfabetos es todavía considerable, puesto que alcanza más o menos la cifra de 50 por 100.

Esto varía, naturalmente, según las localidades, particularmente teniendo en cuenta la división en urbana, suburbana y rural. Las distancias son grandes, los medios de comunicación a veces difíciles, las necesidades del trabajo, la indiferencia de los padres, etc., determinan

que los niños no vayan a la escuela, dedicados precozmente a las tareas del campo.

Si existe este defecto en la instrucción elemental, es fácil comprender que todo perfeccionamiento, como el que comprende la Puericultura, debe ser nulo o poco menos. Resulta entonces, que los cuidados del niño quedan librados al azar y a las contingencias naturales, más o menos favorables, que puedan rodear su existencia; gracias que el instinto de conservación hace que las madres, de una manera muy general, críen a sus hijos más o menos tiempo, parcial o totalmente, y siempre que esa misma ignorancia no sea explotada o mal dirigida, perturbando aquella función natural que es el factor de defensa más importante que tiene siempre el niño, particularmente cuando vive en esas condiciones.

Se comprende cómo el hecho representa un valor real y efectivo, cuando aquí, en la Capital, encontramos a cada paso, en los distintos medios sociales, situaciones peligrosas o graves en los niños, como efecto de ignorancia.

Una de las consecuencias que tiene la ignorancia de las madres en las prácticas del cuidado del niño, aparte de todas las condiciones defectuosas que rodean el nacimiento y las primeras atenciones, son los prejuicios más absurdos y la intervención de personas de la familia o extrañas, ya sea porque hacen valer su experiencia de haber tenido muchos hijos, o porque practican el curanderismo, ejercitando una medicina a base de prácticas las más disparatadas, pero con tan grande influencia y tan gran prestigio en esos medios, que los médicos no pueden vencerlas y que hasta son mirados con hostilidad y prevención cuando quieren combatirla.

El curanderismo y el curanderismo grosero, es una plaga que pesa sobre la salud y la vida de nuestras poblaciones rurales, explotando la ignorancia de las madres con prejuicios y consejos nocivos y utilizando medios de curación reñidos con los más elementales principios de las verdaderas necesidades del niño enfermo.

La miseria

No hay nada que tenga una relación más directa sobre la mortalidad infantil que las condiciones económicas de la familia.

Con sólo detenernos a pensar un instante, surge de la experiencia esta enseñanza elocuente: *rara vez se muere un niño en los medios acomodados; la gran mayoría de los niños que se mueren, son hijos de pobres*. Y dentro de este principio y de estos extremos se puede hacer una escala de graduaciones que marque toda la importancia que tiene este factor en la mortalidad infantil.

La miseria, es, pues, el factor dirigente de la mortalidad infantil; de ella dependen en gran parte, la ilegitimidad, el niño abandonado, el embarazo agitado, el parto realizado en malas condiciones, la ausencia de los cuidados debidos en el recién nacido, la ignorancia, etcétera, todas esas causas que hemos analizado y que intervienen particularmente.

Las condiciones en que viven nuestras poblaciones del interior, fuera de los centros de población, de las estancias y de ciertas localidades que se señalan por su espíritu de cultura y de progreso, dejan en general mucho que desear, cuando no se trata de situaciones deplorables.

Nos referimos a esa población que vive particularmente en ranchos, tan comunes en las regiones suburbanas y rurales, donde adolecen de las más elementales reglas de higiene. Menos mal cuando se trata de gente trabajadora, pero sucede que con frecuencia, existe el vicio, el juego, la haraganería en los hombres, todo lo cual impide aportar el recurso debido para subvenir a las necesidades de la familia. Como consecuencia: la madre obligada a trabajar hasta el último momento del embarazo; el parto realizado en malas condiciones; el recién nacido mal atendido; la alimentación artificial precoz con todos sus defectos y consecuencias, etc.

He ahí, pues, las causas de la mortalidad infantil en nuestro medio.

La solución del problema es ardua y merecerá un largo batir contra todos los reductos que se oponen a la realización del vasto plan que es necesario ejecutar.

Pero no nos extendamos sobre esto y sólo analicemos cuál debe ser, concretada, la misión de la enfermera visitadora. Para ello pasemos revista a la sucesión de hechos que llevan al niño a la mayoría de edad.

Es singular que desde hace largo tiempo, botánicos y criadores se hayan apresurado en fijar las reglas de la selección de las semillas o las cruzas más favorables; mientras que por un viejo pudor estúpido, una indiferencia culpable o un egoísmo grosero, los humanos no consideran en la unión procreadora más que la satisfacción inconsciente de un instinto.

Es evidente que hay grandes dificultades para impedir las uniones entre los seres que se aman y en los que es difícil hacer comprender impedimentos para su vida de futuro; pero, ésa debe ser una de las misiones del médico familiar, ardua misión que debe ser comprendida y aceptada con resignación. Pero, mucho menos difícil si su acción de hombre de consejo se ha iniciado con antelación. Para eso, el médico debe aprovechar toda ocasión para hacer penetrar en el espíritu de sus jóvenes clientes nociones fundamentales de eugénica. Y todo eso antes de que los intereses materiales aparezcan, o, lo que es peor todavía, antes de que el instinto haga borrar los defectos e imperfecciones para transformar a cada uno de los seres que se adoran, en perfectos.

La enfermera visitadora – ser que debe granjearse la confianza en el hogar – debe sustituir al médico en esa misión, en la mayoría de los casos. Cuando sea ella, el consejo vivo, siempre presente, se esperará su visita para consultarla, para seguir sus orientaciones, los que pueden llegar hasta la exigencia del examen médico pre-nupcial. Y no sólo entonces, una vez constituido el matrimonio, que la enfermera deberá aconsejar insistentemente, mostrando los perjuicios fuertes y persistentes que aún producen las uniones no sancionadas por la ley, todavía no ha terminado su misión. A ella le toca aconsejar a fin de que la procreación no sea el producto del azar, de que se elija el momento de la plenitud del vigor y no los instantes en que el decaimiento, la fatiga o la enfermedad, debilitan las fuerzas orgánicas de los cónyuges.

Pero no es ése el fin único de su presencia en el hogar recién constituido. Ella no debe abandonar ni un instante a la pareja durante el período prenatal.

Mientras debe combatir las enfermedades que se puedan transmitir al pequeño en formación, debe pedir la ayuda del médico o de la obstétrica para vigilar su formación y preparar la posición útil y la vía expedita para el nacimiento.

Y ya cerca el instante difícil y sublime de la maternidad, es la enfermera visitadora la que, guiada por el nivel concepto de la solidaridad humana y no por la ancestral caridad cristiana, debe preparar la cuna del pequeño, buscando el concurso de todos: de las sociedades de beneficencia, de las personas pudientes, de los institutos públicos o privados, de cualquier parte, el medio de que la madre vea tranquila, material y moralmente el momento sublime de llegar a serlo. Cada siete o quince días la enfermera debe llegar hasta el hogar de la embarazada como una emanación de salud y de esperanza y cada visita deberá tener su plan preconcebido.

Unas veces deberá hablarse sobre higiene corporal, otras sobre alimentación, otras sobre higiene del hogar, otras sobre la manera de salvar a la futura madre, en fin, se irán considerando uno a uno todos los puntos capitales, para ganar la confianza de la enferma y asegurar su tranquilidad en el difícil momento.

La enfermera deberá ir extendiendo su acción a todos los niños de la casa y a todas las madres de la vecindad. Y tendrá en éstas el guía seguro de sus pasos.

No debe olvidarse que existe una estrecha relación entre los ciclos de la vida del pequeño. Vida fácil intrauterina, feto sano y fuerte; nacimiento fácil, feto sin deformaciones; lactante bien nutrido, niño bien criado; niño sano, escolar en pleno desarrollo.

La inteligencia y perspicacia de las nurses hará el resto, máxime si ellas tienen bien presente que la salvación del niño está fundada en la educación de los padres.

83 por ciento de los niños que mueren en la primera semana de vida fenecen por causas existentes antes del nacimiento o accidentes subvenidos en el momento del parto. Por eso, todo programa relativo a mortalidad infantil deberá comprender la protección del niño en formación.

Y no es sólo la cuestión de la muerte, sino también las lesiones que quedan y que hacen del pequeño un tarado, una verdadera carga social, un desperdicio que inspira lástima y es fuente de desdichas y tristezas familiares.

A fin de defenderse de tanto mal, se hace necesario:

- 1°. La visita de las enfermeras al hogar de la embarazada.
- 2°. Las conversaciones de la futura madre con la enfermera.
- 3°. La entrevista de la madre con el médico o la partera.
- 4°. Cursos dados en los centros de salud para las futuras madres.

Obvio es hacer conocer las ventajas de esta organización que ha dado tan buenos resultados en Estados Unidos. En esas visitas las enfermeras podrán hablar sobre:

Probable fecha del parto y cosas que es necesario preparar. Régimen de vida y alimentación. Vestidos. Sueño reposo. Ejercicios, peligros de levantar pesos y hacer esfuerzos. Necesidad de evitar disgustos. Funciones intestinales, cuidados de la piel, de las mamas, de los dientes. Disposiciones del cuarto, objetos necesarios y “trousseau” del futuro bebé.

La presencia de alguno de los síntomas que van a continuación llamará su atención y provocará la visita al consultorio médico: Vómitos graves o persistentes, cefalalgia rebelde. Vértigos. Hinchazones de la cara, manos, tobillos. Visión turbia o manchas que aparecen en el campo visual. Dolores neurálgicos, sacudidas musculares. Pequeñas hemorragias. Tendencias a abortar. Síntomas nerviosos anormales.

Una vez nacido el bebe, las mismas visitadoras u otras, deberán aleccionar a las madres en visitas frecuentes, sobre los siguientes puntos: Toilete diaria; el baño, material a emplearse y su práctica cotidiana. Vestido del pequeño; cómo se muda; el cuarto del bebe; el mobiliario; la limpieza; la aireación; la cama; sus condiciones y su uso. El sueño. Las causas del insomnio. Peso; periodicidad de las pesadas. La balanza; su práctica. Las salidas del bebe. Alimentación maternal. Cómo salvar los obstáculos de parte de la madre o del niño. La periodicidad de las comidas y las cantidades de leche según la edad. La higiene de la madre nodriza; sus reglas de vida. La alimentación por las amas. Sus perjuicios. La alimentación mixta; el destete; la comida hasta los dos

años. La dentición; los perjuicios a su respecto. La marcha; la palabra; la elección de juegos y juguetes. La previsión contra las enfermedades. Qué signos y síntomas conviene conocer. Cómo defenderse de las enfermedades infecciosas. Las precauciones que deben tomarse, las vacunas, etc., etc.

Pero nada vale la lección si no se ha conseguido un profundo afecto por parte de la madre visitada y la seguridad de que su obra no sustituye a la del médico, sino que la complementa obedeciendo sus sabias órdenes.

San Vicente de Paul, quien fue el primero que comprendió en 1630 la necesidad de estos institutos, dijo: “Debéis obrar con respeto y obediendo al médico; guardándoos bien, hijas mías, de dudar de sus órdenes, que debéis cumplir con exactitud, sin jamás permitir os hacer las medicaciones según vuestra manera de ver. Respetad a los señores Médicos porque ellos están por encima de vosotras, hijas mías, y son más ilustrados y sapientes. Vosotras, con el pretexto de que os tratan con familiaridad, que os hablan con llaneza y libremente, os atrevéis a hacer cosas que revelan una falta del respeto que les debéis. Demostráis entonces vuestra ignorancia que os impide conocer métodos diferentes que ellos conocen para tratar enfermedades que parecen ser las mismas”.

“Os conviene, en verdad, retener la manera que ellos emplean para curar, a fin de que cuando estéis en los poblados o en la campaña donde no haya médico podáis remedarlos haciendo el menor mal posible”.

He ahí los consejos de San Vicente de Paul que aquí son frescos después de cuatro siglos.

Me quedan aún por traducir sus sabias palabras al crear “las Hijas de la Caridad”. Dijo entonces:

“Tendrán por monasterio la casa de los enfermos; por celda el cuarto del que padece; por claustro las calles de la ciudad y las salas de los hospitales; por regla, la obediencia al médico, y por velo la más santa modestia”.

He ahí, en la actualidad, cuáles deben ser las normas de nuestras enfermeras visitadoras.

1º. Ser lo suficientemente instruidas para no inducir a error y saber corregir lo funesto que el prejuicio mantiene en el seno de los hogares.

2°. Saber cumplir su triple misión. 1°. prevenir la enfermedad; 2°. cultivar la salud hasta hacerla próspera; 3°. cuidar al enfermo y rodearlo de ciencia y afecto.

3°. La observación de los principios del respeto al médico, y de respeto mutuo entre ellas, fuente de su aceptación en cualquier ambiente y de la seguridad de su fácil cometido.

4°. La colaboración entre el servicio que ellas practican, sean públicos o privados con los de los organismos de higiene o institutos de profilaxia que funciona en el ambiente.

Este principio obliga además al espíritu de compañerismo y solidaridad entre las enfermeras que actúan en el mismo medio. La acción conjunta es la verdaderamente útil y la que reside en los más amplios beneficios sociales.

5°. La enfermera visitadora no debe hacer sentir sobre la familia que visita ninguna influencia patriótica o religiosa. Ella está por encima de ciencias y de fronteras. Su obra es de igualdad y de fraternidad y en ella no debe influir más que el gran espíritu benefactor de la humanidad.

6°. El móvil interés no puede pesar en las acciones de una visitadora. Es claro que los pudientes deben retribuir los servicios que ella les presta, pero la carencia de recursos no puede ser óbice a la intensidad de su sacerdocio.

7°. Conviene que las instituciones de enfermeras conserven un fichero con anotaciones cuidadosas, que hagan el mapa clínico de cada habitante del país.

Estas máximas deben ser exactamente iguales para las enfermeras al servicio de los institutos públicos [y] privados.

Se ha dado en decir que la enfermera visitadora rentada cumple sus funciones en forma muy superior a las honorarias. Yo creo que así puede ser, ya que a aquellas se les puede exigir lo que a éstas no se les puede más que pedir. Pero las acciones pueden complementarse y nada es despreciable en esta campaña pro salud del niño, en que toda ayuda es valiosa. Una buena organización permitiría hacer rendir al esfuerzo premiado el máximum de eficiencia, y lo que él no diera sería llevado a realización por las enfermeras de los servicios públicos.

Pero, llegamos a puntos alejados de nuestro cometido.

La lucha contra la mortalidad infantil no puede ser llevada a un feliz resultado que baje la cifra de 12 por ciento antes de los 2 años, a cuatro, como es en otros países, sin la ayuda inmediata de las enfermeras visitadoras.

A ese fin hay que organizar todos esos esfuerzos, y es dable esperar que este novel Instituto de Pediatría y Puericultura, dirigido por la profunda ciencia y experiencia del maestro Morquio, nos permita asegurar en un porvenir no lejano la creación del cuerpo de visitadoras sociales que contribuya a abatir las negras cifras, deparando para nuestro Uruguay un porvenir auspicioso y grande, como país fuerte y próspero entre las naciones más grandes del continente.

* * *

Un autor que realizó un estudio de las hipotéticas vinculaciones entre el fútbol y el Poder en la primera mitad del siglo XX uruguayo, da la siguiente descripción, bastante pintoresca, sobre algunos hechos poco conocidos, fuera de la interpretación que el mismo plasma en un largo artículo:

LOS ORÍGENES DEL CLUB NACIONAL DE FOOTBALL, LA VIRUELA Y DOS MÉDICOS

A fines del siglo XIX, Uruguay tenía 930.000 habitantes. Montevideo, casi 290.000. Cerca de la mitad de la población es extranjera. En 1899, el presidente del país era Juan Lindolfo Cuestas...

El 14 de mayo de 1899 en la casa del Dr. Ernesto Caprario, al lado del hoy Teatro Verdi, socios, jugadores y dirigentes de los clubes Uruguay Athletic Club, con sede en La Unión, y Montevideo Football Club los fusionan para crear el Club Nacional de Football, primer equipo criollo de América Latina.

Se reconoce en el nombre elegido y en los colores de la bandera de Artigas: camisa roja del poncho patrio, con cuello, bocamanga y

cartera azules. Para la bandera se mantienen los colores y el diseño de la enseña tricolor del prócer.

Su primera cancha fue en Punta de las Carretas donde disputó el primer partido amistoso el 18 de junio de 1899 contra el Internacional.

En 1900 se crea The Uruguay Association Football League y Nacional recibe en usufructo el Gran Parque Central.

En 1901, la League acepta la incorporación de Nacional para disputar la Primera Copa Uruguay cuando el club es invitado a integrarse a la liga Argentina. Se dispó transitoriamente la hostilidad hacia Nacional.

Los fundadores del club jamás pudieron imaginar la grandeza creciente de la institución fraguada a lo largo del siguiente siglo. Las simpatías populares se intensificaron desde el nacimiento de Nacional en cuna de pobreza franciscana porque estuvo identificado con la nacionalidad de un pueblo en gestación: rebelde y revoltoso, libertario y peleador, criollo y orgulloso.

En el primer torneo oficial de 1901, Nacional es vice-campeón. Los hermanos Céspedes se incorporan al club. En marzo de 1902 el equipo cambia su casaca por la blanca, con el bolsillo sobre el corazón cubierto por un escudo tricolor, porque la roja se desteñía. Ese mismo año es campeón uruguayo invicto. En 1903, otra vez campeón.

Las selecciones de Argentina y Uruguay se enfrentan por primera vez el 20 de julio de 1902. Uruguay, con 8 jugadores de Nacional y 3 del Albion, pierde por 6 a 0. El C.U.R.C.C. (Central Uruguay Railway Cricket Club), de Villa Peñarol de los ingleses del ferrocarril, da la espalda a la selección. La revancha se fija para el 13 de septiembre de 1903, en Buenos Aires. Nacional afronta el compromiso en lugar de la selección y gana 3 a 2. Nacional es Uruguay, Nacional es la Asociación, Nacional es la dignidad del país y de su gente. El mandato histórico de José Artigas ya ha empezado a cumplirse desde los albores de la Institución.

En 1904 comienza la última guerra civil. Se suspende el campeonato. La final del Campeonato de 1903 se fija para el 28 de julio de 1904, impuesta por los ingleses del CURCC. El equipo de Nacional está

desmantelado, pero se completa a la hora del partido y gana 3 a 2. Es por segunda vez campeón invicto.

En 1905 la viruela se lleva a Carlos y Bolívar Céspedes y surge el origen mítico de Nacional: el club de los Céspedes.

Nacional, debilitado, pero con savia nueva, se fortalece desde 1912 con un conductor emblemático, José María Delgado, presidente de Nacional a los 27 años.

A partir de 1915, Nacional sólo acumula títulos. En sus filas, Héctor Scarone, el mejor jugador del mundo, reina por más de 15 años. En 1917 Nacional conquista la primera Copa Uruguay en propiedad.

A fines de 1922, Central y Peñarol desobedecen el mandato de la Liga sobre torneos internacionales. Desde el 14 de noviembre de 1922 al 9 de octubre de 1925, Peñarol integra la Federación separatista, que no tiene afiliación legal.

Pese al cisma, el seleccionado de la Asociación es campeón sudamericano de 1923. Atilio Narancio, delegado de Nacional, había prometido que si eran campeones concurrirían a las Olimpiadas de París. Uruguay no tenía afiliación olímpica y la Asociación no tenía fondos. Narancio hipoteca su casa. Numa Pesquera, Presidente de Nacional desde 1923, firma un cheque en blanco. Nacional aporta 6 jugadores: Andrés Mazzali, Santos Urdinarán, Alfredo Zibechi, Héctor Scarone, Ángel Romano y Pascual Somma. Otros pasarían después a Nacional: Pedro Petrone, José Nazzasi, José Leandro Andrade y Pedro Cea.

La selección empieza una gira por España el 10 de abril de 1924. Gana los 9 partidos que disputa. El 9 de junio triunfa en París en la final de las Olimpiadas ante Suiza por 3 a 0. La CSF (Confederación Sudamericana de Fútbol), en 1941, fija el 9 de junio como el "Día del Fútbol Sudamericano". Los uruguayos recorren las cuatro tribunas del Estadio de París para saludar al público. Se inventa la vuelta olímpica.

El Uruguay de la Asociación y de Nacional gana el Sudamericano de 1924. Nacional es campeón ese año. Ahora hay 4 olímpicos en su delantera: Urdinarán, Scarone, Petrone y Romano. El mejor fútbol del mundo se expone en Nacional. La hostilidad hacia el club desde su nacimiento criollo se alimenta permanentemente: ahora, Nacional es campeón de todo en el país campeón mundial.

En 1925, el “laudo Serrato” termina con la escisión. En 1925 y 1926 no hay campeonatos uruguayos.

Durante 153 días de 1925 -de marzo a agosto- Nacional está en gira por Europa: 23 ciudades de Francia, Italia, España, Holanda, Checoslovaquia, Bélgica, Suiza, Austria y Portugal aplauden a la escuela uruguaya de fútbol. 38 partidos jugados, 26 ganados, 7 empatados, 5 perdidos. 130 goles a favor y 30 en contra. Es felicitado por el gobierno de la República.

En 1927 la gira tricolor es por América del Norte y las Antillas: Estados Unidos, México y Cuba. 22 partidos jugados, 16 ganados, 2 empatados y 1 perdido. No se definieron 3 encuentros. 78 goles a favor, 24 en contra.

En 1928, Uruguay es otra vez Campeón Olímpico en Amsterdam. La FIFA no se conforma con asimilar la olimpiada con el campeonato mundial de fútbol. Concreta la iniciativa de dos dirigentes de Nacional, Roberto Espil y José Usera Bermúdez: organiza por primera vez el Campeonato Mundial en 1930, en Uruguay. Uruguay es campeón por tercera vez consecutiva.

En 1932 el fútbol se profesionaliza. En 1933 Nacional forma un equipo de estrellas: “La Máquina Blanca”, antesala del Sudamericano de Lima de 1935, canto del cisne de los campeones olímpicos y mundiales. Los pañuelos al viento ya son el saludo distintivo de la hinchada tricolor.

En 1938 empieza a formarse el equipo que obtendrá el quinquenio de oro como campeón uruguayo cinco de 1939 a 1943. Uruguay es campeón sudamericano en 1942 y campeón mundial en Maracaná en 1950. En ese 1950 Nacional vuelve a ser como en 1924 el campeón en el país campeón mundial. Uruguay vuelve a ser el mejor en los Sudamericanos de 1956 y de 1959. En Guayaquil, en 1959, otra vez campeones con la base de jugadores de Nacional, como en las Olimpiadas de 1924 y en los Sudamericanos de 1923, 1924 y 1926.

La historia de las últimas décadas ha sido más difundida: Nacional es Campeón de la Copa Libertadores de América y Campeón Mundial Inter-clubes en 1971, 1980 y 1988 (Copa Toyota, en Tokio, 1980 y 1988). Es dos veces Campeón de la Copa Interamericana (1972 y 1989)

y Campeón de la Recopa en 1989. Uruguay gana la Copa América en 1967, 1983, 1987 y 1995.

Nacional es la institución deportiva más laureada en el ámbito internacional y 44 veces Campeón del Uruguay. Festejó los 100 años de vida el 14 de mayo de 1999. En la última década, ganó los campeonatos uruguayos de 2000, 2001, 2002, 2005, 2005/2006 y 2008/2009 con una parcialidad que cubre todo el país. En las temporadas 2010/2011 y 2011/2012 sumó dos nuevos éxitos a su brillante palmarés.⁷

LA GENERACIÓN OLÍMPICA Y EL SISTEMA DE PARTIDOS URUGUAYO⁸

La Asociación Uruguaya de Football y el batllismo

El sistema de partidos surgido de las elecciones de 1922, que como vimos fueron las primeras de sufragio universal masculino, sufrió grandes movimientos. Dichos movimientos y la forma de reaccionar ante la nueva coyuntura, así como también los cambios ocurridos en la sociedad de comienzos de siglo que anteriormente habíamos tratado se verán reflejados en el fútbol de los años veinte.

El partido colorado, que sigue estando dominado hasta 1929 por la enorme sombra de influencias de José Batlle y Ordóñez, vive hacia su interna fracturas y escisiones. El batllismo ya no es la única corriente dentro del partido, por el contrario, surgen agrupaciones claramente enfrentadas al líder como ser el riverismo, el vierismo, y el sosismo. La reforma constitucional de 1918, había alentado un profundo debate entre colegialistas y anticolegialistas. Detrás de este debate, encontramos profundas discrepancias también con las reformas económicas y sociales del batllismo. El riverismo, surge de la idea de formar, dentro del partido colorado, el partido colorado General Rivera. Dirigido por Pedro Manini Ríos, se expresaba a través del matutino “La Mañana”. En mayo de 1919, el grupo que se separa es el encabezado por Feliciano Viera, el presidente en ejercicio luego de haberla ejercido Batlle y Ordóñez y que había protagonizado el famoso alto a las reformas

⁷ http://www.nacional.com.uy/mvdcms/ucmovil_21_1.html (Consultada el 19.02.2013)

⁸ MORALES ÁLVAREZ, Andrés: Batllismo y fútbol. *Revista Digital*, Buenos Aires, Año 9, No. 62, Julio de 2003. <http://www.efdeportes.com/> (Consultada el 20.11.2012).

económicas y sociales del batllismo. Por último el sosismo; este grupo es fundamental para entender las relaciones entre el fútbol, la política y la sociedad del período.

Julio María Sosa era un político colorado tremendamente vinculado en un principio a Batlle y Ordóñez; siendo un destacadísimo periodista del diario "El Día" donde llegó en su momento a ser director. Es en esta figura que podemos establecer el triángulo, que se dio aquí y en otras partes del mundo, basado en que el destaque económico, lleva a la figuración en la dirigencia deportiva y por último a la figuración política. Lo cierto es que el batllismo encuentra desde el vamos la importancia de darle vida a personas que arrastraban masas desde su actividad en el fútbol. Julio María Sosa, comienza a destacarse en la dirigencia de Peñarol, justo cuando el club vivía su trascendental paso de ser un centro gremial ligado al ferrocarril inglés, a independizarse totalmente y pasar a ser un club netamente criollo (esto se da a partir de 1913). Llega a la presidencia en 1921; el alejamiento de Sosa del viejo caudillo lleva a que su Peñarol sea expulsado del seno de la Asociación, que pasa a quedar dominada por los batllistas Atilio Narancio y César Batlle Pacheco. El Peñarol de Sosa funda la Federación Uruguaya de Fútbol, pero de alguna manera todo el poder queda en la asociación que tenía el apoyo del Pepe Batlle. Su encumbrada carrera culmina al llegar a formar parte nada menos y nada más que del Consejo Nacional de Administración en 1922 (que en la reformulación de la Constitución de 1918, había establecido un Poder Ejecutivo bicéfalo formado por un Presidente y un Consejo Nacional de Administración). El debate entre colegialistas y anticolegialistas que se dio dentro del seno del propio batllismo (del que él formaba parte) lo tomó acercándose a la segunda posición, y esto lo llevó a enfrentarse duramente con Batlle y Ordóñez. La cosa era clara, o se estaba con el viejo caudillo o no se estaba. Peñarol, bajo la presidencia de Sosa, claramente era una institución que pasaba a estar afuera del área de influencia del batllismo. El hombre de confianza del batllismo en el fútbol pasó a ser el Doctor Atilio Narancio. *"Prominente pediatra y hombre público, identificado desde muy joven con Batlle. Fundador de Nacional, fue activo participante de la célebre asamblea de 1911, que fijara su rumbo democrático contra los cuelludos, decisión donde se advirtió la influencia democratizadora del batllismo."* En el trascendental año de 1922, en que el partido colorado se jugaba su primera elección con sufragio universal masculino, lo que pasara en

la política se vería reflejado en la dirigencia deportiva. Las rupturas dentro del partido se verían reflejadas como un espejo en el fútbol. La Asociación Uruguaya de Football, con el colegialista batllista Narancio y el club Nacional a la cabeza, se separó de la Federación Uruguaya de Football, que quedaba con el proscrito Julio María Sosa y Peñarol a su frente. El apoyo propagandístico de *“El Día”*, el diario por lejos más vendido en el momento fue para la asociación. La fusión sólo se podría lograr, si la figura de este fugado del batllismo se alejara de Peñarol. En este clima como vemos tremendamente enraizado, el candidato lógico del partido a la Presidencia de la República tendría que ser una persona neutral. La figura que descolló y que finalmente fue Presidente electo, fue José Serrato. El 1° de marzo de 1923 Serrato asume la Presidencia frente a un desbordado cabildo. Julio María Sosa pasa a presidir el Consejo Nacional de Administración en el período 1923-1924. (El presidente Serrato será el hombre de unificar nuevamente el fútbol uruguayo, logrando la tan festejada fusión en 1925).

En 1923, Atilio Narancio se transforma en un visionario; promete a la selección celeste que jugaría el sudamericano representando a la Asociación (y no a la federación) que si lo ganaban, toda la delegación iba a viajar a París, a participar en los juegos olímpicos del año siguiente. Si se llegaba a ganar, toda la gloria de la victoria iba a quedar para la fracción batllista del partido colorado. En esta nueva generación de “footballers”, descollaban en la selección y en Nacional (que por supuesto que era la base del seleccionado de la Asociación) algunos jugadores que luego se harían célebres en el medio. *“Entre las caras nuevas, estaba un joven delantero de Bella Vista, José Nasazzi. Como sabía jugar en la zaga, lo incluyeron en esa posición. Su capacidad de mando lo convirtió además en capitán.”* Lo que estaba en juego, además del prestigio político que le traería al batllismo haber sido el único que apoyó la empresa, era la afirmación de un estilo nacional, afirmación que se daría con el enfrentamiento con los países europeos. Los enfrentamientos con Argentina no hacían más que afirmar la existencia de un estilo rioplatense de jugar al football, que básicamente encontraba su alteridad en el estilo británico.

Los VIII Juegos Olímpicos, a desarrollarse en la ciudad de París en 1924 nacían en circunstancias muy particulares. Era el segundo Juego Olímpico de la primera post-guerra. Todavía Europa vivía los ecos de

la Primera Guerra Mundial, los resentimientos nacionales seguían a flor de piel. Alemania por segunda vez no era invitada a los juegos, el COI de esta manera castigaba al considerado país agresor, acerca a las diferentes naciones bajo el símbolo de la bandera de los cinco anillos (bandera nacida precisamente en el Juego Olímpico anterior al de Ámsterdam, la de Amberes de 1920). Había nacido un país gigantesco, la URSS que no había sido invitado y que desarrollaba una política deportiva internacional propia y competitiva del olimpismo de Coubertin que culminaría con la espectacular Espartakiada de 1928 en Moscú. Al estar al margen todo el mundo colonial, el valor deportivo de los negros africanos se desconocía. Más bien, todavía era una competición entre la Europa insular y continental y los EE.UU. Los jóvenes países de América Latina contaban muy poco. El atletismo, el ciclismo, la esgrima, la lucha greco romana, la natación, el remo, etc., eran las grandes y tradicionales competencias de los juegos. Las fáciles victorias de Uruguay en el torneo de fútbol de los juegos olímpicos contra Yugoslavia, EE.UU., Francia, Holanda, y Suiza en la final fueron seguidas durante el desarrollo de los partidos por una verdadera multitud. Ya el fútbol se había transformado en un gran centro de atención durante los juegos olímpicos de Amberes en 1920. Uruguay era visto como un país exótico y desconocido, una joven República de la lejana América del Sur. Las maravillas futbolísticas que hacía Andrade, el jugador negro de la selección celeste deleitaron al frío público parisino e hicieron suspirar a más de una jovencita. El día de la final contra Suiza una enorme expectativa se apoderó de Montevideo. La multitud se aglomeraba frente a la sede de los diarios, ya que estos publicaban carteles narrando el resultado del encuentro. Lo hacían a través de grandes pizarras, escritas con tiza, que simultáneamente transmitían a los transeuntes las noticias del país y del exterior, a través de agencias internacionales. No olvidemos que la prensa escrita era el único medio que generaba una cultura de masas. El peso de la radio todavía era insignificante.

El desborde popular del sábado 7 y del lunes 9 de junio, era algo que nunca se había visto en Montevideo; jamás esta ciudad se había transformado en una fiesta llena de delirio popular nacionalista. Todas las clases sociales por primera vez, con motivo del football, festejaban unidas en torno al himno y la bandera junto al propio Presidente de la República que saludaba alborozado y emocionado en el balcón

de la casa de gobierno y recibía a cambio los saludos de la multitud que festejaba emocionada. Ante esta gigantesca manifestación de gente aglomerada en la Plaza Independencia frente a los símbolos patrios, las reacciones de los diferentes grupos que componían esta sociedad diversa y compleja fueron absolutamente variadas. En la investigación que hemos abordado en los diferentes medios existentes en 1924, lo que aparece es un verdadero debate en aquello de cómo sentir la patria y el nacionalismo. Desde el punto de vista simbólico lo que encontramos son diferentes discursos que reflejan posturas contrapuestas en torno a lo que es la nación. Y lo interesante aquí, es que uno de los discursos, el de la prensa izquierdista, fue absolutamente silenciado por la historia oficial del fútbol uruguayo. Nuestras tradiciones futbolísticas han sido inventadas y reinventadas por la prensa oficial. Hay un pasado de oro, un pasado que nos permita escaparnos por un instante de este presente tan asfixiante. Los recuerdos pueden ser maravillosos o peligrosos. En todo caso, cuando nos llevan a un mundo de ensueños, se parecen a un cuento de hadas, en el que el hada madrina de la victoria vestida de celeste nos hace soñar por un instante en las delicias del triunfo. El problema, es que esos recuerdos, en un momento que clasificar para un mundial es un milagro, sólo sirven para archivarlos en el museo de los muertos ilustres, junto al panteón de los próceres. Esto nos acerca mucho a lo que es el partidismo y el subjetivismo al que está sujeta la observación histórica. Las palabras de Marc Bloch, escritas en la soledad de su prisión en un campo de concentración nazi nos ayudan a entender más el fenómeno. *“El historiador se halla imposibilitado por sí mismo de comprobar los hechos que estudia. [...] Necesariamente nos acercamos a los mismos por otro, que nos mediatiza la relación”*. Justamente, al habernos acercado a observadores directos de estos acontecimientos deportivos, que respondían desde el punto de vista partidario a intereses disímiles, nos muestran lo que la historia oficial oculta.

La cobertura del diario *“El Día”* fue tildada de espectacular para la época. No era para menos, era el equipo respaldado por el batllismo, el equipo de la asociación de Narancio el que estaba representando a Uruguay en el viejo mundo. El diario *“El Día”*, será a su manera el encargado de generar el imaginario del fútbol uruguayo a través de una página deportiva. Fue fundado en 1886 por José Batlle y Ordóñez. Este diario, basándose en la posibilidad de generar una cultura de masas a través de la prensa escrita (ya que empezaban a hacerse sentir los efec-

tos de la alfabetización masiva iniciada unas décadas antes), se transformó en el compañero típico del domingo de los sectores populares. Los ideales políticos democráticos, la sección para la mujer, el suplemento dominical y por supuesto la tan esperada por los hombres página deportiva (aparecida a partir de 1908), fueron los que empezaron a modelar la opinión pública mayoritaria. Cuando en 1924 los “olímpicos” ganan la medalla de oro, “*El Día*” será el único diario en cubrir el acontecimiento. Su redactor, Lorenzo Batlle Berres (sobrino de Batlle), comienza a llenar de “uruguayismos” a la selección celeste dominado por un profundo sentido de la épica, de la hazaña de ganarle a los equipos europeos, un sentido de que “*vosotros sois el Uruguay*” llenaba sus páginas. Sus directores en ese momento eran nada menos que Baltasar Brum, el batllista que había sido presidente hasta 1923, año que asume Serrato, y César Batlle Pacheco, el hijo de Batlle. Todavía eran frecuentes las visitas a la redacción del ya anciano Batlle y Ordóñez, que por supuesto, comprendía el clima de apasionamiento deportivo que se vivía en la redacción aquel frío junio de 1924. El formato del diario, básicamente respondía a las exigencias de la época. Luego de los avisos clasificados que aparecían en la primera página, se continuaba con el servicio exterior donde eran muy prestigiosas las noticias telegráficas llegadas a último momento, venía luego el editorial, las noticias de la política nacional y luego la página deportiva se anunciaba bajo el título de “*cultura física*”. Para mayo junio de 1924 una página especial era dedicada al desarrollo de la actuación celeste en los juegos. En el día del debut, una foto gigante de todos los jugadores con el escudo de la patria en el medio anunciaba la cobertura espectacular. El gran esfuerzo económico que había significado mandar al sobrino de Batlle a Europa, se sumaba a una página con despliegue fotográfico diario. Esto atraía tremendamente a las masas, ya que se notaba claramente la diferencia de cobertura con el resto de la prensa escrita del medio. Y directa o indirectamente los hacía batllistas, al transmitirle valores y símbolos del partido del poder. Al correr de página de las sensacionales victorias que venían de París, se mostraba siempre una sección dedicada a las grandes asambleas partidarias en Montevideo y el interior del país, mostrando continuamente la política “obrerista” del batllismo. Ante las diferentes victorias que venían de París, relatadas en crónicas hechas por el talentoso sobrino de Batlle que hacían las delicias del público lector, siempre se resaltaba lo que para el diario era la enorme

figura de Narancio. El propio Batlle, su hijo César, Baltasar Brum, sabían que este pediatra incondicional a su grupo era “*el padre de la victoria*”. La victoria era una victoria política del Batllismo. Detengámonos por ejemplo, en la crónica del viernes 30 de mayo, luego del triunfo sobre los holandeses.

“No resistimos a la tentativa de repetir las palabras del doctor Narancio a raíz de la victoria.” “la ilusión va forjando realidades”. [...] Cuando la noticia del triunfo fue conocida ayer en nuestra ciudad, el pueblo uruguayo se mostró impotente para contener sus explosiones de entusiasmo, registrándose escenas pintorescas y una emoción indescriptible. [...] Así la primera gran columna a cuyo frente se llevó la bandera nacional que tremolaba en los balcones de la casa del partido colorado partió de la calle Convención y Av. 18 de julio al son de marchas cantadas, [...] llegando hasta la del presidente de la Asociación Uruguaya de Football”.

El valor que tenía todo esto desde el punto de vista simbólico era enorme. Una marcha que salía de la casa del Partido Colorado entregaba una bandera uruguaya a Narancio, el presidente batllista de la Asociación Uruguaya de Football. La masa que coreaba a Narancio, se transformaba en uruguaya a través del batllismo. Hay una construcción simbólica de lo nacional, a través del aparato propagandístico de los seguidores de Batlle. Y este mensaje no solamente era policlasista, sino que se dirigía a todos los habitantes de la República. La apropiación de símbolos patrios, como son el himno y la bandera, permitía la integración simbólica imaginaria de todo el territorio. El investigador Sergio Villena nos muestra la importante función simbólica del fútbol en toda América Latina:

“En América Latina, el fútbol fue apropiado como tradición y convertido, entre otras cosas, en un poderoso instrumento funcional para estimular la integración simbólica tan necesaria para la conformación de las identidades que están en la base de esas comunidades imaginadas que son las naciones.”

Para realizar un análisis del discurso de la construcción de un estilo nacional que se realiza en “*El Día*”, nos es fundamental acercarnos a la teoría de las dos fundaciones, la británica y la criolla, realizadas por el antropólogo Eduardo Archetti:

“Es interesante observar que lo “criollo” se define a partir de la predominancia de apellidos españoles e italianos. Lo criollo pasa a ser una fundación de

los hijos de inmigrantes latinos. Los hijos de inmigrantes ingleses nunca fueron concebidos como “criollos”, no se transformaron en “criollos” jugando al fútbol. ¿Cómo explicar estas diferencias? (...) Los estilos a su vez, van a estar basados en las diferencias étnicas conceptualizadas como diferencias de carácter y en la forma en que se estructuran los sentimientos y las prácticas corporales”.

La idea de mezcla, de mestizaje, es central en los intelectuales que desarrollan la teoría de la hibridación en lo cultural, en donde en el intercambio que se produce en esa práctica cultural que es el jugar al fútbol, se produce un nuevo híbrido que es el estilo nacional de jugar, que mezcla el coraje, la picardía y la habilidad latina entronizada en la gambeta. Con un agregado que será fundamental luego del Sudamericano de 1935 y es la “garra charrúa”. Y fundamental para diferenciarlos y afirmarnos frente a nuestra principal alteridad, la Argentina. Las narrativas periodísticas que fundan el estilo criollo son complementarias con los relatos nacionalistas que veremos desarrollarse en los textos escolares.

En la edición posterior a la victoria, “*El Día*” realiza una emocionada versión del triunfo, destinándole un lugar en la prestigiosa sección de “Exteriores”, que junto con el editorial, y después de los avisos clasificados inauguraban las páginas del diario.

“Esta sección, que está destinada a comentar el mayor acontecimiento de los ocurridos en el mundo durante las últimas veinticuatro horas [...] ¿Cómo sus traerse al comentario del resonante éxito que acaba de obtener el team uruguayo en las olimpiadas de París? [...] Cuando unos cuantos ingleses locos empleados de casas extranjeras comenzaron a jugar entre nosotros [...] Créase al principio que el football era un juego eminentemente sajón, no sólo desde el punto de vista físico sino también psicológico, es decir que sólo se encuadra a la frialdad y serenidad de los británicos. Sin embargo ello no ha sido así, y no sólo nuestro pueblo ha sido capaz de producir campeones en lo viril sino que también ha sido capaz de crear una táctica especial, hecha a base de ligereza, de ductilidad, de corazón y de inteligencia [...] Nuestros muchachos de pequeña talla, delgados y algunos de ellos pocos favorecidos desde el punto de vista de la apariencia física han vencido en quince encuentros a los más fuertes campeones del mundo, todos más altos, más fuertes, más bien formados.”

Los relatos épicos de Lorenzo Batlle Berres, el único enviado especial a los juegos, construyen el “mito” celeste. Se comienza a construir

el estilo del “football” uruguayo basado en el sello que le daba la raza latina a ese “invento” anglosajón. El estilo nacional, se construye en relación al “otro” cercano, los argentinos, y al “otro” lejano, el estilo británico. El estilo “criollo”, es primero y básicamente (como decía Borocotó, el periodista “estrella” de la revista *“El Gráfico”* de la época) el estilo rioplatense basado en el pase corto y gambeta.

En la crónica de los partidos, todavía en 1924 se nota enormemente la influencia británica en palabras futboleras que poco a poco se irán llenando de la influencia criolla. El campo de juego es el “field”, todavía no la cancha. Los equipos son los “teams”, y otras palabras como “shot”, “forwards”, son muy claras al respecto. El proceso de hibridación será lento y progresivo; en esta “nacionalización” los medios masivos como *“El Día”* cumplirán un papel muy importante.

La edición del 10 de junio, al otro día de la final, no podía ser menos que apasionada. Se creaba un “nosotros” inclusivo muy fuerte que llevaba a elaborar un discurso nacionalista con connotaciones batllistas. Mientras el diario *“Justicia”* atacaba a *“El Día”* de tener un falso obrerismo en su discurso, el diario seguía batiendo récord de ventas precisamente entre la clase obrera. Los canillitas agotaban la edición de ese día, mostrando en la página especial, una enorme foto con el pueblo volcado a la calle a festejar. Todos, desde el ex presidente de la república Baltasar Brum, hasta el consejal batllista Narancio pasando por el más humilde de los empleados recién entrados a la redacción, sabían que la victoria era para el diario. Una fotografía de Brum rodeado por todos los empleados descorchando un champagne enviado por una confitería amiga del único diario que siempre había apoyado a los olímpicos era un símbolo de la relación del diario de Batlle con el “football”.

Todo esto nos lleva a reflexionar como a través del batllismo se creaba una patria subjetiva, se era uruguayo porque se era batllista. La “hegemonía” del batllismo en el proyecto de modernidad nacional. El batllismo, basado en la creación de un estado social que va acompañado en lo cultural por significados nacionalistas, fue la política encargada de articular proyectos con identidades mayoritarias que le permitieran generar consensos y así gobernar. Las identidades se forman en la vida social a través de la actividad políticamente eficaz que articula y por lo tanto vincula diversos antagonismos sociales. Usando términos

gramscianos, a esta actividad la podemos denominar “hegemonía”. El batllismo fue el primero en captar la importancia de acercarse a identidades que poseían los inmigrantes como nueva clase social emergente. El fútbol fue una de las formas de articular con las masas, la hegemonía llega a ser tal, que como vimos, una fractura dentro del batllismo llevaba a una fractura en la dirigencia deportiva.

La disputa del triunfo con los blancos adquiere matices muy interesantes. Como hemos visto, un antibatllismo militante movía al sector liderado por el caudillo blanco Herrera. En la década de los veinte, hay una verdadera disputa por los símbolos y las tradiciones con el partido colorado que se reflejará por ejemplo en una disputa por el calendario y los feriados. Para los blancos, la fecha más emblemática de la historia del Uruguay era 1825, año de la cruzada liderada por Lavalleja y Oribe y año de una falsa idea de declaratoria de la independencia. Para los colorados, el año emblemático es 1830, año de la jura de la constitución y del comienzo de la primera presidencia en la historia de la República, la del general Rivera. Oribe y Rivera se transforman en los mitos fundadores del partido nacional y colorado y es en torno a ellos que cada partido teje su leyenda patria. En torno al nacionalismo desatado en los festejos de 1924, también encontramos una disputa por esta naciente tradición. Los periódicos blancos marchaban a la saga del partido colorado en la forma de cubrir el acontecimiento. No tenían ningún enviado especial en París, fueron dirigentes colorados los que promovieron a la “generación olímpica”. *“La Tribuna Popular”*, un diario blanco que muchas veces tenía un tono escandaloso, se sumaba a los festejos, pero hábilmente separaba a la hora de llevarse los méritos del triunfo, a los dirigentes de los jugadores. Si la dirigencia era básicamente un lugar donde el sector colegialista y anticolegialista del partido colorado se disputaban hegemonías, los blancos arremetían de afuera; la muchachada de “footballers” ya había cumplido logrando la medalla de oro, los dirigentes tenían que cumplir logrando la “fusión” del “football”. *“La Democracia”*, otro de los diarios que se consideraba como órgano del partido nacional, llega a proponer incluso, como condición para lograr la “fusión”, la renuncia de Narancio.

JOSÉ MARÍA DELGADO
(1884-1956)



José María Delgado (Carbonilla de Marcelino Buscasso, Boletín No. 50 del SMU, Abril 1927).

16 DE NOVIEMBRE DE 2019

JOSÉ MARÍA DELGADO (1884-1956)

José María Delgado fue un médico, escritor y poeta, dirigente deportivo y académico, nacido en Salto, Uruguay, el 10 de junio de 1884, hijo de don Julio Delgado (abogado) y doña Julia Fernández Moreira. Cursó estudios primarios en el Colegio Seminario de Montevideo y los secundarios en el Instituto Osimani y Llerena, en su ciudad natal.

Ingresó en 1900 a la Facultad de Medicina de Montevideo, egresando el 9 de diciembre de 1908, perteneciendo por tanto a la misma generación de graduados que Paulina Luisi, nuestra primera mujer médica. Tuvo tres hermanos: Asdrúbal, abogado y jurisconsulto, Julio y María del Carmen.

Fue amigo cercano a Horacio Quiroga y Alberto Brignole, sus coterráneos salteños, quienes formaron junto a su hermano Asdrúbal Delgado y otros jóvenes el llamado “Consistorio del Gay Saber”. El Consistorio del Gay Saber, con su raro nombre, homenajeaba a una antigua logia de trovadores del medioevo: el Consistorio de la Gaya Ciencia, de 1323. Este grupo oriental se dedicaba a la bohemia y las primeras expresiones literarias de algunos de sus miembros que luego serían trascendentes.

Consistorio (reunión que el Papa celebra con los cardenales) y “Gaya Ciencia”, nombre dado a la Poesía como metáfora de “feliz ciencia”.

Luego, convirtiendo el adjetivo calificativo femenino “gaya”, en masculino, se formó el término “gay”, adaptándolo al sinónimo de ciencia: el saber. Término que no guarda relación con la utilización del vocablo en la época presente.

El anecdotario de aquel grupo, poco difundido en estas latitudes, mereció la convocatoria del escritor uruguayo Carlos Echinope, quien desde el hermano país contribuye a descifrarlo.



El Consistorio del Gay Saber (Fuente: www.eltterritorio.com.ar)

BITÁCORA DEL CONSISTORIO

Explicó Echinope, citando a Fernández Saldaña (integrante del Consistorio): “1901. El Consistorio se pasó a los cuartos de altos de la calle Cerrito N° 113, dos piezas interiores; una bien grande y una chica. Allí los visitó Leopoldo Lugones (1874-1938), que vivió y durmió en el cuarto de los muchachos, y hubo entonces “tenidas (tertulias literarias) de amaneceres”. Al irse, Lugones olvidó un saco de montaña verde con que después se abrigó “Cyrano” (apodo de Federico Ferrando, otro integrante)”.



Reunión de literatos en Buenos Aires, 1928: Horacio Quiroga (de pie, el primero de la izquierda), su amigo Leopoldo Lugones (con brazos cruzados), Baldomero Fernández Moreno (sentado, a la izquierda) y Alberto Gerchunoff (sentado, al centro) (Fuente: Wikipedia).

RAREZAS, ACCIDENTE Y FINAL

“En 1902, anoticia Echinope citando al propio Quiroga: ‘Recuerdo así habernos encontrado una tarde, en marcial terceto, Herrera y Reissig (integrante) con sus guantes nuevos y sus botines antagónicos de siempre; Roberto de las Carreras (integrante) con un orioncillo verde cotorra, y yo con un sombrero boher. Teníamos entonces veinte años, bien frescos’.

El 5 de marzo Ferrando se prepara para batirse a duelo con el poeta Guzmán Papini y Zás. Quiroga examina el arma de su amigo y se le escapa accidentalmente un disparo que mata a Ferrando. Se demostró su inocencia, pero Quiroga partió a Buenos Aires. El Consistorio, con doble ausencia, se disuelve.

Habían integrado el irreverente cenáculo: Quiroga; Julio Jaureche, Alberto Brignole, Asdrúbal Delgado, José María Fernández Saldaña y Federico Ferrando, el malogrado poeta.

La amistad con Horacio Quiroga sería fundamental para la elaboración de la obra póstuma “Vida y obra de Horacio Quiroga” que junto a Alberto Brignole recibió el Premio 1939 del Ministerio de Instrucción Pública.

ACTIVIDAD LITERARIA

En 1923 José María Delgado obtuvo el 1er. Premio en el concurso literario organizado con motivo de la inauguración del monumento al General Artigas, en Montevideo, y dos años después el segundo premio en el llevado a cabo por la Municipalidad de Montevideo, con motivo de las fiestas de turismo.

Ha colaborado en numerosas revistas literarias del país y del extranjero.

En 1919 dio a la publicidad un libro de versos titulado “El Relicario” y en 1921 una comedia feérica en tres actos y en verso “La Princesa Perla Clara”, representada en el Teatro Solís por un conjunto infantil; “Misal” (1926); “Por las tres Américas ” (1929).

Durante las conferencias dictadas en el salón de actos públicos de la Universidad, con motivo del Centenario de 1830, disertó sobre la personalidad y la obra de Juan Zorrilla de San Martín, trabajo que fue publicado en el 1er. volumen de la obra titulada “Historia Sintética de la Literatura Uruguaya”.

Fue co-Director de la revista “Pegaso”, editada en Montevideo desde 1918 a 1924, en la cual colaboraron los más destacados escritores de aquella época en ambos países del Plata.

Por decreto del 24 de agosto de 1921, integró la Comisión Nacional de Educación Física y por otro del 1 de noviembre de 1928, fue

designado Médico Inspector del Servicio de Primeros Auxilios de la Asistencia Pública Nacional.¹

ACTIVIDAD DEPORTIVA

Fue presidente del Club Nacional de Football electo en la asamblea extraordinaria del viernes 3 de marzo de 1911, asumió el cargo tres días después, con 26 años y nueve meses, desempeñándolo hasta 1921 luego de sucesivas elecciones. Participó del cisma de 1911 donde democratizó al Club y en la reestructuración del fútbol uruguayo de 1931 que pasó a ser profesional en 1932. Luego fue vocal y vicepresidente durante la presidencia de Numa Pesquera, hasta que volvió a ser presidente entre 1929 y 1932. Compuso el himno de Nacional y presidió la gira por América del Norte de 1927.²

En el sitio del Club Nacional de Football, se consigna que: José María Delgado es llamado el “Patriarca de Nacional”.

Señaló las bases aún vigentes de la filosofía, conducta y ética de conducción en Nacional.

Presidió en 1927 la embajada que realizó la gira por Estados Unidos y Centroamérica. Colaboró en las obras del Parque Central en 1911 y, posteriormente, en el año 1944.

Durante su primera presidencia, Nacional conquista los campeonatos de 1912, 1915, 1916, 1917, 1919 y 1920, la “Triple Corona” (1915) y la primera Copa Uruguay en propiedad al ganarla tres años consecutivos (1915, 1916 y 1917).

Uno de los fundadores de la Asociación Uruguaya de Fútbol, fue su defensor acérrimo cuando Peñarol, en 1923 junto con otros clubes, se retiró de ella creando la Federación.

Colaboró para que Uruguay participara en los Juegos Olímpicos de 1924, en la organización del Campeonato Mundial de 1930 y en la estructuración de las bases del actual fútbol profesional.

1 SCARONE, Arturo: Uruguayos Contemporáneos: Nuevo Diccionario de datos Biográficos y Bibliográficos. Montevideo, “Casa A. Barreiro y Ramos S.A.”, 1937; pp. 154-155.

2 https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Mar%C3%ADa_Delgado

Médico, político, narrador y poeta, fue un amante de la libertad. Blanco independiente, fue electo diputado en dos períodos, pero renunció a la banca.

Algunas de sus obras literarias fueron: El relicario, Las viñas de San Antonio (poesías), Juan María (Primer Premio Nacional de Literatura 1941) y Doce años juntos (prosa).

Para él, Nacional era su gran pasión, más aún que la política, la medicina y la literatura.

Años antes de fallecer dijo que si podía pedir algo en el cielo, eso sería “una ventana para poder ver todos los fines de semana a Nacional”.³

ALUMNO Y ADMIRADOR DE FRANCISCO SOCA

En su formación médica tuvo la fortuna de ser alumno de Francisco Soca en el entonces “Hospital de Caridad”, hoy Hospital Maciel, quedando como todas las generaciones que le conocieron profundamente impactado por las cualidades personales y profesionales de ese maestro de la Medicina nacional, que había cursado sus estudios en Montevideo y luego con una beca vuelto a cursar en Francia.

Al cumplirse 30 años de la muerte de Soca, el 24 de julio de 1952, se realizó un homenaje en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay; allí José María Delgado pronunció una conferencia donde expuso la semblanza y caracterización de este notable profesor, en un acto de acuerdo al desarrollo siguiente:

3 <https://www.nacional.uy/historia/presidentes/item/jose-maria-delgado.html>

José María Delgado

Los Grandes Maestros:

FRANCISCO SOCA

(Conferencia pronunciada en la sala del Instituto el 24 de julio de 1952)⁴

Palabras Preliminares

Señor Presidente; señores Miembros del Instituto; señoras y señores:

Un hombre de letras, honra hoy esta casa; un poeta visita al Instituto; las Musas de la poesía envían un mensaje a su hermana Clio, divinidad de la historia.

Es un nuevo lazo de confraternidad entre la Academia de Letras y nuestro Instituto.

El mensajero es un Académico de exquisita sensibilidad, que lleva en sí la jerarquía de la inspiración y del pensamiento. Poeta, escritor y médico, al cultivar su espíritu, su estrella formada por el ideal, conquistó el imperio de la Belleza superando a todo lo material... Por eso antes que nada es poeta.



Francisco Soca, carbonilla de Marcelino Buscasso, Boletines SMU 1920-1930. (Fuente: Boletín del SMU No. 31, diciembre 1924)

⁴ Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Montevideo. Imprenta "El Siglo Ilustrado", Yi 1276, 1952,

Así es don José María Delgado.

Lo conocimos hace años cuando inauguró el Artigas de Zanelli. Su “Padre Nuestro”, Primer Premio en el concurso poético que se realizó en aquella época, es un canto vibrante y sentido a la gloria del héroe inmortal. Sus versos saturados de amor a la patria, representan en el caudillo la altivez de nuestra estirpe, al decir:

Rodilla que nunca se hincó,
Ni cuando el unánime sol de Las Piedras,
Ni cuando la noche de Tacuarembó.

Hoy los niños cantan en las escuelas, la oración del poeta como un rezo de recordación al Precursor de nuestra nacionalidad.

Sus poemas “El Relicario” y “Metal”; sus crónicas de viaje “Por las Tres Américas”; su cuento escénico en tres actos y en verso, “La Princesa Perla Clara”; “La Vida y Obra de Horacio Quiroga”, Primer Premio Nacional de Literatura de 1939, admirable biografía de aquel gran escritor nativista, su amigo y compañero de pueblo; La novela “Juan María”, que obtuvo para el autor el otorgamiento por segunda vez del Primer Premio Nacional de Literatura de 1941; “Sport” con semblanzas y notas del medio deportivo; la novela “Doce años”, Premio del Ministerio de Instrucción Pública; los romances “Las Viñas e San Antonio” y “La más Pequeña”, premiada por el diario “La Prensa” de Buenos Aires, y por último el Primer Premio, con su “Canto a Artigas”, obtenido en el Concurso realizado al conmemorarse el Centenario de la muerte del Prócer, así como muchas otras producciones literarias, publicadas en diarios y revistas, representan todo el correr de una vida fecunda en la que se manifiesta a cada momento la expresión directa del sentimiento del poeta, aplicada casi íntegramente al sentir de nuestro terruño.

El Dr. Delgado preside actualmente la Sociedad de Hombres de Letras, fundada por Carlos Martínez Vigil, otro espíritu de selección.

Ahora, en esta tribuna secular del Instituto, nos hablará de Soca, aquel hombre extraordinario, cuya sabiduría alcanzaba todas las ramas, con una pujanza tan intensa, tan fuera de lo común, que todo en él aparecería como algo superior, no aprendido, ni adquirido, sino

como algo nacido en él mismo, capaz de crear, con el privilegio de la originalidad, los hechos intelectuales de más elevada alcurnia.

Es que Soca era genial. Su personalidad no obedecía a reglas precisas; sentía la inspiración del entendimiento y de la razón y las ideas que concebía eran un derroche de clarividencia, de penetración elegante, ordenadas con naturalidad, sencillas y precisas, de fácil comprensión para todos porque al decir de Balzac, “el genio se parece a todos, pero nadie se le parece”.

Por eso era único; fue sin duda alguna, una cumbre eminente de nuestra intelectualidad.

Las Cases, en su Memorial de Santa Elena, nos cuenta, que al preguntarle a Napoleón, por qué cuando conquistó la Prusia no se había ceñido la espada de Federico el Grande, que estaba en Postdam, aquel le contestó: YO TENÍA LA MÍA.

También Soca tenía por espada, a la sublime grandeza de su inmenso talento, imposible de ser superada.

Hoy que se cumplen años de su nacimiento, una feliz coincidencia ha querido que esa fecha sea celebrada en esta casa de estudios, con un acto público en honor de su venerada memoria.

Dr. Delgado, poeta y amigo: Sed bienvenido a este Instituto; esta tribuna es la vuestra.

Carlos Pérez Montero

* * *

Señor Presidente; señores Miembros del Instituto; señoras y señores:

Somos hijos de una patria donde impera la gracia y el equilibrio. Ni pampas ni cordilleras, ningún asombro, ninguna nieve, ningún espanto. Sólo dulzuras en sus aguas, sólo pájaros en sus bosques. Nuestra naturaleza es cordial, sensata, enemiga de catástrofes y violencias sísmicas. Apenas si, de cuando en cuando, esgrime el bárbaro clarín de los suroestes. El cielo es luminoso, pero no agresivo. El campo irradia

una alegría que no viene sólo de su verdor y de su esencia, sino de su actitud: Las colinas simulan vírgenes que rondan, juntas las faldas, desnudo el seno, ebria el alma, con un ritmo de danza clásica.

Si pobláramos este lugar de mitos, de mármoles y leyendas, si amásemos discurrir a la sombra de las arboledas, o a la orilla de los ríos y entregarnos a pláticas insignes, cualquier Lázaro de la antigua Hélade que aquí resucitase, se imaginaría en su patria. Igual que los griegos no tenemos maravillas cósmicas con que sobrecoger a los ojos; pero sí prodigios mucho mayores como el de espíritus-montañas. Soca fue uno de éstos.

Hace veintitrés años comenzaba yo así una apología de este maestro. Cuatro lustros y un tercio, son más que suficiente para hacer resaltar cuanto la exaltación, aguijada por la amargura caliente aún de su pérdida, pudo haber exagerado. No tengo nada que sustraer ni podar a aquella alabanza. He conocido desde aquel entonces a muchos hombres prominentes. Ninguno ha sobrepasado la impresión que me dejara Soca. Tengo la absoluta certeza de no haberme arrimado a mente más poderosa que la suya. Sigue dándome la imagen de un monte único, de un milagro de cumbre, entre el suave ondular de nuestras colinas.

Ciertamente, el elevarse demasiado sobre el nivel común no es propicio a la ventura. Todos los que mantienen diálogos con los dioses en las cimas de los sinaies, no tardan en sentirse tremendamente aislados. Cohíben, hielan, retraen. Adquieren halos que apartan las efusiones. Y concluyen entregándose a deshora al culto de las voluptuosidades fáciles, como Fausto, o gimiendo como Moisés en el poema de Alfredo de Vigny. “¡Ah, Señor – solloza el patriarca hebreo – soy capaz de entreabrir los ríos, llamo a un astro y enseguida me dice: Aquí estoy; pero no logro enternecer a una doncella! El amor me esquiva, los rondeles callan en cuanto asomo, las risas huyen. Sólo consigo hacer arquear las rodillas. Es bastante ya. Déjame dormir el sueño de la tierra”.

Cuesta ceñirse al estilo de las cumbres y aceptar, a cambio de un mayor horizonte, sus terribles soledades. Muchos nacidos para la altura y habitantes de ella, suelen de cuando en cuando abandonarla, francamente o a hurtadillas, para desenrarecerse en el llano y sentirse como los demás hombres de gustos sencillos y palabras ligeras.

Cuentan que en cierta ocasión preguntaron a Rodó cómo podía reunirse en tertulias de café con ciudadanos que jamás habían sentido preocupaciones intelectuales. El gran artífice de “Motivos de Proteo” habría respondido: “Lo hago por higiene. De vez en vez necesito darme un baño de mediocridad”.

Soca no sintió jamás ese apremio. Se mantuvo siempre en su eminencia. Nunca se hubiera perdonado una transacción con lo vulgar.

Es sabido que este Goliat del pensamiento tuvo incertidumbres al tener que señalarse una ruta. Como los efebos privilegiados suscitó contiendas entre las musas y las diosas. Todas se lo disputaron. Era un varón digno de olímpicas querellas, un hombre que honraría a la deidad que lo amadrinase. El impulso inicial lo internó por los caminos del foro. Anduvo por ellos una primavera y bruscamente, viró hacia los hipocráticos. Aquí mismo lo vemos cambiar varias veces de mira. Primero son los niños los que lo atraen, luego la patología del corazón, más tarde es el fulgor solar de Charcot el que lo deslumbra y lo empuja a sondear el abismo de las dolencias mentales. Son dudas y cambios que no obedecen a coqueteos de espíritu necesitado de poner diariamente cuna y lápida a un amor, sino a revelaciones que se le abrían paso desde el fondo de la subconsciencia, con ese ímpetu del agua termal que irrumpe de las profundidades de la tierra horadando montañas. Nadie estuvo más lejos que él de la frivolidad. Lo confirman el afecto y la conciencia que gastó en cada una de sus obras y la solidez, suma para su tiempo, de cuanto edificara. Por otra parte la oscilación es señal de energía. En el mundo del espíritu indica comúnmente riqueza, tensión de la sensibilidad y también juventud. Soca fue un eterno joven porque conoció la derrota, pero no la desilusión. Un contraste no significaba para él más que una victoria aplazada, y los descabros sólo servían para refirmar su fe absoluta en la victoria final del hombre sobre los elementos que roen su carne y su psiquis. El que estemos o no en primavera es cuestión a resolverse, no por cantidad de años, sino por número de portales abiertos a la esperanza. Soca murió con todas las ventanas de su torre abiertas e iluminadas.

Decía que concluyó por entregar su alma a Minerva, la deidad rígida y grave que brotó armada del cráneo de Júpiter. Tenía que concluir por dar su amor a algo que brotase de la cabeza y que tuviera espada,

porque él, fundamentalmente, se creía soldado. “Lucha y vence”, fue el lema de todas sus horas.

Parece absurdo que lo primero que haga surgir este maestro, después de examinar sus faces y fosforescencias, sea la duda de si no lo engañaron las estrellas, de si no extravió su camino vocacional. Parece disparatada semejante dubitación tratándose del primer americano a quien la Academia de Medicina Francesa, uno de los más altos e ilustres cónclaves de la tierra, admitió en su seno. Sin embargo es una hesitación perfectamente legítima porque Soca, en conjunto, parece un hombre venido de la mitología nórdica, tan amigo de crear héroes dotados del poder de las transubstancias, a quienes, de pronto, se oye rugir como los leones en el corazón selvático, o hendir el azul como las águilas, o indagar como el delfín las simas oceánicas. Y en todas partes descollando sobre los tropeles.

Soca tenía bastante de ese don fabuloso. De Supremo Sacerdote de la Vida, ante cuyo imperio la verdad se desnuda, por lo que sus fallos se aguardan con máxima emoción, pasaba a ser orador de elocuencia embrujante, o exégeta ágil y sutilísimo, o torrero a quien las auroras se adelantan, o extraordinario pintor verbal de la naturaleza, o maestro que se adueñaba de los espíritus con arreglo a la única manera que, según el filósofo una posesión se justifica: por conquista diariamente renovada.

Tal vez fuera más exacto decir al modo de Maeterlink que tenía el maestro muchas almas simultáneas, llenas de atributos superiores, reunidas por el genio creador en un raptó de suprema actitud armónica, y solidarias en un propósito ascensional como los peldaños de la escala de Jacob.

Con semejante estructura espiritual es absolutamente seguro que Soca en cualquier rama de la mentalidad hubiese dejado sello conspicuo. Eligió el camino de la medicina, el más preclaro, sin duda, de los que se ofrecen al andar de los hombres, y, naturalmente, pronto emergió sobre todas las cabezas del solar y sus aledaños hasta adquirir renombre ecuménico. Su penetración, su método, su lógica rotunda como martillazo - ¡cuántos falsos conceptos y empirismos rodaron bajo sus golpes! - la conciencia de su sabiduría, le dieron desde el

principio una fe, una seguridad que no ocultaba su soberbia ni rehuía lo temerario.

El comienzo de su fama médica en París fue resonante. Una verdadera osadía. En el Hospital de la Charité, Beusod, Jefe de Clínica del célebre profesor Hayem, disertaba sobre un caso. Un denso corro doctoral, constituido por personas venidas de las cinco partes del mundo, lo oía religiosamente. Y, de pronto, lo inaudito: Uno de los tantos jóvenes del corro se yergue, pide permiso para hablar y comienza, lento, arrogante, a refutar el diagnóstico sustentado, con tal gallardía de palabra y macizez de argumentos que la inicial suposición de locura enseguida se convirtió en unánime pasmo admirativo. Ese joven era Soca.

Desde entonces se le ve apareado a los pontífices de la medicina, a la flor de los investigadores. Estar en la vanguardia del conocimiento constituye el primordial de sus deberes. No hay novedad que se le escape. Mantiene el arco frontal en estado de tensión constante. Pero él no es de los que juntan erudición como los silos acopian granos, sino como el obrero se procura herramientas. Él es uno de los que construyen el saber. ¡Y qué arquitecto! Véase el monumento de su estudio sobre la enfermedad de Friedreich, de vigencia magistral aún. Llega hasta dictar leyes en ámbito tan opuesto a la uniformidad, tan indócil a sujeciones como el de la patología humana.

Su obra científica es de un valor extraordinario. Sobre todo es suya, absolutamente propia; fruto legítimo, no legitimado. Revela a un voraz de la cultura, a un analítico zahorí, a un obrero pundonoroso que labora solamente en el taller de la verdad con un santo horror al vacío.

Es obra de alta ciencia, sin duda, llevada a cabo con disciplina férrea por un probo artesano. ¡Pero cuán lejos de la parda aridez y el frío habituales en esta índole de labores! ¡Cómo deslumbran las imágenes, cuál celo en el cuidado de la eufonía, qué repugnancia por el lugar común y las parábolas municipales...!

En todas partes, nunca por debajo, a veces por arriba y siempre junto al sabio, está el orfebre expresivo. Es una convergencia y encanto formal en el que a menudo por seguir a éste se olvida a aquella. Y no ha sacado mucho provecho de la escuela de la vida quien juzgue que la forma es algo despreciable o secundaria. La verdad es que cumple atenderla tanto o más que a la substancia. Recuérdese aquella corrosiva

sátira de Pasteur cuando quejábbase de que los académicos le destruían los experimentos con discursos. La expansión mundial de la ciencia francesa es, sobre todo, un triunfo de la forma, porque casi la unanimidad de los grandes maestros galos manejan el saber con conciencia artística. Le comunican esplendor. Son hombres pulidos por todas las facetas que no sólo saben sino que saben decir, cosa mucha más difícil que saber. Cualquiera hace la historia, afirmaba Oscar Wilde, pero casi ninguno puede escribirla.

No puede caber la más mínima duda sobre el lugar prominente que dentro de las letras universales hubiese adquirido Soca a haberse consagrado por entero al culto de la dramaturgia, de la filosofía, de la alta exégesis o de la literatura psicológica. En estos campos no habría experimentado la aflicción que muchas veces lo aquejó, de ver morir las ideas en germen por la adversidad del medio, ni los desalientos del león encarcelado. Hubiera hecho suya la comarca de los mitos.

Hubiera penetrado, a favor de su lámpara poderosa, hasta lo más inaccesible en la selva de las pasiones. Y quizás ahora nos halláramos deshojando laureles apologéticos sobre el túmulo de un Ibsen, de un Tolstoi, de un Dostoievski, o de un Balzac.

Él afirmaba: “Soy, ante todo, un médico”. Mas sus propias confesiones atestiguan que veneraba esta profesión no tanto por lo que encierra de científica como por lo que tiene de sacerdocio. Ama tal disciplina por las exaltaciones estéticas, los júbilos esotéricos, las voluptuosidades de orden moral y hasta por los martirios que ennoblecen su apostolado.

¿Qué es lo que exige a sus discípulos este maestro? El saber, naturalmente, y de modo nunca saciado. La sabiduría da las armas imprescindibles para afrontar la lucha y él las forjaba en sus talleres de las salas Argerich y San José iguales a las de las más famosas manufacturas clínicas. Pero lo esencial no estaba en las armas sino en honrar a la conciencia a la que, según su decir, debía colocarse “por encima de la ciencia y de las más altas y luminosas facultades”.

Un enfermo bajo el punto de vista estrictamente científico es un problema a resolver, es el campo de una solemne partida de ajedrez en la que el médico dirige las blancas de la vida. Se trata de una lucha que frecuentemente se torna angustiada, que obliga a movilizar todas las reservas. Pero en el fondo, para el sabio exclusivo, el enfermo no es

más que una palestra donde juega contra la muerte, y todo lo que se estremece, gime o en puntillas de pie anda a su rededor, es cosa extraña a la contienda. Son comentaristas impertinentes, espectadores incómodos que sólo sirven para desviar la atención y hasta, a veces, para hacer perder una partida.

La emoción llega, pero no por la vía sentimental, sino por la psíquica. ¿Cómo no va a sentir arrebatado el médico que halla un corazón moribundo y, a poco, gracias al poder mágico de su ciencia, lo ve devuelto a la plenitud del ritmo vital? ¿Cómo no va a estremecerse el sabio que examina una retorta o la víscera de un cobayo buscando la confirmación experimental de sus hipótesis? Es un instante de trascendencia única, el minuto en que se resuelve la batalla y tras el cual está la gloria o el fracaso. Lo que se guarda con la emoción en un hilo, es la súbita trompetería de las dianas, el orgullo de la victoria. ¿Qué piden esos hombres en pago de su éxito? Galones, opulencia, laureles, dignidades. Es justo otorgárselos. Han sido ilustres capitanes del progreso.

Pero el médico sacerdote no ve en el enfermo una palestra donde debe contender con un adversario cauteloso y diestro. Ve un hombre y todo lo que lo rodea, silencios conmovedores, pupilas anebladas, actitudes suplicantes dignas del bronce. Percibe los muchos haces de esperanza que hacia él se estiran, y el sigilo extremo con que la ternura anda en torno del tálamo patético. Y basta que tal cúmulo emotivo lo toque para que halle su misión más cercana a la de los San Franciscos que a la de los Césares.

Cuando llega el alba triunfal, ¿qué corona piden estos victoriosos para su frente? Soca lo dice: “La mirada de una madre agradecida, no hay traza más honda y más durable”. Es decir: Un premio de alma a alma, intasable, silencioso; una gratitud pura, un galardón místico-estético forjado por el triple esfuerzo del bien, la belleza y la verdad. Así, pues, este varón conspicuo, buscaba por el camino de la ciencia aplicada al mantenimiento de la salud, el manantial de las supremas satisfacciones, suponiendo que si en algún lugar podría hallarlo iba a ser en la dramática lucha del hombre contra el dolor y la muerte.

La originalidad es uno de los atributos específicos del genio, tal vez su atributo esencial. Generalmente se muestra parcelaria. El genio no está en la raíz, sino sólo en una rama, de modo que tal ser capaz de

concebir una nueva mecánica del universo, sacado del círculo astronómico, resulta la más vulgar y lamentable criatura. Soca era un original íntegro un *Yo* en toda la extensión del concepto. Esta virtud decoraba sus ideas y sus ademanes, fluía de él naturalmente, lo mismo estando en lo mayor como en lo menor, tanto cuando oficiaba como cuando cumplía pequeños menesteres.

Su vida está poblada de anécdotas que la memoria popular conserva. Son versiones deformadas como todas las que se transmiten de labio a labio, y de generación en generación. Pero la mayor parte de ellas agudizan rasgos típicos. Las almas que por cualquier motivo han llegado a conquistar una aureola superior, concluyen por tener algo de fabuloso para la masa común. Es de suponerse el efecto que al campesino y al vulgo urbano, gente de asombros fáciles, produciría el acercarse a un hombre al que concedíase fama de infalibilidad profética y de poderío casi mágico. Recuérdense luego aquellos ademanes que parecían andar siempre en solemnidades litúrgicas, aquellos misteriosos viajes de sus silencios, aquellas miradas que se hundían en el arcano como espadas arcangélicas, y se comprenderá la prontitud con que en su redor saltarían los pasmos y las leyendas. ¡Y qué mucho que el medio común lo mirara en esa forma cuando nosotros mismos, sus acólitos, sentíamos cada vez que lo enfrentábamos la sensación de hallarnos ante una majestad. “Ahí viene Soca” – anunciaban – y repentinamente enmudecían los corrillos, se abandonaban las faenas e íbamos a rodearlo con cierta religiosa turbación de monagos que se aproximan al Pontífice.

Nunca hubo camaradería entre el Maestro y sus discípulos. Me refiero, es natural, a la camaradería inferior, esa que palmea los hombros, cambia guiños picarescos, se solaza con chismes y chascarrillos y termina por desconocer la existencia de escalafones y dignidades. No, Soca era lo contrario de un nihilista, era un aristócrata del espíritu. Hacía pensar, más bien que en el gorro frigio, en el castillo medioeval, anidado entre roquedas poco menos que inaccesibles, cuyos puentes sólo se tendían ante peregrinos de alcornia. Tenía la naturaleza dominante de lo augusto, por manera que, sin proponérselo, por espontánea emanación imperial, hacía ver al punto las diferencias de estatura y las distancias. Y como solamente andaba por los altos caminos era necesario elevarse mucho para llegar a él. Nunca gastó su lengua en trivialidades ni su pensamiento en cosas deleznable. Y tanta probabi-

lidad de conquistarlo tenía la adulación como la que podría sustentar una vieja inválida que pretendiese competir con un corredor olímpico. No prodigaba sonrisas ni aplausos que no se merecieran. Su clínica era el más abierto y hospitalario de los talleres; mas se trataba de un taller serio, grave, justo, donde no había modo de conquistar el amor y el estímulo del maestro sino mostrándole manos encallecidas o mentes iluminadas. Es decir: Verdad. No merece el título de hombre de ciencia quien no sea capaz de rendirlo todo en holocausto a esta diosa. Él daba el ejemplo. Gran parte del sello original de su obra radica en que nunca dejó de expresar su sentir de modo inequívoco, así tuviese que luchar contra siglos de tradición, o que desvestir con escándalo de beatas, en plena plaza pública, a la hipocresía. Daba la impresión de un hombre que ha llegado al vértice de la cultura sin perder la pureza y la virgen naturalidad del alma primitiva.

Lo original, como todo, tiene también su jerarquía. Puede estar solo en la superficie. Revelarse en un modal, en la forma de usar una prenda de vestir o de moverse, en la excentricidad del juicio. Son rarezas o extravagancias que cuando obedecen a propósitos de exhibicionismo, o de causar sorpresa, constituyen el polo opuesto de lo original que es, por esencia, espontáneo.

Soca era original en su integridad. En lo que incumbe a la expresión y en lo que toca a las grandes génesis del pensamiento. En toda su obra científica resplandece la novedad. Nuevas interpretaciones de añosas experiencias, aportes nuevos o antiguas doctrinas, nuevas tácticas terapéuticas, nuevas concepciones, nuevas síntesis. Siempre la novedad ondeando en sus mástiles, siempre la idea trepando con arranque propio para encender un nuevo faro, jamás en busca de proscenios para pavonearse con los plagios del loro o las imitaciones del simio.

En la parca historia de nuestro mundo científico, hay muchos casos de gente que nacida sin aptitudes mayores logró creárselas a fuerza de constancia indomable. El tesón es capaz de hacer surgir agua de la peña como la vara mosaica. Son denuedos ejemplarísimos porque no puede darse con mejor dechado que el de quien se fragua un talento o una aptitud a despecho de su naturaleza, sólo a base de voluntad heroica. Mas los Beethoven, los Pasteur, los Dantes, esos ya vienen formados obedeciendo a imperativos cósmicos. Aquellos no pasarán de ser columnas de puente inmovilizadas en esa actitud ímproba y dolo-

rosa de las cariátides que sostienen sobre sus hombros pesos inauditos; éstos son los que caminan siempre, los inagotables, los que ahondan los horizontes e inician las eras.

Con este linaje de seres Soca tuvo parentesco de estirpe. Son todos hombres raros que desdeñan las brújulas porque tienen en sí la orientación como la bóveda astronómica. Seres de gran potencia reconcentrativa, para quienes el silencio es la capilla de los supremos diálogos, el modo de conversar con ese amigo sublime que, según Krishna, todos llevamos sin conocerlo en la reconditez del alma.

No hubo mano tan fuerte como la de Soca en el manejo del hacha cercenadora de prejuicios, y, a su vez, tan pródiga y hábil para la siembra. Destruyó, pero no como la horda sino como el arado, siempre con un propósito de fecundidad.

“Que viva la tradición si ha de ser sólo la poesía y el encanto de la vida; que muera si ha de oponerse en el camino del progreso, si ha de contener la expansión civilizadora de los pueblos”. “Los pueblos que se duermen en el arrullo de la tradición pueden despertarse en la esclavitud o en la ruina”. Son sentencias escritas por el Maestro a quien había quedado grabada como un lema la frase con que Lobeilland sintetiza la tragedia de la retirada napoleónica a través de los gélidos eriales rusos: “El que se sienta se duerme, el que se duerme se muere”.

Veámoslo en el Parlamento esgrimiendo su hacha formidable contra la tupida maraña de errores que había levantado aquella sutil figura retórica que el Dr. Francisco A. Vidal echara a andar cuando sobre las ruinas del viejo Fuerte demolido, surgieron los jardines de la Plaza Zabala. Dijo el doctor Vidal: “Hemos dado un nuevo pulmón a Montevideo”. La frase tuvo fortuna, fue dilatándose y ascendiendo hasta conferírsele dignidad de dogma. Se impuso como axioma de salud pública y llegó a poseer fuerza tan extraordinaria que, muchos años después iba por sí sola a impedir la construcción de la nueva Facultad de Medicina sobre los baldíos que, bastante pomposamente, se llamaban en esa época Plaza Sarandí. Todos, hasta algunos respetables componentes del núcleo médico parlamentario, se alzaban airados contra la intención de mutilarle nada menos que un pulmón a la ciudad. Y he aquí que cuando el pleito parecía perdido sin remedio, el gran leñador enarbola su hacha y empieza a descargarla sobre la próspera imagen con tal rotundidad que

no tardó en verse como lo que parecía estribado en el saber granítico, no se apoyaba más que en la agudeza y el ingenio.

Porque eso era – se palpó enseguida – sólo una figura de gran sugestión gráfica, un pintoresco paralogismo. ¡Pero qué fuerza suele llegar a tener una imagen afortunada! Es como una Gorgona petrificante que obliga a gastar la fuerza y la habilidad de un Perseo para cortarle hasta el último de los cabellos. Ese denodado fue Soca. No arremetió con galas sino pertrechado con una masa de ciencia aplastante, extraída del estudio de los vientos, de la influencia de las mareas y los ríos, de los climas, de la capacidad respiratoria, del volumen de aire, medido matemáticamente, que disponía un habitante de Montevideo y otro de París, considerada entonces la urbe más higiénica del mundo. A cada golpe la potente medusa se iba convirtiendo en un frágil ídolo de barro. Al fin no quedó de ella más que un montoncito de polvo fosforescente, una luciérnaga.

Porque la ciencia tiene también sus fábulas, sus Castillos Encantados, de entrada prohibida a riesgo de muerte; Sus Árboles Malignos a cuya sombra quien se extiende sufre horribles metempsicosis... El temor a las burbujas de aire impidió por largos años la utilización terapéutica de la vía intravenosa. Pasan los lustros y nadie se atreve a violar las sombras y puertas interdictas. Allí dominan las enigmáticas fuerzas sobrenaturales, matrices de la superstición, por las que el hombre se cree envuelto desde el nacer hasta la fosa. Pero llega el alba en que un osado ansía convencerse por sus ojos y por su tacto. Y hace crujir los goznes orinecidos, y entra, y ve, y toca, y se extiende bajo los árboles malditos. Y entonces es el asombro universal, el saber que dentro de los castillos no había ningún endriago, sino un poco de aire enrarecido, oliente a humedad de verdines; y al pie de la fronda nada más que un poco de miedo. Y en el desagobiarnos de espectros y mandrágoras que nos paralizaban como a niños cortos de ánimo; y el rérmos de la latitud de nuestro candor capaz de dar asidero a tales leyendas. ¡Mas qué conciencia arrogante y valerosa la del primero que acometió a los trasgos...!

Otra vez fue cuando se presentó a la Cámara el proyecto de vacunación obligatoria. La charlatanería, la ciencia coja y estrábica del remendón, del jurisconsulto, del improvisado higienista, adosadas al séquito de los farsantes, de los fanáticos de la libertad, de los pescadores de río

revuelto y, en fin, la espesa farándula de los que se creen faltos de honra si no figuran en la congregación de los heterodoxos, habían armado contra el proyecto una espesura que infundía pánico: Tales eran los rugidos de sus lobadas.

Y Soca volvió a coger su hacha, nunca más enérgica que cuando era preciso abatir la oscuridad o el fraude. Fue una tarea enorme y como siempre rotunda. Igual que de las urbes prostituidas no quedó piedra, de la espesura no quedó rama. Y a cada avance del leñador las amenazas iban adquiriendo el tono quejumbroso de los balidos.

Es que este gigante jamás asentó su pie sobre lo dudoso. Ni puso su elocuencia y su pujanza sino al servicio de la verdad. Esta honradez era una de las virtudes que infundía a sus palabras un singular poder de convencimiento. Tenía la inflexible rectitud de Potain, el ilustre maestro francés del cual fuera discípulo y al que tomó por paradigma. Lo llamaba “viejo sublime”. La veneración que por él sentía – copio su decir - descansaba sobre todo en la conciencia impecable que Potain descubría hasta en las minucias de su arte. Esa probidad era tan rígida que llegó casi a comprometer su destino encadenando las audacias y deteniendo los vuelos de su magnífico espíritu. En cambio concedió a lo que hizo eternidad de bronce.

Lo mismo puede expresarse de Soca en cuanto a rectitud de conducta científica y a firmeza de la obra realizada. Nada de dulces engaños: La verdad ruda, la verdad siempre. Ya veremos cómo hasta en sus últimos instantes hizo honor a sus máximas. De este modo cuando llegaba a una afirmación era inútil que las flechas enemigas le inquiriesen puntos vulnerables. Y en tal forma exprimía los temas que después de ser por él tratados no quedaba jugo que extraerles. Y esto no sólo en materias relacionadas con su profesión, sino aún en las que no tenían con ella ni contactos tangentes. Ahí están los archivos parlamentarios para probar la capacidad enciclopédica de su genio. Su discurso sobre las obras proyectadas para el puerto de Montevideo es un dechado de lógica y diafanidad que puso en evidencia fallas fundamentales escapadas a la penetración de famosos ingenieros hidráulicos y que sirvió, no sólo para orientar a la opinión pública más que todos los informes técnicos, sino para salvar al país de un verdadero desastre.

Lo mismo puede decirse de las palabras que pronunció en el Senado a favor de la libertad de imprenta, en pleno auge de la revolución de 1904; palabras que a más de ser una pintura maestra del paisaje trágico y una bella oración a la paz, a la concordia y a la esperanza, están llenas de esos atisbos trascendentales, de esas profundas perspectivas que advierten los grandes hombres de estado o los espíritus que tienen el hábito de las atalayas.

Esa claridad y agudeza de visión; esa disciplina de no ir edificando sino sobre lo exacto; ese arte para interrogar y extraer de los datos, sin despreciar el menor detalle, todo aquello que podía tener un valor clínico; esa maestría para desentrañar signos recónditos y examinarlos con atención de arqueólogo que desentierra cacharros ancestrales; esa habilidad para escoger entre el fárrago lo provechoso, estableciendo correspondencias y jerarquías; en fin, esa astucia para encontrar el hilo de Ariadna y guiarse por entre los laberintos morbosos, era espectáculo diario en sus salas del Hospital Maciel.

Bien mirado un diagnóstico es una síntesis a la que se llega después de análisis más o menos escabrosos y prolijos. A veces resulta empresa fácil, certidumbre que se ofrece enseguida al olfato, o al oído, o al tacto. Los síntomas tienen una estampa específica y una docilidad que el clínico los agrupa sin esfuerzo, como los pastores arcadios con un son de flauta juntaban a sus rebaños. Pronto puede etiquetar el cuadro y garantizar que responde a una causa y, más, que no puede obedecer a ninguna otra.

Pero frecuentemente el panorama patológico es una noche sin estrellas. El engaño usa todos sus cimbeles y celadas, debe andarse a tientas, la duda brota a cada instante no sólo en lo que incumbe a la interpretación sino respecto a la existencia real de lo que aparece a los sentidos. Los síntomas se dispersan, se contradicen, se repelen. Es una tropa chúcará, anárquica, que rompió los valladares y a cuyo rodeo se aspira en vano entre la confusión y las tinieblas. Entonces son de ver los troperos maravillosos. La intuición los dirige con sus cordeles mágicos, las sombras se iluminan, el tumulto se armoniza e interpreta, las furiosas reses se notan milagrosamente dominadas como a la vista del profeta Daniel sosegaban sus cóleras los leones babilónicos.

Soca no tuvo rival en tales faenas. No había confusión a la que su imperio mental no esclareciese. Pero no es aún por estas virtudes que le llamamos maestro. Un hombre puede poseer la máxima luz, la mejor destreza, la más profunda sabiduría y no ser un maestro. Sólo es digno de este título el que tiene amor y lo contagia, el que anhela, no mostrar la soberbia lumbré de su mente, sino traspasarla a sus discípulos, con tan magno desinterés que su intención y su gozo finquen en verse por ellos superado.

Cuando nos abrieron las puertas de su clínica, éramos jóvenes más infatuados que sustanciosos, y con tendencia a la miopía. Habíamos disecado multitud de cadáveres. Conocíamos la estructura y el juego de la maquinaria humana, así como los resortes que la mueven o la paralizan. Mal o bien – más mal que bien – éramos en el campo microscópico capaces de distinguir las células nobles de las malignas. Y ya hacía rato que entre los muros de los hospitales cumplíamos papel de partiquines en las tragedias de la vida y la muerte. Todo aquello resultaba opaco y arduo. Una mezcla de rutina, obligación e ínfula. Recién en el claustro de Soca, adquiría numen y color. Él transformaba la medicina en un bello y profundo arte. Otros trasmitían su saber o su práctica, él comunicaba la emoción y el ansia del vuelo. Las clases perdían su símil carcelario para ser aguardadas como magníficos festines del espíritu. Podía irse a ellas para observar, para aprender, para oír. La sugestión venía por todos los caminos. El número de los que concurrían a sus lecciones doblaba siempre al de los obligados a oír-las. Constituía un denso grupo en el que no era raro ver a eminentes médicos foráneos y aún a personas ajenas a los menesteres galénicos, llevadas allí sólo por el deleite de escucharlo. No había cuidado de que los sabuesos bedeles, por más que olfatearan, encontrasen prófugos.

Placiale excitar los cerebros y medir el fulgor de las chispas que les arrancaba. Con frecuencia, agotado el examen clínico, solía detenerse y pedir opinión, uno por uno, a los discípulos estupefactos. A los cohibidos, a los tartamudeantes, los alentaba benévolamente: “Anímese, amigo, usted tiene derecho a disparatar”. Transformaba la cátedra en pedana polémica porque bien sabía que para desentumecer espíritus, palpar su bagaje y descubrir sus flamas, no hay cosa mejor que la controversia. Allí era el caer estrepitoso de muchos renombres hechos a base de librería pura, y la instantánea revelación de muchos talentos

reales. El maestro ecuánime, estimulador, encauzaba la polémica, sonreía al engaño, miraba fijo, como para fotografiarlo, al alumno destellante, o rompía en una enorme carcajada cuando soltaba al ruedo un absurdo de marca mayor. Porque resultaba curioso: Soca era un hombre de gravedad olímpica que sujetaba con igual imperio las explosiones y los desfallecimientos de su alma. Sólo la absurdidad mayúscula lo derribaba de sus pedestales. Era un payaso, un Chaplin desopilante que no podía sentir sin romper en escándalos de risa que parecían proclamar: “Ya lo ven, el disparate es algo también sagrado, es una de las fuentes de la alegría. ¡Celebrémoslo!”

Y lo de siempre: Si antes de la contienda el caso resultaba confuso, luego de ella quedaba hecho una babel de esbozos, una magna de latencias oscuras, un intríngulis de perfiles, un cuadro cubista. Entonces hablaba el Maestro. Aquel que pudo oírlo y no lo oyó laméntese de no haber experimentado una de las deleitaciones más voluptuosas que fue dada a los espíritus en este rincón de la tierra. Tenía una voz de tonos medios a la que él se esforzaba por dar la hondura de los acentos que devuelven las cúpulas. Era un hablar másculo, fogoso, pleno, lo cual no le impedía tratar como un orfebre eufónico a las palabras. Su elocuencia gastaba cierto fanatismo por los términos hiperbólicos y, no obstante, ellos impresionaban como justos, porque traducían la verdad de su exaltación íntima. Con el modo de pronunciarlos trocaba los vocablos en imágenes. Decía: “Formidable”, y era como si nos envolviese un hálito de gigantomaquia. Decía: “Dantesco”, y, desde Francesca hasta el Iscariote, se veía pasar la caravana de los precipitados al abismo llameante. Este don expresivo infundía a sus disertaciones, a sus “speachs”, como él los llamaba, un encanto singularísimo. Estaría por decir que se le oía con los ojos como si las frases fueran vitrales o estampas iluminadas.

La elocuencia es una sirena que ha perdido a muchos talentos. Consigue fácil el aplauso. Posee un brillo deslumbrador. Se le halaga. Al fin concluye por ensoberbecerse y creer que en ella está todo. No hay tal vez peor amenaza para una inteligencia que la de tener a su disposición un pico de oro. Este no puede ser más que una preciosa herramienta. En el ruiseñor todo está nada más que en el trino. No puede exigírsele otra virtud a su lenguaje. Pero al del hombre sí. Su palabra tiene que contener algo más que música. Precisa estar habitada. Sino resulta

como las bellas ciudades de cartón que construyen los escenógrafos. Cosa para un instante, deslumbramiento efímero.

Soca no era un elocuente vacío. Su oratoria conocía todos los duendes de la metáfora y de la suntuosidad sonora, mas también el peso de las gravideces, el sentido de la substancia y el sabor de las sazones. Nada que no se apoyase en la experiencia o en el saber, nada que no fuese auténtica manifestación de su sentir. Así edificó urbes en las que no se sabe qué aplaudir más, si la belleza o la macicez. Se comprende la fuerza que daría a sus palabras el connubio de la ciencia sólida y del arte preclaro.

Sus nobles sudores, es cierto, a veces quedaban frustrados. El Maestro debía confesar con amargura su impotencia que reflejaba la del saber contemporáneo. Pero lo que había construido era incommovible como la perfección. Quedaba pronto para servir de columna a una futura Acrópolis. Además sus derrotas no eran depresivas. Lo afectaban más bien como la espuela al ijar. Le embravecían el orgullo y le afirmaban la fe en la victoria final de la ciencia.

Como muchos grandes hombres Soca tenía conciencia de su mérito y no ocultaba en ningún lugar su soberbia porque no podía ser hipócrita. No es, por cierto, un arquetipo de modestia el que inicia un estudio sobre los soplos anorgánicos del corazón del niño con este prelude: "Soy el primero en presentar una solución seria y profunda a una cuestión que parecía insoluble". Pero era arrogancia de noble abolengo porque asentábase exclusivamente en el aprecio de los altos dones espirituales. Las pompas, vanidades y paramentos, las joyerías, las gulas y lujurias, los carnavales del mundo le eran indiferentes. Tenía para todos esos festines lo que él llamaba "el supremo desdén del sobrio". Eran imanes menores, con fuerza sólo para atraer a muñecos o a pantagruelas.

Tampoco lo tentó el oro. Pudo ser inmensamente rico nada más que con haber explotado un poco su fama. Mas no había nacido para eso. Ni siquiera supo manejar el dinero. Lo entregaba a manos ajenas y ni quería saber cómo lo empleaban. La parquedad de sus honorarios es clásica. A veces descendía a los lindes del ridículo. Su consultorio estaba como quien dice en medio de la calle. Era un aljibe al alcance de todos los sedientos. A veces le reprochaban tal pródiga facilidad, ha-

ciéndole notar el contraste con la conducta de otros jefes profesionales cuyo lustre no podía compararse al de él. Nunca le preocupó lo externo, y en éste iban incluidos los gajes y el escenario. Y también por principio: Creía que un médico se hallaba tanto más en la obligación de no retraerse ni retacearse, cuanto más crecida fuera su fama, porque, aparte de la potestad mayor que pudiera tener, había que pensar en que el renombre por sí mismo es un poderoso elemento en la terapéutica espiritual que como cualquier droga eficiente tenía que ser puesta al alcance de los potentados y de los míseros. Los enfermos, para él, no tenían patria ni nombre ni posiciones ni diferencias. Integraban un solo cuerpo: El de la desventura y la necesidad. El mismo amor, el mismo saber había que darles a todos.

Así sus vestíbulos y antesalas convertíanse cotidianamente en santuario de romerías misceláneas, en las cuales rozábanse en completa igualdad los terciopelos señoriales y las estameñas artesanas. ¡Y era de ver la respetabilidad que para él tenía un enfermo, así fuera el último de los mendigos!

El carácter mixto de su clientela solía colocar al Maestro en situaciones desconcertantes. La gente simple, tan tosca como buena e incapaz de hacer distingos, no sabía mostrar de otra manera su gratitud por la prolijidad extrema de un examen o por la resurrección de su esperanza, si no añadiéndole a los honorarios una adehala de veinte centésimos “para que tomase un café o se comprara un cigarro”.

El Maestro quedaba estupefacto. Le venía ganas de reconvenir dulcemente: Usted se equivoca, yo no soy el hermano limosnero, soy el Prior de la Orden. Mas temiendo herir al agradecido, concluía por aceptar la dádiva, sonriendo con la grandeza del hombre que comprende y perdona.

Llegó a amar tanto estas monedas que las mostraba como trofeos a sus familiares. Y cuando le reprochaban su actitud sonreía, afirmando que no era saber pesar ni medir el valor real de las cosas. ¿No había sido – evocaba – el juglar que ofreció a la Sagrada Imagen lo que sólo podía ofrendarle, volatinerías, el único que logró hacer latir su corazón e iluminar sus ojos?...

La materia no adquiría santidad ante él, sino cuando el dolor la martirizaba o la belleza la ungía. A haber sido juez de Frinè la hubiera

también absuelto, no sólo por devoción estética sino por poseer una mentalidad autónoma, enteramente desesclavizada de las inquietudes, tribulaciones y prejuicios que dogmas y fidelidades arcaicas han acumulado sobre el espíritu del hombre.

Durante la primera guerra universal un día el mundo vibró escandalizado al saber que los teutones, profanando la inviolable majestad del no ser, habían resuelto utilizar la grasa de los muertos como lubricante. Soca era un ardiente aliadófilo, pero las pasiones, por fuertes que fueran, no conseguían anublarle la visión. No tuvo reparo en defender la actitud alemana ni en publicar su opinión sobre el cadáver. Era menos cortar un brazo a un muerto que una rama a un árbol florecido. Muy bien que se enterrase a los extintos si no servían para nada, si servían era otra cosa. La materia siempre tiene obligaciones con la vida. ¿Por cuál privilegio, si el joven ágil y fuerte daba, espontáneo o exigido, su existencia a la patria, no iban a ofrecerle su inútil enjundia los cadáveres?... No dejaba de reconocer, asimismo, la muerte del cisne y la victoria de la filosofía nietzscheana y de los atributos dionisiacos. Era una realidad, todo lo triste que se quisiera, pero que únicamente los ciegos podían dejar de ver.

A veces sufría profundas crisis de hastío. Cosas y nortes se le descoloraba. Llegó a decir “que en este mundo hasta la muerte había perdido interés”. El penúltimo viaje que hizo a París lo realizó estando Europa en plena guerra y sin que lo intimidasen los peligros que rodeaban en ese entonces a la navegación. Fue un romántico impulso, semejante al que llevó a Byron a encontrar su fosa en Grecia. Sobrevino un instante en que el Maestro se creyó obligado a compartir en alma y carne los dolores e inquietudes de Francia, su patria intelectual.

Llegado a la capital gala manifestó su voluntad de sufrir al desnudo las ansiedades de un ataque aéreo. No lograron hacerle desistir de ese propósito y una noche lo complacieron. Cuenta quien lo acompañó que la curiosidad del Maestro pudo saciarse contemplando el más terrible de los bombardeos sufridos por la gran urbe. Derrumbamientos, multitudes fugitivas, alaridos desesperados, retumbos de metralla, pirotécnicas luciferinas, conflagraciones de barrios enteros, cuanto puede imaginar el espanto, le fue dado a conocer en una infernal correría de dos horas. Y bien cuando las fanfarrias habituales anunciaron el término de la angustia, el Maestro no pudo disimular su desencan-

to y preguntó, con aire de defraudado: “Y eso es todo”. A lo que el acompañante respondió sarcásticamente: “Sí, eso es todo... cuando uno queda vivo”.

No se vaya a presumir por estas desconcertantes decepciones que fuera un insensible. Tales desengaños reflejaban su poder imaginativo, capaz en la mayoría de los geniales, de representarse cualquier manifestación de la realidad excediéndola. Es la indiferencia que hace exclamar a Sarmiento cuando ve por primera vez la pampa: “Nada nuevo, tal y como la supuse”. Es la pintura insuperable, realista hasta la minucia, del ambiente de la Bolsa de París hecha por Balzac sin haber puesto nunca el pie en ella. Es cierto que nadie vio jamás derramar a Soca una lágrima, y que “dar la unción, el consuelo y todas las dulces exteriorizaciones de la piedad” confiesa que eran cosas que “rebelaban a su alma de soldado”. En el fondo era un pudoroso de la ternura a la que escondía como pecado. Sin embargo la bondad interior, el noble substratum emotivo, con frecuencia lo vendían. No es hora de escribir el capítulo de su historia sentimental, pero la lumbré de ésta puede presumirse en el precio que concedía a la gratitud materna, en la emoción con que hablaba de los destinos humanos y describía sus patéticos episodios, y en el fuego con que proclamó un día, - en defensa de un anciano, a quien por no poder vivir sin ella señalaran con el estigma de la locura - la necesidad imperiosa, absoluta, vital que tiene el hombre de sentir “la dulce caricia femenina”. Y más: no la de la madre, o la de la hija, o la de la hermana, sino la exclusiva de él, la totalmente suya, la de *su* mujer.

Sin alardear mucho de ello su conducta deontológica fue singularmente hidalga. Solía aconsejar normas de sutil nobleza para no disminuir a un colega. Veía, naturalmente, en las consultas a que de continuo era llamado, errores y conveniencias de modificar tácticas. Ponía en claro aquellos y aconsejaba el cambio de éstas. Y una vez que convenía a los médicos cabeceras, si no había gran urgencia en emplear otros recursos, agregaba: Pero esto no lo efectúe hoy ni mañana, sino cuando no haya ni la más remota probabilidad de que se piense en mi intervención. Porque era muy docto en materia psicológica y conocía al dedillo las amarguras e injusticias que, por culpar de la malevolencia y la incomprensión, van jalonando el camino del joven médico hasta transformarlo en apóstata de su credo. Grande como fue le repugnó

subir sobre vértebras doblegadas. No concluía de advertirnos que extremásemos las cautelas en el ejercicio profesional porque los enfermos no eran nuestros amigos, sino nuestros enemigos, y porque si no existía misión social más eminente que la del médico, tampoco había otra que expusiese tanto a la ingratitud, a la perfidia comadrera y a la sátira. Pero era menester darles todo, aún la vida, si fuese necesario. Y él daba el ejemplo. Cierta noche invernal un hombre llamó a la puerta del Maestro, requiriéndolo para atender a su anciana madre enferma. Soca no tardó en aparecer ya envuelto en bufanda y sobretodo, pero en tal evidente mal estado de salud que el mismo que había venido en su busca pretendió oponerse a la imprudencia de que saliese en tales condiciones. El Maestro levantó las solapas de su abrigo, apresuró el paso y profundizando la voz según su costumbre, en forma que en otros parecería estentórea y melodramática y que en él sonaba a extrema rotundez, exclamó: “No habrá poder humano que me impida cumplir con mi obligación. En todo caso serán dos existencias las que peligren, el médico siempre debe ofrecer la suya en holocausto a la de otro”.

Cumplía también con el precepto de los patricios romanos: *Otium cun dignitatis*. Entregaba sus descansos al arte, sobre todo a la pintura, por cuyos campos andaba sin necesidad de guías ni lazarillos, aunque sólo contemplativamente. No consentía que ojos ajenos le mostrasen los embrujos del color. Quería hallarlos por los suyos. Visitaba solitario los museos. Llegó a reunir una valiosa pinacoteca. Solía permanecer horas frente a ella, en gozo íntimo. Hacía años la tenía, años que la examinaba con encendido fervor. Siempre acababa por descubrir en alguna tela encantos nuevos.

Se ve, pues, que la estructura sentimental y ética del Maestro delineaba con la de su mente, un triángulo perfecto, en cuanto puede este calificativo aplicarse a virtudes humanas. Y si su vida fue un espejo, su muerte también lo fue.

Era relativamente joven aún. Ya he dicho que tenía todas las ventanas de su torre abiertas hacia el lado por donde viene el alba. Se le concedían las mayores dignidades. Tocaba el apogeo de la glorificación. Un doble encanto eternecía su hogar. Era aún más que amado, temido. Los lebreles de la fama, tan versátiles, yacían encadenados a sus pies. Honores, mercedes, bienestar, discípulos, dulzuras apasionadas, todo iba a perderlo en un segundo, y, sin embargo, vio venir a la

esfinge con fría majestad, sin un temblor, acaso nada más que preguntándole sorprendido: ¿Cómo, no es temprano todavía?

¿"Qué hora es"? – interrogó a la esposa. Ningún cambio en la voz, ni un mínimo asomo emocional. Eran las tres de la mañana. "Cuando venga el día – ordenó – llamarás a Eduardo".⁵ Se refería a uno de sus familiares y, a su vez, discípulo predilecto. En balde trataron de que explicara el motivo de aquella insólita orden. ¡Cuando venga el día! ¿Cómo debemos entender esta demora? ¿Significa acaso una equivocación del maestro en lo que atañe a la importancia que atribuyó a su mal? Todo lo contrario. Esa conducta indica que percibió enseguida el carácter irrefragablemente mortal de su dolencia. Era inútil gastar apuros. No había, pues, que mostrarse incómodo e intempestivo como un pusilánime cualquiera. Eso sí, se aprestó a hacer con toda serenidad su último examen clínico. Pidió que lo movieran hacia un lado, luego hacia el otro, después que lo sentaran. Sin duda quería inquirir cuáles eran los sistemas sobre los que todavía dominaba su voluntad. Se comprende la angustia de los que le ayudaban a realizar tan patética pesquisa. Él calmo siempre, extraordinariamente calmo.

Más tarde pidió un vaso de agua. Su voz era clara, firme. Por movimiento natural tendieronle la copa hacia el brazo derecho. Él alargó el otro. ¿Por qué lo tomas con la izquierda?, preguntáronle. El Maestro sonrió vagamente y aferróse más al silencio. Quería ahorrar la amargura de hacerles saber que aquel brazo ya no era suyo, que se había adelantado a entrar en el hielo definitivo.

Naturalmente, no hicieron caso a su orden de esperar el alba para ir en busca del discípulo. Soca lo vio llegar impertérrito y, como si le estuviese dictando una clase, junto a una cama de hospital, trazó el cuadro clínico de su ictus, rematándolo con el lúgubre pronóstico que correspondía. Puede imaginarse la congoja del discípulo y, pasado el primer instante de estupor, la responsabilidad que sintió sobre sus hombros. Propuso llamar a otros colegas, citó los nombres de mayor fama. Soca negó dos veces con la cabeza y, luego, repuso: "Para no poder hacer nada sobre con nosotros dos". No se trataba de esparcir

5 Se trata, sin duda, de su cuñado Eduardo Blanco Acevedo (1884-1971). Como quedó constancia en las Palabras Preliminares a esta conferencia, "*Por especial invitación del Presidente del Instituto, esta sesión pública es presidida por el Miembro de Número de la Corporación, doctor Eduardo Blanco Acevedo*".

desasosiegos, de alimentar pábulos, de promover estériles inquietudes. Se trataba simplemente de morir. El discípulo se animó a proponerle ciertas medidas terapéuticas de uso común en tales casos. “¿Usted ha visto – le contestó – que eso haya hecho algún bien a alguno? Seamos sinceros hasta el fin”.

Tenía la mente lúcida en absoluto e iba advirtiendo y revelando al discípulo, sin queja, sin trepidaciones, sin zozobras, el avance recóndito de la muerte.

Ni un adiós, ni un espasmo, ni un gesto dramático. “Ya está el estertor traqueal” – dijo, con voz muy difícil y velada, como si hubiese aguardado ese síntoma para morir en su ley, registrando la postrer anotación clínica. Fueron sus últimas palabras, poco después las nieblas agónicas lo envolvieron.

Así el Maestro Máximo, el que mejor nos enseñó a defender la vida, nos enseñó a morir.

AL Dr. FRANCISCO SOCA

Gran maestro de la clínica médica. Su fama traspuso los límites de la patria, consagrándolo entre los más notables de su época. Actuó en política, habiendo sido Diputado y Senador. Fué también Rector de la Universidad. Su cultura y su inteligencia brillante lo hicieron destacar en los círculos científicos y parlamentarios con caracteres de singular significación. El monumento, fué plasmado en boceto por el célebre escultor Antonio Bourdelle, pero fallecido éste se realizó según el modelo por otro artista, en París. Sobre un basamento de granito se levanta una columna con dos estatuas laterales adosadas, en bronce y coronándole una *herma* con la cabeza del ilustre médico. Fué inaugurado en Mayo 22 de 1938 en el emplazamiento elegido en el Parque Batlle y Ordóñez, frente a la Avenida Italia y Centenario.⁶

Voy a terminar esta apología, leyendo una oración titulada “Al Maestro que vuelve”, por mí escrita con motivo de la inauguración

⁶ Estatuaria de Montevideo (Capital de la República Oriental del Uruguay), s/a; 49 páginas; depositado en la Biblioteca Nacional; s/f, impreso en Colombino Hnos. S.A., enero 1948.



Monumento a Francisco Soca en el Parque "José Batlle y Ordóñez", ex Parque de los Aliados hasta 1929. Realizado en Francia a partir de la maqueta de Bourdelle. (Foto del autor).

del monumento de Bourdelle que perpetúa la memoria de Soca en el Parque de los Aliados.

A la hora de su muerte andábamos como sombras. Pero todos nos decíamos: Volverá, para él no se hicieron los sepulcros.

Así fue. Ahora lo vemos surgir en mármol y en bronce rompiendo las lápidas, para no irse nunca más.

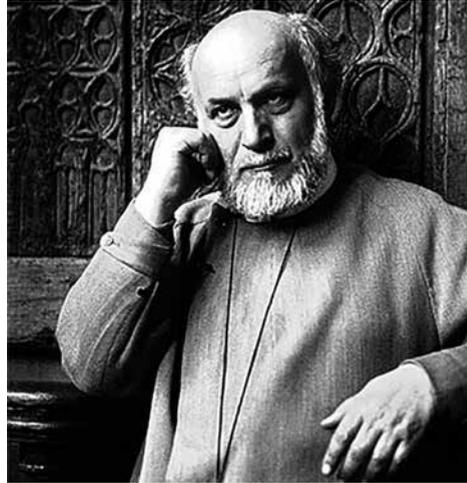
Ciertamente, asombra un poco hallarlo lejos de los muros blancos de las salas de hospital, de los techos artesonados de los Parlamentos y las Academias, de las paredes íntimas de su biblioteca, en donde, como al viejo Fausto, la aurora solía sorprenderlo quemándose en las llamas de su genio ávido.

Han caído los límites a su alrededor. Ahora son las perspectivas infinitas, los lenguajes sin palabras, las aulas sin horizonte, donde todo suena a eternidad.

Adivinamos lo que nos dice desde la cima de su columna inmortal. Es lo mismo que nos expresaba antes: sed sabios. Mas el tiempo ha avanzado mucho en su correr, nos besan ya los hálitos de las nieves, y sería necesario que él nos dijese en dónde está y qué es la sabiduría.

No lo dirá porque en el momento en que se sabe todo es cuando los labios se tornan más gélidamente herméticos. Pero no importa, nos gustará venir a monologar sobre estas cosas junto a su estatua, evocando las llamadas geniales nunca vueltas a encender desde su partida.

Y bien dichosos si alguno de los pájaros que jueguen con su



Émile Antoine Bourdelle (1861 – 1929)
(Fuente: biografiasyvidas.com)



Dr. José María Delgado, médico, discípulo de Soca y poeta (Salto 1884 - Montevideo, 1956)
(Fuente: Isabel Sesto Gilardoni: José María Delgado, el Médico Poeta).

frente de bronce, se decide a tocar la nuestra aunque sea con la sombra de su ala!...

SU VIDA Y SUS PREMIOS

Una minuciosa biografía de José María Delgado fue publicada por Isabel Sesto Gilardoni, de la cual extraemos algunos de los siguientes datos.⁷

El padre, don Julio Delgado, era masón y blanco, a quien apasionaba la política. Era un adorador permanente de su esposa y de sus cuatro hijos, de los cuales José María era el menor. Su madre, doña Julia Moreira era mujer de gran ternura, que se ocupaba con unción de las tareas del hogar, cultivaba la lectura y ejecutaba en el clavecín a los músicos románticos y adoraba las flores y en forma especial las rosas. Su hogar era de muy buen nivel socioeconómico, alhajado con gusto, lujo y suntuosidad. Diría el poeta que su cuna estuvo siempre rozándose con marfiles, maderas y cristales armoniosos. El piano del abuelo, el violín de un tío y la flauta de otro tío, junto al clavecín de su madre, recreaban el ambiente. Sus padres hicieron que desde niño José María desarrollara un apetito de lectura tan voraz, que pronto la biblioteca paterna acabó por no ofrecerle novedad alguna. Fue entonces que recurrió a la del Ateneo de Salto. La belleza y delicadeza del hogar, particularmente la armonía familiar, contribuyeron a formar su espíritu exquisito.

Su adolescencia está evocada bellamente en su novela “DOCE AÑOS”, y también algo en su obra “LAS VIÑAS DE SAN ANTONIO”. En ellas brinda detalles de la infancia y adolescencia dentro del hogar, que ayudan a comprender la conformación de su espíritu exquisito de bondad, delicadeza, generosidad, comprensión y ternura, mucho antes de su encuentro diario con el dolor y los padecimientos y muerte de los enfermos, características que templaron su carácter.

En ocasión de un homenaje tributado a José María Delgado en el Club Nacional de Football, por el triunfo de su novela “JUAN MA-

⁷ SESTO GILARDONI, Isabel: José María Delgado, el Médico Poeta. Talleres Gráficos Barreiro, Montevideo, 1984, 124 páginas.

RÍA”, que alcanzara el Primer Premio del Ministerio de Instrucción Pública en 1941, dijo:

“Nunca he podido hacer buenas migas con las ínfulas”. “Confieso que nunca pude alcanzar las humildes metas que he tocado, con la agilidad del pájaro a quien le basta batir las alas, para saltar del valle al monte, sino venciendo rocas y malezas, a fuerza de fatiga y constancia”.

“Reconozco que cuanto he podido arrancar de mí, proviene del tesón, y de cierta urdimbre sentimental, que cuando se pone al rojo, y la martillo en la soledad, irradia algunas lumbres fugaces. De este modo, la vez que una de esas chispas se convierte en laurel, lo que me invade no es la vanidad del que daba tal suceso por descontado, sino el asombro del ceniciento a quien cuesta creer la merced que le conceden”.

Varios éxitos habían precedido este Premio de 1941:

En 1923 obtuvo el Primer Premio por su poema: “ARTIGAS, PADRE NUESTRO”, en el concurso del diario *El País*, con motivo de la inauguración el 28 de febrero de 1923 del monumento a José Artigas en la Plaza Independencia, lectura que el propio Delgado realizó al pie del flamante ícono montevideano.

En 1925 obtuvo el premio otorgado por el Municipio de Montevideo por su Canto al Carnaval.

En 1926 con su poema “A FRANCO”, dedicado a Ramón Franco Bahamonde (1896-1938), el aviador español que había cruzado el Atlántico en su avión “Plus Ultra”, obtuvo el premio del Concurso Hispanoamericano realizado por el diario *ABC* de Madrid.

En 1939 obtiene el premio en el Certamen Latinoamericano de Poesía organizado por el diario *La Prensa*, de Buenos Aires, por su extenso y hermoso poema “LA MÁS PEQUEÑA”.

En 1939 también obtiene el Primer Premio Nacional de Literatura en el Concurso de Remuneraciones Artístico Literarias del Ministerio de Instrucción Pública, por la obra en colaboración con el Dr. Alberto Brignole: “VIDA Y OBRA DE HORACIO QUIROGA”, la primera y más completa biografía del escritor salteño, que hasta hoy sería referencia principal por la riqueza de su información recogida directamente, a través de la larga relación de ambos con el artista.

En 1945 alcanza el premio por su novela “JUAN MARÍA” y también por su novela “DOCE AÑOS”, del Ministerio de Instrucción Pública.

En 1950 obtiene el Primer Premio compartido con la poetisa Sara de Ibáñez, por su poema “ARTIGAS”, en el Concurso realizado por la Academia Nacional de Letras, en cumplimiento de la Ley N° 11.473: ARTIGAS: se da un plan para concertar diversas iniciativas que reflejen en conjunto la gloria del padre de la patria, con motivo del centenario de su muerte, norma que fuera promulgada el 10 de agosto de 1950.

HOMENAJES A SU MUERTE

Al producirse su deceso el 5 de mayo de 1956, a los setenta y dos años de edad, **la Academia Nacional de Letras**, de la cual José María Delgado era Miembro, le tributó un homenaje póstumo, en el cual hicieron uso de la palabra todos los Académicos.

Raúl Montero Bustamante dijo: *“Había en José María Delgado, un poeta, un novelista, un ensayista, un conocedor del idioma, y, sobre todo, un hombre. El hombre valía por la unidad de su estructura moral y por su peculiar carácter. Tenía un alma diáfana, un corazón generoso y una sensibilidad de niño”.*

“Subestimaba su personalidad literaria, y, cuando se le decía que era un alto poeta, un gran escritor, se conmovía, pero sonreía y miraba con asombrados ojos: cuando llovían laureles sobre su frente, creía soñar”.

“La vida con sus crudas realidades no logró destruir éste, como infantil candor, que formaba el fondo de su carácter”.

“Su profesión de Médico, que él ejerció a manera de verdadero apostolado, lo puso en contacto con el dolor, con las miserias humanas y con los misterios de la vida y de la muerte. Este doloroso espectáculo, le hizo amar más al hombre, al niño, al propio dolor”.

“Cumplido el día de penosa tarea, y acogido al remanso del hogar, en la vigilia nocturna, a la luz de su lámpara, aquel amor se transformó en purísima poesía que dio forma a algunas de las más bellas piezas líricas del poeta”.

Juana de Ibarbourou entre otras expresiones manifestó: *“Poeta de sangre y alma, nada, fuera del fútbol durante un tiempo, le interesó, le apasionó tanto como la poesía”*.

“Nadie, también, con una curiosidad más ampliamente generosa por cuanto se producía en nuestra bella y recia lengua castellana. En la Revista “PEGASO”, que hizo con un grupo selecto de poetas y escritores, demostró su interés por la literatura de América, su generosidad por cuanto tenía un valor definido en las letras del Uruguay. Fue un ser que hizo de sus credos – político, deportivo o poético – una pasión definitiva y absorbente. Pero una pasión sin aristas filosas, toda hecha de fe; y, cuando algo fallaba, de asombro y de pena, jamás de agresividad, jamás de belicosidad, nunca de esas frases sesgadas que se acostumbra a decir al oído, o de corro en corro, para poner a alguien, sin misericordia, en la picota. Porque José María Delgado, como lo decían sus amigos íntimos, tenía una bondad celeste”.

LA OBRA LITERARIA

Siguiendo a Isabel Sesto Gilardoni, puede afirmarse que José María Delgado fue uno de los pocos escritores nacionales que cultivó con éxito, todos los géneros literarios.

Excelente estudiante desde que estuviera como pupilo en el Seminario Conciliar de Salto, y luego en el Instituto Politécnico de esa ciudad, así como en la Universidad de Montevideo y en la Facultad de Medicina, donde culminó en 1908 su carrera a los veinticuatro años de edad, no parece haber comenzado su quehacer literario, por lo menos sus publicaciones, hasta algunos años después.

Su advenimiento a la creación literaria, como expresó Raúl Montero Bustamante en el discurso recién citado, tuvo lugar en plena insurrección decadente, cuando estaban erigidos los dos cenáculos rebeldes: “La Torre de los Panoramas” centrada por Julio Herrera y Reissig junto a Roberto de las Carreras, y el “Consistorio del Gay Saber”, integrado como fue dicho, entre otros por Horacio Quiroga y los compañeros que mencionamos antes, que se disolvió en 1902 por el hecho trágico de la muerte accidental de Ferrando.

“De aquel movimiento de renovación literaria, siguió diciendo Don Raúl Montero Bustamante, sólo adoptó el sentido de libertad de expresión y de for-

ma, el afán de enriquecimiento de los modos de decir, mediante la intervención de la imaginación y de la propia sensibilidad, y la constante apelación a los inagotables tesoros del idioma”.

La primera obra de José María Delgado que conocemos, es un libro de poemas líricos, titulado “EL RELICARIO”, que, lo mismo que “Las Lenguas de Diamante” de Juana de Ibarbourou, fue editado en Buenos Aires en el año 1919. Son poemas de amor, tiernos y delicados, expresados con una gran pureza. Hay en ellos un concepto ideal de la mujer, que recuerda el “dolce stil nuovo” del cuatrocientos italiano.

En 1921 editada por la Cooperativa Editorial “Pegaso” de Montevideo, fundada por José María Delgado y César Miranda (que usaba el seudónimo Pablo de Grecia) y cuyo Secretario de Redacción era Pablo Manacorda, se publicó “LA PRINCESA PERLA CLARA”, fábula escénica en verso. De suave romanticismo y exquisita delicadeza, tiene por marco un ambiente refinado y aristocrático. Esta obra fue reeditada por “La Semana” de Salto, y representada varias veces en los teatros Solís y SODRE de Montevideo, así como en el teatro Macció de San José de Mayo. En esta obra se sugiere, en versos delicadísimos, el amor inconfesado e imposible de un paje por su princesa. Allí se expresa dominio técnico del verso y toda la obra se desarrolla en un ambiente de melancólica ensoñación.

En la revista “PEGASO” Isabel Sesto Gilardoni halló en los ejemplares depositados en la Biblioteca Nacional colaboraciones de grandes escritores de la época.

Entre otras piezas, en el No. 37, tomo VI, de julio de 1921, publica José María Delgado el poema titulado “CUADROS DE CONVENCIONILLO”, un poema breve que provoca honda emoción, situado en un ambiente de extrema pobreza en el cual se desarrolla un gran drama, seguramente emanado de su experiencia personal como médico de la Asistencia Pública Nacional:

Sobre el colchón, dura calma,
 Como si fuera de yeso,
 Hay una niña extendida...
 Un poco de piel y hueso

Sosteniéndose en la vida
Por una hilacha del alma.
Todos la rodean anhelantes
La ausculto.
De pronto, la abuela deja caer la vela,
Única luz. Cuando logra encenderla,
Ya no hay que decir más nada.
La pequeña es piel y hueso...

El detalle de la abuela, que deja caer la vela, única luz, es un elemento importante que acentúa el realismo del acontecimiento que inspiró al poeta; además, es simbólico.

Otro poema suyo que encontramos en “PEGASO” y que revela la gran pesadumbre que le producía contemplar a los viejos del asilo, es el que lleva este nombre:

LOS VIEJOS DEL ASILO

Allí se encuentra el triste abuelo
Cuya chochez en el hogar
Hastiaba al mismo pequeñuelo...
Y está el mendigo secular
Cuya rotosa vetustez
Todos vimos más de una vez
Despertando la mofa ruin
De los chicuelos del confín.
.....
Son ciudadanos de un país
Que no existe en la Geografía,
Patria infinitamente fría,
Donde todo lo que se advierte
De tal modo está sosegado,
Que parece como bloqueado
Por los glaciares de la muerte...
A éstos, brindales hoy por completo
El consuelo de tu tesoro
¡Oh sol de oro!

Tú, que eres el único nieto
Que visita su desamparo.

Un poema pleno de añoranzas y nostalgias en el cual José María Delgado alude a su vida y que apareció en el tomo I de "PEGASO", en el año 1918, se titula:

PUEDE SER TODAVÍA...

Puede ser todavía...

Que la buena canción nos lleve
Como pluma en el aire leve.
Dejémonos ir, ¡oh corazón!
Donde nos lleve la canción.

.....

Puede ser todavía,
Puede ser que la novia adorada,
Nos aguarde aún allí, como aquel primer día
o volvamos a ver el hogar que el tiempo ha tiempo dispersó.
Sin hacer ruido, entremos hasta hallar el antiguo reloj.

.....

Y el rumor de las voces que a tu lado oyó un día
Aquel niño pequeño cuya sombra soy yo...
Puede ser todavía...
O llévame a pasear por los viejos viñedos paternos.
Por las viñas aquellas que ¡ay! en horas de apremio fue preciso vender.
Crucémoslas sin decirles quiénes somos; a ver
Si a pesar de los hielos de tantos inviernos
Aún recuerdan el amo pequeño de un día.
Puede ser todavía...

Puede ser que sus nuevos racimos sean tiernos,
Tiernos como aquellos milagrosos racimos de ayer!
Y si es que te apena, porque siempre es penoso visitar el pasado,
Salgamos a holgar por un verde prado,
A la buena de Dios, con la pipa en los dientes.
Las manos tras las flores, los labios tras las fuentes,
Y el corazón, de toda pesadumbre aliviado.

Emana de este poema una gran emoción por el tono confidencial y la sinceridad con que el poeta trasmite su melancólica añoranza. En su romance “LAS VIÑAS DE SAN ANTONIO”, se ve todo lo que ellas significaban para él.

En la revista “PEGASO” también publica hermosos cuentos, tales como “CORNETÍN”, que se encuentra en el tomo correspondiente de julio 1921 a junio de 1922. En julio de 1923 publica otro cuento titulado “EL TONELERO”, y a los treinta y cinco años de edad, el titulado “GAMÍN, MI SUB YO”. En él dice que hay como una voz interior que le hace sentir los peligros. Un día en que iba viajando por la carretera, le dijo que se detuviera. Apenas frenó, saltó la rueda izquierda delantera del coche. Afirma que puede jurar que no hay un solo episodio amargo de su vida, que Gamín no se lo haya anunciado. Pero dice que obra espontáneamente. En vano sería llamarlo. No responde a los llamados.

En 1926 publica “METAL”⁸, que contiene himnos épicos, en los cuales exalta el valor de los héroes. Allí se encuentra un poema a ARTIGAS, a quien el poeta llama “PADRE NUESTRO”. Dedicó un poema “A FRANCO”, Ramón Franco Bahamonde, el héroe que – como fue ya dicho - cruzó el Atlántico en el avión “Plus Ultra”. Contiene además “CANTO AL CARNAVAL”, “CANTO A LA FORTALEZA DE SANTA TERESA”; el poema titulado “SOL VERDADERO”, compuesto en ocasión del triunfo mundial obtenido por los futbolistas uruguayos en la VIII Olimpiada, realizada en Colombes (París) en 1924.

En el poema “ARTIGAS PADRE NUESTRO”, compara al héroe con Moisés o Abraham, y dice que viene de mucho más lejos que de los talleres de la batalla, viene desde el fondo de los Evangelios:

Éramos anónimos limos,
 Nos hizo espíritu y carne tu soplo.
 Una sola palabra puede llamarte: Padre...

 ¡Oh Caudillo! Neto caudillo de los hombres de América.
 Rodilla que nunca se hincó.

8 DELGADO, José María: METAL, Montevideo, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1926, 72 páginas.

Ni cuando el unánime sol de Las Piedras
Ni cuando la noche de Tacuarembó.
Pero nosotros no te llamamos héroe,
Está más arriba tu cumbre.

.....

Héroes, no hay pueblo en que no los haya.
Pero tú vienes de mucho más hondo, de mucho más lejos
Que de los talleres de la batalla.
Tú vienes desde el fondo de los Evangelios
Trayendo en los hombros robustos, el arca
De las libertades y la democracia.
Tallado como un Moisés o un Abraham.
Tú no eres el Capitán
Sino el Patriarca.

.....

Cuanto tiene una voz en el suelo natal
No te dice General
Sino Padre Nuestro.

“A FRANCO”

En Palos de Moguer está la madrugada...
Almas, de rodillas,
Han pasado la noche velando en sus orillas.
Percíbese el arcaico convento y la voz imponente
De su campana, perdidos entre la luz incipiente.
Por todo la emoción de las grandes vísperas.
Los corazones, brasas de la hoguera racial,
Encendidos en la fanática llamarada
De la fe en su sangre y su Dios...
En Palos de Moguer está la madrugada
Como en mil cuatrocientos noventa y dos.

¡Prontos! – Huyó la noche ciega
Y sobre el agua, apenas rizada,
El “Plus Ultra”, el ave del ánima nueva,
Levanta su testa confiada.
En ese instante aparece en la orilla una mujer,

Alta como quien puso su mano sobre Aconcaguas,
Arrogante como quien tiene el mejor ayer,
Bella como quien luce el más agudo perfil latino.
La mujer se adelanta, caminando sobre las aguas,
Besa las alas del pájaro nuevo y la frente del hijo genuino,
Ya apostado entre el plumaje metálico,
Y sólo dice: es necesario que el sol
Vuelva a hablar otra vez en idioma español.

Y luego hablaron todos los silencios,
Callaron todas las palabras
Y estereotipando los gestos, de polo a polo,
Corrió por las almas
Un frío de asombro y de pánico.
Quedó solo
En el fondo del pecho hispánico
Un latido profundo,
Y tú en el aire, saltarín oceánico,
Inverosímil gimnasta del circo del mundo

Y tú, Franco, en el aire, en el aire altísimo,
Sobre el tumulto de los motores y los alaridos del viento
Y el piélago, oyendo el ínclito acento
De los labios maternos,
Todo raudo y revuelto a tu lado,
Sólo tu alma rezando despacio:
Raza, otros te dieron la tierra y el mar,
Yo voy a darte el espacio.

Así ibas en el aire alto,
Más arrastrado por las nobles savias interiores
Que te empujaban desde las raíces milenarias,
Que por la fuerza de los motores,
En un salto de Palos a las Canarias,
De las Canarias a Cabo Verde en otro salto.

Y de nuevo a la altura.
Pero ya no era sólo el latido hispánico
El que seguía el ritmo de tu aventura;

Ahora llevabas el unánime asombro
Del mundo, satélite de tu hombro.
Y otra vez ¡Tierra!, gritan labios de España.
Sí, costa de América, no ya virgen, ni huraña,
Sino abierta de brazos como la cruz de sus noches;
Ni tú tampoco elevando a su vista
El símbolo de los Reyes Católicos
Y el estandarte de la conquista,
Sino agitando en lo alto del brazo vencedor
Tu simple gorra de aviador.
Pero en ti y en tus hermanos de los Andes y la Pampa,
La misma sensación de resurrexit, de vieja estampa
Cuyos seres y paisajes recobran la vida de repente;
La misma alegría
De volver a encontrar el cetro de la osadía,
En el fondo de sus almas, bajo polvos de siglos, yacente.

¡Hispania, Hispania!, noble madre durmiente;
Así te aguardábamos tus hijos, frenéticos.
Otra vez los Colón y los Hernán y los Almagro,
En la boca los cantos atléticos,
En las manos el arco de caza,
Renovando en los predios del milagro
Los Romanceros y las Carabelas de la raza.

Sí, Madre; la mano de Dios ha vuelto a encender en el lar
El fuego que derrite la nieve de los montes;
Él, a mediodía, nos verá festejar
La Victoria de los Cuatro Horizontes,
La victoria de nuestro espíritu ardiente sobre el cálculo oscuro.
¡Llor a ti, Franco, que has escrito la estrofa de la iniciación
En el nuevo romance y sólidas alas
Pusiste en los flancos al viejo león!

En las aguas que van más allá de los términos y las edades,
Donde nunca se apagan las lámparas del día,
Queda anclado tu "Plus Ultra",
Junto a la Pinta, la Niña y la Santa María.

En 1928 José María Delgado publica un libro titulado “POR LAS TRES AMÉRICAS”, en el que recopila las crónicas que enviara al diario *El Plata* desde Brasil, Estados Unidos, Cuba y México, cuando encabezando la delegación de los Campeones Olímpicos, fuera enviado por el Club Nacional de Football, con el fin de difundir la fama del deporte uruguayo.

Su visión de Río de Janeiro, pone de manifiesto al viajero bien informado. Comienza con un elogio para Salvador de Sá, hidalgo portugués que flanqueó el Pan de Azúcar, y entre la magnífica Bahía, eligió el sitio de la futura ciudad de Río.

“La Bahía era – dice – un fantástico nido formado por el agua oceánica más azul, y la falda de los montes más hechizantes de la tierra; él le puso el pájaro que faltaba, le llevó la vida, el movimiento, el zumbar de las ingentes colmenas”.

“Porque siempre sería grandiosa en su desnudez salvaje. Pero el panorama no daría la sensación de obra máxima, cuya belleza, como la de la IX Sinfonía, no admite siquiera posibilidad de ser superada, sin la presencia de este pájaro millonario, que alza su cresta de torres y palacios, baña sus alas en las aguas del Botafogo, de la Playa Vermelha y de Copacabana, alegra el aire con sus policromías y sus epitalamios tropicales, y se nutre con alpiste del cielo, hundiendo el pico en las cumbres del Tijuca y el Corcovado”.

A Nueva York la describe denominándola *“La ciudad de los rascacielos y de los masticadores de chiclets”*. Dice que *“los agujeros del subway vomitan a cada instante multitudes que parecen brotadas de la tierra”*. De cada edificio, *“palomar inmenso donde no se puede entrar sin guía y donde cientos de ascensores suben y bajan con un desasosiego de termómetros locos, escapan hombres de todas las razas, que parecen haber perdido la sonrisa”*.

Habla de la visita a la fábrica Ford, en Detroit. Dice que *“es un sitio de romería: diariamente, caravanas de forasteros van hacia ella como los devotos a las mezquitas o a las grutas maravillosas, atraídos también por el milagro, pero un milagro que ha perdido su fisonomía mística. Es un prodigio activo, enérgico, estremecido, de ruedas y poleas, rojos de fragua con potencias de sol”*.

Contrastando los paraísos de la manufactura y de la naturaleza, refiere a las Cataratas del Niágara, recorriendo tanto la parte estadounidense como la canadiense: *“el río Niágara llega allí corriendo sobre un*

lecho de piedras escarpadas”: “Varios kilómetros antes, las aguas empiezan a temblar, a hervir, a enconarse, a cubrirse de ásperas espumas, exaltando sus rencores a medida que aumentan las acechanzas de los peñascos, hasta explotar en la más salvaje de las furias, y arrojarse enloquecidas sobre el abismo”. Cita las dos cortinas de agua: la llamada “*toca de novia*” por su color blanco, y la otra, de un color gris sucio, con ligeros relámpagos violetas. Llega hasta la “*cueva de los vientos*” para ver allí el sublime y sobrecogedor espectáculo de esa “*agua que golpea con un peso de un millón de toneladas y una fuerza de dos millones de caballos, sobre el piso rocoso y las salientes de las cataratas, en un espantoso torbellino*”.

Describe luego a La Habana como “*la ciudad de la luz y del barullo*”: “*La voz baja, así como el hablar sin adorno de ademanes parecía desconocerse*”. Dice que es una de las más antiguas metrópolis de América y que “*en esa ancianidad, radica el mayor atractivo de sus encantos*”, llena de reliquias y parajes históricos.

Cita varias veces a “*La Cabaña*”, obra maestra de la antigua ingeniería, “*El Morro*”, la Catedral, el Malecón, el Prado y el Paso Martí y otros parajes de La Habana nueva “*donde el alborozo de la vida estallaba triunfalmente, excitado por todas las antorchas del Trópico*”.

Se maravilla de su contacto con México y sus raíces indígenas. Muestra su encantamiento al decir: “*mana de su seno una frescura, una delicia bucólica que no se puede sentir sin notar que todas las bondades se nos asoman a los ojos... Se diría que es un momento musical de la Naturaleza*”. “*Cuando la montaña, alucinada por el valle, se resuelve a descender, aparecen dos célebres monumentos aztecas: la Pirámide del Sol, con sus sesenta y seis metros de altura, y la Pirámide de la Luna, de cuarenta y dos metros. Son monumentos sobrios, pero con reales valores arquitecturales y estéticos. Están dentro de lo que hoy se llama “Ciudad Arqueológica de Teotihuacán*”.

Revela José María Delgado junto a su fina sensibilidad frente a la belleza de los lugares recorridos, la amplia información que poseía sobre los lugares visitados, así como su calidad de esteta y hombre de ciencia, que nos instruye y deleita con su relato, con claros giros de creación poética. Añade algunas apreciaciones de sociólogo. Al llegar a la metrópoli mexicana, se pregunta: “*cómo en un país tan opulentamente regalado, tan abundante en dones, puede el hombre dar con tanta frecuencia el espectáculo del infortunio y la pobreza*”. “*Todos los climas, las flores, los frutos,*

los metales y las verduras de la tierra, dice, se hallan en su suelo; no hay madera ni resina ignorada de sus bosques; no hay tesoro subterráneo, desde el petróleo hasta el diamante, que no se encuentre en sus entrañas; y sin embargo, ¡qué cúmulo de manos implorantes, de niños envejecidos, de cuerpos mutilados alrededor de esta riqueza fabulosa! Está muy lejos de significar un recreo, visitar algunos de sus parajes; en su mismo corazón, al lado del Palacio de Gobierno, y de la estupenda joya barroca de la Catedral, se amontonan los desdichados con sus muñones, sus órbitas vacías, sus bailes espasmódicos”.

Menciona cómo algunas de las principales construcciones se hundieron por haberse erigido la ciudad sobre el fondo de un lago, para dedicar luego atención a la sensibilidad estética de los mexicanos y su devoción por las artes plásticas, en una ciudad inundada de monumentos, por lo que se la ha llamado “Ciudad de las estatuas”.

Afirma Isabel Sesto Gilardoni, que *“Pocos libros de viaje son tan completos y valiosos como éste. Para escribirlo, era necesario unir, a la visión inteligente y sensible de los lugares visitados, una gran cultura y un espíritu poético. De su lectura se desprende que José María Delgado, no sólo sabía ver y admirar, sino además, indagar, estudiar y luego transmitir de manera que su deslumbramiento llega al lector a través de imágenes que le cautivan y hacen sentir las bellas emociones que él experimentó.*

En 1939 en colaboración con el Dr. Alberto Brignole (1878-1950), quien le suministró muchos datos que figuran en la obra, publicó “VIDA Y OBRA DE HORACIO QUIROGA”, editada por Claudio García, y que el autor de esta recopilación ha podido apreciar en la edición realizada en 2016.⁹

Esta biografía, la más completa realizada hasta entonces de Horacio Quiroga, traza un cuadro integral de la vida del gran escritor salteño. Detalla las circunstancias adversas que jalonaron su peripecia vital, su carácter y extravagancias, sus infortunios y su amor por la selva a raíz de una expedición a Las Misiones, integrando la encabezada por Leopoldo Lugones. Trata de su obra literaria, su final trágico y los honores que le rindieron a su muerte, tanto en la República Argentina

⁹ DELGADO, José M. y BRIGNOLE, Alberto J.: Vida y Obra de HORACIO QUIROGA. Prólogo y notas: Leonardo Garet. Ediciones Escuela Filantrópica Hiram. Tradinco, Montevideo, noviembre 2016, 368 páginas.



Horacio Quiroga (Fuente: Wikipedia)



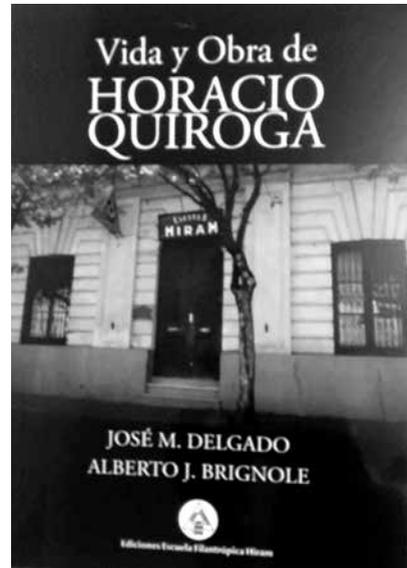
Alberto J. Brignole (1878 – 1950) (Fuente: Revista Tribuna Libre No. 66, Buenos Aires, marzo 1920)

como en el Uruguay y particularmente en el Departamento de Salto, donde descansan sus restos.

Concluida la lectura de esta obra se tiene la impresión de que todo lo que pudo haber de negativo en la vida de Quiroga, está justificado por las circunstancias. Lo que permanece es la gran admiración y ca-



Vida y Obra de Horacio Quiroga, edición de Biblioteca Rodó, C. García y Cía, 1939.



Vida y Obra de Horacio Quiroga. Edición Escuela Filantrópica Hiram, Salto, 2016.

riño que José María Delgado sentía por él y que logra transmitirnos de manera magistral.

Transcribimos la descripción sintética que hace Isabel Sesto Gilar-doni:

“Desde el principio, el lector cree asistir personalmente a la gran tragedia del hogar de los Quiroga Forteza cuando el padre, accidentalmente cae muerto porque la escopeta que llevaba, se dispara espontáneamente, cuando salta de una embarcación.

Parece una ironía del destino que este hombre tan aficionado a la caza, hubiera llevado su escopeta en una excursión en bote, y no hubiera disparado un solo tiro, como si la carga hubiera estado intacta de ex profeso, para quitarle la vida.

La angustia de su esposa que le estaba esperando y que descendió del carruaje para acudir a su encuentro, el impacto al verle caer, el involuntario aflojamiento de los brazos en que sostenía al pequeño Horacio, al golpear la cabeza de éste contra las piedras, la repercusión que esto puede haber tenido en la psiquis del niño, son hechos que sirven para explicar muchas de las extravagancias en la futura conducta de éste.

En los primeros años, una hurañía que se traducía en indiferencia por todas las cosas. Sólo la madre intuía en él, una gran riqueza intelectual.

Adolescencia difícil de criatura indócil, llena de agudezas y caprichos.

Un sentimental, reacio al afecto, unas veces; efusivo, otras.

Alumno inteligente del colegio Hiram de Salto, pero díscolo y raro, que sólo iba a las clases cuando lo deseaba.

En el Instituto Politécnico, similares características.

Y por último, en la Universidad de Montevideo, la asistencia a los cursos que le interesan.

Lejos de molestarle un segundo casamiento de su madre, tiene una gran afinidad con su padrastro, tal vez porque ni siquiera recordaba a su verdadero padre.

El día menos pensado, el segundo hecho trágico: el padrastro enferma y no pudiendo resignarse a su parálisis, se suicida.

Del punto de vista literario, Horacio Quiroga se inició en Montevideo, integrando con amigos, el “Consistorio del Gay Saber”. Bajo la influencia de Leopoldo Lugones, publicó “Los Arrecifes de Coral”.

Después el primer amor, del cual hablará en su obra: “Cuentos de Amor, de Locura y de Muerte”.

Más tarde, el viaje a París, con trajes flamantes y camarote especial, gracias al dinero heredado de su padre, para volver a Montevideo en la más completa miseria, sin equipaje y en camarote de tercera clase.

Luego otro hecho trágico: al limpiar un arma que cree descargada, mata a Ferrando, su mejor amigo. A esto sigue un proceso y una gran desesperación.

Más tarde, colabora en revistas como “Rojo y Blanco”, que dirigía Samuel Blixen.

Viaja a Buenos Aires. Por influencia de Lugones, se incorpora como fotógrafo a la expedición destinada a estudiar las ruinas del Imperio Jesuítico en Las Misiones. Esto le despierta una gran atracción por la selva, que durará toda su vida.

A los veintisiete años, por influencia de Lugones, obtiene un cargo de Maestro en Buenos Aires. Allí conoce a Ana María, quien será su esposa y a quien lleva a vivir en la selva, con gran desesperación de los padres de ésta.

Él mismo construye su casa. En los años siguientes, está más raro que nunca. Para educar a sus pequeños hijos de manera que no teman el peligro, les deja solos en medio de la selva. Vanos son los ruegos de la esposa y de los padres de ésta. Ana María, no pudiendo soportar más esta vida de angustias, se suicida.

Es la cuarta vez que Quiroga se enfrenta a la muerte trágica de un ser querido.

Sigue a esto, un trabajo excesivo, el cuidado de los hijos, la pobreza, la enfermedad. Cuando no resiste más, se traslada a Buenos Aires, donde funda una Peña Literaria.

Lleva publicados cinco libros: “El Salvaje”; “Cuentos de la selva”; “Anaconda”; “Las sacrificadas” y “El desierto”.

Escribe para “La Nación”, “La Prensa”, “Caras y Caretas”, “Fray Mocho”, “Atlántida” y “El Hogar”.

El Presidente Brum, que aprecia su valía intelectual, pone a su cargo un Consulado de segunda clase, que él descuida bastante, pues piensa que lo principal es su obra literaria.

Brum vuelve a ayudarlo enviándole como Secretario a la Embajada al Brasil que preside el Dr. Asdrúbal Delgado, con motivo de la conmemoración del primer año de la Independencia de ese país.¹⁰

Años después, un nuevo amor. Esta vez, una compañera de colegio de su hija Eglé. Es diez y nueve años mayor que ella, pero lo mismo se casan. Pronto sobrevienen las desavenencias. A María Elena le gustaban los paseos, los vestidos lujosos, la vida mundana. A Quiroga le atraía la selva con sus palmeras, sus eucaliptus, sus bambúes. Cultivaba orquídeas, claveles, rosas, glicinas y raras especies botánicas. Además, tenía toda clase de pájaros.

Pero, comenta José María Delgado: “Con pájaros, flores y espléndidas acuarelas naturales, al no tener un alma de artista, y aun teniéndola, no se colman los deseos de una joven en quien las campanas del mundo suenan como bronces pascuales.

El hastío, pronto tenía que venir, agriando los gestos”.

A esto se suma la catástrofe económica. Con el cambio de Gobierno en Uruguay, Quiroga queda cesante de su cargo en el Consulado. Después de diecisiete meses de trámite jubilatorio, le envían un cheque por mil ciento cincuenta pesos. Deja el cheque sobre la chimenea y la criada, sin advertir su importancia, lo arroja al fuego.

La esposa le abandona. Su enfermedad progresa. Cuando se decide a volver a Buenos Aires, es para ingresar a un hospital, lo que obtiene gracias a las diligencias de sus buenos amigos Estrada¹¹ y Payró¹².

El día que se entera de que tiene una enfermedad incurable, se suicida con cianuro.

José María Delgado detalla prolijamente su velatorio, el traslado de los restos al Uruguay, los honores fúnebres que le prodigaron, sobre todo, en Salto.

Todo está expresado con dolor y sincera emoción. Nos hace meditar sobre el cruel destino de muchos de los mejores intelectuales de nuestro país.

10 Primer Centenario de la Independencia del Brasil, 7 de setiembre de 1922.

11 Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964).

12 Julio E. Payró (1899-1971).

Este libro es lo más completo que hasta hoy se haya escrito sobre la vida de Horacio Quiroga, uno de los más grandes narradores de la Literatura Hispanoamericana.

Es una hermosa y conmovedora lectura, imprescindible para todo aquel que pretenda hacer un estudio serio y detallado de este autor.”

Leonardo Garet, tal vez el mayor experto en la obra de Quiroga, y el editor de sus Obras completas,¹³ en el prólogo a la edición de 2016, lo remata así:

“Se trató de señalar en algunos casos la incidencia mayor o menor que, individualmente, pudieron haber tenido Delgado y Brignole, con el exclusivo fin de mostrar que siempre uno u otro estuvieron muy cerca del escritor amigo. Los aportes de Brignole son indudables en cuanto a la mayor oportunidad que tuvo de conocer en profundidad a Quiroga. Sin embargo, la parte propiamente de redacción de la obra da la impresión que le cupo a Delgado. No se conocen obras literarias de Brignole – aparte de sus balbuceos consistoriales – y Delgado tiene obras narrativas de estilo e incluso léxico similar al de esta biografía. A esta conclusión la apoya la observación de Isabel Sesto Gilardoni, que se dedicó con devoción a estudiar la obra de José María Delgado. Dice Isabel Sesto: “En 1939 (J.M.D.) en colaboración con el Dr. Alberto Brignole, quien le suministró muchos datos que figuran en la obra, publicó *Vida y Obra de Horacio Quiroga...* Vale decir lo presenta a Delgado como el autor propiamente dicho, algo que debía conocer muy bien por su declarada cercanía con la familia.

“El resultado de *Vida y Obra de Horacio Quiroga* puede valorárselo en toda su amplitud si se tiene en cuenta que, en su mayor parte, lo que se lee en ella se decía por primera vez. La cercanía se logra con la prodigalidad de las confidencias y la certeza de las afirmaciones. Pero, además, por sobre la admiración incontenible, responsable de emprender con minuciosidad la tarea, se alza un deseo de verdad que hace que no se rehúya poner en evidencia perfiles que no favorecen la consideración de la personalidad del amigo.

13 QUIROGA, Horacio: Obras Completas. Edición, prólogo y notas de Leonardo Garet. Cruz del Sur, Tradinco, en cuatro tomos; primera edición marzo 2002, segunda edición, enero 2005, tercera edición agosto 2009.

Quiroga disfrutó del apogeo de su obra cuando publicó *Los desterrados* (1926) y enseguida sobrevino el retaceo y la negación de reconocimiento a manos de los martinfierristas – grupo de la calle Florida – que consagraban con exclusión de otro nombre, el de Ricardo Güiraldes. Quiroga deja constancia de su reacción en el artículo “Ante el Tribunal” (1932).

En los años que siguieron a 1939 la obra de Quiroga no tiene una valoración siquiera cercana a la que hoy le destina la crítica literaria de varios países y de otros idiomas. Corresponden a Emir Rodríguez Monegal la labor documentalista – sobre todo de la etapa misionera a partir de *Las raíces de Horacio Quiroga* (1961) – y a Ezequiel Martínez Estrada la testimonial de sus últimos años, en *El hermano Quiroga* (1957), los mayores aportes biográficos. Existe un número de insoslayables estudios sobre su obra de los cuales cabe citar – y no sólo por su prioridad cronológica – *Una obra de experiencia y riesgo* (1959), de Noé Jitrik.¹⁴

Vida y Obra de Delgado y Brignole cumple con creces la misión de mostrar una vida singular, de esas que de por sí tienen aristas dignas de llamar la atención pero que, además, se carga de contenido cuando se la relaciona con la creación intelectual de ese hombre. Recibió el Primer Premio Nacional del *Ministerio de Instrucción Pública* de Uruguay, a la producción de 1939. Después de leer *Vida y Obra de Horacio Quiroga* se adquiere la cabal dimensión de cuánto le deben los biógrafos posteriores. Delgado y Brignole instalan a Horacio Quiroga como personaje, señalando las coordenadas para la comprensión profunda y también, aunque excede lo literario, colocando la primera piedra firme para la creación del mito.”

Siguiendo a Isabel Sesto, en la consideración de la obra de J. M. Delgado, expresa esta autora:

En 1939 gana también el premio en el Certamen Latino Americano de Poesía organizado por el diario “La Prensa” de Buenos Aires, por su extenso poema titulado “LA MÁS PEQUEÑA”, que encierra delicadeza, ternura, encanto y un hondo dramatismo, sobre el cual el autor extiende un velo de ilusión y de esperanza que atenúa la angustia. Esas

14 Noé Jitrik (Rivera, Provincia de Buenos Aires, 23 de enero de 1928) es un crítico literario y escritor argentino, autor de numerosos cuentos, novelas y ensayos críticos, literarios e históricos.

muertes sucesivas de los tres hermanos de “la más pequeña”, en el escenario salteño, con su río, sus saltos, la infinita esmeralda campesina, los cerros de ágatas reverberantes, pese al horror del acto en sí, tienen una culminación en la cual el elemento poético cambia en hermosas ilusiones póstumas, lo que pudo llevar a la desesperación a la única superviviente de los cuatro hermanos. Por la magia del poeta, la muerte se despoja de su máscara de espanto, para darnos la consoladora visión de un mundo mejor.

Este poema que su autor publicó en un volumen con “LAS VIÑAS DE SAN ANTONIO”, en 1952, se da en cinco tiempos.

Con “LA MÁS PEQUEÑA”, José María Delgado llega a la culminación de un refinado arte poético. Plantea con sutileza situaciones de un tremendo dramatismo, pero de inmediato las suaviza y esfuma de un halo de ternura. Lejos de poner el acento en los irreparables y luctuosos acontecimientos, apenas insinuados, los sublimiza por medio del arte y la belleza.

En 1941, dos años después de “LA MÁS PEQUEÑA” y de “VIDA Y OBRA DE HORACIO QUIROGA”, José María Delgado publica su magnífica novela “JUAN MARÍA”, con la cual no solo obtiene el Primer Premio en el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay, sino que además, se coloca a la altura de los más grandes novelistas de habla española.

“JUAN MARÍA”, no solamente muestra al desnudo la heroicidad del Médico rural, que tiene que luchar con un medio en el cual la ignorancia, la superstición, el curanderismo, y el desprecio por todo lo que signifique instrucción, progreso, cultura, son las normas corrientes.

Es además, un fiel retrato del gauchaje de nuestro país, durante la guerra civil entre blancos y colorados. Era una época en que “los hombres del campo, sólo salían de las estancias, para contrabandear ganado o alistarse en las patriadas. Fuera de las faenas ganaderas, realizadas dentro del primitivismo gaucha, no conocían ni siquiera el abecedario”.

En este ambiente, transcurre una parte de la vida de Juan María, protagonista de la novela. En él nació y sufrió su triste y amedrentada niñez. Y a él volverá, cuando al culminar sus brillantes estudios de Medicina en Montevideo, rechace el ofrecimiento de altos cargos en la

Capital, y se empeñe, con una especie de fatalidad, en ejercer su profesión en el ambiente rural, donde hallará la más injusta de las muertes.

Su niñez desdichada; y en el desempeño de su profesión, su valentía y altas y excepcionales virtudes, así como su injusta muerte, nos lo hacen amar y admirar desde el principio al fin de la obra.

José María Delgado modeló al protagonista de su novela, con amor y ternura. Puso en él, junto al arrojo, la valentía y un gran espíritu de sacrificio en el cumplimiento del deber, una bondad y una generosidad, que rebasan los límites de lo imaginable. Se diría que se pintó a sí mismo, no tal como fue, sino como hubiera sido en similares circunstancias.

No hay positiva faceta del alma humana, que no encontremos en Juan María.

En todas sus experiencias vitales, nos asombra su grandeza excepcional.

Admirable conocedor del alma humana, tiene José María Delgado, un estilo tan rico, una originalidad tan llena de colorido y de gracia unas veces, y tal dolorosamente cruda, otras, que el lector está en continua tensión emotiva, porque vive y sufre las vicisitudes del personaje central.

Desde que comienza la novela, el autor nos presenta con un mínimo de palabras, el drama en toda su intensidad: “Juan María causó la muerte de su madre al nacer”.

Y añade: “Tal fatalidad gravitó tremendamente sobre su infancia, porque ni el padre ni los hermanos-mozos ya cuando él asomara a la vida – pudieron mirar jamás aquella desgracia discriminando su inocencia”.

Juan María crece pues en un ambiente hostil, despiadado, solamente protegido por las chinas, y sobre todo, por la china Indalecia. Esta, cuando avizora sobre las lomas lejanas al padre y a los hermanos que regresan a las casas, grita: “Ahí vienen, Juan María”. Y el niño corre a esconderse.

En cierta ocasión, Juan María enferma. Las chinas, asustadas, se lo comunican al padre. Este les dice: “Déjenlo reventar”.

Las chinas insisten: “Pero es que apeligra morirse”.

El padre contesta brutalmente:

- “Mejor; lo tira al bañado y san se acabó”.

Es tanto el odio que siente por su hijo, que un día que le ve trepado a un árbol le dice a un peón:

- “Alcanzame el matagatos, voy a agujerear un chimango”.

A la intervención del peón, que le desvió el caño de la escopeta, y a la rapidez de sus piernas, debió Juan María la vida.

Un chasque del General, convocando a los paisanos para una patriada, y luego, la muerte del padre y de los hermanos en la batalla de Arbolito, da oportunidad a Juan María para cambiar de ambiente, pues tiene parientes en Montevideo.

El autor aprovecha esa circunstancia para mostrar la ternura de la china Indalecia, que tanto quería a Juan María y que siempre le había defendido.

Cuando el tío Aurelio, que ha venido a buscar a Juan María con la excusa de proporcionarle educación, pero en realidad, para apoderarse de sus bienes con el pretexto de administrarlos, pregunta quién es el niño, ella miente diciendo que es su hijo. Pero el tío Aurelio nota el parecido de Juan María con su difunta hermana. Entonces le explica a Indalecia que ha venido a buscar a su sobrino para que en Montevideo “se críe como la gente”.

En fin, la novela con todo su desarrollo, culmina en el episodio trágico de la muerte de Juan María, y termina esta novela desarrollada en dos escenarios antagónicos: la campaña y sus habitantes en una época de atraso y barbarie, y la vida en la Capital, a fines del siglo XIX y principios del XX.

Ella muestra a lo vivo el idealismo de un Médico, que despreció honores y altos destinos en la Capital de nuestro país, para realizar una

obra excepcional en un medio donde reinaba la ignorancia e imperaba la barbarie.

Plena de heroísmo, desbordada de generosidad, su preciosa vida estaba signada para apagarse en holocausto a los más altos ideales humanitarios.

En los extremos del arco bajo el cual transcurrió esta vida ejemplar, hay dos caudillos típicos, instintivos y feroces: uno, contribuyó a darle la vida; el otro, le da la muerte.

Pero lo que simboliza Juan María y su lucha por el ideal, sigue viéndose en el alma del lector.

José María Delgado, Médico también, al concebirlo, pensó seguramente, no en lo que a él mismo le tocó vivir, sino lo que en caso de estar en el lugar del protagonista de su novela, hubiera sido capaz de hacer.

Adquirió así, con esta magnífica obra, una jerarquía de primer plano como novelista.

Ella ha traspasado fronteras y es justamente elogiada en muchos países de América.

En un tiempo, allá por 1952, estando la autora de este libro en México, se hablaba de llevarla al cine.

“JUAN MARÍA” es una de las pocas novelas uruguayas que está a la altura de las más grandes y conmovedoras novelas de todo el Continente.

En 1943, José María Delgado publica “SPORT”, libro que contiene recuerdos y semblanzas en prosa y verso, de la vida deportiva.

En 1944 apareció publicado en la Revista Nacional, Año VII – No. 77, un interesante ensayo titulado “MUNDO INTERIOR”. En él el autor da muchos detalles de su vida, y de sus sentimientos.

Dice el Médico poeta, que la naturaleza de su profesión, le obligó a escuchar confidencias, y a presenciar dramas, que de haber tenido el estro de Esquilo, le hubiesen dado materia para varias Orestíadas.

Expresa en un poema, las alternativas de dureza y blandura que hay en cada ser, según los momentos y las circunstancias:

Tres guardianes custodian mi corazón.
Uno es un gendarme.
Puedo estar tranquilo cuando monta guardia:
No abrirá la puerta ni a la propia madre.

Otro es un filósofo,
No se le despega nunca la sonrisa.
Cuando está de turno duermo sin temores:
Abrirá la puerta sólo a la ironía.

Otro es un poeta.
Fácil se enquistota, pronto se conmueve.
Con él mi corazón, es un jardín sin verja:
Todos entran y salen y llevan lo que quieren.

Los que tuvimos la dicha de conocer el fino y generoso espíritu del Dr. José María Delgado, sabemos que en el tercer cuarteto de este poema, se definió a sí mismo, porque su corazón, siempre fue “un jardín sin verja”.

La autora dedica párrafo especial a los discursos del Dr. José María Delgado, reseñando brevemente los dictados en la Academia Nacional de Letras en ocasión de recibir a Juana de Ibarbourou como Académica, y el que refirió a Adolfo Montiel Ballesteros, titulado “Los escritores que culminan”.

Destaca en sus últimos párrafos, un poema inédito, que el poeta escribió antes de su muerte, acaecida el 5 de mayo de 1956, que se titula “LEJOS ESTOY”.

Todo en él está dicho con esa santa humildad que siempre caracterizó al Dr. José María Delgado. Inmediatamente después de la muerte del poeta, en mi visita de duelo a la esposa y las hijas, la Sra. María Mercedes Delgado de Delgado, con gesto conmovido y conmovedor,

me extendió el último cuaderno de poemas inéditos. Una de sus hijas me dio una copia del soneto hermosísimo, que vamos a compartir.

LEJOS ESTOY

Lejos estoy de estar donde soñara
y más lejos, de ser lo que quisiera,
mas me cuidé de andar por senda clara
y limpio llego a la última ribera.

Dichoso aquél que nunca a diosa avara
consagró la inquietud de su quimera,
y en paz consigo y Dios labró su era
y no inmoló cordero en sucia ara.

Dí preferencia al justo sobre el fuerte,
quise lo bello, quise lo sencillo,
quise la libertad, y de tal suerte

amé al Amor y lo hice mi caudillo,
que nada de él, en mí fue hacia la muerte
sino a crecer en constante y mayor brillo.

Considerada en conjunto la obra del Dr. José María Delgado, podemos decir, sin temor a equivocarnos: No hay laurel que no merezca la frente de este gran poeta.

HÉCTOR HOMERO MUIÑOS
(1888-1971)



Héctor Homero Muiños (1888 – 1971). (Fuente: Washington Buño)

29 DE MARZO DE 2013

HÉCTOR HOMERO MUIÑOS (1888-1971)

WASHINGTON BUÑO

En 1973, Washington Buño trazó una semblanza de Héctor H. Muiños, como Prólogo a una edición de la biografía de Francisco Soca que éste había escrito antes. El colofón del nuevo libro indica: *Esta obra sobre Francisco Soca de la que es autor el Dr. Héctor H. Muiños fue compuesta e impresa por los Talleres Gráficos Barreiro y Ramos S.A. Se terminó de imprimir en Montevideo, el día 1º del mes de junio de 1973, aniversario del natalicio del Dr. Muiños, quien consagró los dos últimos años de su vida a escribirla para prologar la “Selección de Discursos” de Francisco Soca, editados en la “Colección de Clásicos Uruguayos”.* El estudio de Buño permite conocer detalles de su vida, familia y educación, pero particularmente de la personalidad médica y humanística del biografiado. Se trata de una obra rara de hallar, que llegó a mis manos por obsequio del Sr. Jorge Silvera, sobrino de la esposa viuda de Muiños, a quien mucho agradezco su recuerdo.

Washington Buño (1909-1990) ingresó a la Facultad de Medicina en 1927, graduándose en 1940. Fue Profesor Director de la Cátedra de Histología y Embriología, por concurso de oposición desde 1942 y

desde 1948 fue uno de los primeros docentes en régimen de dedicación total de la Universidad de la República. Decano de la Facultad entre 1963 y 1966, había sido antes Consejero desde 1951 a 1955. Renunció en julio de 1973 a la Cátedra, y desde entonces se dedicó de forma apasionada a la Historia de la Medicina, siendo muy nutrida su producción. Fue de los fundadores de la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina, y su primer Presidente en 1985-1988, luego de obtener la Sociedad su personería jurídica. En consecuencia, además de conocer al biografiado y haberlo tratado extensamente, investigó la documentación que le facilitó la familia de H. H. Muiños para elaborar esta biografía.¹ Una versión resumida de esta biografía fue publicada en *Médicos Uruguayos Ejemplares*, Tomo II, 1989.² Aquí tenemos la versión completa y más rica, que muestra en toda su magnitud al personaje biografiado.



Washington Buño (1909 – 1990).

(Fuente: Bio-bibliografía de Washington Buño, por Fernando Mañé Garzón, Milton Rizzi Castro y Mariángela Santurio Scocozza).

“Aussi faut-il, reprenant chacun des points susdits, transporter la philosophie dans la médecine, et la médecine dans la philosophie. Le médecin philosophe est égal aux dieux”.

Hippocrate: Oeuvres complètes. Trad. E. Littré. 1861; De la bien-séance. V; Vol. 9; pág. 233.

La magnífica semblanza de Soca contenida en este volumen fue trazada por un discípulo, que fue él mismo un médico de excepcional

1 MAÑÉ GARZÓN, Fernando, RIZZI CASTRO, Milton y SANTURIO SCOCOZZA, Mariángela: Bio-bibliografía de Washington Buño (1909-1990). En: <http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/buno-bio-biblio.pdf> (Consultada el 30.03.2013).

2 BUÑO, Washington: Héctor H. Muiños (1888-1971). *Médicos Uruguayos Ejemplares*, Tomo 2, 1989, Horacio Gutiérrez Blanco (Editor), pp. 289-299. En: http://www.smu.org.uy/publicaciones/libros/ejemplares_ii/art_43_muinos.pdf (Consultada el 30.03.2013).



Portada del libro Francisco Soca, de Héctor H. Muiños, con prólogo de Washington Buño.

capacidad clínica y un escritor de indudable mérito. Durante diez años estuvo junto a Soca como alumno y colaborador directo en las inolvidables clases de la *Sala Argerich* (hoy *Sala Soca*) en el viejo Hospital Maciel. Ha expresado, reiteradamente, que su encuentro con Soca signó de modo definitivo su personalidad médica, y en un momento culminante de su vida, cuando tiene que cuidar al Maestro moribundo y hace revisión angustiada de todo lo que le debía; en esa noche interminable de inútil e impotente vela, desfilaron por su imaginación todos los recuerdos de diez años de vida de estudiante y de joven médico; los grandes, los

imborrables, los incomparables años de su aprendizaje y tuvo clara vivencia de cuanto debía al ejemplo de aquel talento genial.

Y esta constancia de reconocimiento y admiración que Héctor Homero Muiños rinde a Soca moribundo culmina cuando, medio siglo más tarde, casi al final de su vida, traza esta admirable semblanza en que se revela, a través de un epistolario excepcional y de superior valor histórico, aquella personalidad fuerte, desbordante y dura, pero matizada con rasgos de rara sensibilidad, que Muiños destaca con mano maestra.

Fue tal la devoción por el Maestro que tuvo como norte y ejemplo en su vida de médico, que destacó su valor en cuantas oportunidades se le presentaron y conservó como reliquia, hasta el fin de su vida, numerosas cuartillas con membrete *Hospital Maciel*, fechadas en 1914, es decir cuando era estudiante de 4º año, en las que, con la caligrafía descuidada del apunte de clase, se recogen las lecciones de Soca sobre asma, insuficiencia aórtica, tuberculosis, etc.

Héctor H. Muiños logró merecidamente en la medicina nacional un puesto de singular distinción y alcanzó grandes honores. Las aristas más salientes de su personalidad fueron su dedicación fervorosa de todo momento, durante toda su vida, a la profesión a que la vocación lo llamó desde muy joven. Ejerce la medicina con permanente sentido crítico, que le permite advertir cambios vertiginosos en la forma de la relación médico-enfermo, por lo que siente el deber de dar su grito de alarma cuando percibe que toda una etapa tradicional del ejercicio profesional y que él ha cumplido como pocos, la del médico de familia, va desapareciendo, inevitablemente, para dar paso a formas más despersonalizadas de la asistencia médica; a la medicina de equipo, en donde el aparato, el análisis, la radiografía, en fin todas las formas del ejercicio científico de la profesión, van desplazando, sin posibilidad de retorno, al médico de familia, confidente, consejero, y pieza fundamental del núcleo familiar.

Muiños fue un ejemplar de esa especie ya casi extinta, y de indudable eficacia, del médico familiar.

No alcanzó, por razones de circunstancias, la cátedra universitaria, para la que le sobraban jerarquía y méritos y para la que estaba excepcionalmente dotado; pero enseñó siempre medicina, como colaborador fiel de la Facultad de Medicina, y desde sus servicios de los hospitales Español y Militar. Fue también un eximio profesor de física en la enseñanza secundaria y sus alumnos lo recuerdan siempre con cariño y respeto.

Pero su dedicación íntegra a la profesión médica no le impidió adquirir una sólida cultura general en la frecuentación regular de las obras maestras de la literatura, tanto clásica como moderna, en su afición al buen teatro y a la buena música, en su aprecio y su buen gusto por las bellas artes plásticas. Y su sólida cultura se expresa diáfana en sus escritos, de estilo sobrio y elegante, de cuidado lenguaje, de enjundioso contenido, de erudición amplia que acude cabalmente en el instante preciso. Fue un escritor de raro mérito. Entre sus papeles se encuentran miles de cuartillas en que anota sus lecturas sobre los temas más variados de literatura, filosofía o arte; transcribe frases textuales del libro que lee y lo comenta con seguridad y buen tino; se hubiera podido llenar con creces la sección bibliográfica de cualquier revista exigente con esos comentarios de lecturas que Muiños redactaba y luego guardaba

para usarlos algún día, o quizá nunca. Su libro, *Medicina, una noble profesión* traduce esa cultura humanística, tan selecta y digerida; libro que tuvo un gran éxito editorial y una gran repercusión en el ambiente médico.

Hizo también incursión esporádica en la literatura ya que es autor de una novela *Las imágenes* (1969), que permanece inédita.

* * *

Era de talla algo por debajo de la media, pero erguido, delgado, y con natural elegancia; de movimientos y desplazamientos rápidos, pero llenos de gracia; de cabeza levantada y cabello negro, que el tiempo plateó; con amplia frente y profundas entradas; de facciones regulares, poseía nariz algo aquilina y en su cara se destacaba netamente la mirada profunda y serena de sus ojos oscuros, que se fijaban siempre con atención a su interlocutor. Poseía voz clara y pronunciación precisa a la que sabía dar entonaciones convincentes; por eso, cuando adquiría toda su simpatía era en la conversación. Era un expositor que cautivaba por el interés de su palabra; por la elegancia tanto intelectual como formal de sus frases, por la atención con que sabía escuchar y la inteligencia con que sabía responder. En cualquier reunión centraba rápidamente el interés y sabía elevar el tema de la conversación que adornaba con citas siempre oportunas de sus copiosas lecturas. Era dueño de un humor de buena ley, en el que no estaba ausente la ironía con que matizaba muy oportunamente su conversación, y que acompañaba de una sonrisa fina y sugestiva. Quizá sea oportuno incluir aquí un involuntario, pero muy veraz autorretrato, que introdujo en su libro al describir cómo debe ser el carácter del médico, ya que nunca fue más cierto que *retratar es retratarse*. Dice: *El médico debe ser alegre, porque su alegría es un tónico para el enfermo, que ni la tiene ni la ve a su alrededor, y que, dispensada por el doctor, que es el que sabe el estado de la dolencia, adquiere toda una significación pronóstica que las antenas del paciente sintonizan rápidamente. El médico debe ser alegre, pero no dicharachero; con sentido del humor, pero no vulgar; sencillo, pero no descuidado; enérgico, pero no tirano; servicial, pero no sirviente; accesible, pero no débil; cosas todas que, podrá decirse, le cuadran a cualquiera, pero que en la índole peculiarísima de*

las actividades médicas adquieren calidad favorable o perjudicial como en ninguna otra ocupación. Ni el ingeniero ni el abogado tienen por qué, profesionalmente, ser obligatoriamente alegres u optimistas o tolerantes. En el médico, son cualidades que integran terminantemente la posibilidad del mejor desempeño.

Intelectualmente era un ser de naturaleza superior, en que a una viva inteligencia natural se unían las preciosas cualidades de la gracia, el equilibrio, la ponderación de juicio, y una fineza de observación y de análisis excepcionales.

No puede extrañar que con esas aptitudes y siendo, como lo era, un infatigable estudioso, que consideraba inmoral para un médico no estar informado de los adelantos importantes de la profesión, haya alcanzado las cumbres del ejercicio profesional.

* * *

Estaba marcado por la naturaleza para ser médico y un gran médico; en una composición escolar titulada *Mi ocupación favorita* que encontramos en un cuaderno de 5° año fechada el 9 de setiembre de 1901 escribe este niño de sólo 13 años: *Así como muchos dedican su ambición a ser ricos, yo, siempre he manifestado predilección por una carrera. Siempre, desde que empecé a darme cuenta cabal de las cosas, demostré esa inclinación. Es mi único ensueño, mi único deseo y siempre estudio y me afano, considerando que sólo así podré seguir adelante y después en el transcurso de los años, podré conseguir el anhelado título, ese diploma que podré entonces ostentar con justo orgullo y que si pudiera, si me fuera posible, querría poseer ya. ¡Cuántas veces, inclinado en mi mesa de trabajo, cumpliendo mis tareas he experimentado un vago sentimiento que se apoderaba de mi ser y me impulsaba a dejar el estudio! Pero en esos momentos heme acordado, afortunadamente, de que así jamás podré realizar mi ideal y este recuerdo me ha movido a seguir siempre, con perseverancia en el trabajo. El día más feliz de mi vida, pues, será en el que pueda demostrar mi título y entonces, sí, se verán colmadas todas mis esperanzas”.*

En las frases ingenuas del niño se traduce ya, con toda precisión, esa ambición de una carrera, que todavía no dice sea la medicina, que quizá sea todavía un deseo impreciso e informe en la voluntad infantil, pero seguramente perfilado ya y atrayendo al niño con la fuerza de un

sino. Y seguramente esta experiencia infantil está también presente en su recuerdo cuando escribe en *Medicina, una noble profesión: Los grandes clínicos, y es una afirmación que muchos suscribiremos, han salido de los muchachos que dejando de lado cualquier otra sugestión, dicen que serán médicos desde la niñez.* Y en otra parte del mismo libro: *Seguimos viendo la profesión como algo inmenso en su entrañable vastedad, que no nos fue accesible, pero que justifica rotundamente esa vocación que hemos sentido bullir desde la infancia los que hemos sido médicos porque no habríamos podido ser otra cosa.*

DATOS BIOGRÁFICOS

Nació en Montevideo el 1º de junio de 1888 siendo hijo de Ramón Nieves Muiños y de Isabel Bidondogaray. Completa la familia una hermana dos años mayor Norma Zulema y dos hermanos menores que mueren en la primera infancia. La hermana casó con Federico Ferreiro.

Es sobrio y recatado en sus sentimientos familiares; en sus escritos solamente he encontrado una referencia al padre, en la conferencia en homenaje a Scoseria donde relata que el padre era director de faros. Mucho más cálida y devota es la referencia que hace de su madre, con quien, al decir de familiares, tenía gran parecido físico y por la que sentía íntimo cariño. En el homenaje a Soca, realizado en el Salón de Actos del Ministerio de Salud Pública el 30 de abril de 1953, comenzó su discurso diciendo: *Tengo en mi insignificancia dos grandes orgullos, los únicos que me es dable tener. Uno es de mi ascendencia vascuence, por mi madre: cuando siento un apellido vasco – Zumalacárregui, por ejemplo – que evoca el paso de un carro por un sendero pedregoso, mi madre da un brinco en el corazón, donde la llevo.*

El padre, a juzgar por algunas cartas que se conservan, debió ser de cierta cultura y de natural despeje. Un tío, José Muiños, se destacó como periodista interesado en los problemas del campo.

Según tradición familiar aprendió a leer solo y cuando concurre a la escuela primaria ya sabía leer. Debe haberse atrasado por enfermedad, ya que según sus cuadernos escolares cursa 4º año en 1899, año en que cumple los 11 años y 5º año en 1901 cuando va a cumplir 13 años. Está por lo tanto atrasado en relación con su edad. Sus cuadernos nos

muestran un alumno laborioso; sus deberes casi sin correcciones y con buenas calificaciones. Concorre a la escuela de 2° grado No. 7 que dirigía Juanita Ferreiro a quien, según testimonios, siempre recordaba con afecto. Hay constancias de que al finalizar primaria se enferma y el padre lo lleva a una estancia de Tacuarembó a reponerse.

Da examen de ingreso en 1904 y rinde exámenes libres para recuperar tiempo. Le tocó cursar el viejo bachillerato en que enseñaban una constelación de maestros que hoy parece casi increíble pudieran estar reunidos en ese nivel de estudios. Los evoca con emoción en 1961 cuando pronuncia una conferencia sobre Scoseria. *Veníamos de Secundaria donde habíamos encontrado profesores de la categoría de Arbelaiz, de Emilio Frugoni, de Vaz Ferreira, de Francisco Alberto Schinca, de Lapeyre, de Gaminara, de Claudio Williman, de Arboleya, de Correch, de Carlos María Maggiolo.*

Pertenecía a un hogar modesto pero sin que en su casa anidara la miseria. Los tiempos eran duros y el ambiente familiar debió ser de atenta vigilancia a los gastos y de no permitirse ningún desembolso superfluo, y muchas cosas que hoy nos parecen casi imprescindibles, eran consideradas superfluas en aquellos tiempos. No hay duda que vivió su niñez y su juventud bajo el signo de la estrechez.

Muy joven y mientras sigue sus estudios, dicta clases en un liceo habilitado, el Liceo Linares ubicado en Uruguay frente a Curiales y cuyo propietario y director era un español, Don Luis Robles. Luego obtiene un cargo para la venta de boletos de carreras en el Hipódromo de Maroñas los días de reunión, lo que representaba una buena ayuda económica.

En mayo de 1916 se inaugura el Liceo Rodó y el Dr. Miguel Lapeyre, nombrado director, cargo que desempeñó con ejemplar dedicación durante muchos años, lo designa para dictar cursos de Física y Geografía; en 1920 renuncia a los grupos de geografía manteniendo los de física hasta 1932 en que renuncia en la forma que veremos.

Los testimonios de sus alumnos, hombres de la generación del que escribe, son unánimes en recordarlo como un profesor de excepción, inspirado, brillante, con una grata familiaridad y camaradería con sus discípulos sin que afectasen, en lo más mínimo, la disciplina y el respeto debidos; en sus clases estaba siempre presente un humor de calidad,

un gracejo simpático y fino que las hacían agradables. Sus alumnos evocan las clases de Muiños con la emoción y la nostalgia de un recuerdo placentero y querido.

Durante un período (1928-1930) se desempeñó como miembro del Consejo de Enseñanza Secundaria, dependiente entonces de la Universidad de la República.

El 19 de marzo de 1936 casó con Orfilia Peirano Falco; fue una compañera comprensiva que supo aceptar y adaptarse a la vida sacrificada y a la labor imprevisible de un médico de gran actividad, que obliga a muchos renunciamientos en la vida social. Le acompañaba en sus visitas y comprendió y respetó los inevitables aislamientos de quien dedicaba al estudio cada instante que le dejaba libre su labor profesional.

LA CARRERA DE MÉDICO

La nota de la Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatorios comunicando que *Don Héctor H. Muiños ha prestado examen, obteniendo aprobación, de todas las asignaturas exigidas para ingresar a la Facultad de* (falta la indicación de a qué Facultad) tiene fecha mayo de 1910 y el pase a la Facultad está fechado el 7 de junio de 1910. Con esa fecha inicia Muiños su carrera médica. Se destaca netamente como estudiante rindiendo sus exámenes con excelentes calificaciones, termina sus estudios y se recibe de médico al aprobar su último examen, que fue el de Clínica de Niños, el día 16 de setiembre de 1916.³ Tenía entonces 28 años de edad.

Las calificaciones obtenidas son siempre muy altas siendo la más baja (Bueno por unanimidad) la que obtiene en Cirugía. Teniendo las calificaciones más altas de su generación se hace acreedor a una de las becas que otorga la Facultad.

³ En el expediente escolar en que están consignados todos sus exámenes (Caja No. 59, Expediente 1775 de la Facultad de Medicina) hay un error evidente pues se asienta como fecha del examen el 13 de octubre de 1916. El pedido de examen y la fecha fijada por el Decano Dr. A. Ricaldoni son para el 16 de setiembre. Además la solicitud de título y el recibo de haber abonado los derechos de título son del 8 y del 5 de octubre respectivamente, antes de que hubiera terminado su carrera, lo que es imposible.

Por fin el 10 de octubre presenta una nota en la que expresa: *Ha- biendo terminado mi carrera de médico cirujano y teniendo el propósito de pre- sentar tesis, vengo a solicitar a V. S. que de acuerdo con el reglamento respecti- vo, se sirva ordenar se me expida el certificado de terminación de carrera a que dicho reglamento alude.*

No hemos encontrado ninguna constancia de que haya efectiva- mente presentado su tesis doctoral y creemos firmemente que nunca lo hizo.

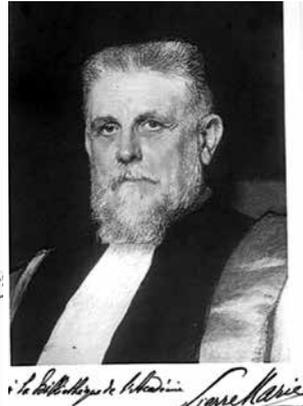
Como ya dijimos, las altas calificaciones obtenidas le hacían acreedor a una de las becas de estudio, por lo cual el 11 de mayo de 1917 se presenta ante el Decano solicitando *Que, en caso de serme adjudicada una de las becas correspondientes al año 1916, se me permita acogerme a la disposición que establece la posibilidad de postergar por un año el derecho al uso de la beca, siempre que se desempeñe un puesto técnico auxiliar de la enseñanza, a cuyo efecto acompaño la propuesta formulada a favor mío por el Dr. Soca, como Jefe Adjunto de Clínica Médica en la Sala Argerich.* El Consejo el 30 de mayo de 1917 resolvió concederle, en mérito a su alta escolaridad, una beca correspondiente al año 1916 y acceder a su solicitud para ser postergada su utilización hasta el año siguiente. No concursó para el internado de Salud Pública.

El 16 de setiembre de 1918, es decir exactamente, día por día, dos años después de graduarse y cuando ya se vislumbraba el fin de la 1ra. guerra mundial, parte para Europa en uso de su beca. Permanecerá casi dos años en el viejo continente, de donde regresa en abril de 1920. Precisamente su viaje coincide con la formidable pandemia de *grippe* que asoló al mundo en esa fecha. Al llegar a Barcelona debe atender a varios uruguayos afectados del mal, algunos funcionarios del Banco de Seguros. El Directorio del Banco, presidido por el Dr. Juan J. Amézaga le agradece por nota la asistencia prestada. (29-XI-1918).

En Europa concurrió a las clínicas francesas que en esa época eran más acreditadas. En especial a la de Ferdinand Widal (1862-1929) que se esforzaba por darle nueva jerarquía a la tradicional clínica francesa introduciendo nuevos conceptos y utilizando nuevos métodos exploratorios y de laboratorio. Asistió también a la clínica de Nicolás Gilbert (1858-1927), de Pierre Marie (1859 [1853]-1940), de Louis Vaquez (1860-1936) y de pediatría de Victor Hutinel (1849-1933). Tuvo inicial-

mente intenciones de dedicarse a la pediatría pero luego se decidió por la clínica Médica.

París, el París todavía sangrante de la matanza, con sus monumentos, sus lugares históricos, sus callejas y sus viejos muros testigos de tanta aventura del hombre, deben haber impresionado vivamente la personalidad de Muñíos, tan receptiva y sensible para las cosas del



Ferdinand Vidal, Nicholas Gilbert, Pierre Marie, Louis Vaquez, Víctor Hutinel y Joseph Fr. Babinski (Fuente: biusante.parisdescartes.fr)

espíritu. Estaban allí condensados siglos de cultura y, precisamente, de la cultura que más ha llegado a nosotros; de la cultura francesa que tanto brilló en el siglo XIX y tanto influyó en la formación intelectual de nuestros jóvenes de aquella época.

Muiños trabajó intensamente en las clínicas; estudió con tesón y aprovechamiento, pero supo también disfrutar aquella experiencia, que sería única en toda su vida, para visitar museos, para asistir al teatro (por el que tenía una afición que duró toda su vida); para concurrir a conciertos; en fin para, ávidamente, absorber todo lo que podía de aquel París denso en cultura.

Quizá la experiencia médica más importante que recoge en París es que todos aquellos grandes de la medicina, con excepción quizá de Joseph Fr. Babinski (1857-1932), palidecen como médicos, como docentes y como maestros, cuando los compara con aquel gigante con quien compartió tantas horas de lúcida enseñanza y aprendizaje en las viejas salas del Hospital Maciel: Francisco Soca.



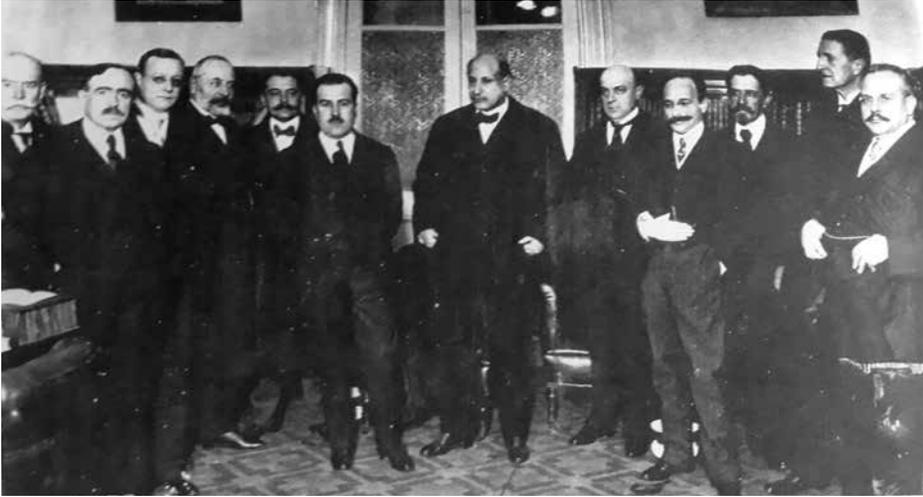
Profesor Dr. Francisco Soca

Francisco Soca

(Fuente: Boletín No 8 SMU, Abril 1922).

SU CARRERA DOCENTE

A poco de recibido, Soca lo nombra Jefe de Clínica Adjunto, iniciando así una carrera docente en clínica Médica que todo hacía presagiar sería brillante y le permitiría alcanzar los mayores honores. Muiños tenía una neta vocación docente; cumplía con placer su tarea de enseñanza, gustaba del contacto con los jóvenes, poseía naturales dotes de exposición, era estudioso, procuraba mantener sus conocimientos al día, tenía talento natural, era buen observador, poseía recio sentido común, en fin todas las características que integran la personalidad de un buen profesor. Todo anunciaba, pues, a un futuro profesor de clínica médica. Sin embargo, no alcanzó nunca a ocupar ese cargo, aunque desarrolló, durante toda su vida, una actividad pedagógica regular, colaboró asiduamente con la Facultad y alcanzó el máximo galardón cuando fue designado en 1959 Profesor ad Honorem, título que merecía como pocos.



Nombramiento de Francisco Soca como Profesor Honorario. En la Sala del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina, se encuentran, de izquierda a derecha: Albérico Isola, José Martirené, Buenaventura Delger, José Scoseria, Juan Francisco Canessa, Pablo Scremini, Francisco Soca, Luis Bottaro, Américo Ricaldoni, Manuel Quintela, Alberto Vázquez Barrière y Bernardo Etchepare. (Fuente: Eduardo Wilson y Fernando Mañé Garzón: Américo Ricaldoni, Artífice de la medicina Uruguaya. Ediciones de la Plaza, 2009).

El comienzo fue, pues, la designación de Jefe Adjunto de Clínica Médica; luego, del 1° de marzo de 1920 hasta el 28 de febrero de 1923 Jefe de Clínica Médica titular. El 29 de marzo de 1922 fallece Soca. En agosto de 1922 es nombrado Asistente de la Clínica Médica del Prof. Dighiero. El Dr. Juan C. Dighiero, discípulo predilecto de Soca, le sucedió en su clínica pero por poco tiempo, ya que falleció el 13 de julio de 1923. Las rápidas muertes sucesivas de Soca y Dighiero tuvieron, sin duda, muy profunda influencia sobre el porvenir del joven médico que iniciaba, en forma tan promisorio, su carrera profesional y académica. En lo profesional lo hicieron, inevitablemente, heredero de las importantes clientelas de ambos profesores. Debíó así multiplicar su actividad profesional y se incrementaron seguramente de modo importante sus responsabilidades como médico. Desde el punto de vista académico, debe haber sido un duro golpe. La clínica a la que pertenecía se desintegró; su personal se dispersó por diferentes servicios y Muiños debíó haber sentido orfandad y desorientación al tener que integrarse a otro servicio ya constituido con sus cuadros armados y con modalidades diferentes. En las estructuras tradicionales y rígidas de la Facultad, no tener respaldo académico de clínica alguna debíó haber conspirado seriamente contra las perspectivas de Muiños de hacer una carrera profesoral.

En marzo de 1925 es nombrado, por un año, asistente honorario de la Clínica Terapéutica que dirigía el Dr. César Bordoni Posse; nombramiento que se reitera anualmente hasta 1937.

En 1915, bajo el Decanato del Dr. Américo Ricaldoni, se crearon los cargos de “Profesor agregado” a imitación de lo que existía en la Facultad de Medicina de París. Eran cargos docentes para que médicos jóvenes con orientación académica, asumieran responsabilidades asistenciales y docentes y pudieran irse formando a fin de seleccionar entre ellos los futuros profesores. También, a la manera francesa, se resolvió llenar esos cargos por concurso de oposición. No he podido averiguar por qué causas el Dr. Muiños no concursó para esos cargos, en que seguramente le habría acompañado el mayor éxito. Pienso que hayan contribuido factores diversos; los apremios de una clientela creciente e importante, la desaparición de sus profesores que lo hubieran estimulado y quién sabe qué otros. El hecho es que ni Héctor H. Muiños, ni Hernán Artucio, ambos discípulos de Soca, contemporáneos e indiscutiblemente brillantes, concursaron, perdiendo por ello la oportunidad de una carrera universitaria segura, y la Facultad dos profesores de indiscutible jerarquía. Al no ser profesor agregado, las posibilidades de acceso a la cátedra titular fueron mucho más remotas.

El Consejo de la Facultad tratando en varias oportunidades de dejar sentado su reconocimiento por la valiosa colaboración que prestaba Muiños, lo designó Profesor Agregado con carácter honorario.

Muiños fue un asiduo concurrente a las clínicas de la Facultad y colaboró con el brillo que él sabía darle, en la enseñanza. Dictó varias veces el curso de Patología Médica. Regularmente integró los tribunales de examen de Patología y Clínica médica y prestó en todo momento su invaluable colaboración desinteresada a la docencia. Durante años fue médico consultante de la Clínica Quirúrgica del Dr. Alfonso Lamas, a quien lo unía una gran amistad.

Todavía en 1968 la Facultad lo designó miembro de la Comisión de Disciplina en donde le tocó desempeñar una labor intensa y desagradable, al tener que juzgar y sancionar a estudiantes que habían cometido faltas. Trabajando a su lado, casi diariamente en esta oportunidad, pudimos comprobar su capacidad de humana comprensión y tolerancia

para actitudes y gestos que, dada su edad y su formación cultural y ética, debieron serle particularmente repulsivos.

Carece de producción científica. No le atrajo nunca ni la publicación de casuística clínica, ni la revisión de temas a la luz de su propia experiencia, ni la investigación médica. Sólo conocemos, como fruto precoz de médico joven, dos comunicaciones de casuística a la Sociedad de Medicina, sin mayor interés. Ni mejor ni peor que lo que suelen publicar al iniciar su carrera los médicos jóvenes que se destacan en su profesión.⁴

En la sesión del 10 de mayo de 1950 el Consejo de la Facultad de Medicina llamó a aspirantes, de acuerdo a las disposiciones vigentes, para la provisión de la recién creada cátedra de "Cultura Médica". Esto era un engendro lamentable, resultado de la fusión de tres cátedras que nunca habían sido provistas; la cátedra de Historia de la Medicina; la cátedra de Deontología Médica y la cátedra de Psicología Médica.

Se presentaron varios aspirantes, entre ellos el Dr. Héctor H. Muiños, quien hizo una extensa exposición sobre *Método de enseñanza y programa de la cátedra*. Como era habitual en él, hace una sólida fundamentación empezando por hacer notar la casi imposibilidad de que haya quien abarque tan vasto panorama. *Porque es difícil que el profesor domine con hondura de maestro disciplinas tan divergentes y es mucho más difícil que tenga tiempo de desarrollar paralelamente cursos tan extensos*. Cree que la materia nuclear es la Historia de la Medicina, por la que Muiños ha tenido una gran preocupación desde largo tiempo. Entre sus papeles encontramos cuadernos en que están cuidadosa y extensamente extractadas numerosas tesis de médicos uruguayos que hicieron su carrera y que obtuvieron su doctorado en París y otros recibidos en nuestra Facultad; en su libro *Medicina, una noble profesión*, demuestra un sólido conocimiento de la historia de la medicina destacando especialmente su familiaridad con la obra de Hipócrates.

Hace luego una crítica somera, pero acertada, de la manera habitual de enfocar la historia de la medicina, a través de las grandes figuras de los médicos y sus obras, para inclinarse por una forma de mayor

⁴ Muiños H. H. Neuritis bilaterales del cubital y pneumonías dobles. *Rev. Méd. Del Uruguay* 27; 358-361; 1924. Muiños H. H. Neuritis disociada post-sérica del plexo braquial. *Rev. Médica del Uruguay*. 27; 362-365; 1924.

interés para el estudiante siguiendo la evolución del conocimiento de las diversas enfermedades; para usar sus propias palabras *hacer la historia de las enfermedades y no la historia de los médicos*. Naturalmente que comprende la necesidad de un conocimiento del desarrollo general de la medicina, a la manera clásica, hasta el Renacimiento; pero después estima más útil desarrollar la evolución de los conocimientos a propósito de una enfermedad. *Creo, por tomar un ejemplo concreto, que al evocar la figura de Bright, si se sigue el método cronológico de las historias de la medicina, se podrá dar todos los datos que se quiera sobre su real originalidad en la investigación de las afecciones del riñón, pero como el profesor deberá colocarlo junto a los grandes clínicos irlandeses contemporáneos, - y allí surgirán Graves y Cheyne y Stokes y Adams y Corrigan, - y a la escuela inglesa del instante, - con Addison y Hodgkin y Parkinson, la evocación será espléndida, pero en diez rumbos distintos. Creemos que sería más completa y más aleccionante y más fijadora si el profesor hiciera la historia de las ideas sobre las nefritis. El centro de atención sería Bright, con sus originales trabajos clínicos, químicos y anatómo patológicos, y a su alrededor estarían, allá lejos, Saliceto y sus vislumbres sobre la hidropesía y la dureza de los riñones, y Cotugno al encontrar por primera vez la albúmina urinaria y Bellini describiendo los túbulos renales y Morgagni con sus descripciones anatomopatológicas.*

En cuanto a la enseñanza de la Deontología *Cuatro trazos pueden condensar todo lo sensato que debe enseñarse. Clases de un tipo especial, un poco confidenciales y otro poco paternas. Hay algo, en cuanto a la deontología, que no puede comunicarse con lecciones, que es el fondo moral de cada uno, el más seguro piloto en los azares de la vida profesional.* Por último hace una breve exposición sobre el programa de psicología médica: *Programa difícil por el océano de conocimientos actuales y por los exclusivismos que las distintas concepciones entrañan.*

El Consejo discutió, en varias sesiones, los méritos de los aspirantes (otros 3 médicos se habían presentado) pero lo hizo en comisión general no quedando, en consecuencia, versión de lo expuesto. Finalmente, en el acta de la sesión del 3 de agosto de 1950 se halla la siguiente constancia: *Sr. Decano: (Prof. Cassinoni). Se ha discutido en distintas sesiones la provisión de la Cátedra de Cultura Médica. De acuerdo con la discusión realizada en Comisión General, ha existido acuerdo en el sentido de que ninguno de los aspirantes está capacitado para dictar toda la materia, aun cuando todos ellos cuentan con méritos notorios en determinados sectores de la misma. Pues-*

tos a votación los nombres de los aspirantes inscriptos, ninguno de ellos obtiene los ocho votos requeridos para un nombramiento directo... Corresponde el llamado a concurso. Consideraremos este problema en una próxima sesión.- Se resuelve: Atento a que si bien los aspirantes presentan méritos notorios, ninguno de ellos – como lo hacen constar en sus propias relaciones de méritos – se siente capacitado para abarcar por su solo esfuerzo todas las disciplinas comprendidas en la definición de la Cátedra; y sin que esta resolución signifique el negar valores a los médicos inscriptos, calificados en aspectos parciales de la materia, - el Consejo Directivo resuelve que entre los candidatos presentados, ninguno tiene superiores y suficientes títulos, méritos y antecedentes para el desempeño de la Cátedra.

En 1952 el Consejo resuelve invitar a algunos médicos para que se encarguen interinamente de dictar la Cátedra de Cultura Médica e incluye entre los invitados al Dr. Muiños quien se excusa diciendo que *esa invitación no alcanza a devolverle la confianza indispensable para dictar la Cátedra atento a la resolución del Consejo del 3 de agosto de 1950.*

Todavía en 1967 el Consejo designa una Comisión constituida por Muiños, Praderi y Cruz Goyenola para que elaboren un programa y exposición de motivos sobre la enseñanza de la *Ética médica* a los estudiantes de medicina. El 22 de junio el informe es presentado y ha sido enteramente redactado por el Dr. Muiños como lo prueba en forma inconfundible su estilo. Termina aquí una etapa en que Muiños intentó infructuosamente alcanzar una cátedra, no precisamente la de Clínica Médica, que en su momento habría desempeñado con singular maestría, sino otra, de menor importancia en la carrera médica, pero que lo hubiera puesto en contacto con la juventud y le hubiera dado una oportunidad más de hacer gala de sus profundos conocimientos en historia de la medicina.

El 9 de setiembre de 1959 los entonces Consejeros de la Facultad, delegados de los profesores Dres. José J. Estable y Euclides Peluffo solicitaron se le confriera al Dr. H. H. Muiños el título de Profesor ad Honorem de la Facultad de Medicina fundamentándolo en que *Los títulos, méritos y trabajos del Dr. Muiños justifican ampliamente dicha proposición. Beca de estudios correspondiente al año 1916 y desde esa época hasta el año 1937 estuvo vinculado estrechamente a nuestra casa de estudios.*

Miembro del Consejo Nacional de Higiene durante 8 años, habiéndole correspondido su presidencia durante un año.

La Facultad lo ha designado en múltiples ocasiones Miembro de Comisiones Asesoras, tribunales de Concursos, etc., y siempre ha contado con su valiosa y desinteresada colaboración.

La publicación de su libro Medicina, noble profesión (sic) ha puesto de manifiesto el vivo interés que aún mantiene por la medicina”.

En sesión del 16 de setiembre el Consejo resolvió otorgar el título de Profesor Ad Honorem al Dr. Héctor H. Muiños. Para los que gustan de las coincidencias, 43 años exactos, día por día, de que se recibiera de médico y 41 de su partida para Europa en uso de su beca, Muiños ha alcanzado el más alto galardón que nuestra Facultad concede a quienes se han destacado por sus méritos excepcionales en la carrera médica.

Aunque fue médico excelente, de grandes conocimientos permanentemente actualizados, de gran sentido clínico, con esa intuición irremplazable que distingue al clínico sagaz y dueño de un fino sentido común que está presente tanto en el acto diagnóstico como, con todavía más eficacia en la sobria terapéutica, no tuvo preocupaciones de publicar obra médica propiamente dicha. En cambio le preocuparon siempre los aspectos sociales y morales del ejercicio profesional médico, a los que dedicó obra importante que permanecerá en la literatura uruguaya.

LA MEDICINA Y LA POLÍTICA

Nunca le atrajo la actividad política aunque, como a tantos de los médicos distinguidos contemporáneos suyos, le hubiera sido seguramente fácil, sin demasiado esfuerzo, con sólo proponérselo, alcanzar un escaño parlamentario. Y este rechazo a la política lo expresa en su libro sobre *Soca* cuando, analizando la correspondencia de Soca con Batlle dice: *Cartas no datadas, difíciles de ordenar, dan tal vez razón a los que pensamos que la política no armoniza, en manera alguna, con la grandeza de un hombre que tiene un campo infinitamente más fértil en donde desplegar las alas en vuelo soberano. La política lo disminuye. No consigue desviarlo de su carrera porque él nació médico y profesor, y murió siendo profesor y médico.* En carta que dirige a un gran político y periodista desaparecido decía: *No*

he intervenido jamás en política con la convicción de que mi carrera, a la que he dado toda mi energía, no era conciliable con la actividad pública...

Por último, cuando analiza la actuación política de Soca dice: *Tendríamos también la tentación de formular críticas a la intervención de los médicos en la política – en especial de un internista, el más esclavo de los médicos, sobre todo cincuenta años atrás – pero razones de espacio nos aconsejan suprimirlas.*

Tuvo opinión política firme, dentro del cuadro de nuestros partidos tradicionales, y siempre le expresó con claridad; era nacionalista y dentro del partido blanco se alineaba entre los amigos del Dr. Alfonso Lamas, por quien sentía un gran aprecio.

ACTUACIÓN ASISTENCIAL HOSPITALARIA

El 31 de julio de 1930 el Poder Ejecutivo (Presidente Juan Campisteguy, de quien era médico personal) lo designó Médico de Sanidad Militar (Asimilado a Teniente 1º) y Jefe de Sala del Hospital Militar. En 1946 es designado Jefe de los Servicios de Medicina de Tropa, cargo que desempeñó hasta su retiro militar en 1952. Aparte de su labor asistencial inherente a su cargo en el Hospital Militar⁵, Muiños colaboró muy activamente participando en cursos y dictando conferencias en cuanta oportunidad se presentaba, a las que asistían los integrantes del personal médico del hospital. Era allí reconocido como un profesor de excepción, sólido y de clara exposición didáctica. La sala en que trabajó lleva hoy su nombre.

En marzo de 1922 es designado médico Jefe de la Policlínica Médica del Hospital Sanatorio Español, pasando luego a ser Médico Jefe de Sala, cargo que desempeñó con su habitual responsabilidad y brillo durante más de cuarenta años. Toda un ala de las nuevas construcciones del Hospital se honran con el nombre de *Sector Héctor Homero Muiños*.

5 SOIZA LARROSA, Augusto: La Sanidad Militar y el Hospital Militar Central 1918-1935 (1ra. parte). *Revista de la D.N.S.F.F.A.A.* – Vol.21 N° 1 – Julio 1999. En: <http://www.revistasaludmilitar.com.uy/Volumenes/Vol%2021/Articulos%20PDF/11%20LA%20%20SANIDAD%20%20MILITAR%20%20Y%20%20EL%20%20HOSPITAL...1918-%201935.pdf>

En cambio no hizo carrera en Salud Pública, lo que, sin duda, le hubiera sido fácil, ni trabajó nunca como médico de mutualista, lo que hacía constar con frecuencia, no sin un matiz de orgullo. El trabajo en mutualista, en especial del modo que se realizaba en las épocas en que Muiños era médico joven, estaba tan lejano del modelo ideal de médico que él se había forjado, que le hubiera sido totalmente imposible adaptarse a una forma de la asistencia médica que reprobaba.

MIEMBRO DEL CONSEJO NACIONAL DE HIGIENE

La salud pública del país estuvo dirigida, hasta 1931, por dos instituciones; una, la Asistencia Pública Nacional, continuadora de la Comisión de Caridad, tenía a su cargo toda la labor asistencial, por lo tanto, la administración de todos los hospitales, policlínicas y centros de asistencia del país. La otra, el Consejo Nacional de Higiene, (que sucedió a la Junta de Higiene Pública) fundado por ley de 1895, era responsable de toda la tarea profiláctica y de policía sanitaria, tanto terrestre como marítima; también le competía el registro de médicos, farmacéuticos, odontólogos, parteras y en general todo el personal encargado de la salud, así como la vigilancia de su ejercicio. Como lo expresaba el artículo 1º de su ley de 1895: *tendrá a su cargo la administración sanitaria marítima y terrestre de la República, y será la autoridad superior de higiene pública en las condiciones que determina la ley.*

Estaba constituido por 7 miembros titulares que eran designados por el Poder Ejecutivo y de carácter rentado. Duraban 4 años en sus funciones. Se renovaba parcialmente por bienios. Por el Art. 14: *El Presidente del Consejo Nacional de Higiene es el Jefe superior de toda la administración sanitaria de la República.*

Era por lo tanto un cargo de importancia y con una buena remuneración. Durante muchos años el Consejo Nacional de Higiene fue presidido por el Dr. Alfredo Vidal y Fuentes que le dedicó todas sus energías y que logró realizar en él una obra de significación. Baste recordar la extensión que tenían en esa época las enfermedades infecto-contagiosas, la importancia de su prevención, en especial mediante vacunaciones, cuarentenas y otras medidas sanitarias para comprender la trascendencia de esa institución.

Por decreto del Consejo Nacional de Administración del 15 de diciembre de 1925 fue designado miembro del Consejo Nacional de Higiene el Dr. Héctor H. Muiños, conjuntamente con los Dres. José Scoseria, José F. Arias y Enrique M. Claveaux. Tomó posesión del cargo el 21 de diciembre y en esa misma sesión fue electo secretario. En 1927 fue designado vicepresidente y al año siguiente, al ausentarse para Europa el Presidente Dr. Scoseria, quien había sucedido a Vidal y Fuentes fallecido en 1926, se hizo cargo de la presidencia del Consejo que desempeñó durante más de un año. Concorre asiduamente a las sesiones que se realizan 3 veces por semana, las preside con frecuencia por ausencia del titular e interviene en numerosos asuntos, presentando informes variados sobre cuestiones de rutina y algunos de verdadera trascendencia como el de vacunación antivariólica (1922) y enfermedades trasmisibles en las escuelas (1929), etc.

En diciembre de 1927 el Dr. Muiños presenta la siguiente moción:

Considero llegado el momento de que el Consejo Nacional de Higiene tome la intervención que le corresponde en la dirección de la lucha contra la tuberculosis. Es una vieja aspiración del suscrito, compartida en realidad por todos, - y el Consejo la trató largamente, sin concretar conclusiones, - suscitar el movimiento, emanado de nuestra corporación, que encauce y oriente los esfuerzos indispensables para luchar contra la terrible enfermedad que ennegrece nuestras estadísticas. La eterna razón de la falta de recursos en que invariablemente se ha dejado debatir al Consejo, explica los aplazamientos que tal deseo ha sufrido, pero considero que es ya impostergable, - porque es un deber, - que pongamos manos a la obra más grande que puede reclamar nuestra atención. El Consejo Nacional de Higiene debe asumir la dirección de la campaña antituberculosa, que se ha hecho hasta la fecha en forma fragmentaria y dispersa, en el despliegue de meritorios esfuerzos faltos de cohesión y de medios adecuados; existe la imperiosa obligación de disciplinar energías, subordinándolas a la claridad de un plan que debemos, cuanto antes, trazar, y ante cuya necesidad no pueda negárse nos el apoyo que nos creemos con plenos títulos para invocar.

Nuestro estado sanitario es excelente, en general. La obra paciente, sin estruendo pero con eficacia, de las autoridades sanitarias, defiende perfectamente al país de la importación de las enfermedades infecciosas extrañas a nuestro medio mientras se lucha cada vez mejor, con los modernos medios de combate, contra el desarrollo de las comunes infecciones epidémicas. Sólo la tuberculosis falla en el cuadro favorable, por la ausencia de una acción completa y coordi-

nada, ajustada a la extraordinaria magnitud del problema a resolver. En tal virtud, propongo que el Consejo se entregue al estudio de un plan de lucha contra la tuberculosis, asumiendo de una vez el rol directivo que le corresponde por derecho y por deber. Podría, al efecto, reclamar el concurso de algunos miembros honorarios tan indicados como el Director de la Asistencia Pública Nacional, el Director de Salubridad y el Director del Instituto de Higiene, y aún de miembros desvinculados de nuestra institución, como el Director del Hospital Fermín Ferreira, el Presidente de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis o alguno de los especialistas en fisiología, que pudieran darnos la contribución de su versación especial.

Rápidamente se podría ajustar todo un vasto programa: todas estas cuestiones, tan del instante, están profundamente estudiadas. Falta el impulso director, la orientación uniforme, la trabazón perfecta de los diversos medios de que se dispone o a que debe recurrirse. El Consejo Nacional de Higiene acometerá así la realización de una de las obras más trascendentes e impostergables. (Boletín del Consejo de Higiene, 121; 710-711; 1927).

La tuberculosis, azote social, había adquirido en esa época una extensión y gravedad temibles con el agravante de que atacaba preferentemente a los jóvenes. El asunto adquiría por eso mismo una importancia trascendental y se advierte la lucidez de Muiños al buscar soluciones. El proyecto es aprobado y surge de ahí la *Comisión de Lucha Antituberculosa* que cumplió importante gestión en nuestro medio.⁶

6 **1943 - La Cruzada Antituberculosa Nacional** Al finalizar el año 1943, se inició en todo el país, un movimiento colectivo que se llamó Cruzada Antituberculosa Nacional. Fue propiciado por el Ministro de Salud Pública, Dr. Luis Mattiauda y consistió en una gran colecta nacional, la que recaudó una cifra que para ese momento era muy importante: \$1.300.000. Motivó ese movimiento la gravedad de la incidencia de la tuberculosis (TBC) en la población del país. Ello provocaba la constante solicitud de camas para internar enfermos tuberculosos existiendo gran escasez de las mismas. En el aspecto económico nacional incidía la suma importante de brazos improductivos a causa de la enfermedad.

Primer Comité Ejecutivo de la Cruzada El primer Comité Ejecutivo, cuyos integrantes fueron designados por el Poder Ejecutivo estuvo integrado por: Presidente Nato: el Sr. Ministro de Salud Pública: Dr. Luis Mattiauda, Presidente: Dr. José Martirené, Vice-presidente 1ro. Dra. Sofía Alvarez de Demichelli, Vice-presidente 2do. Sr. Américo Beisso, Secretario Dr. Juan A. Capra, Tesorero Sr. Daniel Sagrera, Pro-tesorero: Sr. Manuel Güelfi; Secretarios Honorarios Sres. Felipe L. Monteverde y Héctor Queirolo. Posteriormente el Poder Ejecutivo integra dicho Comité también con los Dres. Fernando D. Gómez y Atilio Narancio. En setiembre de 1945 el Poder Ejecutivo autorizó a la Cruzada Antituberculosa Nacional, otorgar pensiones en efectivo a los familiares de los enfermos de TBC, que para atenderse correctamente debían internarse en los hospitales especializados. Al mes siguiente comenzaron a pagarse las pensiones.

Por decreto del Consejo Nacional de Administración del 12 de diciembre de 1929 se integra el Consejo Nacional de Higiene con cuatro miembros; tres de ellos reelectos y el cuarto un nuevo miembro que sustituye al Dr. Muiños, a quien se le agradecen los importantes servicios prestados.

¿Qué influencias intervinieron para no reelegir al Dr. Muiños, que tan eficazmente había colaborado en el Consejo? Acaso uno de los tantos vericuetos a que nos tiene acostumbrado el vaivén de la política.

Muiños sigue todavía desempeñando el cargo de Jefe de Redacción del Boletín del Consejo Nacional de Higiene que, desde esa fecha, aparece reorganizado. En 1931 se produce, por ley de creación del Consejo de Salud Pública, la fusión del Consejo Nacional de Higiene, la Asistencia Pública Nacional, el Instituto Profiláctico de la Sífilis y otras instituciones de menor importancia, quedando así suprimido el Boletín. En cambio empezó a publicarse el Boletín del Consejo de Salud Pública, en el que Muiños no colaboró.

CONFERENCIANTE

Aparte de sus libros, en que puso lo más profundo y más elaborado de su producción, la obra más destacada de Muiños son sus conferencias. Encontramos en ellas un pensamiento más libre, un vuelo más espontáneo, al no sentirse atado, como le acontece en los libros, con la necesidad de documentar puntualmente sus afirmaciones. Si agregamos que leía con gran precisión, con entonación convincente y

1946 - Ley de Creación de la Comisión Honoraria para la Lucha Antituberculosa

Con fecha 17 de enero de 1946 el Poder Ejecutivo promulgó la ley 10.709 por la cual oficializó el movimiento generado en la Cruzada Antituberculosa Nacional, determinó las atribuciones y prerrogativas, la dotó de recursos, reglamentó la forma de administración de los mismos y la llamó "Comisión Honoraria para la Lucha Antituberculosa" (CHLA) Su primer presidente fue el Dr. Luis Mattiauda.

Ref.: <http://www.chlaep.org.uy/institucional.php> (Consultada el 30.03.2013). El Dr. Luis Mattiauda era Doctor en Ciencias Económicas y fue Decano de la Facultad respectiva. Cuando fue Ministro de Salud Pública, tuvo como Subsecretario al Dr. Ricardo B. Yannicelli, quien fue el auténtico impulsor de la ley de creación de esta Comisión Honoraria. Véase: TURNES, Antonio L.: Ricardo B. Yannicelli (1906-1998), en Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo III, Fernando Mañé Garzón y Antonio L. Turnes (Editores). Montevideo, 2006. En: http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/yannicelli_alt.pdf Es indudable el mérito de la iniciativa del Dr. Héctor Homero Muiños, pero su propuesta de 1927 recién se plasmó en una ley aprobada en 1946.

con natural sobriedad, comprendemos por qué fue Muiños un conferenciante de gran éxito y por qué, en tantas oportunidades, le pidieron hiciese uso de la palabra con motivo de eventos varios. La indiscreción del biógrafo encuentra un montón de cuartillas manuscritas en cuya carátula se lee *Apuntes escritos en diversos momentos pensando en el cincuentenario del Liceo Rodó, sin saber si se me iba a designar orador oficial*. Se le designó.

Entre sus papeles hallamos el manuscrito, de muy cuidada caligrafía, compuesto de 40 cuartillas y que lleva el título de *Pasteur* y la fecha octubre 14 de 1907. Ignoramos si se trata de una conferencia y si fue pronunciada, o si es un escrito destinado a su publicación impresa; tampoco lo aclara el texto que nos dice *condensar en la brevedad obligada de unas páginas apenas esbozadas, etc.* Admira, dada la juventud del autor, el excelente criterio con que está expuesta la vida y obra de Pasteur, aunque, como no podía ser de otro modo, peca de un estilo frondoso y de cierta exageración de adjetivos que caracterizaban la época. Pero ya aquí se revela el escritor de garra que ha de madurar en el futuro.

Hurgando en sus papeles asistimos a la comprobación de cuán cuidadosamente preparaba sus conferencias; anotaciones innumerables, fichas de lecturas ordenadas y jerarquizadas por símbolos de un código personal, manuscritos que van depurándose, nos dan, como esas excavaciones arqueológicas, la evolución de un texto que culmina en un manuscrito de inobjetable prolijidad, en esa su letra regular y tan claramente legible que nos da envidia a quienes, con frecuencia, no podemos descifrar nuestros propios apuntes. Cabe mencionar que Muiños nunca tuvo secretaria y que todo está escrito de su mano. A veces el manuscrito se completa con subrayados de color, probablemente destinados a facilitar puntuaciones y entonaciones en el momento de la lectura.

Debemos incluir aquí una serie de semblanzas que, aunque no propiamente conferencias, tienen un carácter similar si bien no fueron dichas en público, y sí impresas. A veces, como el artículo sobre Elías Regules, no fue pronunciado como discurso fúnebre como debió serlo, por no haber podido materialmente el orador acercarse al féretro, en el acto del sepelio.



En el homenaje por el 40º aniversario del Sindicato Médico: de izq. a der.: José Enrique Ormaechea (Secretario General Permanente del SMU), Héctor Homero Muiños, José Alberto Praderi, Julio Nin y Silva y Constancio E. Castells (Fuente: Archivo digitalizado de imágenes del SMU).

En sus conferencias ha sido tema dominante la evocación de los grandes maestros, con quienes ha tenido la suerte de convivir, o de algunos compañeros prematuramente desaparecidos. Al final de su vida aparece como tema las formas anormales del ejercicio profesional, el especialismo y, por último, su afición de siempre, algún tema histórico a propósito de algún aniversario, como la fundación y primeras épocas de la Facultad de Medicina con motivo del 85 aniversario de su fundación; el 40 aniversario del Sindicato Médico del Uruguay; o el 50 aniversario del Liceo Rodó. Desfilan así Juan Carlos Dighiero, Luis Morquio, Alfredo Vidal y Fuentes, José Scoseria, Francisco Suñer y Capdevila, Miguel Lapeyre, Justo Montes Pareja, Américo Fossati y desde luego, el más estudiado y en más oportunidades evocado con emoción: Francisco Soca.

Son semblanzas naturalmente heterogéneas pero siempre aparece el evocado con una singular nitidez, ya que enfoca aspectos de su personalidad con indudable originalidad y los describe con precisión.



Héctor H. Muiños haciendo uso de la palabra en el homenaje que le tributara el SMU, 1960. (Fuente: Archivo digitalizado de imágenes del SMU).

Veamos algunos ejemplos: al describir los orígenes de la Facultad de Medicina dice: *No ha sido fácil la puesta en marcha. ¿Recuerdan ustedes en esas fugaces imágenes de informativo cinematográfico el lanzamiento al mar de un barco en construcción? La caída al agua, liberado el casco de todas las trabas que lo sujetan al astillero donde nació, es dramática. A veces, raramente, se tumba. Pero lo común es que caiga pesadamente al mar, pesada y torpemente, sin gracia: flotante, desarbolado, con levedad de mastodonte, parece un barco barrido por el huracán. Es como veo a la Facultad naciente. Porque no le fueron propicios los comienzos. Debíó luchar con*

inesperadas fuerzas hostiles.

ALFREDO VIDAL Y FUENTES (1863-1926)

Evocando a Alfredo Vidal y Fuentes⁷: *Fue un romántico. Tuvo la suerte de pertenecer a una época de la que quedan todavía representantes, todos moldeados en una idéntica escuela de hidalguía y de suprema hombría de bien: generaciones líricas, crecidas en una atmósfera de nobleza y de idealismo exteriorizado generosamente en la cátedra, en la tribuna o en la prensa, cálidas juvenudes que evocan inevitablemente el Enjolrás de Hugo, y que miramos con envidia los que aún jóvenes, contemplamos con inquietud o tal vez con asco esta época nuestra, mercantilizada, disolvente y desilusionada...*

Y cuando recuerda a Dighiero, sin duda el hombre por quien tuvo un más integral sentimiento de afecto y admiración: *Y es que en él, médico eximio, profesor excepcional, clínico extraordinario, el hombre traslucía siempre e imprimía su inconfundible modalidad. Era prodigioso el hombre. Bueno,*

7 SOIZA LARROSA, Augusto: Alfredo Vidal y Fuentes (1863-1926). En *Médicos Uruguayos Ejemplares*, Tomo II, 1989. Horacio Gutiérrez Blanco (Editor); pp. 147-154.

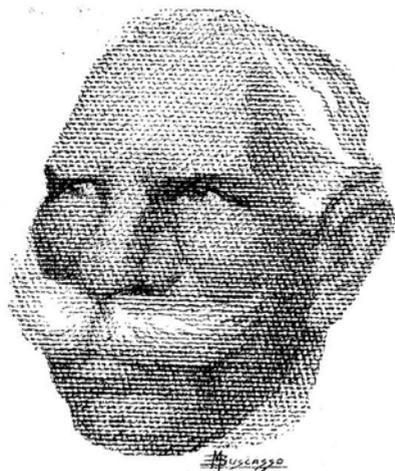
sencillo, noble, modesto, honrado, optimista, generoso, alegre, seductor; uno se pregunta qué faltaba en aquel carácter de excepción, todo claridad, todo lucidez, todo discreción, todo armonía. Era uno de los más bellos caracteres que yo haya conocido. Jamás lo vi, en la aspereza del ejercicio de esta profesión de sacrificio y de amargura que es nuestra profesión, jamás lo vi descender de su honestidad, ni abdicar de su sencillez, ni vacilar en su hidalguía, ni abandonar su dulzura, ni renunciar a su optimismo, ni empañar su modestia; carácter siempre igual, con sus virtudes arraigadas, entrelazadas en una espléndida armonía que era el secreto de su potente magnetismo.

Refiriéndose a Morquio⁸: *Morquio tiene un físico tosco, rudo. Cuando sale a caminar por 18 de Julio, como hace después de todos los almuerzos, parece un labriego endomingado, con su tinte rojizo, sus bigotes blancos, sus pequeños ojos claros.*

Y cuando habla de Soca, a quien evoca magistralmente en varias oportunidades, hasta culminar con la estupenda semblanza expuesta en las páginas que siguen, dice: *Enseñó realmente medicina. El que haya pasado por Argerich sabe qué huella dejaba aquel hombre de estirpe soberana. En las postrimerías de su vida él llamó Escuela Argerich al grupo de los que, con Dighiero a la cabeza, cerramos filas a su alrededor y lo seguimos con ardor de neófitos y conservamos para siempre,*



Alfredo Vidal y Fuentes (1863 – 1926). Carbonilla de Marcelino Buscasso. (Fuente: Boletín No 34 SMU, mayo de 1925).



Luis Morquio Bélinzon (1867 – 1935). Carbonilla de Marcelino Buscasso. (Fuente Boletín No. 32 SMU, marzo 1925).

8 GORLERO BACIGALUPI, Ruben: Luis Morquio (1867-1935). En: <http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/morquio-gorlero.pdf> (Consultada el 31.03.2013).

orgullosamente, el sello de una enseñanza que no se pareció a ninguna otra y que, para nosotros no puede compararse con ninguna otra... Tuvo una vida tumultuosa y rica, multiforme y febril, fecunda y afanosa, complicada y densa. Dejó en el Parlamento o en el Consejo o en la Universidad o en las asambleas un destello o un surco, pero para los que sólo quisimos ver en él, porque era lo más alto, - el jinete de la estatua ecuestre, - al Médico, Soca continuará teniendo un perfil inequívoco y genial. Hay tal majestad en su continente, - alta la estatura, erguido el cuerpo, profunda la mirada, fina la boca, el bigote caído, leonina la melena, - que todos le tenemos un respeto religioso.

SU GRAN LIBRO “MEDICINA, UNA NOBLE PROFESIÓN”

En 1958 publicó el libro que le diera justo prestigio, que de modo cabal era la expresión de todos sus más queridos ideales de vida: *Medicina, una noble profesión* y que, según expresa, lo acompañó durante 4 años llenándolo de satisfacciones. Rápidamente agotado no pensó en reeditararlo hasta que, en 1965, le fue requerida la autorización para una nueva edición por los estudiantes de medicina, quienes hicieron las gestiones necesarias ante la editorial científica de la Facultad de Medicina. Efectivamente, la 2ª edición, sin otras variantes que un nuevo prólogo, apareció en 1966.⁹

Expresa en su prólogo que el libro es la condensación de ideas que a cualquier médico, después de varios lustros de ejercicio profesional, le ha dictado la experiencia; también que fue concebido con el pensamiento puesto en los jóvenes que, si llegaran a leerlo – tiene sus grandes desconfianzas al respecto – encontrarán fundamentalmente la expresión de una idea y de un sentimiento que circulan a lo largo de todas las hojas y que son su única justificación; la idea es de que hay que esforzarse para conservar a la medicina su carácter profundamente humano, y el sentimiento es un amor a la profesión que los años no han hecho sino acrecer.

Por eso sintió una satisfacción muy viva cuando esos jóvenes, de quienes expresamente dudaba, le pedían autorización para reimprimirlo. *Era tan inesperado y tan alto el honor que le dispensaban los jóvenes, para quienes había sido escrito el libro con temores de que no lo leyeran y era tan*

⁹ Héctor H. Muiños. *Medicina, una noble profesión*. Edit. Ciencias. Montevideo. 1858. 429 págs. Héctor H. Muiños. *Medicina, una noble profesión*. Universidad de la República. Editorial Científica de la Facultad de Medicina. Montevideo. Uruguay. 1966. 319 págs.

clara la injusticia de esa duda, que el autor accedió de inmediato al pedido. Sin duda, desvaneciendo su primitivo escepticismo renacía en él la confianza en los jóvenes. Como una etapa no sin vinculación con esta interesante experiencia de su vida, su reencuentro, ya en la vejez, con una juventud de la que durante años estuvo alejado, está la conferencia que debió ser pronunciada, pero que nunca lo fue, en el Salón de Actos de la Facultad de Medicina. Entre sus papeles hemos hallado un sobre que contiene el texto de esta conferencia, sin título, perfectamente ordenada y cuidadosamente manuscrita, con subrayados como para enfatizar más o menos en su lectura y en cuyas últimas páginas se lee de su puño y letra (*Escrito a fines de agosto de 1958*) es decir, casi simultáneamente con la publicación de su libro. Hay, en la misma página una anotación con otra tinta y evidentemente posterior que dice: *Suspendida cuando iba a ser pronunciada, a pedido de los estudiantes, en la Facultad, por la larga huelga provocada para obtener la sanción rápida de la ley orgánica de la Universidad (setiembre-octubre 1958).* Y luego nuevamente otra anotación que dice: *Solicitada nuevamente en julio de 1959 me negué a pronunciarla, entre otras razones porque tenía que hacer otra conferencia, totalmente distinta en el Clínicas (agosto 1959).* Sería muy interesante saber cuáles fueron las *otras razones* que lo llevaron a negarse a leer una conferencia que tenía totalmente escrita y preparada hasta en sus mínimos detalles; la otra conferencia fue efectivamente pronunciada por esos días en la Clínica Oftalmológica.

La conferencia que debió suspenderse por las movilizaciones obreiro-estudiantiles que desató el proyecto de ley orgánica de la Universidad y que nunca fue pronunciada, desarrolla ideas expresadas en su libro, ampliando algunos conceptos y trayendo nuevos temas al conocimiento. Sin embargo, lo que hace de esta conferencia una pieza única en la vasta producción de Héctor H. Muiños es el tono y la afectividad, claramente paternal, con que está redactada y con el que, seguramente, el autor pensaba pronunciarla.

Está directa y exclusivamente dirigida a los estudiantes ya que comienza con la frase *Mis jóvenes amigos* y en todo el desarrollo mantiene este tono coloquial con el que Próspero se dirigía a sus discípulos. El texto no leído es una excelente síntesis en que el Dr. Muiños puso lo mejor de sí, de su larga experiencia de médico general, que ejerció la profesión como una auténtica profesión liberal y que se dirige, a

la manera de testamento, a una juventud que seguramente no podría comprender su mensaje, puesto que la forma de ejercer la medicina que era el ideal de Héctor H. Muiños, ya no era más posible. Su prédica, en gran parte no podía ser captada más que como el testimonio de un ideal de asistencia médica obsoleto y que había sido barrido por las nuevas condiciones económico-sociales.

A modo de síntesis, inevitablemente superficial de su libro, insiste sobre su eterno tema de los perjuicios de la excesiva especialización, de la importancia de la clínica médica y del valor de la observación atenta personal y directa del enfermo antes de descansar el diagnóstico en tantos y tantos exámenes de laboratorio.

De ella entresacamos algunos párrafos:

El estudiante no piensa que en la clínica no pueden exhibirle los pequeños cuadros que, sin embargo, constituyen gran parte de lo que van a encontrar el día que, bajo su tremenda responsabilidad, empiecen a conocer las grandezas y miserias del ejercicio de la carrera elegida. En el hospital no puede afinarse el contacto entre el médico y el enfermo, que será la base de la futura actuación. Porque el acto médico es profundamente individual. Es el encuentro de alguien que pide ayuda y de alguien que debe solucionar el problema, grande o chico, que lo trae a pedir auxilio. Al hospital no ingresan las pequeñas afecciones, que son las que superabundan. Por eso, inevitablemente, la enseñanza se carga de ciencia, y esa es la imagen que ustedes ven de la profesión, y se descarga de humanidad, que es lo que ustedes van a tener que conocer cuando sean autónomos y responsables.

Y es que en medicina hay que trabajar. En cualquier carrera hay que hacerlo, pero medicina, por la gravedad de lo que manejamos es imperativo. Yo estoy sorprendido de ver a algunos estudiantes de medicina que se quejan de exceso de trabajo; no estudie medicina el que empiece a regatear tan precozmente esfuerzos. Leí en La Mañana hace poco una carta de un interno de la Facultad, quejándose del quehacer y de las horas absorbidas por las guardias. Me dio pena. En medicina el trabajo permanente es lo único que puede llevarnos a la aproximación de lo que debiéramos ser y que nunca llegamos a ser. Tengan el orgullo de ser médicos. Convénzanse, supongo que predico a convencidos – de que no hay carrera comparable, ni de lejos, a la nuestra. Manejamos material humano, y esa es su grandeza. Todo esfuerzo que rebuyamos para cumplir con la exigencia permanente de nuestra profesión será en detrimento de la faena

diaria que debamos emprender. El médico debe darse. Si no se tiene ese estado de espíritu, no se estudie medicina.

El médico tiene y debe mantener una alta jerarquía. Alternamos con gentes de todas las clases y tenemos que mostrarnos capaces de expresar tanta idea que bien dicha, realizará esa figura cuya dignidad debe imponerse dondequiera. Sean, porque es necesario, ser cultos; no olviden la aguda definición de la cultura que daba un espíritu tan amigo de paradojas inteligentísimas como Oscar Wilde; la cultura es lo que nos queda cuando nos hemos olvidado de todo lo que sabíamos. Ese residuo imponderable que nos va dejando la frecuentación de los buenos autores, va ensanchando nuestro pensamiento, lo va abonando y va enriqueciendo nuestro idioma. Yo no conozco placer igual al de embriagarme con la gracia alada de Anatole France, con la ternura de Dickens o con la profundidad de Ortega y Gasset. No descuiden la lectura, y, en lo posible, no acepten traducciones. Piensen qué efecto les haría leer el Quijote en inglés y eso les dará el deseo de leer a Sartre o a Faulkner en el idioma original. Es bueno leer, alejándose momentáneamente de la medicina. A los hombres de años se les recomienda tener una actividad física que los arranque de la excesiva labor cerebral, a la que predispone la quietud. A los jóvenes, a los que les sobran pretextos para la actividad física desbordante, les conviene leer, levantando el punto de mira, buscando, - por intuición o por consejo, - autores que nos enseñen, que nos deleiten o que nos entretengan.

El médico que comprende su ejercicio en un sentido vasto debe conversar mucho con sus enfermos, ilustrándolos, serenándolos, amonestándolos. Si no es culto, será incapaz de toda esa importantísima terapéutica de la persuasión, sacará precozmente su estilográfica, recetará la media docena de medicamentos que en esta época de locura terapéutica le vendrán a la pluma y dejará ir al enfermo que, la mitad de las veces lo único que necesitaba era la palabra tranquilizadora. Curar con la palabra es un desiderátum. Yo no quiero hablarles de medicaciones y de problemas de tratamiento, porque ustedes están muy lejos de esa etapa y los consejos de ahora se desteñirán irremediablemente. Pero sepan que gran parte de la medicación que se descarga sobre los enfermos es perfectamente inútil o perjudicial. El médico que no sabe hablar más que de medicina materialista ignora la importancia de una frase o de un razonamiento, cuando lo que lleva al enfermo al consultorio es una inquietud, una angustia que depende puramente de causas morales.

Debe haber sido una experiencia amarga el tener que suspender su conferencia que casi es un testamento médico y en la que había puesto

tanto esfuerzo, tanto cariño, y seguramente tanta ilusión. Cabe sospechar que estos sentimientos de íntima frustración deben haber actuado cuando al año siguiente *se negó* a dictarla pese a que se la reclamaron y así dejó consignado en el manuscrito. Entrevemos aquí un aspecto no sin interés de su psicología, que aparecerá en otros momentos de su vida.

* * *

Medicina, una noble profesión es un libro sin par. Expresa la concepción del ejercicio profesional de un médico excepcionalmente inteligente, que asiste, con preocupación, a profundos cambios en la forma de ejercer la medicina, en el trato dado al enfermo, en las relaciones del paciente con el médico y de éste con sus colegas, en el desarrollo desahogado, y no siempre justificado de una industria farmacéutica, apoyada por una publicidad avasallante, en el establecimiento de formas de mutualismo y de seguridad social mal orientadas, peor organizadas y no siempre dirigidas al exclusivo bien del enfermo y, en general, en todo el inevitable desajuste que la introducción de la medicina científica y los profundos cambios sociales y económicos ocurridos después de la primera guerra, produjeron en las formas del ejercicio liberal individualista, que caracterizó al médico de familia del siglo XIX. Hubo, y hay todavía, inevitables regresiones en ese gigantesco cambio que se está operando en las formas de la asistencia médica, al ser sustituido el médico de familia, que asiste desde el parto hasta la vejez, por el complejo hospitalario con su equipo de múltiples y casi anónimos técnicos, médicos y para-médicos, con sus numerosas especialidades, con su impresionante multiplicidad de aparatos y laboratorios y culminando con una terapéutica compleja, de productos químicos de impronunciables denominaciones, que rápidamente se suceden y que no permiten, sino raramente, la sedimentación de una experiencia personal, cuando ya son sustituidos por otros.

Y como una reacción a este avasallante cambio, como una necesidad de expresar su protesta inteligente y fundada, como expresión del disgusto por la desaparición inexorable de relaciones humanas que creía eran la única forma cabal de convivencia, casi como una catar-

sis, escribió su libro. No alcanzó a comprender probablemente que ese cambio inevitable, que ese sacrificio de formas individualistas del ejercicio profesional, era la expresión de un formidable avance que al progresar dejaba las ruinas de una práctica médica superada.

El libro de amenísima lectura, comienza por analizar la evolución de la medicina y la aparición, en el siglo XIX, de la medicina científica. Esta veta científica de la medicina, que llevó una concepción organicista, celular y química, orientó la atención del médico, cada vez con mayor profundidad, hacia campos cada vez más restringidos. El avance científico trajo consigo, inevitablemente, la necesidad de la especialización; la medicina se fue parcelando en especialistas que atendían a pacientes de un solo aparato, de un solo órgano, o hasta de una sola enfermedad, como ha acontecido con la diabetes. Como consecuencia, el médico ha perdido la visión panorámica total del hombre que sufre, con su cuerpo enfermo y su psiquis preocupada, temerosa y angustiada. El hombre enfermo no está solamente aquejado del mal funcionamiento de un órgano o aparato, sino que es todo el ser, en todas sus funciones y en todas sus reacciones, incluso en su complejo familiar y, desde luego, en su actividad social, que se halla comprometido más o menos seriamente por la enfermedad y esto, con demasiada frecuencia, es ignorado por el especialista. Reclama por eso Muiños una vuelta a la medicina del individuo que en los últimos tiempos ha asomado como una especialidad más; la medicina psicosomática en la que la unidad psiquis-soma está nuevamente integrada. Pero el que claramente contempla mejor esta necesidad de encarar al enfermo como una totalidad y, todavía más, como una pieza en el ambiente familiar, es el internista, que ejerce liberalmente su profesión como *médico de familia*. Esto le da oportunidad para un conocimiento familiar, para un análisis profundo de los antecedentes, para estar interiorizado de circunstancias socio-económico-familiares, que puedan haber influido sobre la salud de su paciente. Le ofrece todavía la oportunidad de disponer de tiempo suficiente para un interrogatorio profundo y bien conducido que pone al médico, rápidamente, en la vía del diagnóstico.

Sobre esto nos dice: *Todos sabemos sin gran esfuerzo de reflexión, que el médico de familia tiene una situación de privilegio para la interpretación clínica del paciente. La posesión de su historia patológica vivida y la de sus padres y hermanos, el conocimiento de toda la patología heredada y de toda la historia*

personal, coloca al médico familiar en posición ventajosa para rastrear el origen del cuadro actual: son documentos clínicos muy distintos de los que pueda dar un concienzudo interrogatorio cuando se sabe qué indisciplinado y distraído es el enfermo criollo. Por añadidura, el médico casero es el depositario de secretos que el propio enfermo no puede revelar, simplemente porque los ignora: aquel alcoholismo del abuelo, aquella sífilis juvenil del padre, aquella neurosis de la madre. Es el que conoce las desdichas y los rencores y los antagonismos y todas las miserias de que sólo una larga confianza lo ha hecho sabedor. Es el que sorprende las enfermedades en su iniciación, en sus vagos comienzos: toda esa faz que en el enfermo de hospital escapa totalmente al ojo alerta del profesor y, sobre todo, al criterio inexperto del alumno, que ve cuadros constituidos y no aprecia toda esa clínica de los comienzos que va a representar uno de sus serios obstáculos cuando empiece a ejercer.

Y por eso se propone el desempeño de concitar, en una feliz unidad, la tendencia dispersiva, científica, de la medicina moderna con las formas tradicionales de la atención médica al enfermo privado. *Hay un viejo tópico, ya que se habla de la madurez de la ciencia médica, que de cuando en cuando vuelve como asunto de discusión, a la manera de esos temas de composición escolar en que inagotablemente se ejercita la aptitud de discurrir sobre ideas que parecen siempre vírgenes. El torrente de técnicas y de descubrimientos que han revolucionado la medicina de este siglo ha acendrado el concepto de que medicina es una ciencia, y parece infantil discutirlo, pero cuando la convicción parece más legitimada, la noción de arte – el viejo arte de curar –, levanta tímidamente la cabeza – porque la ciencia es arrogante e imperiosa –, la convicción se tambalea y se vuelve a pensar que medicina sigue siendo un auténtico arte también. Y es que las dos grandes raíces se hunden en tal montaña de hechos y de experiencias que el problema deja de serlo cuando uno se percata de que todo se reduce a una simple cuestión de punto de vista y de que los dos enfoques no se contradicen, sino que se complementan. Medicina es una ciencia aplicada.*

...es ciencia en inquietísima transformación – porque su evolución significa cambio perpetuo –, alentando la curiosidad de los investigadores y concentrándose en esa Babel de libros y revistas que traducen su torrencial producción. Pero todo ese caudal de sabiduría hay que aplicarlo al ser humano en ese ejercicio que es la clínica, profundamente individual y variable y ondulante; la presunta certidumbre científica reclama, frente al enfermo, condiciones personales tan claras, que medicina resulta una creación diaria con todos los caracteres individualistas de un arte definido. Hay, por consiguiente, una dualidad de concepto

cuando se habla de medicina, y ahí está la raíz de todas las inútiles disidencias: medicina es la suma de conocimientos depositada en los libros y medicina es una profesión. En la progresión de estudios el empirismo ha ido cediendo la totalidad del terreno a los métodos científicos más depurados; en el ejercicio, donde el profesional aplica la suma de conocimientos, el factor individual es esencial en el modo de aplicarlos y el arte de curar adquiere su máxima jerarquía.

Sigue luego un largo estudio sobre la medicina hipocrática, con menciones precisas sobre casi cada uno de los libros en la insuperada edición de Littré que demuestran la familiaridad con el código de quien lo ha frecuentado mucho, de quien ha hecho en él estudios sistemáticos, y de quien ha sabido, luego, al azar del hojeo cotidiano, espigar lo esencial, meditarlo, anotarlo y comentarlo con singular acierto. Y este resumen, seleccionado y cimentado, del vasto código hipocrático, que ocupa de la pág. 151 a la 162 con más de 30 precisas citas, traduce hasta qué punto le interesó la historia de la medicina, de la que fue un cultor apasionado. Y más adelante dedica especial atención al juramento Hipocrático, así como a las versiones modernizadas del mismo que le parecen condensar formas eternas de ética médica, que deben estar siempre actuantes.

Otro aspecto de la medicina moderna que lo preocupa y que analiza con su habitual sagacidad, es el de la evolución terapéutica. Desde el período en que Muiños se hizo médico hasta que escribe el libro que comentamos, la terapéutica ha sufrido una evolución tumultuosa en la que, como ocurre casi siempre, junto a reales y positivos progresos se han colado medicamentos y procedimientos terapéuticos dudosos, cuando no directamente inútiles o, inclusive, perjudiciales.

El médico de hace treinta años recetaba sus pociones, en las que el benzoato o el pyramidón, la digital o el salicilato, eran las vedettes, graduaba sus concentraciones, disimuladas con infusiones o jarabes que el farmacéutico equilibraba según el arte, responsable perfecto de la composición del medicamento. Ahora, los medicamentos son entregados por un empleado que ayer vendía zapatos o anteayer cacerolas, porque el trabajo de buscarlos en los estantes es el mismo; tienen diez sustancias activas en lugar de una; tienen dos sustancias conocidas del médico y seis disfrazadas bajo los rosarios de fórmulas muy científicas, pero inabordables para el médico que arrojó hace años sus recuerdos de química, que tampoco le servirían para identificar todas esas cadenas de radicales que el laboratorio eslabona y ramifica a voluntad. El mismo medicamento existe

en treinta formas, con nombres distintos, dosis diferentes y vías de utilización diversas, porque va acompañado de todo lo que puede dar la impresión de que se refuerza su acción o se enmascara su gusto o se disimula su intolerancia o se facilita su asimilación. El médico ve abarrotada su mesa todos los días de consulta con diez frascos y veinte cajas nuevas, si no sube al automóvil con cuatro tarros que lo esperaban en el corredor del hospital. Y como la literatura que los acompaña demuestra que la incorporación de esta sustancia potencializa el medicamento y la de aquella otra lo reactiva, y como al volver a casa va a encontrar veinte sobres con literatura admirablemente impresa, venida de los cuatro puntos cardinales, recordándole que esta fórmula es la más completa y, por otra parte, la más barata; y como al lado va a hallar una pila de revistas gratuitas, con resúmenes de trabajos importantes o no, pero que el médico atareado cree que son todos importantes, el resultado es el que el vendedor del medicamento persigue, y es que el médico añade otro nombre a la lista. ¿Mira, acaso, el médico la fórmula del medicamento y trata de descifrarla? En la inmensa mayoría de los casos, no. Tiene mucha prisa, está muy cansado o lo esperan lecturas más importantes; el prospecto que acompaña a estos nuevos comprimidos lo ilustra suficientemente sobre sus indicaciones, sus efectos, sus dosis, sus vías de introducción y sus resultados.

El capítulo sobre el *placebo*, nombre con que se designa a una prescripción constituida por una sustancia anodina, inactiva, sin ningún efecto farmacológico, ni terapéutico, y que se administra al solo objeto de ejercer un efecto psicológico sobre el paciente, ya sea con fines de sugestión o a fin de comparar su efecto con el de otra sustancia, que se supone activa, y que se administra en forma idéntica, es sencillamente magistral y constituye una verdadera contribución científica al tema. Es una de las mejores que se han publicado.

Como era de esperar le merecen especial atención los efectos psicológicos que el médico ejerce sobre el paciente, y tanto en lo que tienen de beneficioso, es decir en la psicoterapia, de la cual trae a colación buenos ejemplos de su experiencia personal, como sobre el efecto lamentable del médico que, por descuido o por torpeza, desencadena reacciones perjudiciales en sus enfermos.

Si hay algo importante en la concepción moderna de las enfermedades – y aquí dirá burlonamente Pequignot que todo el que moja una pluma para sus sermones laicos teje variaciones interminables sobre el tema –, es la intervención que se ha reconocido al espíritu en la manifestación clínica y que ha culminado

en ese movimiento que hace correr tanta tinta y que se ha denominado medicina psicosomática.

Medicina psicosomática equivale a poner énfasis en una real reacción contra el concepto, ya anclado, de que la enfermedad es una invasión bacteriana, un desequilibrio hormonal o una alteración orgánica en el cuerpo del hombre que es, en fin de cuentas, lo que el oficio sugiere y lo que el médico uniformemente piensa cuando se encuentra, urgido, frente al enfermo tras del cual hay una docena en la sala de espera o al paciente visto en domicilio a las diez de la noche o en una visita matinal forzosamente breve porque se acerca el horario de la guardia de hospital o de la policlínica mutualista o del visiterío de los que aguardan la certificación de una enfermedad más o menos auténtica que los autorice a faltar cinco días a la fábrica o diez a la oficina pública donde creen que trabajan. Reacción contra el abordaje sumario del paciente, para recordarle al médico que la enfermedad, funcional u orgánica, puede ser la secuela de traumatismos nerviosos o emocionales, puede ser una imperfecta adaptación, una alteración en el estímulo anatómico de los centros superiores; reacción para insistirle al médico en la noción, muy leída pero no adoptada, de que al enfermo hay que oírlo, dejarlo abrirse y entregarse sin recelo, sin ese pudor que frena e inhibe y no deja explayar la confianza que, en tantas ocasiones, es la clave, el primun movens de todo el cuadro. Medicina sigue siendo mecanicista: si se ha ampliado el punto de vista, en la práctica – estamos en el arte, otra vez –, no se ha elevado. El médico cree que le presta más atención al enfermo porque le ordena radiografías y exámenes de laboratorio y porque le receta profusamente: cortinas que muchas veces lo alejan más de él.

La grandeza de la medicina radica en que, en esa relación médico-paciente, hay una carga emocional, afectiva, que tal vez conoce a veces el sacerdote – aunque sin la enorme inquietud de la vida que se cree comprometida y sin la urgencia que dramatiza la intervención médica –, pero que es, en cambio, la regla en el ajeteo diario de la profesión. El hombre que se acerca al médico pidiéndole alivio, cura, tranquilidad, esperanza, llega en condiciones de subordinación, porque viene a pedir lo que sólo la voz del médico puede proporcionarle. No hay nada más igualitario que el dolor que implora el auxilio del médico. Todos los orgullos claudican frente a su imperio; el médico tiene en su mano la salud, que no sabe de grandezas ni de pequeñeces humanas. Tal vez – de tal manera la costumbre va enmohecendo los resortes de la atención –, no se medita bastante en el poderío del médico, que ha alcanzado en el mundo moderno dimensiones excepcionales. Ha podido mostrarse como el tirano que hoy ordena una limi-

tación al régimen alimenticio que significa la supresión de todo lo que el enfermo prefiere en los placeres de la mesa, que mañana paraliza las actividades del hombre más absorbido o más indispensable y lo secuestra en la cama o le impone vacaciones o lo arranca a todo su mundo de intereses; o yendo a un plano con mucho mayor resonancia social, se transforma en un dictador que cierra, inapelablemente, una frontera, inmoviliza a un barco sin cuidarse ni un minuto de sus urgencias o de los intereses comprometidos, clausura universidades o escuelas, teatros o cines, vacuna a millones de seres, o prohíbe el expendio de productos alimenticios valiosísimos o sella fuentes o manantiales indispensables o paraliza fábricas o aísla casas, barrios o pueblos.

Algunos se sonríen cuando se dice que hay algo sacerdotal en el ejercicio de la medicina. Eso es viejo, aplicable a los tiempos del doctor con sombrero de copa, levita y bastón recto con puño de oro, de medicina sibilina y enfermos ignorantes. Eso trasciende a antigualla: la primitiva Facultad de Medicina de Buenos Aires en la calle Tacuarí llevaba sobre la portada esta inscripción: Dios te instituye sacerdote del fuego sagrado de la vida. En esta época nuestra en la que el enfermo se receta hormonas, vitaminas y antibióticos y en la que la poliomiélitis o coronaritis son términos de uso popular, hablar del médico sacerdote – se dice, – es evocar un empolvado figurín. Y, sin embargo, es necesario y basta haber sido médico de hogares sobre los que se desploma el infortunio con la muerte súbita del padre o con la descompensación cardíaca del jefe o con la paraplejía de la madre para que la palabra sacerdocio no sea ese vocablo romántico sin sentido en esta época materialista: el que no haya conformado a un enfermo en uno de esos trances de invalidez o no haya serenado a una mujer enfrentada de súbito a las penurias de la vida por desaparición del compañero, no ha vivido la medicina. Es un técnico, y todo este libro tan modesto y tan presuntuoso está de más para él. La noción de sacerdocio y el libro serán dos antiguallas equivalentes.

Analiza a continuación las nuevas modalidades de la asistencia médica que ve cambiar rápidamente; la extensión progresiva de la asistencia colectivizada y la amenaza de una socialización de la medicina.

A pesar de su fe inquebrantable en la medicina individualista no deja de reconocer ventajas y progresos en el ejercicio mutuo.

El enfermo es mejor estudiado que nunca, si es que a los médicos no les ataca la pereza de confiar excesivamente en la pila de papeles y prescinden de la técnica cautelosa del viejo oficio. Mejor estudiado, sí, pero lo que es dudoso es que

sea mejor atendido. La usina perfecciona los resultados, pero deshumaniza la asistencia, porque se va esfumando el prestigio del acto individual. Y surge otra de las paradojas de este momento, cruda y tajante: la asistencia se hace cada vez más deshumanizada, precisamente en la época que clarinea el descubrimiento de que al enfermo hay que enfocarlo como un todo, en un esfuerzo de acercamiento, de comprensión y de intimidad. Una antinomia más: doctrinalmente, la evidencia de que el enfoque debe ser más individual que nunca; pragmáticamente, la necesidad de dispersar la atención y alejarse del enfermo.

Pero el encarecimiento del cuidado médico, en esta época de tan hondas transformaciones sociales, trae algo mucho más serio para la profesión. El Estado, que por otra de esas brutales paradojas, cercena cada vez más la libertad de los individuos cuando más enfáticamente proclama la libertad como base de las democracias nunca tan pregonadas y petulantes, no puede dejar escapar la posibilidad de invadir otra esfera de radio tan infinito como es la salud del pueblo. Devorador de todos los individualismos, crea sus monopolios de asistencia o sus cuadros de Seguridad Social o sus seguros de enfermedad.

En nuestro país se viene hablando con creciente insistencia de seguro de salud, de seguro de enfermedad y de socialización de la medicina. Las sucesivas convenciones médicas, desde la primera, han venido ocupándose de este tema fundamental, que ha originado varios informes en los que distinguidos colegas han enfocado el problema a fondo y desde diversos ángulos. Insistimos en que no es nuestro fin, porque nos llevaría muy lejos, engolfarnos en él. Lo único que nos permitimos, abiertamente, es declarar nuestra conformidad con las opiniones que claman para que, si ha de llegarse a tales soluciones tras estudios sociales y económicos profundos, la organización que surja se vea libre de la intervención del Estado. No puede olvidarse, en cualquier solución, que hasta la fecha el mutualismo privado, que conoce un auge jamás alcanzado y que, en sus instituciones importantes, ha ido mejorando sus servicios, contemplando los intereses de sus cientos de miles de asociados y los de sus centenares de médicos, merece ser considerado y protegido del apetito de las empresas comerciales que se han disfrazado con aspectos mutuales que a nadie engañan. No estará de más advertir que el autor de este libro no ha pertenecido jamás a ninguna sociedad mutualista, hecho que lo coloca en situación cómoda para juzgarlas: cree que la diferenciación entre tipos tan diversos de organizaciones como las que actualmente florecen, se impone, para garantía de los miles de asociados a quienes hay que librar de la especulación y de la estafa. El mutualismo mejorado, encarrilado y vigilado, puede dar bases para las soluciones que se buscan.

Ya hemos visto que no elude, sino que afronta con decisión el concepto de que el médico tiene algo de sacerdote en la intimidad de su ejercicio profesional. Y siente profundamente esta misión que le ha deparado, seguramente, algunas de las satisfacciones más puras y vivas de su existencia. Por eso nos dice:

Cuando se hace medicina de hogar – y en esto el internista es el juez –, se adquiere la influencia derivada de la fe nacida al amparo de la larga frecuentación, que va dictando al médico los modos de contemplar las rudezas del uno, las pusilanimidades del otro, las ingenuidades de éste o las indocilidades de aquél. Se recoge, entonces, en moneda de afecto y de respeto, todo el bien que hace en los ánimos conturbados una palabra de serenidad y de seguridad. La frialdad de la ciencia se funde en el calor de ese arte médico lleno de satisfacciones que, vividas, nos reconcilian con todas las amarguras deparadas por la profesión. Porque se sufre en nuestra profesión, se sufre mucho, y si no hubiera el goce del diagnóstico iluminado o del tratamiento salvador, intensísimo e imposible de narrar, si no se tuviera la recompensa de la mirada húmeda de agradecimiento o del hondo apretón de manos en silencio, sería insoportable la tristeza del fracaso o de la impotencia. El vínculo con el enfermo crea ternuras que compensan muchos sinsabores. De cuando en cuando, la ingratitud, feroz e hiriente, nos dice que el ser humano, al que hemos dado tantas veces lo mejor de nosotros, es tornadizo, olvidadizo, egoísta e injusto.

Los últimos capítulos de su libro los dedica a analizar, con una enorme y modernísima información, el problema de la enseñanza de la medicina; problema viejo como la medicina misma pero agudizado en forma casi cataclísmica, desde que el progreso vertiginoso de la ciencia médica obliga a absorber, en el mismo período de tiempo una masa mucho mayor de conocimientos. Y cumple así, en los capítulos XIII y XIV, dentro de lo inevitablemente reducido del espacio, con dar un análisis muy rico de las nuevas orientaciones en la enseñanza de la medicina que se están ensayando en todo el mundo, expresando su opinión personal, fundada en cada caso. Y sorprende que este maestro por naturaleza, que nunca ha ejercido oficialmente la docencia médica para la que estaba excepcionalmente dotado, demuestra un conocimiento de las formas de la enseñanza de la medicina en los países más adelantados, y un criterio de certero sentido común y de fina percepción crítica de métodos y planes, como nadie ha demostrado poseer en este país.

Y clausura su libro con una frase nostálgica en que no podía faltar el toque personal. Dice:

Y queda cerrado así este pobre libro que me ha acompañado mucho tiempo y me ha permitido goces intensos al obligarme a rememorar toda mi carrera, todos mis maestros, todos mis inconformismos, todas mis lecturas. Me he sentido remozar – ésa es la fuerza increíble de la medicina -, en el planteo de problemas actuales que he creído encarar con la serenidad del viajero que se vuelve a mirar el camino recorrido – vieja imagen siempre verdadera -, lo ve en sus curvas, en sus cumbres y en sus barrancos, no se arrepiente de lo andado y piensa que volvería a hacerlo con la misma alegría y la misma fe. El secreto es que el viaje se ha hecho por los vericuetos de la medicina, y la medicina es, como dice el viejo Hipócrates en la Ley, de todas las profesiones, la más noble.

Su libro fue la reacción apasionada frente a cambios que no pudo asimilar, que modificaron radicalmente las formas de ejercer la profesión a la que había entregado su vida. Pero su reacción fue inteligente y comprensiva.

* * *

Pasó por la vida con indiscutible señorío; gran señor de la medicina que llegó a dominar como clínico experto y sagaz, bien informado y de gran sensatez; llegó a tener una gran y selecta clientela que le admiró, le quiso y le fue fiel y a la cual él se entregó con todas las fuerzas de una vocación inquebrantable, a cuyo servicio puso todo lo mejor de sí; supo cumplir así, con el tríptico inmortal de la medicina: curar, calmar, consolar. Ejerció la profesión de un modo que iba perdiendo, en el curso de su vida, rápidamente vigencia, la del médico de familia. Y asistió con penetrante lucidez a cambios de la forma asistencial que instintiva y racionalmente desconfiaba y rechazaba. Un mundo de evolución técnica, social y económica vertiginosa que repercutía día a día sobre la medicina que él practicaba con tanta jerarquía. Su reacción a estos cambios fue el libro cuya redacción ocupó cuatro años de su vida, cuando había alcanzado ya ese momento crítico de la existencia de todo hombre, en que siente la necesidad de los balances y los in-

ventarios. Por eso puso como colofón del mismo la frase que hemos transcripto.

La cultura recibida y el ambiente social y político que asistió al iniciarse su personalidad, fueron una promesa incumplida. Sin embargo, fue él uno de los menos defraudados, de los que mejor pudieron mantener formas de vida y de ejercicio profesional que se desvanecieron porque carecían de sólida base y de los que, hasta el fin de su vida siguió reclamando el cumplimiento de aquella promesa.

Pero reaccionó a estos cambios con imperturbable señorío, dominio de gran elegancia intelectual que armonizaba una clara y lúcida inteligencia, con una cultura extensa, bien asimilada y organizada para emplearla según el que fuera eje fundamental de su vida: la medicina. Leía con atención y profundidad, literatura en varios idiomas, tanto clásicos como modernos, pero destaca principalmente el brillo de la literatura francesa y en ella resplandece Valéry, a quien cita reiteradamente y Anatole France de quien dice: *Yo no conozco placer igual al de embriagarme con la gracia alada de Anatole France*; pero también están presentes Charles Dickens, George Bernard Shaw, Sacha Guitry (el teatro fue una de sus pasiones), Mark Twain, Gómez de la Serna, Ortega y Gasset, Oscar Wilde, Rafael Barrett, Sartre, Faulkner y tantos otros. Y entre los clásicos Platón, Suetonio, Heródoto, Cicerón y el padre de la poesía, Homero, que abre en magnífico pórtico la primera página de su libro. Y entre los nuestros Rodó, Zorrilla de San Martín, Vaz Ferreira. ¿Para qué citar más?; fue un lector apasionado y recomienda a los jóvenes la lectura de la buena literatura. Amante de las artes plásticas, para las que poseía un buen gusto indudable, supo ir acumulando a lo largo de su vida una nutrida y selecta colección de cuadros, de autores nacionales y extranjeros, selección ecléctica, pero en la que imperaba el común denominador del buen gusto y el acierto del artista que, fuera de duda, alentaba en Héctor H. Muiños.

Ama la música y asiste con regularidad a óperas y conciertos; los conciertos del sábado de la OSSODRE lo cuentan entre sus asiduos concurrentes y a veces, cuando el programa lo ha satisfecho, vuelve el domingo a escucharlo nuevamente. Le viene este gusto musical desde la niñez y la juventud cuando concurría a presenciar las grandes compañías de ópera que en aquel entonces llegaban a Montevideo y gozaba, desde las localidades más económicas, de veladas que nunca olvidó.

Las voces de Caruso, Tita Ruffo, Galli Curci, Adelina Patti resuenan todavía en sus oídos medio siglo más tarde. Pero supo armonizar toda esa cultura en el cañamazo de su medicina, de su cultura científica y de su experiencia de la vida y pudo así esculpirse a sí mismo en una personalidad de humanista, de médico filósofo, en una especie casi extinguida y de la que él fue un ejemplo admirable de una forma que la tecnificación y el especialismo van inexorablemente sacrificando.

Fue un gran señor, de indiscutible señorío, dondequiera que estuviera. Bastaba acercarse a él para reconocer, en el gesto elegante y medido, en la frase precisa, sensata y con ritmo interior, en el fluir del pensamiento fácil y profundo, en la expresión del sentimiento manifiesto pero recatado, a una personalidad de excepción. Así pasó como un gran señor, representante excelso de lo mejor de un mundo ya muerto del que había rescatado valores eternos, que lo serán siempre porque están hechos a la medida del hombre de cualquier época.

Y pudo hacerlo también porque refugiado en su profesión, en su copiosa biblioteca, rodeado de sus obras de arte, querido y admirado, en su trajín diario o en el retiro a que acudía para sus lecturas y sus escritos, logró aislarse del mundo y pasar sin comprometerse a través de un mundo convulsionado y conflictual que parece no haberlo afectado. En los últimos años, retirado ya del ejercicio profesional, se refugiaba durante largas temporadas en su chalet *La Loma* de Punta del Este, donde había hecho construir un ambiente de lectura y recogimiento. Desde allí dominaba la magnífica perspectiva de la bahía de Maldonado que servía como fondo del espectáculo siempre renovado de serenos y policromos atardeceres estivales y de puestas de sol de incomparable belleza.

En el transcurso de su largo ejercicio profesional fue designado en numerosas ocasiones perito médico de los Tribunales y produjo informes variados, casi todos referentes a incapacidad total o parcial, que traducen su sagacidad y su responsabilidad en el análisis de los casos. Frente a un viejo octogenario, con cuantiosos bienes nos dice: *Y es que su vida, ahora, se reduce a la pasiva existencia de quien se pasa las horas con un compañero, que es el alcohol. Es la pasión dominante. Hace dos años, cruzaba veinte veces los cien metros que separan su casa de la casa de comercio contigua – de uno de sus hijos, – para tomar el vaso de caña; ahora con la dificultad de movimiento que determina el reuma tiene la botella junto a la silla y, entre llenar la pipa y vaciar la botella,*

las horas pasan. Todo esto lo refiere sencillamente con su ingenuidad de hombre bueno y simple. Sabe cuáles son sus bienes: posee un campo de 902 cuadras en Río Negro, - herencia materna, - posee cuarenta o cincuenta cuadras de campo en el paraje donde vive, posee unas quince cuadras a corta distancia y algún terreno en el Cerro. Si se abunda, se ve de inmediato su pereza mental. No sabe si el campo de Río Negro, - que en ochenta años no ha tenido tiempo de ver, - tiene costa sobre el río; no sabe cuáles son sus linderos; sabe que lo tiene arrendado a sobrinos y sabe cuánto le produce, sabe igualmente cuánto le produce la chacra donde vive, arrendada, en parte, a sus hijos; sabe, - pero siempre con despego como si no se tratara de cosa propia cuanto le produce la otra fracción de campo... Pero sabe todo eso muy aproximadamente porque él no administra sus cosas. Él tiene una caja donde guarda las rentas que le entregan y saca de allí para gastar sin saber muy bien lo que gasta y sin saber mejor lo que dispone.

* * *

Hay varios incidentes en su vida que muestran facetas muy netas de su personalidad firme y segura, pero no combativa, eludiendo la lucha aunque eso sí, dejando claramente expresada su posición. La primera es cuando, siendo consejero de Enseñanza Secundaria, no comparte la orientación que se le está dando a ese instituto. Renuncia entonces (6-IV-29) y lo hace precisando claramente sus motivos: *Perfectamente solidarizado con las directivas de acción del Consejo de Enseñanza Secundaria, mientras lo integré activamente, he tenido discrepancias íntimas frente a una serie de resoluciones importantes posteriores a mi retiro, discrepancias que culminan actualmente con la forma en que se acaba de solucionar la provisión de la Dirección del Liceo Rodó, asunto en el que momentáneamente llegué a pensar en intervenir, frente a la inminencia de una solución con la que estaba en radical desacuerdo y saliendo para ello de la voluntaria abstención que me había impuesto. He considerado que era preferible no salir de mi prescindencia, pero para retirarme definitivamente de una corporación con la que siento debilitarse cada vez más la perfecta unidad de pensamiento que mantuve mientras me tocó integrarla. Esta causa determinante, sumada a la notoria razón de mis tareas absorbentes, me ha decidido a no aplazar una renuncia que me imponen las circunstancias.*

La segunda es cuando, en 1932 se producen importantes cambios en los planes de los estudios de Enseñanza Secundaria y Preparatorios,

de los que es profesor. Muiños no es entusiasta del plan hasta entonces vigente; en varias oportunidades menciona con añoranza el viejo bachillerato en que él mismo se formó, como un plan mucho más eficaz. Pero ve todavía con mayor desconfianza el nuevo plan al que consideró ineficaz y altamente perjudicial. Además el cambio de plan obliga a algunos profesores a cambiar de asignaturas y a dictar materias para las cuales deben improvisarse rápidamente. Entonces envía su nota renuncia (20-III-933) al Consejo de Enseñanza Secundaria del que había sido, hasta hacía bien poco, miembro y al que había renunciado, como vimos, por discrepancias. Dice en su nota: *Tengo el honor de elevar al Honorable Consejo que usted preside mi renuncia del cargo de profesor de física que desempeño desde hace más de veinte años. He llegado a esta resolución, no por cansancio ni por pérdida del entusiasmo que me ha animado en mis largos años de enseñanza ni porque haya recibido otra designación que complique mis horarios o me asegure nuevas compensaciones: renuncio en virtud del profundo y creciente desacuerdo entre las condiciones en que debo seguir llenando mis funciones de profesor y las que yo considero deben existir.*

Más cómodo sería retirarme silenciosamente. Pero faltaría al amor que he puesto siempre en mi función docente si, cuando contemplo con asombro grandes fallas que no hacen sino acentuarse, no tuviera la lealtad de manifestar ante el Consejo que preside los destinos de la Sección las causas que me obligan a desertar de un puesto que he desempeñado, creo, sin gloria pero con honor.

* * *

Soy el más antiguo de los profesores de física en actividad. He asistido, señor Decano, como profesor, a la implantación del plan de Enseñanza Secundaria, - sustitutivo de aquel magnífico, - desde sus comienzos. Me pareció malo desde el principio. Ha sufrido modificaciones que lo han empeorado invariablemente. La última, que ahora está en tren de implantarse, me parece desastrosa. No tengo el impertinente deseo, - y podría discutírseme con fundamento autoridad para ello, - de analizar todo el plan cuyo ensayo comenzó el pasado año. Pero tengo mi autoridad de viejo profesor de física para comentar la transformación de mi materia en una cosa que se llama Ciencias físico-químico-naturales, continuada al año siguiente por otra cosa que se llama Ciencias físico-químicas. Y aunque nadie sabe qué abarcan esas denominaciones ni qué se va a enseñar,

porque ahora, - como el año pasado, - el comienzo del año escolar ha llegado con tan gran impertinencia que se ha anticipado a la redacción de los programas y no ha dado tiempo a pensar en los posibles textos, todo hace pensar que en esta nueva materia han de incluirse nociones correspondientes al primer curso de química y a la totalidad de la Anatomía, Fisiología, Zoología, Botánica, Mineralogía y Geología, materias éstas que no reaparecerán más en el plan y que en algunos estudios preparatorios no existen.

* * *

Y bien, señor Decano; yo he enseñado física veinte años largos y no estoy dispuesto a enseñar esa materia enciclopédica para la que se destina una hora diaria. Y si este año puedo refugiarme en los cursos de física segundo año que aún subsistirán por vigencia del plan anterior, o en los cursos Preparatorios, que he dictado varios años, no haría al continuar la enseñanza más que aplazar objeciones demasiado fundamentales que puedan postergarse para mejor ocasión.

* * *

Pero esta misma cuestión arrastra consigo otro problema quizás más grave. La implantación paulatina del nuevo plan trae aparejada la supresión de materias que hasta ahora han integrado todos los planes o su inclusión en cursos que engloban materias más o menos afines, como es el caso de Física. Ya se planteó el problema el año anterior con Historia Natural, suprimida del primer año en vigencia. Y entonces se asistió a algo trágico: a la ubicación de los profesores de Historia Natural en cualquier materia que se atrevieran a dar y que permitiera el respeto de sus calidades y derechos de profesores. Dictaron, así, Ciencias Geográficas o Matemáticas o Castellano. Este año se vuelven a plantear más agudamente, el caso. Los profesores de Física e Historia Natural deberán buscar la materia que compense los cursos que abandonaron forzosamente. Y es fácil imaginar la situación de los profesores de Física que se atrevan a dictar por primera vez, en pèle-mêle, Química y todas las ramas de la Historia Natural o a los de Botánica enseñando Mecánica y teoría atómica.

Uno de los grandes, de los esenciales problemas de nuestra enseñanza secundaria ha sido la formación del profesorado. Todos, todos nos hemos improvisado profesores, a falta del instituto forjador del personal adecuado. Los años han ido formando profesores, buenos profesores, de todas las materias. Ahora todo eso se desmorona. Los contados casos que he citado ya se produjeron, y se multiplicarán. Creo esto mucho más serio, mucho más pernicioso que las objeciones más o menos teóricas a un plan que, podrá decirse, se critica antes de juzgarlo en pleno desarrollo. La pulverización del profesorado es lo desesperante. Hay hasta un rebajamiento de la moralidad del profesor que debe optar, - como oportunamente se me comunicó por nota oficial, - por la materia que quiera dictar, dado que la que enseña desaparece del plan.

* * *

Pero el problema quizás se aclara si se repara en otra cosa que los que hemos vivido la vida profesoral en los últimos años hemos comprobado muy bien. El sentido de la jerarquía del profesor se ha ido rebajando de modo sensible. Existe actualmente un régimen, el de las libretas de anotaciones, que ha contribuido en buena parte a ello. No he encontrado jamás un profesor, que aceptara de buen grado las actuales libretas. ¿Por qué? Con leer las instrucciones para su uso, las instrucciones aclaratorias de las instrucciones y las ampliaciones de las instrucciones aclaratorias, que decoran todo el comienzo de las libretas y con leer el inefable modelo de ficha estudiantil engarzado en ellas, alcanza. Las libretas, con las anotaciones que se exigen y que se hacen con la perfecta indiferencia de saber que para nada servirán, porque nadie las lee, ni las ha leído, ni las leerá, las libretas, digo, sólo sirven para distraer al profesor, para obligarlo a perder tiempo, para impulsarlo a ennegrecer las páginas con la displicencia del que escribe algo para llenar sitio. La realidad es rudamente así, a pesar de las bellas cosas tan bellamente dichas que encabezan estos libros mayores. Todos los profesores piensan eso. Interrógueseles.

Pero, además, estas libretas célebres dieron lugar, a fines del pasado año escolar, a una resolución que no puedo silenciar, porque hubo de ser causa de mi renuncia instantánea, si no me hubiera detenido el interés de mis pobres alumnos. El Consejo de Enseñanza Secundaria resolvió en vista de que buena parte del profesorado no había llenado las libretas (ese solo hecho demostraría su eficacia) que se procediera a la revisión de todas, que los alumnos de los profe-

sores que no las tuvieran al día no pudieran ser promovidos y que se fijaran los nombres de los profesores omisos en los pizarrones de los liceos. No comento esta resolución porque quiero conservar la mayor altura en estas consideraciones. Sé que no renuncié porque faltaba una semana para la terminación de los cursos y para las reuniones de promoción, de las que de hecho me eliminaba con grave perjuicio de mis discípulos. Y sé que se me presentó la evidencia de que no podría continuar más en la Sección, porque yo había creído siempre que el ser profesor de Enseñanza Secundaria era una jerarquía, y los hechos me iban persuadiendo a mazazos que eso había dejado de ser verdad.

* * *

El Decanato que recién termina ha coincidido con esto que, para mí, es un derrumbe. Ha corrido el tiempo desde que aquel gran espíritu que fue el Dr. Miguel Lapeyre echó las bases de la Enseñanza Secundaria y fundó el Liceo Rodó. Es con gran sentimiento de tristeza que comprobamos todo lo que se ha desandado, todo lo que se ha pervertido. Pienso que la Sección de Enseñanza Secundaria está sumida en la crisis más grave que he presenciado. Quiera la suerte que el Sr. Decano, que posee la totalidad de las condiciones para dirigirla y orientarla, pueda presidir la enmienda de tanta equivocación.

Y ahora sólo me resta pedir al Honorable Consejo que vea en estos fundamentos de mi renuncia del profesorado, no una pretenciosa expresión de cargos, porque jamás fue ése mi propósito, sino el arranque sincero de alguien que sólo reivindica, como mérito de sus viejos años profesoriales, el invariable fervor con que dictó sus modestos cursos.

Como se ve no calla sus críticas, ni siquiera las atempera, sino que es claro y preciso, naturalmente que dentro de la mayor corrección y altura; renuncia pero no es una fuga, ni un eludir responsabilidades sino que es la única salida decorosa para su dignidad de profesor que sabe que ha cumplido por más de veinte años con su deber.

* * *

Otro momento singular se produce en 1934 cuando, discorde con la nueva orientación dada al Sindicato Médico, presentó renuncia al mismo. Muiños había sido fundador del Sindicato Médico en el año 1920 y había ocupado diversos cargos dirigentes entre otros el de Tesorero. Había actuado activamente en el mismo y sido asiduo colaborador en la revista en que aparecieron varios artículos suyos con semblanzas evocativas de Soca, Dighiero, etc. El Sindicato Médico tenía fines precisos que establecían como objetivo la *defensa de los intereses morales y materiales de los afiliados y de los médicos en general; solución decorosa y práctica de todas las cuestiones económicas y profesionales relacionadas con el cuerpo médico; mejoramiento, por medios legales, del ejercicio profesional y de la situación del médico; coadyuvar a la ampliación de la cultura general y perfeccionamiento de la preparación técnica de los médicos; obtención de disposiciones legales para amparo del médico y su familia en casos de enfermedad, vejez o muerte; organización racional del mutualismo; mejoramiento de leyes y disposiciones referentes a la Asistencia e Higiene Públicas y a la medicina social; protección de sus afiliados contra las trasgresiones de los preceptos de la moral profesional; defensa jurídica de sus afiliados en los casos previstos en este reglamento*. Y Muiños está plenamente identificado con esos objetivos. Pero al comienzo de la década del 30 ingresan al Sindicato un grupo numeroso de muy distinguidos médicos jóvenes, con nuevas ideas, comprometidos con la realidad social y política que vive el país al que ven hundirse en la crisis que ha de desembocar en el golpe de Estado del 31 de marzo de 1933. También vibran esos jóvenes con la problemática política y social del mundo amenazado por el fascismo y que se dirige hacia la guerra. Entonces y son palabras del propio Muiños: *Empiezan a cambiar los métodos de lucha, que se hace más agresiva, más gremialista. No está lejano el día en que el Sindicato declara su solidaridad con el Sindicato de Artes Gráficas en conflicto con las empresas periodísticas, e invitado a adherirse a un mitin contra la dictadura (estamos en 1934) cuesta desechar un formidable alegato de Fosalba que propone la negativa, porque subordina la adhesión del Sindicato a la formulación previa del mitin, de un programa de reivindicaciones que ha de ser su bandera y en el que se articulan las siguientes: 1.- Contra todas las declaraciones. 2.- Por la libertad de expresión.- 3.- Contra los sindicatos del Estado.- 4.- Contra el ministro de Salud Pública.- 5.- Contra todos los gobiernos reaccionarios, fascistas y militares.- 6.- Por la defensa de la libre agremiación de los individuos y por el respeto de los sindicatos profesionales, estudiantiles y obreros. 7.- Por la mejor asistencia de los enfermos*

y mejor retribución del personal hospitalario. 8.- Por la lucha contra la desocupación obrera y profesional y por el mejoramiento económico de los trabajadores. La resolución final no acepta la proclamación en esta circunstancia, de todo este programa, pero yo voy convenciéndome de que mi concepto de la función del Sindicato no armoniza con estas tendencias. Yo he concebido el Sindicato como una corporación que vela por la representación, la corrección y la dignidad de los médicos; lo entiendo más como lo que corresponde a una Orden de los Médicos que como una entidad que da idéntica importancia a los intereses



Mario C. Simeto (1882 – 1930). Fuente: retrato al óleo en el SMU, foto del autor).

materiales. El Boletín de Simeto¹⁰ ha desaparecido y lo ha sustituido Acción Sindical que, junto a la propaganda fundamental en que todos concordamos, ataca temas que no creemos pertinentes. Integramos en estos momentos, con más precisión, año 1934-, el Consejo Arbitral del Sindicato, siempre con el deseo de aportar lo que podamos a la querida institución. Pero se formaliza la idea de crear el Centro de Asistencia, con la que estoy en formal desacuerdo. Y resuelvo desligarme de la corporación. La nota renuncia es del 3 de octubre de 1934. Y dice luego en la misma conferencia de 1960: Sigo adhiriendo a la idea del Sindicato defensor de los intereses morales y materiales, propugnador de la mayoría de las leyes y disposiciones referentes a las leyes de la asistencia, la higiene y la medicina social, protector de sus afiliados contra las transgresiones de los preceptos de la moral profesional. Lo que me ha separado son las tácticas, el lenguaje, los procedimientos. Y como mi filosofía escéptica me ha habituado a respetar las ideas de los demás para que se respeten las mías, no me he considerado habilitado para criticar un ideario que no es el mío. Es justo que confiese que mis juicios han cambiado, con los años, en la apreciación de algunos aspectos: en lo relativo al Centro de Asistencia, por ejemplo, el que no tenía razón era yo. (Conferencia en el acto académico celebrado en el SMU el 11 de agosto de 1960 con motivo de su 40 aniversario). Una vez más la ac-

¹⁰ TURNES, Antonio L.: Mario C. Simeto (1882-1930). En: <http://www.smu.org.uy/dpmed/hmed/historia/articulos/simeto.pdf> (Consultada el 31.03.2013)

titud reticente, al replegarse cuando sus convicciones no concuerdan. Es que su temperamento no es de lucha, es que prefiere conservar sus energías intactas para la actividad que en la vida le será más querida: la profesión de médico. Pero claro y leal en sus proceder; firme en sus opiniones y de una honradez intelectual que lo lleva hasta reconocer públicamente su error, veintidós años después.

También como muestra de una psicología que prefiere el renunciamiento es el incidente, ya mencionado, de su conferencia que debió suspender en agosto de 1958 a consecuencia de la huelga estudiantil y la respuesta a la invitación del Decano para dictar en 1951 el curso de Cultura Médica.

MUIÑOS Y SOCA

Conoció a Soca a los 24 años, en 1913 cuando, estudiante de 3er. año de medicina ingresó a la Clínica del Maestro, en el apogeo de su indiscutible magisterio y de sus excepcionales condiciones intelectuales.

Soca lo magnetizó; desde ese día hasta la noche, repetidamente evocada del 29 de marzo de 1922 en que vela al Maestro moribundo, recibe de Soca no solamente las insuperables enseñanzas de la Clínica Médica, sino, lo que es mucho más importante, un modelo de médico, la impresión de una personalidad superior y avasallante, que no admite comparaciones y que suscita la admiración, el agradecimiento y el cariño. En su viaje a Europa (1918-1920) frecuenta las lecciones de otros grandes maestros de la clínica Widal, - en primer término - Pierre Marie, Hutinel, Vaquez, Gilbert; pero la personalidad de Soca no solamente no sufre en la comparación sino que al contrario surge más vívidamente, aventajando a todos. Luego de oír una clase sobre asma de algún profesor francés, escribe: *Debería ir a Montevideo a aprender lo que es el asma con Soca*. Fue, por propia decisión y por indestructible lazo emotivo y sentimental un acólito de esa escuela *Argerich* (nombre de la sala del Hospital Maciel en que enseñaba Soca y que hoy lleva el nombre de *Sala Soca*) condición que siempre exhibió con orgullo hasta este magnífico prólogo a la obra de Soca, obra póstuma, a la que dedicó interminables horas de los últimos años de su vida, hasta que la enfermedad que lo llevó a la tumba se lo impidió.

Cabe reconocer que hubo aspectos muy salientes de la personalidad de Soca que Muiños nunca buscó imitar porque lo admiraba como médico y como hombre superior, pero no lo imitaba servilmente, nunca quiso intervenir en política, actividad en la que Soca participó durante veinte años de su vida. Debemos admitir que con sus relaciones, con su indudable superioridad intelectual y con su probidad moral, le hubiera sido fácil, en cualquiera de los partidos políticos, ocupar escaños parlamentarios y quizás dignidades más elevadas en una época en que los caudillos elegían inapelablemente quienes debían integrar las listas. No quiso. Prefirió siempre el campo en que se sentía tan feliz del ejercicio profesional y la frecuentación de sus libros y sus poetas, al trajinar político con sus luchas, sus choques, sus embates y sus violencias. Y es que H. H. Muiños no fue un hombre de lucha, sino un intelectual de meditación y estudio. En la conferencia sobre Morquio (1960) incluye una frase en la que encontramos un destello auténtico de su personalidad: *Consiéntanme, al terminar, una confesión: he sido un indiferente, o peor, un fugitivo en el camino de los honores, amando los senderos solitarios o escasamente transitados.*

Tampoco fue como Soca un esclavo de su pasión por la medicina y de su inquebrantable ambición de alcanzar posiciones. Es bien antagónica la actitud de ambos en su viaje a Europa. En París, Soca no atiende a nada más que a sus estudios médicos; ignora todo lo demás que encierra la gran ciudad; ¡El París de 1885-88, capital del mundo del arte! Muiños trabaja intensamente, concurre a hospitales, estudia, asiste a clases y llena la mayor parte de su tiempo con sus estudios médicos; pero concurre al teatro con frecuencia, visita museos, asiste a conciertos y se empapa de todas esas infinitas formas de la cultura como obra del hombre que sólo París puede ofrecer. Nos place imaginarlo *en flanant* por las callejas estrechas y tortuosas del *Quartier Latin*, donde casi cada casa emana evocación de arte y cultura, para llegar, casi insensiblemente, llevado por el natural declive del terreno, hacia los *Quai* y allí refistolear en los beneméritos cajones de los *bouquinistes* en busca del libro precioso, que por sólo unos pocos francos se lleva a casa y se conserva de por vida como un tesoro al que se hojea con frecuencia para embriagarse con todo el aroma de recuerdos imborrables de juventud...

Tenía el orgullo de decir que había sido el último Jefe de Clínica de Soca (1920-1922) y no hay duda alguna que, desaparecido Juan C. Dighiero (19 julio 1923)¹¹ fue Muiños quien más cabalmente y con mayor jerarquía, representó a la escuela médica de Francisco Soca.

Esta admiración, esta fidelidad en el recuerdo se expresan de modo admirable en el prólogo escrito especialmente para el volumen de Soca.

Tuvo por Soca una admiración sin límites que duró hasta su muerte y tomó al Soca médico, en su voluntad invencible, en su capacidad intelectual y de trabajo, en su vocación de médico, en su realización plena como un clínico insuperable, en sus condiciones de maestro, a la vez sencillo y profundo, como ejemplo para su propia formación y actividad como médico; pero no le cegó hasta imitarle servilmente en todas las actividades de aquella personalidad desbordante y contradictoria, sino que labró su senda en la vida de acuerdo a sus propias convicciones. Esta misma semblanza sobre Soca que escribe al final de su vida no hurta las facetas menos favorables de aquella personalidad genial y conflictiva, sino que las muestra en toda su crudeza, en todas sus riquezas de matices y claroscuros con el vigor de un aguafuerte.

* * *

En el año 1947 había sufrido un cuadro de angor por insuficiencia coronaria, que fue interpretado como un infarto de miocardio; de este accidente se repuso completamente y volvió a sus actividades como siempre, prolongando algo más sus vacaciones en Punta del Este, pero atento siempre a los requerimientos de su clientela. Fue en este período que escribió su libro publicado en 1958.

Hacia el mes de abril o mayo de 1971 comenzó a sufrir trastornos nerviosos, principalmente en la orientación y equilibrio; los síntomas neurológicos fueron agravándose progresivamente, aparecieron movimientos involuntarios y debió guardar cama.

11 MALOSETTI, Hugo y DIGHIERO ARRARTE, Graciela: Juan Carlos Dighiero (1880-1923). En Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo 2, 1989. Horacio Gutiérrez Blanco, Editor; pp. 193-196. En: http://www.smu.org.uy/publicaciones/libros/ejemplares_ii/art_29_dighiero.pdf (Consultada el 31.03.2013).

El 19 de agosto de 1971 bruscamente terminó aquella existencia que había dedicado toda su vida a *la medicina, una noble profesión* con la entrega y la dedicación de los elegidos.

Washington Buño

EMILIO ORIBE
(1893- 1975)



Emilio Oribe (1893 – 1975) (Fuente: autoresdeluruguay.uy)

5 DE MARZO DE 2006

EMILIO ORIBE¹
(1893- 1975)

ANTONIO L. TURNES
GUIDO BERRO ROVIRA

Fue médico por vocación; poeta, esteta, docente y humanista por devoción. Fundó la Facultad de Humanidades y Ciencias, de la que fue Decano. Su dedicación a la enseñanza se recuerda con el nombre de una Colonia de Vacaciones para estudiantes de Enseñanza Primaria y Normal en la ciudad de Piriápolis, frente al mar, porque fue siempre su ilusión que los niños del interior profundo, criados y crecidos en medio del territorio, tuvieran otro horizonte y vieran la puesta de sol en otra perspectiva. Alcanzó relieves insospechados en su aporte a la historiografía de la última Guerra Civil, cuando contó las memorias de sus paisanos que le narraron las circunstancias en que murió Aparicio Saravia en Masoller, en 1904.

Nació en Melo el 13 de abril de 1893, hijo de Nicolás Oribe y de Virginia Coronel. Pasa su niñez en la ciudad natal. Radicado en Montevideo, inicia estudios universitarios en 1905 y termina el bachillerato en 1912. Este año representa al Uruguay en el Congreso de Estudiantes Americanos de Lima. Se gradúa en Medicina en 1919. Publica *El halconero astral* (1919). Viaja por Europa. En 1925 se radica en San José de Mayo, donde dicta cursos de Filosofía. Edita *La colina*

¹ Texto entregado para edición de Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo III, Fernando Mañé Garzón y Antonio L. Turnes (Editores), el 5 de marzo de 2006.



Casa natal de Emilio Oribe en Melo, calles 18 de Julio y Eber Da Rosa (Sarandí).
(Fuente: autoresdeluruguay uy)

del pájaro rojo (1925). En 1926 es designado profesor de Literatura (Universidad de Mujeres) y de Filosofía (Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatoria) y en 1928 es designado Vocal del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal y luego Vicepresidente del mismo. Publica *La transfiguración del cuerpo* (1930), *Poética y Plástica* (1930) y *Teoría del Nous* (1934). Obtiene la Cátedra de Filosofía del Arte en la Universidad en 1938. Es candidato a la Rectoría de la Universidad. Viaja a Estados Unidos en 1942. Edita *El mito y el Logos* (1945). Integra en 1946, el primer Consejo de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Publica *La dinámica del Verbo* (1948). Viaja a Inglaterra en 1949 y a Cuba y México en 1951, donde interviene en el Congreso de



Emilio Oribe en la época en que recogió la tradición que relata en sus crónicas de Cerro Largo. (Fuente: autoresdeluruguay uy)

las Academias de la Lengua. De regreso dicta clases de Estética en la Facultad de Humanidades. En 1954 asiste, en Ginebra, a los “Rencontres Internationales”. Nuevo viaje a la India, Grecia y Turquía en 1956. En 1958 es nombrado Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias, y Vicepresidente del VI Congreso Interamericano de Filosofía realizado en Buenos Aires. En 1961 publica *Ars Magna* y viaja a Estados Unidos. Se le discierne el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Instrucción Pública en 1963 y se le designa Doctor “Honoris Causa” de la Facultad de Humanidades y Ciencias en 1964. Fue Vicepresidente de la Academia Nacional de Letras. Fuera de las obras citadas, Emilio Oribe ha publicado, entre otras, las siguientes: *Canto del cuadrante* (1938), *Poesía* (1944), *Estudios sobre las ideas estéticas* (1950), *Rapsodia bárbara* (1953), *Sobre la estética de Schopenhauer* (1963), *Antología poética* (1965), etc.² Esta edición de *Poética y Plástica*, en dos tomos, publicada en la Colección de Clásicos Uruguayos de la Biblioteca Artigas, estuvo al cuidado de José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, quienes sin duda habían conocido estrechamente a Emilio Oribe en la antigua Facultad de Humanidades y Ciencias, y realizaban su tarea en vida del autor. El prólogo de Alfonso Llambías de Azevedo se dedica al análisis exhaustivo de la obra literaria y filosófica de Oribe.

Antonio Mercader, Ministro de Educación y Cultura, prologó la edición en dos tomos realizada por esa Secretaría de Estado, en 1993, como homenaje al centenario del nacimiento de Emilio Oribe, con un texto que aborda aspectos de la trayectoria personal y familiar del médico y poeta, valorando treinta años más tarde, la obra del homenajeado.

De su prólogo rescatamos los párrafos siguientes:

“Al celebrarse el centenario del nacimiento de Emilio Oribe, uno de los más eminentes intelectuales de nuestro país, el Ministerio de Educación y Cultura ha querido evocar el acontecimiento con esta edición conmemorativa de sus obras.

Cultor de variados géneros literarios, poeta, ensayista, filósofo y pedagogo, Emilio Oribe nació en Melo el 13 de abril de 1893.

2 ORIBE, EMILIO: *Poesía y Plástica*. Colección Biblioteca Artigas, Montevideo, 1968, con prólogo de Alfonso Llambías de Azevedo, página XXVII.

Su padre, Don Nicolás Oribe, era oriundo de Álava jurisdicción de Orduño. Provenía de una antigua familia de origen vasco, de la misma estirpe del Gral. Manuel Oribe. Un cancionero anónimo del Siglo XVI del Valle de Mena en la provincia de Burgos – que recordaba nuestro autor – menciona a los Oribe en Castilla como orífices:

* * *

“Diz que en Castilla fueron
aurífixes los Oribe
porque oro siempre pulieron
e garça e falcón unieron
con grandt amor: Quien escribe,
vio como en vaso luzieron
falcón e garças de Oribe,
en vino que le ofrescieron...”

* * *

Su villa natal, Melo, surgió con un destino histórico de avanzada; fundada por el Capitán Agustín de la Rosa el 27 de junio de 1797 como punta de lanza de la civilización hispánica contra los avances de los portugueses y las correrías de los corambreros.

Cerro Largo – que hasta el año 1884 abarcaba además el territorio del actual Departamento de Treinta y Tres y parte del de Minas – con la zona lindera entre los ríos Yí y Negro, configuró desde la época colonial y durante todo el Siglo XIX, la región más tradicional del gaucho. En este ambiente vivió Emilio Oribe su infancia y parte de su adolescencia y así lo recuerda en el prólogo a la “Rapsodia Bárbara”: “... es indudable que una experiencia caudalosa de la vida del gaucho desfiló entonces por mis sentidos... Conocí gauchos viejos que estuvieron en la Guerra Grande, Quinteros, en las revoluciones del 70”.

Conoció a Aparicio Saravia en su casa de Melo, ubicada en la intersección de las calles 25 de Mayo, que hoy lleva el nombre del caudillo

y La Paz, hoy denominada José Pedro Varela. Caminó entre sus hombres de confianza, sus soldados íntimos y sus asistentes. Lo vio cruzar por las calles de la ciudad entre sus escuadrones y le llegó el poder de seducción que ejercía. Su devoción por él, la tradición familiar y el ambiente social que lo rodeaba, lo llevaron a prestar su adhesión a la divisa blanca.

Presenció la Revolución de 1904 con once años de edad y las imágenes de la guerra y del estado de desasosiego que conmoviera a todo el país, especialmente aquella región por haber sido la cuna de la misma, quedaron grabadas en su memoria:

“Algunos parientes murieron o fueron heridos en las batallas sangrientas contra el gobierno de Batlle. Asistí también al desfile de los ejércitos rivales por las calles de Melo. Ví la miseria del gauchaje – los hombres melenudos y descalzos, con lanzas – carabinas, sables inmensos y divisas descoloridas por el polvo, la sangre y la lluvia. Como ocurre con los muchachos audaces de los pueblos, varios amigos nos metíamos en todas partes y conocíamos episodios inenarrables: luchas de lanceros, muertes heroicas, degüellos y saqueos bárbaros. Una vez ví entrar por las calles de Melo las carretas llenas de heridos de Tupambaé, más tarde las caballerías de Basilio Muñoz, con sus lanzas en alto, manchadas de sangre, formando columnas interminables. Comprendí la fuerza y el heroísmo de aquellos muchachones algo mayores que yo, que siguieron detrás de Saravia hasta la muerte de éste, en Masoller. Por la noche, algunas veces nos entregábamos al terror colectivo, en la inminencia de la llegada de los colorados, con sus divisas rojas, sus uniformes y sus regimientos, con indios de fama terrible. Yo contemplaba todo sin distinción, amaba a unos, pero no temía conocer y enterevarme con los otros. Muchos jefes adversarios que sabían las actitudes de mi familia conversaban y buscaban bromear y discutir conmigo. Diversos lugares y nombres nacionales en el comercio de mi padre se hicieron poderosos y legendarios: Fray Marcos, Paso el Parque, Galarza, y por encima de todos, Saravia y Justino Muniz. A pesar de los obstáculos pude instruirme bastante en la escuela que se abrió en el invierno.”

Radicado en Montevideo, luego de una preparación sumaria en el Colegio Víctor Hugo, entró en la Universidad donde, según sus palabras, “olvidó a los gauchos”. Pero antes de culminar el bachillerato, volvió a los campos de Cerro Largo donde vivió intensamente del Tacuarí a Aceguá, la vida rural y fronteriza propia de aquel Departamento.

En medio de la vida ciudadana asistirá a representaciones teatrales de tema rural de Florencio Sánchez y Ernesto Herrera y continuará en contacto con la obra de los autores argentinos Hilario Ascasubí, Hernández, Estanislao Del Campo, Ricardo Gutiérrez, y Rafael Obligado, así como con la de los orientales Bartolomé Hidalgo – el creador de poesía gauchesca -, Elías Regules, José Alonso y Trelles “El Viejo Pancho”, Francisco Espínola y las “Crónicas” de Zavala Muniz, como asimismo la “Tierra Purpúrea” del inglés Hudson. Sus conocimientos en este tema entrañable se nutrieron no sólo de tradición y de las obras de literatura, sino también de los diversos ensayos y obras históricas.

Emilio Oribe se consideró como testigo viviente de los últimos restos del gauchaje con un ciclo que según él culmina a comienzos del Siglo XX, desde Artigas hasta Aparicio Saravia, después de una elaboración durante la época colonial y cuya historia sintetiza en las expresiones: “Pobreza, lucha, sufrimiento y heroísmo”.

Buscó contacto con los payadores arrabaleros “que aún quedaban en el vaho de las pulperías”, y le tocó asistir, en ocasión de tomar exámenes en las escuelitas rurales que funcionaban en los ranchos de Cerro Largo y Treinta y Tres, a fiestas campesinas, donde se grabó en su memoria la ejecución del Himno Nacional en guitarra dirigido y acompañado por un guitarrero gaucho, y en el Chuy con acompañamiento de acordeón por un gaucho sentado en la tierra.

Pero todo ello lo vivió no con propósitos de estudio, sino para recoger en las expresiones del arte nativo, algo así como “el aroma de una de esas ordinarias flores silvestres” que solía estrujar en sus manos cuando recorría los campos.

De estas vivencias surgirá una obra que se destacará del resto de su producción, la “*Rapsodia Bárbara*”, inspirada en el asesinato de Justo José de Urquiza, acaecido al anochecer del 1º de abril de 1870.

De influencia también de lo vivido en su juventud y de la producción teatral de la época escribió un drama – única pieza de este género que se le conoce - que en su primera versión circuló con el título de “*El campo del hijo*”; corregida y con nuevo título – “*La tierra es alma*” -, ha quedado inédita. La acción se desarrolla en una estancia de Cerro Largo en momentos en que se produce la derrota de los revolucionarios en 1904; con la muerte del caudillo rural de la zona, su hijo reparte

el campo entre sus seguidores y la pieza concluye cuando sobreviene la pérdida de la propiedad de las tierras a causa de la fatalidad y del cambio de mentalidad que se ha operado.

Entre sus escritos inéditos, figuran además una serie de cuentos referidos a su vida en el campo y relatos de la época revolucionaria, entre los que se destacan los “*Recuerdos de Aparicio Saravia*”, que Emilio Oribe mantuviera en su memoria durante toda su vida y que se decidiera a escribirlos solamente poco antes de su muerte. Incluidos en la presente selección salen a la luz por vez primera.

El año 1912 nos da la pauta de la febril actividad de Emilio Oribe: a la vez que completa el bachillerato y representa al Uruguay en el Congreso de Estudiantes celebrado en Lima, publica su primer libro de versos: “*Alucinaciones de Belleza*”.

Al año siguiente ingresa a la Facultad de Medicina y mientras cursa la carrera, continúa su producción poética, publicando “*El Nardo del Ánfora*” (1915), “*El Castillo Interior*” (1917) y “*El Halconero Astral y Otros Cantos*” (1919). Por sus cualidades literarias y su cultura, sus compañeros lo distinguían designándolo para pronunciar discursos en diversos actos; en la presente edición, se ha seleccionado el que pronunciara en el acto de homenaje al Dr. Francisco Soca al ser nombrado este insigne Profesor de nuestra Universidad, miembro de la Academia de Medicina de París.

En 1919, Emilio Oribe se gradúa de Doctor en Medicina. Había cursado los estudios sin ánimo de ejercer la profesión y con posterioridad atenderá solamente casos siquiátricos en contadas ocasiones.

En 1921 partió hacia Europa con el cargo de tercer Secretario de la Embajada del Uruguay en Francia. Radicado en París, realizará incursiones por los países vecinos; pero su centro será la vida intelectual parisina, donde conocerá a Picasso y frecuentará el grupo de los picassianos, tendrá una primera aproximación con Paul Valéry, que será fundamental en el desarrollo de su pensamiento. En este y posteriores viajes frecuentará además a eminentes catedráticos del Collège de France y de la Sorbonne como Henry Bergson y Merleau-Ponty, a Etienne Souriau, Profesor de Correspondencia de las Artes y a Jacques y Raïssa Maritain, estetas y filósofos escolásticos. Traducirá algunas de las obras de estos eminentes pensadores, con fines docentes, que serán publi-

cadadas por los organismos de enseñanza de nuestro país. Con Kostas Axelos y un profesor de Salónica en Grecia, afianzará su convicción sobre el valor de los mitos como forma de permanencia de las ideas.

Ya en épocas de estudiante Emilio Oribe había profundizado en el conocimiento del simbolismo y el modernismo, tomando como maestros a Darío, Herrera y Reissig, Lugones; dedicó particular atención a los místicos españoles, a los trágicos griegos, a la poesía de Píndaro y la Estética de Hegel. Durante su viaje por Europa se apasionará más aún por los temas de la lírica, la estética y la filosofía, y a su regreso al Uruguay – motivada por la muerte de su padre en 1922 – definirá su inclinación, dedicándose desde entonces a la docencia como Profesor de Literatura por un breve período, para consagrarse luego al campo de la filosofía y de la estética. Con estas actividades forjará la esencia de su personalidad.

Cultor desde su juventud de la más pura tradición clásica, compartirá con Rodolfo Mondolfo – Profesor italiano exiliado por motivos políticos en la Argentina – la difusión del conocimiento de los antiguos filósofos griegos en el Río de la Plata.

La inquietud por los grandes problemas sugeridos en la filosofía de los presocráticos, en los fragmentos de Heráclito – a quien cita constantemente en sus escritos y al cual trata de interpretar con obsesión -, en Parménides, Empédocles, Platón y Plotino, será una tendencia de su pensamiento que investigará incesantemente a través de la historia de la filosofía con especial énfasis en la mística de San Juan de la Cruz, impregnándose de la doctrina de Spinoza, Baumgarten, Kant, Hegel – del que será difusor de su enseñanza en nuestro país -, en los filósofos románticos alemanes Schelling, Fichte y Schiller, en Schopenhauer, Nietzsche, Lipps y Bergson.

Vinculará el pensamiento europeo con el estado de evolución del pensamiento filosófico en nuestro continente. Estudiará así la conexión del pensamiento de Nietzsche con el de Carlos Vaz Ferreira.

Vaz Ferreira le había producido desde su juventud “una benéfica influencia intelectual y moral”, como también influyeron en él en aquella época Juan Zorrilla de San Martín y José Enrique Rodó. Pero su admiración y amistad por Vaz Ferreira durará toda la vida y a poco de

morir el gran maestro, se dedicará a realizar una selección de su pensamiento que prologará y hará publicar en 1961.

Oribe mantuvo también una gran amistad con Jorge Luis Borges, con quien lo ligaban lazos no sólo de carácter intelectual, sino además la nostalgia de ambos por los campos de Cerro Largo, ya que Borges, a pesar de ser argentino, también los frecuentaba por tener parientes en aquel Departamento.

Emilio Oribe concurría al viejo “*Tupí Nambá*” – el famoso “café literario” montevideano del cual Zum Felde ha resaltado la importancia que tuvo en la evolución intelectual del Uruguay – y en este cenáculo tuvo oportunidad de realizar un fructífero intercambio de ideas, como asimismo en el ambiente intelectual de aquel momento, recordando entre sus allegados a Juan y Alfonso Llambías de Azevedo, Gislano Aguirre, Fernán Silva Valdés, “*Paco*” Espínola (Francisco Espínola hijo), Luis Gil Salguero, Carlos Benvenuto, José María Podestá, Arturo Despouey, Carlos María Princivalle, Eduardo Dieste, Bernabé Michelena, Vicente Salaberry, Julio J. Casal, Vicente Basso Maglio.

Además de pensador, Emilio Oribe fue un gestor de cultura. Desde su cargo como integrante del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal, fomentó la implantación de planes renovadores de la educación, tales como el Plan Dalton y el Plan Clemente Estable y supervisó personalmente en muchos casos la aplicación de los mismos.

Para cubrir su presupuesto familiar, tuvo que dedicarse por entero a dictar clases durante este período; su actividad docente abarcó no sólo la capital sino también el interior y especialmente el litoral, actividad que lo llevó a compenetrarse más con los problemas de la educación en todo el país.

En esa época tuvo oportunidad de frecuentar a Enrique Díez Canedo, Embajador de la República Española en el Uruguay y a otros intelectuales españoles que con motivo de los acontecimientos en la Península, visitaron Montevideo o vinieron a exiliarse en nuestro país: Federico García Lorca, Ossorio y Gallardo, Federico de Onís, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti. Trabajó amistad también con personalidades de prestigio internacional como Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Rufino Blanco Fombona, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Stefan Zweig.

Emilio Oribe, hombre sin notoria trayectoria política, no estuvo ajeno sin embargo al acontecer de la vida nacional e internacional.

En 1920 figuró como uno de los oradores en el sepelio de Washington Beltrán – quien le despertara en sus clases la vocación por el estudio de las ideas estéticas y filosóficas -. En 1929 fue electo Diputado, cargo al que renunció de inmediato. Deploró la muerte de Baltasar Brum, a quien le dedicó un canto elegíaco. Formó parte de la intelectualidad uruguaya en momentos en que la misma estaba unida por un ideal común de auténtica educación democrática, fundada en los valores del humanismo y por encima de las banderías.



Emilio Oribe haciendo uso de la palabra en el sepelio de Washington Beltrán, abril de 1920.
(Fuente: autoresdeluruguay.uy)

Durante la Segunda Guerra Mundial formó filas en defensa de la libertad e integró como Presidente la Asociación “*Mundo Libre*”. Mientras duró el conflicto participó en conferencias, audiciones radiales, mesas redondas y en diversos artículos exaltó los valores humanos y encaró los problemas de la defensa y al término de la guerra respaldó la obra de los constructores de la paz. Luego de los Acuerdos de Bretton Woods y como continuación de esa labor, compartió con Juana de Ibarbourou, Esther de Cáceres y Carlos Sabat Ercasty la tarea de asesores de UNESCO en materia intelectual.

Admirador respetuoso de la obra de los grandes pensadores, abogó por Miguel de Unamuno cuando en 1953 le fuera suprimida su cátedra en España y condenó a quienes intentaban detener el fluir del torrente del pensamiento.

En 1958 fue nombrado Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la República y Presidente de la Academia de Letras.

Al año siguiente suspendió su actividad como docente de Estética, dedicándose por entero a las tareas como administrador de la Enseñanza Superior y actuando además como Delegado ante el Consejo Directivo Universitario.

Con posterioridad fue designado Doctor "*Honoris Causa*" de la mencionada facultad y se le otorgó, en dos oportunidades, el Premio Nacional de Literatura, como justo reconocimiento a su capacidad y a su labor, consagrándose además su obra de escritor con la inclusión de su libro "*Poética y Plástica*" en la Colección de Autores Clásicos Uruguayos, distribución que únicamente compartiera en vida con Juana de Ibarbourou y Justino Zavala Muniz.

Apasionado lector, las bibliotecas que formó las donó a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la República. Fue también un gran melómano y su voluminosa y selecta colección de discos la donó a la Biblioteca y Museo Pedagógicos. Llegó a formar también una respetable colección de valiosos cuadros, la gran mayoría obsequio de sus amigos Barradas, Cúneo, De Simone, Joaquín Torres García y sus hijos Augusto y Horacio, Aliseris, Castellanos, Amézaga. Horacio Torres le pintó su retrato y los escultores Pena y Yepes esculpieron su busto.

Algunas de sus obras en verso o fragmentos de ellos, fueron musicalizados por los principales compositores nacionales de la época: Luis Cluzeau Mortet, Eduardo Fabini, Vicente Ascone, Carlos Estrada, Jaurés Lamarque Pons. Asimismo Socorro Morales de Villegas, Aurora Caló Berro y A. Yolanda Inocchi compusieron canciones sobre textos de Emilio Oribe.

De temperamento variable, a veces melancólico y taciturno – "un tímido introspectivo" -, parecía apartado del mundo, totalmente abstraído de los seres y las cosas, aunque las necesidades materiales lo hacían mantener los pies sobre la tierra. En otras ocasiones, comunicativo y sencillo, deleitaba a quienes lo rodeaban con una conversación amena y chispeante.

Murió en Montevideo el 24 de mayo de 1975.

Los que fueron sus alumnos lo recuerdan como un pensador que sabía transmitir sus conocimientos en una síntesis meditada, de elevada condición. Prueba de ello son sus ensayos de filosofía de la estética,

elaborados precisamente en base a esa síntesis y que conservan un sentido didáctico.

Con la edición conmemorativa de las obras de Emilio Oribe, el Ministerio de Educación y Cultura pretende rescatar y difundir una valiosa parte de su producción dispersa en publicaciones periódicas, revistas especializadas, folletos y aún algunos manuscritos que se conservan inéditos en su archivo y por este medio renovar las vías del conocimiento filosófico y estético y evocar así la mejor tradición intelectual de nuestro país.

Con el mismo propósito esta Secretaría de Estado ha dispuesto, además, a iniciativa del Director de Investigación y Publicación de la Biblioteca “*Artigas*” de Clásicos Uruguayos, Prof. Juan E. Pivel Devoto, una “*Antología de Poemas*” cuya selección y prólogo fuera encomendada al Presidente de la Academia de Letras don Arturo Sergio Visca, así como la serie de sus ensayos “*Teoría del Nous*”, “*El Mito y el Logos*” y “*La Dinámica del Verbo*” con prólogo del Prof. Arturo Ardao.

Debemos agradecer la labor de investigación y recopilación, realizada por el Director del Archivo General de la Nación, Abelardo García Viera, que hizo posible la presente edición.

Es de destacar la colaboración prestada, además, por la Biblioteca Nacional, la Biblioteca Pedagógica Central y la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la República, que gentilmente pusieron a disposición su material bibliográfico y documental.”

Al realizar la reseña que precede a la edición homenaje del centenario de su nacimiento, bajo el título de “Criterio de la Edición” se consigna:

“La primera parte incluye tres poemas que tienen un carácter de epopeya. Los dos primeros: “*Artigas y el Astro*” y “*Rapsodia Bárbara*” reproducen facsimilarmente sus ediciones originales en mérito a la calidad de su diseño y el esmero puesto en el cuidado de su impresión. Esta parte se complementa con una Conferencia en la que el autor explica su propia producción poética.



Eduardo Fabini, Bernabé Michelena, Parra del Riego y Emilio Oribe. (Fuente: autoresdeluruguay uy)

En la segunda parte se reproducen también facsimilamente –por las mismas características expuestas anteriormente– tres cuadernos editados por el Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal entre los años 1930 y 1933, relativos a proyectos de enseñanza de la Estética y Nacionalización del Séptimo Arte. Se complementa con una conferencia relativa a Educación Estética. Figuran en este orden por haber sido concebidos con antelación a su magisterio en la Universidad y por haberlos destacado el propio autor, en su época, de los demás proyectos.

La tercera parte reúne los apuntes de un “Curso de Estética” dictado a comienzos de su actividad docente en la Universidad y los Ensayos de Filosofía de la Estética publicados en folletos y revistas especializados que el autor no incluyera en la 2ª. Edición de *“Poética y Plástica”* (Tomos I y II, volúmenes 134 y 135 de la “Biblioteca Artigas – Colección de Clásicos Uruguayos”, Montevideo, 1964).

En la cuarta parte se incluyen discursos, conferencias académicas, audiciones radiales, artículos de prensa y publicaciones en revistas especializadas, prólogos y estudios críticos relativos a épocas y estilos literarios, y a personalidades del mundo de las ciencias, la literatura, la filosofía, las artes y opiniones vertidas sobre los derechos del hombre, la Segunda Guerra Mundial y la defensa nacional.

La quinta parte reúne cuentos y crónicas referidas a su juventud, relatos que rememoran sus vivencias sobre hechos relacionados con la

Revolución de 1904 y en especial con su caudillo Aparicio Saravia, tomados directamente de los manuscritos, que han permanecido inéditos en su archivo. Se incluye además el drama “*La tierra es alma*” – única obra de género teatral que escribiera -, cuya acción está vinculada con los mismos acontecimientos. Completa esta parte la Oda a la muerte de Baltasar Brum por estar su tema comprendido, como los anteriores, entre los hechos que le fueron contemporáneos, que le dejaron honda huella, como testimonios de su vida y de su época.

La sexta parte comprende la lista que el propio autor publicara de su actuación en el Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal en los dos períodos en que fuera integrante del mismo (1928 – 1933 y 1943 – 1947) y proyectos, conferencias y notas sobre temas de enseñanza.

La séptima parte reúne su actuación en diversos Congresos Internacionales. El propio autor pretendió darles a alguna de estas actuaciones un orden en vistas a su publicación, agregándoles a veces algunos textos y títulos que creyó apropiados. Se ha respetado este criterio, señalando en cada caso, su procedencia original. Se ha realizado la traducción del Francés de las intervenciones de Emilio Oribe en los “Encuentros Internacionales” de Filosofía celebrados en Ginebra en 1954 y de la discusión que motivara su trabajo relativo a “Algunos Aspectos del Pensamiento en el Nuevo Mundo”.

El Apéndice recopila trabajos en los que el autor da claves para la interpretación de su vida y de su obra.

Esta edición finaliza con una indicación bibliográfica y documental.

Dice Alfonso Llambías de Azevedo en su prólogo ³:

“Emilio Oribe (1893), ha sido y es, ante todo, un poeta. Él mismo se define así cuantas veces se le inquiere sobre su verdadera vocación. La poesía lo atrajo de joven y se ha mantenido a su servicio a lo largo de más de cincuenta años de actividad intelectual.

3 ORIBE, Emilio: POÉTICA y PLÁSTICA. Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, Volúmenes 134 y 135, Montevideo, 1968. Tomo I, páginas VII a IX

Una continua relación entre la inteligencia y la vida, lo ha conducido a interrogarse sobre la esencialidad de la poesía. Y tras un trabajo meditado y sin tregua, ha ido buscando también el perfeccionamiento de su canto.

La estructura espiritual que ha creado dentro de un universo incierto y desafiante, se presenta como una unidad absoluta, indivisible y dinámica a la vez, llena de formas puras, de esplendorosos símbolos y de singulares alegorías. Dicha unidad se confunde con la vida misma, con sus afirmaciones y negaciones, que Oribe siente con pasión y fervor, manteniéndose por encima de cualquier esquema meramente intelectual.

Todas las meditaciones de Oribe conducen tarde o temprano a nutrir y renovar el mundo de sus ideas, su desplazamiento hacia el encuentro de la Belleza, con los elementos que pueden encender su emoción. Por más conceptual o hermetica que parezca, su poesía se inscribe en el dominio de las cosas naturales y sensibles, allegada al equilibrio y al orden con que esas cosas están dispuestas en el cosmos.

Una vida entera – como la suya – entregada a la poesía, ha hecho que ésta adquiriera a través del tiempo tonalidades diferentes, acordes que desnaturalizan melodías anteriores, lenguaje que el ejercicio del idioma lo va haciendo cada vez más sencillo, más poderoso y sugerente, aunque tal vez, menos seductor; llanezas que ocultan dificultades vencidas, e ideas que entran en el dominio de las intuiciones. Oribe sabe de sobra que por más fascinante que sea el poder de la inteligencia a través del juego de las ideas, por encima de la “categoría integral” que es el “nous”, no hay poesía sin un cierto frenesí dionisiaco, sin un enamoramiento del mundo sensible que nos rodea.

Para quien se integra coordinando su ser con las fuerzas infinitas que ocultan su rostro, la imagen reveladora de la belleza, que también es verdad y amor, provienen de lo Alto, de la indulgencia con que desparraman en el universo algunas de las perfecciones que preferentemente anhelamos.

Hace muchos años, en 1930, analizando la posición estética de Oribe, que ya evolucionaba hacia un intelectualismo reflexivo, señalaba Zum Felde que no era cuestión de entenderlo como un poeta cerebral. Y tenía razón. Por ser enemigo de estridencias y delirios, Oribe prefiere alentar un ritmo tranquilo y sosegado, en medio de un recogimiento interior que le prepara para un diálogo vivificante y agudo. Oribe medita y canta a la vez, entre perplejidades, enigmas, interrogantes y zozobras. Su espíritu no escapa al fluir incesante de la vida, a la angustia de la existencia. Si ha revelado la fascinación que sobre él

han tenido poetas como Poe, Mallarmé, Valéry, Milosz, Eliot y otros, no es sólo por la casi perfecta arquitectura que ornamenta sus poemas, sino por su “belleza adherente”, dentro de la terminología kantiana. Es decir, poemas que – como él mismo anota – “en cualquier circunstancia, ofrecerán declive o entrada a los enigmas y a los problemas del hombre eterno, desenmascarados y sufridos por el hombre de hoy. Resplandecen líricamente a pesar de las marcas filosóficas que los impregnan”. Así, pues, el misterio y la emoción son asideros imprescindibles del poema, elementos sin los cuales cualquier arte resulta poco cautivante.

Una sólida estructura interna se destaca en la siempre alusiva poesía de Oribe. Es la base de un desarrollo posterior que no siempre es fiel a su esencialidad apolínea. A veces se deja arrebatar por los vaivenes de una nutrie floración dionisiaca que también es, según el poeta, “una forma superior de inteligencia poética”.



Emilio Oribe con Sara de Ibáñez, en Brasil, 1959. (Fuente: autoresdeluruguay.uy)

De la poesía, Oribe ha pasado, no sin cierta arrogancia, a la meditación de problemas filosóficos y estéticos. Sus planteos y desarrollos se presentan en campos muy variados del conocimiento. Basándose en amplias y variadas lecturas, recoge lúcidamente lo que puede integrar la zona específica de sus análisis. Estos siempre se efectúan con gran libertad, sin miramientos – en ocasiones – para quienes le proporcionan sus puntos de partida.”

Es el propio Emilio Oribe, en el capítulo III titulado “De la Poesía, La Inteligencia y La Música”, del tomo I de su Poética y Plástica, que va desgranando aforismos que son autodefiniciones: ⁴

“El poeta, no sólo no debe salir de su universo, sino que no debe permitir que otros entren allí...”

“Los instintos, tan exactos y seguros, sufren ante la vecindad de la inteligencia, la misma perturbación que la luz de las estrellas, en la inminencia del sol.”

“Toda la dificultad consiste en que la poesía, que prescinde de la razón para ser creada, necesita de la razón para subsistir”.

“La sensibilidad, esa antena mentirosa de la inteligencia...”

*“La libertad es el poder de elegir entre las infinitas contingencias que se me presentan al mismo tiempo”.*⁵

En un homenaje a Carlos Vaz Ferreira, intercalado en el mismo capítulo, entre referencias a otras figuras sin duda cercanas en su afecto y altura intelectual, señala:

*“En un homenaje a Vaz Ferreira debemos ser densos y claros. Que ese acto no participe de las groseras apoteosis a que estamos habituados. Nos hemos acostumbrado a homenajear ruidosamente, como para aturdirnos y poder olvidar más pronto lo que hacemos.”*⁶

“Existen sustancias disolventes de tejidos muy usadas en las preparaciones histológicas. Destruyen los elementos innecesarios respetando los fundamentales. La filosofía, la metafísica, pueden concebirse como algo así; desintegran, eliminan las construcciones fáciles, felices y agradables de la vida psicológica. Los conceptos y fundamentos esenciales, adquieren su valor absoluto, después que esa acción aclaradora y fijante ha pasado por una inteligencia.

4 ORIBE, Emilio: Clásicos Uruguayos, Tomo I, Pág. 109

5 ORIBE, Emilio: Clásicos Uruguayos, Tomo I, Pág. 117

6 ORIBE, Emilio: Clásicos Uruguayos, Tomo I, Págs.: 135 – 136.

Si a la mentalidad americana la sometiéramos al reactivo de la metafísica, veríamos en ella más dilatadas pampas de vacío que las otras pampas. Algo así como ocurre en la biología con los tejidos grasos después de la acción de los disolventes específicos. A la lente sólo se ven allá alvéolos muy grandes y muertos.

Limitando más el panorama y refiriéndonos a nuestro país, lo único que resistiría a la salvadora reacción serían los estudios de Vaz Ferreira: Los Problemas de la Libertad, El Pragmatismo y algunos otros. Fuera de eso, el Uruguay no existiría hasta Vaz Ferreira. Sería cosa muerta para el pensamiento filosófico del mundo.”⁷

“No alcanzarán a una media docena de personas en el país, los capaces de sostener la lectura – no digo ya de valorar, criticar o comprender hondamente – de su obra sobre los Problemas de la Libertad, y, salvo las conferencias de Gil Salguero, últimamente dadas, y cuyos enfoques agudizamos en estas líneas, no se ha realizado todavía un estudio, amplio, interpretativo, aproximado de Vaz Ferreira. Es posible que no poseamos la perspectiva temporal necesaria aún, pero es lo que habrá que empezar a hacerse, si bien que para ello tendríamos que conocer la labor inédita y abundante que sabemos existe.”

“Si estas ideas denotan amargura, es porque ellas aspiran a reflejar la verdad de las cosas. He prometido ser denso y claro. Vaz Ferreira ha estado muy enfermo. Su mal no ha sido de haber pensado mucho, de haber alcanzado la zona de las ideas puras, pues eso se logra por don de Dios. Su mal no ha sido de haber estudiado mucho, como filosóficamente dicen algunas personas y políticos por ahí, encogiéndose de hombros. Su mal ha venido por el lado del sentimiento, de la afectividad. Esas melancolías metafísicas tienen sus raíces infini-



Emilio Oribe según Julio E. Suárez (Peloduro).
(Fuente: autoresdeluruguay.uy)

7 ORIBE, Emilio: Clásicos Uruguayos, Tomo I, Pág. 137

tamente tenues en la falta de comprensión y cariño de sus contemporáneos. Su soledad, semejante a la del Moisés de Vigny, en medio de los hombres, aún hoy está sembrada de dolorosas experiencias. Si totalmente se salva, precisamente es por haber pensado mucho, - la melancolía no logrará nunca herir las construcciones firmes del pensamiento realizado -, haber creado por todos nosotros, y haberse sostenido sobre esas creaciones de razón.

Si logramos con este espectáculo sencillo, sin resonancias externas, llevar un poco de afecto a aquel gran hombre, a aquella carne estremecida de infinito, hacerle evidente, tangible, la admiración y el amor de los jóvenes, habremos realizado una de las hazañas mejores de nuestra vida, aunque Vaz Ferreira, como un Ser ya definitivo y eterno, como espíritu, como ente pensante, no necesite ya de estas frases que yo pronuncio, ni de Institutos Superiores, ni cátedras, ni rectorados, despojos transitorios. El día remoto en que se pueda hacer la historia del pensamiento americano, Vaz Ferreira aparecerá en él como Sócrates en la Grecia antigua. Su figura tenderá a agigantarse, transformándose en legendaria. Los demás se nivelarán a su alrededor, o aparecerán como islotes insignificantes, ni siquiera comparables a las escuelas presocráticas. Siempre será una figura de esas que al mismo tiempo destruyen y afirman una continuidad espiritual de pueblos y épocas. Destruyen, porque provocan una caída de infinitas maneras de existir y de pensar. Y afirman, porque sí; por el solo hecho de su existencia, esas personas - Sócrates, Descartes, Nietzsche, Vaz Ferreira -, salvan para siempre del olvido a las épocas en que les ha tocado vivir.”

“Einstein y Vaz Ferreira han pasado unos momentos juntos, sentados ambos en un banco de una plaza de Montevideo. El filósofo nuestro, en América, representa un esfuerzo hacia la inteligencia pura, más intenso que lo que representa Einstein en Europa. Esto es claro y no hay por qué insistir.

Yo venía del campo y los vi reunidos. Einstein, pesado, denso, oía atento y comentaba después, con una sonrisa de niño. Vaz Ferreira, delgado, pálido, lleno de tics, era una finísima llama de una lamparilla de aceite. Estuvieron solos, frente a los transeúntes atareados durante unos momentos. Esta interferencia de dos genios auténticos hace

recordar el encuentro de Carlyle y Emerson, célebre por el block de silencio que se constituyó entre ambos... También pensé en un gran fresco que existe en la Sorbona y que nadie cita, y que me pareció extraordinario, que representa a Pascal discutiendo públicamente con Descartes, en plena plaza, al margen de los pasajeros, en el París de la época...

Años antes Vaz Ferreira había hecho un curso de conferencias sobre Einstein, durante varios meses, frente a una docena y media de curiosos. Dícese que en la entrevista con Einstein, vio confirmadas muchas de las afirmaciones que hizo.

Fuera de estas conjeturas, no sabemos más.

* * *

Y a continuación, siguiendo el desarrollo del mismo elogio, apunta un pensamiento crítico que más de cincuenta años después, permanece totalmente vigente:



Con un grupo de escritores (entre ellos Ildefonso Pereda Valdés, Julio Casal, Emilio Oribe, María Vincent de Muller, Jorge Luis Borges). (Fuente: autoresdeluruguay.uy).

“Aunque parezca exagerado, el porvenir de nuestro país, desde el punto de vista de la especulación filosófica o de la investigación científica desinteresada, no puede ser peor. La más respetada disciplina intelectual, la que define verdaderamente a un pueblo y a una comarca, y hace, por ejemplo, que un pequeño sitio del planeta – la Sorbona, Salamanca, Königsberg y otros – signifique más para la humanidad que millares de montañas o pampas con rebaños, propietarios y todo, eso, se halla en inminencia de no ser alcanzado nunca por nuestro país. No tenemos cultura superior y sólo somos descerebrados, profesionales y políticos. No hacemos nada definido por dominar esa inferioridad. Iniciativas para constituir esa enseñanza superior, disciplinada y firme fracasan. Los deportes, las universidades pobres y la política constituyen horribles traiciones a la inteligencia plástica de los jóvenes, y las corrientes contra toda iniciativa que nos salve son tan fuertes y ciegas que, dentro de unos años, si no se reacciona, quedaremos más aún, relegados a sufrir un vergonzoso retraso con relación a los demás países. No aspiramos a formar jóvenes ni hombres de inteligencia. Como no tendemos a ejercitar el razonamiento puro, no tenemos la idea de lo que es un ambiente de cultura substancial. Los que regresan de Europa y saben todo esto, se agotan en la incomprensión y el sufrimiento y concluyen adaptándose. Los que vinieron: Driesch, Einstein o Keyserling, sólo podrían hablar detenidamente con tres o cuatro personas, en el país; y aún es mucho... No tenemos material de consulta, nuestras bibliotecas son miserables o literarias, no contribuimos a la formación de profesores eruditos y modestos y vivimos una vida de genios nativos con facilidad atroz. Todo lo mejor nuestro lo confiamos al azar. Al azar de la aparición de individualidades potentes, que se malogran en gran parte; especies de caudillos de las ideas, que no dan lo que hubieran podido dar, si les hubiéramos forjado una atmósfera de claridad, jerarquía y orden. Paradójicamente, nuestra cultura se encuentra estacionaria o retrocede, pues se ha ido formando nada más que con procesos de extensión. El equívoco funesto de no crear una facultad autónoma superior, de filosofía, ciencias y artes, parece tener muy pobres probabilidades de ser corregido. Es más necesario ese instituto que todas las reformas sociales y universitarias que se intenten en las actuales facultades, pero ni los gobiernos ni los jóvenes se mueven en el sentido de ir a la conquista de lo único que puede salvarnos como valores sustanciales. Todo nuestro adelanto político, nuestros progresos materiales, nuestras riquezas en ciertas actividades del espíritu, quedarán incompletas y amenazarán ruina, si no las fundamentamos con una cultura superior. En realidad, ya aparecen como adquisiciones fáciles, impuestas por el siglo y por la ausencia de graves problemas internos; no impresionan como esfuerzos conscientes. Con ellos nos engañamos respecto a

nuestras virtudes, atribuyéndoles una grandeza que no tienen, y, lo que es peor, a pesar de éstas, seguiremos siendo para el europeo, nada más que indígenas. Por cuarenta o cincuenta años más nuestra limitación será bien indígena, nuestra inteligencia será más indígena, nuestra actitud frente a los problemas eternos será inerme e indígena, sin remedio.

Causa un escalofrío espantoso pensar que aún para iniciarnos, tenemos que empezar a trabajar desde la base hasta la cúspide. No hay nada hecho; no tenemos hábitos modestos, ni humillación heroica; no tenemos ni material científico, ni libros, ni laboratorios, para encaminarnos hacia la cultura estable. Estamos condenados a oscilar entre los pueblos primitivos; aquellos que, según Hegel no entraban en la historia. “Pueblos, dícenos, de conciencia turbia. Lo único digno de la consideración filosófica, es recoger la historia allí donde la racionalidad empieza a manifestarse en su existencia terrestre”. Permanecemos en la puerta de la historia, como las almas raquílicas que Dante depositó en el umbral del infierno: por nuestra insignificancia no seremos dignos de salvación ni de castigo. No entraremos en la historia mientras nuestros campos contengan espacios con vacas y latifundios, y nuestras ciudades sólo sean la pueril adaptación de progresos mecánicos extraños, agrupaciones de entes medulares, profesionales y políticos; es decir, lo que enmascara y retarda el advenimiento y el señorío de aquella racionalidad hegeliana.”⁸

En 1939 dictó su clase inaugural como Profesor Adjunto de Teoría del Arte de la Facultad de Arquitectura, ocasión en la que expresó en sus conceptos iniciales, estas palabras:

“La iniciación de este curso tiene un significado muy valioso para mí. La aspiración de poseer una cátedra desde la cual se pudiera tratar temas de arte y estética general y particular, se cumple después de inevitables peripecias. Siguiendo una vocación docente en paralela actividad con una obra de creación poética en marcha, he pasado por diversas enseñanzas: Literatura, durante algunos años, Teoría e Historia del Arte en la Facultad de Arquitectura, Filosofía con todas sus ramas, en diversas aulas y circunstancias. Pero mi honda preocupación dominante giraba alrededor de los problemas y las cuestiones de la Estética. No podría fijar bien el origen de esta preferencia. Nace como una síntesis irresistible en el comienzo de mi obra literaria, coincidiendo con los estudios obligatorios. Un Curso de Estética teníamos en el plan de 1905 y fue erró-

neamente suprimido después. El hecho es que las primeras meditaciones sobre la belleza nacieron allí. Creo que en ese sentido, encuentro como inaugurando los estudios, la influencia de la lectura tan temprana de Plotino, Kant, Hegel y Menéndez y Pelayo. Después hube de abandonar las cuestiones de la belleza, por otras disciplinas: las científicas. Lo curioso es que siempre traté de establecer, más allá de los conocimientos obligados, conexiones estéticas. Recuerdo así que me encantaba singularmente en los umbrales de la anábasis anatómica el pequeño hecho de que ciertas trabéculas óseas de los largos huesos de la pierna, al ser seccionados a lo largo, mostrarán disposiciones ojivales, como el interior de las catedrales de la Edad Media, obedeciendo a una común ley de fuerzas y gravitaciones. Y el hombre que aparecía presidiendo estas fugas, hacia la heroidicidad plástica y justificando esas comunidades era el gran Leonardo, cuya aventura nocturna canté, imaginándome a media noche sustrayendo los cadáveres en una plaza de ahorcados de Florencia. En cuanto me fue posible pues, siempre continué fiel a la investigación sobre la belleza y las artes.

No hablo ahora de las presencias directas ante obras de arte, templos, ciudades, museos, que durante un año de Europa experimenté. Lo estético, la ley estética del universo, siguió siempre como una constante en todo lo que pueda haber meditado y escrito. Hoy me hallo en posesión de un aula, desde la cual podré exponer algunos conocimientos y experiencias. No obstante, al empezar el trabajo, noto cierta sensación de dificultad. La causa de ello debo atribuirle, además de una consciente percepción de mis limitaciones, al hecho de que el problema de la Belleza y de las Artes, se me presenta hoy con más profundidad y vastedad que nunca. Ante él experimento lo mismo que ante las cuestiones ontológicas o esenciales. Tratadas en los años mozos, se ofrecen a la inteligencia con cierta precisión y coherencia. Se las puede dominar hasta con ataques frontales, rompiendo la resistencia de orden conceptual y lógico que las escuda. Pero después ya es otra cosa. De poseedores de realidades ontológicas nos convertimos en poseídos por ellas.”⁹

Una temprana pieza oratoria fue recogida de su homenaje, realizado en nombre de los estudiantes de Medicina, al Prof. Dr. Francisco Soca, en su Cátedra del Hospital Maciel, en ocasión de haber sido designado Miembro de la Academia de Medicina de París, en lo que sería el primer académico uruguayo de aquel centro.

⁹ ORIBE, Emilio: Obras Escogidas. Edición Conmemorativa del Centenario de su Nacimiento. Ministerio de Educación y Cultura, 2 tomos, 1993. Tomo II, páginas 11 – 12.



Facultad de Humanidades, 1951. (Fuente: autoresdeluruguay.uy)

La crónica da cuenta del episodio así:

“Gran entusiasmo despertó en el seno de los estudiantes de Medicina, la noticia de que su maestro el Dr. Francisco Soca había sido designado miembro de la Academia de Medicina de París.

El mismo día que se supo la noticia, se reunieron varios universitarios en la Asociación de “Estudiantes de Medicina” con el objeto de cambiar ideas, a fin de organizar un homenaje, sencillo pero elocuente, que sintetizara la satisfacción general.

La Asociación, de acuerdo con los iniciadores resolvió en la noche del 12 de junio, que la demostración se llevara a cabo al otro día, sábado, a las 11 a.m. en el Hospital Maciel, aprovechando la circunstancia de que el Dr. Soca tenía que ir a esa hora a dictar su cátedra en la Sala “Argerich”.

Quedó acordado que la demostración consistiría en esperar al Dr. Soca, en la puerta del Hospital aclamarlo y acompañarlo en manifestación hasta su clínica, en donde un delegado de los estudiantes, expresara en breves palabras el significado de aquel espontáneo homenaje.

Fue designado para hacer uso de la palabra el Bachiller Emilio Oribe.

Al otro día, a las 11, respondiendo a las exhortaciones de la Asociación, concurrieron los estudiantes de Medicina al Hospital Maciel, y se llevó a cabo el juvenil agasajo, de acuerdo con las resoluciones citadas.

El Dr. Soca fue recibido en la puerta del Hospital en medio de aplausos y acompañado hasta su clínica de "Argerich", en donde el delegado de los estudiantes pronunció las siguientes palabras:

"Señores:

Los estudiantes de Medicina y Cirugía han resuelto tributar este sencillo y espontáneo homenaje a su maestro el Dr. Francisco Soca, en virtud de haber sido nombrado miembro correspondiente de la Academia de Medicina de París, distinción que al vincular nuestra Facultad con la primera de las corporaciones científicas de Europa, refleja verdadera gloria sobre nuestro país.

Los estudiantes han abandonado por breves momentos, esta mañana, las clínicas del Hospital Maciel, en donde ejercen sus tareas habituales, para acercarse a la Cátedra del Dr. Soca, que la imaginamos en plena festividad ante la distinción de que ha sido objeto su Profesor de más de treinta años de apostolado y de enseñanza, y lo hacen con el unánime gesto de esta adhesión sincera, rebotante de entusiasmo y sencillez, trayendo la ofrenda de sus idealidades expansivas y las manos colmadas de felicitaciones.

Viene esta juventud, la primera entidad del país que se dirige al sabio maestro, modelador de espíritus cuyo nombre se coloca hoy al lado de las más grandes eminencias científicas; viene esta juventud con la honda convicción de que cumple con un altísimo deber, y de que no la guían las deliberaciones extensas, ni los propósitos largamente pensados, ni la pompa del ritual clásico, sino las espontáneas y libres voluntades jóvenes, que sólo se mueven ante impulsos generosos y bellos.

Un admirable artista del Renacimiento, que por rara virtualidad hermanaba en su ser los atributos más bellos y las pasiones más brutales, cinceló en bronce una figura que se levanta en una de las plazas de Florencia, Benvenuto Cellini representó a Perseo, el héroe de la mitología griega, levantando bien alto con la diestra, la cabeza ensangrentada de la Medusa, deidad maligna, mientras descansaba en pie sobre el cuerpo insignificante y exánime de su víctima.

Alguien, que no es grato a veces, en América vio en esa actitud triunfadora a la juventud idealista levantando la cabeza de la vulgaridad al juicio de los siglos. Pueden encarnarse en la obra de Benvenuto, todos los triunfos de lo verdadero y lo bello contra lo erróneo y lo deleznable, y sin embargo, yo creo que la similitud más exacta que puede hacerse con ella, es identificarla con la obra de un gran médico, de la talla del Dr. Soca, cuya existencia, destinada por completo a combatir el mal, lo vence al fin, levanta su testa ensangrentada hacia el sol, para colocarla después, como el gesto gallardo de Perseo, como quien cumple un rito, sobre el altar más alto de la vida serena y fecunda!

Recibid, maestro, las felicitaciones más efusivas de los estudiantes de Medicina.”

Obviamente, el Profesor Soca, terminado este discurso, visiblemente emocionado, (y es de suponer que sin venir preparado), dio lectura a esta notable pieza oratoria:

“Gracias, jóvenes amigos, por esta bella manifestación.

En esta hora culminante de mi vida, en que un inmenso honor que colma todas mis aspiraciones y rebasa todos mis sueños parece marcar el fin de mi esfuerzo doloroso y reconfortante – hora de llegada, hora melancólica en que mueren tantas cosas amadas, la sensibilidad se afina y se abunda y si no me lo



Homenaje a Carlos Vaz Ferreira. Paraninfo de la Universidad, 1955. (Fuente: autoresdeluruguay.uy)

impidiera mi fiera y ruda naturaleza, diría que la emoción está siempre cerca de las lágrimas. Es por eso que esta actitud de la juventud médica me conmueve profundamente y me compensa en un minuto de todas las fatigas y todas las amarguras de mi vida profesional.

Credlo: vuestra actitud me hace sentir el premio de la Academia.

Es que los jóvenes a quienes no ha herido la vida sólo comprenden la lucha por los grandes ideales de verdad, de justicia y de belleza o ignoran las miserias, los odios, las rivalidades candentes y angustiosas que son la fuerza y el tormento de los hombres maduros. Ellos van sin reservas mentales ni cóleras ocultas, sin regateos que empequeñecen, sin vacilaciones, dándose enteros y resueltos, magníficos de generosa imprudencia o audacia temeraria, a todo lo que les aparece grande, noble, fuerte y armonioso. Los jóvenes suelen ser los grandes precursores. Comprenderéis, pues, que esta manifestación tan espontánea, tan súbita y tan entusiasta, me llene de alborozo y me haga sentir el valor y la alta significación del honor recibido. Ella añade a la consagración de la Academia la nota de sentimiento y de fraternidad ardiente, sin la cual todos los honores no son acaso más que una fiesta teatral y aparatosa que no llega al alma profunda en que se acaban las deleznales vanidades.

Vosotros, jóvenes amigos, habéis puesto en este inmenso suceso de mi vida la nota de ideal y de amor; de sinceridad y de pureza, sin la cual hubiera apenas sacudido mi sarcástica apatía. Gracias, pues!

¿Por qué he llegado a la Academia, yo, modesto profesor de una pequeña Facultad de un pequeño país lejano y casi desconocido? Como han llegado todos a todas las cumbres: por la fuerza de las ideas y la presión sutil de las circunstancias, por la lógica, por el azar, por la convergencia feliz de las fuerzas humanas.

Mi obra escrita no es muy grande; pero es original, toda original y muy conocida en Europa. Ella parece haber bastado a aquellos sabios eminentes y es sin duda la base de todos los trabajos que me han llevado a la Academia. Sin embargo, yo confieso que no he cumplido austeramente todos mis deberes de trabajador y de hombre de ciencia: no he dado todo lo que podía y debía dar. He dirigido mi atención a objetivos menos altos y nobles y he descuidado a menudo la siembra sagrada, que es el fin y la excusa de la vida. Me confieso y me arrepiento en este momento único en que hablar debe ser, para mí, descubrirme!

La nota humana que no puede faltar en estos grandes acontecimientos humanos, vino en mi ayuda. Tengo amigos admirables y poderosos que debo sólo

a un vasto y fuerte comercio intelectual y que he ganado en noble justa de ideas: no hay otra manera de ganar a los grandes hombres, Marie, Hayem, Widal, Babinski: son esos maestros ilustres los que han realizado el milagro.

Permitidme que los salude al pasar, con la expresión de mi admiración y mi reconocimiento.

Hay todavía una nota nueva y vigorosa en el proceso de mi elección. El Uruguay mostró siempre una profunda devoción por la Francia. Todos nuestros artistas y nuestros pensadores han cantado himnos a la gran nación latina. La amamos casi como a la patria – la amamos hasta el dolor, hasta las lágrimas, la amamos tanto que muchos de nosotros en esta monstruosa contienda, nos creemos casi incapaces de justicia hacia sus bárbaros enemigos. Y este culto lo hemos exteriorizado de todos modos.

Nuestro propio gobierno, con su admirable política internacional, llena de tacto y de mesura, pero siempre del lado del derecho y la justicia, nos ha acercado, sin caer en la temeridad o en la imprudencia, a los que defienden las grandes reivindicaciones humanas.

Y la Francia escucha y agradece. Y premia con la gracia y la fineza que son de su raza: con los bienes del pensamiento y del arte. Al nombrarme, la Academia ha premiado algo más que mis trabajos ha hecho en mí un delicado homenaje a mi Patria.

Mi nombramiento ha venido, pues, como vienen todas las cosas humanas: por caminos diversos y oscuros. No sería digno de esta hora si no lo dijera con las más claras y enérgicas palabras. Mi lealtad sola puede llamarme a las alturas a que me llaman.

De todos modos yo estoy seguro de haber merecido el honor que se me discierne. Si mi obra escrita no bastara, hay otra obra que no conocen los académicos, que vosotros conocéis, y que pesa en mi conciencia y pesará en la vuestra estoy seguro, más que todos mis merecimientos. Es mi obra junto a vosotros. Esa obra de veinte años es la más fuerte, la más enérgica, la más sincera, la más completa y la más fecunda. Sin duda, ese incesante y rudo trabajo ha sido la fuente de delicados placeres intelectuales y le debo los más bellos recuerdos de mi vida.

De todos modos, en esta tarea no perdoné esfuerzo ninguno y no tengo nada de que acusarme: ni de flojedad, ni de frialdad, ni de pereza. Hice cuanto pude, llegué al límite de mis fuerzas y la juventud y mi país me deben grandes bienes. Tengo de ello la conciencia profunda y por eso lo digo con esta altiva rudeza.



Con alumnos de Preparatorios de Abogacía, Liceo Francés, 1956.
(Fuente: autoresdeluruguay.uy)

Formar almas, formar inteligencias, formar hombres, formar médicos, ¿hay obra más grande en los dominios del espíritu? ¿Qué es un médico? Es una conciencia pura y luminosa que guarda la vida y los bienes del hombre, es decir, todo el destino humano. ¿Hay nada superior al hombre en el mundo?

Si formé médicos fuertes y honestos, hice a la Sociedad bienes superiores a todas las recompensas. Y que los hice no es dudoso. Ahí están muchos de ellos, ya maestros y casi célebres. Cumplí, pues, deberes superiores y sagrados y los cumplí con alegría, tesón y eficacia. Y esta obra la ignoraba la Academia, pero no la ignoráis vosotros y por eso vivo en este instante la hora más grande y reconfortante de mi vida.

Si venís a saludarme entusiastas, ardientes, unidos, en la hora del triunfo – vosotros que no mentís, que no amáis sino las grandes cosas de la inteligencia y la belleza, es que cumplí todo mi deber y todo mi destino; es que soy digno del insigne honor que viene a buscarme a mi oscuridad y a mi retiro.

Jóvenes amigos, acepto vuestro magnífico y conmovedor veredicto y si puede sin temeridad hacerse promesas en estas horas crepusculares, yo os digo que en adelante seré superior a mí mismo.

La honra que me ofrecen los sabios y la vibración de vuestras almas juveniles que buscan la mía, no marcan el término de la ruda y fatigosa ascensión, sino el punto de partida de una vida renovada de nuevos y varoniles esfuerzos y nuevas etapas hacia la cumbre, más alto todavía más alto, siempre más alto.

Prolongada salva de aplausos siguió a estas brillantes palabras.

A continuación, el Profesor Dr. Juan Carlos Dighiero, dio en nombre de los estudiantes, un abrazo al Dr. Soca, quien no podía ocultar su emoción profunda. Se reanudaron entonces las aclamaciones, y momentos después terminaba la sencilla ceremonia que con éxito tan halagüeño se llevó a cabo, y que dejó gratísima impresión en todos los que a ella concurren.

Asociación de los Estudiantes de Medicina

Montevideo".¹⁰

El discurso pronunciado en ocasión del sepelio del Dr. Washington Beltrán, el 3 de abril de 1920, herido de muerte en un lance caballeresco con Don José Batlle y Ordóñez, fue del siguiente tenor:

“Señores:

El Comité Universitario Nacionalista quiere que yo hable ante la tumba de Wáshington Beltrán.

Traigo pues la voz de la comunidad en la cual Beltrán fue figura directriz, númen ejemplar, cerebro guiador. Trataré de expresar la voz de las nuevas falanges sorprendidas ante el espectáculo inesperado, y derramar la veneración de la hueste, sobre la frente del joven héroe, como una túnica inmaterial de soles nuevos.

Será preciso para acompañar este cuerpo ensangrentado, el ritual bárbaro de las músicas solemnes con que oran enterrados los héroes y la ceremonia delicada con que se usaba despedir a los poetas, encantadores de lo fugitivo.

Porque esos dos relieves salientes se unían en esta figura llena de armonía. La del guerrero en la altivez del combate en el empuje del ataque, y en la segu-

¹⁰ ORIBE, Emilio: Obras Escogidas. Edición Conmemorativa del Centenario de su Nacimiento. Ministerio de Educación y Cultura, 2 tomos, 1993. Tomo II, páginas 35 – 39.



Con su mascota, 1947. (Fuente: autoresdeluruguay.uy)

ridad de su propio esfuerzo. Y la del soñador, en el rostro de líneas finísimas, y en la imaginación heroica que golpeaba debajo del pórtico de su frente, para irrumpir por las pupilas cálidas y poderosas!

Wáshington Beltrán!, armonioso amigo y maestro de nuestra adolescencia, que has emprendido el camino que acaso alguna vez soñaste recorrer, en los días de la revolución de tu idealidad sin vallas! Joven maestro que parecías haber aprisionado el encanto de la juventud y de la hermosura eternas, en las bellas líneas de tu rostro y en la frescura y fortaleza de tus obras! Henos aquí, en la orilla, despidiéndote; algo cohibidos antes de recoger el arco con el cual lanzabas tus flechas, ya que era como el del griego de la Odisea, sólo dócil a tus manos.

El águila tranquila que gustaba posarse sobre tu cabeza, yace con las alas rotas. Nosotros te vemos desaparecer por un camino trágico, en pleno mediodía, al lamentar tu ida nos conforta la esperanza de que irás tal vez sonriendo, alta la frente, la cabellera flotante, el paso firme, la voluntad invasora, y la pupila clavada en un resplandor que te atrae, te fascina, y retrocede, retrocede...

Sabemos que has escogido senda demasiado terrible para ti y para los que te amábamos, aunque no imprevista para tus sueños. Yo sé que siempre te atrajo un tanto la consagración en el sacrificio, como pura sonrisa que los laureles dibujan sobre la frente de los triunfadores.

Muy joven, aún, te acercaste demasiado a los dioses.

Y esa amistad es la más peligrosa de todas, cuando a ella vamos demasiado pronto! Los dioses entonces pueden apagar para siempre la pequeña luz que los jóvenes llevan en su interior y de no conseguirlo arrebatan las vidas inseguras y las conducen prisioneras a sus moradas. Fácil tarea para ellos el transformar el corazón de los niños en corazón de héroes, y de éstos en corazón de mártires!

* * *

Donde son más difíciles los triunfos intelectuales, triunfó Washington Beltrán. Donde son más amargos los afanes políticos descolló. En la masa más rebelde hundió su mano para modelar alguna obra largamente soñada y su familiaridad con los grandes espíritus de la humanidad le enseñó a perseverar y a confiar sólo en sí mismo. Ayer mirando su perfil pálido y alargado como el de un caballero del Greco, que se purificaba entre los negros tules funerarios, evoqué los momentos culminantes de esta vida. Recordé la oratoria cálida, algo académica, con frases elegantes y períodos sobrios y recios que venían a culminar con una figura arrancada de la historia de la leyenda, o del mito. Recordé aquellas claras tardes en que desde la cátedra de literatura gustaba recorrer con gracioso donaire y ágil pensamiento las más altas etapas del arte pasando de Grecia a Roma deteniéndose por igual ante las sombras de Rembrandt, como ante los mármoles del Mediterráneo.

Recuerdo muy bien que arrojó retóricas y textos, y nos hizo vivir unos meses ante la belleza absoluta, llevándonos hacia los libros originales, hacia las



Emilio Oribe con André Malraux. Montevideo, 1959. (Fuente: autoresdeluruguay.uy)

fuentes de sabiduría o arte en donde el genio acumula sus obras y levanta sus templos.

Solía llegar tarde fatigado por sus tareas; pero nosotros siempre lo esperábamos. Una vez llegó y encontró la cátedra cerrada. Gestionó que le cedieran un salón y no lo consiguió. Entonces, en un ademán decisivo, enérgico nos congregó en un corredor, bajo las columnas de los patios de la Universidad, y nos dio una lección sobre las ideas estéticas de Guyau, bajo el cielo azul purísimo, rodeado por un grupo conmovido de alumnos y curiosos.



Con Lucila Palacios, Embajadora de Venezuela, 1960.
(Fuente: autoresdeluruquay.uy)

Ah, cómo recordaba ayer este episodio y pensaba que en aquel singular momento Washington Beltrán se colocó al principio de la senda más pura y serena que los Hados le habían destinado! ¡Qué gloria para su frente, si la hubiese seguido, iqué corona perdurable y sin sangre para circundar su cabeza estatuaria!

Otras veces, en la misma clase de Estética, se exaltaba al criticar las teorías que hacían confinar al genio con lo anormal y morboso. Créalo más bien, como la síntesis superior de las perfecciones creadoras y llegaba hasta admitir una correlación con la belleza física y nos recordaba el perfil selecto de la boca impecable de Schiller, que a nosotros se nos ocurría parecida a la del joven profesor.

Otros oradores, señores, os harán destacar la silueta del tribuno de las magnas Asambleas Constituyentes y Legislativas, del tribuno de las reuniones civilistas del Partido, al periodista ardiente e impetuoso, al compañero de mil jornadas en nuestro escenario político.

Yo os quiero recordar, los torneos de los Congresos Estudiantiles de Chile y Buenos Aires, cuando en síntesis estupenda, reunió en una pieza oratoria a todos los pueblos de América, ante los mejores jóvenes del continente. Quiero recordarlo en las memorables veladas del Ateneo, en 1911, en los triunfos de la cátedra en largos días de lucha y de fatiga.

Y que gran contraste formaban esos lauros, con aquellos que conseguía fácilmente, frente a las muchedumbres de las ciudades, a la cual, solía describir la leyenda del último de los Gracos, levantando el polvo ensangrentado y arrojándolo al cielo, de donde surgiría el Mario vengador: y los otros adquiridos al conmover el alma sencilla del gauchaje de la compañía, que lo miraba con respeto y temor como si estuviera ante una obra de arte frágil y atrayente!!

La lucha política sudamericana, en plena edad constructiva, nos ha arrancado a un hombre representativo de la juventud. En este cortejo numeroso que lo acompaña forman todas las categorías intelectuales, políticas, universitarias y sociales de nuestro país. Vienen los hombres que con él contribuyeron a crear la nueva Constitución de la República, vienen los maestros de la Universidad, en donde fue alumno culminante, vienen los viejos servidores de su partido político, vienen muchos adversarios, vienen los jóvenes que lo tomarán como paladín glorioso.

Más feliz, más puro, que los caudillos latinos, en cuyo cortejo triunfal según dicen no faltaba el voceador de improperios, Wáshington Beltrán no tendrá en esta comitiva de sus compatriotas, ninguna frase disonante, ni una voz agria que publique una mancha o un error, ni una palabra que no exprese hondísimo amor y veneración profunda!!

Señores:

Recordaréis, sin duda, el episodio de la Revolución Americana, cuando Bolívar otorga honores extraordinarios al cadáver de Girardot, caído en el campo de batalla. Entre todas las ceremonias, ninguna tan original como aquella, que consistió en colocar el corazón de Girardot en una urna preciosa y conducirla en triunfo a la catedral de Caracas.

¡Yo pido a la juventud de mi país, a la juventud del Partido Nacional, que cincele en el espíritu una copa perfecta, y encierre en ella los pedazos del corazón de Wáshington Beltrán, para colocarlos como una ofrenda legendaria en la Catedral definitiva de nuestras instituciones republicanas!

He dicho.”¹¹

11 ORIBE, Emilio: Obras Escogidas. Edición Conmemorativa del Centenario de su Nacimiento. Ministerio de Educación y Cultura, 2 tomos, 1993. Tomo II, páginas 43 - 45.

En 1956, en ocasión de rendirse homenaje a la memoria del Académico Dr. Eduardo J. Couture, se refirió a su personalidad, en los siguientes términos:

“En la celebración de este homenaje, uno asiste a la preeminencia de algunos problemas que afectan el destino de la personalidad humana en la época presente.

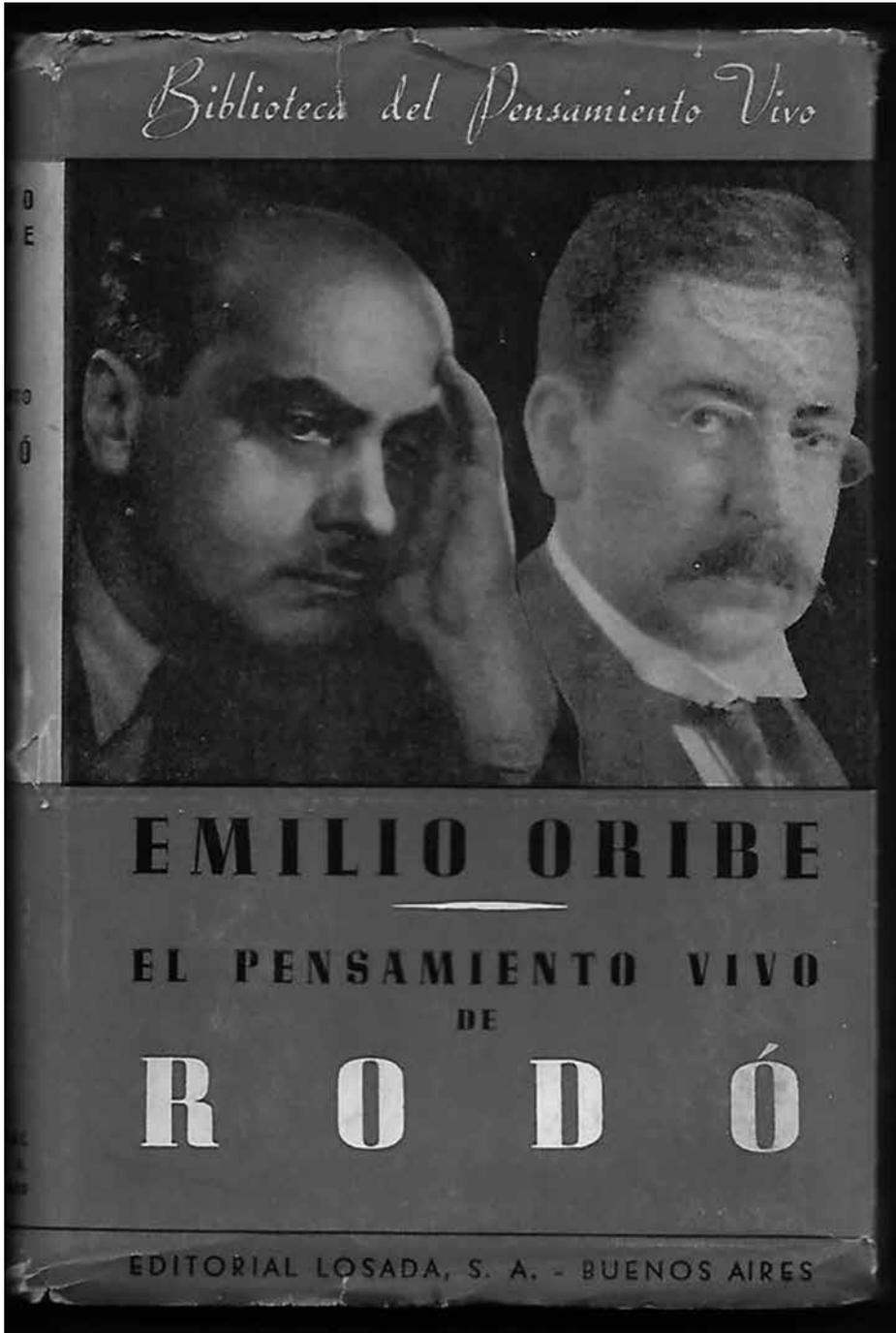
Un hombre – un colega nuestro en la Academia – una inteligencia brillante, un maestro especializado del Derecho, que no empalidece su perfil al lado de los mejores maestros del extranjero, que no rebuye el confrontamiento de sus ideas y teorías con ellos, es, además, un valor armónico y seguro, con refinamiento de artista, al mismo tiempo que posee las humanas seducciones para ser dirigente de los espíritus jóvenes que llenan las aulas, quienes lo admirarán como un paradigma en la separación última. De pronto, en plena lucidez, esa lámpara tan bien dotada y labrada, se oscurece y extingue ante el estupor de sus contemporáneos. ¿Era posible mantener por mucho tiempo el estilo de vida que construyó para sí, Couture? Esta conjunción armónica de valores antagónicos, al sufrir el choque con una intensa acción muy diversificada, ¿no configurará una imposibilidad vital para ser mantenida?

De ahí la hipótesis y la clave posible del riesgo de un agotamiento secreto en los resortes y torbellinos del cuerpo. De ahí el amenazante peligro del desfallecimiento y la fatiga por parte del espíritu, en algunos sectores muy densos del saber y del arte.

No sé si aquí está el problema más general de la imposibilidad de que pueda existir en nuestros días el tipo del Idomeneo de la parábola de Rodó, que voluntaria o naturalmente se encarnó en Couture.

Esta Academia lo acogió en su seno para consagrar la conjunción de valores artísticos y vivencias culturales que sus aptitudes de escritor revelaban como un desborde precioso del surtidor de su inteligencia ya establecido con toda soberanía en el dominio del Derecho Procesal, en donde afirmó su magisterio autónomo y poderoso y en donde se levantó tanto como sus maestros nacionales y extranjeros.

La añadidura que la naturaleza le otorgó como una gratitud espléndida, le hizo conocer, amar y admirar las cimas de lo artístico, de lo cultural, de todo aquello de auténtica vitalidad humanista que puede haber en la sabiduría del hombre actual, cuando logra evadirse del laberinto de las realidades.



Portada del libro sobre El Pensamiento vivo de Rodó. (Foto del autor).

Este intento de amar la belleza, el bien, la libertad, lo justo, y de no romper con las amarras de la utilidad y de la acción, lo llevó a sacrificar demasiados sectores de su personalidad, lo mismo que su afán por subsistir por encima de los antagonismos de lo social, lo político, lo ético y lo artístico, lo atormentó, indudablemente, muchísimo más de lo que expresaba su nobleza extraordinaria frente a los fanáticos y estrechos.

En un aventurar algo alegórico podría decirse que una sed inagotable de armonías en todos los planos parece haberlo empujado a las tinieblas antes de ofrecer su inteligencia los frutos más firmes de la extrema madurez y de la experiencia.

El filósofo Rougés descubre en Plotino con su símil del coro, y en Bergson con su invocación de la melodía, las imágenes que necesita para concretar su idea de que lo espiritual es un mundo de totalidades sucesivas. Los hombres como Couture fueron una aspiración de eso: son ejemplares de la espiritualidad encarnada, con su fragilidad y su conflictualidad en constante inminencia de beligerancia, sin mengua del optimismo, la bondad y la alegría.

Las totalidades de lo espiritual, si son sucesivas, a veces adquieren el reposo de los cauces serenos, y se hacen simultáneas: así yo pude ver a Couture en París preocupado de día por sus conferencias en la Facultad de Derecho, al mismo tiempo que de noche asistíamos a la representación de un vigoroso drama de Claudel.

Pocos días antes de morir, en nuestro Consejo Universitario, después de informar sobre difíciles asuntos docentes o jurídicos, lo vimos interesarse vivamente por una publicación de las obras manuscritas de Valéry, presentadas en ediciones de lujo cuyos fragmentos él nos enseñaba, y que recientemente se ofrecían a los devotos de la poesía más perfecta y profunda de nuestros días.

Aunque poseía el don natural de la perfección y la elegancia en el discurso y en la conversación, deslizándose con igual destreza sobre la superficialidad de



Clemente Estable y Emilio Oribe.
(Fuente: autoresdeluruguay.uy)

las cosas, buscó siempre la geometría del razonamiento depurado y la justeza de los términos que brillan en el tecnicismo de sus disciplinas preferidas.

Difícil entresacar de su personalidad un rasgo que pueda ser negativo; es milagroso que se hayan unido, aunque sea fragmentariamente y como relámpagos, tantos dones superiores en un hombre que si bien no alcanzó las soledades heladas de la inteligencia que confina con la angustia, logró la armonización equilibrada de tantos méritos que al fusionarse lo convirtieron en un varón de contextura estética y moral, difícil de repetirse en la dimensión de nuestro vivir.

Este homenaje contribuye a poner de manifiesto lo mejor de su personalidad, pero al mismo tiempo sirve para evidenciar nuestras parcialidades, lo que hay de amputado en nosotros, la grieta de fracaso que nos atraviesa en tantas empresas, en algún sentido, alcance y modo, comparados con él.”¹²

En 1962 publicó un breve comentario acerca de la aparición en Montevideo de un libro en francés sobre Heráclito. El mismo revelaba sus relaciones con el autor y una pintoresca escena compartida en Grecia con un erudito desconocido:

“Ya se encuentra en las librerías de Montevideo el libro tan esperado del griego Kostas Axelos sobre Heráclito (Editions Minuit, París, 1962). Es evidente que el filósofo de Éfeso sigue originando obras admirables desde su oscuridad. Este libro de Kostas Axelos está llamado a tener una repercusión muy grande ahora que ha sido traducido al francés y que circulará en todos los ambientes filosóficos.

Conocí a Axelos en Atenas, a mi regreso de la India. Preparaba en aquel tiempo sus últimos capítulos sobre Heráclito y se interesó por el desenvolvimiento de la bibliografía, en torno al devenir helénico en nuestros países. La conversación fue muy limitada por la obligatoriedad académica y sólo tuve tiempo de referirme a la anécdota de Heráclito que narra Heidegger en la CARTA SOBRE HUMANISMO, y a la otra historia, referente a la antorcha arrojada desde un puente, que se divulgó escasamente en poema de Alguien.

Sobre este tópico de lo anecdótico en la filosofía presocrática llegó al acuerdo conmigo que el gran culpable de la costumbre de caracterizar la obra de los filósofos por medio de una acumulación de datos biográficos y anécdotas apó-

¹² ORIBE, Emilio: Obras Escogidas. Edición Conmemorativa del Centenario de su Nacimiento. Ministerio de Educación y Cultura, 2 tomos, 1993. Tomo II, páginas 211 – 212.

crifas en su mayoría, fue Diógenes Laercio. Yo sin embargo aventuré la hipótesis de que también era una característica de todos los humanos al referirse a los grandes personajes de la historia y de la ciencia, esto es, completarlos por medio de episodios inventados entre la admiración y el odio de que somos capaces. En eso estábamos hablando cuando se acercó a nosotros un viejo profesor de Salónica, que afirmaba haber descubierto en una isla del archipiélago mediterráneo un documento apenas legible y que atribuyó a Heráclito. ¡Otro nuevo fragmento de Heráclito!, gritó Axelos con pavor. Los libros que se van a escribir sobre él. ¡Qué espanto encarar la posible interpretación de este nuevo texto!



De la colección 80 cabezas, por el retratista Enrique Epstein, 1931. (Fuente: smu.org.uy)

- No terminarán nunca de ser traídos a la luz de los eruditos los aforismos de Heráclito!, agregó y se fue a su clase sin interesarse mucho de la cuestión.

Yo cargué con el humilde profesor de Salónica y fui al cuartillo de él, instalado en los barrios más pobres e Atenas. Allí me enseñó el precioso documento, ya reconstruido y traducido por él mismo. Era indudable que la autenticidad parecía asombrosamente legítima. Mostróme diez o doce certificados probatorios de diversas academias y oficinas arqueológicas de Asia Menor y Macedonia. Pero faltaban palabras, sílabas y letras y con lo poco que restaba en el texto nadie podría manejarse bien, porque además amenazaba convertirse en ligerísimo polvo. El texto reconstruido podría ser éste:

“En vano los canes hacen agua en el fuego”. Existía la posibilidad de una traducción más violenta y cruda: “En vano los perros orinan en la hoguera”.

La última palabra griega podría servir para mencionar el fuego heraclitano, el Logos, o también la hoguera común que los pastores del tiempo de Heráclito encendían por la noche mientras dormían los rebaños. Asimismo podría aludir la palabra incompleta y borrosa a asuntos más simbólicos como ser el del bronce de las estatuas, depositarias milenarias del pensamiento móvil, y expresar:

“En vano los perros orinan al pie de las estatuas”, expresión de todos los tiempos y de uso popular corriente y muy significativa para indicar a los envidiosos que zahieren inútilmente, con crueldad, a los hombres que se destacan.

La doctrina de Heráclito impregnaba el contenido discursivo y pensante del fragmento: estaban allí el fuego o la hoguera, y el conflicto con las aguas fétidas, y la inquina y la mala intención de los malos y los ínfimos, contra los hombres consagrados de la admiración de la posteridad, por ser los aristócratas del pensamiento y la sangre. Siempre serían menospreciados, aunque en vano, por la mediocridad de las plebes. Por más vueltas inquisitorias que se le diera a la frase analizada, era indudable que pertenecía en todo al conjunto de la doctrina de Heráclito y entraba en armonía con el perfil histórico que de él conocemos.

El filósofo Axelos no cita en su reciente libro la historia que aquí se narra. Pero yo quiero rendirle este homenaje, muy insignificante por cierto, al ignorado investigador de Salónica que conocí una tarde en Atenas.

¿Podré hacer algo yo en estas líneas para que su esfuerzo por agregar una nueva pieza aforística a las tantas de Heráclito, no haya sido una empresa totalmente inútil?”¹³

En una edición del suplemento cultural del diario *El País* publicado en ocasión del centenario de su nacimiento, bajo el título “Un solitario entre tinieblas de palabras”¹⁴, transcribe un texto publicado en 1927 por Ildefonso Pereda Valdés, en su Antología de la moderna poesía uruguaya, en la que Oribe encontró la oportunidad para confesar:

“Nací en 1893. Niñez en los campos del Departamento de Cerro Largo hasta 1905; vida en estancias fronterizas y en un pueblo original entonces: Melo. Estudios secundarios y superiores en Montevideo, hasta 1919, época en que empecé a conocer las modalidades simbolistas. Colaboración en muy pocas revistas y periódicos. Tendencia a la soledad y a las exploraciones interiores. Viaje a Europa en 1920-21, manteniendo una actitud de inteligencia con las nuevas escuelas nacientes entonces. Nueva permanencia y confesión más directa con el campo americano en 1922 hasta 1925. Hoy me inclino por momentos hacia los estudios filosóficos y de Estética, habiendo hecho abandono de mi profesión (de

13 ORIBE, Emilio: Obras Escogidas. Edición Conmemorativa del Centenario de su Nacimiento. Ministerio de Educación y Cultura, 2 tomos, 1993. Tomo II, páginas 251 – 252.

14 ROCCA, Pablo: EL PAÍS, Suplemento Cultural: Año IV, No. 191. Viernes 2 de julio de 1993.

Carlos Sabat Erceasty

EMILIO ORIBE

Aquel de recias formas y complisimas miradas,
 del cabellera en donde ya en cenizas ora el oro
 es el poeta. El grande! Con manos levantadas
 te saluda. ¿Se ascienden hacia el dorado coro?

Al verlo, siempre alzamos la vista. Y hay bondades
 de olas, que ante el alivian, es da el ovello somno.
 Co, pues, profeta y mago: sabe palpar las hadas,
 la onice, el fuego... Tanto como acancia a un toro.

No las leyes en el limite, lo abismar en oscuras
 posiciones. Mas bien, libres arquetipos divinos
 suyo, con las potencias de lo eterno y fluyente.

Asi las aguas forjante fiores arquitecturas,
 las mehilas a el bajan en sabios remolinos
 y sin cesar los orbes cantan desde el presente.

Emilio Oribe 1933

Carta a Carlos Sabat Erceasty. Biblioteca Nacional, Sala Uruguay.

médico) desde hace dos años. Aspiro a revelar en algunos de mis poemas, una América profunda, más allá de la anécdota y de lo pintoresco. (...)”

Contrajo matrimonio con Maruja González Villegas, quien ha dicho: ¹⁵ “Nos hemos casado muy enamorados. Esto es fundamental pero Emilio ha sido siempre un poco por naturaleza y otro por capricho, un inadaptado.

15 ORIBE de VANGER, Elsa: Emilio Oribe: Resumen Familiar, Ediciones “As”, Montevideo, Uruguay, 1983, 62 páginas.



Fotografía regalada por Juana de Ibarbourou, 1923. (Fuente: autoresdeluruguay.uy)

Fuimos a Europa, gastaba sin control, el padre se lo daba. Nació Emilio. Responsabilidades. No hubo tal fortuna. Fuimos a San José. Un buen día me dice: "Renuncié a la Colonia de Alienados, voy a trabajar de médico aquí, en San José. No iba nadie al consultorio. Recuerdo algunos chistes que andan por ahí. Dificultades. El campo que recibió de su padre, lo hipotecó y luego vendió. Buscó un curso de literatura en el liceo local, poca cosa. Empezó mi angustia, iba a nacer el tercer hijo. Fallece mi hermana. Mis padres nos llaman. Nos dan

una casa para vivir. Empezamos de nuevo, tres hijos, deudas. Poco después nació Elsa. Total cuatro niños y sin soluciones en la parte económica. Emilio fue nombrado al Consejo de Enseñanza y a grupos en la Universidad, más o menos 1927 – 29. Comprendí que tenía que trabajar porque sino me vería muy mal. 1930, muere mi padre, heredé unos pocos miles de pesos y con ellos y algo más, compré mi casa de la calle Roque Graceras... Año 1933, golpe de estado dado por el presidente Terra. Zás! A las calles, otra vez penurias, incertidumbres, pobreza, ansiedades de



Emilio Oribe con Juan Ramón Jiménez, Montevideo, 1948. (Fuente: autoresdeluruguay.uy)

toda índole. Emilio se enfermó, neurosis al oído, vértigos, en fin, nace nuestra hija menor, Esther. Empezó, lo que yo en broma decía imitando a Hitler, “Mi lucha”. Me parece que es en estos años cuando empezó esta situación que ahora se ha hecho insostenible. Él, con su neura agudizada, sus anhelos de artista, angustia por realizar algo que no podía, tal vez, sentido de fracaso, aunque Emilio a pesar de nuestras zozobras económicas nunca dejó de publicar libros cada vez más abstractos, rebuscados, fríos, busca la inspiración que siente la falta y empieza a torturarse y torturar con sus desesperaciones. Aquí empieza el drama. Yo me preguntaba ¿dónde acabará todo esto? Emilio se refugia en las clases, trabaja demasiado, poco rendimiento. Yo también trabajo, doy clases en el Liceo. Privaciones, cocino, friego, lavo, en fin, recuerdo con verdadero terror aquellos años. Los hijos iban creciendo, había que continuar su educación, hacerlos hombres y mujeres, instruirlos. Un día Emilio me dice: “Los hijos de los artistas generalmente no son nada. Los hijos de Verlaine, por ejemplo, son guardas en el metro de París”. Esto me indignó y más me afirmó en mi lucha por la salvación y dignidad de la familia. Recuerdo que le contesté: “Mis hijos no serán menos que yo, más si es posible!” En 1942 hace un viaje a EE.UU. Cuatro meses. Regreso. A los quince días otra vez lo mismo... Ví abogados, el asunto se apaciguaba algo, después otra vez. En fin, algo inaudito y después mi resolución inquebrantable de no soportarlo más. Noviembre de 1947. En este año he sufrido terriblemente, he creído estar muchas veces al borde de un ataque

al corazón, he sentido luchas dentro de mí como un mar tumultuoso de pasiones, amor, odio, venganza, resignación, orgullo y deseos de matarlo. Sí!, de matarlo. Oh!, he sufrido, he llorado, he maldecido, qué se yo, pero he conseguido dominarme. He triunfado sobre mis pasiones. Soy dueña de mí, de mi vida, de mis actos, responsable, libre!! He tenido momentos de aniquilamiento total, incapaz hasta de hablar, sin fuerzas. No sé lo que será luchar con un enemigo en el campo de batalla – pero sé decir que esta lucha del alma con sus pasiones desencadenadas y la razón oscurecida y obcecada y tambaleante, debatiéndose sola, sostenida únicamente por una lucecita tenue, allá en el centro, como diría Santa Teresa, o sea la fe en Dios, en la bondad divina, en los principios morales, en los ejemplos que uno conoce y en la educación sólida que se ha recibido, es lo que ha impedido que cometiera un crimen al que me arrastraba mi temperamento y mi indignación. Creo que ya ha pasado lo peor, Dios quiera!”

Bajo el título “Memorias de la hija mayor”, la autora del citado libro escribió este testimonio: *“Mariuja y Emilio, siempre conmigo irán juntos. Los veo allí, en el escritorio, rodeados de libros, cuadros, esculturas, música. Ella, leyendo poesías en voz alta; él, radiante, escuchándola con aquella sonrisa tan suya. Eran tardes preciosas de calor familiar, en las que los dos mantenían largas conversaciones de miradas que ellos solamente comprendían. Había paz, había armonía, había amor. Mamá, con su voz suave, parecía acariciar cada palabra, cada frase, cada expresión. Yo, que tan sólo sentía la melodía de su voz y el encanto de aquellas tardes, muy quietita y calladita me mantenía. Todo aquello se terminó abruptamente en 1938 cuando papá, sin decir nada a nadie, donó a la Universidad, los libros primero y luego los discos. Sorpresa bien desagradable tanto para mamá (sus libros y discos fueron incluidos pero su nombre no apareció, ni aparece, en las donaciones) como para mí, que me ví despojada de aquellas tardes de magia. Cuando mamá aparecía, papá se transformaba, se iluminaba y todo él vibraba por un instante inefable e infalible. Papá tan reservado era que fue a través del amor que mamá demostraba tenerle que aprendí, desde muy chica, a amar y a respetar a aquella figura muda que desde muy lejos, algunas veces me miraba. Mamá era sumamente femenina y feminista (los derechos de la mujer fueron promulgados en su juventud); honesta y recta como el volar de “El Pájaro Rojo” (no en vano había crecido entre hombres de leyes); profundamente cristiana sin mojigaterías; inteligente, culta y con un corazón cálido, generoso y enorme. A todos nos amó y por todos luchó. Sin sus constantes cuidados, sin sus remedios caseros, hijos de*

su desesperación, yo hubiera muerto en 1935. Cómo mamá se las arregló para mantenernos a todos a flote durante los terribles años de la dictadura de Terra, cuando las entradas mensuales, si las había, eran mínimas, es un misterio para mí. Muchas veces me pregunto qué hubiera hecho mamá sin sus queridas amistades. Cuando finalmente, el problema económico fue mejorando, mamá pasó largos años pagando deudas contraídas en aquel entonces, pero a todas las pagó. No sin razón papá la llamaba “Divina”. Cuando papá mejoró de su enfermedad, a la que mamá se refiere en sus memorias, comenzó a sacrificar una a una “Las Garzas” de su ser para darle vida a su poesía.¹⁶ Comenzó a

16 Se refiere la hija al simbolismo de su poema “Las Garzas”, publicada en El Halconero Astral y otros Cantos, 1919, donde bajo el título de “Las Garzas” decía:

Pálido de estudiar,
me fui al campo. Sufría
falta de voluntad.
Y qué fatiga en la muy joven frente!
Además,
Desencanto infinito de saber...
Y de amar.

II

Un indio de la estancia
me hizo un regalo muy original.
Cinco garzas - ¡oh, asombro! – que hablaban
después de muchos años de enseñanza tenaz:
una era rosa, otra blanca, otra gris;
otra amarilla más que el oro, y otra verde.

Esto, que os parece fundamental
paradoja científica, es muy cierto.

Quien lo dude, que hable con mi capataz.
El indio me dijo:
La garza rosa será el Amor, la blanca será
la Fe, la gris, la Duda, la de oro, la Ambición,
y la verde, la Esperanza inmortal!

-Cuando quieras, amigo enfermo,
con ellas hablarás.
Dicho esto, me entregó las cinco garzas.

Yo las quise interrogar
en seguida, gozoso del prodigio.
Entonces,
la garza rosa dijo: Vuelve a amar!
la garza blanca dijo: Vuelve a creer!
la garza gris me dijo: Vuelve a dudar!
la garza de oro me gritó al oído,
-Vuelve a ambicionar!

La garza verde no me dijo nada.

herirla para ser herido, porque allá, en aquellos campos de Cerro Largo, entre gauchos, zafras y puñales, había aprendido desde niño, que de sus heridas más íntimas poesías surgían. Comenzó a aparecer “El Rey de la otra Cumbre”. En la década del 40, mamá sufrió toda clase de desilusiones y las más profundas papá se las infligió. Heridas que pasaron años sin curarse. Se fue formando un círculo que pronto comenzó a girar, y girar; en él todos caímos. Papá cada vez más difícil; mamá cada vez más nerviosa, se fue agotando emocionalmente. Ya no había paz, ya no había armonía, ya amor casi no existía. En aquel círculo trágico yo misma casi me perdí. ¿Cuántas veces mi amor por ellos murió y aún persiste? Pasaron varios años, tan fuertes y profundos eran los lazos que los unían. Mamá siempre le advertía lo que le estaba haciendo a ese amor que compartían y siempre me decía lo que le iba a suceder a Emilio sin su Maruja. Él no creía, ni nada oía, ni comprendía el mal que le hacía. Estos son los años de “El Jinete y la Copa”. Mamá siempre peleaba sus batallas como un torero, las ganaba o las perdía, pero nunca se vengaba. Papá era más diestro, más directo, y se vengaba. Se vengaba en los momentos menos esperados y así produjo la ruptura final. Manejaba el puñal con gran maestría. Mamá se exaltaba; él, calmo permanecía. Finalmente llegó una mañana de noviembre de 1947, cuando, inesperadamente, un duelo se declaró. Tres fuimos testigos. Esta vez hubo un muerto y el muerto fue amor. “¿Vivir con un hombre sin amor? ¡Jamás!” Ella, que para él, era luz y poesía, de la vida sus últimos años comenzó a vivir en paz y armonía. Él, solo, como aquel Jinete con escamas por ojos, hacia las tinieblas siguió. Hermosa imagen la del poeta, mas imposible de realizar. Luz y poesía, no existen en la oscuridad. El matrimonio se disolvió por divorcio el 21 de noviembre de 1951. No obstante, hubo posibilidades de reconciliación hasta fines del 52, porque, después de todo “uno no vive treinta años con un hombre sin quererlo”, mas no podía ser y así fue. Papá, nunca comprendió que si él era él, ella era ella. En la Facultad de Humanidades y Ciencias, en su escritorio

 III

Amar – Creer – Dudar – Ambicionar!
 ¡Palabras crueles y terribles!
 -Muy pronto alteraréis mi nueva soledad
 oh, pajarracos, despertando mi corazón! –
 pensé, lleno de angustia.
 Y me puse a degollar
 cuatro de aquellas aves,
 la rosa, la blanca, la gris y la de oro,
 con mi antiguo puñal.
 Sólo he quedado con la garza verde.
 La esperanza!
 ¡Pero esa nunca va a querer hablar!



Conferencia de Pablo Neruda en "Amigos del Arte". De izq a der Roberto Ibáñez, Ferreiro, Emilio Oribe, Carlos Sabat Ercasty, Pablo Neruda, Jules Supervielle y Sara de Ibáñez. Montevideo, 1945.
(Fuente: autoresdeluruguay.uy)

Emilio Oribe tenía al morir, un retrato de Maruja González Villegas, cuadro que había sido un regalo de Maruja a su ex novio y que éste había rehusado devolver al romper ella su noviazgo en 1919.”

Diría de él José Pedro Díaz (Montevideo, 1975) ¹⁷: “(...) pocos hombres como él, en este país, estuvieron trabajando intelectualmente situados en un nivel y en un panorama de cultura similares. Y eso supo transmitirlo; comunicó esa devoción. Más tarde llegamos a dialogar desde puntos de vista diferentes. Y él mantuvo el diálogo con nosotros, que éramos los jóvenes; porque valoraba algo que estaba por encima de las discrepancias”.

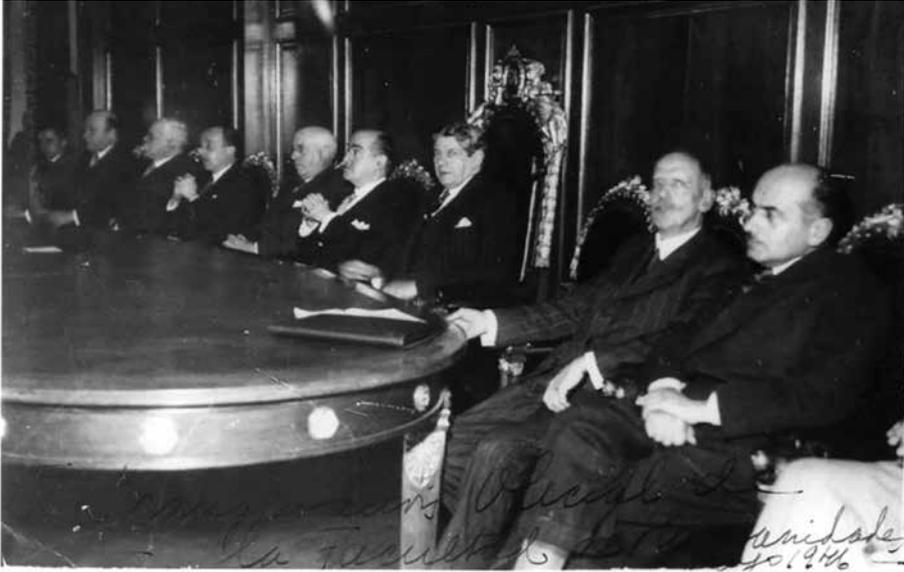
Dijo Washington Lockhart (Montevideo, 1968), en la misma edición: “Habitante de un ámbito casi irrespirable por su limpidez, busca tras las cosas, con esfuerzo que sólo quiere ser inteligente, los símbolos señeros, la clave de una matemática esencial. Pensamiento, el de Oribe, de infrecuente calidad, en un tono depurado que puede parecer altanería.”

17 Medio siglo de crítica. *EL PAÍS*, op. Citada, página 4.



Emilio Oribe en la Colonia de Vacaciones de Piriápolis, junto a los escolares, 1947.
(Fuente: autoresdeluruguay.uy)

Dijo Juan Fló (Montevideo, 1988) en el mismo lugar: “(...) *su pensamiento está unificado por la postulación de un principio – el Nous – en el que se concilian razón, espíritu, vida, y al fin de cuentas todas las formas superiores del ser y el valor. Oribe invoca toda la tradición filosófica occidental racionalista, idealista y espiritualista y es difícil, por lo tanto definir su pensamiento*



Inauguración de la Facultad de Humanidades y Ciencias, 1946, en el Paraninfo de la Universidad. Preside el acto el Dr. Juan José de Amézaga, Presidente de la República. En primer plano se aprecia a Carlos Vaz Ferreira, primer Decano de dicha Facultad, y Emilio Oribe, su sucesor. (Fuente: autoresdeluruguay.uy)

como un platonismo o un racionalismo teísta. Quizá más importante (...) es su esteticismo, su creencia en la salvación por la poesía: el tiempo no es un espejismo sino una corrosión que no podemos negar con el pensamiento sino conjurar con el arte. De este modo la filosofía como conocimiento aparece subordinada a la expresión lírica de sus problemas.”

Arturo Sergio Visca (Montevideo, 1965) en la publicación mencionada expresa: *“No es raro que en la poesía de Emilio Oribe se conjuguen emoción y pensamiento. Porque si bien, y respondiendo al fondo más insobornable de la intimidad del poeta, el pensamiento confluye siempre al poema, éste nace también siempre de una experiencia vivida y asume así la emoción que esa experiencia comporta”.*

Domingo Luis Bordoli (Montevideo, 1966) consigna: *“(...) la criatura pensativa de los campos melenses que es Oribe se ha ido imponiendo paso a paso a lo largo de la poesía, de modo que hay en ésta un americanismo indudable. Logró hacerle un sitio – dentro de su vasta cultura impuesta – a los palos telefónicos, al grano de trigo, a las garzas, a las pequeñas piedras de los ríos (...)”*

Ida Vitale (Montevideo, 1967) diría: *“Hay en [la poesía] de Oribe una pugna entre el sentido que quiere preponderar y la sensualidad de la forma, que quiere triunfar por sus fueros. Cuando ésta lo logra, o cuando se crea un equi-*

librio orgánico, el resultado es un poema hermoso, como el soneto “La dama extraña” (...) Su actitud crítica ante la poesía lo ha llevado a revisar la forma soneto, intentando preservarla del enquistamiento de sus valores tradicionales (...) busca otorgarle cierta libertad, no en el lenguaje o en la estructura interna, como lo haría en alguna ocasión Vallejo, o (...) Juan Cunha, sino flexibilizando el ritmo, mediante una escritura que abandona la clásica división en catorce versos de once sílabas”.

Fallece en 1975, enfermo de cáncer, internado en el Hospital Maciel, mientras recitaba sus poemas en soledad. Sus restos descansan en el cementerio de Melo.



Emilio Oribe joven, s/f.
(Fuente: autoresdeluruguay.uy)



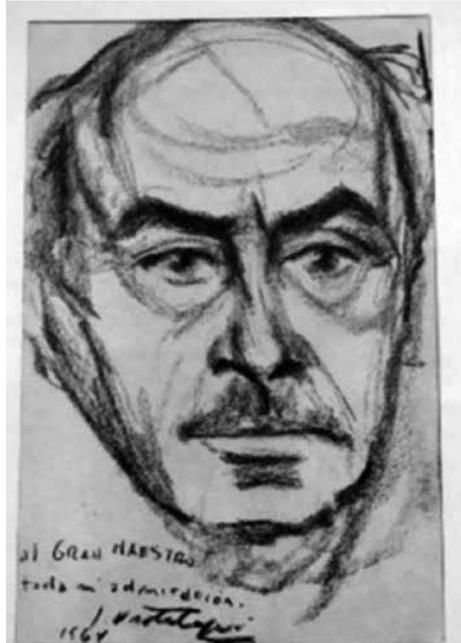
Dictando una conferencia, en 1939. (Fuente: autoresdeluruguay.uy)



Oribe, Sabat, Supervielle, Parra del Riego y Basso Maglio, con compañeros de su generación.
(Fuente: autoresdeluruguay.uy).



En sus viajes por Europa. (Fuente: autoresdeluruguay.uy)



Dibujo en la sala de Materiales Especiales de la Biblioteca Nacional en Montevideo. (Fuente: autoresdeluruguay.uy).



Elsa Oribe, hija de Emilio Oribe. (Fuente: autoresdeluruguay.uy).



Busto de Emilio Oribe, por Bernabé Michelena. (Fuente: autoresdeluruguay.uy).



Washington Beltrán Barbat (1885 – 1920) (Fuente: elpais.com.uy)



El País informa de la muerte de Washington Beltrán. 3 de abril 1920. (Fuente: elpais.com.uy)



Antiguo edificio que ocupó la Facultad de Humanidades y Ciencias.



Monumento a Washington Beltrán. (Foto del autor).

ISIDRO MÁS DE AYALA
(1899-1960)



Isidro Más de Ayala (1899 – 1960). (Fuente: La Galena del Sur. WordPress.com)

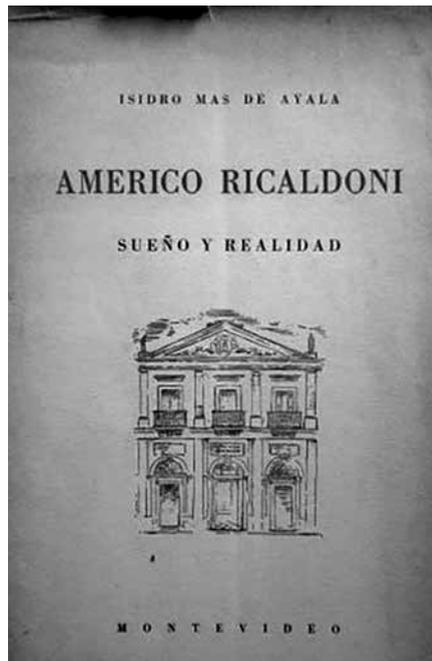
14 DE MAYO DE 2018

ISIDRO MÁS DE AYALA (1899-1960)

Isidro Cecilio Más de Ayala Lecour médico psiquiatra, docente y escritor, nació en Montevideo el 15 de mayo de 1899. Hijo de José María Isidro Más de Ayala Matos, uruguayo, nacido en 1833 y fallecido en 1910, y producto del tercer matrimonio de su padre, con María Eugenia Albertina Paulina Lecour Reynaud. Antes su padre había estado casado con Gregoria Almada y luego con Amadea Sandalia Baillo Porley. Del primer matrimonio quedaría un hijo: Gregorio Rafael Más de Ayala Almada, y del segundo otro hijo: Aquilino Más de Ayala Baillo.

Los Más de Ayala Lecour fueron cinco hermanos, de los cuales un genealogista familiar pudo identificar a Julián José, Isidro Cecilio y Graciela Eulalia, Miguel Ángel y María Eugenia. Isidro Cecilio casó con María Elida Ayala Larratea.

Graduado en la Facultad de Medicina de Montevideo el 30 de setiembre de 1926, se vinculó tempranamente a la docencia en Enseñanza Secundaria y Preparatoria, elaborando textos que llegaron hasta las generaciones de los años 1975, con sus recordados libros de Química para 3° y 4° de Liceo. También realizó textos *Elementos de Biología, Nociones de Física*.



Publicaciones de Isidro Más de Ayala. (Foto del autor).

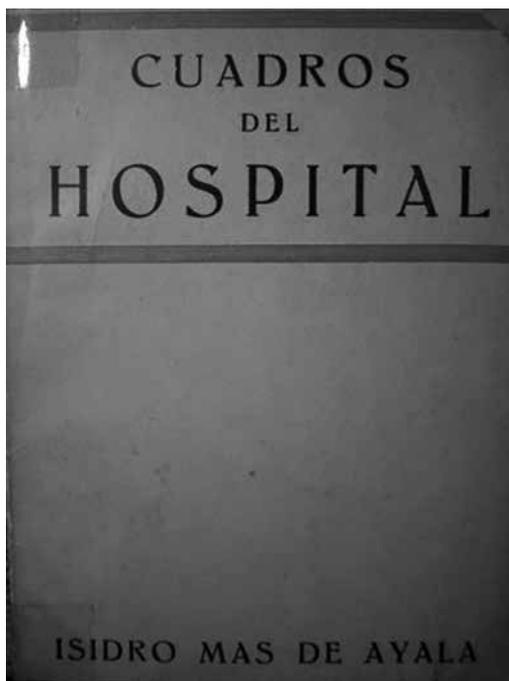
Fue Practicante Interno en los Hospitales de la Asistencia Pública Nacional, rotando por los servicios del Hospital Maciel, el Hospital Vilardebó, el Asilo de Mendigos y el Hospital Pereira Rossell. Tuvo ocasión de asistir a las clases y cursos de Américo Ricaldoni, del que dictó años más tarde, una memorable conferencia en el Paraninfo de la Universidad, que fue publicada bajo el título Américo Ricaldoni, Sueño y Realidad.

En su condición de estudiante, participó en la Asociación de los Estudiantes de Medicina, particularmente a través de sus escritos en la revista *El Estudiante Libre*, la revista de la gremial estudiantil, como lo recordaría su compañero José Pedro Cardoso.¹

Siendo todavía un practicante de Medicina publicó su primer libro *Cuadros del Hospital*, en julio de 1926. En él recoge sus vivencias en el trato con el dolor de los pacientes, y anunciando un fino espíritu de observación de los cuadros humanos que se ofrecían en la época, con 17 relatos breves de ineludible lectura. Anticipa allí algunas preocupaciones que volcaría en otras producciones literarias posteriores.

Se inclinó por la psiquiatría y obtuvo por concurso el cargo de Jefe de Clínica Psiquiátrica.

Fue Director de las Colonias de Alienados “Dr. Bernardo Etchepare” y “Dr. Santín Carlos Rossi”, señalando en 1937 que de los dos mil quinientos pacientes asilados en la[s] Colonia[s] solo el 20% correspondía al diagnóstico de esquizofrenia, cifra que da una pauta de la gran varie-



Cuadros del Hospital, primer libro de Isidro Más de Ayala, 1926. (Foto del autor).

1 CARDOSO, José Pedro: Isidro Más de Ayala (1899-1960). Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo II, Horacio Gutiérrez Blanco, Editor, 1989, p. 381-382.

dad de los motivos de internación.² En la Facultad de Medicina fue Profesor Libre de Psiquiatría.

Ejerció la tarea de Inspector General de Psicópatas, y fue Presidente de la Sociedad de Psiquiatría del Uruguay.

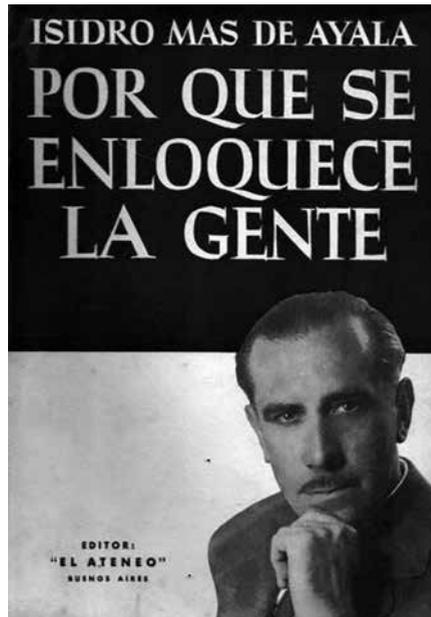
Sus publicaciones abarcaron varios géneros, además de su producción científica dedicada a la psiquiatría y a la docencia. Fue ensayista y publicista, contribuyendo con frecuentes columnas en el Suplemento Dominical de *El Día*, y hasta el final de su vida desde *La Torre del Vigía*, en el diario *El Plata*.

De sus publicaciones médicas se mencionan sus libros *Infancia, Adolescencia y Juventud*, un manual para padres y educadores, y *Por qué se enloquece la gente*.

Entre sus trabajos sobre temas clínicos se menciona “Melancolía y diabetes”, “Tratamiento por el Treponeuma hispanicum de afecciones mentales y neurológicas”; “Estudio clínico de la fiebre recurrente española experimental”; “Las reacciones meníngeas en los procedimientos de piritoterapia. La presencia del plasmodium vivax en el líquido céfalo-raquídeo de enfermos impaludados”.



(Foto del autor)



(Foto del autor)

2 ARDUINO, Margarita y GINÉS, Ángel M.: Cien años de la Colonia Etchepare. *Rev Psiquiatr Urug* 2013; 77 (1): 59-67.



En la literatura inició con aquel libro sobre *Cuadros del Hospital*, seguido por *El loco que yo maté*, *Montevideo y su Cerro*, *Y por el sur del Río de la Plata*. Estos dos recogen algunas de sus muchas columnas publicadas en *El Plata*.



Imágenes del libro "El Loco que yo maté". (Fotos del autor)



Imágenes del libro "El Loco que yo maté". (Fotos del autor)



Otros libros de Isidro Más de Ayala. (Fotos del autor).

Como ensayista incursionó en el campo de la Sociología, y en todas sus publicaciones hizo derroche de ironía y humor.

En el homenaje realizado por la Revista de Psiquiatría del Uruguay (marzo-abril, 1966), **José Pedro Cardoso**, que fue su compañero en la AEM y en la Psiquiatría, realizó una rica semblanza, de la que fue extractado para *Médicos Uruguayos Ejemplares*,³ que transcribimos:

En el Más de Ayala psiquiatra, médico integral, psiquiatra integral, Jefe de Clínica de la Facultad, Técnico de Salud Pública, Director de la Colonia Etchepare, Inspector Ge-



Isidro Más de Ayala, según Hermenegildo Sabat.
(Fuente: anáforas.fic.edu.uy)

3 CARDOSO, José Pedro: Isidro Más de Ayala (1899-1960), Tomo II, 1988, pág. 381-382.

neral de Psicópatas, Autor de numerosos trabajos y libros científicos, Profesor libre de Psiquiatría, Representante de la Psiquiatría uruguaya en certámenes internacionales, Presidente de esta Sociedad, etc., se abría otro abanico de manifestaciones diversas de su inquietud espiritual, de su talento, de su fuerte voluntad, de su cultura.

Fue autor de textos didácticos, escritos consagrados, ensayista que penetró en el campo de la Sociología, dirigente estudiantil, poeta.

Ha de permitírseme que tome, en primer término, ya que no podré referirme a todos, algunos de los aspectos hoy menos notorios, aquellos bajo los cuales lo conocí hace cuarenta años.

Revisando en estos días sus trabajos y sus libros, he tomado otra vez en mis manos uno de los primeros, "Infancia, Adolescencia y Juventud", compilación de un curso dictado en el Instituto de Estudios Superiores, y he sentido que la dedicatoria con que me lo obsequió es como un imperativo para que evoque en estas palabras de hoy al Más de Ayala de aquellos tiempos juveniles ya lejanos.

Comienza así: "Testimonio de una larga amistad iniciada en la Directiva de la Asociación de Estudiantes de Medicina..."

Fue entonces cuando lo conocí, como dirigente estudiantil, como Director de "El Estudiante Libre", órgano de la Asociación.

Allí, en la revista de los estudiantes de Medicina, vieron la luz las primeras expresiones del criterio humanista y social con que encaraba la militancia y el derrotero de la juventud.

Con temprana madurez escribió entonces sobre la función social del médico, sobre la cultura universitaria como formadora de hombres y no solamente de técnicos, sobre la reorganización de la docencia, sobre la intervención de los estudiantes en el gobierno de las Casas de Estudios, y allí, en "El Estudiante Libre", aparecieron por aquella época algunas de sus producciones poéticas.

Luego, el gran abanico en que se abre un talento: investigador, clínico, escritor. ¿Enumerar sus trabajos científicos? Sería una larga lista.

Desde sus estudios iniciales sobre piroterapia e insulino-terapia hasta los trabajos en que desarrolla el criterio predominante de lo psico-somático.

En los últimos años acentuó y consolidó ese enfoque de sus concepciones. "La Psiquiatría y la Medicina Psicosomática", conferencia en las Jornadas Psicosomáticas de Tucumán, en 1950; "La Formación Reticulada; su significación

en Neuro-psiquiatría”, en 1957; en el mismo año “Las Neurosis a la luz de la actual Neurofisiología”, conferencia dictada en la Clínica Psiquiátrica de Barcelona; “Algunas ideas de Freud a la luz de la Neurofisiología”, en 1958; “Formación Reticulada y Alteraciones Psiquiátricas”, también en 1958; etc.

Contemporáneamente con su labor técnica, profesional, funcionarial, científica, docente, en las diversas direcciones en que, como antes decía, se abría su talento, este hombre, que rechazaba el unilateralismo, tuvo en el campo de las letras la aptitud creadora que lo consagra como escritor de grandes valores.

Dos colegas nuestros, con reconocida aptitud para juzgar la creación literaria y artística – Brito del Pino y Reyes Terra – han coincidido, en sendos enfoques de la personalidad de Más de Ayala, en que su producción literaria, en la que solía campear una fina ironía anatoliana, les hace evocar el punzante costumbrismo de Larra.

A través del libro, del periódico y de las revistas literarias, su obra en el campo de las letras encontró amplia recepción dentro y fuera del país, y lo consagró como uno de los autores nacionales más leídos, reiteradamente reconocido y juzgado con elogio por la crítica uruguaya y extranjera.

He esbozado apenas algunos de los rasgos de la vida y de la ejecutoria de Isidro Más de Ayala, de este psiquiatra y de este hombre singular, cuyo espíritu se proyectó con impulso creador y fecundo en los caminos de la ciencia aplicada, de la docencia, de la investigación científica, del arte, de la literatura, de los estudios sociales.

Murió joven, y al evocarlo hoy en el seno de la Sociedad de Psiquiatría a la que dedicó muchas de sus caudalosas energías, admiramos el brillo del denso contenido humanista de su personalidad, de su formación cultural y de su obra múltiple; y aseguramos la justicia de este reconocimiento pleno, que el correr del tiempo no borra sino que afirma.”

* * *

En el número 15 de la revista *La Cruz del Sur*, correspondiente a noviembre-diciembre de 1926, publicada en Montevideo⁴, aparece una

4 *La Cruz del Sur: revista de arte e ideas*, fue fundada por Alberto Lasplaces, y dirigida por los hermanos A. y G. Guillot Muñoz, apareció entre 1924 y 1931, publicando un total de 32 números. La transcripción que sigue corresponde a las columnas aparecidas en páginas 33 y 34 del número 15 (noviembre-diciembre de 1926).

reseña de su primer libro *Cuadros del Hospital*, firmada por las iniciales J.C.W., en estos términos:

- I. Las calles 25 de Mayo, Maciel, Washington y J. L. Cuestas, forman un ring sombrío y vetusto, donde suben los boxeadores de la Vida. Unos, prepotentes y seguros de su triunfo, se dan sobrenombres raros: Doctor, Médico, Cirujano, etc. Otros, doloridos y vencidos al subir al ring, se titulan: Desgraciados, carne de bisturí, residuo humano... El público – que no puede contemplar el combate – va de una a tres, a consolar a los perdedores. Y en estas dos horas se oxigena con cloroformo y dolor.
- II. Isidro Más de Ayala es un muchachón de rostro triste y de labios gruesos. (Al decir que tiene labios gruesos, dejo sentado, que es muy bondadoso). Es médico y diagnostica con la misma sencillez, con que, el bárbaro Pancho Espínola, nos describe la escena del padre, besando al hijo *agusanao*.
- III. Una mañana en la que el sol alegremente, hacía saltar los cascarones de dolor del Hospital Maciel, el Hombre le dio un *uppercut* al Doctor, y Más de Ayala, comenzó a escribir los Cuadros del Hospital.

Y su mente afebrada, vio rodar un montoncito de carne que movía las manitas y ensayaba un llanto; platicó con un dolorido que el doctor llamaba loco; palpó el dolor de una pierna que el serrucho separó para evitar una gangrena fatal; y divisó al Sufrimiento, haciendo piruetas de *clown*, saltar de cama en cama, pinchando la carne de los enfermos, gritándoles brutalmente: Soy yo, imbéciles, el Sufrimiento que me metí por vuestra boca, cuando la abristeis por primera vez para llorar, en aquella noche, en que una mujer os arrojaba al mundo.
- IV. Se necesitaba el hombre corajudo que nos describiera las escenas brutales de una sala de operaciones. Y apareció con Isidro Más de Ayala.
- V. Cuadros del Hospital, son diez y siete narraciones reales de lo que vio el autor en su peregrinaje por los nosocomios. Si tuviera que optar por una, no vacilaría en aplaudir fuerte, a los cuatro brochazos magistrales del relato titulado: *Sala de operaciones*.

A los escritores como Isidro Más de Ayala, les exigimos, a la brevedad posible, un nuevo libro.

J. C. W.

* * *

Veamos, a continuación, el texto mencionado por el crítico.

*SALA DE OPERACIONES*⁵

Salita blanca, pequeña, luminosa. Dos mesas metálicas con muchas palancas y tornillos en su base. Cilindros con gasas. Cilindros con túnicas. Cajas brillantes de los instrumentos. El techo de la Sala es de vidrio. El Sol penetra a chorros. Grandes ventanas dan al jardín. En los viejos árboles del Hospital los pájaros tienen sus amores, a pocos metros de las operaciones y de las autopsias. Precisamente en este instante varios gorriones forman sobre un árbol un tumulto ensordecedor, disputándose la hembra a picotazos. Y ella, sobre una rama, se alisa coquetamente con el pico las plumas de las alas. En el silencio de la Sala de Operaciones, sólo interrumpido por el ruido seco de tijeras que cortan y pinzas que muerden, llega la alegría de los pájaros como un toque de vida y un trampolín de esperanzas nuevas. Los cirujanos ya han llegado Y la labor comienza.

* * *

Cáncer del seno. Doña Marcelina tiene 50 años. Viene de Rocha. Es madre de ocho hijos. Hace muchos años notó en el seno derecho una pequeña dureza. Como un carozo. Después, fue creciendo, fue creciendo. Y ahora ese seno tiene el doble volumen que el otro. Ocasiones siente grandes tironeamientos. El cirujano ha hecho el terrible diagnóstico. Y ahí traen a doña Marcelina en la camilla. Y ya la están poniendo sobre la mesa de operaciones.

La mascarilla del éter se infla rítmicamente. Pronto la enferma duerme. Entonces el cirujano hunde el bisturí marcando dos trazos circulares que sobrepasa-

5 MÁS de AYALA, Isidro: Cuadros del Hospital, pág. 93 – 98, Imprenta Renacimiento, Montevideo, 1926, 112 páginas.

san los límites del seno y llegan hasta la axila. Se hace en la Sala un silencio como un fragmento de noches. Rápidamente el cirujano levanta la mama. Y saltan seis, ocho arterias, manando sangre a cada pulsación. Una más fuerte llega con su chorro rojo y caliente hasta la cara del cirujano. Pronto las pinzas muerden en las arterias que sangran. Se está sacando de la axila todos los ganglios. El seno ya está libre. Es puesto sobre una mesita para su estudio. (Seno fecundo, de una madre de ocho hijos: ¿estará allí todo el monstruo tentacular inexorable?) Se dan las puntadas de sutura sobre el sitio de la mutilación. Y se llevan la enferma para la cama. Por el camino, doña Marcelina se va despertando:

- Tití, Marcos, Antonia, Pedro, Pedrito!...

* * *

Emilio Farías es labrador. Cultiva en la vecindad de Minas el pequeño terreno donde vive con su familia. Su madre, la mujer y cinco hijos. Trabaja infatigablemente. Cuando el Sol sale proyecta en el campo la sombra alargada y delgada del labrador sobre los surcos que abre. Cuando el Sol se pone, la sombra se ha corrido como en un reloj indígena y ahora cae sobre los surcos ya fecundados. Hasta que un día Emilio Farías se clavó una astillita de pino en la yema del pulgar. Se sacó la astillita y no pensó más en ella. Siguió trabajando. Al otro día amaneció con el dedo hinchado. Se puso grasa de cocina y se fue al campo a trabajar. Pero a mediodía tuvo que dejar el trabajo. No podía más. Tenía hinchado todo el brazo.

Un médico le practicó en el pueblo una pequeña incisión para dar salida al pus. Pero la tumefacción crecía. Y tenía una fiebre que volaba. Pasaba las noches enloquecido por el dolor. Y el brazo crecía, crecía, amenazando estallar. No podía dormir. Tenía por las noches terribles pesadillas llenas de delirios. Soñaba que sacaba del brazo toda clase de bichos. Arañas, cucarachas, víboras. Y que los ponía sobre la mesa de noche. Amanecía gritando, sudoroso, temblando de fiebre.

Llegó esta mañana al Hospital. Tres veces se le ha propuesto la operación salvadora. Amputación bien alta del miembro tomado por la gangrena. Y tres veces, después de mirarse largamente el brazo, ha dicho:

- Señor, es el pan de mis hijos...

Pero el dolor aumenta. Siente como unos tironeamientos terribles en todo el brazo. La fiebre crece. Y cuando el médico ha pasado por su lado lo ha llamado y le ha dicho:

- Doctor, no puedo más. Corte nomás, meta cuchillo.

Y Emilio Farías, el labrador de Minas, ya está tendido sobre la mesa de operaciones y se le está durmiendo. Luego, yodo, bisturí, sangre, pinzas. El enfermo delira por la fiebre y el éter:

- Doctor, saqué esa crucera, matemé esa víbora, no ve que la tengo prendida en el brazo? Matelá le pido... Doctor, mi doctorcito.

La sangre salta a chorros. Hasta que es detenida por las pinzas. Se limpia bien el hueso del brazo. Y ya está el serrucho mordiendo con su música de carnicería.

- Doctor, ¿no ve la araña que me entró en el brazo? Matelá doctor, mire que es venenosa. Ya la mató? Gracias doctor. Dios se lo pague.

Ya cae el brazo, hinchado, oscuro, tumefacto. Se recortan los nervios. Se aprietan las arterias. Se dan los puntos sobre la herida. Y el enfermo sigue delirando:

- Pero muchachos, no pisen ese pedazo que está sembrado. Jueguen en otra parte. Corran por el sendero. No pisen, hijos, ese pedazo por favor. No ven que aplastarán así los brotes tiernecitos de las lechugas. Corran, corran por el sendero...

* * *

Amputación de la pierna de un domador. Aurelio Barrios, 35 años. Desde hace 15 años doma potros en los campos de Corrales, Cebollatí, Lascano. Notó un bulto en la pierna y fuertes dolores. Sobre todo al apretar las rodillas sobre el bagual. Vino a Montevideo. Los médicos dijeron: cáncer de la pierna. Y aconsejaron urgentemente la amputación bien alta.

Los cirujanos se están lavando. Se ponen las túnicas desinfectadas. Y los guantes de goma. Antes de tenderse en la mesa de operaciones, Aurelio Barrios envía para su pierna una mirada larga y dolorosa. (Cuando me despierte ya no la tendré!) Se le ha puesto la máscara del éter y el enfermo se va durmiendo. Forcejea antes de dormirse. Pronto se queda quieto. Bajo la acción del éter vue-

la, con mil velas desplegadas, el barco de su fantasía cargada de recuerdos. Se le oye decir:

- Corcoveá nomás, mañero viejo. Huy... ja, ja, hupa y se fue...

Con la mano izquierda, el cirujano toma todas las carnes de la parte anterior del muslo y las levanta. Hunde un cuchillo largo entre ellas y el hueso. La punta del cuchillo asoma por el otro lado. Y el cirujano corta largamente. Hace lo mismo con la parte posterior. Cuatro chorros rojos se cruzan como cuatro surtidores de una fuente de colores. El cirujano contiene la hemorragia rápidamente con cuatro pinzas. Y estas quedan colgando de las carnes rojas como finas sanguijuelas metálicas que chupan las arterias. El ayudante empuja los músculos para arriba, separándolos del hueso. Y el cirujano se pone a serruchar.

- Chu...rrú, chu...rrú, chu...rrú.

Parece que los dientes del serrucho mordieran en los huesos de todos los que lo escuchan. Bajo la acción del éter, la imaginación del enfermo debe volar muy lejos. (Domas, pencas, rodadas). El cirujano termina de serruchar. (Amores, tropas, silbidos). Y la pierna del domador de potros cae sobre las baldosas. (Guitarras, montes, domingos). – Se ponen las ligaduras en las arterias que sangran. Se sutura la piel. La operación ha terminado. Y la pierna ha sido puesta en un balde. Y del balde sale el pie lívido con el talón para arriba.

* * *

Grandes manchas rojas quedan en la Sala blanca. Vendas ensangrentadas. Gasas con coágulos. Olor a éter penetrante y fuerte. Los cirujanos dejan sobre la mesa sus túnicas manchadas de sangre y de yodo. Y se marchan. Sólo queda en la Sala, después del combate de esta mañana, el seno fecundo de la madre de ocho hijos. Achatado sobre la mesa como un agua-viva sobre la arena. La pierna del domador, que asoma el pie lívido fuera del balde como buscando un estribo en el aire. Y el brazo gangrenado del labriego de Minas. Con la palma abierta como quedaba en los campos después de arrojar el puñado de simientes en el surco fecundo. Los gorriones prosiguen su griterío sobre los árboles del patio vecino. Y el Sol penetra a chorros en la Sala de operaciones. Y bendice dolorosamente a los tres instrumentos de labor y de lucha, mutilados, exangües, lívidos que han sido tirados junto a la vía, fuera de la vagoneta, para que la lo-

comotora de la vida pudiera seguir marchando en esos tres organismos enfermos que acaban de pasar...

* * *

Más reciente en el tiempo, **Wilfredo Penco** expresó:⁶

Ensayista, narrador y cronista. Nació y murió en Montevideo. Fue uno de los médicos psiquiatras de más reconocido prestigio en el Uruguay, y como tal representó al país en congresos internacionales y realizó trabajos científicos que significaron aporte fundamental en la materia, entre los cuales se destacan Psiquis y soma (1947) y Por qué se enloquece la gente (1944), éste con un original enfoque sociológico del tema. Se inició como narrador en 1926, con Cuadros del hospital, serie de relatos que había publicado en El Día, y de los cuales Alberto Zum Felde destacó el valor estético y humano. Su posterior producción fue mostrando nuevas vetas: el humorismo, artículos de costumbres y descripciones paisajistas, que fueron conformando su sólida reputación de hábil y sagaz escritor polifacético. Su columna en El Plata, titulada “La Torre del Vigía”, que firmaba con los seudónimos de Fidel González y Zoilo Camargo, se constituyó en una de las más frecuentadas por los lectores de la década del 50. Obtuvo premios literarios y colaboró durante años en el suplemento Dominical de El Día. Y por el sur del Río de la Plata fue el libro de autor nacional más leído en 1958, e integraba una trilogía – truncada por la muerte – con la cual el autor pretendía abarcar el estudio de los caracteres humanos y físicos de todo el país.

Wilfredo Penco acompaña su ficha del autor con una Bibliografía, donde reseña todas las publicaciones literarias de Más de Ayala, y Referencias abundantes de medios gráficos de Uruguay y Argentina, además de publicaciones de referencia, como la Historia de la Literatura Uruguaya Contemporánea, El humorismo y la crónica, y Proceso Intelectual del Uruguay.

* * *

⁶ PENCO, Wilfredo: Isidro Más de Ayala (1899-1960). En Alberto Oreggioni: Nuevo diccionario de Literatura Uruguaya. Editorial Banda Oriental, 2001.

En la *Revista Iberoamericana*⁷ aparece una reseña del libro de Más de Ayala *El loco que yo maté*, publicado el año anterior en Montevideo por Palacio del Libro. Allí puede leerse:

No sé quién es Isidro Más de Ayala. Esta novela no da ninguna idea de su identidad ni menciona otros libros suyos. Pero estoy seguro de que él conoce a fondo a los locos. Solamente una persona que ha pasado una gran parte de su vida en compañía de ellos puede narrar tan gráfica y convincentemente el lento progreso de un ser humano hacia su derrumbamiento mental, y darles interés a miles de palabras, tanto interés que casi no podemos dejar de leer.

No hay acción física en esta llamada "novela".

Reynaldo de Montalbán, dramaturgo uruguayo de cincuenta años, que trata de deshumanizar el arte en sus comedias, se ha ganado la enemistad de los críticos. Entabla una conversación con el jefe de un manicomio de Montevideo. Recibe una invitación para visitar el instituto y estudiar a los locos para poder incluir a algunos de ellos en su próxima obra. Él se viste el uniforme azul de los locos y pronto descubre que éstos le consideran otro enfermo, enloquecido con mucha sabiduría.

Halla interesantes a muchos compañeros: un ingeniero celestial que ha descubierto la conservación de la energía; un generalísimo de la tierra y la mar; un hombre que se cree el más rico del mundo; un aviador español que no puede olvidar las escenas brutales de la guerra civil. También allí conoce Montalbán a Emilio, genio artístico, pero loco. Tal vez éste contribuyó con las ilustraciones que, con los ejemplos de la escritura de los locos, hacen de este libro un case history tanto como una novela.

Al fin de la primera parte, Montalbán sospecha que se halla loco. Al fin de la segunda, cree que el artista de la palabra ha perdido el juicio como el artista de la pintura, Emilio.

Al principio no consulta los libros médicos de la biblioteca del instituto, porque quiere observar y copiar la naturaleza, como dice el artista enajenado. Ahora lee con frenesí todos los libros que tratan de la locura y queda confirmada la diagnosis de su condición.

Parece increíble que un lector pueda sentir tan profundamente una descripción en primera persona de la desintegración mental de un desconocido, pero es

⁷ Knapp Jones: *Revista Iberoamericana*, Vol. V, Número 10, octubre 1942, pp. 411-412.

lo que pasa en El loco que yo maté.

El dramaturgo ya está seguro de que la invitación para visitar el manicomio fue un plan maquiavélico del doctor y al fin lo acusa.

En la última parte, hace tres años ⁸que Montalbán está en el manicomio. De la obra que se propuso escribir, tiene solamente unas páginas que parecen escrituras de un loco. Era como un pescador que tira su red al río donde hay peces grandes, pero sin éxito. Ha pescado sólo un enfermo con un ego poligonal.



Théodore Géricault (1791 – 1824). (Fuente: Wikipedia)

Cuando oye que el Doctor R. va a partir para Europa, se decide a hacer algo. Si no puede probar que está sano, puede quedarse mucho tiempo. Una tempestad que le echa corriendo como loco maniático produce un desenlace bastante satisfactorio y lógico.

Tal vez el señor Más es el doctor Más. Por lo menos, él ha escrito acerca de la locura incipiente un estudio que es muy persuasivo.

* * *

Finalmente, una publicación del psicólogo **Diego Nin Pratt** ⁹, refiere desde el punto de vista académico a un estudio sobre “El encuentro de Iris Cabezudo con Isidro Más de Ayala. El nudo del saber en la locura persecutoria”. Allí analiza un caso penal, donde *en 1938 la causa*

⁸ En realidad fueron unos tres meses, y no tres años como afirma el autor de la reseña.

⁹ http://www.querencia.psico.edu.uy/revista_nro1/diego_nin.htm (Consultada el 24.06.2017).

de Iris Cabezudo Spósito por homicidio fue sobreseída, y en el mes de abril el Juez le otorgó la excarcelación. Un año más tarde el fallo judicial la declaró inimputable y sana de espíritu, prescindiendo de las medidas curativas, lo que en buen romance significa que su acto criminal no pudo ser inscripto fuera del campo de la locura, pero al mismo tiempo se buscó reducir esta locura al grado mínimo afirmando que fue algo enteramente pasajero y ajeno a su ser natural. La locura de su padre cruel y tiránico junto con un exaltado amor hacia su madre habrían sido los determinantes absolutos del trágico desenlace. No fue ella, fue otra quien jaló el gatillo. Emoción, pasión, impulso atávico; respuesta letal de esa otra extraña, fugaz e irrepetible.

La segunda pericia fue realizada por los Dres. Abel Zamora^{10, 11} y José Rossenblatt¹², ambos psiquiatras y forenses.

Veintidós años después del crimen Iris decide reabrir el caso dirigiéndose a un público, el de los especialistas psiquiatras, y va a hablar con uno de ellos en particular, el Dr. Isidro Más de Ayala. Ha resuelto que a su madre la estudie un psiquiatra.

A través del examen de la causa, deriva hacia *El loco que yo maté*, y realiza un examen del mismo.

En las primeras páginas de su novela, Más de Ayala establece que su relación con el Dr. R. (posiblemente se trate del Dr. Rossenblatt, puesto que da una pista mencionando que “Conocí al psiquiatra, Doctor R. hace ya dos años en una de las veladas musicales que se realizaban en casa de nuestro común amigo, el Filósofo”, en una referencia posiblemente a Carlos Vaz Ferreira, amigo de Rossenblatt, quienes estuvieron vinculados con la famosa visita de Albert Einstein a Montevideo, en 1925, y que ha sido inmortalizada en el bronce que reúne a ambos en la Plaza Artola (Plaza de los Treinta y Tres). Cabe señalar que durante su estadía en Uruguay, Einstein se alojó en casa de la familia de Nahum Rossenblatt.

10 SOIZA LARROSA, Augusto: Prof. Dr. Abel Zamora (1883-1964). Abel Zamora, psiquiatra y médico legista. En: <https://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/zamora-b.pdf> (Consultada 8.05.2018).

11 TURNES, Antonio L.: Abel Zamora (1883-1964). En: <https://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/zamora-a.pdf> (Consultada 8.05.2018).

12 LIONDAS, Samuel: Aportes de la Colectividad Judía a la Medicina Nacional. Melibea ediciones, 2001. José Rossenblatt fue el primer médico judío graduado en Uruguay.



La Balsa de la Medusa, (Théodore Géricault) 1819, óleo sobre lienzo, 491 x 717 cm, Museo del Louvre, París. (Fuente: Wikipedia)

A continuación de esta referencia, hace diversas menciones a la pintura de Théodore Géricault, un pintor francés del siglo XIX, que plasmó en varias de sus obras el rostro de los enfermos mentales.¹³

13 Jean-Louis André Théodore Géricault, conocido como Théodore Géricault (Ruan, 26 de septiembre de 1791-París, 26 de enero de 1824), fue un pintor francés. Estudió con el pintor académico Gilles Guérin, también maestro de Delacroix. Rechazó el neoclasicismo imperante, estudió a Rubens y comenzó a pintar directamente del modelo, sin dibujos preparatorios. En Italia estudió en 1816-1818 a Miguel Ángel y el barroco. Su *Balsa de la Medusa* combinaba el diseño barroco, el realismo romántico y los sentimientos no controlados. Admiraba a Bonington y a Constable y estuvo en Inglaterra en 1820-1822, exponiendo su *Balsa* y sus pinturas de caballos. su carrera, aunque corta, fue muy influyente, especialmente por sus temas modernos, su ejecución libre y la representación del movimiento Romántico.



La loca, (Théodore Géricault) 1822-1828, óleo sobre lienzo, 72 x 58 cm, Museo de Bellas Artes de Lyon. (Fuente: Wikipedia)



El cleptómano (Théodore Géricault, 1822). (Fuente: Wikipedia)



La ludópata (Théodore Géricault) (1819-1822). (Fuente: elmundo.es)

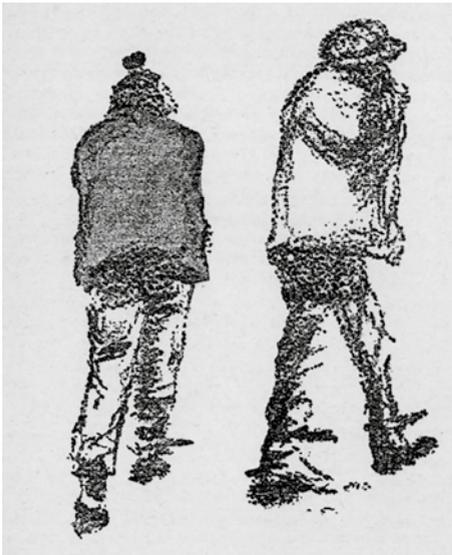


El loco del mando militar (Théodore Géricault) (1819-1822). (Fuente: Pinterest.com)

Son destacables las imágenes que se incluyen en la edición de 1941 ¹⁴ de *El loco que yo maté*, las que se reproducen seguidamente.



Pintura incluida en la primera página del libro de Más de Ayala (1941).



Ilustraciones de "El Loco que yo maté". (Fuente: Fotos del autor)

¹⁴ Los grabados que aparecen en la Edición de *El loco que yo maté*, fueron realizados por Emilio Más, como se consigna en la portada interior (Apuntes de Emilio Más).



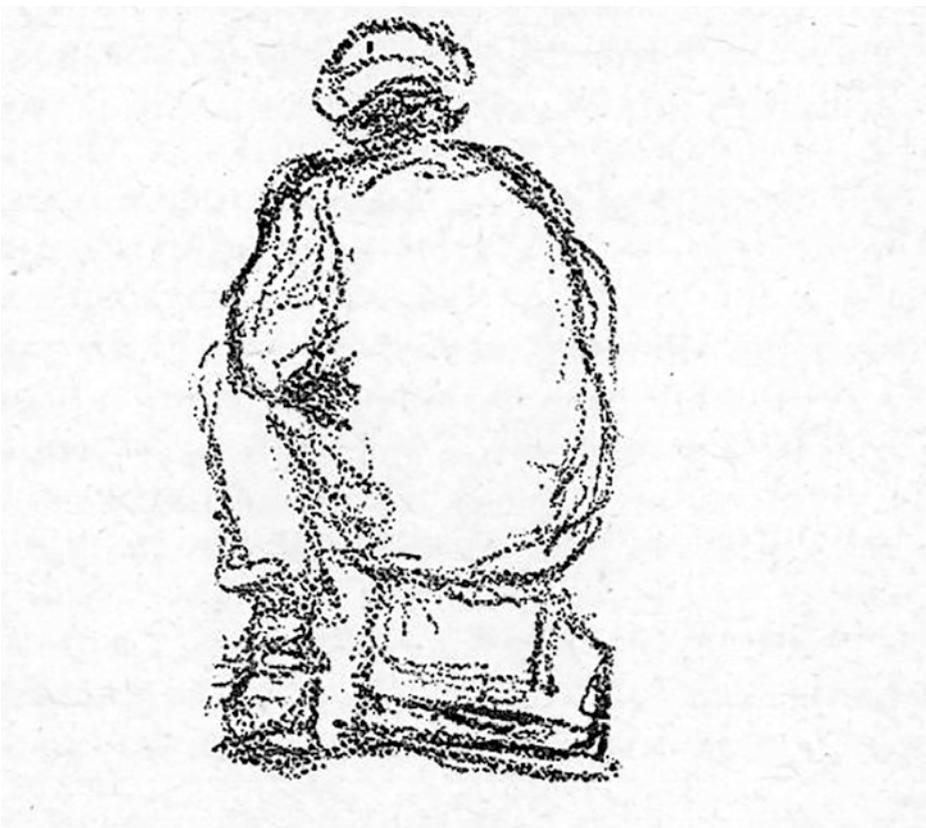
Ilustraciones de "El Loco que yo maté". (Fuente: Fotos del autor)



Ilustraciones de "El Loco que yo maté". (Fuente: Fotos del autor)



Ilustraciones de "El Loco que yo maté". (Fuente: Fotos del autor)



Ilustraciones de "El Loco que yo maté". (Fuente: Fotos del autor)

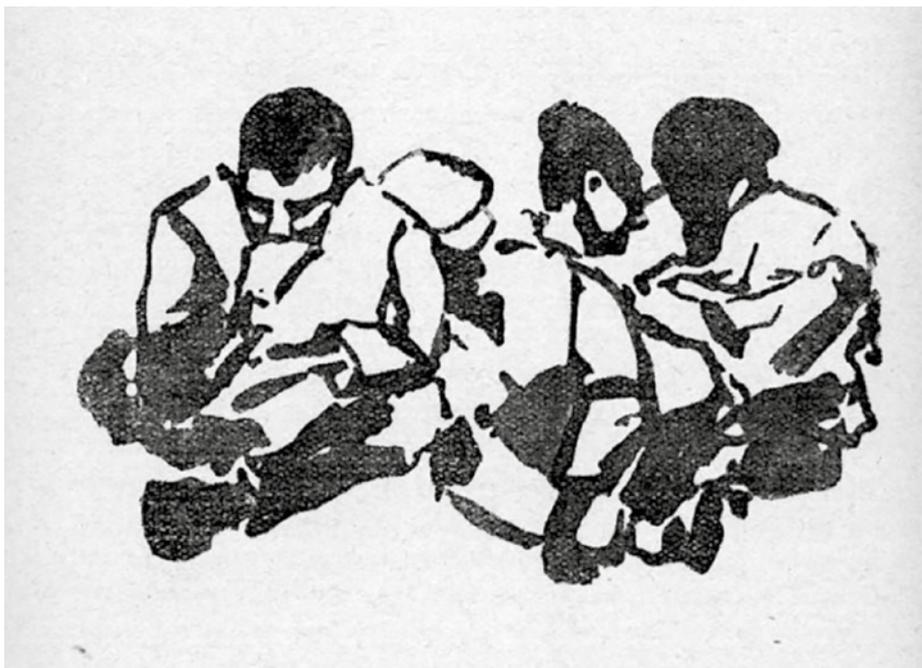


Ilustración de "El Loco que yo maté". (Fuente: Fotos del autor)

Resumamos las principales articulaciones de *El loco que yo maté*.¹⁵

La novela se trama en torno a tres personajes principales: un escritor de 50 años, Reynaldo de Montalbán, quien es el narrador en primera persona; un psiquiatra, el Dr. R., y un pintor loco, Don Emilio. El tiempo de la narración es el de la permanencia de estos tres personajes dentro del manicomio. Montalbán escribe desde el manicomio. ¿Cómo ha llegado allí?

1) *Nos cuenta que ya ha publicado algunas obras y que se ha visto envuelto en agrias polémicas con algunos críticos literarios injustos y mezquinos que no han sabido valorarlas. Le tienen envidia porque son escritores fracasados. Se le acusa de que su estilo es frío, sin condiciones para la observación directa, más adecuado para el ensayo que para la novela. Acepta el desafío y se interna en un hospicio de alienados, donde se pone a su disposición una sala de locos como material de observación natural para realizar luego una obra como la que le reclaman sus críticos, creyendo que se debe a falta de talento.*

2) *Llegó a esa sala de locos a través del Dr. R, psiquiatra, a quien conoció en casa de un amigo común. Al principio aquel no le gustó porque notó una excеси-*

¹⁵ http://www.querencia.psico.edu.uy/revista_nro1/diego_nin.htm (Consultada el 24.06.2017).

va seguridad en sus juicios, pero luego comenzó a apreciarlo por los comentarios que hizo de sus novelas. Luego se encuentran en una exposición de pintura y filosofan sobre arte: si es necesario o no el modelo natural para hacer un cuadro. El Dr. R le muestra un cuadro de Géricault, es el retrato de un loco, y le pregunta si cree que el autor pudo pintarlo sin tener delante el modelo vivo. Montalbán se molesta y le dice que entonces él está de acuerdo con sus críticos. El Dr. replica que lo que le falta es escribir una obra de observación directa y natural para demostrar triunfalmente que puede también hacer eso, tal como lo hizo Géricault con su retrato del loco. Entonces el escritor propone internarse varias semanas o meses en el hospital psiquiátrico a observar del natural.

3) Se interna. En un primer tiempo está fascinado con lo que llama un “tesoro de observación”, es decir la colección de expresiones y miradas humanas. También se maravilla cuando visita la biblioteca del hospital, con sus 500 volúmenes y todo el saber que contienen. Dice de estos libros: “Tienen un tono oscuro, de toga, doctoral, que da al conjunto un aspecto severo, inapelable”. Comienza a enterarnos de cuál es su relación a ese saber. Quiere leer esos libros para tener en sus observaciones de locos una base más firme. Luego decide no leerlos: Cervantes no leyó libros para caracterizar la locura de Don Quijote.

El Dr. R le dice que le parece importante que quien observe a los locos no se haga notar como observador, ya que cuando se saben observados por los médicos cambian su actitud, porque de estos depende su libertad. Le dice entonces que la observación exacta podría tenerla quien “vistiera traje de alienado y viviera el día entero entre ellos”. Los locos no deben saber que son observados. Entonces el escritor se pone el traje azul de los alienados e instala su cama en una sala. No es cualquier cosa ponerse el uniforme de los locos e irse a dormir con ellos todas las noches. Habrá consecuencias.

4) En la pared de la enfermería descubre unos dibujos extraordinarios hechos por un pintor internado: son apuntes de fisonomías de alienados. Son obra de un pintor español, Don Emilio, “un perseguido”, según le dicen. Va a conocerlo sin esperar la autorización de R. Entablan amistad de inmediato porque descubren mutuamente las mismas cualidades. Luego el pintor le dice que se vaya porque los vigilan y que pueden hacerle daño a él también sus perseguidores. Este es un encuentro decisivo para Montalbán: queda consternado. No se explica cómo el Dr. R olvidó hablarle de este hombre extraordinario, el asilado más interesante del hospital. Cuando le comentó esto al Dr. R., este le respondió que no lo conocía muy bien, porque era un enfermo del servicio clínico de otro médico y no creyó realmente que pudiera interesarle. Dice entonces: “Esto último

me ha parecido muy raro, puesto que si mi amigo hubiera visto, como ha tenido que ser, siquiera uno solo de los dibujos de este pintor, hubiera comprendido de inmediato que se trataba de un artista que debía necesariamente interesarme". Aparece en el escritor un primer atisbo de desconfianza hacia el psiquiatra.

5) En una de sus visitas al pintor, cuando éste ya no desconfía de él, Montalbán logra que le hable de los perseguidores que lo vigilan y lo atacan, buscan matarle o volverle loco. Cuando en Barcelona no le dieron cierto premio de la Academia de Artes, dice, denunció la injusticia y la mediocridad de los profesores. Hubo escándalos y agresiones. Se va el pintor a Madrid pero rápidamente comprende que allí sus colegas habían recibido instrucciones. Huye a Montevideo, pero también aquí conocen los escándalos. Le gritan amenazas e injurias al oído, quieren enloquecerlo. Intenta suicidarse. Entonces, en combinación con los médicos, se le preparó un taller en una sala del hospital, para que utilice el rico material de observación de los locos. Montalbán intenta nuevamente hablarle a R. del pintor, pero nota que el médico rehúye hablar del pintor loco. No comprende qué sucede, hasta que piensa en las "curiosas coincidencias" entre el caso del pintor y el suyo, y de golpe se produce la claridad. Su pluma se detiene. ¿También él estará loco?

6) Dice: "Ahora todo tiene para mí un claro significado". Comprende los hechos aislados y extraños. La lucidez de su espíritu "ha aumentado por el dolor de la revelación". Comprende las ocultas razones del Dr. R. para no hablarle del pintor, a quien no podía no conocer. No se le escapan las significativas semejanzas entre su caso y el del pintor: "Me cuesta trabajo comprender cómo no me di cuenta de que yo estaba escuchando el relato de mi propia historia". "No vi de inmediato que su caso era el mío". Le espanta la semejanza y teme que su final sea como el del pintor. A él lo instalaron en el hospital para que trabaje, igual que al pintor. Lo engañaron para encerrarlo. Aparece la persecución del saber del psiquiatra; llora angustiado. Observemos que la identificación con los rasgos del pintor no es suficiente para accionar la persecución, sino que lo decisivo es la respuesta semejante que dieron los psiquiatras para ambos casos, es decir lo que hace el otro con él, cómo es tomado por el otro. La persecución viene del lugar del Otro, del saber encarnado por el médico.

7) Comienza una investigación desesperada, por su cuenta, para responderse si está loco o no. Está en una situación de soledad ante esa pregunta, no hay nadie confiable a quien dirigírsela. Cuando ve su propia silueta recortada en la sombra y reconoce allí "una semejanza física con la actitud vencida de los alienados", grita de horror. Se parece a las siluetas de locos que dibuja Don Emilio.

Le llama a esto “una nueva y desoladora revelación”. Corre a mirar su rostro en el espejo buscando en sus facciones la expresión de la demencia, busca signos en su imagen, y los encuentra. Rompe el espejo de un golpe.

8) *Vuelve a la biblioteca buscando la respuesta, prefiere no hablar con los doctores porque deben estar en connivencia con R. “Hoy llego como un creyente tembloroso ante los dioses de su templo a prosternarme ante esta biblioteca de 500 volúmenes, entre los cuales ha de estar sin duda aquel que aclare mi tormento y aplaque mi angustia”. Se arrepiente de las páginas irreverentes que escribió antes, cuando prescindió de esos libros. Piensa que en ese momento sí estuvo próximo a la locura. Separa tres libros: Las locuras razonantes, Formas iniciales de la demencia y Los delirios lúcidos. Luego de leerlos dice “He hallado una verdad que me condena irrevocablemente”. “Los libros me demuestran que he sido siempre un interpretador patológico”.*

9) *¿Por qué lo internó el Dr R.?, piensa. Porque está en camino de enloquecer. Lo peor es comprobar que uno enloquece. R. fue cruel porque él no se daba cuenta que enloquecía, pero ahora lo sabe. Mejor era volverse loco sin saberlo, y tan contento. Con “artes sutiles y maléficos” el médico lo hizo internar allí, y por eso merece un castigo. Piensa en agredirlo.*

10) *Comienza a hacer esfuerzos por relativizar el saber psiquiátrico que lo persigue. Piensa que las descripciones de síntomas y reacciones no dicen por sí mismos cuándo se trata de verdadera locura, porque en ciertos contextos las reacciones de una persona normal pueden asemejarse a los síntomas mórbidos. Depende de la situación, de las circunstancias. Pero inmediatamente se le impone algo: “Si para todos los demás eres loco, no tienen utilidad alguna estos pensamientos que has tenido, y quizás sean considerados como un síntoma más de tu enajenación mental”. (Es decir que el diagnóstico de locura siempre viene de otro) Piensa que el Dr R se ha burlado de él como si fuera un niño.*

11) *“Ya sin esperanzas veo como en mi torno la red se va cerrando cada vez más apretadamente”, escribe. Piensa fugarse del hospital pero luego desecha el plan. Intenta frenar la persecución diciéndose que los psiquiatras apenas pueden llegar a conocerle una décima parte de lo que él sabe de sí mismo.*

12) *Se entera de que el Dr R. se irá a Europa dentro de poco tiempo. Arrecia la persecución y se angustia más; piensa que lo dejará allí encerrado. Eso sería “absurdo y criminal”, y reflexiona: “Observo en esto una curiosa paradoja. La especialidad menos firme de la medicina está provista de derechos y atribuciones que no tienen las otras ramas más seguras y conocidas. Un médico general no*

podría mantener internado contra su voluntad a un hepático o a un renal. En cambio un psiquiatra puede mantener en la clausura de un asilo a una persona que presente perturbaciones psíquicas, aunque no pueda estar más seguro de su futuro que lo que lo están los médicos sobre el porvenir de un cardíaco desobediente”. “Niego a los psiquiatras el derecho a hacer sobre mi caso pronósticos seguros”. No permitirá que el Dr. R lo deje allí. Da a entender que llegará al pasaje al acto si es necesario. (Es muy interesante que el propio Más de Ayala reflexione así, aunque a la luz de lo que fue el ulterior destino de Iris Cabezudo estas palabras nos suenen como una amarga ironía. Si este texto incidió en la decisión de Iris de consultar a Más de Ayala... ¡qué fiasco!)

13) *Reflexiona que no debe estar loco puesto que “es bien sabido que el enfermo verdaderamente demente comienza por perder la conciencia de su estado”. Pero inmediatamente tiene que cuestionarse si no habrá perdido él la conciencia de su estado y es por eso que se dice que no está loco. He aquí, a nuestro entender, el nudo principal de la novela, que lleva a Montalbán a decir que está “en un cepo que no tiene salida”. Él no puede responderse si está loco o no. Busca una nueva salida observando a los demás internados. No halla ninguno parecido a él, lo que en principio lo alivia, pero sabe también que ninguno de los internados ve en los otros alguno parecido a sí mismo. Los locos siempre son los otros. No hay salida. Piensa en el suicidio.*

14) *Por fin los acontecimientos se precipitan: una tormenta le sorprende en un paseo por el parque, y regresa en estado de pánico, exaltado, corriendo y pidiendo a gritos socorro. Siente que le gritan “está loco, está loco”. Queda en cama, agotado. No podemos dejar de señalar el hecho de que el canario en cuestión para Iris llegó a su casa enloquecido por una noche de tormenta, igual que este personaje: ambos, canario y personaje de la novela, aparecen enloquecidos por tormentas, así como también se plantea la autenticidad o falsedad de esas locuras. Recordemos que este es el punto que finalmente decide a Iris a consultar. Esta persecución del canario que ella deduce puede estar determinada por la propia literalidad en juego: un canario atormentado... Podría tratarse de un viraje de lo litoral a lo literal, lo que determinaría que su interpretación se funde sobre el escrito, a la manera de la lectura de un rebus. El significante tormenta podría remitir fácilmente a tormento, lo que habilitaría la interpretación: un canario atormentado... por su madre. Literalidad que bordea y circunscribe en algo el real del goce del Otro, encarnado en este caso por su madre... Sigamos con la novela.*

15) *A la mañana siguiente viene el Dr. R a charlar con él. Piensa que ya lo habrán informado de lo que pasó la tarde anterior. Lo ve llegar adoptando pos-*

tura de médico, no de amigo. Está convencido de que viene a hacerle hablar de eso. Pero no es así, viene a anunciarle que una novela suya fue seleccionada finalista en un concurso, y lo felicita porque ya lo da como ganador. Esto cambia completamente el tono de la entrevista. La persecución desaparece. Importante hito del relato que muestra un elemento clínicamente relevante: la persecución desaparece cuando no lo trata como a un loco sino como a un escritor, cuando se acerca amistosamente y valoriza sus producciones literarias, sostén aparente de su imagen narcisista. Luego hablan del grave estado de salud del pintor:

Montalbán: “¿Cómo pudo un hombre de tal delicadeza soportar durante tanto tiempo el dolor de saberse loco?”

Dr: R: “Es que él no creía que estuviera loco. Se sabía perseguido, calumniado, amenazado, pero no loco. Nunca tuvo esos períodos de ansiedad y angustia que padecen los seres normales que a menudo nos consultan, porque presos de dudas u obsesiones, creen estar realmente locos. Tales seres sufren más que los locos verdaderos”.

M: “Viviendo ustedes entre locos constantemente ¿no han tenido nunca el temor de enloquecer?”

R: “Al principio si, hemos sentido temor. En los primeros meses de estudio de la psiquiatría nos preguntamos si tal o cual síntoma que observamos en los enfermos del hospital no son iguales a los que creemos tener (...)”. Así “...el psiquiatra novel es tomado con frecuencia por interrogaciones torturantes (...) provocadas por el hallazgo inquietante de lo que él cree que son analogías evidentes. Este período de cavilidades exageradas, que todos los psiquiatras han pasado, correspondería a lo que llamaría nuestra vacunación contra la locura. Tal como pasa con las demás vacunas que la medicina utiliza, en esta también hay días de malestar, de intenso desasosiego, de inquietudes febriles. Pero todo pasa pronto y el médico, más rico en experiencia y con un conocimiento más profundo de las enfermedades mentales ve la enorme distancia que le separa de los enajenados. Y es así como la firmeza y la seguridad vuelven, y ya de un modo definitivo, a su espíritu”.

M: “Se dice que ustedes los psiquiatras ven locos por todas partes, menos en el espejo”.

R: “Y es exacto. Después que hemos pasado ese período de la incertidumbre que nos produce nuestro primer contacto con la locura, comprendemos cuán lejos nos hallamos de la alienación. Y sabemos bien que ya no enloqueceremos

jamás. El pequeño personaje loco que teníamos dentro ha salido huyendo y ya no lo podremos ver en el espejo. (...) Cuántos seres nerviosos se hubieran curado por el conocimiento oportuno de la verdadera locura (...) En especial esa clase de personas aprensivas, sugestibles, llenas de obsesiones (...)”

En la mente de Montalbán se hace la claridad. Vuelve a él la felicidad y arroja por la ventana la caja de hipnóticos. “Mi alegría es inmensa. Ya sé, no solo que no estoy loco sino que no podré enloquecer jamás.” “Mañana me iré pero no les diré nada del personaje loco que dejo en mi pieza vacía, el que vivió conmigo y ocupó mi traje y habló con mis labios y escribió con mi mano, y llegó a avasallarme, a ser él quien me dirigía...”

Termina diciendo que él, con sus escritos, ha hecho también el retrato de un loco.” ¿De un loco? Si, de un loco, del loco que yo maté. Le he matado y nadie podrá resucitarlo.»

* * *

Más de Ayala fue discípulo de la Clínica Médica del Prof. Dr. Américo Ricaldoni, y en sus primeros años luego de graduado participó de la fundación del Instituto de Neurología, junto al Maestro, realizando notables descripciones de su actuación. Pero además, continuó vinculado al Instituto desde sus orígenes hasta que él falleció, conservando al mismo tiempo un vínculo estrecho con los discípulos de Ricaldoni, entre ellos, el Prof. Dr. Juan Carlos Plá Verde, a quien Wilson y Mañé-Garzón¹⁶, describen entre los discípulos del Maestro con estas palabras:

Juan Carlos Plá (1892-1970). A poco de egresar como médico en 1921, pasó a desempeñarse en la Clínica Médica de Ricaldoni. Fue nombrado Jefe de Clínica, primero como adjunto, en 1922, y luego, de 1923 a 1926, en carácter titular. En 1925 fue nombrado Profesor Agregado de Medicina. Integró como miembro fundador, el Instituto de Neurología en 1927, con el cargo de Asistente. Posteriormente fue Profesor de Patología Médica en 1934 y Profesor de Clínica Médica en 1941, cargo que desempeñó hasta su retiro por límite de edad en 1957. Su tesis de agregación de 1925 “La tensión venosa. Importancia

¹⁶ WILSON, Eduardo y MAÑÉ GARZÓN, Fernando: Américo Ricaldoni. Artífice de la medicina uruguaya. Ediciones de la Plaza, marzo 2009, p. 314.

de sus variaciones desde el punto de vista clínico”, con 203 observaciones fue dedicada: “A mi eminente profesor Dr. Américo Ricaldoni, inspirador del presente trabajo”.¹⁷ En años siguientes publicó varios trabajos en colaboración con Ricaldoni, en revistas francesas y en los Anales de la Facultad. Fue el colaborador que más publicaciones hizo compartiendo la autoría con Ricaldoni. Leal discípulo de Ricaldoni, lo recordó siempre en sus clases y comentarios con respeto y afecto. Por ese motivo fue invitado en 1958 y designado en 1960 para hacer uso de la palabra en sendos homenajes a la memoria de Ricaldoni, el primero en el Instituto de Neurología, el segundo en el Cementerio Central.

De la rica biografía que de Juan Carlos Pla Verde hizo su discípulo José María Ferrari Goudschaal (1922-2017), publicada en 2006, rescatamos esta ilustración donde muestra a Plá con sus colaboradores, entre los cuales se encuentra, de pie a la derecha, Isidro Más de Ayala.¹⁸



Esta imagen que recoge una reunión de homenaje al Prof. Juan Carlos Plá Verde, permite reconocer, entre otros, en primera fila, sentados, a los Dres. Alberto Macció, Juan Carlos Plá Verde y Rubens Mosera; de pie a los Dres. José Pedro Ibarra Ruiz, Román Arana Iñiguez, Daniel Murguía e Isidro Más de Ayala. (Fuente: José María Ferrari Goudschaal: Juan Carlos Plá Verde (1892 – 1970), en Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo III, 2006.)

17 Pla, J. C. “La tensión venosa. La importancia de sus variaciones desde el punto de vista clínico”. *An Fac Med Montevideo*, 1928, 12:801-866. En: Wilson, E. y Mañé-Garzón, F.: Américo Ricaldoni. Artífice de la medicina Uruguaya. Ediciones de la Plaza, Colección Biografías, 2009, 400 páginas, pp. 314.

18 Ferrari Goudschaal, José María: Juan Carlos Plá Verde (1892-1970), en Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo III, Montevideo, 2006, 600 páginas, Fernando Mañé Garzón y Antonio L. Turnes, editores, pp.: 216-226.

ISIDRO MÁS DE AYALA Y AMÉRICO RICALDONI

Isidro Más de Ayala fue alumno de Américo Ricaldoni en su Clínica Médica del Hospital Maciel, y luego de graduado también fue su colaborador. Aún más, fue su admirador, como bien lo consignan Wilson y Mañé-Garzón, ya que fue un destacado cultor de la memoria del Maestro, emocionándose, llegando hasta las lágrimas, a lo largo de los años, cada vez que evocaba su recuerdo treinta años más tarde, cuando transmitía a los colaboradores del Instituto de Neurología “Dr. Américo Ricaldoni” sus vivencias de aquel ilustre sabio.¹⁹ A este respecto vale rescatar algunos pasajes de las referencias que hizo del Maestro. Ya desde su época de estudiante, y a través de *El Estudiante Libre*, el órgano de la Asociación de los Estudiantes de Medicina, del que Más de Ayala fue su Director, dejó un testimonio de valor, que rescatan Eduardo Wilson y Fernando Mañé-Garzón:²⁰

Habiendo renunciado Quintela al decanato poco antes de finalizar su período, para ocupar una banca en el Parlamento Nacional, dos tendencias claramente opuestas se movilizaron para imponer sus candidatos a Decano. Una de ellas proponía a Gerardo Arrizabalaga que era apoyado por varios profesores, la otra propuesta provenía de los estudiantes. *El Estudiante Libre*, en artículo firmado por Isidro Más de Ayala, manifiesta en diciembre de 1925:

“En virtud de que el actual Decano, doctor M. Quintela, ha declarado que abandonaría el Decanato para ingresar al Parlamento, el delegado estudiantil, doctor [José Alberto] Praderi, cumpliendo con las normas democráticas que se trazó al aceptar la representación en el Consejo, se ha dirigido a sus electores solicitándoles le indiquen el candidato de los estudiantes para que le dé su voto, de acuerdo con la nota que publicamos en otro lugar. De ese modo, los estudiantes, por primera vez desde que tienen representación en el Consejo de la Facultad, podrán participar, siquiera sea indirectamente, en la elección de sus dirigentes y en esta forma en la orientación de sus propios destinos. La Comisión Directiva de la Asociación de los Estudiantes de Medicina al recibir la nota del doctor Praderi, dispuso la forma en que se ha de realizar la elección del candidato, para que éste represente sin género de duda alguno el sentimiento y la voluntad de la gran mayoría, sino de la totalidad de la falange estudiantil, y a este efecto, desde el día 18 al 25 del corriente enero, se hallará abierto un buzón en el local de la Asociación de los Estudiantes de Medicina, donde se recibirán los votos estudiantiles. Creemos que los estudiantes poco tienen que cavilar para hallar, entre las personalidades científicas de nuestro medio, aquella que por sus antecedentes

19 SILVA GAUDÍN, Euclides: comunicación personal (8 de mayo de 2018, en la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina).

20 WILSON, Eduardo y MAÑÉ-GARZÓN, Fernando: Américo Ricaldoni, Artífice de la medicina uruguaya. Ediciones de la Plaza, colección Biografías, 2009, 400 páginas; pp. 124-125.

*de trabajo, su obra fecunda y su rectitud moral merezca el alto honor de ocupar el sitial del Decanato. Y es que hay en nuestra Facultad una personalidad que ha sido en estos últimos años la que ha empuñado con mano firme y certera el timón de toda obra de renovación y de progreso que se ha realizado en nuestra Casa de Estudios y que en virtud de la obra realizada y de la que puede realizar, debe ser el candidato único y obligado de profesores, profesionales y estudiantes para ocupar de nuevo la dirección de la Facultad, en la que a su paso ha dejado honda huella y alto ejemplo. Todo aquel que conozca la evolución de la Facultad de Medicina habrá comprendido ya que nos referimos al doctor Américo Ricaldoni”.*²¹

Años más tarde, describirá Más de Ayala en forma magistral el estado de ánimo de Ricaldoni al terminar su segundo Decanato:

*“Podía pensarse que en ese instante la fatiga luego del trabajo, o el deseo de reposo después de la lucha, o el desencanto luego de la ilusión, anidarían como pájaros fatigados, en su espíritu tan fino y sensible. ¿Queréis saber si esto fue así? Leed vosotros mismos sus propias palabras al terminar su Decanato: “no he soñado, he visto. Y después de ver, creo. Creo en los viejos maestros de nuestra Facultad entregados a su ciencia con la más abnegada y ejemplar dedicación; creo en la juventud llena de talento, que se agita en nuestras aulas. Creo en la influencia cada vez mayor y más perfeccionada del ambiente. Creo en la futura grandeza de nuestra Facultad”. De qué noble metal estaba hecho el espíritu de este hombre que sale de la acción larga y afanosa, en la que hubo espinas y luchas, con tan vibrante Credo, cuando es lo habitual que en los hombres sea el credo una afirmación inicial a la que luego la acción y la vida, la dura vida enemiga, irán, quitando ánimo, disminuyendo impulso y, finalmente, desvaneciendo.”*²²

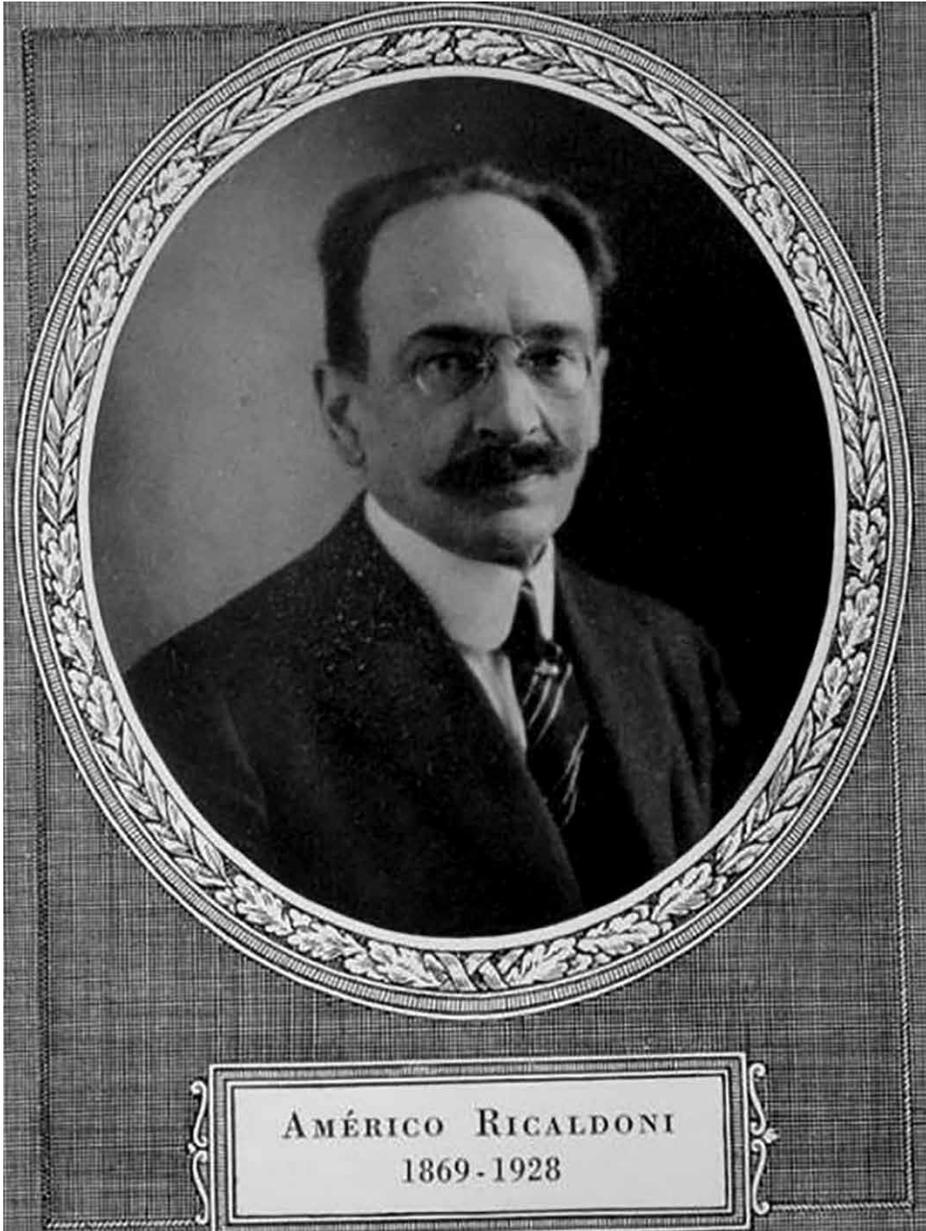
Luego de la muerte de Ricaldoni, la admiración de Más de Ayala por su maestro, no haría más que crecer y emocionarle, vertiendo sus recuerdos en páginas memorables, como el homenaje que se le tributara un año después del fallecimiento del fundador del Instituto de Neurología. Al respecto rescatan Wilson y Mañé-Garzón:

Luego de esta fría exposición de datos y hechos, pareciera que todo era mecánico en el funcionamiento del Instituto. No era así. La calidez, la humanidad, el afecto de Ricaldoni estaban siempre presentes y sobrevolaban todas las actividades. Nada más demostrativo que esta brillante narración de cómo daba sus clases de neurología, hecha por su discípulo Isidro Más de Ayala:

“¿Qué tiene de extraño que todos los jueves antes de la hora 11 estuviera ya repleto de profesores y estudiantes el salón de clases del Instituto de Neurología? Próximo a esa hora se veía entrar al Maestro al Hospital, por la puerta de la calle Maciel.

21 Más de Ayala, I. “El próximo Decanato. Candidatura del Dr. Ricaldoni”. *El Estudiante Libre*, Año 6, diciembre de 1925, 58:1-2.

22 Más de Ayala, I: *Américo Ricaldoni. Sueño y realidad*. Montevideo, 1945, p. 22. En: Wilson E., y Mañé-Garzón, F.: Américo Ricaldoni, op. cit., pp. 138-139.



Por el corredor paralelo a la Sala Pedro Visca avanzaba, y lo hacía tan quedo y cautelosamente como buscando pasar inadvertido, cobibido por el renombre que a su pesar llevaba a cuestras. Llegaba así a la Sala y mientras vestía su túnica blanca siempre grande, y ponía en su cabeza aquel gorrito blanco que tenía la rara virtud de quedarle siempre mal, prolongaba en conversaciones amables el instante de comenzar la clase. Parecía como que en un último temor de no poder satisfacer la expectativa

de aquel contingente numeroso de estudiantes que aguardaban su palabra, el Maestro retardaba voluntariamente el momento de entrar en la brega. Hasta que, llevando en sus manos apuntes y notas que le servirían para la clase, avanzaba hasta el pupitre, acompañado de los enfermos que mostraría ese día. Con ser grandes su sabiduría y su experiencia, nunca dejó librado el Maestro a los azares de una improvisación los motivos de sus disertaciones. La grave responsabilidad con que cumplía su magisterio le hubiera hecho ver como una falta imperdonable no preparar maduramente sus conferencias. Por respeto a su auditorio y a su Clínica no ocultaba la labor paciente de varios días que vertía en sus clases. Hubiérale sido fácil improvisar. Pero no hubiera podido después arrancar de su pecho la espina del pecado capital cometido. Cuando llevaba el enfermo a la conferencia, ya estaba en posesión de todos sus secretos clínicos. En las mañanas anteriores, durante horas enteras, había paseado por toda su piel el trocito sutil de algodón y los tubitos caliente y frío. Había golpeado sus tendones con el pequeño martillo aquel y dejado en sus tegumentos las rayas del alfiler de gancho. Ante los ojos de quienes acompañaban entonces al Maestro se desarrollaba una elocuente lección de Semiología. Y es que pacientemente, detalladamente, como un hornero hace su nido o un alfarero sus mayólicas, el Maestro estaba trabajando el barro de la obra que mostraría después totalmente concluida y sin una falla. Era entonces grande su labor de análisis, lento, sin precipitaciones, reflejo por reflejo. Y no era menor la labor de síntesis que al mismo tiempo iba preparando y que se desarrollaría el jueves antes los ojos de los alumnos en aquel pizarrón giratorio donde [Amargós estaba escribiendo desde hacía dos días. Y agregad a esto los carteles y gráficas que el dibujante estaba preparando. Tomaba asiento frente a los alumnos entre pizarrones y gráficas. A su derecha el pupitre con la fina varita y las hojas clínicas. A su izquierda los enfermos. Parkinsonianos, “estatuas de cera en marcha”. Ciegos, viviendo nocturnos inacabables. Atáxicos, con sus taconeos y sus bastones. Hemipléjicos, transportando adherida a su mitad sana, la mitad muerta de sus cuerpos. Danza con ritmo endiablado de los miembros coreicos. Mirar triste y suplicante de los epilépticos. Llantos copiosos de los viejitos temblorosos y fríos. Todo un desfile de espectros mutilados que se reunían en el remanso aquel como tablas desbechas. El Maestro cruzaba su pierna, ponía sobre sus rodillas la varita de las demostraciones, corregía la posición de sus lentes y comenzaba su disertación. En el comienzo de su lección las palabras se sucedían lentamente y en tono de voz tan bajo que los estudiantes que no estaban próximos llevaban su mano al pabellón de la oreja para recoger las palabras que el Profesor decía. Era tan completo el silencio que en su torno el respeto y la admiración provocaban, que resonaban irreverentemente los taconeos en el corredor vecino y en el piso alto. El Maestro estaba haciendo la disección de los síntomas que presentaba el enfermo. Y finalmente, sutilmente, con admirable habilidad y certera intuición clínica, se abría paso y avanzaba a través de la compleja maraña de las manifestaciones patológicas. “Piloto de las nieblas” se le ha dicho, y lo era en ese momento más que en ninguno, cuando con exacta visión iba esquivando rompientes rumbo a un puerto seguro y calmo. Entrado ya en el tema, llevado por el calor del raciocinio, el Maestro se ponía de pie, a alta tensión ya su motor cerebral, y sus palabras justas, precisas, concertadas, eran dichas con alto tono de voz. Podían ahora discutir a voz en cuello dos paseantes en el corredor vecino. Nadie los oiría. Todos estaban pendientes de lo que el Maestro iba diciendo y las palabras se sucedían unas a otras con esa medida griega, con esa euritmia con que el Maestro sabía concertar sus dos dioses predilectos: la sabiduría y la armonía”. (...) “Y no era solo la palabra lo

que producía la emoción artística que de él emanaba. Sus gestos discretos y elocuentes, concertados y justos, tenían también su expresivo lenguaje. Cuando su mano pálida y delgada se alzaba con los dedos juntos como un ramillete, era que procedía a la síntesis con que culminaba su disertación. O cuando montaba en el índice rígido el oro de sus lentes y la mano dibujaba en el aire una sucesión de parábolas persiguiendo la incógnita esquivada de las palabras. O cuando con su diestra lentamente se retorció las guías de su bigote, de aquel bigote mosqueteril y desusado donde siempre hacía presa fácil el lápiz travieso de los caricaturistas. Y cuando estaba en posesión de ese conjunto de síntomas comenzaba a razonar sobre las conclusiones que sobre ellos podían fundarse para indicar el diagnóstico posible. Hasta ese instante había sido una obra de análisis. A partir de ese punto iba a comenzar la síntesis hecha con aquellos elementos escrupulosamente seleccionados. Y era entonces cuando su raciocinio aparecía en su mayor potencia y su lógica era fuerte y convincente. Aparecía entonces el edificio entero de su bien cimentada disciplina científica. El método, que es orden y sabiduría, era impecable. Nada de titubeos tímidos, pero tampoco nada de atrevidas audacias. Y tan lógico y firme y verdadero eran el método y el razonamiento de su disciplina científica que ella era aplicable no sólo al caso particular que entre sus manos tenía el Maestro, sino a toda actividad científica. Y es así que un investigador de laboratorio, discípulo apreciado del Maestro, nos decía que sacaba fecundo provecho de todas sus clases, porque fuera cual fuera el caso clínico examinado, era tan clara la lógica del Maestro, tan severo y ejemplar su razonamiento, que luego aplicadas las mismas disciplinas en el laboratorio, constituían una brújula certera”. (...) “No le agradaba al Maestro permanecer largo rato en el tono trascendente. Entonces, una frase chispeante, una ocurrencia ingeniosa, un juego de palabras hechos por antítesis o por asonancia, una anécdota pintoresca, llegaban a romper aquel tono de trascendencia que le fatigaba y a dar descanso a la atención de los estudiantes que hacía ya una hora tenía en sus manos. Eran brillantes y traviosos los ojos a través del cristal de sus lentes. Al sonreír se acentuaba el rictus de la mitad izquierda de su rostro. Surgía entonces su chiste; pero ¡ay!, el Maestro no sabía hacer buenos chistes. Sus ocurrencias eran inocentes, pastoriles a veces por su ingenuidad, y sus chistes esterilizados, asépticos, de agua destilada o de suero fisiológico”.²³

Si es notable la minuciosidad de Ricaldoni al examinar sus pacientes y elaborar sus clases clínicas, no lo es menos la calidad y fineza de la descripción tan elocuente de Más de Ayala.

En la misma ocasión describe Más de Ayala las últimas horas de vida de su Maestro. Wilson y Mañé-Garzón lo citan nuevamente:

Ricaldoni murió el 6 de julio [de 1928] a las 20:40 horas, rodeado por su familia, en su casa de la calle Lucas Obes en el Prado.²⁴ Su discípulo Isidro

23 Más de Ayala, I. “El Maestro en la Cátedra”. En: “Homenaje a la memoria del profesor doctor Américo Ricaldoni”. *Anales de la Facultad de Medicina de Montevideo*, 1929, 14:684-690. En Wilson y Mañé-Garzón, op. cit., pp. 173-176.

24 Esta hermosa residencia, rodeada por un extenso jardín, había sido hecha construir por Ricaldoni en sus últimos años. Lamentablemente la pudo disfrutar muy poco tiempo. Luego de Ricaldoni la mansión pasó a ser propiedad de Fermín Illarraz y finalmente fue demolida para construir un núcleo habitacional.

Más de Ayala evocaba con sensibilidad y emoción las últimas horas de la vida de su Maestro:

“El 5 de julio lo vimos por última vez, ya en el lecho donde estaba suplicado desde hacía dos meses. Era la última tarde que vivía. Y la enseñanza que entonces recogimos fue tan elocuente y valiosa como todas las que escuchamos en su Sala Visca. Sostenía en la mano izquierda descarnada un libro abierto y en la mano derecha tenía un lápiz tembloroso. No le obedece la mano y el lápiz se dobla bajo el índice cuando quiere escribir. Pero es firme todavía su afán de ciencia. Es un atardecer frío. El sol que dio primero sobre la alfombra, subió a la cama y por último pasó sobre la biblioteca hasta irse ocultando lentamente detrás de los eucaliptos del Prado. En el jardín las sombras de los árboles se han ido alargando. El pito de las cinco hace abrir los portones de las fábricas y salen obreros azules de labor. Un grupo alegre de colegiales blancos corre para el Prado. Y por la callejuela vecina no cesan de llegar autos y autos, silenciosos y lentos, como en el presentimiento doloroso de una gran desgracia. El enfermo tiene en ese instante un acceso terrible de tos. [Ricaldoni falleció por una laringitis tuberculosa]. Los pulmones rugen como fuelles rotos. Queda después un rato quieto, sin movimiento. Los párpados han bajado. Se espera con terror que el pecho se dilate. Y después de un instante, comienza lentamente de nuevo la respiración penosa. Y entonces, sin protestas ni amarguras, el primer movimiento de sus brazos es para abrir de nuevo el libro y buscar el lápiz que se ha corrido sobre la cama. Y después otro acceso de tos. Y otro y otro. Y sus ojos, tan brillantes y firmes antes, con tanta vida y expresión, se apagan cada vez más y parecen dos pequeñas lucitas débiles a merced del viento que concluyó por apagarlas.”²⁵

Wilson y Mañé-Garzón ubican a Isidro Más de Ayala entre los Admiradores de Ricaldoni, en estos términos:

Isidro Más de Ayala (1899-1960). Médico de brillante trayectoria en la psiquiatría nacional y en la literatura de ficción. Siendo estudiante demostró una profunda admiración por Ricaldoni, expresada en sus artículos escritos para *El Estudiante Libre*, del cual fue redactor responsable. Se graduó en septiembre de 1926 y al año siguiente figura en la lista de integrantes fundadores del Instituto de Neurología, como colaborador. Se mantuvo siempre unido al Instituto, tanto por su particular interés por las bases orgánicas y fisiológicas de ciertas afecciones psiquiátricas, como por su perenne admiración por Ricaldoni.²⁶

25 Más de Ayala, I. “Escuchando una clase de Ricaldoni en el Instituto de Neurología”. En “Homenaje a la memoria del profesor doctor Américo Ricaldoni”. *An Fac Med Montevideo*, 1929, 14:692. En Wilson y Mañé-Garzón, op. cit., pp. 187-188

26 Wilson, E. y Mañé-Garzón, F.: op. cit. pp. 318.

ESTHER DE CÁCERES
[ESTHER CORRECH de CÁCERES]
(1903-1971)



Esther Correch de Cáceres (1903 – 1971) (Fuente: Wikipedia).

24 DE MARZO DE 2014

ESTHER DE CÁCERES
[ESTHER CORRECH de CÁCERES]
(1903-1971)

Esther Correch de Cáceres, fue una médica nacida en Montevideo el 4 de setiembre de 1903, graduada en nuestra Facultad de Medicina de Montevideo el 27 de noviembre de 1929. Contrajo matrimonio con el también médico Dr. Alfredo M. Cáceres (graduado el 30 de julio de 1932) y tenía como cuñado a su hermano mayor, el médico psiquiatra Dr. Gonzalo Cáceres (graduado el 31 de mayo de 1929).¹ Pero fue, además de médica, que sin lugar a dudas ejerció la profesión, una poetisa y ensayista, crítica literaria y conferencista; profesora de literatura. En fin, una personalidad poco conocida fuera del mundo de las Letras, de amplia cultura.

Es más conocida como Esther de Cáceres, que fue el nombre que adoptó, tomando el apellido de su marido, para sus producciones literarias y por el que más se la conoce. Falleció en Rianjo, La Coruña, en el nor-oeste de España, el 3 de febrero de 1971.² Ella y Alfredo Cáceres apoyaron e impulsaron la carrera de artistas y escritores. Su hogar fue

1 Las fechas de graduación fueron tomadas de Washington Buño: Nómina de Egresados de la Facultad de Medicina de Montevideo (1875 – abril 1965).

2 Rianjo (Rianxo en gallego y oficialmente), es un municipio español, situado al sur de la provincia de La Coruña, en la Comunidad Autónoma de Galicia.

punto de encuentro para realizar reuniones y tertulias a las que asistían los más destacados intelectuales de la época, como luego veremos.

Ejerció simultáneamente la medicina mientras desarrollaba su labor literaria y docente, así como intensa actividad en la promoción de principios sociales, políticos y religiosos. Fue en su juventud adherente al socialismo y luego al humanismo cristiano pregonado por Jacques Maritain.³



Jacques Maritain (1882 – 1973) (Fuente: loff.it/Society).

Milton Rizzi Castro, en su conferencia sobre *La Mujer en Medicina en el Uruguay*, destaca bajo el número 39: MARIA ESTHER CORRECH DE CÁCERES.⁴

Graduada en noviembre de 1929. En *El Estudiante Libre* de 1929 aparece como Médica Inspectora del Asilo Dámaso Larrañaga. En 1946 era Médica Municipal. Fue distinguida poetisa.

Del panteón de los poetas médicos uruguayos, tenemos que rescatar, de la memoria y el tiempo, algunos que por su trascendencia no pueden quedar en el camino. Por eso nos hemos tomado un descanso para buscar referencias de esta poetisa que tanto trascendió en su tiempo, en el mundo de la cultura iberoamericana, y que sin embargo hoy está yacente en el olvido.

Incluso su nombre adoptado de Esther de Cáceres, sustituyendo a su auténtica raíz de Esther Correch, la ha ocultado de su verdadera identidad. Washington Buño, en su relación de médicos egresados de la Facultad de Medicina entre 1875 y abril de 1965, la inscribe como ESTHER CORRECH de CÁCERES. A sabiendas que al tiempo de

³ Jacques Maritain, filósofo francés cristiano, nacido el 18 de noviembre de 1882 en París y fallecido el 28 de abril de 1973 en Toulouse.

⁴ Conferencia de Milton Rizzi Castro en el SMU, el 10 de junio de 2011.

graduarse el de CÁCERES nunca pudo haberse inscripto de tal forma en la Facultad de Medicina. Pero era una muestra de respeto para devolverle la identidad, y rescatarla de ese largo listado de hombres y mujeres (muchos más hombres que mujeres) que poblaron nuestra Facultad de Medicina en el siglo XX. Recién hacia el final se fueron equilibrando los géneros y hoy en pleno siglo XXI, ya son amplia mayoría, superando el 70% los integrantes del estudiantado, y aún de la profesión, de género femenino.

A través de esta recopilación encontraremos retazos de la vida de Esther de Cáceres, tomados de diversas fuentes, pero reunidos para permitir una lectura más integral de su trayectoria y de la admiración que despertó entre sus contemporáneos. Sus vínculos con los intelectuales del país y del exterior que compartieron con ella la pasión por el saber en todas sus ramas. Al que ella contribuyó con el suyo modesto pero rico en experiencia de vida y de muerte, habiendo transcurrido buena parte de su vida en la profesión médica, conociendo las miserias humanas y atendiendo al sufriente más desfavorecido de la fortuna.

El prólogo que se transcribe de Gabriela Mistral, la chilena que alcanzó el Premio Nobel de Literatura, tiene más valor aún que el mero elogio literario. Puesto que comparte con Esther la condición difícil de la madre soltera con la hija soltera. Esa circunstancia, para la época guía del rechazo social, las hermana no solo en el canto, sino también en el sufrimiento que la vida les produjo, a una como hija y a otra como madre. Que pudieron superar por la fortaleza de sus espíritus, que luego derramaron en su poesía.

Hay por allí múltiples referencias contradictorias e inexactas sobre si ejerció o no la Medicina; pero sí que la ejerció y por largo tiempo. Eso no restó energía a su voz vibrante, ni razón con pasión por la trascendencia, que buscó y encontró en sus cambios del socialismo al catolicismo de Jacques Maritain.

Sumamos así múltiples voces que hablan sobre ella y su obra, a la voz propia de Esther que responde preguntas sobre la crítica que su producción ha merecido. Donde surge fortalecida su personalidad sencilla y grande, que nos proyecta en el tiempo para quienes quieran acercarse a ella.

María Esther Correch fue *hija natural* (de madre soltera) dentro de una familia montevideana de clase media acomodada, por lo cual gozó de ventajas culturales y desde muy niña debió luchar contra los prejuicios de la época. Criada en la casa de su abuelo, un orfebre que le inculcó la disciplina del trabajo y la aproximó a la sensibilidad del arte y las letras. Su tío, el Dr. Luis Correch (graduado también en nuestra Facultad de Medicina el 29 de abril de 1911) le apoyó para que continuara sus estudios e ingresara a la Universidad.⁵

Estudió en la Universidad de Mujeres de Montevideo, siendo alumna de María Eugenia Vaz Ferreira, a quien admiraba profundamente y quien fue una fuerte influencia para ella.

Durante su tiempo de estudiante conoció al compañero de estudios y futuro médico Dr. Gonzalo Cáceres, un destacado médico psiquiatra, hermano mayor del futuro médico psiquiatra Dr. Alfredo Cáceres, con quien contraería matrimonio poco después de graduarse.

Graduada en noviembre de 1929 en la Facultad de Medicina, fue también, como Paulina Luisi, la única mujer en su generación. Comenzó su labor como Médica Inspectora del Asilo Dámaso Larrañaga. Ese mismo año publicó su primer libro de poesía *Las ínsulas extrañas*.

En los años siguientes a su graduación continuó con su labor literaria y ejerció la medicina en el Hospital Maciel y en la Intendencia Municipal de Montevideo.

El matrimonio Cáceres se mudó en 1938 al último piso del edificio Rex, ubicado en Avda. 18 de Julio esquina Julio Herrera y Obes, coronado por una cúpula de tipo bizantino, que la destaca entre las construcciones de nuestra principal avenida. Ese hogar fue centro de reunión para intelectuales, escritores, poetas y artistas. Se realizaban allí frecuentes tertulias de las que participaban Francisco (Paco) Espínola, Adolfo Pastor, Carmelo de Arzadum, Amalia Nieto y su pareja Felisberto Hernández, entre otros. Se debatían temas de vanguardismo literario, de filosofía, arte, literatura, política y religión. Entre su círcu-

⁵ http://es.wikipedia.org/wiki/Esther_de_C%C3%A1ceres (Consultada el 21.03.2014).

lo de amistades se contaron Rafael Dieste (en cuya casa de La Coruña falleció cuando le hacía una visita en 1971), Carlos Vaz Ferreira, Jules Supervielle, Susana Soca Blanco-Acevedo (hija de Francisco Soca Barreto y Luisa Blanco Acevedo, hermana de Eduardo Blanco Acevedo, destacado cirujano y primer Ministro de Salud Pública en 1934); Juan Parra del Riego, Giselda Zani, Enrique Casaravilla Lemos y Joaquín Torres García, entre otros.

Mantuvo una gran amistad con Juana de Ibarbourou, a quien en 1956 frente a una aguda crisis de salud, recomendó la atención médica con su cuñado psiquiatra, el Dr. Gonzalo Cáceres, quien fuera fundamental en la recuperación de su adicción a la morfina.

Esther de Cáceres divulgó ampliamente los planteos estéticos de su amigo Joaquín Torres García, mediante ensayos y conferencias; fue miembro fundacional y directora del Taller Torres García, integró varios círculos culturales, como la Asociación de Amigos de León Bloy y el Centro Jacques Maritain, entre otros. De ella ha dicho Jorge Ruffinelli: *Esther de Cáceres perteneció a la generación modulada por amigos y discípulos de Eduardo Dieste y el Grupo Teseo, creado hacia 1924 y mantenido incluso como una curiosa vinculación en nuestra historia, entre poesía y arte, teatro y pintura, en búsqueda de un horizonte estético mayor que englobara todas las manifestaciones del espíritu.*

Ocupó la Cátedra de Estética y Composición Literaria en la Facultad de Humanidades y Ciencias, fundada en 1945, a impulso de Carlos Vaz Ferreira. Se destacó como profesora de literatura en Enseñanza Secundaria y en el Instituto Normal, sin abandonar, como fue dicho, ni su carrera médica, ni su labor literaria.

Entre 1945 y 1948, en la postguerra inmediata, estudió en La Sorbona, de París. También fue agregada cultural en la Embajada de Uruguay en Washington DC, y desde 1961⁶ integró la Academia Nacional de Letras, organismo al que representó en múltiples congresos y eventos internacionales.

⁶ Alberto Oreggioni, en su Nuevo diccionario de la literatura Uruguaya, Ediciones de la banda Oriental, 2001, pp. 121-122, señala que este ingreso a la Academia Nacional de Letras se produjo en 1969.

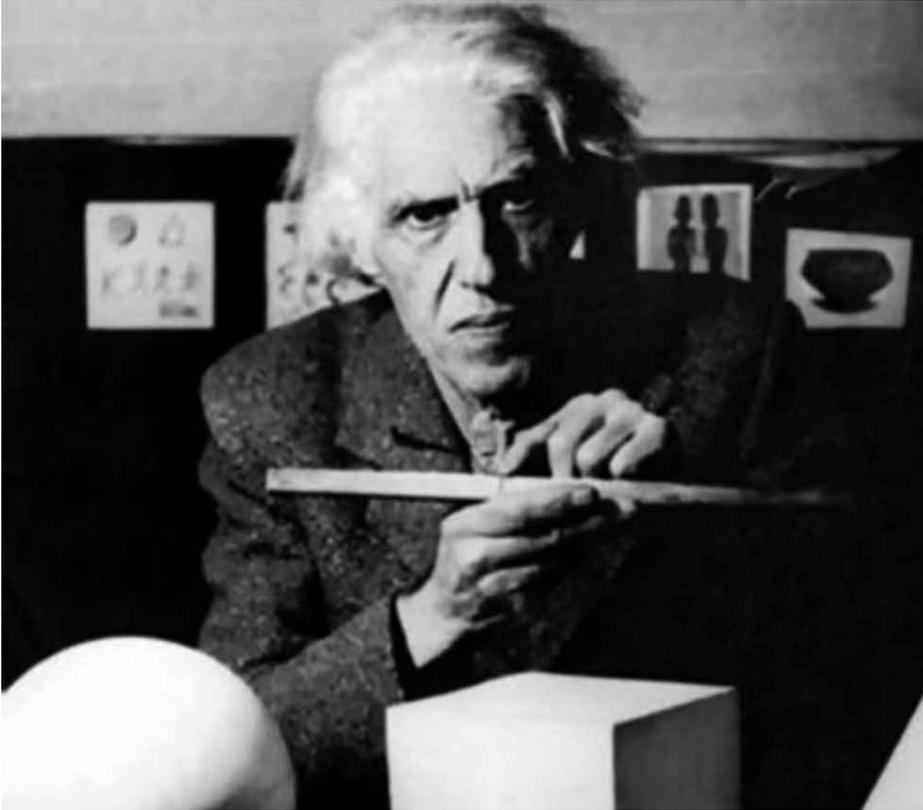
Siendo durante su juventud próxima en su pensamiento al anarquismo y al Partido Socialista, su religiosidad y búsqueda espiritual estuvo siempre presente en su vida y su poesía. Así fue que al conocer el humanismo cristiano de Jacques Maritain, encontró el sentido que unía su fe religiosa, su filosofía y sus ideas políticas. Conoció a Jacques Maritain en Francia y promovió sus ideas en Uruguay, comenzando la militancia en la Unión Cívica, un partido político fundado en 1910 por Dardo Regules, Joaquín Seco Illa y Juan Zorrilla de San Martín, que con el correr de los años daría origen al Partido Demócrata Cristiano, aunque renacería luego otra vez como Unión Cívica, participando en las conversaciones del Parque Hotel y del Club Naval, a la salida de la dictadura cívico militar 1973-1985.

El catolicismo que practicaba Esther de Cáceres era *de acento intelectual, libre de beatería*, como ha expresado Carlos Real de Azúa. La promoción de las ideas de Maritain que realizó Esther de Cáceres, puso en contacto a una generación de intelectuales uruguayos con esa filosofía política de inspiración cristiana, un nexo entre fe, ciencia, filosofía, política y arte. Una ideología que estaba en sintonía con la búsqueda de soporte espiritual para los intelectuales de su época.

Ha escrito Esther de Cáceres: *Mi poesía debe lo mejor de sí a los ejemplos de mis más amados creadores y de mis más escuchados músicos: Bach, Beethoven... los cantos gregorianos. Y mi ideología con respecto a lo filosófico, lo social y lo político, es absolutamente fiel a la doctrina maritainista.*

Cuando viaja a los Estados Unidos, concretamente a Nueva York en 1971 para una muestra retrospectiva de Joaquín Torres García en el Museo Guggenheim, de allí se trasladó a Galicia para visitar a su antiguo amigo Rafael Dieste, en cuya casa falleció el 3 de febrero del mismo año.

Se ha dicho por los entendidos que su poesía está cargada de simbolismo y parte de lo sensorial y emotivo, de los goces y dolores de la vida, con una mística devoción religiosa. Allí se mezclaban sus ideas con sus vivencias como médica clínica, cercana al dolor humano y a la lucha contra la muerte, que había conocido desde muy joven por la



Joaquín Torres García (1874 – 1949) (Fuente: wikiart.org).

profesión elegida. La complejidad intelectual de Esther de Cáceres y sus ideales políticos y religiosos, sumados a la sutileza emocional que la caracterizó, se tradujo en las palabras sencillas y claras de sus versos, en las que somete las experiencias de vida a la dimensión de lo trascendente. Otra vez, como ella expresó: *equivale a decir que esta poesía huye de la vida, y que alcanza las emociones y las cosas vividas, en su repercusión más pura, cuando ya han llegado, de transformación en transformación, a unirse con lo central del alma.*

El compositor Luis Cluzeau Mortet⁷ musicalizó los poemas de *Cruz y Éxtasis de Pasión*, que fueron grabados por el barítono Juan Carlos Gebelin con acompañamiento al piano por Iris Maidana.

⁷ Luis Cluzeau Mortet (Montevideo, 16 de noviembre de 1888 - 28 de septiembre de 1957), compositor y músico uruguayo. Fue primera Viola de la OSSODRE, desde 1931 hasta 1946, año en que se retiró por su afección auditiva. Es considerado junto a Alfonso Brocqua y Eduardo Fabini, pertenecientes al nacionalismo musical uruguayo.



Luis Cluzeau Mortet (1888 – 1957)
(Fuente: Facebook)

Esther Correch de Cáceres obtuvo los Premios Nacionales de Literatura, que brinda Uruguay en los años 1933, 1934 y 1941. En 1946 fue premiada con la Medalla de Oro de Remuneración Artística, al conjunto de su producción, otorgado por el entonces Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social del Uruguay, actual Ministerio de Educación y Cultura.

En ocasión de este último premio, *El Bien Público* en su edición del 4 de diciembre de 1946 escribió:

Honrosa distinción a la Doctora Esther de Cáceres. Medalla de Oro de Remuneración Artística.

Una nueva distinción, acaba de ser discernida a nuestra exquisita poetisa Esther de Cáceres.

A los premios anteriores, otorgados a su múltiple labor artística, el Ministerio de Instrucción Pública acaba de agregar la máxima distinción, que consiste en la entrega de una Medalla de Oro, al conjunto de su producción.

Este premio le ha sido acordado por el Jurado en mérito a la publicación de una “Antología”, realizada en Buenos Aires el año pasado, y que comprende toda la producción de nuestra poetisa desde su primera obra en 1929, hasta la última, que corresponde al año pasado.

Aunque los premios del Ministerio de Instrucción Pública se otorgan a trabajos inéditos, sin embargo, se quiso en la forma indicada, expresar a la doctora de Cáceres el voto de aplauso y de admiración, por su obra completa, que forma la Antología.

Esther de Cáceres ha mantenido una firme línea poética. No es la poetisa de los altibajos. Toda su obra crece en hermosura, en dignidad, en vuelo. Su don natural, está enriquecido por su vocación artística cultivada sin declinaciones.

Da clases, ejerce su magisterio profesional, estimula a sus compañeros y a sus discípulos, reparte el bien de su palabra, de su consejo, de su ejemplo femenino, y llega a sentirse por todos como una fuerza de acción de verdad y de belleza encarnada en mujer.

Esther de Cáceres difunde, además, el pensamiento cristiano. Se siente propagandista de un altísimo maestro cristiano: Maritain. Las lecturas que hace a menudo de este sabio, las explicaciones de su ideario, la comunicación que ella representa de estas doctrinas, la consagran como una representación

de la auténtica democracia viva que difunde el maestro francés que, dejando el tono aprehendió todo el espíritu de León Bloy.

Destacamos este triunfo, en momentos en que poco vivimos la emoción poética y menos la vivimos cuando son los valores nuestros los que la encarnan en verdaderos dones de maravilla.

Vivimos prendidos de la admiración extranjera y lo que Dios ha regalado al país, muchas veces queda obscurecido en el afán exotista.

Como en el verso de Ruben, el pensamiento y la poesía de Esther, llegan hasta nosotros perfumado.

Por eso es bueno su apostolado de belleza, como es bueno su apostolado de amor, moviéndose en el seno de las pasiones y de los intereses, sin que sus alas muestren salpicones de barro.

Al destacar su triunfo le renovamos nuestra admiración y nuestra amistad en el ideal.

De su obra poética, cabe destacar su producción editada:⁸

Las ínsulas extrañas. La Brasa, Santiago del Estero, Argentina, 1929.

Canción de Esther de Cáceres. Alfar, Montevideo, 1931.

Libro de la soledad. Alfar, Montevideo, 1933.

Los cielos. Alfar, Montevideo, 1935.

Cruz y éxtasis de la pasión. Recados de fábula, La Plata, 1937.

El alma y el ángel. Reuniones de Estudio, Montevideo, 1937.

Especulo sin muerte. Reuniones de Estudio, Montevideo, 1941.

Concierto de amor. Biblioteca de Cultura Uruguaya, 1944.

Antología (1929-1945). Correo Literario, Buenos Aires, 1945.

Mar en el mar. Reuniones de Estudio. Montevideo, 1947.

Concierto de amor y otros poemas, con prólogo de Gabriela Mistral. Losada, Buenos Aires, 1951.

Paso de la noche. Losada, Buenos Aires, 1956.

Los cantos del destierro. Losada, Buenos Aires, 1963.

Tiempo y abismo. Ediciones Río de la Plata, Montevideo, 1965.

Canto desierto. Ediciones de Teseo, Montevideo, 1969.

⁸ http://es.wikipedia.org/wiki/Esther_de_C%C3%A1ceres (Consultada el 21.03.2014).

En materia de Ensayos y artículos, publicó numerosos artículos sobre diferentes temas en diarios y revistas, señalándose entre ellos:

- En el crepúsculo me voy encontrando.* Revista Cartel. Montevideo, 1930.
- Carlos Vaz Ferreira y la cultura uruguaya.* Cátedra de Historia de la Cultura Uruguaya. Instituto de Estudios Superiores de Montevideo, 1943.
- Meditación sobre Santiago de Compostela.* Boletín de la Asociación de Ex alumnas del Liceo Santo Domingo, No. 14. Montevideo, 1949.
- La flor del ceibo.* Almanaque del Banco de Seguros del Estado, Montevideo, 1952.
- Canto del Espíritu Santo.* *El Bien Público*, Montevideo, 7 de agosto de 1953.
- Nota a La invención de Morel.* Entregas de la Licorne, 2ª época, Año I, No. 2, Montevideo, noviembre 1953.
- María Eugenia Vaz Ferreira y la experiencia poética.* Entregas de la Licorne, 2ª época, Año II, No. 3, Montevideo, mayo 1954.
- Adiós a Eduardo Dieste.* Entregas de la Licorne, 2ª época, Año II, No. 4, Montevideo, agosto 1954.
- Lección del poeta Jules Supervielle.* Entregas de la Licorne, 2ª época, Año IV, No. 7, Montevideo, 1956.
- Lección de Jacques Maritain.* *El Ciudadano*, Año I, No. 6, Montevideo, 5 de octubre de 1956.
- Presencia viva de Carlos Vaz Ferreira.* *El Plata*, Montevideo, 3 de enero de 1957 (exactamente un año antes de la muerte del filósofo).
- Torres García contra la vorágine materialista de la época.* *El País*, Montevideo, 27 de octubre de 1957.
- La Cultura de América y sus Fuentes.* *El Plata*, Montevideo, 26 de octubre de 1958.
- La angustia en la literatura contemporánea.* Universidad de la República. Facultad de Humanidades y Ciencias, 1963.
- Los veinte años del mural de Joaquín Torres García en el Saint Bois.* *El Plata*, Montevideo, 16 de setiembre de 1964.

Evocación de Lauxar. Apartado de la *Revista Nacional*, Montevideo, 1965.⁹

Escribió prólogos a numerosos libros, señalándose entre ellos:

Juan Parra del Riego: *Poesía – Prosa*. Biblioteca de Cultura Uruguaya, Montevideo, 1943.

Francisco Espínola: *Milón o el ser del circo*. Impresora Uruguaya. Montevideo, 1954.

María Eugenia Vaz Ferreira, *La isla de los cánticos*. Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, Vol. 20. Montevideo, 1956.

Eduardo Dieste. *Teseo. Los problemas del Arte*. Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, Vol. 43. Montevideo, 1964.

Susana Soca. *Introducción a la lectura de Susana Soca*. *Revista Nacional* No. 219. Montevideo, 1964.

Delmira Agustini. *Antología*. Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, Vol. 69, Montevideo, 1965.

Joaquín Torres García. *La recuperación del objeto*. Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos. Vol. 75, Montevideo, 1965.

Enrique Casaravilla Lemos, *Partituras Secretas*. Biblioteca de Cultura Uruguaya, Montevideo, 1967.

9 Lauxar era el seudónimo del Profesor de Literatura, abogado, magistrado y ensayista Osvaldo Crispo Acosta (1884-1962), que durante más de 50 años dictó cátedra en el IAVA (Instituto “Alfredo Vázquez Acevedo”). Osvaldo Crispo Acosta nació en Montevideo el 23 de febrero de 1884, hijo del Dr. Juan Crispo Brandis, médico italiano, y de Mercedes Acosta. Cursó sus primeros estudios en el Seminario de Montevideo e ingresa luego a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales donde se gradúa de Abogado en 1907. El mismo año es designado Fiscal Adjunto de Corte, cargo que mantiene por largo tiempo, hasta que renuncia a él en 1939. Muy joven también, se inicia en la enseñanza, llegando a ocupar por concurso la Cátedra de Literatura de la Universidad de la República. Empleando a veces el seudónimo de *Lauxar*, colabora en “El Imparcial”, “El Plata”, “Hispania”, Revista de la Enseñanza Secundaria y Preparatoria”, “Mundo Uruguayo”, “Revista Nacional”, etc. Su producción en libros y folletos se inaugura en 1908 con *Proyecto sobre distribución de materias en el primer ciclo de enseñanza secundaria*. Mont., Imp. y Casa Editorial “Renacimiento”, siguiéndole *Motivos de crítica hispanoamericanos*, Mont., Imp. y Libr., “Mercurio”, 1914; *Carlos Reyles. Definición de su personalidad; examen de su obra literaria; su filosofía de la fuerza*. Mont., A. Barreiro y Ramos, 1918; *Don Terrible. Comentario satírico de una conferencia épica en un soneto mísero. (No lo merece mejor el asunto)*. Mont., Imp. “Renacimiento”, 1918; *Lecturas literarias y ejercicios de castellano*. Mont., Maximino García, 1920-21. 2 v.; *Rubén Darío y José Enrique Rodó*. Mont., “Renacimiento”, 1924; *Motivos de crítica. Juan Zorrilla de San Martín; Julio Herrera y Reissig; María Eugenia Vaz Ferreira*. Mont., Palacio del Libro, 1929; *Juan Zorrilla de San Martín*. Mont., La Casa del Estudiante, 1955, o infinidad de apuntes de clase mimeografiados. Mientras dictaba una de sus clases, falleció repentinamente en Montevideo, el 19 de marzo de 1962. El autor (ALT) escuchó en 1959 clases de Literatura de Crispo Acosta en el IAVA, donde él recitaba en griego versos de *La Ilíada*, con gran fluidez y elegancia.

Francisco Espínola. *Raza ciega y otros cuentos*. Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos. Vol. 117, Montevideo, 1967.

Enrique Casaravilla Lemos, *Partituras Secretas*. Ministerio de Instrucción Pública. Montevideo, 1967.

Gabriela Mistral. *Poesías completas*. Aguilar, Madrid, 1968.

En una entrevista¹⁰ realizada a Marta Behrens de Cáceres, el 5 de mayo de 2006, de la que participaron la nombrada, Federico Beltramelli y Sofía García, Martha contó significativos detalles de su vida y relaciones, así como algunos aspectos de sus vínculos sociales y literarios:

...Esther fue a visitar a Rafael Dieste y su señora, Carmen Muñoz, que era Muñoz pero no tenía nada que ver conmigo. Ella murió en España. Ahí se enfermó de gripe, le vino fiebre muy alta y en cuatro días falleció. Les traje un retrato de Alfredo y Esther recién casados (foto frente a la casa). Y acá están en otro viaje (muestra otra foto). Porque era una pareja en la que se movían muchísimo los dos, Alfredo y Esther, pero eran inseparables.

Mostrando otra foto, indica: Acá está en la casa donde Esther vivió con Alfredo recién casada. Era en lo que antes se llamaba Camino Aldea, que es Av. Italia.

A continuación pregunta a sus visitantes Marta: ¿Por qué eligieron la figura de Esther de Cáceres? ¿Porque está olvidada?

Y le responden: *Sí. El proyecto que estamos realizando implica rescatar autores nacionales que están relativamente olvidados. Entre ellos están Esther de Cáceres y algunas de las personas con las que ella se vinculaba, por ejemplo Eduardo Dieste.*

Ah! Eduardo Dieste. (...) Esto es una invitación para un acto (muestra invitación). Pero traje todas las cosas que tengo duplicadas porque a ustedes les pueden interesar. Acá está Esther retratada en aquello que dirigía María V. de Muller, en la Universidad, todos los viernes. Ustedes son muy jóvenes. Recuerdo su hermosa conferencia sobre Casaravilla Lemos en la Universidad. María V. de Muller era la que dirigía "Arte y cultura popular". Era muy interesante porque todos los lunes se

¹⁰ http://www.autoresdeluruguay.uy/biblioteca/esther_de_caceres/textos/sobreEDC/Entrevista%20a%20Marta%20Behrens.pdf (Consultada el 21.03.2014).

trataba la vida y la obra de un diferente autor... como una tertulia. Estaba abierta, era en el Paraninfo de la Universidad, pero siempre había un número más o menos chico de gente por lo cual se establecía una relación muy fluida. Entonces la conferencista hablaba y se establecía como una conversación. Iba siempre porque siempre me gustaban.

Fui al Sacre Coeur, que era donde es ahora la Universidad Católica. Era un Colegio de niñas, pero no estaba reglamentado, así que lo que una estudiaba ahí después servía sólo para una. Pero yo me iba a la Universidad de Mujeres a dar los exámenes libres. No hice ninguna carrera, pero los días que daba clase Esther con Lauxar en los preparatorios iba y ahí la conocí, cuando todavía estaba en el Colegio.

Le preguntan los entrevistadores: *¿Y ella no se había casado con Alfredo?*

No, no se había casado.

¿Así que usted la conoció a ella cuando ya estaba dando clases de Literatura?

Sí. Ella era ayudante de Lauxar (Crispo Acosta), que fue una persona orientadora de Esther desde el punto de vista del trabajo intelectual. Ella, siendo tan religiosa – aunque la gente piensa que la religión sofoca y contrae -, era la mujer más libre de espíritu que ustedes se puedan imaginar. Si no hubiera sido así, no habría sido yo como su hermana, dado que sólo me casé civilmente, porque me casé con un divorciado. (...)

Esther se graduó de médica...

Sí, se graduó de médica y fue compañera de estudios de mi marido (Gonzalo Cáceres), que después fue su cuñado. Porque Esther conoció a Alfredo cuando iba a estudiar con mi marido, a casa de la madre. Conoció a Alfredo y ahí se hizo la relación y se casaron.

¿Y usted ya estaba casada?

No, yo me casé muchísimos años después.

Así que, después de haber ido a sus clases en la Universidad, la encontró como conuñada...

Como conuñada... Nunca perdí la amistad de Esther. Yo la conocía a ella, pero no conocía a Alfredo ni al que fuera después mi marido.

Ella estudió medicina pero luego su energía pasó por otro lado, ¿no?

Te voy a contar... Esther estudió medicina y se encontró con los Cáceres en un encuentro político de izquierda. Esther empezó su vida participando en las reuniones del Partido Socialista. Y mi marido, el que después lo fue, y el marido de Esther también iban a esas reuniones. Y él, Alfredo Cáceres, llegó a ser, en un momento dado, suplente de diputado por el Partido Socialista. (...)

¿Después de que Esther conoció a Alfredo en las reuniones del PS fue que nació en ella el interés por la Literatura y por las Ciencias Humanas?

Esther siempre tuvo interés, me contaba un tío de ella que llegó a conocer, el Dr. [Luis] Correch, que fue el que la ayudó a que estudiara medicina... Esther fue hija natural de una señorita Correch, que tuvo relaciones con su novio y, cuando creía que se iba a casar, el novio se fue a Europa y la dejó. Su madre dijo que ella tomaba las riendas de la vida y que no iba a hacer nada por abandonar al hijo que estaba esperando. En aquella época debe haber sido socialmente muy duro.

La conocí (a la madre) cuando Esther estuvo muy grave, tuvo una púrpura muy seria y estuvo seis meses internada en el Sindicato Médico. Su madre, que era una señora muy viejita, vino en varias oportunidades a verla y Esther no la quiso recibir porque tuvo miedo que la enfermedad se le pudiera pasar. Tuve que explicarle eso a la madre, porque la verdad es que si esta señora, que tenía más de 80 años, se hubiera enfermado de púrpura hubiera sido un desastre.

¿Un año después de que se recibió escribió su primer libro?

Sí. Esther escribió muy tempranamente. Escribía versos desde niña, parece, pero esos versos, que traté de recuperar a través de la madre y a través del tío, se perdieron... Vivían en Pando y cuando se mudaron a Montevideo parece que fue como que pasara un ciclón y se perdió todo lo que ella escribió de niña. Además creo que ella debe haber roto cosas con las cuales después no estaba de acuerdo.

¿Luego de que se casó se mudó con Alfredo a la Torre Rex?

No, eso fue muchos años después. La primera casa es la de la foto que te traje, donde vivieron después de casados, en Av. Italia. Esther era delgada en aquella época. Después, con el tiempo, engordó mucho,

lo que la tenía muy preocupada. No tuvieron hijos, lo que fue un gran dolor en la vida de ellos porque adoraban a los niños. Pero mi hijo, mirá (muestra la foto de Alfredo y Lucio en Solís), mi hijo es éste. Alfredo tenía en Solís, donde veraneaba siempre, un círculo de relaciones. En el Hotel Chajá los martes daba consultas gratis, porque la plata nunca contó para nada, a toda la gente que tuviere un desequilibrio psíquico. Iba con mi hijo que tenía dos años y mientras él daba la clase mi hijo jugaba con piedritas, con bolitas... por eso es que Lucio fue el heredero de Esther y de Alfredo.¹¹ Le dejaron a él mandatos para que entregara cosas a otras personas. Esther y Alfredo tenían muchísimos amigos... ¡Amistades tan sólidas! Pero Lucio fue el heredero de todo. Tengo en estas carpetas el inventario de la casa de ellos, de todo lo que había en la casa que fue entregado, como Esther había pedido, a la Biblioteca Nacional. (...) Esto se los voy a prestar con la máxima confianza. Tengo todo esto porque fui albacea de su testamento. Estos son los originales. Son muy interesantes porque es la esencia de las cosas que a ellos les importaban, tanto a Alfredo como a Esther, aunque ellos eran muy libres de espíritu y cada uno tenía un modo de ver las cosas... (...) Tres años trabajé en esta (empresa) junto con una bibliotecóloga amiga mía que se llama Berta...

¿Paco Espínola estuvo viviendo con ellos en la Torre Rex?

Paco Espínola iba todos los martes. No vivió con ellos. Bueno, vivió con ellos en Solís, cuando iban a pasar días al Hotel Chajá. Paco era íntimo amigo de Esther más que de Alfredo. Se reunían los martes y yo iba muy a menudo porque me gustaba... Hay una persona que se llama Ramón Rodríguez que fue como un hijo de ellos, fue una criatura que siempre estuvo al lado de Esther de Cáceres... Muy amigo mío, pero está enfermo...

¿Y ellos se juntaban todos los martes?

Los martes se juntaban a leer los Evangelios y a conversar. Muchas veces fui a esa lectura de los evangelios con personas como Paco. Esther... había también una escultora que era muy amiga de Esther que se llamaba Carla Witte (¿?), alemana de origen.¹² Se leían los evangelios

11 Se refiere al Ing. Lucio Cáceres, que fue Ministro de Transporte y Obras Públicas durante el gobierno del Dr. Jorge Batlle Ibáñez (2000-2005).

12 Carla Witte nace en Leipzig, Alemania el 20 de Mayo de 1889. Vive en diferentes lugares en Alemania: en Leipzig; en Osnabruck (1915), Flensburg (1917); en Berlín (1927).

y después se comentaban. Yo no hablaba nada porque me consideraba una ignorante al lado de todas esas personas de tanta valía.

¿Quiénes iban?

Siempre estaban Paco Espínola, Esther, [Vicente] Basso Maglio¹³ (el poeta sobre el que Esther escribió un trabajo muy importante), Ramón Rodríguez. De pronto el evangelio daba lugar a una conversación más social, política, más socialista, y ahí se daban discusiones muy interesantes. A veces, muy pocas, estaba Vaz Ferreira, el viejo, Carlos. Porque Carlitos era muy amigo, aquí a mi casa venía muy seguido. Y Vaz Ferreira se encontraba a menudo con Esther y con algún amigo, en aquel restorán al lado del Teatro Solís, *El Águila*. Allí almorzaban, en general los miércoles, Esther, Vaz Ferreira y Eduardo Dieste, Eladio o Enrique, el más viejo de los Dieste. (...)

¿Y Eduardo, que también era muy religioso, no iba los martes?

No, porque Eduardo estaba mucho fuera (*del país*).

¿Ellos tenían también otras reuniones?

Esther era una mujer que tenía miles de reuniones. Ustedes donde pueden cosechar muchos datos sobre la vida de Esther es en Estudiantes Católicos, en Br. Artigas. Ella fue una de las primeras fundadoras. Después tuvo mucha vinculación con Susana Soca y escribió un libro sobre ella. A Susana Soca la conocí porque el padre, el Dr. Soca, era el médico que atendía a mi abuela, que tenía una enfermedad muy rara. Al Dr. Soca le interesaba mucho esa enfermedad, entonces iba todos los días. Iba en automóvil, esos viejos automóviles que eran unos carromatos impresionantes, y entraba a la quinta de mi abuela, donde yo vivía cuando veníamos de la estancia. (...) Bueno, a esta quinta iba el Dr. Soca, que atendía a mi abuela, y llevaba en el automóvil a la hija, [que] tenía dos o tres años más que yo. Yo andaba jugando a las escondidas y a la mancha y la hija estaba siempre sentada con un libro, adentro del automóvil. Leía

Llega a Montevideo en 1927 y en 1932 obtiene la ciudadanía uruguaya. Ejerce la docencia en su taller, en la Asociación Cristiana de Jóvenes y realizó obra gráfica para varias instituciones. Fallece en Montevideo el 8 de Mayo de 1943.

13 Vicente Basso Maglio es un poeta y periodista uruguayo nacido en Montevideo en 1899 y fallecido el 14 de septiembre de 1961 en la misma ciudad. Basso fue fundador de diversos periódicos uruguayos, así como de la emisora de radio comercial *El Espectador* [CX 14, hoy 810 AM]. En esta inició las emisiones de noticias en Uruguay. Hasta agosto de 1961, Basso escribió los editoriales de la emisora, bajo el título de *Opina el Espectador*.



Carlos Vaz Ferreira (1872 – 1958)
(Fuente: vazferreira.edu.uy)



Francisco (Paco) Espínola (1901 – 1973)
(Fuente: radiouruguay.uy)

al atardecer y era un sacrificio leer con la poca luz que había. La hija era Susana Soca. Y la conozco a Susana desde esa época, de la niñez, cuando ella era una aceituna, verde de cara. Una cara “laudada”, triste. Mejoró de grande. Y la atendió (*Alfredo Cáceres*), iba todos los martes a verla. Creo que Alfredo Cáceres fue un sostén psicológico de Susana Soca. Y a través de Alfredo se hizo la relación de Esther con Susana. (...) Este es el libro que Esther escribió... Se los doy porque tengo varios. Y este es un libro que escribió Juan Álvarez Márquez, que me vino a ver hace un tiempo para que le hablara de Susana. Él la conoció en París cuando Susana ya era una personalidad y quería saber cosas anteriores de Susana. Yo no le podía decir más que cosas negativas. Porque Susana era un ente, tenía, cuando iba con el padre, doce años y era de una timidez... Con una niña menor que ella, como era yo, no abría la boca. Yo le preguntaba “¿qué estás leyendo?” y me mostraba, “acá dice Márquez”, con el dedo me mostraba, como si yo no supiera leer. El señor Márquez escribió este libro, “Susana Soca, esa desconocida”. Era realmente una mujer que no se dejaba alcanzar, pero él conoce a una Susana Soca que llegó a París. Susana fue la que dirigió la revista *Entregas de La Licorne*, una en francés y las demás en español. (...)

¿Participaba Susana Soca de las tertulias de los Cáceres?

No, Susana Soca era un ser solitario. Iba a Amigos del Arte, de cuando en cuando, si había una exposición que le interesaba.

¿Quiénes estaban en las tertulias?

Según el tipo de tertulia. En la lectura del Evangelio estaban una escultora amiga de Esther, Carla Witte (¿?), Esther, Alfredo, Paco Espínola, Basso Maglio, Ramón Rodríguez y yo.

¿Tú ibas algún otro día además de los martes?

Iba a lo de Esther como si fuera mi casa. Además iba a buscar a mi hijo, que se lo llevaban todo el tiempo. Pero yo había ido mucho antes de conocer a mi marido. La conocí a Esther cuando iba a las clases que ella daba, con Crispo Acosta, Lauxar, en la Universidad. Así que a Esther la conocí extra-familiarmente. Y luego, de casualidad, conocí a su cuñado, porque yo en esa época había puesto una librería, la Librería del Laurel. Era un momento en que Montevideo estaba lleno de intelectuales españoles, que se habían venido por la guerra, y ellos tomaron la librería como un lugar de encuentro. A las diez de la mañana estaba Amado Alonso¹⁴, cuando estaba en Montevideo porque él vivía en Punta del Este, estaba [Rafael] Alberti... Se reunían ahí, entonces también venían uruguayos a encontrarse con ellos... (...) Mi abuelo, que era un viejo divino, había sido periodista. Había sido dueño de un diario que luchó contra el gobierno de Santos, le incendiaron el diario, le expropiaron toda su fortuna, lo desterraron quince años. Entonces él tenía mucha vinculación con el medio intelectual y político de la época. Él y su hermano, Daniel Muñoz, que era *Sansón Carrasco* (lo conocerán como cronista) se reunían con mucha gente, tanto políticos como intelectuales y yo ví todo eso desde niña.

14 Amado Alonso García (Lerín, Navarra, 13 de septiembre de 1896 - Arlington, Massachusetts, 26 de mayo de 1952) fue un filólogo, lingüista y crítico literario español, nacionalizado argentino, uno de los fundadores de la estilística. Fue discípulo de Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, donde trabajó en fonética y geografía lingüística. Entre 1927 y 1946 residió en Buenos Aires, donde dirigió el Instituto de Filología. Marchó luego a la Universidad de Harvard y vivió en Estados Unidos hasta su muerte.

Carlos Real de Azúa¹⁵, en su Antología del Ensayo Uruguayo Contemporáneo¹⁶ dice sobre Esther de Cáceres (1903):

La densa, unitaria, persistente labor poética de Esther de Cáceres – un tercio de siglo desde Las ínsulas extrañas (1929) hasta Los cantos del destierro (1963) – es, fuera de duda, lo más importante y, sobre todo, lo más circuiblé, lo más objetivado de su rica y andante personalidad. Pero, al margen de ella (cumplida más íntima, más discretamente que lo habitual), Esther de Cáceres ha sido una presencia casi ubicua de nuestra vida cultural, una agitadora de ideas y de fervores, vertidos reiterada, innumerablemente, en cursos, conferencias, prólogos, artículos, ensayos.

Sobre la afirmación integral, sin resquicios, de una filosofía del hombre y la cultura cristiana, personalista, espiritual, sobre la defensa de una poesía de calidad y ambición “ontológicas” (según le gusta decirlo), Esther de Cáceres ha ayuntado la devoción, no contradictoria sino, y por el contrario, unificadora, hacia figuras tan disímiles como Carlos Vaz Ferreira y Joaquín Torres García, León Bloy y Jacques Maritain, Eugenio D’Ors y Miguel de Unamuno, Eduardo Dieste y Gabriela Mistral. Y, todavía en el rol de sus muertos cercanos: Vicente Basso Maglio, Juan Parra del Riego, María Eugenia Vaz Ferreira, Osvaldo Crispo Acosta. Y aún Menéndez y Pelayo y su Santa Teresa y su San Juan. En este punto, podría aseverarse que su teoría del espíritu es, a la manera carlyleana, una teoría de los héroes y de la devoción a los héroes. Pero es sobre todo de D’Ors, de Dieste, de Torres, que se deriva su apología de una Tradición activa y de un clasicismo renovado que – vertebrados de nuevo por una concepción teocéntrica del mundo y del hombre – sean capaces de asumir y de integrar en sí mismos las búsquedas, angustias, torcedores del drama intelectual contemporáneo.

15 Carlos Real de Azúa (Montevideo, 15 de marzo de 1916 - 16 de julio de 1977). Abogado, profesor de literatura y estética, crítico literario, historiador y ensayista uruguayo, considerado el más destacado iniciador de la ciencia política en su país. Profesor de Literatura en Enseñanza secundaria, desde 1937 hasta 1966. Profesor en el Instituto de Profesores Artigas, desde 1954 hasta 1967 dictó el curso de Literatura Iberoamericana y Rioplatense y desde 1952 hasta 1976, Estética Literaria. En la Facultad de Ciencias Económicas fue profesor de Ciencia Política (1967-1974). Lo más importante de su actividad periodística la desarrolló en *Marcha* a partir de 1948. Y, desde entonces, va desgranando frente a textos singulares -ya sean discursos o acontecimientos- las cuestiones metodológicas y teóricas subyacentes y lo hace con gran profundidad intelectual, con rigurosidad y sutileza. También integró la Unión Popular. Su influencia en la cultura uruguaya solamente se compara con la que ejercieron Carlos Vaz Ferreira, Carlos Quijano, José Enrique Rodó y Juan E. Pivel Devoto. Se lo consideró una versión moderna de un polímata renacentista.

16 REAL DE AZÚA, Carlos: Antología del Ensayo Uruguayo Contemporáneo. Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 370-371.

Como el autor de esta noticia alguna vez sostenía, todo el espíritu de esta ensayística y de la personalidad que la anima podría expedirse en estos adjetivos - fino, vivo, puro, claro, hondo - que en forma constante suben a su palabra. Con ellos, tal vez, sería posible armar el esquema coherente de una visión del mundo y de una actitud ante él, de una conducta, un temple.

A conducta, a estilo es que, en páginas calidísimas, Gabriela Mistral se refirió, ya hace años, a la amistad aristotélica y juanista de esta mujer a la que todo se le hace carne en su preciosa querendonería,

a su lealtad. Y nadie que conozca a Esther de Cáceres podría dejar de ratificar palabras tales y, sobre todo, las que se refieren a su amistad, un don suyo tan esporádico como asombroso con el que tantos hombres y mujeres han sentido enriquecidas sus vidas. Y su andadura humana, imprevisible y volcada sobre las cosas y las almas es un poco, también, la andadura de sus escritos prosísticos. La naturalidad desprejuiciada de ellos es la seña de su origen en un apostolado continuo y, sobre todo, hablado. El fervor inalterable, la gravedad devota del tono, la multiplicidad, la reiteración obsesionada, el frecuente desorden marcan también una vasta obra que debería condensarse y recogerse, y en la que sólo los prólogos (a Poesías de Parra del Riego (1943), al Milón de Espínola (1954), a La isla de los cánticos de María Eugenia Vaz Ferreira (1956) y probablemente algunos otros) son fáciles de hallar.

El texto de Esther de Cáceres que aquí se ha escogido no es, probablemente, ni mejor ni peor que otros susceptibles de serlo. Pero tiene de representativo de su obra el que - con generalidad y libertad ensayísticas - siga dos verdaderas fijaciones del pensamiento de la autora: la relación entre "Tradición viva" e invención y la jerarquización entre lo universal y lo autóctono. También trae a



Carlos Real de Azúa (1916 – 1977)

(Fuente: diarioelpueblo.uy)



Edificio Rex, en Avda. 18 de Julio esq. S.E. con Julio Herrera y Obes. En el último piso vivió Esther Correch y Alfredo Cáceres, donde recibieron en sus tertulias a la intelectualidad montevideana de la época. (Fuente: foto del autor)



Felisberto Hernández (1902 – 1964).
Óleo sobre tela, de Amalia Nieto.



La cúpula que corona el mismo edificio. (Fuente: foto del autor)



María Eugenia Vaz Ferreira
(Fuente: Wikipedia).

colación nombres muy señeros: Rodó, Rubén Darío, D'Ors, Torres García, Gabriela Mistral que – desde el costado hispanoamericano – son capaces de ejemplificar el ejercicio más vivo, más conspicuo de tan fundamentales cuestiones.

Gabriela Mistral¹⁷ escribió un prólogo para *Concierto de amor y otros poemas*,^{18 19} que se transcribe²⁰:

PRÓLOGO

URUGUAYIDAD

En el triángulo uruguayo, “parecido a corazón” según el decir popular, la llama creadora está saltando siempre, pero además, se mantiene dura, porque no es llamada de pajas ni quemazón repentista. La alimenta un aire particular, una corriente que llamaríamos “la brisa” del alma, si la linda palabra no hubiera caído a la palangana de la cursilería. Un místico diría que es el aire delgado del Espíritu Santo, y el nombre de la Tercera Persona me ha servido muchas veces y me sigue sirviendo, cuando repaso el país perdido.



Gabriela Mistral (1889 – 1957).
(Fuente: elmundo.es)

Dicho sea en el mejor sentido de la palabra, la raza uruguaya es mujer: ha ganado sin pelear un reino que nadie puede arrebatarse; su política ardiente no llega nunca a desmelenarse.

17 Gabriela Mistral, seudónimo de Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga (Vicuña, 7 de abril de 1889 – Nueva York, 10 de enero de 1957), fue una destacada poeta, diplomática, feminista y pedagoga chilena. Una de las principales figuras de la literatura chilena y continental, fue la primera latinoamericana y, hasta el momento, única mujer iberoamericana, –ganó el Premio Nobel de Literatura en 1945.

18 CACERES, Esther de: *Concierto de amor y otros poemas*, Editorial Losada S.A., Buenos Aires, 1945.

19 Correo Literario: Año III, No. 37. Buenos Aires, 1º de junio de 1945. Archivo Literario de la Biblioteca Nacional, Montevideo.

20 http://www.archivodeprensa.edu.uy/biblioteca/esther_de_caceres/textos/bibliografia/ConciertodeAmor_PrologodeGabrielaMistral.pdf (Consultada el 21.03.2014).

da; su pedagogía social y escolar se llama Vaz Ferreira, que es casi decir un ateniense; su religión está libre de tostaderos masculinos españoles, o sea de torquemadismo. Quien no adopte allí para vivir las virtudes cristianas, se queda con las de Aristóteles, y la amistad aristotélica casi-casi vale la amistad juanista²¹.

El Uruguay lo tiene todo excepto el territorio suficiente. Tal vez por esto mismo se ha puesto, como Chile, a crecer hacia adentro, donde no hay pilotes de fronteras.

Las mujeres que escribimos en toda esa América Española nos sentimos dueñas de cierta carta de ciudadanía uruguaya, tácita y efectiva a la vez. Compatriotas mías son, entre las grandes vivas, Juana la continental; compatriotas, Sara Ibáñez y Sara Bollo. En cuando a Esther de Cáceres, yo tengo con ella más que la conciudadanía, tengo la consanguineidad, cierto primo-hermanazgo. Tal parentesco, que me pareció siempre la más linda de las ataduras humanas, salvo la de madre e hijo, es el idilio de unas almas que no habiendo alcanzado la hermandad física, toman la revancha creando la otra.

El Uruguay, visto por la muchedumbre de ojos extranjeros, se llama la patria de la amistad, como tal, exenta hasta de la más leve peca de xenofobia. Decir amistad aquí es decir entendimiento cabal, confianza rápida y larga memoria, es decir fidelidad.

Esther no sabe el Arco Iris o mejor el ópalo de su patria desde sus colores primarios hasta sus imponderables más esquivos: a unos da la admiración rotunda, a otros el aprecio fuerte, a cualquiera el entendimiento, y a todos una justicia tierna sin la sequedad de las balanzas frías.

Cuando nos llegue firmado y sellado de EE.UU., como la ropa y la maquinaria, el apareamiento de hombres y mujeres en todas las reparticiones civiles, entonces la veremos a ella como a sus colegas salir por el mundo a divulgar, no ya el resabido Uruguay político, sino el de la cultura, que cuenta tanto o más que el otro. Para esta tarea, ella ha llegado al "punto de saturación" que dicen los operadores. Nada primordial ni segundón de la cultura patria se le queda afuera por desgano o mezquindad; ella vive lado a lado con los suyos, y es tan buena

21 De San Juan Evangelista.

como cualquier varón para el voleo del trigo uruguayo en los aires extranjeros, el americano en especial.

No sobra decir que el Uruguay fue el país más difundido hace veinte años y que es hoy uno de los más silenciados. Fuera de la declaración magnífica de sí mismo que dio en el libro de Zum Felde, paradigma en el género de los “Panoramas literarios”, los demás testimonios uruguayos se quedan allí adentro por falta de expansión editorial o simple negligencia.

Y el pequeño país magistral debe ahora ponerse a un trabajo de misión y hasta de caballería..., él más que otro cualquiera de los nuestros. Porque antes que los otros, el Uruguay apuntó a los arquetipos platónicos de la Cultura, a la hora misma en que Batlle pleiteaba una democracia ensamblada con realidades económicas. La América criolla vuelve a necesitar, y con urgencia, un cuerpo de misioneros que predique la medalla oriental en sus dos caras de Cultura y de Justicia. No precisa darse mucho afán para escoger sus equipos de pregoneros. Los tiene para dar y prestar.

La faena de fronteras adentro está hecha y colmada; pero ese pueblo nació con un destino de milicia espiritual, de devastador y civilizador. Es curioso que tal encargo suela caer sobre un pequeño bulto geográfico: Atenas, Alejandría, un tercio de la Palestina, las republiquetas italianas, los núcleos provenzales y catalanes del Mediterráneo, los Países Bajos, Uruguay. Todos ellos se parecen a los pequeños pájaros tropicales que en la llama del color toman su desquite sobre los grandullones del aire.

AMIGA UNIVERSAL

Aunque por años yo no sepa nada de mi Esther de Cáceres ni ella de mí, alguna fuerza mía, alguna vena nutricia del ser, me viene desde ella. Yo sé que, callada o epistolar, próxima o distante, estoy dentro de su oración cuando llegan mis duelos; y sé que las tres frases esenciales que yo logro entre cien articulejos, llegaron hacia ella y fueron allí recogidas. Por su parte, Esther está cierta de que yo arrebaté de su libro A o Z tales y cuales versos entrañables, con una manotada de jubilosa apropiación.

Esther de Cáceres es una de las obras maestras de la amistad aristotélica y juanista que dije. Y aquí yo hablo con boca prestada, y no de vivo: la de Parra del Riego, que tuvo en Esther al buen samaritano trastocado en mujer. Y escribo por la mano de cuantos vivieron en el Uruguay y fueron allí pastoreados y alumbrados por la linterna corredora y sin aceites mercantiles de la poetisa vicentina²².

El perfecto amigo está hecho de sensibilidad, de presencia constante o de gustos y de búsquedas comunes, y de un reguero de imponderables que sobra enumerar. El perfecto amigo sopla y cela la brasa del cariño, y una brasa que no se enceniza es hazaña mayor que las de Aquiles. Estas ascuas perdurables tienen debajo de ellas unas camadas profundas de carbón o de turba. Si un solo invierno ya pide un rime-ro de leños para calentarnos; icómo será la despensería que necesitan las amistades “per vita”! Aquí no puede ni el que pretende ni el que quiere, sino el que tiene medio bosque capaz de abastecer. Así, pues, la amistad rica de la Esther uruguaya, su preciosa querendonería y su lealtad sin arrugas ni quiebros, tienen de este haber, toda una hacienda que llega al horizonte.

La amistad magistral de la poetisa, su don de asistencia a lo divino, su temperatura sostenida como un fuerte aliento, su juanismo, forman un solo bloque con la poesía que da, porque ambas salieron de esos mismos materiales de veracidad y fervor.

UNIDAD Y DESPOJO

Aquello de escribir con la sangre más el alma, no es condición humana sino lujo de pocos. No es nada común la unidad del ser, con sus huesos embonados y la suave trabazón de los miembros espirituales y corporales. Y tal vez sólo cuando esto pasa, el Creador nos reconozca por frutos brotados de su rama y no descalabrados en el percance universal de la caída...

La Esther oriental se quedó indemne y lleva hasta hoy la gracia superlativa de la unión entre alma, vida y poesía. En ella la médica juega en agilidad de coyunturas con la cantadora desvariante; la profesora de colegios laicos se suelda, “contra viento y marea” jacobinas, a la mujer

22

De San Vicente de Paul.

de oración, y la colegiala bohemia de anteayer encaja sin crujido en la buena ama de casa.

A causa de su naturaleza de lealtad, ella ha ido lavándose de los engrudos pegajosos de literalismo; paso a paso fue arrancando de sí los embelecros retóricos y evitando los bonitismos gongorinos de hoy como evitó antes los del modernismo. Y todo sin volverse plebeya ni desgarrada, quedándose con lo único necesario: sus esencias metidas en la caña de los huesos adonde las modas no las alcanzan.

Como los poetas grandes y mozos que están poniendo los materiales de “la nueva alma” – y del “nuevo cuerpo” – del mundo y que precisamente son grandes “según el Espíritu”, Esther es una removedora de zonas que estaban en nosotros inválidas en cuanto apelmazadas. Su evolución viene de un morder constante, de castor o vizcacha, que hace la cueva sin acabarla nunca. Gracias a su buen gusto, no cae Esther en las “teorías”, no se pone a pedagogizar con las novedades de la conciencia nueva. Una pura metáfora, la lanzada de tres versos, y el desgarrón luminoso que ella abre, nos desnuda este y aquel descubrimiento.

Los místicos fueron siempre Colones y Stanleys del mundo pasmoso que, con ceguera de niños descalabrados en la Caída, no vemos ni alcanzamos todavía. Y como la mística regresa, aunque disfrazada de loca, recomienza la boga de Blake, y la de los místicos occidentales y orientales, dueños ahora de una clientela que nunca se sospecharon y que abarca desde la kermesse de los ultraístas hasta los cenobios de Juan Ramón. Esther marcha cogida de la intuición con la diestra, pero llevando siempre unos dedos de la mano izquierda sujetos de la Razón.

Le debemos, sepásmolo o no, muchísimas “disparadas” hacia nuestra noche interior, y un regreso casi cotidiano, cargando estrofas iluminadas por el zodíaco que comienza en nuestro pecho cueva hacia la vizcacha también, y que no acaba.

Los bandeirante[s]²³ llamarían al hecho “Una excursión a Goyaz [Goiás], o a Maranhão”. Son balsas echadas hacia las fuentes negras de la Amazonia más esquiva. Las primeras de la aventura siempre las echaron los poetas; y todos los Freuds, y con más razón los Bergsons, se van a la zaga de ellos; algunos versos hindúes calenturientos, unos

23 Los conquistadores de Brasil.

versículos judíos ídems, abren el agua y muestran de golpe diez disparaderos a los remadores desconfiados.

Mi festín en los libros de Esther, y sobre todo en los últimos, es un “picar”, “pellizcar” y comer en un tendal de hallazgos de su alma.

Un libro, como cualquier otro ser vivo, es un cuerpo carnudo que la memoria flaca no puede cargar; se atrapa lo intenso, lo eléctrico y lo sutil, más las salpicaduras de la gracia. Todos los libros bautizados con el nombre de “Banquete” aluden en cierto modo a este comer y regustar el alma ajena. Pero los banquetes de esta hora ya no tienen la pesadez ni el pantagruelismo de los del siglo XIX; se quiebra el clavo de olor con más gusto que el pastel y se aprecia la canela por encima de la harina amasada.

Cuando tenga tiempo, yo juntaré en un cuadernillo sabores agudos que me han hecho y afinado el paladar del alma, que me la han nutrido y regalado. Allí habrá muchos versos de la Esther generosa y descuidada, que da más de lo que ella sabe, para que sus hermanos no caigan en frío, en tedio, en desabrimiento.

La búsqueda que se desarrolla en la obra de Esther, larga aventura que corre ya por ocho volúmenes, en su ansia ardiente de lograrse íntegra y no despedazada. Bien que ella sabe cómo fue que nos hicieron completos y que nos rompimos. Desde entonces queremos con pedazos del ser y hablamos también a cortas lumbraradas.

Tiene Esther la ambición socarrada de los místicos: ella querría volver al primer estado y restaurar en sí la gran fechoría. Esta fue y sigue siendo el separar en nosotros el Universo del Creador y nuestras obras visibles del núcleo oculto y sobrenatural. Fray Luis de Granada, en los trozos cortos reunidos por alguien (¿es Bergamín?) bajo el nombre de “Maravilla del Mundo”, anduvo en la misma empresa de casar la naturaleza y la Gracia; el Juan español (y judío), a través de su cinta de metáforas, entreveraba lo uno y lo otro; y Fray Luis de León no hacía otra cosa sino este sordo trabajo unificador.

El más realista de los poetas, el pagano confeso y cristiano incon-feso que llamamos Goethe, luchó y jadeó con igual mira y por ello representa mejor que cualquiera de este mundo la vieja y santa batalla.

Todos querríamos hacer a semejanza del Maestro Primero y que nos salieran de las manos enhollinadas que son las nuestras las albas reales, las tardes idénticas, la fresa de tocar y oler y el pájaro en pleno vuelo.

Cuando el Evangelio y sus creadores detestan a los tibios, tal vez su indignación también comprende a los que se desentienden de la lucha adamita que busca y muda por hallar o recobrar, que resopla sobre la vieja fragua, y apura los crisoles para la reconciliación de los metales divorciados.

Más atormentados hay entre los artistas que entre los clérigos; mucha más vela y agonía, y se oye más allá la voz paulina de: “Señor ¿qué quieres que haga?” Su ansiedad los hace cambiar de método, de mano y de voz a cada paso. Los meros sensuales de la literatura resultan mucho más constantes en manera y en índole. Zola, para no citar más, manejaba una prosa gorda e idéntica a lo largo de veinte novelotas, y el pobre teatro de Bernstein soba y resoba una masa siempre igual, en masajista incansable de su burguesía lacia y sin reacciones.

Nuestra Esther escogió el desasosiego del buen Pascal.

Ya en *Espejo sin muerte*, Esther de Cáceres nos llegó podada de sobras y reducida a la espina del alma: aquello era un sartal de breves poemas religiosos, una confesión entrecortada de experiencia mística. La experiencia fascinante se interrumpe en *Concierto de Amor*, pero ha de seguir más tarde. Su alma me importa tanto como su arte, y nos hemos quedado esperando el resto del suceder íntimo, siempre el primero entre cuantos zarandean nuestras pobres vidas.

RESCOLDOS ETERNOS

En su último libro, Esther de Cáceres regresa a los temas elementales: el árbol, el fuego, el aire, el agua, las nubes, etc. Hacen igual retorno hasta los reos empedernidos de las temáticas artificiosas y muchos de Quincey hastiados de las drogas poéticas. Nuestra uruguayana no abandonó nunca del todo lo elemental, por aquello de que la mujer es siempre naturaleza, o naturaleza y media, y vomita la pipa de haschich, después de chuparla por curiosidad.

Dando un salto enorme desde chinos, persas y árabes, hasta el padre Hesíodo, y dando otro de éste a nosotros, los elementos vuelven a planear sobre nuestras cabezas.

La gente finisecular de Rubén se trueca de pronto en un equipo fresco y triscador, que levanta la cabeza hacia el zodíaco o se pone a huronear en la tierra no dicha todavía a pesar de la millonada de poetas que la voltearon sin arrancarle una frase íntegra.

Es curioso cómo la nueva alianza de Esther y la naturaleza – las manos en las manos, los ojos en los ojos -, la devuelve también a la estructuración u organismos de los viejos albañiles. (¿Clasicismo? Arquitectos más albañiles). Parece que, en cuanto nos echamos contra un árbol o nos enderezamos hacia las constelaciones, el enjambre atómico en que íbamos parando, se nos detiene por ensalmo, y se nos reacomoda, según la Ley, en corporizaciones de ver y tocar. El Caos retrocede y el demiurguillo nuestro recomienza la alfarería eterna. Nos acordamos de los buenos tiempos de horno y de torno, y nos reincorporamos al taller que se había dinamitado. Ella misma nos advierte:

Vengo de un tiempo triste e incendiado.

El hermoso poema “El Retrato” que abre el libro, cuenta la aventura de Esther con el siglo, y llama “criaturas mías” a las palomas enfiladas que vuelven al palomar después de travesear por dos mil aires. La poetisa apunta aquí, de paso, la unidad lograda:

Ya vida y canto son una ala sola.

La venturosa baila estas Pascuas unitarias que alegran también a quienes la queremos. Nos gusta saber de su boca misma que tal suceso arranca de operación integradora y no de pérdidas, porque es lo común que del desorden báquico, pasemos los criollos – por extremosidad española – a ciertas unificaciones en cuarzos fríos y entecos. Los conversos – y Esther lo es – se dividen entre los ígneos que se ponen a arder en antorcha de carne sin consumirse y los que, por medio de plasticidades paganas, primero se encogen y luego se mueren.

VUELTA A LA ALEGRÍA

La alegría que traen las mudanzas será quien ha dado a Esther el ritmo vivo de la “Lluvia”, vivacidad que se prolonga en casi todas las demás por una resonancia que dura hasta el fin del libro y que gana el pecho mismo del lector. Resonamos una hora de su ritmo; somos el sumiso tubo de aluminio que lo repetirá la semana entera.

Unas combinaciones a base de endecasílabos y heptasílabos, manejados de manera libérrima, hacen la corporalidad de casi todos los poemas, y agregan al libro otra homogeneidad más. Me hace falta tener al lado un viejo pitagórico que me susurre a la oreja el sentido de esta adopción del poeta. Entre casamientos místicos, el de nuestros sentidos con una medida y un ritmo me intrigó siempre por misterioso y digno de averiguación.

La alegría, musa eterna, pero abandonada durante siglos, vuelve a levantar la cabeza en la poesía de estos años, penosamente, porque los pudrideros otoñales del romanticismo tardan mucho en disolverse.

Mirando de cerca, el gozo de Esther de Cáceres confiesa, aquí y allá, una voluntad heroica: ella quiere rehabilitar la boca triste para el pan del gozo. La creencia la salvó del lado diestro, y su vitalidad desde el otro, y así ella ha podido aventar los dolores y el dolor como hace la gaviota hostigada por los pájaros de presa.

La vitalidad que nos sirve en los negocios más opuestos, ha valido a mi compañera, que no es una Judith pero suele resbalar hacia Débora, el mantenerse recta y entera en las tormentas y en los sismos de dos generaciones. Y lo que atravesó sin daño una borrasca, también ha de cruzar sin hacerse pedazos la otra que sólo comienza.

RIQUEZA TEMÁTICA

El idilio luchado de Esther con el viento es cosa substancial y digna de releerse; su contracarrera de Atalanta torturada, batida por los cintajos del gran gitano. Lo quiere y no lo tiene, pero lo persigue; se trenza con él y su rabioso amor acaba vencéndolo. ¡Ay, amiga Esther: él no es nunca el vencido; él es quien bailará en nuestras sepulturas!

Por ahí se atraviesan en las nubes sin razón alguna, y nos enfadan, unos pianos impertinentes. No logramos emparentar con la espumajería divina de la nubazón, a esos tontos laqueados en el negro peor, y que nacen y mueren “pesados de la más pesada pesantez”.

Pero nada más que a vuelta de hoja se nos deshace la cólera: ella nos da una visualización y un tacto admirable de *Libros* transfigurándonos el pobre cuerpo de celulosas viejas.

No hay juego más absurdo que el de las piezas de un libro de versos. De la fila recoleta de los *Libros* pasaremos a una “Fuente”, escuchada y absorbida por oído muy espiritual, por orejas sin carne. Son los surtidores de una “Fuente” y “cantan sobreviviendo”. La muerte de los chorros, que no se ve, a causa de su inmediata resurrección, se dice aquí con manera lindamente elíptica.

Siguiendo este itinerario de poeta, el más atarantado del mundo, ahora paramos delante de una Hiedra simbólica que no se quiere tocar, de verla así, delicada y dolorida, y conocemos el muro de su arrimo que es carne viva también, como su amante.

Todo es carne para la humanísima Esther, aunque ande desde hace años enamorada de los ángeles. Esto no es aberración ni es el amor empecinado de los contrarios. Las mujeres sabemos desde todo tiempo que la escalera adámica va desde la bestia al ángel, pero sin saltarse al hombre, y sabemos igualmente cómo el burlador que se salta el segundo escalón rebana al Ángel antes de abrazarlo. La amiga mía no corre ni vuela peldaños: los sube morosamente: soberbia no es, insensata menos.

Reparamos leyendo “La Hiedra”, asunto blando, que a otro lo echaría a buscar lanas verbales, en uno de los grandes equilibrios de Esther. Su verso no da nunca al lector el codazo feo de una dureza aquí o allá, pero tampoco se reblandece por apego al asunto, acabando en la jalea de vocales y consonantes deshuesadas. Sus estrofas corren ni cascajadas ni enjabonadas; ellas tienen hueso, tendón y carnicilla, como el brazo de Eva.

Me gana los ojos y entendimiento “El Fuego”, que ella nombra a maravilla como el “único árbol despierto a través de la muerte”. Muy rica ha de ser la que alumbrá novedades en tema tan rasguñado por la poesía actual. Esther da los fuegos de afuera y el más nuestro de todos,

el que va por la caña de nuestros huesos, y da otros fuegos más, en sólo tres coyunturas de estrofa.

A nuestra hermana la condensación le viene y conviene (Tal vez no sirva a todos los que llegan, como Juan Ramón, de vuelta de las pléto-
ras y se avergüenzan de sus congestiones pesadas).

DOS POEMAS

Punzante y sangrador, para mí, es el “Canto Ardiente”, esta vela mortal de hombre vivo que Esther recibe de la Imaginación pura, tremenda diosa endrogada a quien servimos por bien y mal nuestros.

La poetisa, que es médica, es decir, mujer fuerte, ha sido capaz de estregar en la mano aquel cuerpo querido, como quien toca una medalla sintiéndole a la vez el lado entero y el que se desmorona. Yo, flaca de años y de congojas, no puedo con la prueba y me disuelvo en ella; Esther puede porque siempre fue más lejos que yo en los corajes del alma.

Sigue un poema señaladísimo, el pungente “Nocturno Herido”, que remata la experiencia, para mí tremenda:

Mientras las nubes pasan sobre el tapiz antiguo

del tiempo herido
yo olvido el suave musgo y los pies vivos

porque tu ser tendido
yacente en mis rodillas
me atrae como la sed. Hacia tu muerte
como hacia el mar me inclino
y me busco en tu faz como en espejo
hasta que el día declina.

Duermo entre tus imágenes
redobladas y vivas
y la aurora sorprende un raro sueño:

Yo voy corriendo mi veloz carrera
sobre mármoles fríos.

Pasan las nubes... son veloces... miran
un ser yacente, un templo entre cipreses
por el agua del mar humedecidos.
Miran una gran fuente
plantada como un árbol
en medio de la tarde y el olvido...
Sola imagen tranquila
de tu muerte tendida en mis rodillas.

En fuente y ser de muertes yo me miro
y pasan nubes
sobre tu ser tendido,
sobre mi ser que el Tiempo no atraviesa,
sobre un tapiz de tiempo
que fuga y permanece;
sobre un césped de tiempo
donde la cruz de Amor se planta cada día
y mis pies silenciosos y desnudos caminan!

MÁS ÁNGELES

Regreso a los ángeles, porque la dionisista me los ofrece de nuevo. El poema de su nombre me recuerda el voleo de alas que lanzó Eugenio D'Ors cuando le importaba más el Areopagita que el Gral. Franco (Ay, pena de mi amigo querido!). La bandada de ellos, el catalán la recogió en el misterioso Dionisio o en el más próximo Cardenal Newman, que ardía de ellos.

De aquel voleo de alas saldrían los primeros ángeles de Rafael Alberti y de allí todos los hispano-americanos que cortan el aire y rasan el suelo de nuestra América a medio cristianizar todavía. Sabemos que en estas regiones la mayoría son dudosos y han salido de ingenio y la tinta, y no más. Pero escarbando (¿por qué no escardar en plumas también?) pueden hallarse varios ángeles genuinos, parientes del prometido a Moisés y del Ángel mariano, que tal vez sea el mayor. Entre éstos andan los que Esther posa en el libro, convidándonos al “creer para ver”.

Aun nos retiene hacia el final del libro hermoso, una fantasmagoría de la mano. Es la suya. Su diestra ajetreada y quieta de mujer de menesteres opuestos, y tan lograda resulta allí como en su vida.

Miramos a la compañera, a través de los ocho años de no verla, y la reconocemos bendita en el arte y en la caridad. La mano que nos da despidiéndose, se parece a la de su Hiedra, en la palma abierta y los dedos taumaturgos, que curan tanto en la canción cristiana como en el hospital laico.

GABRIELA MISTRAL

Petrópolis, marzo 1945.

Al promediar la década de 1960, por las emisoras del SODRE se difundía un programa titulado *Enfoques culturales*. Uno de ellos estaba a cargo del profesor Domingo Bordoli, que hizo una entrevista a Esther de Cáceres, que transcribimos:²⁴

D. B. – Tenemos hoy el gran placer de presentar a una gran poetisa, Esther de Cáceres, la cual se ha dignado contestar las preguntas de nuestro cuestionario. Vamos a realizarle la primera: ¿Qué opinión le merece el juicio crítico, oral o escrito, que su obra ha merecido?

E. de C. – Se ha dicho, Bordoli, que los artistas son malos críticos ¿cómo podría yo hacer crítica de la crítica? ¿Juzgar la crítica hecha sobre mis versos? Creo, además, que por sus rasgos característicos, por su temática fundamental, que condiciona intensamente sus medios estilísticos, mi poesía se incluye en el ámbito de un arte difícil para la crítica. Destaco entre las exégesis sobre esta poesía las que seguramente siento más cerca de mi alma y de mis versos, que son las realizadas por poetas, ya que ellos son quienes más saben de poesía. Destaco, digo, el primer juicio crítico sobre mi libro *Las ínsulas extrañas*, editado en 1929. El juicio es de Alberto Zum Felde, y lo que en él me interesó vivamente, además de sus intrínsecos valores, fue el acierto del crítico acerca de la clave esencial de los poemas: difícil a pesar de que el nombre, traído del gran cántico de Juan de la Cruz, por consejo de quién más sabe de mi alma y de mi poesía, es una clave declarada del libro;

²⁴ http://www.autoresdeluruguay.uy/biblioteca/esther_de_caceres/textos/entrevistas/Cuestionario%20Domingo%20Bordoli.pdf (Consultada el 21.03.2014).

difícil sí, a pesar de eso, descubrir el secreto de los versos y definirlos en la línea de la poesía mística, definición que, desde luego, no supone un juicio de valor forzosamente. Definición que luego ha sido sostenida y desarrollada por varios críticos que saben de poesía y de mística, aquellos que pueden sustentar ese saber en un saber teológico profundo, tales Tomas Merton y Jacques Maritain. En su ensayo sobre mi libro *Concierto de amor*, que aparece como prólogo en la segunda edición del mismo, Gabriela Mistral señala la conjunción de esa línea mística con aquella en la que canto las maravillas de la tierra. Considera este encuentro como unas pascuas unitarias, y ha acertado con lo más profundo del proceso, empresa de casar la naturaleza y la gracia, tal ella evoca a Luis de Granada, Juan de la Cruz y Luis de León, destacando luego la alegría que aparece en el ritmo de los poemas, en *Concierto de amor*, donde Gabriela, con su arduo saber, encuentra este signo de la voluntad heroica: la de rehabilitar, dice, la boca triste para el pan del gozo. Ella ha revelado así el fondo mismo de mi alma y de mi poesía y yo se lo agradezco.

D.B. – Bien, ¿ha sido usted leída por el público que deseaba? ¿O cómo cree usted que debieron haber sido leídos sus poemas?

E. de C. – No sé mucho de mis lectores. A las dificultades de difusión de libros, y sobre todo de los libros de poesía, tan propias de nuestro medio, se agrega en mi caso una inhibición natural para ocuparme de tal difusión. Creo que esta actitud está vinculada no solo a mi más hondo ser, sino al carácter de mi obra, y, además, a una influencia fundamental en mi formación: la de María Eugenia Vaz Ferreira, de quien quisiera ser digna discípula. En ella aprendí el desapego con respecto a la popularidad, de las preocupaciones del escritor profesional. Cuando examino esta actitud, si por un momento me llega la tentación de juzgar tal desapego como exagerada prescindencia del lector, una breve e intensa evocación me reconforta. Recuerdo a aquel artesano de la Edad Media que labraba, con amoroso y lento cuidado, una flor en la aguja de una torre gótica. Como alguien le urgió, explicándole que era inútil esmerarse tanto ya que nadie podría ver desde el suelo lejano la labrada flor, el escultor contestó con estas palabras, que pueden ser la mejor doctrina sobre la preocupación fundamental del artista: a esta flor, desde arriba, la ve Dios.

D. B. – Muy bien, ¿permaneció o modificó los ideales, temas o planes con que inició Esther su vida literaria?

E. de C. – No me he propuesto más fin que expresar la verdad de mi ser, según medios estilísticos elaborados para dar esa expresión, testimonio, acción de gracias, signo cantado de la adoración. En este sentido el que determina la unidad de mi obra a través de toda ella, desde *Las ínsulas extrañas*, editada en 1929 en la Argentina por mi noble amigo el escritor Bernardo Canal Feijóo, hasta *Tiempo y abismo*, aparecida en estos días en ediciones del Río de la Plata. Y en los libros que pueblan ese período de largos años, 12 libros, no hay sino una progresión que se señala por el crecimiento de la vida profunda, por el aporte de las experiencias culturales, por la elaboración de los medios.

D. B. – Bien, y ¿cuál ha sido su más grande alegría como poeta?

E. de C. – No sé si una alegría, Bordoli: la de la creación vivida en cada verso, en cada palabra, en cada aproximación al misterio sagrado de la poesía. Esa alegría se emparenta con la inspiración. La inspiración existe, como bien se dijo: viene no de las musas sino del Espíritu Santo.

D. B. – Muy bien, y ahora esta última pregunta. ¿Qué ideas, temas o problemas son los que a usted le preocupan mayormente con respecto al país?

E. de C. – Hay una crisis espiritual, moral y cultural que aparece a través de múltiples y crecientes signos, y que yo percibo en la decadencia de estilos sobre todo. Esta decadencia está en todas partes, y seguramente es el resultado de la civilización homicida que todos padecemos y de la que todos somos responsables. Una civilización en que el concepto de persona humana, el respeto por la persona humana se ha degradado como consecuencia de un naturalismo invasor que viene de lejos pero que se hace cada vez más álgido. En lo social es la pérdida del sentido del bien común, la crisis del humanismo, de la encarnación, la idolatría de la técnica, la sensualidad del poder, la sensualidad de poseer. En el arte: el sensacionalismo venal, los mimetismos frívolos en todos los planos, la peligrosa confusión de los medios con los fines, la subversión de los valores, la tendencia a servir al mundo enemigo del alma. No es mi arte un medio para mostrar directamente esa realidad ni para buscar y emplear procedimientos que tiendan a palear tanto mal. Mis medios son los de la valoración, a través de la cátedra y de la acción personal, de los grandes valores de la cultura y el

arte, la exaltación de los creadores, la difusión de las obras que pueden, por vía directa o indirecta, ejercer su influencia salvífica en el mundo. Por lo demás, y sobre todo, los lamentables prejuicios que implica la tan manida teoría del arte social, pienso siempre que nada tiene más valor *per se*, más acción profunda que la obra realizada con pureza. La poesía libre de las circunstancias, como la poesía pura; el arte libre de las circunstancias, como una creación plástica constructivista, tienen un valor social infinito por su poder de repercusión en las almas, allegándolas a su misterio, a su más alto destino. En este sentido, creo que mi acción cultural se dobla con el paso silencioso de mi poesía, tal como el paso silencioso, escondido y trascendente de la oración. Dos afirmaciones, que siempre recuerdo, vienen a apoyar esta confianza. Una es de Carlos Vaz Ferreira, maestro delicado y lúcido a quien conviene recordar en esta hora de confusión, de ruido, de activismo ciego, dice él: “suele hablarse de hombres de pensamientos y de hombres de acción, como en antítesis; más que antítesis, es clase y grado. Los hombres de pensamiento son también hombres de acción, sólo que son de mucha más acción”. La otra frase es de aquél músico apasionado y radiante, Nietzsche: “los pensamientos que dominan al mundo vienen con pies de paloma”.

D. B. – Y con estas bellísimas palabras de Esther de Cáceres, damos por finalizada nuestra audición de hoy, anunciando que volveremos a contar con su presencia el lunes próximo.

Al celebrar sus 75 años la Asociación de Estudiantes y Profesionales Católicos le rindió homenaje, que puede ubicarse en Internet, en la voz de Emilia Santini.²⁵

...Quiero agregar unas sencillas palabras para recordar su personalidad tan rica, tan desbordante, tan plena, que ha enriquecido nuestra Asociación con una siembra que no cesa de fructificar. Confieso que me resulta difícil ser la palabra del sentir colectivo, aunque la llevo a Esther muy adentro desde aquellos días de feliz adolescencia en que juntas nos acercamos al alma y a la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira en el aula inolvidable de la Universidad de Mu-

25 http://www.autoresdeluruguay.uy/biblioteca/esther_de_caceres/textos/sobreEDC/Homenaje%20a%20EDC%20de%20la%20Asoc.%20de%20Est.%20y%20Prof.%20Cat%F3licos.pdf (Consultada el 21.03.2014).

jeros. Seguir las etapas de su vida profesional, hacer el análisis crítico de su que-hacer literario en el que cada jalón estuvo marcado por un éxito. Sean pues mis palabras la sencilla expresión de afecto general y sincero. De la admiración que le tributamos, del amor que sentimos por lo que esta hermana nos dio desde los días definidores del P. Montaner y del P. Feliú, Esther, presente o distante como simple socia o como dirigente, siempre ha embellecido y jerarquizado nuestra Asociación. Su inteligencia, su fervor, su celo apostólico ha sido una de esas antorchas que han contribuido a iluminar nuestra labor colaboradora de asidua consejera insustituible, organizadora pujante, nos ha hecho vivir momentos inolvidables por su calidad, por su hondura, por su espiritualidad. En el círculo de letras, o en el de medicina, en el centro de profesores o en la presidencia de la Asociación, Esther ha mostrado sus excepcionales dotes dirigentes. Siempre respetuosa del pensamiento y del sentimiento de los demás, ordenada, metódica, rápida en el pensar y resuelta en el hacer, no desdenando lo secundario pero contrayendo siempre su atención en lo sustancial. Esther nos ha dado una lección permanente de cómo dirigir y cómo obrar. Un vasto programa quedó trazado por ella, que abarca todos los aspectos del apostolado religioso y cultural. Muchos de los proyectos se realizaron; otros, todavía están por cristalizar. Estoy pensando en una cátedra de lenguaje, de lingüística o de poesía que ella dirigiría prodigiosamente, con el rigor y la pureza del idioma que tanto conocía, y su amor apasionado por el bien decir que le hacían reclamar estas asignaturas con insistencia. Pienso también en otras cátedras: la de cultura uruguaya y la del pensamiento católico contemporáneo cuyo plan editó cuidadosamente. Pienso además en ése, su acariciado proyecto de una tertulia musical a la manera del maestro Carlos Vaz Ferreira; en la que sin comentarios, sin explicaciones aislantes al alma del oyente aprende a acercarse al alma del creador musical. Pero si añoramos todo lo que no ha podido cumplirse todavía, cuántas coordinadas están unidas a su presencia y a su dirección. No es el momento de las frías enumeraciones, pero cómo olvidar tantos trabajos enjundiosos suyos que prestigian nuestra tribuna. La emoción que puso en las celebraciones litúrgicas, el fervor social organizado con gran economía humanista, las jornadas pedagógicas y vocacionales; y sobre todo las reuniones en que los Santos Escritores nos llegaban directamente a través de su voz inolvidable que brotaba de las raíces de su ser. Voz tan rica de sonoridades, grave o cantarina que según lo requiriera el tema, en ocasiones solemne, en otras, graciosamente musical. Cómo olvidar su mismísima manera de presidir las reuniones y ésa, su entrega callada de cada día de asumir graciosamente las tareas y responsabilidades.

Aún, hemos podido acercarnos a su rica intimidad, pulsar a lo vivo su fe que buscaba andarse, su adhesión a la Iglesia, su afectuosa deferencia a las comunidades religiosas, su profunda preocupación por elevar la cultura, o resolver los problemas sociales, su honda piedad, su sencillez y su sentimiento casi religioso de la amistad. Mucho se ha dicho y mucho puede decirse de esa superior y cristianísima manera que tenía Esther de practicar la amistad. Hay una frase de Gabriela Mistral que puede definirla, y que puede definir también a esta amiga colectiva que es la Asociación: “Aunque por años yo no sepa nada de Esther, ni ella de mí, alguna vena nutricia me viene desde ella”. Es que la amistad de Esther – y aquí vuelvo a Gabriela – hecha de sensibilidad y de presencia constante, de búsqueda y de afanes comunes y de reguero de imponderables, tiene un singular privilegio que embellecía y ennoblecía la vida. Su inigualable gentileza fue creando un ambiente en el que no tenían cabida ni lo mezquino ni lo vulgar, porque Esther era uno de esos espíritus tocados por la gracia. A cuyo solo contacto nos sentíamos transportados a un plano más alto, a horizontes más dilatados, casi diría a senderos de cielo donde aleteaban sus ángeles. Esos maravillosos ángeles que según ella le traían en la mano el fuego y la sostenían con sus alas; y por la fuerza de la fe los sentíamos casi corpóreos como las pinturas cuatrocentistas o los pórticos de una catedral medioeval.

Dedicada a la creación literaria o a la vida de trabajo u oración, realizando el apostolado intelectual o haciendo de buena samaritana, en el taller del artista o en la sala del hospital, en la tribuna universitaria o en la intimidad del círculo familiar, Esther era siempre Esther. En ella el amor al bien se unía al amor de las cosas bellas. Hasta la más humilde acción se transformaba por el espíritu que la animaba y por la gracia con que sabía hacerlo.

Su sensibilidad vibrante y su honda y pujante vida emotiva, se ordenaba en su maravilloso equilibrio interior. Su carácter suave y firme para decir su verdad con interés, para mantener su principio sin temor, la hacía receptiva, vibrante, con sus manos ansiosas y todo su ser despierto, capaz de sentir todas las vidas y encontrarse en todas ellas.

Ardiente y dulce, enamorada de la tierra, supo cantar el alto amor del cielo con sentido infalible de belleza, atravesada de amor y esperanza supo encontrar el rostro de Dios en la cara tranquila de las cosas. Tocó la realidad de la vida y la transfiguró en canto esencial. Vida y canto con un ala sola. Se movió ágilmente por la tierra, cruzó el tiempo entre flores ligeras y traspuso el umbral donde se detienen las tristezas de la tierra:

He soñado un solo viaje
he buscado un solo mar
Buscaba una barca sola
altísima en la eternidad

En su última obra "Canto Desnudo" se nos muestra en los umbrales de la eternidad:

Mi paso va deteniéndose
como este ciprés de sueño
donde se aquieta el amor

El paso de Esther quedó callado en el aire y más allá de las puertas hay un silencio de amor. Silencio de amor, tal es el nuestro, el de sus amigos, el de nuestra Asociación. Silencio de amor, pero también presencia de amor, hecha de ternura, de recogimiento, de canto, de música, de plegaria:

El Ángel Custodio

Yo en un balcón de infancia y embeleso
tú en un balcón celeste y estrellado
Yo vagando en los cielos'
tú custodio desde el cielo asomado
tendiéndome la mano.

Después cerca, tan cerca,
ángel de llanto
sollozando por mí
trayéndome en la mano
el alto fuego

Buscando por el cielo
como un ángel errante
mi perdida sonrisa

Acompañándome hacia la sola sombra
del árbol constelado por la sangre

Yo en la cruz
 tú en la cruz crucificado
 En mi mano clavada
 con la mano de Cristo, tu fiel mano

Sé que estarás conmigo ángel custodio
 Hermano en la muerte de cruz cada día
 Hasta el último día
 Hasta el balcón celeste y estrellado

la integración a la Academia Nacional de Letras se produjo con su designación el 18 de noviembre de 1960, tomando posesión del cargo el 9 de diciembre del mismo año, según lo informa la misma página web de la Institución, ocupando el sitial denominado: “Sillón Francisco A. Bauzá”, que antes había sido ocupado por Juana de Ibarbourou quien fue designada Académica de Honor el 18 de noviembre de 1960. El mismo sitial fue sucedido por Rolando A. Laguarda Trías, a partir del 7 de abril de 1972, por Nieves A. de Larrobla, desde el 8 de diciembre de 1983, por Myrtha Páez Penela desde el 9 de junio de 1994; por Alma Hospitalé de Darino desde el 20 de diciembre de 1996, y actualmente por Marisa Malcuori, designada el 12 de junio de 2013.²⁶

Un poema de Álvaro Figueredo fue leído en Pan de Azúcar, para recibir a la poetisa Esther de Cáceres, que concurrió para disertar sobre Juan Parra del Riego.²⁷

²⁶ <http://www.mec.gub.uy/academiadeletras/MarcoPrincipal.htm> (Consultada el 23.03.2014).

²⁷ Revista *La Ballena de Papel*, No. 3, Especial dedicado al poeta Álvaro Figueredo, Maldonado. Setiembre – Octubre de 1968, pág. 49. En: http://www.autoresdeluruguay.uy/biblioteca/esther_de_caceres/textos/sobreEDC/Figueredo_Serenata%20de%20Oto%F1o%20a%20Esther.pdf (Consultada el 23.03.2014).

Su título fue SERENATA DE OTOÑO A ESTHER

“Mas es mía el alba de oro...”

Rubén Darío.

Un día supo tres espadas:
la de olvidar, la de creer
y la de mieles afiladas.
Sobre ellas fundo mis moradas
de todo esto sabe Esther.

Amé tres cosas: la del fuego,
la de la escarcha... Para ver
la rosa eterna del sosiego
púseme tan herido y ciego
como algún ángel tuyo, Esther.

Mi sombra ví y tres ríos era.
Ese era el tiempo ya es ayer;
este el destiempo sin ribera;
del otro nada sé siquiera.
Si tú lo sabes dilo, Esther.
Ví tres estrellas – altas huellas
del alma -, y dilas sin saber
cuanto era en mí cada una de ellas.
Ya nadie escucha a las estrellas
y todo es estrella, Esther.

Juzgué en mis dedos las arenas
del mar, - su oscuro acontecer –
mis manos ví tres veces llenas
y no sé más. Sé sólo apenas
que ya sabemos mucho, Esther.

Juzgué en mis dedos las arenas
del mar, - su oscuro acontecer –
mis manos ví tres veces llenas
y no sé más. Sé sólo apenas

que ya sabemos mucho, Esther.

Estrella, rosa, espada, río,
mar, 2 de junio... Vuelvo a ver
la cara azul del desvarío
sobre este lento caserío
donde me voy muriendo, Esther.

Cuanto te digo es un instante;
lo que tú callas, sí, es el ser.
Miro la luna ya menguante
y el aire frío y sollozante
danza entre Álvaro y Esther.

Danza la tarde. No nos huya
ya más. Mirémola crecer
eternamente joven. Aleluya
Te miro y lloro, mas es tuya
y mía el alba de oro, Esther.

Mujeres en la literatura

Esther de Cáceres, agitadora de ideas

por Juan José Quintana

Conoció a Esther en la Facultad de Humanidades en 1969. Carabá el primer ciclo de la licenciatura en letras. La asignatura que nos impartía era Análisis y Composición Literaria. La recordo de hablar pausado pero cautivante. Su pasión era Antonio Machado. Ese año dedicó al poeta republicano muchas de sus clases. Adn la voz en su cátedra, locada con su cascabele de velo llovedizo con piuma pero emocionada "frente a la palma de fuego" que dejó el sol que se va... aquellos fuertes versos de uno de los más claros poetas de la lengua castellana.

Esa poeta y ensayista se graduó de médica en 1929. En ese mismo año publicó *Las insólitas extrañas* en Santiago del Estero, Republica Argentina. Luego siguió: *Canción de Esther de Cáceres* (1931), *Libro de la soledad de amor* (1944)... *Los castos del destierro* (1963), *Casto desierto* (1969) son algunos de sus libros de lírica. En ensayo se destacan: *Prólogo a Poesías de Juan Parra del Río* (1943), *Introducción a la lectura de Susana Soca* (1964), *Prólogo a Raza Ciega* de Francisco Espinosa.

EVOLUCIÓN AL CRISTIANISMO

De ella opinó Real de Azúa (1916-1977). "Esther de Cáceres ha sido una presencia casi absoluta de nuestra vida cultural, una agitadora de ideas y fervores, verdades reiteradas, insensiblemente, en cursos, conferencias, prólogos, ensayos". En su juventud, Esther de Cáceres compartió las ideologías a las que los intelectuales de los años 30 adherían con fervor. Y en los ambientes vinculados con la clase obrera, usó su pensamiento al anarquismo idealista, inspirada en lecturas de Bakunin (1814-1876), Kropotkin (1842-1921).

Dice el doctor Tomás Brena en su *Enciclopedia Estilística* de 1974: "En su juventud, Esther compartió la ideología liberal, a un conjunto de ideas, posturas prácticas y militancia de contenido muy diverso: liberalismo Spenceriano, positivismo kantiano, socialismo sentimental y agrario de Henry George, marxismo evolucionista de Carlos Marx y Federico Engels, y en los ambientes vinculados con la clase obrera".

Pero hay una evolución hacia el cristianismo, preferentemente al catolicismo. Son series de los Angeles son magníficas. En el tomo titulado *Blas de los Angeles* (1951) encontramos:

1959
de
Blas
en el
mes

*El Ángel de la música
Te abre al fin e serenas
con tu misterio el alma
¡Granada del verano,
guardada
con tu sangre entre arbores
y sombra de granada:*

*Una embriaguez más pura que las vides
me das, y así la sombra
de muerte con que embriagas
los vinos del lagar:*

*Tu profundo misterio
cerrado, no movido,
no tocado por aire, por mano, por lluvia,
hay se me muestra:*

*Con los ojos vendados
por el sol, que ya viene
doruando el día,*

*reconoció como sol,
como un sol en la noche
el Sol que por sus dedos se mudaba!*

*¡Y te que, ras humilde, poderosa,
para ser cada día,
en celdas invencibles
volabas al gran misterio del estío,
granada retinalida,
secreta y embriaguez en mis oídos!*

LA MUSICA, LA FE Y EL SIMBOLO

Y fue la música. Sor Juana Inés de la Cruz, Fray Luis... Luego los contemporáneos: Maritain, ya estuvo en sus lecturas León Bloy, y Santa Teresa de Avila, a quien todos amamos.

Luego de muerta cada ciudad se la disputaba. El brazo salió en las campañas de Franco. Santa Teresa fue descastrada y cada parte de su cuerpo está: donde nació, también donde realizó su práctica y donde murió. La saeta generó un mercado de souvenirs, pero quienes captan la esencia ven en la saeta, en su vida y poesía una rica fuente de sensibilidad. Es por eso que Linares nos dice: "Toda ella es una efusión sentimental penetrada, esclarecida, por la más sutil intermedialidad y expresada con figuraciones de belleza arbitraria".

Dejemos lo que la poeta expresa: "Las cosas más dominantes de mi vida mortal, las he transformado justo a las cosas más profundas de mi vida inmaterial". Domingo Borboli señala en su *Antología de la poesía surraguaya contemporánea*. La Música, la Fe y el Símbolo, he aquí las tres claves de Esther.

Presumo que es la fe lo que hizo a Esther abandonar, pero sin negar ultra, su postura frente al mundo.

De ese período este poema.

*La sangre del pobre
Va por el tiempo oscuro
y extiende en los jardines curvados melo-
día
Despierta en campanas la flor de es-
tíves melo-
hace florar a Cristo
y se yergue en silencio cada día, cada si-
glo,
para ser otra vez, dorado estigma,
Canta en pulsan e realones
¡qué vital, qué pradera, qué bosque,
qué viento y luz, transido!*

*¡Qué generoso trigal
¡Qué mirada larga de los mendigos
de las doradas y roja se amortigua
para llevar en sombra: por decimas,
sangre y oro caudales!*

*En un jardín de flor ataraxia: lo heido
los cristales destellos del caravansai.*

*Demanda celi aere frías
Deseñando, al más frío
Sobolito en aere frías
¡Y ya sea se vea la rosa
amor un blanco adobido
¡Amor cuando tu herida
en el jardín caído!*

*Se recualtes desentier
Lo más puro
en el que que amiricillo
¡poder de amor de Rosa
¡Amor cuando tu herida
en el jardín caído!*

*¡Y ya sea se vea la rosa
amor un blanco adobido
¡Amor cuando tu herida
en el jardín caído!*

*¡Y ya sea se vea la rosa
amor un blanco adobido
¡Amor cuando tu herida
en el jardín caído!*

*¡Y ya sea se vea la rosa
amor un blanco adobido
¡Amor cuando tu herida
en el jardín caído!*

Facsimil de un original de Esther de Cáceres, poetisa de la poeta Edita Piaggio.

*—¡y! un solo misterio en
Aus ojos del pobre
profundura del fuego
hacia la santa llama, en el
último día...*

El mendigo, el pobre y el marginado en espera de algún mundo mejor intuye Esther de Cáceres. Hay un horizonte de oro, así presupular que pena en sus juegos el mar y nuestras esperanzas.

Para la poeta es un leit motiv: la búsqueda de la santa llama. La mirada larga y anticipatoria del misticismo. Ocurrirá en "el último día" cuando nos acercemos a la llama. Espiritus Santo que es protección. No podemos perder nuestra salvación.

ENTRE EL ESPANTO Y LA ALEGRÍA

Como todo poeta tiene en su creación un autorretrato, que es expresar y comunicar con el lector sus más hondos sentimientos.

Retrato

*Vengo de un tiempo triste e incruentado
caminando entre espanto y maravilla
He visto muertos solos;
libros nuevos, perdidos;
abais puertas cerradas.
¡Y yo triste y alegre todavía!*

*2
Amo los seres libres y los árboles
las nubes silenciosas,
libros nuevos, perdidos;
abais ramas que el sol toca
y la cara tranquila de las rosas:
¡Todo me ha dado el que me tiene adido!*

*3
En jardines de sueño o de vigilia
no las recuerdo... ¡vital!
las cristianas más:
un vuelo de palomas,
un bosque estremecido,
tu cara entre las flores... ¡todo vivo!
¡Todo va por mi sangre
en largo espejo lento, sumergido!*

*4
Me tiendo en playas de oro...
Salgo al campo necrurno...
Doy al aire del mundo
el cubello agitado,
a meñita encendida...
¡Y el andar entre espaldas y entre
respiras!*

*5
Sólo tengo estas cosas:
el fuego
sin ventanas, sin am-
bosales*

El mar, de orilla dulce

Hay una postura letrada en los versos precedentes. *Las cristianas más!* un vuelo de palomas — un bosque estremecido

Eligió, y elige a cada instante de su vida. Cada momento en oro. Caminando entre espanto y ale-



*¡Fiel!, su camino se edificó entre
"el andar entre espaldas y entre res-
piras".*
En los tres primeros momentos resaca de sus experiencias. Tiene el fuego (dador de vida). No hay valías, puertas ni ventanas que traben sus inquietudes. *Cristina Esther:* "Mi poesía debe lo mejor de sí a los ejemplos de mis más amados creadores y de mis más encandados músicos. Bach, Beethoven... San Agustín Gregoriano. Y mi ideología con respecto a la filosofía, la sociología y lo político, es absolutamente fiel a la doctrina anarquista". Antonio Mazarinos (1910-1994) ocupó estas opiniones para su libro *Generación del Uruguay* (1946).

LA GENERACION DEL CENTENARIO

Poder de Amor (poema de Ceato Desierto)
*Con su poder de amor atravesó la rosa
el cristal del invierno
Demanda entre aire frías...
Más blanca al aire frías...
¡Incauto el aire frías...
Y ya no es más la rosa
sino un blanco silencio
en el jardín vacío...
¡Transfigurada rosa!
¡No se al con qué invisible
poder de Amor, de rosa,
cuánto entra mi alma
en los blancos adobidos!*

Son dieciséis los libros de Esther de Cáceres. Pero en todos se recoge la música y la tradición judeo cristiana. Cristo, rosa, sangre, los jardines, las fantasías. Esther de Cáceres perteneció a la pléyade de la talla de Carlos Rodríguez Piaggio (1895-1963), brillante poeta y narrador, Clara Silva (1907-1976), Selva Miqueluz (1899-1981), Pedro Piccato (1908-1944), prematuro y dolorido; Susana Soca (1907-1959).

Fue llamada Generación del Centenario del 30.

Leer los libros de Esther produce melancolía por los mundos que debemos abandonar. Está y si no están los paraísos, con utopías, los logramos.

Juan José Quintana hace una evocación de Esther de Cáceres, en *La República de las Mujeres*, edición del 14 de enero de 1996.

Epigrama
El poeta que se llama
El poeta que se llama
El poeta que se llama

CORREO LITERARIO



AÑO 11 - No. 37 - 30 de...

Buenos Aires, 1 de Julio de 1945

Periodico Quincenal

"Concierto de Amor" de Esther de Cáceres

Por GABRIELA MISTRAL

UNOYAYAYAY... Sin el trillado
trueno "trueno y trueno" repite
el autor poético...

La Estrella arrojó un quipo
trueno y trueno, que se trueno
trueno de la noche...



Gabriela Mistral



Esther de Cáceres

El trueno y el trueno
trueno y trueno, que se trueno
trueno de la noche...

En una "Epigrama sin trueno"
Esther de Cáceres nos trae
trueno y trueno...

El trueno y el trueno
trueno y trueno, que se trueno
trueno de la noche...

En una "Epigrama sin trueno"
Esther de Cáceres nos trae
trueno y trueno...

El trueno y el trueno
trueno y trueno, que se trueno
trueno de la noche...

En una "Epigrama sin trueno"
Esther de Cáceres nos trae
trueno y trueno...

El trueno y el trueno
trueno y trueno, que se trueno
trueno de la noche...

En una "Epigrama sin trueno"
Esther de Cáceres nos trae
trueno y trueno...



Julio Pérez y Estrella Pineda...



Julio Pérez...



Estrella Pineda...

NUEVAS

El poeta que se llama
El poeta que se llama
El poeta que se llama

Un Poeta que fue un Santo

Antonio Machado

Por JEAN CASSOU

El 10 de febrero de 1914, Antonio
Machado...

En su libro de 1914, Antonio
Machado...



Duocentenario de la independencia...

En la ilustración, sobre los sucesos del 25 de mayo...

En la ilustración, sobre los sucesos del 25 de mayo...

En la ilustración, sobre los sucesos del 25 de mayo...

En la ilustración, sobre los sucesos del 25 de mayo...

En la ilustración, sobre los sucesos del 25 de mayo...

En la ilustración, sobre los sucesos del 25 de mayo...

En la ilustración, sobre los sucesos del 25 de mayo...

En la ilustración, sobre los sucesos del 25 de mayo...

SUMARIO:

"CONCIERTO DE AMOR" DE ESTHER DE CACERES...

IMAGER, POETA Y MORTAL, por Julio Ma...

EROS Y SODALIDAD, por Nicolás Gil...

Correo Literario de Buenos Aires, 1945, donde se publica el Prólogo de Gabriela Mistral a la obra Concierto de Amor, de Esther de Cáceres.

gran intencionalidad y gran fineza. Fue muy apadable -
 hablar de vds. allí. a Zum
 Felde dile que pensamos
 mucho en él - que justame-
 nte yo asistí en Londres a
 una conferencia sobre Polonia
 de América, ^(de un mes) que revelaba una
 ignorancia y una confusión
 tremendas; mientras oía la
 conferencia pensé en Zum Felde,
 en su obra; en su labor tan
 seria, tan noble y tan difícil.
 Al finalizar la conferencia ha-
 blé con el orador y le dije
 todo lo que pensaba de su
 horrible conferencia; y le
 dije que debía conocer la obra
 de Zum Felde antes de hablar
 ni una palabra sobre litera-
 tura americana. Después en
 lo de Despouey hablamos un
 día de los libros y acción
 de Zum Felde y de lo que él
 significa después de un balduceño.
 Clara, París está maravilloso.

Fragmento de carta manuscrita, enviada desde Europa, por Esther de Cáceres, donde menciona la importante obra de Zum Felde y la ignorancia de ella en Londres.

ELISEO SALVADOR PORTA
(1912-1972)



Eliseo Salvador Porta (1912-1972) (Foto archivo de la familia Gloria Galván y Mariana Porta)

19 DE AGOSTO DE 2015

ELISEO SALVADOR PORTA (1912-1972)

Eliseo Salvador Porta fue un médico uruguayo, graduado en nuestra Facultad de Medicina, que también ejerció como profesor de Enseñanza Secundaria y fue un destacado escritor. Nació en Tomás Gomenzoro, departamento de Artigas, y ejerció la Medicina en Bella Unión, donde terminó sus días.

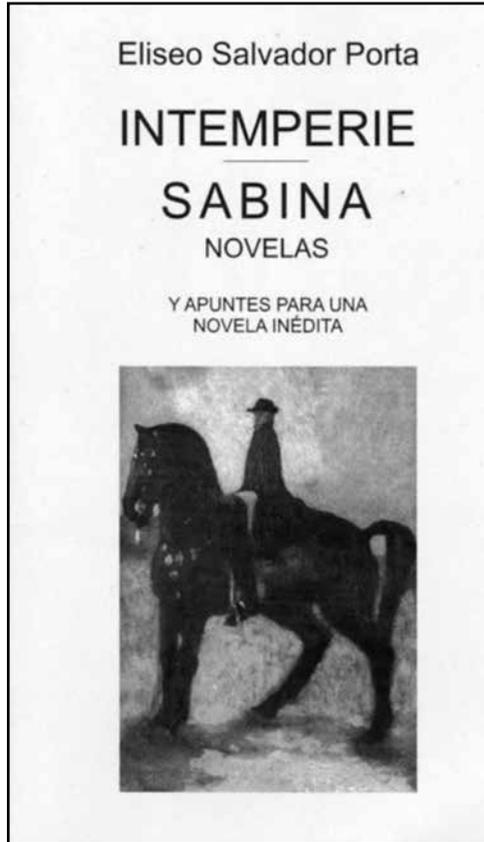
Un hecho circunstancial, consecuencia de los viajes a Salto, me permitieron conocer, en una reunión de la Asociación de Psiquiatras del Interior realizada del 19 al 21 de junio de 2015, al estimado colega Dr. Marcelo Escobal, cuya esposa Mariana era la hija menor del afamado médico y escritor. El intercambio comenzó en los entreactos de la misma jornada, y un mes después nos reencontramos en Melo, donde reside el matrimonio Escobal-Porta con sus hijos, en otra reunión similar de colegas residentes de aquel departamento. Allí Mariana Porta me obsequió un hermoso libro que recoge dos novelas de su padre, que tuvieron varias ediciones previas “Intemperie” y “Sabina” y unos “Apuntes para una novela inédita”. El libro fue publicado por Ediciones de la Banda Oriental, con motivo de su 50º aniversario.¹

1 PORTA, Eliseo Salvador: *Intemperie - Sabina, novelas, y apuntes para una novela inédita*. Ediciones de la Banda Oriental y la Biblioteca Nacional, 2011, 368 páginas, Montevideo, Tradinco.

El libro, con prólogo del Lic. Alejandro Gortázar, da una idea aproximada de la personalidad literaria de este médico. Pero Mariana pidió a su madre, la periodista Gloria Galván, que escribiera una semblanza de su padre, a quien conoció poco, porque falleció a poco de ella nacer, y me la envió en las semanas siguientes, junto con algunas fotos de Eliseo Salvador Porta. Aquí se enriquece el conocimiento de la persona, del profesor, del médico, del esposo y padre. Se ensancha y revive la existencia de Porta en sus tiempos de estudiante del interior en Montevideo, sus trabajos en la capital, antes y después de graduado, y su vuelta a su Artigas natal, haciendo un trabajo muy esforzado como médico de una

pequeña población, que a veces le requirió transformarse en médico rural, siendo también médico forense. Pero sobre todo, un hombre con un profundo sentido de la solidaridad y una clara conciencia social. De ahí el valor de este recuerdo, que recoge cuatro vertientes, la escrita por su propia esposa (que antes fue su alumna en el Liceo de Tomás Gomensoro), la glosada por el prologuista de su libro recientemente editado, cuarenta años después de su muerte, la de una profesora de Literatura oriunda y residente en Artigas, con especial referencia a su obra poética, y la de un médico amigo mío, hijo de uno de sus más cercanos amigos artiguenses.

Me pareció de rigor reunir estos antecedentes, para hacer conocer la existencia de este médico que fue referente y tan querido para las poblaciones en que trabajó, que hoy el Liceo de Tomás Gomensoro lleva su nombre, entre otros recuerdos locales. Pero para el resto del País,



Eliseo Salvador Porta estaba en el olvido. Esperamos que ahora pueda en parte repararse esa injusticia.

I

Eliseo Salvador Porta

GLORIA GALVÁN

EL PROFESOR

El patio y la galería están llenos de adolescentes revoltosos que esperan el timbre para entrar a clase. Por la puerta principal están llegando los profesores del turno y más alumnos.

Alguien avisa:

-¡El Dr. Porta!-

Se hace un breve silencio para ver al hombre alto que entra con paso elástico y seguro, viste un terno gris, lleva corbata y sombrero al tono como en un desfile de moda masculina. Los jóvenes corren a su aula junto con el timbrazo, y cuando entra el profesor Porta, la clase está ordenada y expectante.

Saluda con voz profunda de barítono, pasea la mirada por el grupo y dice algo que les provoca sonrisas. A continuación se sienta sobre la mesa del escritorio.

Desarrolla la clase como un cuento de la Tierra, salpicado de anécdotas. Dibuja esquemas en el pizarrón cuelga un mapa, y otro despliega conceptos visibles como si los creara con sus manos y presenta un dibujo de un trozo de torta de cumpleaños diciendo: “así sería un corte del Suelo”. Hace participar a los alumnos para interpretar los rellenos de la torta (“el dulce de leche, la masa, la crema, el chocolate, son las capas del suelo, esas que ustedes aprendieron de memoria”). Y todos festejan. Y aprenden.

Siempre es así. La clase del Prof. Porta es una jarana, pero los temas más áridos se vuelven sencillos. Su vocación por la docencia se despertó cuando, a poco de llegar a Bella Unión como médico, con fama in-



Liceo de Tomás Gomensoro, hoy denominado "Dr. Eliseo Salvador Porta"

cipiente de escritor con libros publicados, el director del Liceo le ofreció clases de Literatura. ¿Qué otra materia se le ofrece dictar a un escritor?

La respuesta fue que prefería dar clases de Geografía. ¿Por qué? “Porque no sé nada de geografía y tengo mucho interés en estudiarla”.

Así fue que un año después se presentó a Concurso de Oposición en Enseñanza Secundaria y obtuvo el 1er. puesto a nivel nacional con el puntaje máximo. Y eligió el Liceo de Bella Unión.

Trabajar con estudiantes adolescentes le dio la oportunidad de utilizar toda la gama de su histrionismo y encanto personal para transmitir conocimientos que se volvieran indelebles y hacer gustar la Geografía en toda su magnitud Humana y Económica, como lo prueban los recuerdos de sus alumnos, hoy abuelos de 60.

Tiempo después obtuvo la titularidad como médico de Tomás Gomensoro- que está a 30 Kms de Bella Unión, Ya instalado en el pueblo, tuvo que viajar diariamente al liceo en el “tren de los estudiantes” que transportaba alumnos de toda la zona a Bella Unión.



Homenaje al Dr. Eliseo Salvador Porta, al darle su nombre al Liceo de Tomás Gomensoro



Mariana Porta Galván, ante la placa que da el nombre del Liceo de Tomás Gomensoro a su padre, Eliseo Salvador Porta

Su destacada actuación en congresos de docentes, salas de Ciencias Geográficas y publicaciones para profesores lo convirtió en un referente de primera línea en la enseñanza de la Geografía.

En paralelo no descuidó nunca su tarea de escritor como novelista y de observador crítico del Agro y la Sociedad Rural como lo evidencia su ensayo sobre Reforma Agraria a lo que suma su copiosa labor periodística que desarrolló en periódicos prestigiosos y de gran circulación como *Marcha*, *Época* y el semanario *Guión* del que fue fundador.

EL MÉDICO

Tenía 18 años cuando llegó a Montevideo, alquiló una pieza de pensión con otros tres estudiantes y empezó la carrera de Medicina que por entonces duraba de ocho a diez años.

Vivía la vida de estudiante con verdadera pasión de vivir, disfrutaba los amigos con el mismo entusiasmo que el estudio, los amores juveniles tanto como la lectura voraz de los clásicos.

Pero la mesada que podía mandarle su madre apenas pagaba el alquiler y poco más.

Las anécdotas de ese período contadas por el protagonista con fruición retroactiva refieren los momentos difíciles de los cuatro compañeros de pieza: “Se nos terminaba la mesada al mismo tiempo y había que ingeniarse para llegar a fin de mes. Buscar algún pariente para que nos invitara a almorzar, juntar las últimas monedas para comprar verduras y frutas pasadas de maduras al final de la feria... Uno de los compañeros inventó otra estrategia: “salir a probar quesos”. De una punta de la feria a la otra, repartidos a ambos lados de la misma, probando quesos. ¡Llegamos a recorrer dos ferias el mismo día!

Hasta que uno de los amigos propuso: ¿y si saliéramos a probar bananas? Lo intentamos. Pero el primer feriante al que le planteamos nos dijo ¡Pero muchachos, cómo van a probar bananas! Tomen, llévenselas. Y nos dio un cacho de bananas moviendo la cabeza negativamente...

Finalmente consiguió trabajo en la Aduana, al principio para “pegar membretes en los cajones” (qué tiempos, antes de los contenedores), después cadete, oficinista, y al recibirse, médico del Servicio de Aduanas.



Eliseo Salvador Porta, en una imagen de su juventud en Montevideo (Foto archivo de la familia Gloria Galván y Mariana Porta)

Ya médico recibido y con familia, ejerció algunos años en Montevideo, pero nunca echó raíces en la ciudad a pesar de sus muchos amigos ciudadanos. “Viví 25 años de paso en Montevideo” solía decir. Su propósito era volver a Tomás Gomensoro, su pueblo, donde no había médico y la Sala de Auxilio permanecía cerrada desde incontables años.

Primero logró un cargo en Bella Unión como médico forense y desde donde se empeñó con el Ministerio de Salud Pública en obtener su nombramiento para Gomensoro, lo que consiguió una vez superadas las múltiples inclemencias de la burocracia.

Entonces sí, se pone a prueba su vocación.

En el pueblo los dolores de la gente no tienen horario ni feriados. Los pacientes llegan como a la puerta de Emergencia de un hospital, con la diferencia que el médico es uno solo. Bebé en convulsión por fiebre alta, paisanos con cuchilladas en el vientre por una pelea en la estancia, varios fracturados en accidente de ruta, una joven que intentó suicidarse tomando veneno para hormigas, un llamado a domicilio por una parturienta en problemas, y todo esto después de concluido el horario de atención en Policlínica, habiéndose marchado ya la única enfermera.

El Dr. Porta atiende, receta, cose heridas, aconseja, administra inyectables, rezonga y calma con infinita paciencia los gemidos de un niño.

Con frecuencia el llamado es para alguien que vive en el campo y no tiene cómo trasladarse. No hay problema, tráiganme un caballo. Y allá va, jinete vaquero con maletín a atender un parto problemático en una casita mínima allá por el fin del mundo.

¿Resignado a las carencias de la situación? Nada de eso: Disfrutando la oportunidad de estar en medio de la naturaleza, campo, caballo, montes, y al mismo tiempo imaginando los cambios profundos que necesita nuestra sociedad rural ... En fin, sintiéndose el héroe de la peripecia del momento.

EL HOMBRE

Porta nació en Tomás Gomensoro, Artigas, último hijo de una familia numerosa: tres hermanos varones [Fernando, Humberto, Atilio, y Eliseo] y cuatro mujeres. Su madre, Juana Sarasúa, una muchacha

criolla, se enamoró de un italiano inmigrante Octavio Porta, alto, rubio, con brazos fuertes de trabajar en las canteras de mármol cercanas a Florencia donde había nacido. En Gomensoro estaba encargado de la cuadrilla que construía el ramal del ferrocarril del norte que uniría el ferrocarril Midland con la última frontera del país.

Los dos jóvenes se enamoraron, se casaron y el hogar se llenó de niños, juegos, lecturas y canciones que entonaba el padre con hermosa voz. Don Octavio, como le decían, recitaba de memoria versos de la Divina Comedia. Y es posible que, sin saberlo, el padre estuviera despertando el gusto del niño Eliseo por la literatura.

Pasó la niñez entre la escuela y el campito haciendo mandados y pateando pelota. Concurrió a Secundaria en la ciudad de Artigas, donde terminó el Bachillerato con una cosecha de amigos de los que son para toda la vida.

Entre ellos, Juan Ramos, Ariel y Eladio Dieste, con quienes siempre mantuvo correspondencia. Y más tarde, a su regreso de Montevideo,



Estación Tomás Gomensoro, en cuya construcción participó su padre.



De izq. a der.: José Riva, Eladio Dieste, Eliseo Salvador Porta y Ariel Dieste (Foto archivo Dr. Enrique Dieste)

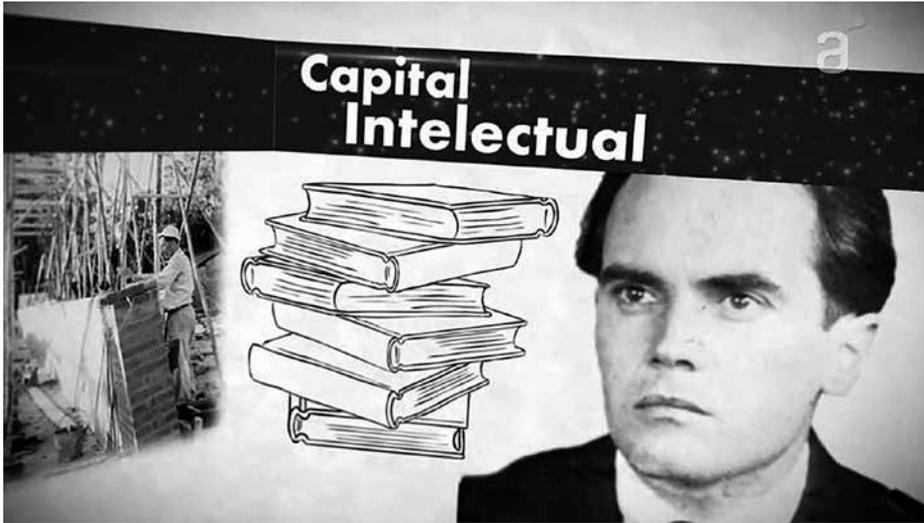
ya convertidos en profesores los dos primeros y Eladio Dieste en el Ingeniero insigne que trascendió fronteras, tuvieron encuentros frecuentes y “tenidas” de intenso intercambio y discusión intelectual.

En opinión de sus amigos, Porta era “el Poeta”, “el Amigo”, “el Loco” y “la Fiera”.

Médico, profesor, escritor y periodista, fue todo a la vez. Su capacidad de trabajo se lo permitía con largueza. Incluso se dio un gusto que se transformó en pasión de su vida, como lo fue el estudio profundo de la Historia Nacional, con predilección por el período Artiguista.

Se acercó al Jefe de los Orientales con suficiente valentía para indagar en su Sicología en procura de desentrañar los caminos de su pensamiento y así poder trasmitir sus conclusiones con admiración reverente y profunda.

Extrovertido, afable, talentoso con un fino humor que lo distinguía entre sus iguales, desarrolló fuertes vínculos con personas de toda edad y condición. Su capacidad de generar cercanías le facilitó el diálogo con ancianos sabios, peones de estancia, productores, señoras, almaceñeros y hasta con pillos y vividores.



El Ing. Eladio Dieste en su juventud



Eliseo Salvador Porta, Ariel Dieste y José Riva (Playa del Buceo, Montevideo, diciembre 1930) (Archivo Dr. Enrique Dieste)



Esas mismas cualidades le reportaron la constante admiración femenina, que él recibía con halago y gentileza, con lo cual muchas veces las damas pasaban de la admiración al acoso, ya sea en viajes, congresos, reuniones de amigos, incluso en el consultorio médico.

A lo largo de su vida se casó tres veces y de cada matrimonio tuvo una hija: Nadia, Cristina y Mariana.

Inevitablemente era el centro de toda reunión mediante cuentos y anécdotas o reflexiones profundas o provocadoras según fuera el caso, conversación brillante y velocidad para la respuesta justa en una discusión.



Eliseo Salvador Porta, en su madurez (Foto archivo de la familia Gloria Galván y Mariana Porta)

La alegría de vivir que brillaba en sus ojos verdiazules, la exuberante juventud que emanaba de su persona iban a la par con un inquietante temor a la vejez que asomaba en sus expresiones de vez en cuando.

El doctor en Ciencias se negaba aceptar las leyes de la Naturaleza.

II

El libro mencionado al comienzo, trae un prólogo de Alejandro Gortázar titulado El proceso de emancipación oriental como ficción. Las novelas

históricas de Eliseo Salvador Porta. Lo transcribimos íntegramente por su valor, con la exclusión de las referencias bibliográficas.

Alejandro Gortázar

En un libro que ya es famoso entre los académicos, Doris Sommer (1991) plantea su interpretación de lo que llama “romances fundacionales”. Jugando con el significado de la palabra romance en inglés que remite tanto a la novela rosa como a las relaciones amorosas, Sommer encuentra en textos románticos como Amalia de José Mármol (publicada en folletín entre 1851 y 1855) o María de Jorge Isaacs (publicada en 1867) relatos basados en “el amor natural heterosexual y en los matrimonios, que proveen una figura aparentemente no violenta de la consolidación de los conflictos a partir de la segunda mitad del siglo XIX”. Apelar a estas relaciones tenía como objetivo que las elites letradas conquistaran los corazones de los ciudadanos fomentando intereses comunes (como el amor) antes que la utilización de la fuerza. En las interpretaciones de Sommer el éxito de un proyecto de nación estaba relacionado, en las novelas, con el éxito de las relaciones amorosas. Cuando esto no sucedía, cuando estas relaciones fracasaban, se debía a que los conflictos de los Estados-nación emergentes no permitían construir un proyecto común. Así, para citar un ejemplo, las luchas entre unitarios y federales impidieron que Amalia y Eduardo pudieran ser felices en la novela de José Mármol. Esta lectura alegórica de los “romances fundacionales” resulta muy productiva a la hora de comprender el trabajo de la ficción en los procesos de imaginación de la nación.



Alejandro Gortázar Belvis, Asistente de Literatura Uruguay, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, MEC, ANII.

Pero qué relación puede haber entre esta lectura, que bien podría circunscribirse al siglo XIX, y dos novelas históricas publicadas una en 1963 y otra en 1968 en Uruguay. Por qué un escritor como Eliseo Salvador Porta, nacido en el departamento de Artigas, encara la tarea de escribir dos “romances fundacionales” en pleno siglo XX. En este trabajo intentaré dar respuesta a estas

preguntas partiendo de una reflexión de Stathis Gourgouris, que introduce la cuestión de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis de Freud y afirma que la nación es una forma histórica porque “no puede hacer más que reemplazar su estado onírico por una interpretación del mismo”. Y en ese sentido “[s] i una nación sobrevivirá como un sueño o no depende de cuánto tiempo pueda sostener su propia interpretación como un síntoma sensible de su existencia”. Una reflexión de este tipo permite comprender no sólo la publicación de las novelas históricas de Porta sino las continuas celebraciones de Centenarios y Bicentenarios como parte de los intentos de los partidos que gobiernan el Estado por mantener una interpretación de sus sueños o proyectos de nación.

Así la celebración del actual Bicentenario del proceso emancipatorio en la Banda Oriental establecida por el Estado para el período 2010-2015 aparece como un contexto indicado para republicar las novelas históricas de Eliseo Salvador Porta juntas. Porque toman como materia narrativa el proceso que va de 1811 a 1820 liderado por José Gervasio Artigas y porque fueron publicadas en un contexto histórico distinto al presente que tuvo también centenario (de la muerte de Artigas, en 1950) y bicentenario (de su nacimiento, en 1964). Ambos festejos sirvieron de estímulo, como el actual, para la creación artística mediante diferentes premios y eventos. Fue precisamente a raíz de cierto malestar con los festejos oficiales de 1950 que Eliseo Salvador Porta escribió su ensayo Artigas. Valoración psicológica, publicado en 1958.

Pero un nuevo clima de festejos generó las condiciones para que aparecieran sus dos novelas históricas: Intemperie (1963), premiada por el entonces Ministerio de Instrucción Pública, y Sabina (1968), ganadora del primer premio de un concurso organizado por El País en el bicentenario del nacimiento de Artigas en 1964. Ambos textos tuvieron un éxito importante, con tres re-ediciones en vida del autor en el caso de Intemperie y ediciones póstumas en ambos casos. Además Porta dejó unos apuntes para una tercera novela que titularía 1815 cuya primera publicación parcial fue hecha por Hugo Fontana en el semanario Brecha en 1987 y que se publican completos en este libro.

1. ELISEO SALVADOR PORTA: LEJOS DE LA GENERACIÓN DEL 45

Como escritor Eliseo Salvador Porta estuvo alejado – tanto estética como geográficamente – de las luchas de los grupos que integraron la luego célebre “generación crítica” o “del 45” aunque estuvo cerca de la revista Asir. Este

alejamiento hizo que la crítica montevideana o bien fuera indiferente a su obra o bien apenas consignara su existencia. Sin embargo la obra de Porta, como él mismo le reprochaba a los del 45, se agotaba en las librerías. Su infancia y juventud en el departamento de Artigas, así como su experiencia en Montevideo, fueron fundamentales para su formación e influyeron en sus elecciones estéticas.

LOS AÑOS DE FORMACIÓN

Nació en Tomás Gomensoro el 13 de marzo de 1912. Era el octavo hijo (y último) de Juana Sarazúa y Octavio Porta, dos inmigrantes italianos² de la Toscana que emigraron con destino a Norteamérica y al pasar por Uruguay deciden instalarse en el departamento de Artigas para la construcción de la vía de tren por parte de los ingleses. Octavio Porta contribuyó a la fundación del pueblo Tomás Gomensoro (originalmente llamado Zanja Honda) y otros miembros de su familia participaron de la vida política del departamento. Pasó sus primeros años en Tomás Gomensoro completando su formación en la escuela pública entre 1917 y 1922. Posteriormente se trasladó a la capital del departamento para ingresar a la enseñanza secundaria, formando parte del joven “liceo departamental” – inaugurado en 1913 – que cubría la formación obligatoria de primer a cuarto año de liceo (1923-1926). Hacia 1927 se instala en Montevideo para iniciar el bachillerato que le lleva dos años y egresar de la Facultad de Medicina (1929-1944).³

Los datos sobre la niñez de Eliseo Salvador Porta son escasos. Hacia 1920, según Bordoli, fallece su penúltimo hermano – Atilio- a causa de un incendio en el depósito de faroles. Su nombre aparecerá en las obras de Porta designando por lo general al héroe de la acción novelesca, lo que sugiere la profunda herida que este hecho abrió en el hermano menor de la familia. Otro de los datos importantes de esta primera etapa es el que aporta Bordoli, en su prólogo a la primera edición de Con la raíz al sol (1953), respecto a las herencias intelectuales de la familia:

Porta experimentó desde niño la seducción literaria bajo la influencia de una tradición familiar de lecturas. Comenzó sobre los novelones y folletines de antaño de Alejandro Dumas, Pérez Escrich, Xavier

² Nótese que este autor escribe Sarazúa y la considera inmigrante italiana, mientras la esposa de Porta la escribe Sarasúa y afirma que era criolla casada con un inmigrante italiano. Damos más crédito a la versión de la esposa, en este punto.

³ Según Washington Buño, en su relación de los egresados de la Facultad de Medicina, desde 1875 hasta abril de 1965, pág. 76, Eliseo Porta se graduó el 27 de diciembre de 1944.



de Montepin. En torno de la madre, la primera lectora – que, para adoctrinar devotamente a sus hijos, acostumbraba exponer en forma de cuentos el mundo infernal de la Divina Comedia, al que suponía históricamente verdadero – se arracimaba la prole familiar de cinco varones y cuatro mujeres.

También el padre solía cantar trozos de ópera. La asendereada aunque no muy larga vida de este florentino es toda una novela: ferrocarrilero, capataz de cuadrilla, pocero, picapedrero, albañil; y un entusiasmo lleno de ideas sobre el pueblito. Cuando este recibió oficialmente el nombre de Tomás Gomensoro [1908] y abandonó el antiguo de Zanja Honda, el padre de Porta subió a la tribuna de la plaza y dijo un discurso [...] (Bordoli, 1953: s.p. Énfasis mío).

Es posible entrever en estos datos presentados por el crítico de la editorial Asir dos cuestiones fundamentales: primero, la influencia de la cultura popular (folletines) y también de la alta cultura (Divina Comedia, ópera) que los padres transmitieron a sus hijos en el hogar, y segundo, este respeto e importancia que le da al trabajo manual y a la participación en la política y la vida social de su localidad que, según Bordoli, llega a través del padre. Estos dos aspectos son fundamentales para comprender el apego que tendrá Porta en el futuro a las formas tradicionales del realismo decimonónico, su clara actitud anti-libresca y

su dedicación, en tanto intelectual y médico, a las cuestiones políticas y sociales tanto de Tomás Gomensoro como de Bella Unión.

Otro aspecto a señalar es el “cariño” con el que el autor recordaba a sus profesores de literatura liceales: Norberto Bautista y Alcaraz (en Artigas) y Osvaldo Crispo Acosta (en Montevideo) cuyos consejos, según Bordoli, guiaron su temprana inclinación por la producción literaria. Sin embargo, se trata de unos pocos datos referentes a la relación del autor con el sistema educativo (en sus etapas iniciales), que han servido a la crítica para hacer referencia a una supuesta “escasa” formación literaria, imagen que el propio autor se encargó de promover en reiteradas ocasiones.

LOS AÑOS MONTEVIDEANOS

Eliseo Salvador Porta se instala en Montevideo en la década del treinta. Los hombres que nacieron como él en la primera década del siglo XX serán testigos de la crisis económico financiera mundial (1929), del “Centenario” de la vida constitucional del país y su visión orgullosa de la nación, de la dictadura de Gabriel Terra (1933) como su contracara inmediata, de la Guerra Civil Española (1936-1939) y del comienzo de la segunda guerra mundial (setiembre de 1939). Según Real de Azúa esta generación:

[...] vio el erizamiento de las posiciones llevado a extremos de literal belicosidad y el clivaje de las ideologías calar hasta las profundidades que amenazaban toda coexistencia. Esto decidió que el acendramiento de posturas religiosas en unos, de militancia social en otros haya sido mucho más neto que en sus antecesores. Estos hombres y mujeres del 30 y el 36 sí sintieron la revulsión del país bajo sus pies. (Real de Azúa: 36-7)

Porta vivió esa “revulsión del país” cuando sus pies estaban en la capital y permaneció en Montevideo hasta 1952 alternando su vida montevideana con viajes periódicos a su departamento. Eliseo Salvador Porta militó durante la resistencia a la dictadura de Terra y escribió en dos periódicos dirigidos por Julio C. Grauert, La calle y La protesta (Da Rosa: 106). Hacia 1940, según Da Rosa, ingresó al Partido Comunista Uruguayo y escribió en su periódico (Justicia).

Estas dos vertientes: la militancia social a través de la Universidad y la política, a través del comunismo, serán fundamentales en la concepción del arte (y

de la literatura en particular) que Porta elaborará durante su experiencia montevideana. El crítico Da Rosa advierte que el grupo de intelectuales comunistas no tuvo una expresión orgánica definida en la década del cuarenta, lo cual hace muy difícil ubicar a Porta entre ellos, aunque sus primeras publicaciones sugieren una cierta influencia del marxismo en sus reflexiones y praxis literaria.

La política y la militancia social durante su formación montevideana estimularon una literatura de corte social cuyo escenario era el medio rural, sin idealizaciones sobre gauchos y chinas con trenzas. Porta no fue el único, estaban Asdrúbal Jiménez o Alfredo Dante Gravina, más alineados con el PCU y el realismo socialista, la estética oficial soviética. Estos y otros autores alimentaron el realismo social y socialista producido en el país durante las décadas del cuarenta y cincuenta, inyectando nuevas perspectivas a esa tradición algo anacrónica de la vida rural.

EL REGRESO A ARTIGAS

Su regreso definitivo a Artigas se produjo hacia 1955. Muchos años después, a raíz de una encuesta realizada por Ángel Rama para el semanario Marcha, Porta reflexionará sobre este hecho:

Sospecho que la infancia y la adolescencia pueblerina [es] donde deben estar las raíces de mis inclinaciones y la cuna de mis personajes. Creo que este período es decisivo para todo el mundo. El poder reanudar, después de 25 años, el diálogo interrumpido, me parece una de las aventuras más incitantes que he vivido como escritor (Porta, 2000:60)

Una vez instalado en Bella Unión, trabajará como profesor de geografía y médico forense en Salud Pública, esperando un cargo médico en Tomás Gomenzoro, y “en medio de serias carencias económicas” (Da Rosa: 107). La carrera docente lo llevará, muchos años después, a ser director del liceo de la localidad donde nació y tener un papel importante en la difusión de la geografía en el medio docente de enseñanza secundaria.

Uno de los hechos más relevantes de esta etapa es su vinculación con el grupo Asir. Desde 1952 a 1959 colabora con la revista publicando dos cuentos – “El padre”, extraído de De aquel pueblo y sus aledaños y “La casa del Prado” – algunos fragmentos de su novela Con la raíz al sol – bajo el título “La estancia sola” – y un artículo ensayístico sobre el estado de la literatura posgauchesca en Uruguay, titulado “A propósito de una nueva literatura autóctona”. Si bien

no puede afirmarse que Porta comparta todos los rasgos generales del grupo (tal como los describe Real de Azúa): religiosidad, trascendencia, nacionalismo, cierto regionalismo vegetativo, es cierto que está más cerca de su estética. Este acercamiento le genera un vínculo con Arturo Sergio Visca que será muy productivo. Éste lo incluirá en la única antología narrativa de la generación crítica - Antología del cuento uruguayo contemporáneo (1962) - y editará fragmentos de la novela Intemperie en 1968, en el Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República⁴. Además reseñará sus novelas y ensayos para los medios de prensa escrita montevideanos (Marcha y El País) lo que muestra cómo Asir “se fue convirtiendo en un eficaz plano de pasaje de los escritores del interior hacia Montevideo y un activo promotor de la incorporación de firmas a la actividad literaria” (Real de Azúa, 537).

La publicación de la novela Ruta 3 (1956) cierra el período de la narrativa social de Porta, que será retomada en 1968 con Una versión del infierno, su último libro de cuentos. El autor no abandonará su tono beligerante con la crítica de la capital, desplazando su interés hacia el ensayo y la novela histórica. Su alejamiento de la capital no redujo su actividad intelectual, convirtiéndose en un activo intelectual dentro de la cultura local del departamento. A través de una intensa actividad (artística, docente, profesional y política) en las localidades de Bella Unión y Tomás Gomensoro, en donde vivió alternadamente el resto de su vida, Eliseo Salvador Porta se ganó el lugar de “escritor del departamento”.

Sin embargo Porta no estuvo totalmente alejado de la crítica montevideana. Sus trabajos circulan en Montevideo, y la mayoría de las veces se imprimen en la capital. La producción literaria de Porta entre 1958 y 1972 consiste en cuatro ensayos - Artigas. Valoración psicológica (1958), Uruguay, realidad y reforma agraria (1961), Marxismo y cristianismo (1966) y Qué es la revolución (1969), las novelas históricas que hoy se publican, el libro de cuentos Una versión del infierno (1968), algunas obras teatrales que llegaron a ponerse en escena en Artigas y poemas publicados en la prensa local.

En ese último libro de cuentos aparece el cuento “El cañero” en el que Porta reafirma su compromiso con los trabajadores del azúcar en el departamento de Artigas. La actividad política nunca estuvo ausente en Porta, quien colaboró con la UTAA⁵ de maneras múltiples. Según González Sierra, firma junto a

4 Que dirigía el Dr. José B. Gomensoro y cuyo Jefe de Sección era Eduardo Hughes Galeano. (Nota de ALT).

5 UTAA: Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas, fundada por Raúl Sendic Antonaccio (1925-1989). Señala así y ubica en el marco económico social ya en la década del 60 y antes aún, el surgimiento de la organización de los trabajadores de la caña de azúcar en

comerciantes, agricultores, docentes y profesionales de Bella Unión, una declaración de apoyo al Estatuto del Trabajador Cañero, que apoyaba la UTAA y que se discutía en la Cámara de Representantes en medio de disturbios y complejas negociaciones tanto en Montevideo como en Artigas. En una nota al pie, González Sierra explica cuál es la situación del escritor: “El Dr. Porta [...] profusamente comprometido con la causa de los cañeros colaboró en diversas formas al desarrollo del sindicato. Fue uno de los docentes de los cursos de capacitación que organizaba UTAA”, donando en 1971 a la policlínica del sindicato “parte del instrumental y camilla” cuando era director del liceo Tomás Gomensoro. El 11 de enero de 1972 se suicida en Bella Unión a causa de una “depresión melancólica” (Da Rosa: 109).

2. NARRAR LA NACIÓN. LAS NOVELAS HISTÓRICAS DE ELISEO SALVADOR PORTA

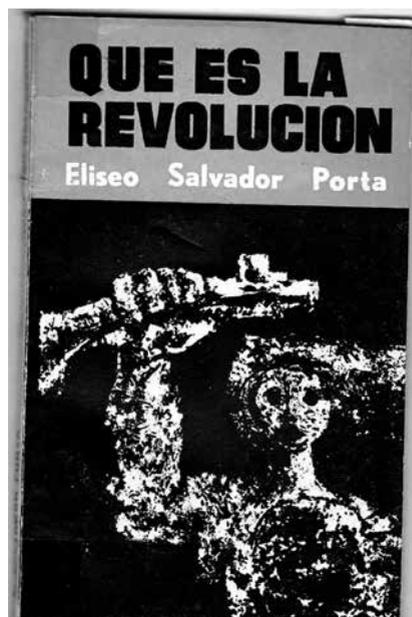
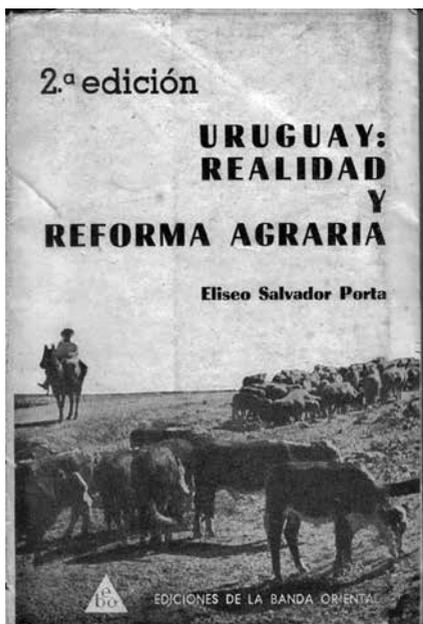
el Norte del país. Estos azucareros, trabajaban y vivían en condiciones infrahumanas. Era un Norte de explotación, hambre, ignorancia y violencia, zaferos crónicos que se desplazaban de plantación en plantación, emigrando en busca de arroceras brasileñas y correntinas cuando la zafra en el norte uruguayo languidecía.

Estos “peludos”, que así se llamaban y aún hoy, se les llama, lograron unirse y organizarse en torno a un conjunto de reivindicaciones: “Por la tierra”, “Expropiar el latifundio”, “cumplimiento de ciertas leyes que, aún siendo hasta malas y defectuosas, ni siquiera eran cumplidas por las patronales tales como, salario legal y 8 horas”.

Se funda así, en 1961, el Sindicato de U.T.A.A. Este sindicato tuvo características muy propias, surgió de la rabia de los desposeídos que veían ante sí levantarse estancias cimarronas de 110 mil hectáreas como la de SILVA Y ROSAS, también CAINSA con su gerente de ocasión Mister Henry, azucarera ARTIGAS, 3 horas en campos de MARTINICORENA y otros ingenios protegidos por piquetes de policías, soldados y capataces.

Decimos que sus características fueron peculiares y terruñeras, ya que se adentran en nuestra propia historia artiguista.

En una Asamblea, el 21 de Setiembre de 1961, congregados los orientales, los brasileños y los correntinos, aindiados y melenudos, cortadores con una experiencia sindical primaria (huelga remolachera en 1957-58) que llegaban a las plantaciones junto con RAÚL SENDIC a organizar y organizarse, queda fundado el sindicato de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (U.T.A.A.). Este sindicato agrario, uno de los primeros, conformado por el conjunto heterogéneo de los que vivían en los benditos (el bendito o aripuca, es un rancho de dos aguas sin paredes, como dos manos en actitud de plegaria). -“son viviendas provisionarias, señor inspector”-) de los que eran presos entre los alambrados custodiados por los soldados de los poderosos, de los que eran conchabados para irse a una suerte incierta a las entrañas desconocidas de las selvas brasileñas, de los que, como Raúl Sendic provenían de una ciudad doctoral y ajena, supo conglomerarse en torno a un líder, el propio Sendic, y en torno a los entrañables derechos de la vida digna, de la vivienda, del salario, de la comida, de la salud y del pelear día a día con la muerte. Se reunieron para defender: “Expropiar el latifundio”, “Tierra”, “Morte o latifundio”, “por la tierra y con Sendic”, con esas banderas supieron desarrollar su lucha, en una frontera tan compartida (Uruguay, Brasil, Argentina) como compartidas fueron las cárceles (uruguayas, brasileñas, argentinas). En: <http://www.chasque.net/mlnweb/historia/origenes.htm> (Consultada el 16.08.2015).



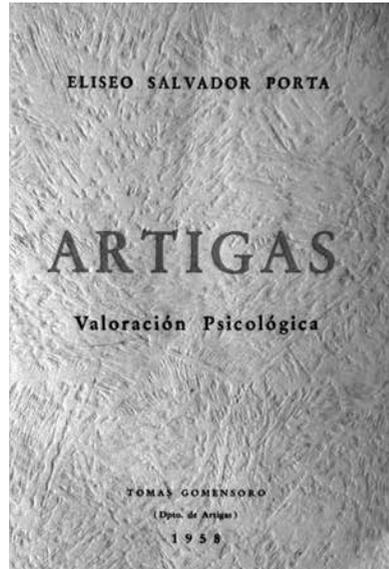
Después de exponer los principales aspectos de la vida y la concepción literaria de Porta quiero responder a la pregunta que formulaba en la introducción: ¿cuáles son los motivos que llevan a Porta a escribir dos romances fundacionales? Y agregar otra pregunta: ¿En qué consistió ese proyecto literario al que Porta dedicó los diez últimos años de su vida? Una carta del escritor fechada en Tomás Gomensoro el 28 de junio de 1958, enviada al profesor de historia Ariel Dieste – radicado en la capital de Artigas – ofrece una primera clave:

si me hubieran satisfecho los homenajes que se tributaron a Artigas, no habría escrito ese ensayito donde definiendo su esencial filantropía; no su eficiencia en tal o cual menester (legislador, gobernante, militar, etc.) sino “la excelencia de su devoción (sic)”

La carta tenía como objetivo anunciar a Dieste que un ensayo suyo sobre Artigas iniciaba ese día un viaje desde el norte del país hasta Montevideo para su publicación. Con cierto desencanto, Eliseo Salvador Porta, instalado en el departamento de Artigas, a casi 600 km de distancia de Montevideo, rechazaba la fiebre de conmemoraciones oficiales que se tributaron a Artigas en 1950 con motivo del centenario de su muerte, y proponía su versión – un Artigas “cristiano”, deslumbrado por la historia de San Francisco de Asís – al margen de las versiones políticas y militares que le antecedian.

El ensayo Artigas. Valoración psicológica recurría a la ficción mediante un diálogo con Don Plácido, el maestro rural creado por Porta en De aquel

pueblo y sus aldeaños (1951), su primer libro de cuentos. En ese diálogo el autor exploraba la psicología del héroe nacional en función de una vertiente cristiana (San Francisco de Asís) y otra literaria (El Quijote de la Mancha). El libro, independientemente de la importancia que pudieran tener sus hipótesis, abre el proyecto novelístico de Porta compuesto por *Intemperie*, *Sabina* y *1815* desde esta mirada crítica al héroe de bronce no exenta de algunas paradojas.



EL DISEÑO DEL PROYECTO NARRATIVO

Pero además de las críticas a los festejos de 1950, estas novelas históricas tienen otros objetivos que Porta expresa de este modo en una carta que enviara al crítico Arturo Sergio Visca ⁶:

[Mis novelas históricas] son, como el cuadro ingenuo de los 33 orientales de Blanes, algo destinado a dar apoyo al concepto de Patria por parte de estudiantes y gente común. No están escritas para los críticos, con los cuales mis relaciones son mínimas con satisfacción para ambas partes. Yo me las entiendo directamente con el lector anónimo que compra y agota mis libros en las librerías. (En Da Rosa: 108).

Porta persiguió entonces un fin pedagógico para nada ingenuo, como no lo fue el cuadro de Blanes, y al mismo tiempo uno económico, cuyos resultados fueron buenos dentro de los modestos límites del medio, al menos para el caso de Intemperie.

Pero Blanes no fue la única continuidad que Porta estableció con el siglo XIX. Su relación con el proyecto narrativo de Eduardo Acevedo Díaz también aparece en la carta a Eladio Dieste: “En fin, el género [la novela histórica], inexistente desde Acevedo Díaz, merecía un esfuerzo.” En este breve pasaje Porta establece una línea directa con Acevedo Díaz. De hecho su trabajo se sitúa

6 Arturo Sergio Visca (1917, Montevideo – 8 de diciembre de 1993), crítico y ensayista, perteneció a la generación del 45, fue Presidente de la Academia Nacional de Letras. También ejerció como Director de la Biblioteca Nacional en el período 1976-1985. Recibió el Premio Nacional de Literatura de Uruguay en 1971 y el Gran Premio Nacional de Literatura en 1979. (De Wikipedia: consultada el 16.08.2015).



Marcha de los Cañeros de UTAA hacia Montevideo circa 1965

en el vacío de diez años (de 1811 a 1821) que Acevedo Díaz no relata entre Ismael (1888) y Nativa (1890). Porta retoma la historia donde Acevedo Díaz la había dejado con las herramientas y características de su propio estilo.

Además de estas líneas de continuidad que Porta establece con el siglo XIX me interesa destacar también su compromiso con el arte y su concepción de su relación con la historia. En una carta dirigida a su amigo Ariel Dieste escrita en 1964, un año después de la publicación de Intemperie, Porta afirma:

Pude, en la novela, procurar acercarme más a Artigas, pero no era ese el propósito, sino más bien levantar una imagen de la emigración, plástica, colorida. Además si el personaje es próximo su perfil no admite muchos retoques. Ellos sólo son posibles con las figuras casi míticas del lejano pasado [...] Es asombroso lo poco que se trabaja a favor de la patria. Los escritores están en deuda con ella: hubo episodios, propósitos, sacrificios, y apenas se ha recogido eso en el arte. Este debe ir, paralelamente a la historia, dando su versión.

Para Porta no se trata de hacer una crónica o un documento sino de escribir la historia desde una postura estética. Con sus novelas pretende pagar una deuda con "la patria" y asumir una tarea, en cierto sentido mesiánica, que los otros artistas no han asumido. Y para Porta esa tarea no es para nada servil

a la historia sino que es otra “versión” de la historia. Esto queda expresado claramente al hablar de su representación de la “redota” como “plástica, colorida”. No se trata de reproducir la historia sino de dialogar con ella y ofrecer una versión distinta.

La novela histórica como forma literaria está ligada al nacionalismo desde sus orígenes a comienzos del siglo XIX, desde Walter Scott hasta hoy, momento en el que aún parodiando la nación y las formas narrativas decimonónicas, sigue desarrollándose como un género literario específico. Basta leer la obra de Tomás de Mattos (especialmente ¡Bernabé, Bernabé! de 1988) o de Amir Hamed (especialmente Troya blanda de 1996) para ver las posibilidades que ofrece el género para la parodia y la re-escritura. Pero en el siglo XIX y al parecer para Porta también, una de las funciones de la novela histórica fue familiarizar a la comunidad imaginada con el pasado histórico a través de la reconstrucción de sus mitos de origen. Por esa razón Porta, enmarcado por nuevos festejos alrededor de Artigas, elige la novela histórica como forma para sus intenciones de narrar el nacimiento de la nación.

INTEMPERIE: LA NOVELA DE LA “REDOTA”

Hay dos tramas relacionadas en los diez capítulos de Intemperie. La primera es la historia de “la gente de Balta Ojeda”, caudillo vinculado a Artigas. Y especialmente el amor entre Quela y Altivo. Altivo es parte de los peones que trabajan para “El Capataz” en la estancia y Quela (Ezequiela) una mestiza que es “sobrina” del mismo. La historia de Quela es narrada en el capítulo II. Es hija ilegítima de un español y una indígena. El español es dueño de la tierra que El Capataz trabaja. Este criará a Quela junto a su esposa discapacitada, un personaje que permanece sin nombre durante toda la novela. La segunda trama es la que relata los hechos históricos en el período que va de julio a diciembre de 1811 en el que se produce el éxodo o “redota”. Para construir esta trama el narrador recurre a veces explícitamente a documentos históricos que son citados en el cuerpo del texto y explicados en nota al pie. Lo cual, a veces, entorpece en parte la ficción.

Hacía referencia en el apartado anterior a la resistencia de Porta al centenario de la muerte de Artigas en 1950 que dio lugar a su ensayo publicado ocho años después. Sin embargo, es necesario señalar que el propio ensayo no consiguió superar la idea, muchas veces estimulada por distintos gobiernos e historiadores, de un héroe romántico, un individuo preclaro que arrastró tras

de sí a un pueblo todavía en ciernes, al que unió con su liderazgo natural. Intemperie corre el mismo riesgo al monumentalizar a Artigas. Un pasaje al comienzo de la novela ya muestra esta tendencia:

Cabalgaba derecho, con la nuca y la espalda en una línea, de suerte que la cabeza se destacaba neta de los hombros, con una nitidez estatuaria [a tal punto que] el sacudimiento del trote no la alcanzaba (27).⁷

Sin embargo, a pesar de esta representación monumental y de pasajes en los que es descrito como patriarca, es posible recoger en la novela un desplazamiento fundamental respecto a la reinterpretación de Artigas en el campo de la historiografía de los años sesenta. Según Ana Frega (1998) se trata de un cambio en el centro de la argumentación, que va de lo político (abundante en la visión tradicional) a un énfasis en lo social. Este desplazamiento, iniciado por los historiadores Petit Muñoz y Pivel Devoto, se hizo central en los sesenta, y se consolidó a partir de los festejos del bicentenario del nacimiento de Artigas.

Intemperie recoge en parte estas transformaciones aún cuando en algunos pasajes recurra a metáforas de la antigua interpretación, lo cual es propio de un momento de transición a una nueva. La selección del Éxodo no es arbitraria sino que representa el espacio utópico en el que “independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal” como propone Benedict Anderson. Precisamente este es el sentido que la novela va generando capítulo a capítulo desde que se produce la retirada de Artigas en el capítulo VII hasta el final. En ese proceso, ricos y pobres, negros, indígenas y europeos comparten el alimento, el mate, el fuego, las payadas:



⁷ Estas indicaciones se refieren a las páginas de cada novela en su primera edición. No guardan relación con el texto prologado por Alejandro Gortázar.

La comunidad aumentó entre los individuos y los grupos, y la conciencia de un mismo destino se afirmó en todos, cualesquiera fuesen los motivos particulares que en cada uno hubiesen primado en los comienzos. (117)

En los fogones el pueblo se une, una “figura” reiterativa en el relato nacionalista:

Todo el mundo se reúne en los fogones.

Por la noche su atracción es irresistible. Arden enormes, como si muchos hogares familiares se hubiesen sumado y refundido, para que allí se acrisolara la unidad de un pueblo.

En torno a ellos nadie se siente desamparado y solitario (29-128).

Y Artigas es representado, como se propone desde la nueva historiografía, el líder en cuyas manos el pueblo pone su destino. Un líder excepcional que logró unir al pueblo en su diversidad étnica:

Contadas veces la historia puso tan completamente la suerte de un pueblo en manos de un hombre; y poquísimas ese pueblo comprendió negros africanos, indios americanos y blancos descendientes de europeos (123).

La construcción de la nación en movimiento, relatada en Intemperie, encuentra su final a orillas del Río Uruguay. La carreta de la heroína de la novela cruza el río:

Detrás entran al agua otras carretas y jinetes que integrarán esa tanda.

El cruce del río continúa.

Durará todo ese mes, con el cual concluye el primer año de la Patria. (159).

Este cruce del río cierra la novela y termina de consolidar la “Patria”. Es muy significativo que el relato termine aquí e igualmente lo es que Quela y Altivo se separen. En el reparto de género que permanentemente propone la novela, la mujer tiene un rol pasivo. Quela sigue las órdenes de Altivo que, confinado a la lucha política, debe ir a la guerra. En el mismo capítulo de cierre ambos quieren casarse pero el padre Santiago Figueredo, párroco de Florida, nombrado por Artigas “Capellán del Ejército Patriota” (149) los rechaza y sus razones son elocuentes: “¡Ustedes también, Virgen Santísima! ¿Pero no ven los imposibles en que andamos? Todo nos falta en esta vida errante: ni fe de bautismos, ni libros, ni nada. ¡No!, ¡no! Paciencia, paciencia; y nada de malicias, que Dios los está mirando.” (150).

Uno de los líderes del grupo Asir, Washington Lockhart, reseñó Intemperie para el semanario Marcha en agosto de 1964. El título – “Un documento más que una novela” – expresa bien cuál es su perspectiva y su cuestionamiento a

la novela. Para Lockhart, “el protagonista principal es el pueblo que tomó conciencia de sí en el Éxodo, cuya minuciosa descripción ocupa la parte principal de la novela. En realidad apenas si podemos llamarla una novela pues el amor entre Altivo y Quela [...] no se conjuga muy bien [...] con la atmósfera épica en que está inmersa”. Para Lockhart las dos tramas a que hacía referencia al comienzo del apartado no parecen estar unidas ni resueltas bien desde el punto de vista estético. Si bien es cierto que el balance entre una y otra trama se resuelve a favor de la historia de la “redota”, es posible leerlas juntas si pensamos Intemperie como una alegoría de la nación algo paradójica. Al mismo tiempo que el pueblo se unía en el éxodo cruzando el río hacia Argentina, que por cierto pone en cuestión la nacionalidad que el liderazgo de Artigas viene a representar en la novela, el amor de Quela y Altivo no puede concretarse. En parte porque todavía el pueblo no está asentado en su territorio y es necesario seguir luchando para conseguir ese objetivo.

SABINA; MÁS FICCIÓN

Si Intemperie era más un documento que una ficción es posible decir que Sabina invierte esta relación privilegiando la ficción sobre la historia. La novela está dividida en dos partes: del capítulo I al IX la primera, del X al XX la segunda. Desde el punto de vista de la ficción no hay ninguna continuidad con la novela anterior salvo la cronología de los hechos históricos. Altivo, Quela, El Capataz y demás “gente de Balta Ojeda” desaparecen para dar lugar a la familia Aguirre, de origen español e hidalgo, que regresa del Ayuí a su estancia destruida por la guerra contra los portugueses y los porteños. El relato se inicia con el cumpleaños número 18 de Sabina por el que todos la saludan. El último en hacerlo es Balta, su nombre es Baltasar Chávez, un peón que es cabo de Artigas y “es como de la familia” (10). Su historia de amor también se ve interrumpida por las luchas de la independencia y sufre un drástico corte al fin de la primera parte.

A diferencia de Intemperie Artigas no es representado en Sabina. Ni siquiera su voz, escuchada por Altivo desde la puerta del rancho que le servía de cuartel general en el capítulo VIII de Intemperie. Es nombrado y se analizan sus acciones pero no es parte de la ficción. En su lugar cobra protagonismo Rivera, pero no en una versión monumental como Artigas en Intemperie sino como parte de la ficción. Porta parece haber recibido el mensaje que Lockhart le había enviado desde las páginas de Marcha. Aunque no desaparecen los do-

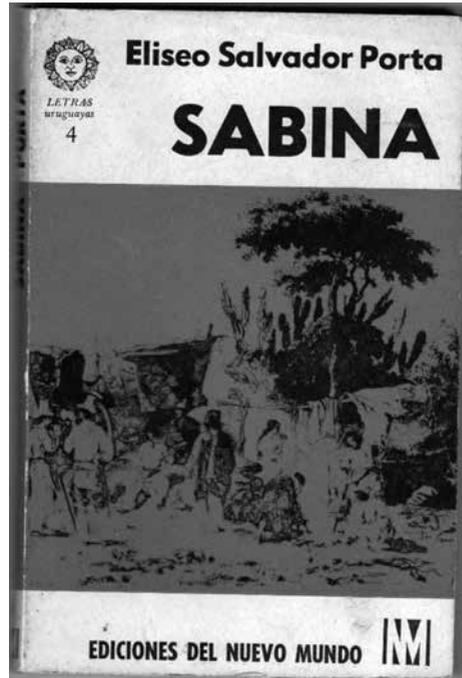
cumentos ni la voluntad de consignar las fuentes y los datos “históricos”, en Sabina son incorporados a la novela: el historiador deja paso al narrador. El procedimiento por el que las tramas de la historia y la ficción se mezclan es similar en ambas novelas, Altivo estaba con las fuerzas del caudillo Balta Ojeda y ahora Balta aparece como parte de las fuerzas que acompañan a Rivera.

Otro aspecto a destacar es el interés de Porta por los grupos étnicos que componen las fuerzas artiguistas y el pueblo en ciernes. Ya en Intemperie se ocupa de los afrodescendientes a través de los bailes que Altivo observa durante el éxodo en el capítulo VIII.

Otro tanto ocurre con la presencia de los charrúas en Sabina que salvan a la heroína de una enfermedad contraída en Montevideo y son representados por Chibí que acompaña a Balta en varios pasajes de la novela. En el caso de los afrodescendientes de Intemperie es posible afirmar que Porta construye el punto de vista de Altivo en base a los relatos de viajeros que sólo ven en los bailes lascivia y falta de moral. De igual forma el charrúa aparece como un soldado aguerrido pero también como “un buen salvaje” que vive en contacto con la naturaleza.

Creo que la advertencia de Lockhart fue tomada por Porta con mucha seriedad al punto que el final de la novela está centrado en la historia de Balta, a diferencia de Intemperie en la que el Éxodo pasa a un primer plano en los últimos capítulos. La trama de los hechos históricos empieza a debilitarse a tal punto a favor de la ficción que los últimos tres capítulos relatan exclusivamente la persecución de Balta al teniente argentino Farías. La escena final de esta persecución es vertiginosa y mantiene al lector en vilo hasta que se resuelve. Como afirmaba al inicio de este apartado, Porta ha dado paso al narrador minimizando la historia.

En julio de 1968 Alberto Paganini reseña la novela en Marcha señalando el “valor creativo” de Porta al “continuar un género literario que un maestro [se



refiere a Acevedo Díaz] pareció llevar a sus últimas consecuencias”. Y agrega: “Y si Porta no es dueño de la animación suprema que Acevedo Díaz supo imprimir a muchas de sus escenas, posee en cambio un sentido de la proporción y un cuidado meticuloso de la frase que no siempre abunda en las obras de nuestro primer novelista” (31). Con otra perspectiva pero en sentido similar Arturo Sergio Visca, integrante de los dos jurados que dieron a Porta el primer premio, agregaba desde *El País* en mayo de 1968: “Creo que Sabina supera notoriamente a *Intemperie* en la construcción argumental. [En esta] el hilo anecdótico se desenvuelve con poco rigor, los personajes se unen y separan un tanto azarosamente y el conjunto no es del todo nítido. En cambio en Sabina, la trama es simple pero precisa y desenvuelta con ritmo narrativo adecuado” (En Visca, 1972: 350). Al juzgar por estas dos citas la crítica recibió con entusiasmo la segunda novela histórica de Porta señalando aspectos del estilo (economía, precisión, ritmo) relacionados con una búsqueda estética que había quedado algo opacada en *Intemperie*.

1815: APUNTES PARA UNA NOVELA

La tercera novela histórica que Porta no pudo concretar fue presumiblemente escrita en los últimos tres años de su vida. El lector podrá apreciar en estas páginas que estos apuntes siguen las líneas estéticas trazadas en las dos novelas anteriores. Otra vez el centro del relato lo ocupa un personaje subalterno, Martín Olivera. Se trata de un mulato, hijo de Joaquina, una esclava violada por su amo Don Fernando Olivera quien la embaraza y la obliga a trasladarse desde Montevideo a una estancia suya fuera de la ciudad. Martín es criado por un viejo gaucho de la estancia y su madre. Se une al cuerpo de caballería de Rivera y acompaña toda la gesta artiguista desde la Batalla de las Piedras hasta el momento en que Artigas se exilia en el Paraguay en 1820.

Se trata de un texto que Porta no terminó por lo que desconozco cómo hubiese podido solucionar algunos problemas. Es curioso por ejemplo que toda la gesta artiguista aparezca representada rompiendo con la continuidad histórica que había establecido entre *Intemperie* y Sabina, y pese al título que había elegido para el texto. O el peso que le da a la historia del padre de Martín. Por otro lado queda claro que seguiría utilizando el contrapunto entre la historia y la ficción, aunque el peso de los documentos es menor, tal vez porque esperaba insertarlos más adelante. Otra vez Porta, como en sus novelas realistas sobre el campo uruguayo, intenta dar un panorama de todos los grupos sociales ponien-

do especial énfasis en los grupos subalternos: esclavos e indígenas. Y particularmente describir sus reacciones ante la revolución artiguista.

En este proyecto de novela ya no hay una historia de amor que vertebré el relato sino violaciones. Tal vez sea posible atribuir este cambio a que se busca representar la derrota del proyecto artiguista. O quizás responda a la violencia política y al clima de resquebrajamiento del Uruguay liberal que marcan la década de los sesentas del siglo pasado. Lo cierto es que el proyecto narrativo de Porta parece sufrir algunos cambios aunque es difícil saber si estos se hubiesen plasmado en una edición definitiva a su cargo. Habría que concentrarse más en el proceso creativo de Porta para poder establecer algunas hipótesis que exceden este trabajo.

3. CONCLUSIONES

Hacia fines de los sesentas había muchas cosas en juego en Uruguay. Una de ellas fue la apropiación de Artigas por parte de la izquierda, en un sentido amplio, que asumía la interpretación de los hechos adaptados a sus propios fines como ya lo habían hecho los sucesivos gobiernos o el Ejército. Entre las organizaciones que tomaron a Artigas en su discurso como eje de las reivindicaciones están la CNT o el Partido Comunista Uruguayo, que a través de un grupo de historiadores marxistas (Lucía Sala, Nelson de la Torre y Julio Rodríguez) fue uno de los más activos renovadores de las interpretaciones sobre Artigas. Los cañeros de Bella Unión surgieron también por estos años. Su historia fue “local” pero adquirió carácter nacional e incluso internacional. Los “cañeros” también se apropiaron de Artigas para difundir sus reclamos.

Lo hicieron con sus varias veces repetido “éxodo” invertido y dentro de fronteras – desde el norte a Montevideo – promoviendo los ideales artiguistas del reparto justo de la tierra y proclamando la necesidad de que los más “infelices” – según las palabras de Artigas – fueran los más privilegiados. El hecho concreto del “Reglamento provisorio de la Provincia Oriental para el fomento de la campaña y seguridad de sus hacendados”, apropiado y reinterpretado por los cañeros, fue central también en las revisiones historiográficas de los años sesenta y, por supuesto, en la mirada de un narrador comprometido con el país como Porta, que había escrito dos novelas que ponían en escena los problemas del campo (1953 y 1956), un ensayo sobre la reforma agraria (1961) y otro sobre la revolución (1969).

Para Anthony D. Smith el trabajo de un nacionalista con el pasado es similar al de un arqueólogo que define el lugar y el tiempo históricos de una comunidad para establecer luego sus nexos con el presente. La analogía de Smith con la arqueología está relacionada con su análisis del caso mexicano por el papel central de esa disciplina en la restitución del pasado de los pueblos originarios y sus lazos con el presente de la nación. Es posible plantear que, para el caso uruguayo, ese rol lo cumpla la historia. El hecho mismo de que Porta establezca un diálogo con ella desde la literatura muestra el papel central que la disciplina ha tenido en la construcción de la nación. El diálogo con la historia que Porta establece en los años sesentas le da más valor a su búsqueda estética. Pero no hay nada en sus novelas que establezca un diálogo entre el pasado que narran y el presente, como algunos escritores y críticos establecen en las novelas históricas que surgieron en la pos dictadura uruguayo. Eso le correspondió en los sesentas y le corresponderá hoy a los lectores.

III

ELISEO S. PORTA – EL HOMBRE Y SU MOVIMIENTO VITAL⁸

CELESTE PAIVA

Aunque vivimos empapados de porvenir, y si bien es cierto que nos hospedamos en el presente, toda travesía personal no es otra cosa que una ecuación entre pasado y futuro. Esa es la dialéctica de cada recorrido biográfico: nos apoyamos en el pasado, habiéndolo asumido y aceptado, con todo lo que ello comporta.

En esta dirección, munidos de un nuevo cartabón, para que esta tarea arriesgada y difícil vaya por la andadura de mayor categoría humana, podremos hablar dignamente del escritor Eliseo Salvador Porta. Entendemos que detenernos en la historia de una persona es introducirnos en sus entresijos, en sus proyectos concretos, precisos, realistas, bien dibujados y no exentos de ilusión y entusiasmo.

Quien había programado su vida hizo de esos dos componentes, ilusión y entusiasmo, el tópic de sus afanes y de superación perma-

⁸ Publicado en: <http://www.aplu.org.uy/bolets/bolet2/p6.htm> (Asociación de Profesores de Literatura del Uruguay, por la Prof. Celeste Paiva, de Artigas. (Consultada el 30.06.2015).

nente; tuvo capacidad para remontar los reveses y así logró convertirse en señor de sí mismo.

En esta tarea de explorador he buscado información entre aquellos que fueron sus allegados: pacientes del médico, colegas del profesor, alumnos y docentes del liceo que dirigió, parientes, amigos y su esposa Gloria. Se trata de buscar el sentido de su vida en el hilo conductor de su poesía, que a pesar de los cambios, permanece. Descubrir la razón de esa permanencia nos va abriendo camino, en medio de tantos acontecimientos complejos y de circunstancias cambiantes.

Eliseo Salvador Porta, nació en Tomás Gomensoro, el 13 de marzo de 1912. Coincidentemente, ese año se gestaba la creación oficial del Liceo Departamental de Artigas, aunque llega a su concreción en enero del año siguiente.

Desde una fotografía de su juventud florida, en la plaza Artigas – en ese entonces la principal de la ciudad – posa con sus amigos, de pie, frente a la cámara. Se le ve como solía, vistiendo impecable traje oscuro, con el sombrero a la moda de aquellos tiempos, algo inclinado hacia los ojos. El cuerpo atlético; la pose de aparente desgaire, lejos de ocultar su elegancia, delata una orgullosa tranquilidad. En la mirada, matices grisáceos soslayan divertidos, más allá del instante. Una mano de estudioso sostiene el ala del sombrero hasta casi descubrir parte de la frente voluntariosa por donde asoma, como muestra, un mechón de la abundante cabellera castaña.

Sus amigos lo recuerdan bondadoso, ocurrente y “algo loco”, pero siempre generoso. Irradiaba el especial encanto de quien lucía un permanente buen humor. A menudo hacía bromas, chistes de buena calidad, y no imponía dique a la sonora carcajada, afable y contagiosa. Tenía modales gentiles y dignos, conversaba con animada excitación, gesticulaba significativamente y era de habla tan elocuente como expresiva. Sus compañeros del liceo, cursado en Artigas, lo reconocían desde lejos, cuando descubrían la figura que se aproximaba a grandes zancadas de armonioso vaivén corporal.

El profesor Ariel Dieste se deleitaba contando acerca de la “sufrida amistad”, que mantenía con aquel muchacho, quien no por donoso era menos intransigente. Se volvía agresivo cuando defendía su percepción de lo justo. No admitía el fingimiento, era drástico en sus resoluciones

y poco tolerante con quienes disentía. Pero tenía la facultad de ser paciente con el amigo, por lo que cerraba sus debates, entre irónico y divertido, con el mote consabido.

Intentando interpretar las intrincadas razones del alma humana, él mismo se enmarañaba con lo epicúreo y lo estoico enseñoreándose desde su fuero más íntimo. Sin duda, disfrutaba con fruición de los placeres que la existencia ponía a su alcance. Pero también podía ser un batallador audaz y persistente, que hacía cualquier cosa con la acerada sencillez de su corazón. Jamás obedecía ninguna regla, porque parecían estar siempre en contradicción con su deber, y él sabía siempre, muy bien, cuál era el deber primero. Parecía negra roca en medio de blanca espuma: inmovible, sin resentimientos, a pesar de las ofensivas críticas de aquellos que no comprendían su grandeza, pero tan determinado, con tanta obstinación en sus designios, que hacía rugir de rabia irrefrenable a sus opositores.

Tal como era, hijo de su tiempo, jenízaro de madre criolla y padre gringo, se entregó a la política con el empuje de su naturaleza. Por idiosincrasia y vocación, amaba al ser humano, así que todo su interés se dirigió hacia la búsqueda de su verdad, apuntando la lucha a favor de los desamparados. Clara y distinta había sido su determinación respecto a la causa elegida, su convicción colocaba por encima de todo, la fidelidad a ese ideal, aunque transitaría por distintos senderos políticos. Colorado al comienzo, luego socialista y, por último, comunista, postura que sería consolidada después de su viaje a China. Aunque siempre fue un especulador inconformable, todo cuestionaba, hasta los postulados fundamentales de su doctrina partidista. No podía aceptar el conformismo, hurgaba los pensamientos y ponía el alma en vilo, cuando se trataba de corroborar la autenticidad de los preceptos. Estaba penetrado hasta la médula, de su filosofía, esa honestidad de búsqueda y reconocimiento se puede leer en cada una de sus páginas, porque responden al impulso con que se determinó tal creación espiritual, a la exigencia de libertad interior que no consiente la sumisión norma alguna.

De un modo progresivo, a lo largo de su vida, Porta eleva su conducta a ejemplo y símbolo ante los ojos de sus contemporáneos. Si bien no sentía por la medicina el vibrante llamado vocacional, actuando de acuerdo con el compromiso hipocrático, consiguió la creación

de una policlínica en Tomás Gomensoro. Se trasladó a su pueblito natal y ejerció allí su profesión como un verdadero apostolado.

Los mejores momentos de su vida convergen en la zona norteña, allí se entregaría, plenamente, a su afición por la docencia. Como profesor de Ciencias Geográficas le cupo el honor de ser, primero, fundador del liceo de Tomás Gomensoro, y luego, su primer Director. Hasta que, en 1957, el brillante concurso de la asignatura, le aseguró la efectividad en el liceo de Bella Unión, donde trabajó durante sus últimos años.

Se le reconoce el privilegio de la simpatía, y de un carisma especial en relación con el sexo opuesto. Motivo plausible que favoreció una tercera incursión por los carriles matrimoniales. De las pasiones anteriores, la primera había sido encendida por una checoslovaca y enardecida – luego – por una española. El brote ígneo, esta vez aventado en Tomás Gomensoro, lo unió a Gloria Galván. La joven de dieciocho años sería el último amor del hombre ya cincuentón. Aunque a juzgar por su complexión física, y su estado anímico, se podría pensar que había conseguido esa eternización del tiempo, que anula el devenir. Hombre maduro, mantenía la imagen gallarda, con la sonrisa a flor de labios y la vivacidad bailoteando en los ojos. Consignando algunos aspectos de su personalidad, como lo hace H. Hesse para describir a Haller, el lobo estepario, hacía pensar que ... él había pensado más que otros hombres, poseía en asuntos del espíritu aquella serena objetividad, aquella segura reflexión y sabiduría que solo tienen las personas verdaderamente espirituales, a las que falta toda ambición y nunca desean brillar...

Gloria representó una proyección de su propio ser, ella tenía el vigor de la juventud, que unió a la energía espiritual del hombre; la maleable sensibilidad femenina propugnó la concepción humanista de Porta. Como un puente tendido entre el ser y el querer ser, ella lo rescató del fluir temporal: porque el agobio de los años anonadan al hombre activo, que siente cómo la vida se mueve... y se mueve hacia la muerte. Según palabras de Francisco Ayala: "...el movimiento es la vida gastándose, es el disfraz de la muerte entrando astuta en la vida."

Era ese movimiento vital lo que aterraba al hombre que se había considerado más allá del bien y del mal y, con la irreverencia del anar-

quista, había rechazado preceptos sociales, doctrinas falaces y dogmas religiosos.

Años después, su cuñada Beti – niña aún en ese tiempo – lo recordaría entrando a la casa paterna, como un “papaíto piernas largas”, llamando ruidosamente al suegro para salir a pescar, de paso: el registro inclasificable – que caracterizaba su modo de hablar – acariciaba, con la ternura en la voz, y la mano de ras en ras, por las cabezas de los más chicos, en el juego reflejaba una vida anímica agitada, a la vez que delicada y sensible.

“Es que la vida es tan rica y compleja – solía decir – que hay que espigar el trigo de la paja: para distinguir lo accesorio de lo fundamental”. Ésta es la razón histórica personal que explica, comprende y da razón a la vida y obra de Eliseo Salvador Porta. Sólo se comprende una vida, sólo se la puede analizar y captar con profundidad, estudiando su secuencia histórica: qué ha pasado con ella, qué le ha sucedido por dentro, qué móviles la han puesto en marcha, cuáles han sido sus éxitos y sus fracasos y cómo se han vivido, qué huellas han dejado las alegrías y las tristezas, qué roturas y qué arreglos se han ido produciendo... y así las buscamos también en su actividad creadora.

El escritor pudo digitar una variedad genérica, sin perder la coherencia, encontró el perfecto equilibrio entre los contenidos y la forma literaria que los trasmitía. El mundo de ficción programado en la obra alimentaba el sentimiento de que ésta tenía el rol específico de desentrañar la subjetividad impronunciada del lector, para lo que se sirvió de los recursos narrativos que actuaron como vehículo de las inquietudes de los personajes de sus cuentos y novelas. Comprometido con los procesos de cambio, propugnó por el gran viraje histórico de su patria en el ensayo político *Uruguay: realidad y reforma agraria* (1961). Buscando el registro representativo de su potencialidad creativa fue comediógrafo y poeta.

La vida tiene dos ópticas: desde dentro (esta es la intrahistoria en el sentido de Unamuno) y desde fuera. La primera es profunda y la segunda, superficial. Una es privada y la otra pública. La distancia entre ambas es la misma que se establece entre lo que es verdadero y lo que es falso. Ahí entra la labor de interpretación: reconstruirla, pero andán-

dola por los pasadizos internos de su poesía. Será la mejor manera de dar con el teorema geométrico final que la resume y sintetiza.

LA POESÍA Y SUS PASADIZOS INTERNOS

Estampas es poemario de juventud, se organiza en ocho secciones, que prologa la carta del poeta dirigida a su hija. Si bien se publica en 1943, cuando crecía en el horizonte el resplandor de la guerra, esos versos habían sido acuñados en sus veinte años. El yo prologal asume la carga testimonial con el lenguaje reconocible de la epístola remozada de ternura, pero que mantiene su énfasis en la militancia política, creo que existe un solo poder creador, que es inagotable: el de las masas populares. Con vehemencia advierte contra los falsos profetas: “No les creas, que quieren amedrentarte para que les confíes tu defensa y hacer de ti su esclavo”.

Enseguida se hace presente el aspecto vectorial de la personalidad comprometida. El consejo epigonal es revelador de constancia, voluntad y confianza en aquello que está seguro de poder llevar adelante. Lo que harás será unirte a tus iguales y demostrar que el caos era en el principio, y que es de noche que se ven las estrellas. Entre vida y obra se establece una tupida red de influencias recíprocas.

Entre las *Estampas... Del campo*, correspondientes a la primera sección del libro, sin tantos alardes técnicos, el soneto *El padrillo* recoge la influencia modernista de Julio Herrera y Reissig. “Aquí el semental\ cruza estallando en coces frente al gran sol poniente”. Parece absorber todo el calor, color y vigor de ese atardecer. En el relincho está el ímpetu del celo, que corona el paisaje rompiendo el silencio del campo. Al relinchar todo él trema de amor salvaje. Los alejandrinos del último terceto completan la estampa del padrillo, cuya condición de reproductor lo coloca en el centro del cuadro, la voluntad de perpetuar la especie destaca el derroche de energía y vitalidad. En la acción primitiva del comportamiento sexual de las hembras, se han arremolinado las potrancas cerriles se intuye el sentido de la vida espontánea. Estas imágenes confieren el tono luminoso de inusitada fuerza natural que va a ser la tónica del poema.

Otro soneto, *Del gringo*, concilia al escenario trágico de un paisaje inclemente, con la presencia del extranjero “Miserable y transida criatura proscripta”. La imagen de un sol destructor aparece vinculada al tema de *Con la raíz al sol* (1953), los adjetivos abrasado y ardiente dan la tónica dominante de un clima sofocante, que reseca la tierra hasta agrietarla, y agobia la voluntad hasta destruir el ánimo. El sol es, en tiempo de sequía, el oponente natural al trabajo del hombre, agota en pocos meses, todo lo que él, durante años, construyó con sacrificio y privaciones. “¿Para cuándo espero las lluvias? Y... ¡yo qué sé!” Ésta bien podría ser la respuesta de cualquier artiguense, comenta el escritor en *Uruguay: realidad y reforma agraria* (1961). El agricultor depende de las lluvias, pero podía llegar a afrontar, en los meses de verano, una temperatura cuyo coeficiente de variabilidad alcanzaba hasta un 50%.

La inclemencia condena al hambre y a la incertidumbre, el desamparo de la zona agraria de Bella Unión, en el departamento de Artigas; *Ruta 3* (1955) muestra la indiferencia social y el desdén de los gobiernos; éstas son las constantes que predicen la ausencia de Dios en la obra de Porta.

Según los versos de un payador en *Intemperie* (1963), “Dios creó primero al hombre, y antes que a la mujer, creó a la vaca, porque antes de darle mujer \ y familia que criar \ el Señor debió cuidar \ que tuvieran qué comer”. Por irónico, resulta más doloroso el contraste.

Plenilunio, soneto de *Del pueblo*, puede inducir nuestra hipótesis de lectura hacia la magia o el encanto, de una noche de luna plena. En cambio, es la descripción del ambiente con la imagen auditiva centrada en las voces infantiles que, si bien se va desplazando hacia la imagen visual de la noche de plenilunio, pasa a reforzar la notación acústica de los comentarios de los mayores, sobre los sinsabores provocados por la crisis. El primer alejandrino con que se inicia el cuarteto, ofrece la visión de la noche enmarcada por ruidosa algarabía, que induce a pensar en la expresión gozosa de la vida. En los versos siguientes nos cambia la tónica espiritual y el último verso del cuarteto caracteriza el lugar, en la desmoronada vereda pueblerina.

La suerte adversa del pueblo es el clima de impotencia que construye el lenguaje intensamente lírico del segundo cuarteto. Como una revelación súbita conduce nuestra intuición hacia los rostros ocultos

y conmovedores de seres y cosas en un ambiente patético. Entre la angustia campesina, y los temores de los niños el juego languidece, se recoge y termina. En la visión de conjunto este cuarteto es el de mayor fuerza comunicativa.

El entramado de los tercetos se carga de imágenes plenas de sentido y plasticidad, sinestesias, comparaciones y metáforas crean una atmósfera sugerente, y nuevamente evocadora del estilo de Herrera y Reissig.

“Y después que la lumbre postrera se marchita, /se oye como la espuma del silencio crepita/ en ladridos que tienen el timbre de los ecos;”

Frente a la estructura arquitectónica del soneto, donde los versos están dispuestos como si fueran peldaños de una escalera, sometidos a medida y rima, en *La crecida* emplea la forma estrófica del romance, octosílabos de rima asonante en los versos pares, con una estructura lineal en la que la planificación se ajusta al flujo y reflujo de las emociones del poeta. Las formas son las esenciales, desprovistas de artificio, donde las experiencias vitales se tornan materia poética, con la vibración que le confiere la vida cotidiana, ya que el efecto sonoro de la onomatopeya:

“Se oye el taf-taf de un motor” por la intromisión del discurso directo, caracterizador de personajes: “-Viene creciendo de abajo”, o por la comparación realista, capaz de tanta compasión y ternura al mismo tiempo: “-parecen bichos del monte”.

Aquí se repite el tema del enfrentamiento del hombre con las fuerzas desatadas de la naturaleza. Es la situación contraria a la que registra la evocación de la sequía: las lluvias desmedidas, que provocan el desborde del río Cuareim, condenan a los más desposeídos a perder lo poco que tienen o salir con sus cosas a costas, remontando el río, para conseguir ayuda y un lugar donde quedarse, hasta que el río vuelva a su cauce.

Al humanizar al río, queda sugerido el ser bestial e inhumano encarnado en la turbulencia de las aguas, sin embargo el poeta se toma unos versos para explicar que la crecida no es el río \ sino una presencia informe \ que llena el aire y penetra \ en todos los corazones.

Así, la presencia amenazante del río se vuelve misteriosa y de responsabilidad indefinida.

Hacia el final, el poema acrecienta su emotividad cuando el poeta, con fino sentido de la ironía, se declara testigo de la impotencia del hombre y denuncia el divino sadismo: “que a Dios le gusta probar /la paciencia de los pobres”.

Lejos de la improvisación bisoña, fue su alma telúrica, reflejo de una realidad que le entró por los ojos y le estalló en el corazón. Si uno pudiera situarse en el mundo interior de los escritores a quienes estudia, hacerlo con Porta, parece empresa desprovista de escollos, su poesía mansa, melancólica o desesperanzada, marca una postura humana ante sus semejantes, henchida de tolerancia y de franqueza, de correspondencia total con la realidad.

Las palabras de Pablo Neruda son la síntesis perfecta del propósito de este trabajo: Si me preguntan qué es mi poesía debo decirles: no sé; pero si le preguntan a mi poesía, ella les dirá quién soy yo.

Con respecto a la cultura, su aspiración fundamental es la libertad; sirve para aprehender la libertad, vivir en ella y saber a qué atenerse, ayuda al hombre a que su vida sea más humana y le revele sus posibilidades. Como decía don Quijote:

“Cada cual es hijo de sus obras.”

Entrar en contacto con la obra de Eliseo Salvador Porta, alienta el deseo de conocer el movimiento espiritual del hombre en interacción con su ámbito espacial y la época que le tocó vivir. Reconocemos la distancia que nos separa en el tiempo, aún así, hay circunstancias, hechos y relaciones con el medio, que se mantienen inalterables. Debido a todo lo que atañe a su personalidad, su vida y obra, consideramos que sería reverente rescatar del olvido a un escritor de su talla, e incluirlo en los planes de estudio.

BIBLIOGRAFÍA DE ELISEO SALVADOR PORTA (1912-1972)

POESÍA: *Estampas*. Montevideo, 1943. NARRATIVA: *De aquel pueblo y sus alrededores*; Montevideo, Letras, 1951. *Con la raíz al sol*, Montevideo, Asir, 1953. *Ruta 3*, Montevideo, 1955. *Intemperie*, Montevideo,

Banda Oriental, 1963. *Una versión del infierno*. Montevideo, Populibros Disa, 1967. *Sabina*, Montevideo, Nuevo Mundo, 1968. *El padre y otros cuentos*, Montevideo, Banda Oriental, 2000. ENSAYO: *Artigas: valoración psicológica*, Montevideo, 1958. *Uruguay: realidad y reforma agraria*, Montevideo, Banda Oriental, 1961. *Marxismo y cristianismo*, Montevideo, Banda Oriental, 1966. *¿Qué es la revolución?* Montevideo, Libros de la Pupila, 1969.

IV

LOS RECUERDOS DEL DR. ENRIQUE DIESTE

Recurrí a un estimado colega y amigo de Artigas, el cardiólogo Dr. Enrique Dieste, hijo de Ariel Dieste, un profesor de Historia de Enseñanza Secundaria en Artigas, de larga amistad desde la juventud con Porta, tratando de aclarar lo de sus familiares en la relación con Eliseo Salvador Porta, y rescatar alguna imagen. A la buena disposición e inmediata respuesta de Enrique, se sumó un montón de recuerdos de su juventud y de referencias a sus mayores que evocó con gran afecto y que parcialmente transcribo:

El amigo íntimo de “el Loco Porta” era mi padre (así lo llamaba mi padre, yo también y, por supuesto, a él no sólo no lo molestaba sino que le gustaba, lo ponía en la Tierra con toda su personalidad e imagen que gustaba mostrar).

Desde niño disfruté de las charlas entre ambos, en el patio de mi casa, nunca se ponían de acuerdo, se gritaban con violencia -Eliseo comunista, mi padre colorado batllista- ambos con tremenda cultura histórica y general, lo que hacía de esas discusiones un placer y una fuente de enseñanzas.

Cuando yo ya tenía “libreta de conductor”, cada vez que “El Loco” venía a Artigas, tenía que ir a buscarlo al hotel, lo que me permitía charlar directamente.

Hace casi un año falleció mi hermano, por lo cual, con mi hermana, le “metimos el diente” a la gran biblioteca que tenía mi padre (básicamente de historia y literatura). Con ese motivo encontramos cantidad de cartas intercambiadas entre ambos, cada una de ellas es una obra de literatura que da gusto leer (ambos escribían muy bien, por supuesto).

Con seguridad mi padre tampoco tuvo un amigo más íntimo que “El Loco Porta”. Tengo una foto de los años por fines del 30, principios del 40, con dos o tres amigos más, en la playa de Carrasco, creo que ya se veía el hotel. Pero lo increíble era el traje de baño que usaban. Se parecía al antiguo que usaban las mujeres, todo entero, increíble... en una de esas fotos “El Loco” aparece sólo con short, seguramente un adelantado. En esa foto [que no pudo hallarse de momento] se puede apreciar que tenía un físico respetable, no menos de 1.80 y pico largo a 1.90. Lo recuerdo así. Y fornido. En una de esas fotos está la de Pablo, un gran amigo de ambos, que se suicidó y ambos quedaron muy impactados; recuerdo que muchas charlas comenzaban por ahí, muy sentidos, y seguían campo afuera con la muerte, el suicidio, etc, etc... Un placer y una enseñanza. Hay que agregar que mi padre era católico, muy interesante, mi abuelo Eladio, gran amigo de todos, pacífico, era amigo de los curas de Artigas. Pero mi abuela era claramente anticlerical. El tío Eladio y mi otro tío -Saúl- también eran católicos. Me voy por esa rama para que veas que hay otro Eladio, mi abuelo. Éste era el amigo de Porta. No niego que mi tío -Eladio el ingeniero- lo fuese, pero no creo que pasase de un conocimiento amistoso. Mi tío desde que se fue de Artigas como estudiante (a vivir en la casa del Dr. Antonio Grompone, por supuesto amigo de mi abuelo) ya no volvió, salvo, por supuesto, para frecuentes visitas a mis abuelos, mi padre etc. Calculo que había varios años de diferencia entre ambos, no podían haber sido compañeros en nada (mi tío, Eladio, varios años menor que mi padre y de Porta). Además no lo encontré con Porta en ninguna foto. Pienso que el Eladio que te llegó era mi abuelo, confusión a la que estoy acostumbrado, porque si bien mi abuelo era “personaje” en Artigas, el tío alcanzó una proyec-



Ariel Dieste en su biblioteca. Detrás tiene los retratos de José Batlle y Ordóñez, Abraham Lincoln y Mahatma Gandhi. (Foto archivo Dr. Enrique Dieste).

ción. Me voy por esa rama para que veas que hay otro Eladio, mi abuelo. Éste era el amigo de Porta. No niego que mi tío -Eladio el ingeniero- lo fuese, pero no creo que pasase de un conocimiento amistoso. Mi tío desde que se fue de Artigas como estudiante (a vivir en la casa del Dr. Antonio Grompone, por supuesto amigo de mi abuelo) ya no volvió, salvo, por supuesto, para frecuentes visitas a mis abuelos, mi padre etc. Calculo que había varios años de diferencia entre ambos, no podían haber sido compañeros en nada (mi tío, Eladio, varios años menor que mi padre y de Porta). Además no lo encontré con Porta en ninguna foto. Pienso que el Eladio que te llegó era mi abuelo, confusión a la que estoy acostumbrado, porque si bien mi abuelo era “personaje” en Artigas, el tío alcanzó una proyec-

ción nacional e internacional tal, que todo Eladio Dieste que aparece por ahí, lo identifica con él.

Algunas menciones a su personalidad se ajustan a mis recuerdos, sobre todo lo que dice expresamente la Prof. Celeste Paiva, en relación a su vehemencia al defender sus razones en medio de una conversación, incluso con mi padre. Discusiones, que, como ya te lo mencioné, tenían lugar en la biblioteca de papá o en el patio de la casa si era verano. Mi padre era muy “calmo” aunque muy firme y erudito en los temas discutidos, no daba un paso atrás y “El Loco” perdía el control, gritaba, se ponía de pie y gesticulaba con su gran tamaño. Terminaban siempre con un abrazo y riéndose, nunca se disgustaron.

Cuando el fallecimiento tan particular del “Loco”, mi padre quedó liquidado por varios días. Estoy seguro que entreveraba en su memoria lo ocurrido con el otro amigo, José Riva.

V

Finalmente, la esposa de Eliseo Salvador Porta, vino a aclarar el panorama respecto al Ing. Eladio Dieste, cuando ya estaba cerrando este artículo: Esta es su respuesta:

No puedo darle mucha más información de las fotos, porque yo no los conocí a esa edad, y como dice Enrique, ya no queda nadie a quien preguntarle. Lo que sí le puedo aclarar es lo referente al Ingeniero Eladio Dieste, al que yo conocí y tuve el honor de tratar en reiteradas ocasiones, porque aparte de su amistad con Eliseo el ingeniero Dieste fue padrino de bautismo de Mariana. Ellos fueron amigos de adolescentes y ya recibidos los dos en Montevideo siguieron tratándose; y cuando Eliseo ya se había radicado en Bella Unión el Ing. Dieste nos visitó varias veces y mientras construía la planta del Ingenio CALNU (enormes techos abovedados) nos encontramos muchas veces en viajes Bella Unión Montevideo.

Queda claro entonces, que pudo haber tenido relación con Eladio Dieste (Padre), pero que la tuvo también con el Ing. Eladio Dieste, famoso en el país y el mundo por sus revolucionarias tecnologías constructivas en techos abovedados de ladrillo.

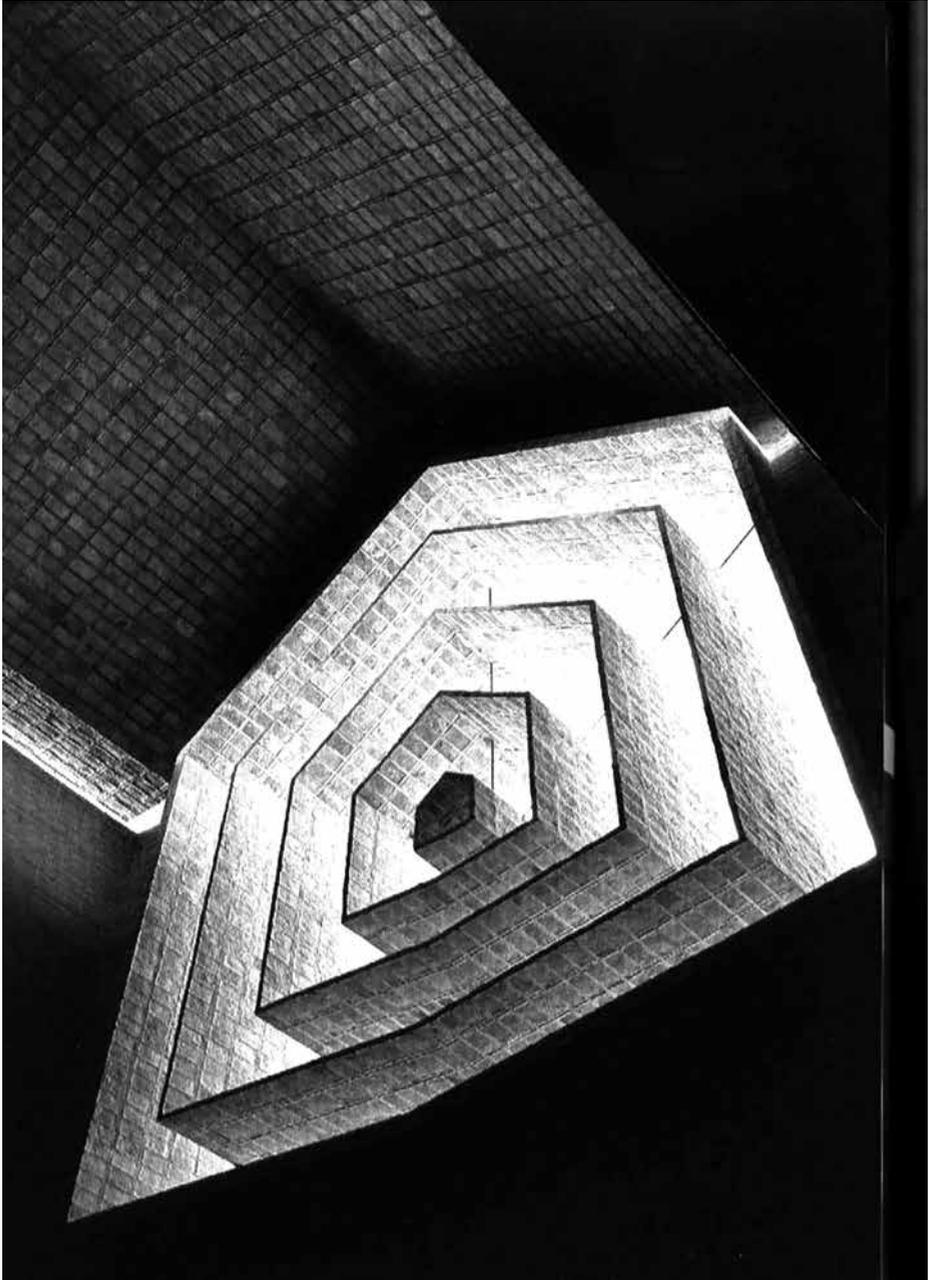
* * *

AGRADECIMIENTO

El agradecimiento especial para: Gloria Galván, Mariana Porta y la Prof. Celeste Paiva por la información y confirmación de datos realizada y los Dres. Marcelo Escobal y Enrique Dieste, por haber hecho posible reunir el material para esta recordación de un médico ejemplar, destacado escritor y docente del extremo norte del Uruguay.

* * *

Dr. Antonio L. Turnes



Otras obras del autor:

El Pensamiento del Dr. Carlos María Fosalba. Junto al Dr. Juan Ignacio Gil y Pérez, premio del concurso. (1996).

Maimónides, el sabio sefaradí (2004), premio de la Federación Sefaradí Mundial. (2005).

Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo III. Junto al Prof. Em. Dr. Fernando Mañé Garzón (2006).

La Sífilis en la Medicina. (2007).

Recuerdos de los Comienzos de la Nefrología en el Uruguay. Junto a los Dres. Dante Petruccelli, Teresita Llopart y Ernesto Corio. (2009).

La Hidatidosis como problema de salud pública: una mirada histórica. Realizado para el XXIII Congreso Internacional de Hidatidosis, celebrado en Colonia del Sacramento, Uruguay. (2009).

Florencio Sánchez: Los misterios de su vida, pasión y muerte. (2010).

Los comienzos de la Hidatidología internacional. Realizado para la conmemoración de los 70 años de la Asociación Internacional de Hidatidología (2011).

Héctor Ardao. Maestro de la Cirugía Plástica Reparadora en el Uruguay (2011).

Hospital de Clínicas de Montevideo: Génesis y realidad (1887-1974). Junto a Eduardo Wilson, Aron Nowinski, Soledad Sánchez Puñales y Jorge Sierra. (2011).

Roberto Berro: El gran reformador de la protección a la infancia. Junto a Guido Berro Rovira. (2012).

La cardiología como pasión: Homenaje a Jorge Dighiero a los 100 años de su nacimiento. Comisión Honoraria para la salud Cardiovascular. Montevideo. (2012).

El Chumbo Ríos: ética, coraje y humanidad. Guaymirán Ríos Bruno (1928-2004). (2013).

La hidatidosis en el Río de la Plata. (2014).

Bernardo Porzecanski y su lucha contra la Rabia en el Uruguay. (2014).

La Sociedad Uruguaya de Pediatría en su Centenario 1915-2015. (2014).

Elio García-Austt Negri, el uruguayo que fundó la Sociedad Española de Neurociencia. (2015).

Efraín Margolis: un realizador en la administración de salud. (2015)

Echinococcosis 2016: La Echinococcosis desde el Río de la Plata al mundo. Comisión Zoonosis (2016).

El Hospital de Tacuarembó. 90 años de su inauguración 1927-2017. (2017).

Francisco V. Davison (1853-1921) De Edimburgo a Minas de Corrales. (2019).

Pablo Purriel (1905-1975) Medicina y pasión. (2019).

de América, que revelaba su
ignorancia y una confusión
terribles. Mientras oía la
conferencia, pensé en *Tan Telo*
en su obra; en su labor fan-
tasia, tan noble y tan difícil
al igual que la conferencia. Ha-
blé con el orador y le dije
todo lo que pensaba de su
trabajo.

FACULTAD DE MEDICINA

ISBN: 978-9974-8710-8-3



9 789974 871083